COMENTARIOS AL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

Edición especial para la Consejería de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria.

© De la traducción: Biblioteca de Autores Cristianos
(A. del Campo Hernández y J. González Echegaray)
© De las ilustraciones: José Ramón Sánchez
© De los estudios preliminares: los autores
© De esta edición: Ediciones Valnera S.L. 2006
Barrio Merecía, 21. Villanueva de Villaescusa.
39690 Cantabria
www.ediciones-valnera.com

ISBN: 84-934366-5-8
Depósito Legal: SA-112-2006
Diseño: José Ramón Sánchez
Fotografía digital y maquetación: Fotomecánica Camus
Estampación: Termograph S.L.
Impresión y encuadernación: Gráficas Varona S.A.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multa, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística.

BEATO DE LIÉBANA

COMENTARIOS AL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

Dibujos y óleos de José Ramón Sánchez

Traducción de A. del Campo Hernández y J. González Echegaray
(B.A.C.)

Presentación de Miguel Ángel Revilla y Francisco Javier López Marcano

Estudios preliminares de Emilio Pascual, Pollux Hernúñez,
Joaquín González Echegaray, Guillermo Balbona y José Ramón Sánchez

VALNERA

CANTABRIA 2006
LIÉBANA TIERRA DE JÚBILO

Cantabria Infinita

GOBIERNO de CANTABRIA
CONSEJERÍA DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

APORTACIÓN CULTURAL

Miguel Ángel Revilla Roiz
Presidente de Cantabria

Los montes del norte peninsular supusieron un muro infranqueable para la invasión árabe y fueron la salvaguarda del latín y el griego, que es tanto como decir de la cultura occidental. Ante la visión de esos montes en Liébana, Amós de Escalante escribió: «*se detiene la invasión, cesa la conquista, se quebrantan los yugos, toma tregua la muerte […] los vencidos y desbaratados en otras partes, los aterrados y fugitivos, al pisar este suelo, sienten curado su espanto y renovado su esfuerzo; aquí descansan y alientan, se vendan las heridas, afilan las melladas armas, tornan a ser soldados, como si en este aire salubre y puro hubieran aspirado desconocida esencia de valor y denuedo indomable*».

Fue en ese mismo lugar donde Beato de Liébana alumbró con la luz de su erudición aquellos tiempos oscuros. Con sus escritos, puso freno a teorías religiosas heréticas surgidas en Toledo, proclamó a Santiago patrono de Hispania y escribió, ante la inminencia del año mil, sus célebres *Comentarios al Apocalipsis*. Atraídos por la plasticidad de sus textos, los monjes miniaturistas pusieron imágenes a los manuscritos y consiguieron pequeñas joyas que, con el paso del tiempo, se convirtieron en objeto de culto para los amantes de los libros.

Aquella gran obra inspira este 'Beato del siglo XXI'. Nuestro empeño al promoverlo ha sido reconciliar las visiones de un monje del siglo VIII con las perspectivas artísticas del siglo XXI en un libro hecho desde Cantabria, por una editorial que publica con gran perfección, Valnera, y que conjuga el trabajo artístico y artesanal de un cántabro comprometido con su tierra, José Ramón Sánchez, con los aspectos más avanzados de las artes gráficas.

José Ramón Sánchez ha emprendido y culminado una aventura más propia de un personaje renacentista que de un monje solitario, y nos regala una visión profunda y moderna, que actualiza los textos de aquel fraile que en el siglo octavo también actualizó, explicándolas, las inquietantes visiones de San Juan.

Cantabria ha hecho a lo largo de la historia aportaciones de sorprendente calado al mundo de la cultura. En Altamira, el color y el movimiento alcanzaron la máxima expresión plástica; en el siglo octavo, un monje lebaniego supo inspirar con su prosa a otros monjes para que traspasaran el color y el movimiento a los códices, y en estas montañas surgió, tiempo después, un idioma de infinitos matices que es la lengua que une a más de cuatrocientos millones de personas en todo el mundo.

Así somos en esta tierra. No necesitamos inventar ningún pasado original, porque lo tenemos, rico y pleno de contribuciones a la historia nacional.

Este códice une el buen hacer de dos cántabros universales, Beato de Liébana y José Ramón Sánchez, y es desde hoy una pequeña aportación más de nuestra región al mundo de la cultura.

UN BEATO PARA EL SIGLO XXI

Francisco Javier López Marcano
Consejero de Cultura, Turismo y Deporte

El monasterio de Santo Toribio de Liébana alcanza notoriedad por dos razones fundamentales: de una parte, porque en él se guarda y se venera el "Lignum Crucis", el mayor fragmento que se conserva en el mundo de la Cruz en que murió Jesucristo; de otra, porque desde su interior la mente esclarecida de un fraile, Beato de Liébana, escribió, entre otras obras importantes, su célebre *Comentario al Apocalipsis.*

El primer hecho determinó que el templo de Liébana se convirtiera en referente religioso internacional, desde que, en 1512, el Papa Julio II le otorgara, por medio de una bula, el excepcional privilegio de ser uno de los únicos cuatros lugares en el mundo junto con Roma, Jerusalén y Santiago de Compostela, considerados Santos para la Cristiandad. El segundo, que el lugar pasase a ser considerado un norte de la cultura occidental, pues entre sus paredes los monjes concibieron una forma única de acompañar con imágenes los textos del *Comentario*, dando origen a los códices iluminados y a la posterior iconografía románica.

En el siglo octavo los monasterios del norte de la península eran el núcleo donde se preservaba la cultura, y en la biblioteca de la Abadía de San Martín de Turieno —que así se llamaba en la época el monasterio de Santo Toribio— pervivían las obras de los autores clásicos en las que tanto bebió Beato para escribir las suyas. No en vano él mismo confiesa en un momento determinado de su vida haber leído «innumerables libros»; no tantos, seguramente, como los que leyó otro sabio montañés, don Marcelino Menéndez Pelayo, quien, desde su certero criterio, consideró la obra de Beato como *«una reliquia preciosa no sólo para los montañeses, que vemos en él la más antigua de nuestras preseas literarias, sino para la Península toda.»*

En efecto, la huella de este fraile, de quien ni siquiera se conoce el nombre, ha permanecido indeleble a lo largo de los siglos. El *Comentario al Apocalipsis* superó las montañas de Cantabria y figuró en la Edad Media en las bibliotecas de los monasterios más importantes de España, Portugal, Francia e Italia; con su *Apologético* derrotó la herejía del adopcionismo —defendida por Elipando, obispo de Toledo, que mantenía que si Jesús había nacido de mujer, Dios sólo podía ser su padre adoptivo—, y con el *O Dei Verbum* estableció para Hispania el patronazgo de Santiago el Mayor, con el que contribuyó a encontrar —como expresa Joaquín González Echegaray en uno de los estudios preliminares de este libro— *«un principio de unidad para la Iglesia y el Reino»*.

Desde su primera publicación, las ediciones del *Comentario al Apocalipsis* —en forma de códices miniados, que pronto recibieron el nombre de "beatos" en honor del de Liébana— han sido objeto de culto entre los bibliófilos, que hoy en día siguen agotando una tras otra cuanta reproducción facsímil aparece en el mercado. Sin embargo, personalmente siempre había creído en la conveniencia de editar un beato moderno, como aportación especial de nuestro siglo a la bibliografía de estos códices. En ese sentido, hace dos años le planteé el reto a José Ramón Sánchez, una de las personas capaces de afrontarlo con todas las garantías, por su madurez artística y por su formación teológica. Y José Ramón lo aceptó, lo afrontó y, como puede ver todo el que se adentre en estas páginas, lo superó con éxito.

Con su mano experta, forjada en la ilustración de las más importantes obras de la literatura, trabajando con la dedicación de un monje solitario, ha acometido el libro representando, en principio, las escenas más comunes de todos los beatos —los cuatro jinetes, la bestia, la serpiente de siete cabezas, la plaga de langostas, el arca de Noé…—, para llegar paulatinamente a la explosión final de su arte, donde las formas apenas se sugieren y las luces alcanzan matices apasionantes. Con sus óleos José Ramón nos ha regalado una obra plena de sabiduría artística, y ha conseguido actualizar, con los presupuestos estéticos de nuestra época, las visiones apocalípticas de un texto escrito hace más de mil doscientos años.

El mejor homenaje, desde el siglo XXI, a Beato de Liébana y a cuantos amamos los libros.

EL MONJE EN SU APOCALIPSIS

Emilio Pascual

Puede leerse el nombre de Liébana en la obra de Sebastián, obispo de Salamanca, o en la Crónica del rey Alfonso, entre una de las comarcas de aquella tierra (a donde fueron llevados de nuevo por el rey Alfonso el Católico, yerno de D. Pelayo, los pueblos cristianos de España, emboscándose en algunos rincones de las regiones de Asturias hasta ese día, por miedo de los sarracenos). «En aquella época —dice— se produjo la repoblación de Primorias, Liébana, Transmiera, Sopuerta, Carranza, Burgos que hoy se llama Castilla, y la costa de Galicia». Actualmente, que yo sepa, el nombre de Liébana no corresponde a ninguna ciudad concreta, sino que es una parte de las Astures, situada entre las Asturias, como suelen denominarse, de Oviedo y de Santa Juliana o Santillana, la parte más alta y quebrada de la provincia, que ocupa una extensión aproximada de nueve leguas de largo por cuatro de ancho y que se denomina «provincia de la Liébana, y está bajo la jurisdicción del duque del Infantado». En dicha región se encuentra el pueblo de Valcavado, próximo a Saldaña, en cuya iglesia se venera y da culto al cuerpo de un santo varón, llamado por sus habitantes Santo-Vieco, al parecer por una transformación fonética del nombre de santo Beato. Muchos autores aseguran que se muestra públicamente uno de los brazos, para su veneración.

(Nicolás Antonio, *Bibl. Hisp. Antigua,* l. VI, c. II).

Desde la ascética ventana de su celda, que daba al torrente ensoberbecido por las últimas lluvias, el abad de Valcavado contemplaba, abstraído, el tronco del árbol que había derribado la tormenta. En aquellas horas previas al rezo de Vísperas, esas horas grises de atardecer y de ceniza que envolvían el monasterio, el abad de Valcavado volvía a veces los ojos a las nieves de antaño, a las montañas de su infancia. En esos momentos bendecidos por la sabiduría de los cielos podía recordar las lluvias primaverales de Liébana y sus otoños apacibles; adivinar las pomaradas en flor que el cierzo respetó, y, si esforzaba la imaginación, el perfume salitroso del Cantábrico.

El árbol había caído con la suavidad de un príncipe perdido en la arena del desierto, con el sosiego de un mártir en los circos de la persecución. La providencia había querido que permaneciera atravesado, uniendo las dos orillas del río, puente indeciso sobre las aguas alborotadas del torrente. El abad de Valcavado pensó en el próximo himno de Vísperas, en la estrofa que hablaba de aquel otro árbol bello y luminoso *(arbor decora et fulgida),* que, adornado con la púrpura real *(ornata Regis purpura)* —ya color del poder, ya de la sangre—, había sido elegido por Dios como tronco de salvación en el naufragio humano *(electa Deo stipite)* para sostener el cuerpo sagrado del Elegido *(tam sancta membra tangere)*. Árbol de la salud, el árbol de la vida. Un fragmento del de la cruz brillaba en Liébana.

Algo llamó la atención del viejo abad. Un hombre, pastor o campesino, acababa de poner el pie en uno de los extremos del tronco. ¿Quién dijo que del árbol caído todos hacen leña? El hombre no buscaba leña sino paso: apoyaba en un pie todo el peso del cuerpo sobre el tronco, tanteando como para asegurarse de su firmeza. El abad pensó en un versículo del salmo que no tardaría en recitar: *Si iniquitates observaveris, Domine, Domine, quis sustinebit?* ¿Quién podría resistir firme ante Dios si llevara por cuenta todas nuestras iniquidades? El árbol caído, el agua del torrente, el universo todo estaba en sus manos. Si Él sabía esparcir los cristales de hielo como migas, ¿qué agua no quedaría detenida ante el rigor de la frialdad de su rostro? *Ante faciem frigoris eius quis sustinebit?*

El hombre pareció confiar en la firmeza del tronco. Desde su celda del monasterio de Valcavado, el abad adivinó la desvalida decisión del hombre. Lo vio avanzar por el puente improvisado, sobreponiéndose al estruendo de las aguas. Crujió una rama que se apoyaba al otro lado, y el tronco experimentó una leve sacudida. Sobrecogido, el abad vio cómo el hombre extendía los brazos en cruz para preservar el equilibrio. Pelele o crucificado, hubo un momento en que se debatió entre la vertical precaria de la vida y la caída a los remolinos de la espuma. Fue entonces cuando el monje, con una mirada de perplejidad o de misericordia, recordó o predijo aquella línea de música precisa: *media vita in morte sumus…*[1]

En medio del camino de la vida… Si nadie ha podido presumir de hallarse en mitad del camino de la vida —pues es sabido que nadie es tan viejo que no pueda vivir un día más, ni tan joven que no pueda morir hoy mismo—, el abad se sabía más cerca del final que del principio. Volvió los ojos hacia las montañas de Liéba-

[1] Años después, un músico desconocido lo subrayaría con algunas de las más bellas notas que nos ha sido dado escuchar en los claustros del ciprés de Silos:

Media vita in morte sumus:
quem quaerimus adiutorem, nisi te, Domine?
Amarae morti ne tradas nos…
[En medio de la vida la muerte nos aguarda:
¿A quién sino a ti, oh Dios, recurriremos?
No nos entregues a la amarga muerte…]

na y las percibió en la memoria como un estallido de luz. Recordó entonces un libro de Dionisio el Areopagita. Juan había escrito al comienzo de su evangelio que en el principio era la palabra; Dionisio añadió que en el principio era la luz. Dios había creado el universo por la palabra y lo había bañado en la irradiación de su luz como la madre de Aquiles a su hijo. Beato, el anciano abad de Valcavado, volvió los ojos hacia las montañas de Liébana, hacia aquel día lejano de su adolescencia en que el maestro de novicios se los había abierto al enigma de la palabra escrita.

Porque es de saber que, antes que abad de Valcavado, Beato había sido novicio en Liébana. (Dejaron de preguntarle por su nombre cuando supo responder que un diácono de Cartago, amigo de Agustín, se había llamado *Quodvultdeus,* «Loquediosquiera»). Beato de Liébana asistía conmovido a la predicación exacta del abad, la ardua tarea de administrar el sacramento de la palabra. A menudo había oído los ecos solemnes de sus palabras resonando en las bóvedas de la iglesia cubiertas por la sombra del Altísimo; desde su sencillez de arcilla, seducido por el fulgor de la oratoria, se habría atrevido a pedir al Hacedor supremo una memoria insomne, a resguardo de la confusión y del olvido, para registrar todas las palabras predicadas. Hasta que vislumbró el misterio de la palabra escrita.

Verba volant, scripta manent, le repetía su maestro, mientras pasaba el índice por las líneas de los códices de la biblioteca. Lo escrito permanece; las palabras se vuelan con el viento. Ahora sabía que tampoco la escritura estaba al abrigo del fuego y de la intemperie. El profeta había vaticinado que la hierba se seca, la flor se marchita; el Maestro, el único maestro, subrayó que la hierba del campo hoy es y mañana arde: solo la palabra de Dios permanecía para siempre. Cierto. No había granero, tesoro ni biblioteca indestructible: testigo doloroso Alejandría, una biblioteca de leyenda que había sido devorada por las llamas. Por eso el Maestro había recomendado a sus discípulos que no ingresaran sus tesoros sino en el cielo, donde no los corroen la polilla ni el orín, y donde no horadan ni roban los ladrones. Jamás olvidaría la sonora aliteración de aquel versículo: *Thesaurizate autem vobis thesauros in caelo: ubi neque aerugo, neque tinea demolitur, et ubi fures non effodiunt, nec furantur*. Divinas palabras.

De joven había sido tartamudo. Pero nunca sordo a la lira como el asno de Esopo. Su maestro de novicios, que en medio de las brumas medievales no había perdido el sentido del humor, le proporcionó un verso antiguo para ejercitar su lengua: *O Tite tute Tate tibi tanta tyranne tulisti.* «Si Demóstenes domeñó su tartamudeo con piedrecitas del arroyo —le decía—, bien puedes hacerlo tú con las sílabas de un poeta pagano».

En cuanto descubrió el recinto de la biblioteca supo que el destino lo aguardaba a la vuelta de un rollo manuscrito. Su maestro, jubiloso en el fondo por los progresos de su discípulo, le advertía no obstante de la estudiosa gula, y le ponía en guardia contra las insidias del demonio, que lo mismo podía acechar desde la carne que desde el *scriptorium*. Empezó por moldear la letra, con la misma asiduidad que la lengua, para copiar los primeros pergaminos.

En los días invernales la pluma se abría paso con dificultad entre la fría humedad del pergamino, como aquellos barcos legendarios que no habían sabido volver de entre los mares de cristal. En esas horas recordaba que un ángel del Señor había purificado los labios de Isaías con un carbón encendido, y él se preguntaba, abrumado, si algún ángel invisible no estaría purificando sus dedos con el frío.

Qui scribit bis legit, había dicho el sabio obispo Agustín, doctor tras una azarosa travesía. (Si va a decir verdad, él nunca lo había encontrado en sus escritos. ¿O no había sido Agustín su autor, y se lo había atribuido la voluntad de una memoria extraviada?). *El que escribe dos veces lee*. El que escribe… ¿Cabía la posibilidad de que el copista leyera mal o inventara lo escrito? Copió manuscritos resistiendo la tentación de enmendar pasajes poco claros, de corregir pensamientos discutibles. Cuando el abad le permitió leer todos los libros, creyó entrar en una modesta sucursal del paraíso.

Un par de versículos invocaban al Dios de los cielos como *firmamentum meum et refugium meum*. Mi roca, mi ciudadela, mi refugio… La biblioteca fue su torre, su refugio y amparo. A veces, absorto en la lectura de los viejos volúmenes, solo la campana que avisaba del rezo de las horas le hacía levantar la vista de aquellos renglones como surcos en pardas sementeras. En esas ocasiones su mirada tal vez se cruzaba con la del gato, centinela contra el sacrílego peligro de las ratas. ¿A qué tentar a Dios pidiéndole leer la hora en los ojos de los gatos? Bastaba la campana: todo era dejar una línea para cantar un versículo.

Leyó «innumerables libros», como años después confesaría a su amigo Eterio, primero discípulo y más tarde obispo de Osma. Ahora, acogido a la penumbra de su celda, recordaba un verso de Prudencio que había leído de joven: *inrepsit subito canities seni*. ¡Con qué rapidez había trepado la canicie por sus sienes, hiedra blanca para coronar su cabeza de anciano! La nieve de su frente, seguía el poeta, probaba el paso de los inviernos y las rosas. Alguna de ellas había florecido a la sombra de la biblioteca. También alguna pesadumbre: ya Cipriano, elegido obispo de Cartago «por aclamación del pueblo», se lamentaba de que nadie está exento «de alguna herida de la conciencia».

La biblioteca le había abierto las puertas del pasado y le había revelado algunos secretos de la magnificencia divina. También algunos misterios de la torpeza humana. En su oído, acosado por las grietas del tiempo, aún resonaban ciertos himnos que Prudencio había compuesto cuando presentía su fin: la hora del canto del gallo, ese momento de claroscuro en que se encienden las lámparas, la hora de comer y la del sueño, las letras de oro con que trenzó la corona de los mártires Emeterio y Celedonio[2]. Todavía recordaba la tenue línea de complicidad que dejó la sonrisa en la cara de su maestro cuando le puso en las manos la *Psychomachia*, el «combate del alma»: ahora sabía que dos de sus versos podían competir en sonoridad con otro de Virgilio. Ahora también que las hórridas guerras hierven en la prisión de nuestros huesos:

Fervent bella horrida, fervent ossibus inclusa.

[2] Él no podía saber que, andando el tiempo, darían nombre a la ciudad de Santander: *villa sancti Emeteri et sancti Chelidoni*. «La virtud degollada por la espada».

En el silencio de la biblioteca oyó la voz de padres y poetas, el grito seco contra la injusticia y los opresores de este mundo. Allí oyó decir a Basilio el Grande que no es más ladrón el que desnuda al vestido que el que no viste al desnudo pudiendo hacerlo: «Del hambriento es el pan que retienes, del desnudo el abrigo que tienes guardado en el armario, del descalzo el calzado que en tu poder se pudre; del necesitado el dinero que tienes enterrado». Grito corroborado por Jerónimo con palabras de acero: «El rico, o es injusto, o es heredero de un injusto». Allí admiró la boca de oro del Crisóstomo, que ya a los dieciocho años se rebeló «contra los profesores de palabrerías». Allí vio a Ambrosio, que era capaz de leer en voz baja, pero también de decirle en voz alta al emperador Teodosio que, ya que había imitado a David en el crimen, lo imitara también en la penitencia; y una verdad tan elemental como olvidada: que Dios había dado la tierra en posesión a todos los hombres, pero la avaricia repartió los derechos de posesión. Asistió a la consoladora confesión de Agustín de Hipona y a su perplejidad ante el misterio del tiempo; pudo compartir con él su preferencia por Virgilio, el principal, el mejor, el más brillante de todos los poetas *(poeta magnus omniumque praeclarissimus atque optimus),* que lo mismo podía tener voz de plata y luna, que de lirio o aroma de viñedo. Tal vez previó el final del mundo en la estrella caída de los cielos que recorría con su luz las sombras: *et de caelo lapsa per umbras / stella facem ducens multa cum luce cucurrit.*

En el silencio de la biblioteca. La biblioteca era el único lugar donde preñar las nubes de lluvia con que rociar la tierra reseca, agostada, sin agua. A veces lo asaltaba un pensamiento que no sabía si acoger como inspiración divina o rechazar como tentación del diablo. Si en el arca de Noé había entrado una pareja de animales de cada especie, ¿por qué no se mencionaba siquiera un libro de cada género? Intentaba alejarlo como si fuera algo pecaminoso, aunque al fin se decía, zarandeado por la duda: si era lícito pensar que el texto sagrado no hacía mención de los peces, porque se daba por supuesto que era la única especie que podría sobrevivir en las aguas del castigo, quizá tampoco mencionó los libros, por haberle parecido al autor sagrado *que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria*. El arca tenía tres pisos y en ellos salvó Dios a los tres grupos, a saber: a los hombres, las bestias y las aves. Si tuvo el arca sus nidos, ¿no iba a reservar uno para el libro?

Isidoro de Sevilla era él solo todo el libro: había encerrado en los veinte libros de sus *Etimologías* todo el saber universal[3]. Él había escrito que el número siete representa con frecuencia el concepto de universalidad, y que por eso se aplica también a la Iglesia misma. (Un número que decoraba todos los frisos del Apocalipsis). En Isidoro había vislumbrado el vasto misterio de los números: la santidad del siete y el doce; la perfección del diez y el siete. Quizá en uno de esos libros sintió por primera vez la presencia de un ejército celestial, como la voz de muchas aguas y de truenos retumbantes *(tamquam vocem aquarum multarum et tonitruum validorum)*. Pero sobre todo había experimentado la seducción de la etimología, el significado de las palabras, la riqueza del símbolo.

Se dedicó al estudio. Una vez soñó con un libro que lo contuviera todo como el del juicio final, un libro que fuera la llave de todas las cerraduras, la clave de todos los secretos. El libro, como el hombre, era un mundo abreviado. Tenía un vago recuerdo de haber descrito en algún sitio la forma del libro, como otros podrían describir la forma de la espada: los veinte libros de Isidoro eran un códice de muchos libros y un libro de un solo volumen. He ahí una definición: «se llama códice por el simbolismo con las cortezas de árboles o de vides, a semejanza de un tronco de árbol que sostiene varios libros, como ramas. El libro es llamado volumen [o rollo] por estar enrollado; así, por ejemplo, para los hebreos el volumen de la Ley, los volúmenes de los Profetas. Las hojas de los libros se llaman así, o por semejanza con las hojas de los árboles o porque se hacen los libros de *fuelles,* es decir, de pieles que se suelen extraer del ganado lanar, una vez sacrificado, cuyas caras se llaman páginas, por el hecho de que se ensamblan unas con otras». Todos los libros el libro.

Un libro que lo contuviera todo. Un desconocido impulso lo atraía a la lectura de los *Comentarios al Apocalipsis*. Leyó el de Victorino, obispo de Pettau, del que Jerónimo supuso que era «más versado en griego que en latín» y consideró «mediocres de estilo» sus escritos. El de Ticonio le abrió las compuertas del símbolo: el sol era Cristo, nuestra luz; la corona de doce estrellas, los apóstoles; la luna bajo los pies de la mujer, los herejes; el hijo de la mujer, Cristo encarnado. A menudo se había detenido en el umbral del *Apocalipsis,* con ánimo de descalzarse como Moisés ante la zarza ardiente. Sentía atracción y temblor ante la profecía y el vidente. Y eso que Dionisio de Alejandría, aun reconociendo en el autor «un hombre santo e inspirado de Dios», se negaba a aceptar que fuera el mismo Juan, hijo del Zebedeo y hermano de Santiago: ni estilo ni arquitectura concordaban. Aun así, a él le parecía seguir oyendo la invitación del profeta Ezequiel: *Comede volumen istud,* cómete ese volumen. Y, más cerca aún, a Jerónimo que le susurraba: «Hay quien solo está al acecho de la letra y de las sílabas; tú busca las sentencias». Estaba decidido a comerse el volumen, a cruzar la puerta, como ahora aquel hombre el torrente sobre el tronco inestable. ¿Le sabría a miel como al profeta?

En uno de los aposentos de la revelación vio *un ángel poderoso, que bajaba del cielo envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza, su rostro como el sol, y sus piernas como columnas de fuego: en su mano tenía un libro abierto.* «¡Con razón es su rostro como el sol! — se dijo, iluminado por un pensamiento que diluía las sombras—. Solo abriendo el libro sabremos lo que va a suceder». ¿No había dicho el Maestro que donde esté el cuerpo se congregarán las águilas? Había que congregarse en torno al libro. «El libro enrollado era el texto oscuro de la Sagrada Escritura, envuelto en la profundidad de sus sentencias, oscuro para muchos. Era preciso abrirlo para aclarar la oscuridad de la palabra sagrada; por eso está escrito: *desplegando el cielo como una piel, el que oculta en las aguas sus altas moradas* (Sal 104,2)».

---

[3] Solo no pudo conocer el argumento ontológico de Anselmo de Canterbury ni la *Suma* de Tomás. Es cierto que el argumento para la demostración de la existencia de Dios más parecía una ingeniosa estratagema de Zenón de Elea que una columna teológica de Anselmo. Claro que… ¿no había dicho el viejo Parménides que lo mismo es pensar y ser?

Supo que su destino lo empujaba a visitar el laberinto. *Mira que estoy a la puerta y llamo,* había escrito el visionario de Patmos. No podía negarse a responder a esa llamada, horadar las oscuridades del misterio. «¡Ay de los que ahora no quieren examinar los libros!», podía haber añadido el profeta. Él sabía que al otro lado del mar tenebroso estaba la luz. *Post tenebras spero lucem.*

«El mar se mece, la tierra está quieta». ¿Quieta la tierra, en tiempos de convulsiones y de guerras? Una vez había leído en Boecio que no es para sorprenderse sentir en el mar de la vida los golpes de furiosas tempestades. El propio Boecio había escrito que la inconstancia es la esencia de la fortuna. Él, que como Prudencio había rozado las mudables esferas del poder, se había asomado a ese abismo que es la secreta profundidad del corazón humano, y su alma y sus ojos se turbaron. Pero *apud sapientes nullus prorsus odio locus relinquatur,* había concluido Boecio: no hay lugar en los sabios para el odio. El tiempo es solo presente, y no es lícito arrastrar el rencor más allá del atardecer.

Empezó a escribir «su dictado», mientras se le derramaba por fuera la luz del corazón. Tuvo la misma visión que el evangelista: *Vio una puerta abierta en el cielo. Y la voz que había oído antes, como voz de trompeta le decía: «Sube acá, que te voy a enseñar lo que sucederá después».* A medida que recorría los pasadizos asombrados del laberinto, se le iba desvelando el secreto de las cosas escondidas en el libro de la Revelación. Siete iglesias, siete ángeles, siete sellos, siete trompetas, siete plagas, siete copas, siete gritos en el mar… Siete. De pronto se le reveló la extraña lógica de los números: «Se nos ha dado en gran medida vivir bajo la disciplina de los números cuando aprendemos las horas por medio de ella, cuando contamos el curso de los meses, cuando conocemos lo que falta para comenzar un nuevo año, cuando averiguamos los miles de años desde el comienzo del mundo hasta su final». Siguió escribiendo: «Pues por el número somos instruidos para no equivocarnos. Quita al mundo el cómputo, y todo queda envuelto en la ciega ignorancia».

Combatir la ignorancia. Lo mismo que el profeta, él estaba ya comiéndose el rollo, ese libro que era como la llave de toda la biblioteca o la lámpara vespertina que cantó el poeta. «Porque así como el día es la ciencia, así también la noche es la ignorancia. Pues la ignorancia es la madre de los errores». Pero toda sabiduría viene de Dios. Por un salmo sabía que, si el Señor no fabrica la casa, en vano se cansan los albañiles; que, si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas; ahora comprendía que si el Espíritu no te abría los párpados como al ciego, en vano trabaja la lengua de los instruidos.

Era un mundo de imágenes y símbolos que había que descifrar. El visionario de Patmos había escrito bajo la bota opresora del imperio. ¿Pero qué era más: ser amamantado por una loba o nacer de una virgen? ¿Podría la Bestia —o la célebre Ramera que se sienta sobre grandes aguas—, podría con aquel jinete pálido cuyo nombre era muerte y el infierno lo seguía? A él se le había dado el poder de matar con la espada, el hambre, la muerte y las fieras de la tierra. Era inminente la siega y la vendimia de los pueblos: heraldos negros, casi podían oírse ya truenos, fragor, relámpagos y temblor de tierra.

Un mundo sobrecogedor, donde los dragones amenazaban con devorar a los niños antes de nacer o degollarlos tras su nacimiento. El monje veía a los poderosos de la tierra como langostas encaramadas en la soberbia de este mundo y con la agilidad de su vanagloria. En medio, los idólatras, aquellos de quienes el autor del Deuteronomio había escrito: «Maldito todo el que hace un ídolo esculpido o fundido, obra de manos de artífice en un lugar secreto». De esos ídolos había dicho el salmista que «tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen, tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan». Esos ídolos eran hechura de manos humanas y, al fin, fácilmente discernibles. Pero ¿y los otros ídolos, los de bronce y de hierro belicoso, los insolidarios de plata y oro, los fabricados a golpes de indignación o de desprecio, que se llevan en los corazones? ¿Cómo combatir a esos simulacros ocultos en lo profundo de la conciencia? La idolatría era una fornicación espiritual, y era muy frecuente arrodillarse ante la fuerza, la riqueza y el poder.

Enfrente, el cristo crucificado, colgado de la cruz como las cítaras de los árboles, tensas las cuerdas del corazón en la madera. Parecía indefenso en el estrépito de la batalla. Y, sin embargo, ¿qué era más resistente: un cetro de marfil o uno de caña, una corona de oro u otra de espinas, un trono de mármol o un taburete cojo, un rey o un crucificado? El insigne madero, cantaba Prudencio, había debelado las águilas y los dragones del imperio. A estos los sostenía la república de viento de este mundo; al otro, el que gobierna desde arriba sin turbación y sostiene desde abajo sin esfuerzo.

El monje seguía el hilo que lo llevaba al centro del laberinto, quizá concebido como una cúpula cuya linterna permitía abrir una sonrisa a la tristeza del mundo. Abrazado a la palabra, que lo guiaba con la sonoridad de una trompeta, lloraba con las lágrimas alfabéticas de Jeremías; sahumaba el polvo húmedo de la biblioteca con la palabra turíbulo, más oriental que el incensario y premonición de algún botafumeiro; abrevaba en el agua de la Escritura, recordando aquella sentencia del Maestro: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.* El monje, que había andado buscando a tientas la puerta del laberinto y la fuente de la sabiduría, solo ahora veía con nitidez que Él era la puerta y el agua, el camino, la verdad y la vida.

Tobías de la letra, algún ángel lo había conducido de la mano por las oscuras playas del oráculo. Él tenía escrito, o solo soñado, que a los ángeles «la audacia de los pintores los representa con alas, para dar a entender su rapidez de desplazamiento a todos los lugares. Así como también los poetas dicen del viento que tiene alas, por su velocidad». Sabemos que el ángel puede ser terrible: uno con espada flameante cerró las puertas del paraíso y otro dejó cojo a Jacob. Pero uno había guiado a Tobías y otro anunció la salvación. *Aunque pase por valles de tinieblas, ningún mal temeré.* Uno de los benévolos lo llevó a él de la mano por las sendas tortuosas del libro. El ángel del señor o el viento del espíritu: ángeles o vientos son una misma cosa.

En la soledad de su celda evocaba la soledad de sus lecturas. Había aprendido a leer en silencio como Ambrosio, pues está escrito que Dios no se halla en el huracán ni en el terremoto ni en el fuego, sino en el suave susurro de la brisa. *Monje*: ese era su verdadero nombre: una etimología seductora lo había remitido al griego, pues *monos* significa en griego uno solo. «Luego si monje se traduce por solitario, ¿qué hace entre la

muchedumbre el que debe estar solo?». Él había consumido más lámparas que años y había visto más libros que mujeres. Y además, ¿de qué sirve irse al otro lado del mar, solo para cambiar de cielo sin mudar de ánimo? *Caelum, non animum mutant, qui trans mare currunt:* lo había dicho, entre sátira y oda, un viejo poeta. Muchos, en efecto, tenían de monje solo el nombre: habían cambiado de vestido, pero no de alma.

El abad de Valcavado regresaba de una biografía colmada de palabras escritas y de silencios renovados. Un versículo del Apocalipsis afirmaba: *Y el cielo fue retirado como un libro que se enrolla, ocultando sus secretos*. ¿Quién puede saber qué contiene dentro un libro enrollado si extendido no se lee? Él lo había leído y explicado, *in quantum humana fragilitas*. Como el apóstol, casi podía decir que había corrido noblemente, llegado a la meta, guardado la fe. Nadie podría competir con el apóstol de las gentes, pero tampoco era deshonroso: en la variedad del universo estaba la belleza. El mismo Pablo había escrito que una es la claridad del sol, y otra la de la luna y las estrellas. Incluso las estrellas difieren de una a otra en resplandor.

«A quienes engendra una lengua celosa, los mata una vida negligente». Ahora, con los ojos cansados y la nieve diluyéndose en los surcos de su rostro, sabía que no todos los que leen, ni todos los que predican, ni todos los que reparten sus bienes, ni todos los que castigan su cuerpo con la penitencia de la carne sirven al Señor. Sutiles como aguijones de mosquitos, los ídolos acechaban lo mismo bajo la cúpula de una iglesia que entre los pliegues del hábito o en los versículos del libro sagrado. De Sodoma, solo tres se libraron del fuego; de todos los que salieron de Egipto, solo dos entraron en la tierra de promisión. Él estaba al borde de Jerusalén, que en latín quiere decir «visión de paz».

Antes de sonar la campana que anunciaba vísperas, el abad de Valcavado volvió a tender la vista por el torrente. No se había apaciguado la espuma, pero el hombre que se había entregado al improvisado puente lograba ahora poner el pie al otro lado. Un árbol, el puente; un crucificado, el pontífice. Toda casa tiene un constructor, pero el artífice del universo es Dios. En una edad turbulenta y oscura como aquella, sin Dios no se podía estar, ni vivir, ni trabajar, ni atravesar un río: «en Él vivimos, nos movemos y somos», había dicho el apóstol. «De Él vivimos, por Él tenemos fuerzas», añadió Cipriano. En él había llegado Beato al centro del laberinto.

Ahí está. Es una ciudad cuadrada, como las maderas del arca. Perfecta en su medida, sea de ángel o de hombre. La ciudad no necesita sol ni luna que la alumbren, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero. No habrá necesidad de cerrar las puertas al caer el día, porque allí no habrá noche. Tampoco habrá dolor ni llanto, gritos, enfermedad, fatiga o muerte. Un río la atraviesa. En medio de la plaza, a una y a otra parte del río, hay árboles de vida, que dan fruto doce veces al año, una por mes; ningún místico podrá ya decir de las criaturas que se hartan de agua a oscuras porque es de noche, pues el Señor Dios los alumbrará y reinará sobre ellos por los siglos de los siglos. La noche es ya pasada: despierta, amada mía, y ven.

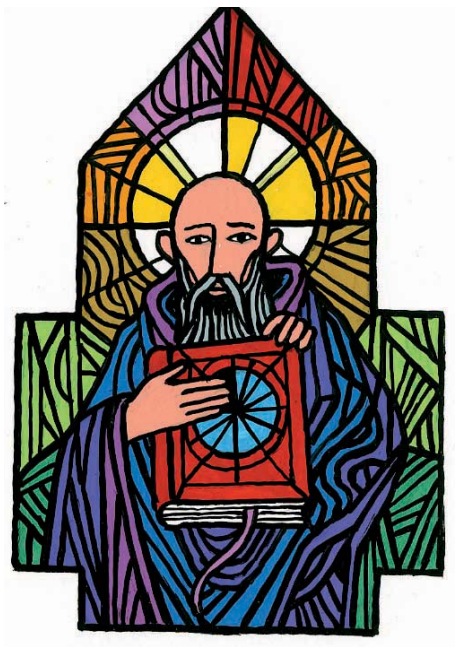
El abad de Valcavado entornó los ojos. Había vivido para ver que un hombre se había mantenido en pie sobre un árbol caído y había cruzado un abismo sostenido por un ángel invisible. Ahora podía morir en paz. Era cierto que algún día se moverían los cielos y la tierra, el sol se pondría negro como un cilicio, sangrienta la luna como alfanje o epitafio, y las estrellas caerían sobre la tierra para apagar el candelabro de la vida. Pero, entre tanto, y aun sabiendo que en medio de la vida estamos en la muerte, siempre quedaría un árbol al que agarrarse en el naufragio. *Nunc dimittis*… Ya puedes, Señor, dejar a tu siervo que se vaya en paz, porque mis ojos han visto tu salvación.

Aquella tarde, el abad de Valcavado faltó por primera vez al rezo de Vísperas. Lo encontraron en su sillón de roble, una mano en esbozo de bendición o despedida.

* * *

Según André Breton, Jean Pierre Brisset se anunció como el séptimo ángel del Apocalipsis y el Arcángel de la resurrección. Él ignoraba que ya había venido: en las tierras de Liébana permanecía en pie el brazo de un monje que había redactado los más famosos comentarios al Apocalipsis de Juan. Él fue uno de aquellos monjes que son nuestros bienhechores, porque —Borges lo rubricó— «salvaron para nosotros en duros tiempos el griego y el latín, es decir, la cultura».

Emilio PASCUAL



EL HIMNO DE SANTIAGO

Pollux Hernúñez

De Beato de Liébana se conservan dos obras, los doce libros del *Comentario del Apocalipsis* (primera versión: 776, versión definitiva: 786), y los dos libros del *Apologético* (786), en los que él y su discípulo Eterio se defienden de las acusaciones de herejía dirigidas contra ellos por el arzobispo de Toledo Elipando.

Aparte de estas dos obras, desde hace ochenta años se viene atribuyendo a la pluma de Beato un *Himno de Santiago* de autor anónimo, pero coetáneo del abad lebaniego, pues se compuso entre 786 y 788. Dos argumentos podrían apoyar esta atribución: la utilización en el himno de una temática y un vocabulario presentes ya en el *Comentario*, y el hecho de que su acróstico menciona a Mauregato, rey de Asturias en esos años. Ninguno de estos argumentos es probatorio.

En cuanto al primero, si es cierto que el *Himno* comparte con el *Comentario* algunos temas y expresiones, el *Comentario* mismo (como otros comentarios anteriores y posteriores), se basa en multitud de préstamos de otros autores, de los que pudo haber bebido independientemente el autor del *Himno*. Por ejemplo, la mención de Santiago como predicador en Hispania, que el *Comentario* recoge en el libro II (véase página 107) y el *Himno* en el verso 25, podría proceder separadamente del *Breviarium apostolorum* de mediados del siglo VII. E incluso si el *Himno* procediera del *Comentario*, esto no significa necesariamente que el Beato fuera su autor, sino algún lector o discípulo suyo. Pero hay algo más: si el *Comentario* y el *Himno* coinciden en referir la presencia de Santiago en Hispania, hay una diferencia fundamental: el *Himno* añade además que Santiago es protector y patrono de Hispania. Si Beato creía esto y lo escribió en el *Himno*, ¿no es sorprendente que lo silenciara en la última versión del *Comentario* y en el *Apologético*? (De ahí que la fecha del *Himno* deba situarse después de esas dos obras, es decir entre 786 y 788, pues difícilmente hubiera Beato dejado pasar la ocasión de mencionarlo en ellas al tratar de Santiago, si lo hubiera leído en otro autor o si el autor hubiera sido él mismo.)

El segundo argumento es más endeble todavía. La plegaria por Mauregato en el acróstico implica que habría una buena relación entre el rey y Beato (quien en esto de las relaciones sabía cumplir: en el *Apologético* al arzobispo de Toledo, entre otras lindezas poco cristianas, lo llama «testículo del Anticristo», pues el arzobispo le había llamado a él «oveja sarnosa»), pero esta supuesta buena relación no se compadece con lo poco que conocemos de Beato y la corona. En el año 774 accede al trono de Asturias Silo, esposo de la hija de Alfonso I, Adosinda. Cuando diez años depués muere y va a sucederle su joven sobrino (luego Alfonso II), se lo impide un hijo bastardo de Alfonso I, Mauregato («Maure-» porque su madre era una sierva mora), que consigue hacerse con la corona y obliga a su hermanastra a ingresar en un convento. Lo único que sabemos es que Beato asiste a la toma de hábito de Adosinda en Pravia en el año 785. Puede imaginarse que Beato servía a dos señores, a la ex reina y al usurpador, o que Beato «evolucionó» una vez recluida Adosinda, pero ¿no es más razonable suponer que el himno salió de otra mano?

Si con los pocos datos que tenemos no puede probarse ni refutarse que Beato compusiera este himno, lo que sí es indiscutible es que el autor pertenece a su escuela, la de los intelectuales del reino asturiano del último tercio del siglo VIII, entre los que destaca Beato, tanto por su obra como por su influencia entre sus coetáneos, en Hispania y en el extranjero. Por eso se incluye en el presente volumen. Pues concentra en quince estrofas la doctrina, las creencias y las preocupaciones de Beato, compartidas por quienes vivían con él aquel particular momento histórico: las aspiraciones del incipiente reino de Asturias (único independiente de la Península), sus relaciones con la Europa de Carlomagno, las continuas controversias religiosas, el inminente fin del mundo (anunciado para el año 800), y sobre todo la amenazadora vecindad de los moros.

Aunque los gobernantes musulmanes toleraban la práctica de su religión a los cristianos (los obispos seguían administrando sus diócesis en territorio ocupado), la expansión programática del reino asturiano daba lugar a correrías y batallas que conllevaban represalias recurrentes contra el reino independiente del norte. El ansia de los cristianos por deshacerse de esa permanente amenaza era grande, pues iba unida a la identidad e independencia de su reino. Desde Covadonga (722) se sucedieron los contraataques (Alfonso I se hizo con Galicia en 740 y León en 754), y para tales empresas se hacía sentir la necesidad de un brazo supernatural que legitimara y cohesionara al mismo tiempo las fuerzas en las que se asentaba la corona. Santiago. Así empieza la historia del sorprendente fenómeno que llega hasta nuestros días con el simplificador apelativo de «Camino de Santiago», y así empieza el no menos sorprendente de la expansión del reino de Asturias hasta formar lo que al cabo de los siglos todavía sigue llamándose España. Ni que decir tiene que son inseparables. Lo que se deban uno al otro no es fácil de establecer.

Escribía Unamuno hace casi un siglo que: «un hombre moderno, de espíritu crítico, no puede admitir, por católico que sea, que el cuerpo de Santiago el Mayor esté en Compostela» (1912). Pero el corazón tiene razones que la cabeza no entiende y, a decir verdad, ¿qué más da? ¿Qué mérito tendría creer en Santiago si de verdad sus cenizas estuvieran en Compostela? Lo verdaderamente prodigioso es que durante largos siglos millones de personas hayan creído y sigan creyendo lo increíble, lo que la Historia desmiente. ¿No define el mismo Unamuno la fe como «crear lo que no vimos»? Veamos cómo se escribe la historia, tal como surge condensada en nuestro *Himno*.

Santiago el Mayor, pescador del mar de Tiberíades, pertenecía, junto con su hermano Juan Evangelista y Pedro, al círculo más estrecho en torno a Jesús (estuvo presente en su transfiguración y en Getsemaní). Lo único que sabemos de él tras la muerte del Maestro es que en el año 44 fue degollado en Jerusalén por orden de Herodes Agripa. Con posterioridad se fue formando la especie de que un apóstol había evangelizado Hispania (Dídimo lo menciona el primero en el siglo IV, Jerónimo en sus *Comentarios a Isaías* en el V), y finalmente

a ese apóstol se le pone nombre, Santiago, en el *Breviarium Apostolorum* (mediados del siglo VII), donde se afirma que «predicó en España y lugares de Occidente». A principios del siglo VIII el inglés Aldhelmo afirma que Santiago convirtió a los españoles y por la misma época repite lo mismo un texto falsamente atribuido a Isidoro de Sevilla. Por fin, en el año 776, nuestro Beato recoge la misma noticia en la primera versión de su *Comentario*, y esto a pesar de que ningún autor hispano anterior (Prudencio, Orosio, Idacio, Leandro, Braulio, Julián, Ildefonso, Isidoro) menciona tal cosa y que uno de ellos, Julián, al referirse al apóstol Santiago, lo ubica exclusivamente en Jerusalén. Y la misma liturgia mozárabe situaba su fiesta el 30 de diciembre y no el 25 de julio, día de su decapitación según el *Breviarium Apostolorum*.

A pesar de esto, como veíamos, el autor del *Himno* da un paso más: convierte a Santiago en patrono de Hispania, entendiendo por «Hispania» lo que en realidad no era más que la cornisa cantábrica, desde los Pirineos a Galicia, pero anunciando ya un programa reivindicador y restaurador del reino visigodo. Cabe preguntarse si este sentimiento restablecedor, esta fe en un destino no son los que alimentan la dinámica expansionista que, una vez terminada la Reconquista, lleva a los españoles a proseguirla en América y a sustentar todavía hoy en algunos la fe en una España vertebrada. Sea como fuere, en ese cambio de siglo, del VIII al IX (quizá precisamente por la frustración de las expectativas milenaristas), se siente la necesidad de una intervención divina especial para consolidar, legitimar y ampliar el reino. Dicho y hecho: pocos años después de compuesto el *Himno*, la divinidad empieza a manifestarse y a elaborarse la leyenda que conocemos:

En el año 812 u 813 un ermitaño llamado Pelayo informó a Teodomiro, obispo de Iria Flavia (hoy Padrón), de que había visto una extraña estrella en el cercano monte Gibredón. Teodomiro se puso en marcha, siguiendo el camino que le indicaba la estrella, y llegó a un sepulcro de mármol en el que halló el cuerpo de Santiago. Así de sencillo. La noticia recorre pronto el mundo cristiano. Alfonso II manda levantar un templo y construir una ciudad, Santiago de Compostela. Teodomiro traslada allí su sede episcopal y allí se educará Alfonso III bajo el obispo Ataúlfo.

Otro portento: en el año 844, rodeado por los moros en un otero de la Rioja, el rey Ramiro I se desespera porque sabe que al amanecer no tendrá hombres suficientes para hacer frente al enemigo. Santiago se le aparece en sueños y le dice: «E sepas por verdad que en la mañana venceras con el ayuda de dios todos estos moros que te tienen cercado aunque moriran munchos de los tuyos, a los quales esta aparejada la gloria del parayso. E por que desto seas cierto ver me has en la mañana encima de vn cauallo blanco con vna seña blanca e grand espada reluziente en la mano». Así ganaron los cristianos la batalla de Clavijo, que todos los historiadores coinciden en afirmar que nunca tuvo lugar. Hasta el *Quijote* recogerá el famoso grito de «Santiago y cierra España» (II 58).

Atraídos por la noticia del hallazgo de Teodomiro, propagada por los martirologistas europeos como Adón, Usardo y Floro a lo largo del siglo IX, empiezan a llegar peregrinos extranjeros, los primeros (religiosos de Francia y Alemania) a principios del siglo X y, a mediados, el primer obispo, el de Puy, seguido de muchos otros. Se inicia así una marcha a la que durante siglos se sumarán religiosos, caballeros, aristócratas y penitentes de toda laya procedentes de todo el mundo cristiano. Personas, ideas, mercancías, dineros, modas y artes hacen de los caminos que llevan a Santiago la vía de conexión e intercambio culturales de muchas partes de Europa. Algunos de esos peregrinos adquirieron copias de códices de Beato: uno de ellos, copiado hacia 970, conserva la representación de Santiago más antigua que se conoce. El Camino de Santiago y todo lo que este término encierra son ya una realidad.

Pero la curiosidad de la gente es grande y necesita conocer cada detalle de historia tan extraordinaria. ¿Qué hacía el cuerpo de Santiago en Galicia, si murió en Jerusalén? ¿Y cómo llegó allí? Ahora que la verdad del hallazgo del cuerpo de Santiago estaba sentada, lo que hacía falta eran detalles y cuanto más sabrosos mejor. Aparecen entonces las almas piadosas que acometen la encomiable empresa de explicar lo que nadie se explicaba, la suerte del cadáver del apóstol después de su martirio. Como veíamos, el único dato conocido, recogido en los *Hechos de los Apóstoles*, era su ejecución por Herodes Agripa. El resto hasta Compostela había que inventarlo, pero, eso sí, con conocimiento de causa, es decir dentro de la lógica propia de lo prodigioso. Una de esas almas piadosas fue la que redactó, ya a principios del siglo X, la *Epistola Leonis episcopi*, en la que por primera vez se narra el viaje póstumo del apóstol y su presencia en Galicia. Le siguieron multitud de otras versiones, la última de ellas, la del papa León XIII, que le dedicó la encíclica *Deus Omnipotens* (1884), donde puede leerse:

«Después de haber muerto el apóstol Santiago en Jerusalén, fue recogido por sus discípulos Atanasio y Teodoro, los cuales se embarcaron con el Santo Cuerpo yendo a abordar a las costas de España, correspondientes a la región de Amaia, en la que reinaba doña Lupe; esta reina era idólatra y muy pérfida; pero los discípulos pudieron librarse de las maquinaciones con que les persiguió a su llegada y tránsito, y, logrando internarse en la región, dieron sepultura al Santo Cuerpo en una pequeña colina, fabricándose un hipogeo y una pequeña iglesia. Sus discípulos permanecieron en su custodia hasta que, a su muerte, fueron enterrados al lado del apóstol por los naturales del país, que habían convertido al cristianismo».

Podría uno preguntarse por qué había paganos en Galicia cuando las cenizas de Santiago llegan allí, si poco antes ya habían sido evangelizados por él mismo. Y si no los había evangelizado, ¿qué estuvo haciendo en Galicia siete años? Y sobre todo ¿por qué se empeñan sus discípulos en llevar su cadáver a un lugar en el que predicó infructuosamente? ¿Y en qué lengua hizo su predicación? ¿Y por qué no volvió a saberse nada de él hasta que Teodomiro ve la estrellita ocho siglos después? Unamuno, Unamuno… Hombre de poca fe.

Explicados ya el origen de los huesos de Santiago descubiertos por Teodomiro, su presencia en Galicia y su razón de ser, la fama del santuario creció como él mismo, aunque no por ello dejó de conocer sus horas bajas. En ese mismo siglo X en el que se abren los primeros senderos de peregrinos, Compostela sufrió ataques de moros y normandos. Aunque fueron rechazados y se construyeron puentes, calzadas y hospitales para facilitar el viaje, sin embargo, antes de finalizar el siglo, en el verano del 997, Almanzor arrasó la ciudad,

llevándose hasta las campanas (para hacer lámparas para la mezquita de Córdoba) a hombros de los vencidos.

Pero la fe era grande y con el tiempo la ciudad se reconstruye y el Camino se recupera y sigue creciendo. En 1078 empiezan las obras del nuevo santuario y poco después el papa Urbano II concede a la diócesis de Santiago autonomía total bajo la autoridad directa del papado, es decir que sus ciudadanos eran súbditos del obispo. La catedral se concluye ya en el siglo XII, bajo Gelmírez. Este prelado, consagrado en 1101, da un empuje al santuario que durará varios siglos, los de mayor esplendor de Santiago y del Camino. Por un lado el papa Calixto II (que era hermano de Raimundo de Borgoña, conde de Galicia con su esposa doña Urraca) le otorga el jubileo y el arzobispado para Santiago y le permite traspasar a la nueva archidiócesis los derechos de la de Mérida. Por otro, la primera cruzada (proclamada por el mismo Urbano) ya había tenido lugar y la peregrinación a Santiago era más segura que a Jerusalén. Las riquezas llegaban a Santiago de todas partes y entre ellas la cabeza del otro apóstol Santiago, el Menor, botín de algún cruzado, que doña Urraca regaló a Gelmírez.

A mediados de ese siglo XII peregrinan a Santiago nada menos que los reyes de Francia. Ante los riesgos que podían correr los peregrinos, sobre todo los de la Península, en 1161 se funda la Orden de Santiago para protegerlos, aunque esto puede no haber sido más que un pretexto. Con capital en Uclés, la Orden llegó a dominar una amplia región en Ciudad Real, Cuenca y Toledo y tomó parte en todas las batallas importantes contra los moros hasta que, por disensiones entre los maestres, al final pasó a la autoridad de los Reyes Católicos como todas las demás órdenes militares.

El maestro Mateo empieza a labrar el famoso pórtico de la Gloria en 1166, en el reinado de Ramiro II, que hizo muchas donaciones e instauró el «voto» a Santiago o tributo que debían pagar al arzobispado compostelano todos los pueblos liberados de los musulmanes. A estas ganancias se añadieron, ya en el siglo XIII, las que pudieran llevar los peregrinos por obligación: los herejes arrepentidos, a los que la Santa Inquisición imponía como penitencia la peregrinación a Santiago.

La época dorada de Santiago duró del siglo XII al XV. Los peregrinos abandonaban sus hogares y quehaceres y se embarcaban en una aventura que podía durar meses. A pesar de ciertas facilidades que los caminos oficiales ofrecían, debían llevar buena bolsa y exponerse a muchos peligros. Cuando alcanzaban su destino, seguían una serie de ritos debidamente reglamentados: nada más llegar se lavaban, luego entraban descalzos en el templo, besaban la piedra, oían misa y pasaban a depositar su limosna, tras lo cual compraban recuerdos (eran muy populares los objetos de azabache), contemplaban alguna procesión o algún auto y emprendían el viaje de regreso a casa. La afluencia de gente llenaba los hospitales y muchos pernoctaban en la basílica misma. Para neutralizar el olor de tantas multitudes, a finales del siglo XIV se construyó el botafumeiro.

Mas a partir del siglo XV el Camino decae: ya no hay moros que conquistar, llega la Reforma y las guerras de religión, y en Europa, que ve partir tantos caudales en dirección de Galicia, se cuestiona la presencia de los verdaderos restos del apóstol en un rincón perdido de la península ibérica. El alemán Peter Rietler escribe su guía para peregrinos y Luis XI de Francia dona a la catedral sus dos campanas mayores, pero sus sones cada vez atraen a menos fieles. En 1520 Carlos V reúne cortes en Santiago, en 1532 se funda la universidad y en 1565 la Inquisición sienta plaza en la ciudad, pero el ocaso continúa. Tanto que en 1593 el mismísimo prelado toledano Loaysa se atreve a poner en boca del arzobispo de Toledo don Rodrigo la opinión de que lo de Santiago de Compostela es todo una patraña. Y encima los restos «verdaderos» no aparecen por ninguna parte.

La controversia se prolongó y peregrinos siempre hubo, pero no como antes. Para tratar de dar un nuevo vigor al Camino, se remozó el templo y en 1738 se iniciaron las obras del Obradoiro, pero, ante el racionalismo de la Ilustración, ¿cómo demostrar la verdad de Santiago sin un mínimo testimonio material? Ilustradas, las Cortes de Cádiz acabaron con la jurisdicción civil del arzobispo compostelano, con el tributo del «voto» y con la Inquisición. Aunque Fernando VII restableció todo esto, la falta de un nuevo milagro se hacía sentir. Por ello se excava de nuevo y en 1878, en una cripta detrás del altar mayor, vuelven a encontrarse los restos del apóstol. En 1884 el papa los declara auténticos, en la encíclica mencionada. El siglo XX ya podía abrazar Compostela sin reservas y así lo ha hecho, acudiendo masivamente por todos los medios y desde todas las partes del planeta, reviviendo en las últimas décadas la prosperidad de antaño.

Y decir que todo esto quizá no habría sucedido si nuestro *Himno* no se hubiera escrito… O quizá sí y el himno es solo un reflejo de algo tan imponente que no podía pararse, la terca voluntad (¿divina?) de demostrar al mundo que, más allá de lo que puede entenderse por razón, realidad o verdad, Hispania tenía que hacerse, realizarse trascendentalmente y que esto solo podía lograrse por su inseparable asociación con la portentosa epopeya post mortem de un pescador del lago Tiberíades. Cabe decir que, en este sentido, el *Himno* es expresión perfecta de ese designio.

Para culminar en la consagración de Santiago como patrón de Hispania, que es lo más trascendente del poema, y los beneficios (protección y salvación eterna) que de ello se esperan, el autor construye su composición según las reglas de la retórica antigua, es decir exponiendo el asunto gradualmente, cada estrofa como un paso lógico hacia la siguiente. Comienza invocando a la Divinidad y luego, recurriendo a imágenes de repertorio, compara a los apóstoles con piedras preciosas que adornan a Jesús o con candelabros que por él relucen, ubicando a cada uno en un lugar del mundo, de conformidad con el supuesto reparto que de él se hizo tras la muerte del Maestro. Los últimos que se mencionan son los hermanos Juan y Santiago, de los que se pondera el lugar preferente que ocupan a ambos lados de Cristo, y se alude a su martirio para pasar a concentrarse únicamente en los hechos señeros de la vida de Santiago. Sigue una invocación al santo para que proteja el reino y sus habitantes de todo mal y que todos alcancen la gloria, y concluye con otra invocación a la Trinidad. El acróstico añade una tercera invocación al Rey de reyes en pro del rey Mauregato.

La simbología está presente prácticamente en cada verso, con paralelismos, simetrías e imágenes que retoman lugares comunes de una rica tradición de la literatura cristiana, pero que aluden certeramente a la realidad histórica del momento. La línea entre lo poético y

lo lúdico no está siempre clara, pero la ingeniosidad no es gratuita. Lo más llamativo para nosotros es quizá la preocupación por la numerología, que tenía un sentido trascendente por lo invariable y eterno de los valores numéricos: hay doce estrofas (los doce apóstoles), cinco versos (las cinco llagas de Cristo), cada uno de seis pies (los seis días de la Creación); las piedras preciosas son tres por cuatro (la Trinidad y los evangelistas), y los apóstoles son dos por seis (la segunda persona y el número perfecto de la primera decena, el seis, suma de las tres personas).

En cuanto a la forma, el verso del *Himno*, el senario yámbico (seis pies con el esquema breve - larga) en estrofas de cinco versos, parece inspirarse en última instancia en el himno VII del *Cathemerinon* de Prudencio (que, de hecho, contiene también en su primer verso la fórmula *Verbum Patris*), pero Prudencio era un gran poeta y nuestro autor no. Se halla preso de un esquema métrico concebido para la cantidad y lo que él siente y pronuncia es el acento de intensidad. Por ello tiende a forzar el ictus y por ello sus versos suenan a nuestros endecasílabos, pues busca sistemáticamente el vocablo proparoxítono a final de verso, que es lo que finalmente genera el ritmo. Además se empeña en añadir rimas e ignora una regla fundamental del verso clásico, la elisión (clamorosamente en el verso 55, en plena cesura). En el primer verso hace coincidir el ictus con el acento de las palabras (a pesar de que las primeras sílabas de *Dei* y *Patris* son breves y por tanto anómalas en la segunda parte del yambo), lo cual indica que tal es la pauta que debe seguirse en el resto del himno, pues al fin y al cabo se compuso para ser cantado. De hecho se canta en Santiago mientras oscila el botafumeiro.

El texto del *Himno*, que quizá haya sufrido alteraciones (se conservan dos manuscritos, el más antiguo de finales del siglo X) está muy trabajado, pero no deja de ser medieval, es decir, tiene defectos, pero también su encanto. Recuerda esas esculturas románicas de torpe factura pero rebosantes de expresividad. En la traducción he tratado de que no se pierda nada dentro de un esquema tan apretado como el del original (estrofa, verso, ritmo, rima, acróstico), recurriendo a una estrofa semejante y a un verso, el alejandrino, que casi siempre permite encajar el sentido de cada senario, y añadiendo rima en los dos últimos. Y mantengo el artificio del acróstico, pero no siempre en la inicial, señalándolo en negrita.

Precisamente acerca de la traducción, permítaseme una última palabra sobre la de un término clave, *vernulus* (verso 48), que, después de darle muchas vueltas, me he atrevido a trasladar por «nacional», y que merece una glosa para aquellos lectores que, en estos tiempos de nacionalismos, se pregunten si la capacidad visionaria del autor del *Himno* era de tan largo alcance. La voz *verna* designaba en latín al esclavo no adquirido, es decir nacido en casa del amo. El adjetivo correspondiente, *vernaculus* (o su forma sincopada, *vernulus*, desconocida en latín clásico), significaba por tanto «doméstico» y, por extensión, «nativo», «autóctono», «vernáculo», «del país», «nacional», así como «de clase baja», «ordinario», de donde pasó a significar en latín tardío «corriente», «común», «normal», «natural». Elija el lector, pero, dado el contexto, había que reflejar las aspiraciones del autor, fuera o no Beato.

Pollux Hernúñez

Himno para el día de Santiago Apóstol, hermano de San Juan

O Dei Verbum Patris ore proditum,
Rerum creator et verum principium,
Auctor perennis, lux origo luminis,
Enixus alvo gloriose virginis,
Xriste, tu noster revera Emmanuel,

Rex et sacerdos, cui sacri lapides
En ter quaterni —onicinus, agates—
Gnitent-berillus, zafirus, carbunculus
Vel ametistus, sardius, topazius,
Maracdus, iaspis, ligurius, crisolitus.

Riteque, gemmis sol —dies duodecim
Enitens horis, margaritis obtimis—
Gliscitque mundi iam fugatis tenebris;
Et candelabra tibi superposita
Micant lucernis bis senis apostolis:

Petrusque Rome, frater eius Acaie,
Indie Tomas, Levi Macedonie,
Iacobus Iebus et Egypto Zelotes,
Vartolomeus Licaon, Iuda Edisse,
Mathias Iudee et Filippus Gallie;

Magni deinde filii tonitrui
Adepti fulgent prece matris inclite
Utrique rite culminis insignia
Regens Ioannes dextra solus Asia
Eiusque frater potitus Ispania.

Clari magistri lateri innoxio
Adsciti, dextra pacis unus federa
Tractus, sinistra alter in sententia,
Utrique regno bis electa pignora
Mitrati poli properant ad gloriam:

Advectus in quam gloriosus premio
Electus iste habitus martirio
Xristi, vocatus Zebedei Iacubus,
Apostolatum iure implens devito
Victorque rapit passionis stigmata.

Divino quippe obsidens suffragio
Idem magorum sontes iras demonum
Coercens virus punit emulantium;
Vivaxque demum stolido oraculum
Insigne datur penitens cor credulum.

Perplexus enim voto conpos commoda
Rima petenti aegro adminicula
Obtanti pandit fidei carismata,
Vexillo pacis ad salutem copiam
Enseque functus se communit gloria.

O vere digne sanctior apostole,
Caput refulgens aureum Ispanie
Tutorque nobis et patronus vernulus,
Vitando pestem esto salus caelitus,
Omnino pelle morbum, ulcus, facinus;

Adesto fabens gregi pius credito,
Mitisque pastor regi, clero, populo;
Ope superna ut fruamur gaudia,
Regna potiti vestiamur gloria,
Eterna per te evadamus tartara.

Presta quesumus, trinitas potentia
Replensque globi cuncta solus macina,
Eterna cuius laus et clementia,
Virtus perennis ingens adest gloria
Et honor iugis affatim in saecula.

***Oh**, tú, Verbo de Dios por la boca del Padre,*
*c**r**eador de las cosas y auténtico principio,*
*s**e**mpiterno hacedor, luz origen de luz*
***y** nacido **d**el seno de la Virgen gloriosa:*
*¡que er**e**s nuestro Enmanuel, tú, Cristo, es cierta cosa!*

*Monarca y sace**r**dote por quien las sacras piedras,*
*que son tres v**e**ces cuatro, mirad cómo relucen:*
*el berilo **y** el ágata, la amatista, el crisólito,*
*la esmeralda, **e**l rubí, la turmalina, el ónice,*
*el topacio, el zafiro, el ja**s**pe y la sardónice.*

*Y a su hora **e**l **s**ol **c**on gemas (resplandeciente el día*
*con s**u**s horas que, do**c**e, son las mejores perlas)*
*se agranda, ya a**l**huyentadas del mundo las tinieblas;*
*y, apoyados en ti, brill**a**n los candeleros*
*con la luz de los doce **a**póstoles primeros:*

*En Roma brill**a** Pedro y en Acaya su hermano,*
*en Egi**p**to Simón, Matías en Judea,*
*Yago en Jerusalén, en la Gal**i**a Felipe,*
*Tomás brill**a** en la India, Mateo en Macedonia,*
*en E**d**esa Tadeo, Bartolomé en Licaonia.*

*También brillan l**o**s Hijos magníficos del Trueno,*
*tras conseguir **s**u insigne madre con mil plegarias*
*hacerles merecer l**o**s máximos honores:*
*a la de**re**cha Juan solo en Asia reinando*
***y** en Hispania su hermano con el supremo mando.*

*Ad**m**itidos al pulcro pecho del maestro egregio,*
*llamado el de l**a** diestra a unir bajo la paz*
*y aquel a la siniestra a ser j**u**zgado, entrambos,*
*tras elegir dos veces del **r**eino el gran consuelo,*
*se apresuran, mitrados, a la gloria d**e**l cielo:*

*el celebrado Juan su **g**alardón recibe*
*y el que llaman Santi**a**go el Zebedeo, vestido*
*con galas adecuadas al mar**t**irio por Cristo,*
*su apostolado ejerce c**o**n diligente intento*
***y** gana los estigmas de un horrible tormento.*

*Y así, asediando él, **c**on el divino auxilio,*
*a malévolos brujos y h**o**llando iras de diablos,*
*la ponzoña castiga de los e**n**vidïosos;*
*y es cau**t**o, p**u**es al necio da consejos cumplidos*
*y corazón creyente **a** los arrepentidos.*

*Ligado a su pro**m**esa, dispensa recompensas:*
*al suplicante enferm**o** prodiga sus auxilios,*
*las g**r**acias de la fe explica al que las pide,*
*con la **p**az por bandera la salvación alcanza*
*y, tras sufri**r** la espada, su gloria se afianza.*

*Oh, verdaderamente dign**o** y sagrado apóstol,*
*áurea, resplandecien**t**e cabeza, tú, de Hispania*
*y nuestro prot**e**ctor y nacional patrono:*
sálvanos desde el cielo de toda mortandad
*y líbranos de crimen, lla**g**a y enfermedad.*

*Protege diligent**e** la grey a tu cuidado*
*y sé pastor amable de**l** rey, el cler**o**, el pueblo;*
***y** que bajo tu amparo gocemos de altos bienes,*
*nos vistamos de gloria con reinos **c**onquistados*
*y del perpet**u**o infierno por ti seamos librados.*

*Trinidad poderosa: supl**i**camos tu ayuda,*
*tú que, sola, la máquina **d**el mundo toda llenas,*
*tú de quien son eterna**s** la alabanza y clemencia,*
*el poder duradero, **l**a gloria exuberante*
*y el honor por los sigl**o**s perpetuo y abastante.*

EL COMENTARIO AL APOCALIPSIS DE BEATO DE LIÉBANA

Joaquín González Echegaray

En una bella comarca de Cantabria al pie del abrupto macizo de los Picos de Europa, cubierto de nieves durante gran parte del año, se levanta en medio de un tupido monte de viejos robles, un antiguo monasterio que recibe el nombre de Santo Toribio de Liébana. En él se conserva, guardada en un precioso relicario, una madera de ciprés, que, según una antiquísima y seria tradición que se pierde en las sombras del Medioevo, sería un fragmento de la auténtica cruz en que murió Jesucristo. Entre todas las reliquias de la cruz (*lignum crucis*), guardadas en distintas iglesias del mundo, la Vera Cruz de Liébana es con mucho el trozo mayor.

Este antiguo monasterio benedictino, hoy al cuidado de los franciscanos, cuya actual iglesia gótica fue edificada en el siglo XIII, se llamó hasta el siglo XII Abadía de San Martín de Turieno y hunde sus raíces históricas en el tiempo, remontándose probablemente hasta la época visigoda. En la segunda mitad del siglo VIII fue su abad un personaje interesantísimo en el ámbito de la cultura hispana, llamado Beato de Liébana. En aquella época toda Liébana era un enjambre de pequeños monasterios, pues la vida monástica no sólo se concebía como una forma de retiro con vistas a la perfección espiritual de los monjes, sino también como un medio eficaz de fomentar la colonización y desarrollo económico del territorio, mediante el cultivo del campo y el incremento de la ganadería. Con los años, el monasterio de San Martín acabaría por absorber a casi todos los demás, excepción hecha de la abadía de Santa María la Real de Piasca, que constituyó otro foco importante. En el siglo X, Piasca era una abadía dúplice de monjes de ambos sexos, regida por una abadesa, y desde el siglo XI pasó a incorporarse al movimiento de Cluny, convirtiéndose en un priorato dependiente de la famosa abadía de Sahagún.

Beato de Liébana, hoy conocido y venerado en la comarca como San Beato, fue un eclesiástico importante en el reino de Asturias, que por entonces pasaba por una tremenda crisis política y militar. A la muerte del rey Fruela en el 768, se había desintegrado el poder de la corte asturiana y subían al trono por tiempo muy limitado personajes tan poco relevantes como los reyes Aurelio, Silo, Mauregato y Bermudo, mientras que la presión militar que el emirato de Córdoba ejercía sobre el pobre reino del norte se hacía patente por las aceifas o incursiones veraniegas con que el ejército musulmán castigaba implacablemente aquellos territorios.

Así, sabemos que Beato estaba presente en la solemne toma de hábito de la reina Adosinda, viuda de Silo, cuando ésta fue recluida en un convento por el nuevo rey "golpista" Mauregato. Habrá que esperar a los días del reinado de Alfonso II, cuyos comienzos también vivió Beato, para que Asturias recobre la importancia política que había tenido y amplíe su prestigio en la corte de Carlomagno, que era por entonces el núcleo de poder de toda Europa. Frente a la figura indudablemente señera de Abderramán I, constituido en práctico dueño de España, Asturias opta por inclinarse hacia el nuevo imperio europeo. Y Beato, el intelectual más destacado del reino norteño, prefiere alejarse de Toledo, donde se encuentra el obispo y escritor Elipando ocupando la sede metropolitana de aquella ciudad y claro colaboracionista del gobierno de Córdoba, para acercarse más directamente al Papa de Roma, entonces en excelentes relaciones con Carlomagno.

Éste es el trasfondo en que surge la agria polémica entre Beato y Elipando, que ha pasado a la historia como la contienda teológica del Adopcionismo. En efecto, el prelado toledano había acertado con una fórmula teológica para designar a Jesucristo como Hijo de Dios, de acuerdo con su divinidad, pero sólo como "Hijo Adoptivo" en cuanto hombre. Esta sofisticada distinción, que olvida la realidad defendida por la tradición eclesiástica, según la cual en Jesucristo sólo existe una persona, fue el punto de partida de toda la controversia. Beato denuncia la heterodoxia de Elipando. Éste le contesta con contundencia y acritud recurriendo a la ironía y al insulto. Se ha hecho famosa al respecto la frase del metropolita, en que le dice a Beato que cuándo se ha oído que los de Liébana vengan a enseñar a los de Toledo, que es la sede de la sabiduría teológica hispana. Recuérdese la historia de los famosos Concilios de Toledo. Elipando, aludiendo sin duda al paisaje montuno de Liébana, no duda en llamar a Beato "oveja sarnosa".

Pero no queda aquí la cuestión. Beato consigue el apoyo de un joven obispo, llamado Eterio, que vive también en el monasterio de San Martín, pues su sede episcopal, Osma, está en poder de los musulmanes. Así se cree con mayor autoridad para enfrentarse al arzobispo toledano. Escribe en pocos meses y firman ambos un libro llamado *El Apologético*, donde se destruyen una por una todas las tesis y alegaciones de Elipando. Éste, a su vez, se ve apoyado por Félix, obispo de Urgell, y, a partir de aquí, todo el fragor de la lucha dialéctica tendrá lugar fuera de Hispania. El Papa claramente se define por las tesis de Beato. Lo mismo sucede en la corte de Carlomagno, donde un intelectual del máximo prestigio, Alcuino de York, ataca a Elipando y a Félix y llega a considerarse como discípulo de Beato. Interviene el monarca franco, que el año 800 recibirá ya oficialmente el título de emperador, y convoca varias asambleas, entre las que destaca el Concilio de Frankfurt, donde se condena solemnemente la doctrina de Elipando y Félix, la cual empieza ya a ser conocida con el nombre de "herejía española".

Con la muerte de todos los protagonistas de la controversia en la primera década del siglo IX, se apagan los ecos de la contienda, para pasar a la historia de la Iglesia como uno de los muchos episodios de la lucha teológica por la ortodoxia. Pero la figura de Beato, como escritor enérgico y con recursos, y, sobre todo, como un gran conocedor de las Sagradas Escrituras, pasará a la historia de la cultura europea. Porque Beato no sólo compuso *El Apologético* o el poema conocido como *O Dei Verbum*, sino que es el autor de una obra que iba a constituirse a lo largo de toda la Edad Media como

uno de los libros de mayor aprecio. Nos referimos a su *Comentario al Apocalipsis*, del que vamos a hablar a continuación.

El *Apocalipsis*, como todo el mundo sabe, es el último de los libros que integran la *Biblia*, rematando el *Nuevo Testamento*, y es atribuido al apóstol y evangelista San Juan, sin que éste sea el lugar y momento oportunos para matizar el valor de los argumentos que se utilizan para ello. Es una obra escrita en un género literario muy bien conocido dentro de la tradición judía, el llamado género apocalíptico. El esquema consiste en que un personaje conocido del mundo religioso judío o cristiano recibe una visión generalmente a través de los ángeles, en la cual se le revelan los acontecimientos del futuro en clave de tragedias, adornados con elementos simbólicos de carácter cósmico. En realidad, lo que, tras este ropaje literario se esconde, es una visión crítica de la realidad religiosa presente en ese momento y una teología del papel divino en la historia de la Humanidad.

El libro concreto, a que ahora nos referimos, llamado *Apocalipsis de Juan* no gozó precisamente de un especial aprecio en la iglesia oriental, a diferencia de lo que sucedió durante los primeros siglos en la iglesia occidental. De ahí que sea entre los escritores latinos donde se produjeran los más importantes comentarios al Apocalipsis. Citemos aquí algunos de los autores, como Ticonio, Primasio y Apringio. La liturgia hispana en época visigoda prescribía la lectura de este libro bíblico en las misas y oficios durante el tiempo de Pascua. De ahí la importancia de que un teólogo especializado en la Sagrada Escritura, como era Beato de Liébana, se decidiera a componer un extenso libro, donde se recopilara cuanto hasta entonces se había escrito sobre el tema, y, valiéndose de esto, emitiera sus propias ideas acerca del mensaje contenido en el *Apocalipsis* y de su especial actualidad precisamente en aquél crítico momento del siglo VIII. No hay que olvidar que Beato, como algunos otros intelectuales de su época, sospechaba que el fin del mundo iba a tener lugar el año 800, aunque nuestra personal opinión es que no estaba demasiado seguro de ello, y, en definitiva, se hallaba más preocupado por los problemas vivos que entonces aquejaban a la iglesia y a la sociedad civil en aquél inseguro reino de Asturias.

El *Comentario al Apocalipsis* de Beato tuvo un éxito rotundo. Parece que él mismo llegó a publicar tres ediciones con sus propias revisiones del texto. La primera el año 776, la segunda el 784 y una tercera en el 786. De todas maneras hay que tener en cuenta que estas ediciones, que naturalmente eran manuscritas, constaban de muy pocos ejemplares. En los siglos siguientes el libro de Beato figuraba en la biblioteca de prácticamente todos los más importantes monasterios y catedrales de España y Portugal, y también se había divulgado al menos por Francia e Italia, llegando a ser una de las obras más apreciadas en la Edad Media.

Hasta nuestros días ha llegado más de una treintena de tales códices, la mayoría bien conservados, pero algunos sólo de forma fragmentaria. Hay uno que se remonta al siglo IX, unos 9 ó 10 al siglo X, 7 son del XI, 9 del XII, 5 del XIII y 2 ya del siglo XVI. Se trata de libros extraordinariamente valiosos, la mayoría de los cuales se conservan en las mejores bibliotecas de Madrid, París, Londres, Roma, Lisboa, Nueva York y Berlín, aunque algunos pocos aún permanecen en monasterios y catedrales.

Esta obra de Beato consta de doce "libros" o grandes capítulos, precedida de una dedicatoria al obispo Eterio y dos prólogos que San Jerónimo compuso en su tiempo para introducir la obra de San Juan y el comentario que a ella hizo el escritor Victorino. Sigue después una larga introducción, llamada "Interpretación", que resulta como una síntesis de toda la obra. Al libro II le precede asimismo un largo e interesante prólogo, en el que se tocan temas muy diversos. Por lo demás, el desarrollo de cada uno de los doce libros o capítulos, en que se divide la obra de Beato, se rige por estas pautas: Se van copiando amplios párrafos del *Apocalipsis* joánico de acuerdo con el texto bíblico, a los que siguen después comentarios generalmente bastante extensos. A lo primero se le llama *Historia* y a lo segundo *Explanatio* (explicación). Al final de toda la obra un importante número de códices incluye el Comentario de San Jerónimo al bíblico *Libro de Daniel*. Este libro del *Antiguo Testamento* guarda un notable paralelismo con el *Apocalipsis* del *Nuevo Testamento* y buena parte de él está escrito en un género literario similar, de modo que su lectura facilita la comprensión de muchos símbolos e imágenes del libro de San Juan. Por eso se le añadió como apéndice a la obra de Beato, y es muy probable que no se trate de una simple decisión de los copistas medievales, sino de una idea original del propio Beato.

Una de las cosas que más fama ha dado a esta obra de Beato de Liébana, desde luego la que determina que los códices conservados hasta hoy posean un valor incalculable, es el hecho de que el texto literario vaya acompañado de notables ilustraciones pictóricas, es decir, que se trate de lo que se llama "códices iluminados". Una vez más, la idea originaria viene del propio Beato y parece fuera de duda que los primeros códices que se editaron en el siglo VIII estaban iluminados. El propio autor alude en su texto a ello, al referir frases como éstas: "Como puede verse en la figura adjunta". No sabemos cómo y de qué estilo serían las ilustraciones originales, pero, a partir del siglo IX en adelante podemos seguir todo el proceso de desarrollo artístico, que va pasando por los diversos estilos: mozárabe, románico y gótico, pero siempre dentro de una continuidad y de una tradición pictórica propia, que determina una forma peculiar que la identifica y la distingue claramente de las demás obras de iluminación de códices a lo largo del Medioevo. Éste es el valor específico que en la historia del arte tienen los "beatos" y que, según algunos estudiosos, influyó decisivamente en otros campos de las artes plásticas medievales, como la pintura mural y la escultura de los grandes monasterios y catedrales.

A pesar de que el arte medieval suele ser muchas veces anónimo, en nuestro caso conocemos los nombres de algunos artistas que iluminaron los códices. Así Magio el Menor (*Magius pusillus*) ilustró el códice de San Miguel de Escalada, hoy conservado en Nueva York e inició la iluminación del códice del monasterio de Tábara, hoy en Madrid. Pero esta última obra fue rematada por el pintor Emeterio con el que colaboró Senior. El códice de Gerona fue ilustrado por una pintora llamada Ende, con la que colaboró también Emeterio. El de Valcabado, hoy en Valladolid, fue pintado por Oveco. Todos estos códices son del siglo X y fueron ejecutados en el estilo que llamamos mozárabe. Ya en estilo románico tenemos al pintor llamado Esteban García Plácido, autor de las miniaturas del códice de Saint-Sever, hoy en París, y a Martín que pintó el códice del Burgo de Osma.

En el códice de Tábara, junto a la bellísima pintura de la torre del monasterio en uno de cuyos pisos anejos se encuentra trabajando el iluminador de los códices, aparece una interesante inscripción. En ella se nos dice que allí trabajó el pintor Magio, que murió durante la ejecución de su obra el año 968, y cómo fue sustituido por su discípulo Emeterio el Presbítero, que trabajó denodadamente allí durante tres meses rematando la obra de su maestro. Y añade: "¡Oh torre tabarense, alta y de piedra! Arriba, en la primera habitación allí estuvo durante tres meses sentado y encorvado Emeterio, desgastando su pluma junto con todos sus miembros". Y subraya el momento en que dio por terminada su obra: las 3 de la tarde del 27 de Julio del año 970. Este dibujo e inscripción también se conserva en el códice del monasterio de Las Huelgas, hoy en Nueva York.

El investigador alemán W. Neuss determinó, en un estudio realizado en los años "treinta" del pasado siglo acerca del estilo de las figuras en los beatos, que existían familias distintas de códices, estableciendo los que llamaríamos árboles genealógicos, para ver cuáles son los que derivan unos de otros y el lugar que cada uno guarda en el sistema evolutivo. Después, otros estudiosos, como P. Klein, han perfeccionado el sistema genealógico, en el que se distinguen dos grandes ramas, a su vez subdivididas en otras.

El número de figuras de cada códice varía, pero se aproxima al centenar, y a veces, como en el caso del de Gerona, lo supera con creces. Los temas representados, que se repiten casi invariablemente, pueden resumirse así: Al principio suele haber un grupo importante de figuras a toda página, que preceden al *Comentario*, las cuales contienen árboles genealógicos de Jesús, retablos con las representaciones de los cuatro evangelistas, que reciben la inspiración angélica, y finalmente otras escenas, como la de la crucifixión en el beato de Gerona y diversos pasajes de la vida de Jesús.

Otro tema característico es el Alfa y la Omega, que abren y cierran el *Comentario*, de acuerdo con el texto apocalíptico: "Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin" (Ap 1, 8). Ambas letras capitales, sobre todo la primera, suelen llenar toda la página y contienen otra serie de imágenes, como la propia figura de Cristo en majestad (el Pantocrátor) e incluso las figuras de famosos comentaristas del *Apocalipsis*. Igualmente, la imagen de Jesucristo que se revela a San Juan y le da los mensajes para las siete iglesias de Asia.

Al prólogo al libro II corresponden las figuras de los apóstoles dispersos por el mundo y, sobre todo, la representación de éste en un mapamundi de gran interés para descubrir la concepción geográfica de la época y por las connotaciones teológicas que encierra. Ya dentro del libro, otros temas son la representación de cada una de las iglesias de Asia, y el arca de Noé que corresponde no al texto apocalíptico, sino al comentario beatiano.

En el libro III tenemos la visión del trono celeste con la figura divina y los veinticuatro ancianos, así como el Cordero y los cuatro vivientes. En el libro IV, en relación con la apertura de los siete sellos, aparecen la figura de los cuatro jinetes, la de los mártires junto al altar, la del terremoto con la caída de las estrellas, los ángeles frenando los vientos y la adoración al Cordero de los elegidos. Aquí va el tema de la palmera como símbolo de la vida del justo, que corresponde sólo al Comentario y no al texto bíblico. En el libro V se desarrolla el tema de los siete ángeles que tocan las trompetas y las temibles plagas que desencadenan, destacando tal vez las figuras de la caída del cielo de una estrella (3ª trompeta) y las langostas infernales (5ª trompeta). Otra figura reiterada suele ser la de Juan, a instancias de un ángel, midiendo con una caña las dimensiones del templo, y la de los dos testigos que profetizan y, tras su muerte, resucitan y suben al cielo. En el libro VI se ilustra el arca de la alianza y la bestia que surge del abismo, así como la mujer vestida de sol y el dragón de siete cabezas; igualmente la bestia que surge del mar. El ciclo concluye con el espectáculo triunfante del Cordero sobre el Monte Sión.

En el libro VII se representa al ángel que porta el evangelio eterno y al lagar del furor de Dios. Un poco más adelante aparecen los siete ángeles de las plagas con las siete copas del furor divino, los cuales constituyen todo un ciclo de ilustraciones, que continúa en el libro VIII, dentro del que aparece el tema de los tres espíritus que salen de las bocas de la serpiente, de la bestia y del falso profeta en forma de ranas. En el libro IX se representa a la Gran Meretriz de Babilonia junto a los reyes de la Tierra, y el triunfo del Cordero sobre los reyes. En el libro X figuran el fuego que arrasa a Babilonia, el ángel que arroja al mar una rueda de molino y la adoración a Dios en el cielo.

En el libro XI son representados el ángel de pie sobre el sol, el triunfo del jinete sobre la bestia, así como el ángel con la llave del abismo y el diablo encadenado. Igualmente los tronos de los justos y las almas de los decapitados, y cómo el diablo, la bestia y el falso profeta son arrojados al lago de fuego. El libro XII ofrece al iluminador el tema de la nueva Jerusalén gloriosa, en la que aparecen doce puertas en arco de herradura con figuras de los Apóstoles, lo que constituye uno de los tópicos más característicos de los beatos.

Con esto concluyen los temas apocalípticos representados. En los beatos que contienen el Comentario al libro de Daniel suelen aparecer el sueño de Nabucodonosor y la estatua con pies de barro, así como la estatua de oro erigida por el rey y los tres jóvenes en el horno. A veces también el festín de Baltasar, Daniel en el foso de los leones y las visiones apocalípticas de Daniel.

Las escenas y las figuras representadas se repiten con unas formas y convenciones muy características, a pesar de que se aprecia una innegable evolución artística de acuerdo con el desarrollo de los distintos estilos a lo largo del Medioevo. En los códices más antiguos del siglo x las figuras pueden no estar enmarcadas y ocupan espacios restringidos de la página, mientras que algo más adelante tiende a generalizarse la ilustración a página entera. Ésta adquiere algunas veces una composición en forma circular, como cuando, por ejemplo, se trata de la adoración al Cordero, y las más veces un enmarque cuadrangular, cuyo fondo está dividido en franjas anchas o frisos de distintos colores, sobre los que destacan perfectamente las figuras que integran la escena.

No cabe duda de que los beatos constituyen un género pictórico de notable valor estético y figuran entre las aportaciones culturales más valiosas del mundo de la Edad Media.

Joaquín González Echegaray

BIBLIOGRAFÍA

Como obras generales sobre el tema, podemos seleccionar las siguientes:

FLÓREZ, H., *Sancti Beati presbyteri hispani liebanensis in Apocalypsin ac plurimas utriusque Foederis paginas commentaria,* Joachim Ibarra, Madrid 1770.

SANDERS, H. A., *Beati in Apocalypsin libri duodecim*, American Academy, Roma 1930.

NEUSS, W., *Die Apokalypse des Hl. Johannes in altspanischen Bibel-Illustration (Das problem der Beatus Handschriften)*, 2 vols, Aschendorffschen Verlagsbuchhandlung, Bonn-Münster 1931.

KLEIN, J., *Der ältere Beatus-Kodes Vit 14-1 der Biblioteca Nacional zu Madrid*, 2 vols., Geirg Olms, Hildesheim 1976.

V.V.A.A., *Actas del Simposio para el estudio de los códices del Comentario al Apocalipsis de Beato de Liébana*, 2 vols., Joyas Bibliográficas, Madrid 1978-1980.

ROMERO POSE, E., *Sancti Beati a Liébana Commentarius in Apocalypsin*, 2 vols., Typis Officinae Polygraphicae, Roma 1985.

YARZA LUACES, J., *Beato de Liébana. Manuscritos iluminados*, Moleiro Editor, Barcelona 1998.

BEATO DE LIÉBANA, *Obras Completas y Complementarias*, Edición bilingüe con introducciones y notas, preparada por J. González Echegaray, A. Del Campo Hernández, L. G. Freeman y J. L. Casado Soto, 2 vols., B. A. C., Madrid 2004.

DE CÓMO UNA LUZ QUE ILUSTRA EL MUNDO SE NOS ANTOJA BELLA PROPAGANDA

Guillermo BALBONA

"Pudiera ser que ahora viese yo
por vez definitiva la ordenada
sucesión de las cosas de este mundo."

(JOSÉ ÁNGEL VALENTE, *De la memoria y los signos*).

"Qué oscuro el borde de la luz
donde ya nada
reaparece."

(JOSÉ ÁNGEL VALENTE, *El inocente*).

Tránsito de la delicadeza y el anonimato a la invasión de la imagen, la reproducción, la copia y la autoría compartida. Mil años de arte miniado son ahora imágenes explícitas, cedidas al rigor del mensaje, iconos donde lo publicitario impone su ley de persuasión. Y, sin embargo, tanta transparencia posee un rito de falacia, de inevitable mentira que hace añorar la fragilidad de las ilustraciones primeras, los detalles de un viaje insólito que cruza códices y que está atravesado por el anonimato y la belleza sin desvelar.

La impresión perdurable viene dada por el enigma: las miniaturas, las orlas y caligrafías, el lapislázuli, el oro y la plata, los colores asombrados. Como el arquitecto y teórico francés Eugene Emmanuel Viollet-le-Duc, que desentrañó los secretos de las técnicas arquitectónicas medievales y los problemas y soluciones a los que se iban enfrentando los maestros constructores, uno reclama no el utensilio fácil y el tratado que fija, sino la libertad de la mirada para desvelar con paciente ansiedad de belleza la apabullante fragilidad de los Beatos.

El reto de este lenguaje, elogio de la comunicación, siempre al límite del vértigo del tiempo, reside en su ternura primigenia, en su estilo excepcional. La expresividad de las miniaturas se aúna con la viveza de los colores, las mandorlas dan paso a bordes estrellados y las ruedas de fuego se mezclan con la iconografía principesca.

Abrumados por estas estancias de luz, incluso ajenos a su difusión espiritual, admiramos este diseño gráfico medieval, estas huellas adheridas a la piel del sentido y la evolución artística. Bajo la propanganda religiosa se vislumbra la pasión estética, la intuición sensible y la esencia, en un itinerario ávido por ver y distinguir. Como reflejo de una visión del mundo, buscamos el Beato moderno, cargado de semántica específica y también funcional, pero ajeno al código de lo inmediato y a la dictadura del mensaje pragmático.

Apocalípticos e integrados, nos asomamos a la sima del tiempo para reivindicar toda producción con ansias de metáfora poética y belleza certera. El verdadero mensaje de comunicación que el arte libera supone y conlleva una búsqueda de interpretación y un deseo de lugar en el mundo.

En esta época de superficialidad, apariencia y etiqueta, resurge así un territorio de enigmática belleza, plasmado en la condición de ilustrador que desprende esa indagación en los orígenes de la necesidad de comunicar y en la propia voluntad de ordenar el mundo. Joaquín Yarza se ha referido al universo de los Beatos como «misterioso y turbador». Lo cierto es que si desnudamos las miniaturas de toda imposición cronológica, histórica e intrarreligiosa, nos reconciliamos con el exótico expresionismo, con su expresividad del dibujo mediante una alineación firme, con rayas que llevan en sí una intención expresiva y un intenso dramatismo.

En estas figuras que se colocan escalonadamente, donde lo humano subyace tras un vestuario de color y donde los ojos y las manos soportan el peso de la tensión como sellos y marcas, como señales de un paisaje idílico, aflora un cómplice deseo de construcción, una ansiedad artística y creativa de la que carecen muchos productos de hoy.

Se olvida en ocasiones la función proteica, el papel meramente didáctico o sencillamente ornamental de ese recorrido que precede a nuestro decir: de Altamira a los códices con pinturas. Abrimos el ojo del huracán para ejercer como cirujanos de la luz y el misterio del lenguaje, una incisión en los límites entre la obra única y la multiplicada, el arte y el diseño, la reflexión estética y la política, la alta y la baja cultura.

Ahora que lo moderno equivale a mercadotecnia, una imagen del Beato se resuelve en su intención de bella propaganda como pura vanguardia. Frente al triunfo de la novedad, de la creatividad critica y reflexiva, convertidas en carne de consumo y basadas en los cambios-modas, bueno es recobrar la iconografía luminosa y la composición exenta de frivolidad, en busca de la dimensión poética que nos acerque al origen.

El verbo arrebatar, hoy casi postergado o manipulado como tantas otras palabras, envuelve la necesidad de captar la atención del otro, de apelar a esa dimensión comunicativa de la praxis artística. Aunque encubiertos o directamente disfrazados, hoy en día se suceden los tratados, las exégesis, los sermones, los vaticinios aislados, las composiciones pseudopoéticas y las representaciones iconográficas de la opulencia y el ruido mediáti-

co, lo que da pie a una profusión inimaginable de falsos profetas y amenazas sin consistencia.

El catálogo de pasión que acompaña la creación sin ataduras, la locura poética, la reinvención de la vida nos impone esa devoción primaria por las cosas inconclusas, con la vibración de un trazo de luz anterior a todo.

Decía Delacroix que «un buen dibujo no es una línea rígida, cruel, despótica, inmóvil, que encierra una figura como una camisa de fuerza; porque el dibujo debe ser como la Naturaleza: vivo y agitado». Para comunicar es preciso sobreponerse al discurso oficial, dar voz a la sombra que late en toda forma de inquietud o —como se refleja en la simbología del Beato— asumir la condición de vigilia que todo icono debe portar frente a la inmensidad cósmica de la noche.

Tras haber perdido el asombro de la contemplación, permanece escondida la extraña capacidad para hablar sobre los orígenes. La recuperación de una imagen con cierto estado y atmósfera primigenias que nos instaure el ser con la palabra posee un punto de convergencia de lo visible con lo invisible, el latido de un enigma que proyecta el sentido último, la memoria como ejercicio mayor.

La revelación del fenómeno poético, la misión de «recordarnos algo olvidado», como decía Borges, se funde en las composiciones de luz que nos invitan a otro itinerario imaginado que tal vez siempre estuvo ahí. Es en esta cartografía anterior, que siempre remite al principio de un fin, donde se revela el manifiesto dispuesto a abrir los caminos de cada intención por inaugurar la vida.

En este siglo XXI sostenido en un humanismo tímido, rancio e incapaz de responder a la consistencia demostrativa de una ciencia que cree dictar el mundo, no es superfluo volver sobre los logotipos de la historia y del arte; recobrar la trascendencia de los signos y ahondar en esa expresión del misterio como la más profunda de las propagandas.

Guillermo BALBONA

VISIONES

José Ramón SÁNCHEZ

Nunca, durante mi larga vida profesional, había imaginado ilustrar al Beato de Liébana.

La Biblia, el Viejo y el Nuevo Testamento eran otra cosa. Eran una historia habitada por personajes concretos, contada en hechos reconocibles que, de la niñez a la vejez eran parte de la vida de cada día.

El Apocalipsis de Juan y la explicación, detallada y profundísima, del Beato eran cuestiones a las que no alcanzaba mi oficio. Y tuve que ponerme en camino para recorrer, durante unos meses, un espacio que me llevó de los primeros bocetos a las visiones finales. Llené mi vida de dibujos sin tregua. Recordé intuiciones que se remontaban a la Biblia de 1995 y a la Divina Comedia de 2001.

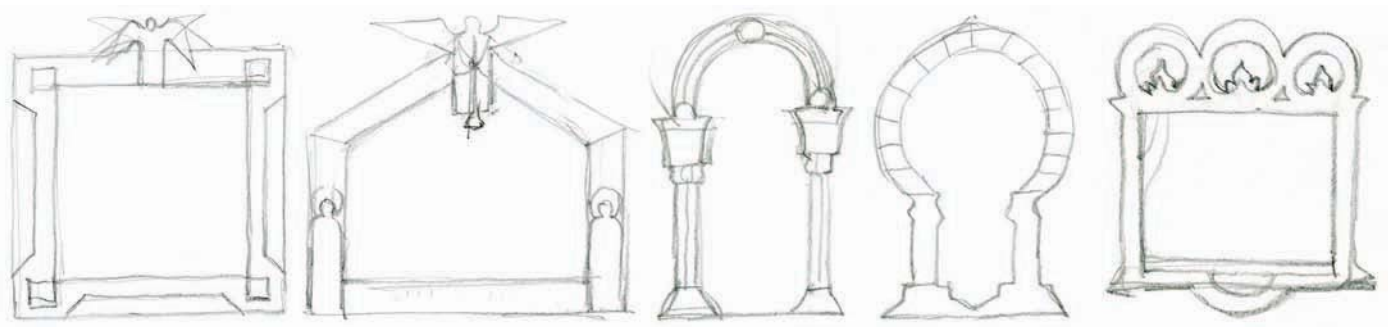
Todo lo que conseguí fueron lugares comunes y recuperaciones inútiles. Me harté de nubes, ángeles, símbolos y objetos. Una treintena de vidrieras multicolores quisieron dar cuenta de personajes y hechos. Un centenar de orlas intentaron aproximarse a los esquemas de todos los Beatos que en la historia han sido.

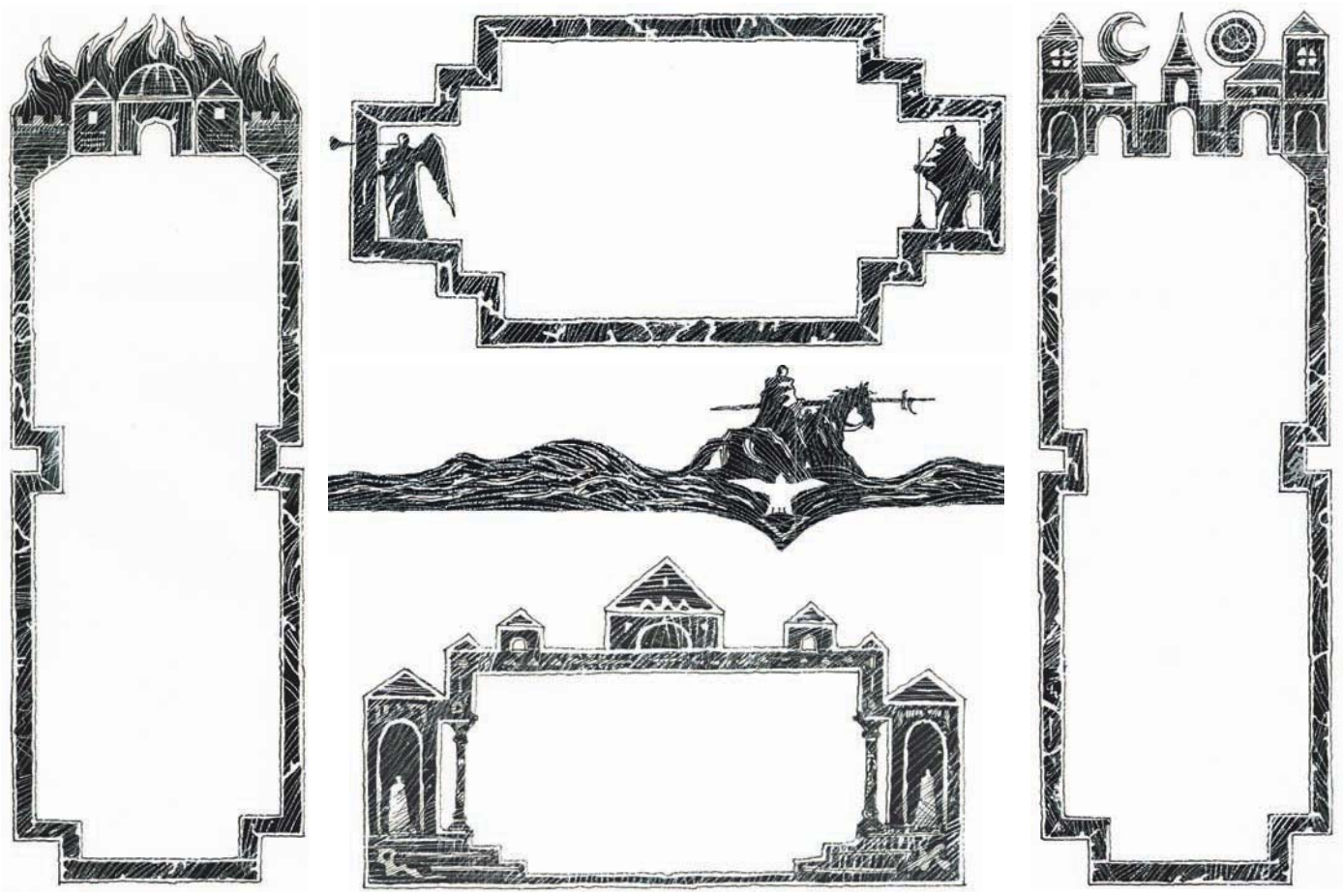
Pero, después de aquellos meses de prueba, comprobé que había conseguido poca cosa. Todos los dibujos, todas las propuestas gráficas, todas aquellas orlas y vidrieras a la manera de los Beatos, me habían llevado a un callejón sin salida, a un terreno baldío donde no se adivinaba camino alguno.

Después de una semana de quietud, silencio y soledad decidí dejarme guiar. En la quietud recuperé las fuerzas. En el silencio oí las primeras voces. En la soledad me sentí uno con el Beato.

Aquella noche, antes de dormirme, tuve la certeza de que el nuevo día me traería el trabajo, la escucha y la convivencia. Era lo que el Beato de Liébana me había prometido.

Él, como un nuevo ángel de Patmos, estaba dispuesto a subirme a la colina.





DESPERTAR

Aquella mañana desperté pronto. Había dormido con sosiego, y cuando abrí los ojos recordé, de inmediato, que el Ángel estaba esperándome. También recordé sus palabras de la noche anterior: "tendrás visiones".

Después de lavarme y vestirme, tras un desayuno rápido y frugal, salí al exterior. Allí estaba, esperándome, en la misma puerta de entrada, y bajo el enramado del árbol plantado en la acera.

Atravesamos un descampado y, siempre juntos, iniciamos la ascensión. La colina era suave y la pendiente serpenteaba hasta lo alto. Mientras ascendíamos, una densa niebla cubría todo la que había detrás. Llegados a lo alto, la niebla se disipó y el Ángel señaló con la palma bien abierta de su mano derecha.

"Contempla, sin prisas, para que recuerdes después."

Nunca, en visiones anteriores, había presenciado algo tan extraño y sugerente a la vez. Un mundo diverso, inquietante, donde pasaban tantas cosas que tuve que refrenar mis impulsos para fijarlas, una a una, como si fuesen una sola acción, un único acontecer.

A la izquierda, un contorno rocoso que descendía a lo largo de siete peldaños. En cada uno de ellos, una construcción te tamaño mediano, terminada en una cúpula, y con un pórtico donde se apiñaban gentes.

"Son las siete iglesias de Asia.", apuntó el Ángel.

Las siete iglesias parecían anegadas por aguas claras que descendían hasta una laguna, bordeada por un peñasco donde siete figuras blandían sus espadas.

"Son los siete ángeles de Dios."

Sobre la laguna y la montaña, un águila en vuelo que transportaba entre sus garras a un nuevo personaje con una pluma en la mano.

"Es el águila de Patmos que eleva por los aires a Juan para que escriba lo visto."

Al águila parecía amenazarla un dragón rampante, sobre cuya ala se asentaban gentes a caballo.

"Son los cuatro jinetes de la Bestia."

Y vi claramente que entre los siete ángeles de Dios y los cuatro jinetes de la Bestia iba a entablarse una batalla tan larga como los tiempos y tan devastadora como la muerte.

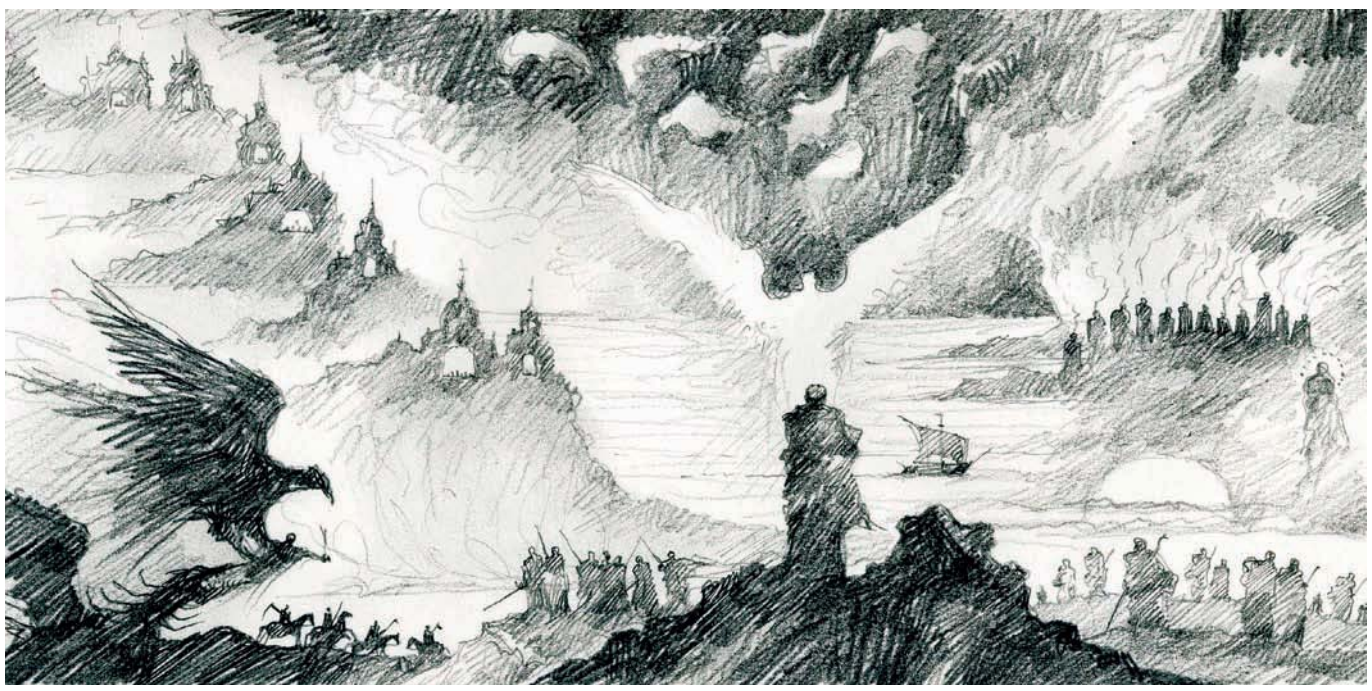
Frente a mí, el mar. Sereno y luminoso, con un velero navegando hacia Oriente, y un horizonte iluminado por siete lenguas de fuego.

"Es la barca de la Iglesia, orientada por los Siete Espíritus del Cordero."

A mi derecha, los doce apóstoles del Enviado. Recibiendo el fuego de Pentecostés, y observados por la Doncella de las doce estrellas. Más abajo, los doce apóstoles se desperdigaban en todas las direcciones, para viajar al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, para predicar la Buena Nueva del Cordero.

"Tendrás visiones", había prometido el Ángel. Aquella primera había rebasado todos mis cálculos. Eran demasiadas cosas para recordar. Eran sentimientos muy diversos para ser vertidos en una sola imagen. Pero recordé casi todo, y sentí cada parte de aquella visión desbordante como si fuera única.

"Todo lo que yo te mostraré está ya aquí, en esta visión primera. Bajemos para que puedas comenzar tu trabajo. Y no te inquietes, porque el Espíritu de Dios te irá iluminando día a día."



LA BESTIA

La segunda visión fue tenebrosa y árida. En casi nada se parecía a la primera. Me sentí confundido. Porque lo uno y lo otro, lo oscuro y lo luminoso, se entremezclaban sin que yo pudiese establecer si había comenzado la batalla o si aquel era un tiempo de tregua.

No tuvo el Ángel que indicarme muchas cosas. Y no quiso apuntarme nombres, datos ni referencias. Adiviné que las visiones venían encerradas en el misterio, y que yo debía desentrañar alguno de ellos.

Vi cosas que no necesitaban explicación. La Bestia era una figura inequívoca. Oscura y amenazante, marcada con el 666 y dispuesta para la batalla. Montaba una cabalgadura negra y se sentaba en la ladera del monte Aquilón, como esperando las primeras hostilidades.

La parte superior la ocupaba un personaje que, de la salida del sol hasta el ocaso, atravesaba su vida, de la adolescencia a la vejez. Era como ver la propia vida, el caminar de cualquier hombre sobre la tierra.

También se veía una fortaleza, coronada por un candelabro de siete brazos. En una de sus almenas, un centinela vigilaba al caminante encorvado.

"Es un obispo, un vigía de la Iglesia, un pastor que sigue a la oveja descarriada."

Sí, había cosas en aquella visión a las que no llegaba mi entendimiento.

"Lo que cae del cielo es el maná que alimentó al pueblo de Dios durante la travesía del desierto."

Lo que iluminaba el candelabro de siete brazos era el Anuncio de Gabriel a la Doncella de las doce estrellas. Y la ciudad de la parte baja, la Jerusalén celestial.

Pero todos los rincones luminosos parecían ahogados por las negruras de la Bestia. Y el sentir final de aquella segunda visión no pudo liberarse del temor y la tristeza. Y su mirada, desde la ladera del Aquilón, sólo presagiaba tiempo de guerra y desolación.

ÁNGELES

"Hoy te mostraré a los Ángeles de Dios", me había anunciado mi guía antes de subirme a la colina.

Una vez arriba, pude ver todo aquello que alegraba mi vista y ensanchaba mi corazón.

Moisés parecía el principal protagonista de la visión. Pero Moisés, a mi entender profano, era un patriarca, un liberador.

"Todos los ángeles tenemos mucho de conductores, de compañeros de viaje, de guías en días confusos."

Tuve que reconocer en sus palabras el buen criterio, la delicadeza de pensamiento, la ternura de corazón. Y con estas sensaciones, me dediqué a contemplar aquellas visiones del patriarca: alzando sus brazos al cielo para que las aguas del mar Rojo se abriesen para dar paso al pueblo perseguido; golpeando la roca del desierto para que las aguas de Meribá calmasen la sed y llenasen los cántaros de aquella travesía de arenas de fuego; señalando las tablas del Sinaí, para explicar al pueblo que los mandatos del Señor eran diez manantiales de aguas de vida, diez torrentes que desembocaban en el río de la Misericordia.

"Ahora contempla los ángeles. Conocerás algunos y te daré cuenta de los desconocidos."

Conocí a Gabriel, a Miguel, a Rafael. El primero irrumpía en la estancia de la Doncella y la señalaba como la elegida del Verbo. Y la Doncella, arrodillada y sumisa, se proclamaba la esclava del Señor. Miguel era una figura desafiante que empuñaba una espada. Dispuesto a luchar contra la Bestia, que, como serpiente, intentaba herir la mano de Moisés, y como Muerte, amenazaba con la guadaña. Rafael conversaba con el joven Tobías, que había pescado un pez para que su santo padre recobrara la vista.

"¿Quiénes son los ángeles de arriba?", pregunté al mío.

"No puedes conocerlos por el Viejo Testamento. Pertenecen al Apocalipsis de Juan. Te daré noticia de ellos."

Y me indicó que el blanco, el que se confundía con la espuma del mar Rojo, era el Ángel de las llaves de la muerte. Y el otro, el que permanecía junto a Moisés y Aarón, era el Ángel de la segunda trompeta

"A su tiempo los conocerás."

Con aquella visión del tercer día me sentí bautizado de nuevo. Las aguas de Moisés, las del mar abierto, las de Meribá y el Sinaí me habían lavado de culpas pasadas y habían purificado mis carnes de exigencias de juventud. Ahora podía representar aquella visión con la claridad del agua y con la esperanza de los ángeles de Dios.

La Bestia, con apariencia de hombre, y metida en la piel de la serpiente, eran figuras que no perturbaban mi ánimo. Y me dejé llevar por la fluidez de las aguas y por la presencia cercana del Anunciador, el Guerrero y el Conductor.

"Esas aguas quietas se agitarán mañana.", anunció mi Ángel.

PROFETAS

El anuncio resultó cierto. Las aguas tranquilas de Moisés y los ángeles se encresparon para recibir a los profetas.

La cuarta visión pertenecía, por entero, a todos aquellos personajes del Libro que Dios había enviado a su pueblo para ser testigos de la fe, guardianes de la esperanza y jueces para el cumplimiento de la Ley.

En medio de aquellas aguas agitadas reconocí a Jeremías, Eliseo, Elías, Jonás y Daniel. A quien no reconocí fue al personaje que, bordeando los cipreses, se asomaba a la noche con un águila sobre la cabeza.

"¿No reconoces a Juan como el último profeta?".

Tuvo que explicarme mi Ángel que el Apocalipsis era la última gran profecía. Y que, después de Juan, ya no había profecía que anunciar. No lo entendí del todo.

"Ya entenderás a medida que se sucedan las visiones."

El primer profeta que aparecía en la visión era Jeremías; con la luz de Dios sobre la cabeza, con el cuerpo arrodillado y el rostro pensativo. Con los vasos del templo a su lado y con las aguas por encima de las rodillas. Al fondo, la ciudad destruida. El fuego arrasando la santa ciudad, la Jerusalén transgresora. Entre la muralla y el templo, la desolación. Entre las aguas y la muralla, la larga fila del exilio. El pueblo de Dios que sale por la puerta grande camino del destierro. Todo lo contempla el profeta con la culpa de un pueblo cargada sobre la espalda. Es el sino del profeta: cargar con el pecado colectivo, para que Dios lo perdone sobre un solo corazón purificado.

Los contornos de Jerusalén nos llevan hasta los dos caminantes. Eliseo sigue a su maestro Elías. El viejo dejará su lugar al joven. Cuando Elías sea arrebatado al cielo en un carro de fuego, Eliseo permanecerá sobre el camino. Cuando un torbellino de luz atrape al maestro y le sumerja en lo infinito, el discípulo seguirá predicando, recordando y sanando al pueblo olvidadizo. Elías y Eliseo, dos profetas en uno. Dos iluminados por una sola luz. Dos caminantes tras la huella única del Dios final del camino.

Sobre las aguas espumosas, el gran pez tragándose a Jonás. La embarcación que le llevó por mares de galernas sigue su ruta con el casco astillado y el velamen desgarrado. Los tripulantes han devuelto al mar lo que estorbaba a bordo. Y el profeta, en medio del oleaje, es tragado por el gran pez. En la oscuridad de sus entrañas, Jonás verá la luz. Y en la soledad de su bóveda espinosa, Jonás encontrará a Dios, que le señala Nínive y sus gentes perdidas.

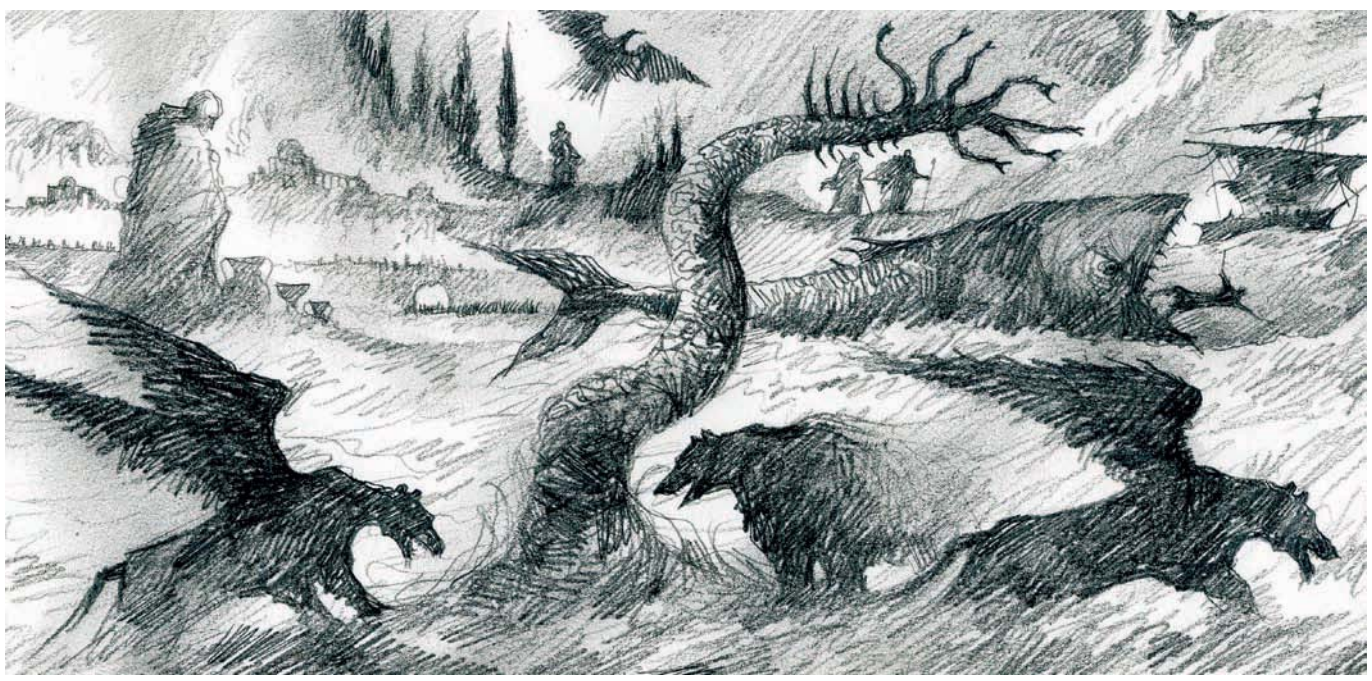
Es el mismo mar del que surgen las cuatro bestias del profeta Daniel.

"Daniel vio en su tiempo lo que vio después Juan, y lo que tú estás viendo ahora."

Tenía razón mi Ángel, porque yo conocía ya que las fieras aladas, el gran oso y el dragón de las siete cabezas y los diez cuernos eran profecías del profeta del Viejo Libro. Juan había visto las mismas bestias surgiendo del mar, y yo podía contemplarlas ahora con una nitidez que no dejaba lugar a dudas.

Resultó, la cuarta, una visión removida, amenazante. Todo aparecía entre espumas y todo se movía con irrefrenables impulsos.

Sentí una especie de vértigo cuando, tras disiparse todo, bajamos de la colina al atardecer.



LA MUJER SOBRE LA BESTIA

Volvieron las sensaciones sombrías en la quinta visión. No podía ser de otra manera con la aparición de la Mujer sobre la Bestia y las Copas Oscuras. Seguía vivo el conflicto, permanecían en guardia los ejércitos de uno y otro signo.

Interpreté que las fuerzas de la Luz y las fuerzas de las Tinieblas seguían luchando con saña para derrotar a su contrario. Pero lo que vi aquel quinto día de la colina parecía una batalla en la que el Mal se imponía al Bien.

Tan sólo el ángulo superior izquierdo aparecía iluminado por la luz de Dios. Allí estaban, de nuevo, los siete candelabros. Entre ellos, un caminante luminoso que atravesaba el espacio hacia la parte oscura de la visión. La Iglesia de Cristo se erigía sobre un montículo, y las Copas Doradas del Cordero se asentaban como diques que contenían las aguas claras del Gran Lago. Todo se quebraba con la presencia del Maligno que, sobre las rocas, contemplaba la Sinagoga. Debajo de la Iglesia, la Sinagoga permanecía en la penumbra de un atardecer rojizo. Lo que el templo de la Cristiandad tenía de alto y luminoso, lo tenía de tenebroso y bajo el templo del Judaísmo. Otra guerra que la visión establecía: la Iglesia contra la Sinagoga, el Amor contra la Ley, la Nueva Noticia contra la Noticia Antigua.

El resto de la visión era perturbador. La Mujer, montada sobre la Bestia, ocupaba un amplio arco que limitaba, por la derecha, con las siete cabezas del dragón, y, por la izquierda, con una enorme cola que se fundía con la negrura de la Sinagoga.

Las Copas Oscuras y el gran Ídolo se recortaban sobre una lejanía a medio iluminar. Un gavilán negro perseguía a una paloma blanca, y un celaje tormentoso propiciaba una lluvia incesante. La paloma, con una rama de olivo en su pico, escapaba del gavilán, y el Arca de Noé surcaba el torrente esperando la bonanza de las nubes.

Fue una visión con ruidos de agua, crujir de fuegos y crepitar de truenos. Visiones y rumores perturbaban de igual modo.

Mi Ángel y yo bajamos, presurosos, la colina.

Reproducir aquella visión un día más tarde, me resultó menos perturbador que su contemplación.

OFRENDAS

Volvieron las visiones plácidas. Y aunque no en su totalidad, al menos en la sexta los hechos trágicos sólo dispusieron de un espacio angosto.

Los hombres eran los protagonistas de aquella visión. Adán y Eva, Caín y Abel, los egipcios, el faraón, los hijos primogénitos, los elegidos, los trabajadores de la tierra… todos ellos conviviendo en la ofrenda, el trabajo, el descanso y el destino.

Los egipcios sufrían los estragos de las diez plagas. Ríos de sangre, tinieblas, invasiones de ranas y langostas, devastaciones, úlceras, contagios, enfermedad, muerte. Un friso desolador que, en la parte superior de la visión, estremecía de Occidente a Oriente.

Caín y Abel eran dos figuras que se adueñaban del espacio. El rostro sombrío de Caín quería expresar la tragedia de quien ofrece inútilmente. Un cesto rebosante de espigas y una bolsa repleta de frutos que, puestos sobre el altar del sacrificio, sólo producen humos oscuros que el viento dispersa. Frutos que no agradan a Dios. Ofrendas que no suben al cielo en humos blancos y rectos. Trabajo inútil, porque el corazón del hermano mayor está enfermo de envidia.

Abel, el pastor, ofrece al mismo Dios el más tierno de sus corderos. Y el humo que desprende el sacrificio es blanco como el corazón de un niño inocente. Ofrenda propicia que le serena el alma, pero que no evita su muerte.

Como trasfondo, el trabajo. Arar, sembrar, recolectar. Cargar los frutos de la tierra y llevarlos allá donde sean necesarios.

Adán y Eva, los padres del labrador y del pastor, están al pie del Árbol de la Vida, situado en el mismo centro del Paraíso. Los padres de la humanidad, creadores de una estirpe mitad luz y mitad sombra. Padres de hijos libres, capaces de elegir la vida o la muerte, el trabajo o el ocio, la paz o la guerra.

"Es una visión profética. La humanidad a lo largo de los siglos. El destino de cada uno."

Entendí lo que me dijo el Ángel. Y cuando intenté describirlo con precisión supe que en el corazón de cada hombre cohabitan Caín y Abel. Y que en las acciones de nuestra vida andamos eligiendo, a partes iguales, entre el recto proceder del justo y la torcida inclinación del envidioso.

"Todos los hombres estáis retratados en Adán y Eva, en Caín y Abel."

Era doloroso asumir la sentencia del Ángel. Pero, por irremediable, había que aceptarla.

TEMPLOS

Cada día me resultaba más penoso subir a la colina. Aquella primera visión, tan deslumbrante y prometedora, parecía lejana y borrosa. Como un cielo de primavera que amanece azul, se torna nublado a mediodía y acaba teniendo el color de la ceniza al caer la tarde.

"No te prometí visiones placenteras. Te invité a subir. Te invité a ver."

Eran verdades como rocas, promesas confusas, expectativas inciertas.

"Ten paciencia y espera. Verás tanto el Poder de la Bestia como la Gracia de Dios."

Mi Ángel cumplió con lo dicho y propició una séptima visión donde Dios y la Bestia se repartían el espacio.

"Verás el Templo del Cordero y la Ciudad del Anticristo."

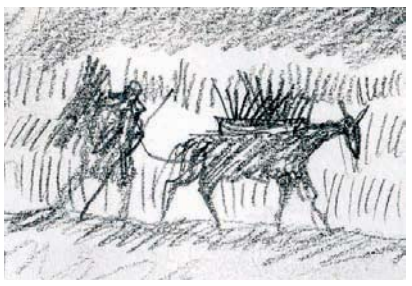
El Templo de Dios lo construían afanosamente los siervos fieles. Y, de entre las nubes, surgían dos manos blancas que dejaban caer la Primera Piedra. Reaparecían los Siete Espíritus del Señor en el centro de la acción. Llevaban sus lámparas encendidas, y la luz que de ellas surgía se fundía con la nubosidad de arriba. Y, más a la derecha, el Ángel de la Quinta Trompeta señalaba con la mano al Pueblo de Dios. Una hilera que atravesaba la visión y la dividía en dos partes. Ya quedaba claro que lo de arriba era el Reino de la Luz, y lo de abajo el Reino de este mundo. Mientras el Pueblo de Dios se diluía en blancuras, las gentes de la Ciudad Oscura presentaban una apariencia inequívoca y rotunda. Babilonia era una ciudad de ídolos. Imponentes y altivos, desafiantes y obscenos. Demonios alados que copulaban con diosas de la fertilidad; columnas corneadas con la loba capitolina de Roma y el becerro blasfemo de los hijos de Moisés; bestias de aspecto feroz; la columna de Satán con el 666; candelabros con ofrendas sacrílegas… Y presidiendo tanto dios falso, Jezabel, la reina asesina. Ataviada como una meretriz y proclamándose la Gran Prostituta de Babilonia. Delante de ella, los perros hambrientos de la muerte. Uno de ellos aullando, el otro comiendo los despojos de un cuerpo sin vida.

El Pueblo de Dios, contemplando la construcción del templo de Jerusalén y la aparición de los Siete Espíritus. El pueblo de la Bestia, celebrando una orgía siniestra, iluminada por el fuego y atravesada por la idolatría.

Demasiadas cosas para recordar con sosiego. Una vez más, todo lo sombrío empequeñecía a todo lo luminoso.

"Así será hasta la venida del Cordero."

Eran palabras que sólo consolaban a medias. Quizá una nueva visión propiciase la esperanza.



COSECHAS

"Hoy te mostraré la plenitud."

Sólo la luz y la actividad podían dar cuenta de la plenitud. Mi Ángel cumplió su promesa y la siguiente visión resultó estimulante.

Habían desaparecido las negruras, y sólo la cabeza de Holofermes recordaba a la Bestia. Todo lo demás eran acciones que invitaban al júbilo, a la recolección, a la construcción de la Ciudad de Dios.

Fue una visión de verano. Porque abundaban los amarillos y los trigales explotaban de granos maduros.

Vi el Templo del Cordero y la Llave que todo lo abre. Una llave asentada en la tierra y una iglesia que se erguía sobre la colina. El Sembrador de la Parábola esparcía su simiente en los surcos recién arados. Sólo las piedras del camino, el zarzal y los pájaros hambrientos perturbaban aquella visión serena. También era un foco de inquietud la cabeza del rey decapitado. Con la boca abierta y la sorpresa en los ojos yertos, aquel rostro del rey pagano era la nota dolorosa, el detalle siniestro que Judit agarraba con su mano derecha.

Sobre la cabeza de Judit, una columna bajo un arco. En la llanura sembrada, una familia de campesinos que recogen las gavillas, atravesando la linde y desapareciendo hacia un lado. Campos dorados, mares de trigos, y un sol pálido que luce sobre un cielo rosado.

El Ángel Segador, que empuña una hoz dispuesto a separar la cizaña del trigo. Es el Ángel del Juicio Final. A su lado, siete cestos con los Panes de la reconciliación. Los frutos de la cosecha como ofrenda al Dios de las cosechas. La harina hecha pan en el horno del Fuego Divino.

"Es el pan de la Eucaristía."

Y abajo, en el lado oriental de la visión, la construcción del Arca. Noé y su familia contemplan cómo se construye el casco, cómo se levantan las plantas, cómo se encaja la puerta principal. Hay una actividad gozosa en torno al Arca. Mulas que transportan materiales, poleas para elevar maderos, carpinteros que clavan, herreros que forjan… El Pueblo de Dios construyendo la Gran Barca que los salvará del Diluvio inminente. La Mansión del Cordero alzándose activa para salvaguardar a los justos. El edificio de la Iglesia, que por los siglos de los siglos resistirá firme.

Fue una visión que animaba al trabajo. Estaba impaciente por bajar de la colina y plasmarlo sobre el papel. Y deseé, en lo más profundo del corazón, que las visiones venideras tuvieran más de aquella apacible actividad de la Ciudad Santa que de la desoladora inquietud de la Babilonia del Maligno.

LOS CUATRO VIVIENTES

Hubo visiones en lo alto de la colina que me deslumbraron hasta casi la ceguera. La de los Cuatro Vivientes fue una de ellas. Tuvo que explicármela mi Ángel, ya que yo era incapaz de desvelar todo aquello que, rodeado de una luz blanquísima, cobraba vida y se presentaba como un enigma.

"Lo que ves, pertenece al espacio íntimo en el que Dios se manifiesta."

Aquel espacio íntimo del que me hablaba el Guía estaba más allá de todas las sensaciones que hasta entonces había experimentado. De tanta luz, apenas veía. De tanto personaje misterioso, apenas entendía.

"Es la luz de Dios. En su trono, en su presencia, todo es luz."

Hasta la Ciudad Santa había perdido su perfil. Sólo un pórtico se entreveía en la parte alta de la visión, por donde aparecía un ser, tan envuelto en la luz como el resto de las cosas. Incluso un Cordero, que ocupaba el centro de aquella franja, era difícilmente reconocible.

Un enorme arco iris atravesaba la mitad oriental de la visión. Debajo de él, el Trono de Dios, enteramente dorado y rodeado por veinticuatro ancianos de blancas vestiduras.

Más visible, y a la derecha de la parte baja, aparecía el Libro de los Siete Sellos. Un ángel sin alas lo elevaba por encima de su cabeza para mostrarlo, pletórico de rojos y grandísimo de tamaño. Pero ninguna de las partes tenía la importancia del espacio que ocupaban aquellos cuatro seres: un hombre, un águila, un buey y un león, que parecen contemplar aquel Reino de Luz con recogida atención.

"Son los Cuatro Vivientes, los siempre cercanos al Trono del Cordero."

Mi Ángel guía continuó con su explicación. Y así supe que aquellas figuras eran la representación de los Cuatro Evangelistas. Marcos era el león; Lucas, el buey; Mateo, el hombre; Juan, el águila. Los Cuatro Elegidos para dar cuenta de la vida del Mesías, de su nacimiento y vida oculta, de su predicación y milagros, de su muerte y resurrección.

Me preguntaba si el Libro Sellado, el grande y rojo era el que contenía todo lo escrito por los Cuatro Elegidos.

"Es el libro del Apocalipsis de Juan, la Última Profecía, la Historia del triunfo del Cordero sobre la Bestia."

Aquellas palabras aclaraban muchas cosas y también me abrían una puerta nueva: la que llevaba directamente a la figura de Juan, grande como ninguna, profética como la de Daniel y Elías, iluminada como la más cercana al corazón del Cordero. El hombre, el buey y el león eran seres afincados en la tierra, atrapados en los límites del campo o la espesura. Sólo el águila podía volar libre, remontándose a las alturas y contemplando la obra del Creador como si el propio Creador fuese. Sólo el águila podía despegar del suelo para volar como un ángel o cruzar la tierra de Oriente a Poniente, descansando en la cumbre de la Montaña de Dios, donde nadie más había posado los pies desde Moisés.

Después de tanta luz como habían gozado mis ojos, estuve un día completo como sin ver. Abrir los ojos y sentir la luz hiriente era algo que difícilmente soportaba. Hubieron de pasar tres días para acostumbrarme de nuevo a la luz de abajo.

"Acostumbra tus ojos a la luz del mediodía. Ya has sido traspasado por la luz más intensa. A partir de ahora, tus visiones serán menos hirientes."

RUEDAS

Habituados ya mis ojos a la luz de cada día, seguí de nuevo al Ángel hasta lo alto de la colina.

"De todas las cosas que contemplas, te daré cuenta cumplida."

Necesité horas pausadas para recorrer todo aquello que mi vista abarcaba. Volvieron las aguas, el candelabro de siete brazos y el gran Libro. Las aguas, desde lo alto, anegaron espacios y formaron cascadas, ríos y lagunas. El candelabro tomó prestada la luz de las siete antorchas que los Siete Espíritus de Dios portaban con mano firme. El gran Libro permanecía abierto, y una mano señalaba una página en concreto. El agua parecía venir de nubes acumuladas, y se ofrecía en lluvia. Los aguaceros continuos se habían remansado en el lago del Paraíso y se convertían en Cuatro Ríos que desembocaban en un mar rampante hasta los brazos poderosos y las manos firmes que portaban las antorchas. Unas ligeras cascadas descendían desde los brazos para llenar seis tinajas de barro, asentadas sobre una roca.

"Son las tinajas de Caná."

Me preguntaba qué significaba, en aquella visión, el agua convertida en vino de aquella boda a la que asistieron el Hijo y la Madre. No me atreví a preguntar, porque había otros enigmas aún más oscuros que el de las tinajas del vino nupcial.

¿Qué significaban aquellas dos ruedas, una dentro de la otra, que transitaban por un terreno quebradizo que ocupaba la franja inferior de la visión?

"Son las ruedas de los dos Testamentos."

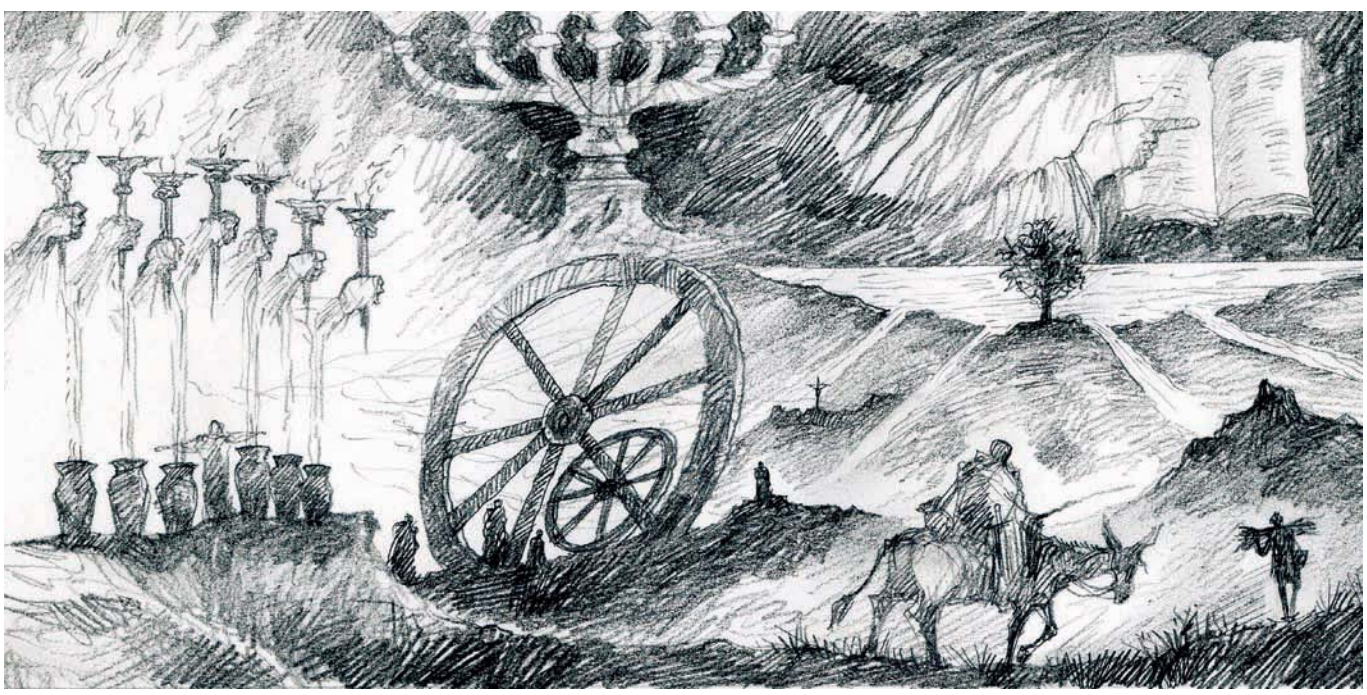
Seguí sin entender. Entonces mi Ángel explicó que una de las ruedas, la del Libro Nuevo, estaba dentro de la rueda grande, la del Libro Antiguo. Y que todas las profecías de Isaías, Daniel y Elías se habían cumplido en el Mesías, del que los Cuatro Vivientes habían dado noticia en el Libro Nuevo. Lo de las ruedas ya estaba claro. Una rueda dentro de la otra rueda, un Testamento dentro de otro Testamento. El Evangelio dentro de la Ley, el Enviado dentro de los Profetas, lo Nuevo dentro de lo Viejo.

Faltaban por identificar el personaje de la montura y el niño con la carga al hombro.

"Son Abraham e Isaac camino del monte Moria."

La identificación era sencilla. Estaba claro que el patriarca penaba, y el hijo caminaba sin saber a dónde ni para qué. Incluso pude relacionar el monte Moria con la cresta del Calvario, más en la lejanía. Dos montes para el sacrificio del hijo, dos altares donde inmolar al Cordero.

La visión había resultado diversa. La recordé en casi todos sus detalles. Y su luz no impidió la fácil contemplación del mundo de abajo.



JINETES

La colina se llenó de estruendo. Los caballos eran sólo cuatro, pero el estrépito de los cascos lo asoló todo, como una tormenta en medio del bosque, como una galerna en el corazón del mar.

Parecían muertas las treguas, las visiones enfrentadas y las acusaciones previas. Cuando los cuatro jinetes irrumpieron en la visión, todo pareció precipitarse en la violencia y el caos. La guerra había sido declarada. Habían pasado los días de la estrategia y el aprovisionamiento. Los ejércitos estaban dispuestos para la primera embestida, para el choque mortal, para la derrota o la victoria.

Eran tres contra uno. El Jinete Blanco de un lado, y el Negro, el Rojo y el Verde del otro. Parecía una guerra desigual. Decantada hacia el lado de los Jinetes Oscuros, marcada por la superioridad de tres ejércitos sobre uno. Las fuerzas de la Bestia eran superiores a las fuerzas del Cordero. ¿Podría la mansedumbre imponerse a la ferocidad? ¿Sería capaz la Luz de abrirse paso entre las Tinieblas? ¿Podría el Ejército Blanco rendir al Ejército Oscuro?

Me hacía estas preguntas mientras desde lo alto de la colina observaba aquellos movimientos que inquietaban mi corazón y helaban la sangre de mis venas. Porque, aunque el Jinete Blanco empuñaba su espada con firmeza, el hacha, la lanza y la guadaña parecían armas más capacitadas para vencer. El Jinete Verde ocupaba la zona inferior. Parecía irrefrenable sujetando las bridas y blandiendo el hacha. El caballo negro se encabritaba, y el lancero que lo montaba esperaba, impaciente, la arremetida. El Jinete Rojo, con la guadaña, era el emisario de la Muerte, el portador del fuego y de la sangre.

Mis oídos sufrían la furia del viento, el golpear de los cascos y el tronar de los ejércitos en la lejanía. Todo parecía dispuesto para el choque inevitable. Todo parecía detenido en un instante angustioso que ninguno de los jinetes quería sobrepasar.

“No te angusties, que desde el principio de los tiempos está sentenciada la muerte de la Bestia.”

No acababa de tranquilizarme del todo. La visión se congeló y pude contemplarla como si fuese un retablo medieval. Se hizo el silencio y el fragor de los cascos se extinguió. Los cuatro jinetes se habían petrificado como estatuas en un pórtico de catedral. Cada uno en su lugar. Cada uno en su papel. Con el caballo encabritado o con las bridas tensas. Con la espada dispuesta o con la lanza en ristre. Todo quieto. Todo silencioso.

Perdí la noción del tiempo. En mi interior, el silencio persistió, y cuando el Ángel me tomó del brazo para dejar la colina, tuve la sensación de haber vivido una pesadilla.

“Ahora, bajemos. Descansa hoy, ya recordarás mañana.”

Descansé, ciertamente, mezclándome con las gentes de abajo y viviendo sensaciones reconocibles. Lo de recordar fue cuestión más delicada. Resultó fácil recordar el horror. Pero transcribirlo con detalle en el papel resultó poco menos que imposible.

ABSTRACCIONES

Después de aquel estado de guerra, el vacío.

No volví a ver, desde la colina, cosas concretas, símbolos reconocibles, formas definidas con detalle. Parecía como si los Cuatro Jinetes de la Guerra hubiesen emprendido la batalla dejando tras de sí tierra desolada y paisajes de otro mundo.

"Es otra forma de ver las cosas contenidas en el Libro de la Última Profecía."

La advertencia era clara. Sus consecuencias, oscuras. Se sucedieron semanas confusas, de visiones difícilmente recordables. Paisajes extraños, con luces y sombras que no pertenecían a amaneceres ni a penumbras nocturnas; ráfagas de colores violentos que bien podían evocar vientos o sugerir fuegos; perfiles borrosos que, por igual, podían describir la Ciudad de Dios o el reino de la Bestia; hendiduras oscuras y huecos luminosos que podían dar cuenta del Averno o del Edén; acumulaciones acuosas y planicies terrosas que no identificaban al lago de Genesaret ni a los campos de Babilonia; tránsitos serpenteantes y explosiones dispersas que podían referirse al Dragón o a la gran Prostituta, al Diluvio o a la Resurrección de los muertos. En ocasiones eran levemente reconocibles los Ángeles de los Cuatro Vientos o las Seis Edades de la Humanidad. Cuando afilaba la vista, atrapaba por un instante las tres primeras Trompetas o las doce Columnas del templo. Y, con la imaginación bien atenta, podía descubrir a los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos en una hilera de luz, y a las Llaves del Abismo como parte de una conjunción de formas planas y redondas.

Fueron semanas atentas. Y también desconcertantes. Mi Ángel habló poco y, en cada visión, abundaron más los silencios que las enseñanzas.

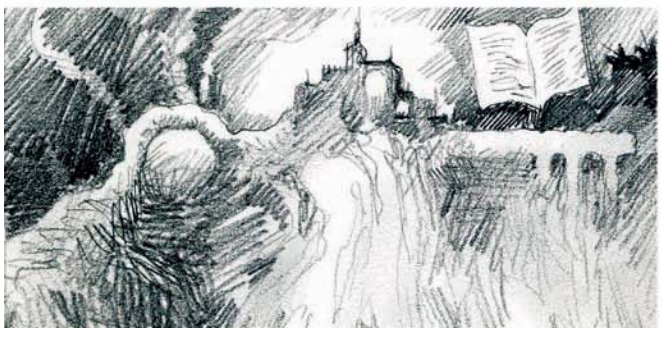
"Vacía tu vista de cosas concretas para que puedas descubrir cosas nuevas."

El vacío me resultaba penoso, y los descubrimientos eran mínimos. Acostumbrado como estaba a montañas, contendientes, mares, profetas, patriarcas, tronos, vivientes, candelabros, ciudades y un sinfín de cosas más, lo de transitar en el vacío era algo a lo que no podía acostumbrarme. Era demasiado leve percibir una luna entrevelada o un águila en vuelo. Los libros abiertos, los caudales serpenteantes, los espíritus de Dios y las siete cabezas del dragón aparecían de improviso, recorrían una parte de la visión y se desvanecían como nubes livianas que el viento se lleva por delante.

"Es una nueva forma de contemplar las cosas."

Aquella nueva forma que mi Ángel insinuaba no llegó a convertirse en un hábito permanente. No contemplar cosas concretas no logró que las abstractas se impusieran del todo. Aquella batalla aplazada entre el Ejército Blanco y el Ejército Negro parecía repetirse, ahora, entre lo concreto y lo abstracto, entre lo tangible y lo que se me escapaba entre las manos.

Y así pasaron los días. Entre el desconcierto y el mudar de piel, entre lo reconocible y lo nunca percibido, entre lo que medianamente dominaba y lo que, por entero, iba más allá de mi alcance.



LUCES

Acabé acostumbrándome a las visiones abstractas. Por necesidad y por convencimiento. Después de aquella aparición tumultuosa de los Cuatro Jinetes, la ausencia de hechos concretos y la pérdida de todos aquellos personajes que habían configurado las apariciones iniciales, supuso un vacío que mi Ángel intentó llenar. Cuando hubo pasado el tiempo de sorpresa, como si hubiera querido que me acostumbrase a las nuevas visiones, comenzó a hablarme con más asiduidad. Entonces fueron continuas sus aclaraciones. Nunca dejó de guiarme. Y en cada visión nueva, me hacía descubrir que, tras aquellas atmósferas imprecisas, vivían los ángeles, los espíritus de Dios, la congregación de los ancianos, los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos, los cuatro vivientes, los profetas y los patriarcas que tan bien me habían conducido por los intrincados caminos del Libro de la Última Profecía.

"Siguen vivos todos los personajes de esta historia. Viven ocultos en el corazón de estas apariencias."

No los veía yo, al menos con presencia manifiesta. Sólo los veía muy alejados, perdidos tras una loma o encaramados en lo alto de una nube.

"Todos ellos siguen viviendo en el Misterio de Dios. Y, aunque tú no los veas, están."

Me acostumbré a no verlos. Cambié mi manera de ver, y, con los ojos de la fe, los sentí en las entrañas, hasta el punto de estremecerme con las sombras y aliviarme con las luces.

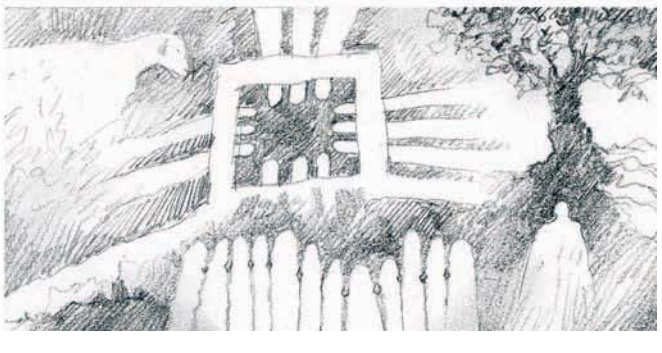
Fueron apareciendo, en la fugacidad de un instante, la Bestia y la gran serpiente, el Cordero y el Ángel del Juicio Final, las Copas Doradas y los Vasos de la Ira Divina, las siete iglesias de Asia y la Babilonia idólatra, el Alfa y la Omega, el número maligno, la Mujer sobre el Dragón y las Doce Tribus de Israel, la Llave del Abismo y el Libro de los Siete Sellos…

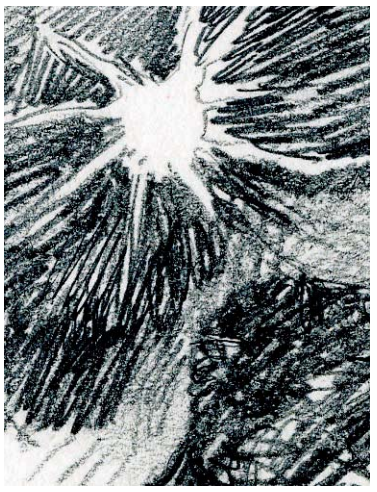
Todas las cosas seguían viviendo en medio de las nieblas y las atmósferas fugaces. Toda la intensidad de las batallas y toda la placidez de las treguas se encerraban en cada página del Libro, en cada precisión que el Ángel apuntaba en lo alto de la colina.

"Solo te quedan dos días de visión."

En el penúltimo me fue mostrada la nueva Jerusalén. Con su Gran Muralla y sus Doce Puertas, con las Doce Columnas y el Árbol de la Vida. Fue la última gran visión luminosa. Y me recordó aquella de los Cuatro Vivientes. La última batalla había sido librada, y el Ejército Blanco había sometido a las fuerzas de lo Oscuro. Miguel, el Ángel Guerrero, había dado muerte al Dragón, y el ejército de la Bestia yacía sepultado en el lago de la Sangre. De aquella guerra entre el Cordero y el Anticristo sólo quedaban los restos de la última batalla: despojos, humaredas, desolación y muerte.

"Es el fin. Ya te dije que desde el Principio de los Tiempos estaba escrita la derrota de la Bestia."





HORIZONTE

"Hoy subirás solo a la colina. Mi misión de guía ha terminado."

Al pie del monte, mi Ángel se despidió para siempre. Me sonrió por última vez y se alejó despacio.

Mi corazón, después de la diaria convivencia, se sintió abandonado. Pero era necesaria la última ascensión a la colina. Subí pausadamente, mientras recordaba, de la primera a la última, todas aquellas revelaciones que habían sido mi vida de los últimos meses.

Ya en lo alto, comprobé que la soledad dolía. Seguían existiendo los colores, permanecían activas las atmósferas fugitivas, se mostraban esquivas las idas y venidas de las formas que se elevaban al cielo o se diluían hacia Poniente.

Nunca me había sentido tan pequeño, tan a merced de todo lo circundante. Siempre creí que en la última visión Dios se me mostraría en su máximo esplendor. Pero en lo alto de aquel cerro sólo mi presencia insignificante parecía habitar el vacío.

¿Dónde estaba Dios? ¿Por qué callaba, por qué no se mostraba?

Se abrió un claro frente a mí. Una claridad pura que me sobrecogió. Me atraía con insistencia, me llamaba susurrante. Pero mis pies eran incapaces de dar el primer paso. Como cosido a la tierra, permanecí allí un tiempo, impreciso y sereno, del que no puedo dar cuenta.

La claridad permaneció invariable, mientras todo alrededor mudaba. ¿Sería todo ello una imagen precisa del Dios Eterno y el hombre perecedero?

No pude hablar. No salió de mi boca alabanza ni súplica. Hubiese querido decir algo, expresar mi confusión.

Sólo cabía esperar. O guardar silencio de por vida.

Mucho más tarde, no sé con certeza cuánto más tarde, la Palabra volvió a mí.

Y, entre sollozos prisioneros, pude decir con Juan: "Maranatha. Ven, Señor Jesús."

José Ramón Sánchez

COMENTARIOS AL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

(DEDICATORIA DE LA OBRA A ETERIO)

He pensado exponer algunas pocas cosas, explicadas con la brevedad de las sentencias, de lo que fue anunciado en diversas épocas en los libros del Antiguo Testamento acerca del nacimiento del Nuestro Señor y Salvador de acuerdo con su divinidad, y de su corporeidad, así como de su pasión y muerte, de su resurrección, de su reino y juicio, tomándolo de los hombres de ciencia, de innumerables libros y de los más notables Santos Padres para que la autoridad de los profetas confirme la gracia de la fe y pruebe el desconocimiento de los infieles. Y aunque esto sea conocido por todos los que manejan el extenso ámbito de las Escrituras, puede no obstante recordarse con mayor facilidad, al ser leído en un breve tratado. Dichas cosas, que se encuentran expuestas no por mí, sino por los Santos Padres, han sido recogidas en este librito, y respaldadas por sus autores: Jerónimo, Agustín, Ambrosio, Fulgencio, Gregorio, Tyconio, Ireneo (Victorino), Apringio e Isidoro, de tal manera que lo que no hayas comprendido leyéndolo en otros, en éste lo reconozcas, aunque esté escrito en un lenguaje popular, en ciertos aspectos derivado, pero interpretado en conformidad total con la fe y la devoción. Considera, pues, este libro como la llave de toda la biblioteca. Y, si en alguna parte he tenido un tropiezo, que la caridad, que todo lo supera, perdone al que ha faltado. Esto es un poco de las muchas doctrinas que sabemos fueron recogidas por personajes de toda solvencia, cuyas palabras, como se verá, han sido introducidas por nosotros en ciertos lugares, para que así nuestro estudio esté afianzado con las sentencias de los Padres. Todo esto, pues, Santo Padre Eterio, a petición tuya, para la edificación del celo de los hermanos, te lo he dedicado a ti, de manera que haré también coheredero de mi trabajo a aquel de cuya compañía gozo como religioso.

PRÓLOGO DE SAN JERÓNIMO

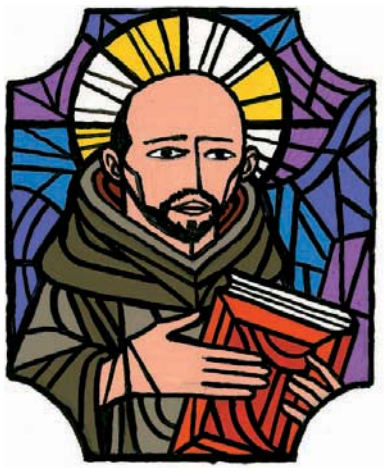
El apóstol y evangelista Juan, elegido y amado por Cristo, fue considerado tan superior en el amor de predilección, que descansó en la Cena sobre su pecho, y que —estando solo de pie junto a la cruz— le fue encomendada su propia madre; y así, a quien pretendiendo casarse había sabido abrazar la virginidad, a él se le entregó la Virgen para su custodia. Ahora bien, habiendo tenido que partir para el destierro en la isla de Patmos por causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo, allí fue escrita por él la Revelación (el Apocalipsis) que se le había previamente mostrado; y así como al comienzo de los libros canónicos, en el Génesis es anunciado como «principio incorruptible», así también en el Apocalipsis se torna en «fin incorruptible» por medio de uno que es virgen, al decir: *Yo soy el alfa y la omega* (Ap 1,8), el principio y el fin. Este es Juan, quien conociendo el día en que le iba a sobrevenir la muerte, convocados sus discípulos en Éfeso, descendió al sitio cavado para su sepultura, y terminada la oración entregó el espíritu. Se sabe que llegó a ser extraño tanto al dolor de la muerte, como ajeno a la corrupción de la carne.

La distribución de su Escritura u ordenación de su libro no será expuesta por nosotros de forma pormenorizada, para que, en quienes lo ignoran, sea el deseo de investigar quien le dé una estructura.

Las diferentes personas que atraviesan la inmensidad del mar se encuentran con diversos peligros. Se produce el miedo si el torbellino de vientos se hace más furioso. Se teme a las amenazas (de los piratas) si la brisa, más moderada, sólo encrespa el lomo del tendido elemento.

OTRO PRÓLOGO DEL MISMO

Así parece sucederme a mí en este libro que me enviaste, que se ve contiene la explicación al Apocalipsis de Victorino: pues es peligroso y expuesto a los ladridos de los detractores el emitir juicio sobre las obras de tan egregio varón. Pues ya con anterioridad Papías, obispo de Hierápolis, y Nepote, obispo en la región de Egipto, estaban de acuerdo con Victorino acerca del «reino de los mil años». Y puesto que me lo has rogado por escrito, no he querido darte largas, y, para no despreciar a quien lo pide, he revuelto enseguida los libros de nuestros mayores, y lo que he hallado en sus comentarios de los «mil años» lo he juntado a la obra de Victorino. Suprimido de ésta lo que él entendió al pie de la letra, desde el principio del libro hasta el signo de la cruz, hemos corregido cuanto estaba contaminado por la presencia de *escritores* inexpertos; date cuenta así de lo que ha sido añadido desde ahí hasta el fin del libro. Es ya tu cometido discernir y corroborar lo que te agrade. Si la vida nos acompaña y Dios nos da salud, nuestro ingenio va a esforzarse especialmente en este libro, queridísimo Anatolio.



UNA INTERPRETACIÓN DE ESTE LIBRO

Con razón recibió Juan su nombre, como si se tratara de algún vaticinio, ya que quiere decir en lengua latina «gracia de Dios». Pues, una vez que se le manda escribir a las siete Iglesias el Apocalipsis, es decir, la Revelación del Señor, ve al hijo del hombre sentado en el trono, esto es, a Cristo en la Iglesia, y a los veinticuatro ancianos, que son los doce Profetas y los doce Apóstoles. Las siete Iglesias, los siete candelabros de oro, las siete estrellas, son la única Iglesia, que se une en matrimonio con Cristo por la gracia septiforme. *Después de esto vi una puerta abierta en el cielo* (Ap 4, 2). La puerta abierta se refiere a Cristo, que nació y padeció, mientras que el cielo es la Iglesia. *Después de esto vi un trono colocado en el cielo,* es decir, a los sacerdotes en la Iglesia, sirviéndose de los cuales Cristo cada día se sienta y juzga. *Y el que estaba sentado,* sobre este trono, *era de aspecto semejante al jaspe y a la cornalina,* esto es, dos juicios, uno a través del agua y otro del fuego. *Después de esto vi cuatro Vivientes,* que se postraban ante el trono, es decir, los cuatro Evangelistas, y cada uno tenía distintos parecidos: el primero *de hombre,* esto es, racional; el segundo *de león,* esto es, esforzado para la lucha; el tercero *de novillo,* esto es, inmolado en sacrificio; el cuarto *de águila* voladora, esto es, que, con todo el ardor de la mente, siempre debe permanecer en la contemplación. Estos cuatro vivientes son una sola cosa, que es la Iglesia. Después de esto *vi en la mano derecha del que está sentado un libro sellado con siete sellos* (Ap 5), en el cual se alude a la guerra, al hambre, a la muerte, al clamor de los que han sido matados y también al fin del mundo y del tiempo. Relatemos también, enumerándolos, estos sellos (Ap 6), es decir, cuatro caballos: el primero *blanco,* que es la Iglesia, y su jinete Cristo; el segundo *rosado,* es decir, el pueblo que lucha contra la Iglesia, y su jinete el diablo ensangrentado; el tercero *negro,* es decir, el hambre espiritual dentro de la Iglesia, y su jinete el pseudoprofeta; el cuarto *pálido,* y su jinete la muerte, a quien se le ha dado el poder de matar con la espada, el hambre, la muerte y las fieras de la tierra, en el que se incluyen también las herejías en la Iglesia. El quinto (sello se refiere) *a las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios.* El sexto, *al sol negro como un paño de crin y la luna toda como sangre y las estrellas que caen,* es decir, se alude con el sol a los incrédulos a los que se les irá oscureciendo el resplandor de la doctrina. Con la luna, que toda se ha convertido en sangre, a la Iglesia de los santos, que al final aparece derramando su sangre por Cristo. La caída de las estrellas, que puede perturbar a las fieles, finaliza en el sexto sello, en el que a causa de la última lucha del Anticristo, *como la higuera suelta sus higos aún verdes al ser sacudida por el viento,* es decir, los santos, que parecen santos, y que son rechazados por la Iglesia. *Y el cielo fue retirado como un libro que se enrolla,* es decir, los santos, que en tal tiempo no presentan otra virtud que no sea el derramar su sangre. *Y todo monte e isla fueron removidos de sus asientos; los reyes de la tierra, los magistrados y tribunos, los poderosos, y todos, esclavos y libres, se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Y dicen a las peñas y a los montes: caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero, porque ha llegado el gran día de su cólera y quién podrá sostenerse:* todo esto habrá de suceder en tiempo del Anticristo. Porque, por los reyes de la tierra, los tribunos y los poderosos que dice, se entiende a los santos, que en tal momento rechazan al Anticristo. Buscan esconderse en las cuevas y en las peñas de los montes, esto es, impetrarán el auxilio de los Profetas, de los Apóstoles y de los mártires.

Después de esto vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que sujetaban a los cuatro vientos (Ap 7), que son las cuatro partes del mundo. Pues los ángeles y los vientos son lo mismo. Pero están bipartidos,

es decir, los buenos y los malos; la Iglesia y los reinos del mundo, porque el mundo odia a la Iglesia, y en la Iglesia se encuentran los falsos hermanos. Y se les dijo a esos vientos *que no soplaran ni sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre ningún árbol.* Todo esto se refiere a los hombres, para que no alienten, esto es, no entreguen su espíritu y hagan a otros semejantes a sí, no sea que el pueblo que está a la izquierda dañe al de la derecha. Después de esto vi *doce mil siervos de Dios,* es decir, la Iglesia constituida por el número doce, *marcados con el sello la frente,* esto es, el reconocimiento de su labor. El séptimo sello completa, en esta señal, el libro sellado con siete sellos. *Se hizo silencio en el cielo, como una media hora* (Ap 8), que se refiere a los siervos de Dios, que descansan de toda actividad secular y empiezan aquí en la contemplación a degustar la vida eterna. Después de esto vi *a siete ángeles que recibieron siete trompetas,* es decir, las siete Iglesias que reciben la predicación perfecta, como dijo el profeta: *Eleva tu voz como la trompeta* (Is 58,1). *El primer ángel hizo sonar la trompeta y se produjo el pedrisco y el fuego mezclado con sangre,* esto es, se produjo la ira de Dios, que lleva consigo la muerte de muchos, para que los santos sean probados como el oro en el crisol. Y el segundo ángel tocó la trompeta, *entonces fue arrojado al mar algo como una enorme montaña ardiendo,* esto es, el diablo fue enviado a los pueblos. Y el tercer ángel hizo sonar la trompeta, *entonces cayó del cielo una estrella grande ardiendo como una antorcha,* que se refiere a los hombres que caen de la Iglesia y que eran considerados por los demás como santos e importantes, y que por su tipo de predicación y vida arrastran a otros a la muerte. Y el cuarto ángel tocó la trompeta; *entonces fue herida la tercera parte del sol y la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, de tal modo que se oscureció y se perdió la tercera parte del día y la tercera parte de la noche,* esto es, se separan los santos de los inicuos. *Después de esto vi y oí una gran águila que volaba en medio del cielo,* que decía con una gran voz: *Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra cuando suenen las voces que quedan de las trompetas que los tres ángeles van a tocar.* El águila y el cielo es la Iglesia. En lo que dice que va de un lado a otro se refiere a que anuncia con una gran voz las plagas de los últimos tiempos.

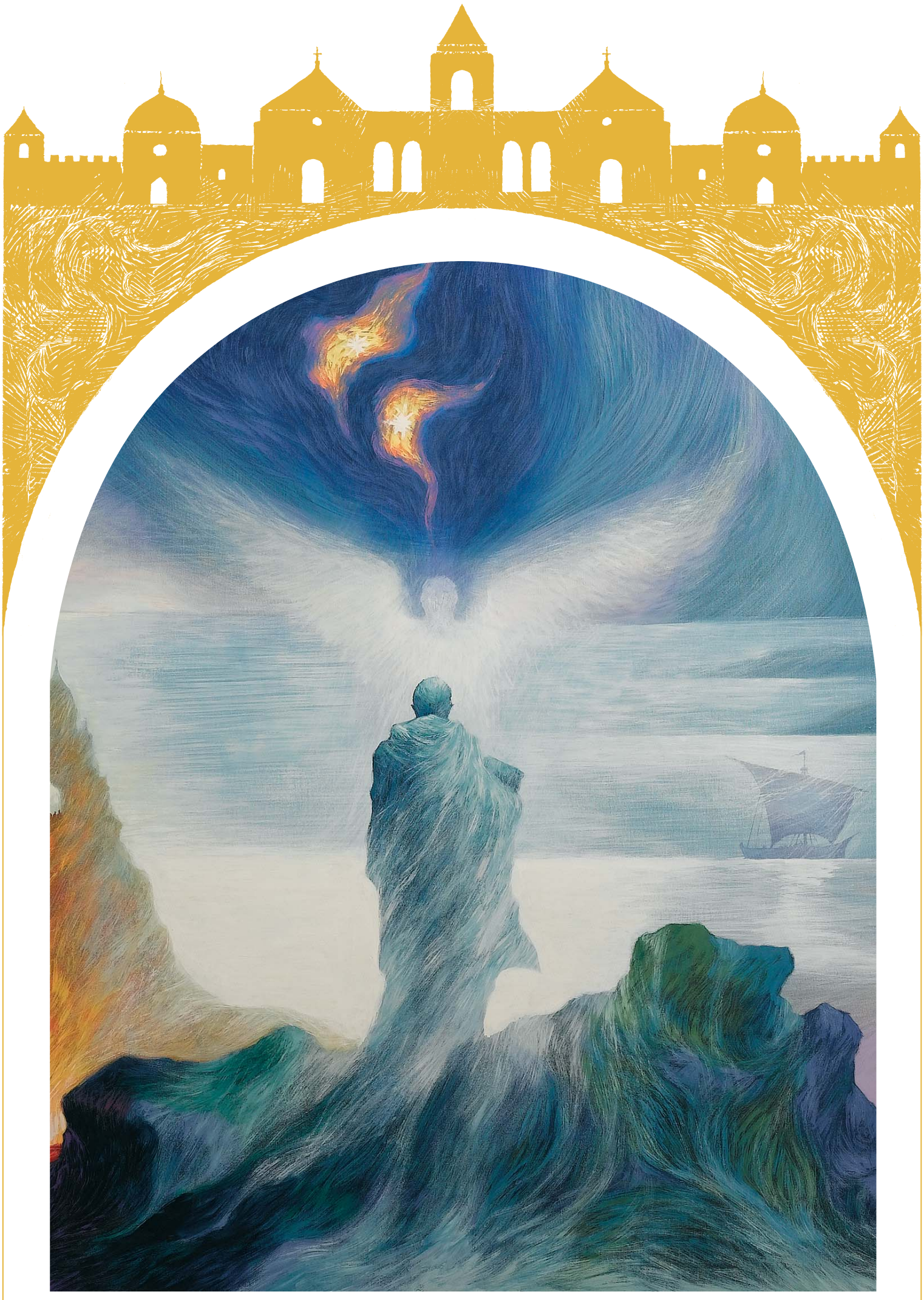
Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que había caído del cielo a la tierra y se le dio la llave del pozo del abismo (Ap 9), *y abrió el pozo del abismo,* es decir, el pueblo se apartó de la Iglesia con su pseudoprofeta. Abrió el pozo, porque manifestó su corazón a través de las palabras. Se llama abismo porque se escondía oculto. *Y subió del pozo una humareda como la de un horno grande. Y el sol y el aire se oscurecieron con la humareda del pozo.* El sol es la Iglesia, y la humareda son las palabras de los hombres malos. Como el humo precede al fuego, así ellos son quienes oscurecen la Iglesia y la refutan con palabras y provocan a algunos la ceguera. *Y de la humareda del pozo salieron las langostas,* esto es, una muchedumbre de demonios, que permanecían atados en sus corazones como en un pozo, y junto con los mismos hombres a quienes poseen, se levantarán contra la Iglesia. *Y se les dio un poder como el que tienen los escorpiones de la tierra.* Porque el escorpión palpa con la boca y hiere con la cola, tal y como ellos hacen. *Y las langostas eran semejantes a caballos preparados para la guerra. Sobre sus cabezas tenían como coronas que parecían de oro,* es decir, so capa de cristiandad eran como caballos desbocados que corren hacia el mal. Y *sus rostros eran como rostros humanos,* esto es, se les tiene por racionales. *Tenían cabellos como cabellos de mujer,* es decir, eran flojos y afeminados. *Tenían dientes como los del león,* es decir, fuertes para devorar. *Y tenían colas parecidas a las de los escorpiones, con aguijones en sus colas,* para mostrar en ese caballo al pueblo enemigo de la Iglesia, y para significar en un solo cuerpo muchos miembros. En la cabeza, los príncipes de la tierra; en la cola, los falsos sacerdotes que, apoyados en la amistad real, oprimen a la Iglesia y prometen al pueblo seguridad. *Tienen sobre sí, como rey, al ángel del abismo,* es decir, al diablo o rey del mundo, pues el abismo es el pue-

blo. *Tiene por nombre en hebreo* «Abaddón», *en griego* «Appolyón», *en latín* «Perdens» (el que pierde) o *el que extermina. El primer ¡Ay! ha pasado. Mira que detrás vienen todavía otros dos.* Ved que llamamos pozos a los hombres que son ignorantes; y langostas a los demonios o a la muchedumbre de hombres que reciben el poder de dañar a aquellos que no están señalados con la sangre del Cordero. *Y el sexto ángel tocó la trompeta;* comienza aquí la última predicación. *Y oí una voz que salía de los cuatro cuernos del altar de oro que está delante de Dios, y decía al sexto ángel que tenía la trompeta: suelta a los cuatro ángeles atados junto al gran río Eufrates.* Una voz procedente de los cuatro cuernos designa al pueblo de la circuncisión, quien solo en todo el mundo conocía a Dios. El altar de oro es la Iglesia, que viene de la circuncisión. Lo que dice: suelta a los cuatro ángeles, esto es, del oriente y occidente, del septentrión y del mediodía, significa que la Iglesia se haga universal y que se conozca el nombre del Señor en las cuatro partes del mundo. Este ángel, con la trompeta, a quien se le ordena soltar, se interpreta como la predicación de toda la Iglesia. El Eufrates es el río de Babilonia y por Babilonia se entiende todo el mundo. *Después de esto vi en la visión los caballos y a los que los montaban: tenían corazas de color de fuego, de jacinto y de azufre, y sus cabezas como de leones.* No los mismos que arriba hemos descrito, sino *semejantes a ellos.* Cuando dijo *semejantes a ellos,* describe la misma cosa de forma diversa. *De sus bocas salía fuego, humo y azufre.* Con el humo se refiere al jacinto, esto es, las palabras de tales hombres. *Por estas tres plagas,* fuego, humo y azufre, que sale de sus bocas, *fue exterminada la tercera parte de los hombres.* El poder de los caballos reside en la boca y en sus colas, es decir, los príncipes del mundo y los sacerdotes, y con ellos dañan, porque sin ellos no pueden dañar. *Vi también otro ángel poderoso que bajaba del cielo envuelto en una nube y con el arco iris sobre su cabeza* (Ap 10), esto es, el Señor revestido de la Iglesia. El arco iris sobre su cabeza significa la perseverancia de la Iglesia. Las nubes, los predicadores que llueven con milagros. *Su rostro como el sol y sus piernas como columnas de fuego.* En la cara está el conocimiento de Cristo; en las piernas, el padecimiento de la última persecución. *En su mano tenía un libro abierto,* esto es, que a través de la Ley y del Evangelio se conoce a Cristo. *Puso el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra.* El derecho en el mar, esto es, los miembros más fuertes en los mayores peligros. El izquierdo sobre la tierra, esto es, los miembros más débiles en los apropiados a ellos. *Y gritó con fuerte voz, como ruge el león,* es decir, mandó predicar con fuerza. *Y cuando gritó, siete truenos hicieron oír su fragor. Apenas hicieron oír su voz los siete truenos me disponía a escribir, cuando oí una voz que decía desde el cielo: sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas.* Dijo esto en la primera parte del libro. Pero en la última manda que *no lo selle,* esto es, que lo que la Iglesia no conoció plenamente en el principio, el final lo hace patente cada día. *Entonces el ángel que había visto yo de pie sobre el mar y la tierra levantó al cielo su mano y juró por el que vive por los siglos de los siglos: ya no habrá dilación, sino que en los días en que se oiga la voz del séptimo ángel, cuando se ponga a tocar la trompeta,* ya no es tiempo sino de purificación, es decir, la futura resurrección de paz, en la que se afirmará la Iglesia, como dice el Apóstol: *la trompeta del fin; y en ella se habrá consumado el misterio de Dios, según lo había anunciado como buena nueva a través de sus siervos* (1 Cor 15,52). *Y oí la voz que desde el cielo hablaba conmigo y decía: vete, toma el libro que está en la mano del ángel y devóralo, en tu boca será dulce como la miel, pero te amargará las entrañas como la hiel.* Este libro es la Ley y el Evangelio. Cuando comiences a leerlo es dulce en la boca, pero sentirás amargor cuando empieces a predicar y a poner por obra lo que hayas entendido. *Y al producirse en mi boca el dulzor y en mis entrañas el amargor, me dice: tienes que predicar de nuevo.* Al decir esto, claramente se entiende que en el comienzo la Iglesia cumplió plenamente la profecía, porque contó con tan numerosos martirios; y des-

pués que la fe recorrió todo el mundo, la profecía cerró la boca. Y lo que dice: *es necesario que prediques de nuevo,* se refiere a que al fin de los tiempos, cuando tenga lugar la llegada del Anticristo, la profecía abrirá su boca. Endulzar la boca y amargar las entrañas: cuando empiece a predicar y a poner por obra.

Luego me fue dada una caña de medir parecida a una vara, y me dijo el ángel: *Levántate y mide el Santuario de Dios y el altar y a los que adoran en él* (Ap 11). No se refería a él, al decirle levántate, como si fuese él quien estuviera sentado, sino que se refería al pecador: levántate para hacer penitencia. Medir el Santuario es confesar al Padre omnipotente, y a Jesucristo su hijo, que nació por obra del Espíritu Santo de María Virgen; y éste que es anunciado por los profetas es la mano de Dios, el Verbo del Padre y el hacedor del mundo. Esta es la caña y la medida de la fe. Pero nadie adora el santo altar sino quienes han profesado rectamente esta fe. Sólo ellos adoran, no todos los que parecen adorar. Y me dice: *El atrio que está fuera del Santuario, déjalo fuera.* El Santuario se refiere a los siervos de Dios, pero el atrio son los malos cristianos; porque el atrio parece que pertenece al Santuario, pero no es el Santuario. Y los malos cristianos parece que pertenecen a los santos, pero no son santos. Por eso serán arrojados afuera, porque en tiempo del Anticristo ellos pisotearán la ciudad santa, esto es, la Iglesia. *Y haré que mis dos testigos profeticen mil doscientos noventa días, cubiertos de saco.* Estos dos testigos son la Ley y el Evangelio. Vestidos de saco, porque predican la penitencia. En realidad se refiere a Elías y al que vendrá con él: Enviaré a mis dos testigos y profetizarán mil doscientos noventa días, que son tres años y seis meses, que será su predicación, y el reino del Anticristo otro tanto. *Ellos son los dos olivos y los dos candeleros.* Esto, en sentido literal, se refiere a Elías y al que va a venir con él; pero ahora refirámoslo en sentido espiritual a los dos Testamentos, que son la Ley y el Evangelio. Estos son los dos olivos y los dos candeleros. Tal candelero, que se describe por Moisés como teniendo siete brazos (Núm 8,2), es la septiforme Iglesia llena del Espíritu. Y los dos olivos son la Ley y el Evangelio. Es preciso echar aceite al candelero, esto es, a la Iglesia. Esta es la Iglesia con su aceite que no se agota, que la hace arder para iluminar al mundo. *Si alguien pretendiera hacerles mal, saldría fuego de su boca y devoraría a sus enemigos,* es decir, si alguno no quiere oír a la Ley y al Evangelio, será quemado por el fuego divino. Este es el fuego, es decir, la palabra de la predicación, el que *Jesús vino a traer a la tierra* (Lc 12,49) de nuestro cuerpo, y desea que arda en todos. *Estos dos tienen poder de cerrar el cielo para que no llueva,* esto es, el poder de atar y desatar, *tienen poder de convertir las aguas en sangre.* El agua es la Escritura. Se cierra el cielo cuando las palabras de la predicación se estrellan contra un corazón muy duro. Y por sus malas obras, lo que parece cristiano es lo que resulta inútil para ellos. *Los vencerá y los matará.* Esto lo hace espiritualmente en la Iglesia el Anticristo con sus ministros. *Vencerá a aquellos* que hacen malas obras. *Matará a aquellos* que predican a Cristo y se apartan del mal; porque el que no guarda la Ley y el Evangelio, como el Anticristo matará a Elías y Henoc. *Y su cuerpo será arrojado en la plaza de la ciudad.* Habló de un solo cuerpo de los dos, porque la Ley y el Evangelio son uno, y enseñan que uno es el cuerpo de la Iglesia. Por su parte, lo que dijo: *será arrojado* en la «plaza» de la ciudad (*platos* en griego, que significa en latín *anchura*), es porque, siguiendo el camino ancho y espacioso, arrojan por la espalda los cuerpos de los Testamentos, es decir, la Ley y el Evangelio, en medio de la ciudad, cuerpo que es la Iglesia, según está escrito: *has detestado la doctrina y has echado mis palabras a tus espaldas.*

Y gentes de los pueblos, razas, lenguas y naciones contemplarán sus cadáveres tres días y medio, es decir, trescientos cincuenta, lo que resulta tres años y seis meses. Hay que entender esto espiritualmente: desde la pasión del Señor hasta el tiempo del Anticristo se cuentan tres años y seis meses. Por un año, cien años, y por tres, trescientos, y por cincuenta años, seis meses: mezcla, pues,



Juan Evangelista y el Ángel de Patmos

el tiempo presente y el futuro, como dice el Señor en el Evangelio: *Vendrá la hora en que todo el que os matare piense que está prestando un servicio a Dios* (Jn 16,2). Nunca separa el tiempo presente del último, en el que se manifestará el Anticristo, porque lo que entonces suceda de forma visible, está sucediendo ahora en la Iglesia de forma invisible. *No está permitido sepultar sus cadáveres,* es decir, se refirió a la promesa de quienes siguen a Cristo, pues no les permiten hacer penitencia con tranquilidad, según está escrito: *Ay de vosotros, escribas y fariseos, ciegos, hipócritas, que cerráis el reino de los cielos,* esto es, la Iglesia, *de tal manera que ni entráis vosotros, ni permitís a los otros entrar* (Mt 23,13). *Los habitantes de la tierra se alegran y se regocijan por causa de ellos, y se intercambian regalos,* es decir, cuando los justos se afligen, entonces los injustos se alegran y se regocijan. Y hasta la misma visión se les hace más pesada a los injustos, como decían de Cristo: *su sola presencia nos es insufrible* (San 2,15), y no sólo se les hace más pesada, sino que les hace consumirse, como está escrito: *Lo ve el impío y se enfurece, rechinan sus dientes y se consume* (Sal 111,10). Gozarán, pues, cuando ya nada tengan que les pueda hacer sufrir, destruidos y matados los justos y poseída su herencia. Porque dirán: *estos dos profetas han atormentado a los habitantes de la tierra,* como si dijeran: éstos son los que vivían por la Ley y el Evangelio, y que así nos obligaban entonces a vivir; alegrémonos al verlos dispersos por la persecución y exterminados. *Pero, pasados los tres días y medio, un aliento de vida procedente de Dios entró en ellos y se pusieron en pie, y un gran espanto se apoderó de quienes los contemplaban. Y oyeron una fuerte voz del cielo: Subid acá, y subieron al cielo en la nube.* De estos tres días y medio ya hablamos antes en sentido espiritual, que comprenden desde la primera venida hasta la segunda. Lo que dijo: *se pusieron de pie,* pertenece a la resurrección futura; y lo que dijo: *un gran espanto se apoderó de quienes los contemplaban,* lo dice de todos. Y cambiada la suerte, se entristecerán sin fin los que se alegraban en este mundo, y se alegrarán sin medida los que en el mundo estaban entristecidos. Lo que dijo: *Subid acá, y subieron al cielo en la nube,* esto es lo que dijo el Apóstol: *Seremos arrebatados en las nubes para salir al encuentro de Cristo* (1 Tes 4,16). Pues antes de la llegada del Señor no podía suceder que hombre alguno, excepto Cristo, subiera al cielo en su cuerpo: pues está escrito: *Cristo, el primero; después los que son verdaderos discípulos de Cristo* (1 Cor 15,23), serán arrebatados en las nubes a su llegada y les saldrán a su encuentro; de donde se excluye cualquier sospecha de quienes piensan que estos dos testigos sean dos varones que suben al cielo en las nubes antes de la llegada del Señor. Si se dijera de Elías y del que va a venir con él lo que hemos expuesto antes, ¿cómo podrán los habitantes de toda la tierra alegrarse de la muerte violenta de dos que mueren en una sola ciudad? O ¿cuándo podrán enviarse regalos, si hay tres días y medio para que se alegren de la muerte, antes de que se entristezcan por la resurrección? O ¿qué festines podrá haber, si durante tres días los cadáveres humanos se hallan despidiendo olor? Porque está claro que en estos dos están representados la Ley y el Evangelio, y que tres días y medio se refiere al tiempo desde la primera venida del Señor a su segunda venida.

Y un gran espanto se apoderó de quienes los contemplaban, se refiere a los hombres vivos. Porque hasta los justos a quienes encuentre vivos el día del juicio, temerán grandemente en la resurrección de los que duermen. *Y los contemplarán sus enemigos.* Aquí separó los justos de aquellos que había dicho en general que se llenaron de temor. *En aquella hora ocurrió un violento terremoto,* esto es, la persecución en la llegada del Señor. Y en aquella hora que dice, significa todo el tiempo, de tal modo que *quien esté en la azotea, no baje a coger nada de la casa* (Mt 24,17), es decir, el que vive por el Evangelio no vuelva a revestirse del hombre viejo, y no desee tener aquello a lo que una vez había renunciado. *Y la décima parte de la ciudad se derrumbó y con el terremoto perecieron siete mil personas,* esto es, en la persecución del Anticristo se dice que perecieron siete mil. Siete mil y

diez mil, es interpretado como un número perfecto. Dos son los edificios en la Iglesia, uno sobre roca, que es Cristo; otro sobre arena, que es la herejía. Se dice que éste se derrumbó en la persecución, y los demás temieron y dieron gloria al Dios del cielo. Estos están edificados sobre piedra, porque cuando los mismos justos que temen, vean a los malvados morir en el terremoto, se intranquilizarán por lo que les echa en cara su alma, y se animarán más a guardar los mandamientos, y con alegría darán gloria a Dios, como está escrito: *Viendo que el impío es castigado, se hace más prudente* (Prov 15,5). Terminada la recapitulación que había dicho omitiendo lo referente al séptimo ángel, vuelve al orden diciendo: *El segundo ¡ay! ha pasado;* pues el primero se ha dicho que había pasado en la lucha de las langostas; y el segundo venía con los caballos que había visto en la visión. No dijo allí que el segundo ¡ay! ha pasado, para no describir inmediatamente el tercero, porque, tanto en lo referente a las langostas como a los caballos, el ¡ay! se ha recapitulado de dos maneras. Ahora, acabada esta recapitulación, se dice que el segundo ¡ay! ha pasado. Por tanto, el segundo ¡ay! que ha pasado es el de los caballos, al que sigue el tercer ¡ay! y el séptimo ángel con el que se describe el fin. Parece que ha realizado aquí dos finales sucesivos, uno de recapitulación y otro de orden. Pues narró un fin en la resurrección de los testigos, esto es, de la Ley y el Evangelio, que comentamos aquí más arriba y que lo presentaba fuera de orden, e introduce el segundo que faltaba que se refiere a la lucha de los caballos, diciendo: *El segundo ¡ay! ha pasado: mira que viene enseguida el tercero. Tocó la trompeta el séptimo ángel, entonces sonaron en el cielo fuertes voces que decían: Ha llegado el reinado, sobre el mundo, de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro Ancianos se postraron rostro en tierra y adoraron a Dios diciendo: Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, Aquel que es y que has llegado, porque recibiste tu gran poder y has reinado. Y las naciones se han encolerizado, pero ha llegado tu cólera y el tiempo de que los muertos sean juzgados.* Se ha referido al comienzo y al fin. Has reinado, y las naciones se han encolerizado: es su primera venida; *ha llegado tu cólera,* y el tiempo de que los muertos sean juzgados: la segunda, *y de dar la recompensa a tus siervos los profetas y a los que temen tu nombre, y de destruir a los que destruyen la tierra.* Mirad que viene el tercer ¡ay! en la voz del séptimo ángel, en el que se encuentra la última lucha, y la venida manifiesta del Señor. No hay quien alabe al Señor y dé gracias al Creador, excepto la Iglesia, porque cuando vive rectamente y cree rectamente, entonces padecen el ¡ay! los hombres malos. De donde entendemos que no hay remuneración de los buenos sin el ¡ay! de los malos. Como la propia Iglesia ha dicho: *Ha llegado tu cólera y el tiempo de juzgar a los muertos y de dar la recompensa a tus siervos y de destruir a los que destruyen la tierra.* Este es el último ¡ay! que había dicho el Águila: *¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, cuando suenen las voces que quedan de las trompetas que los tres ángeles van a tocar!,* con este ¡ay! termina. Pero haciendo una recapitulación desde el nacimiento del Señor, va a decir otra vez las mismas cosas con mayor claridad.

Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo y apareció el arca de su alianza. En su Santuario, esto es, en la Iglesia se ha manifestado Cristo y se ha abierto la profecía en la Iglesia. *Y se produjeron relámpagos, fragor de truenos, temblor de tierra y fuerte granizada.* Todo esto son las propiedades del resplandor de la predicación y de las guerras de la Iglesia. Como anteriormente en las siete trompetas de los ángeles expusimos los hechos desde la venida del Señor hasta el fin, de forma que reconozcas lo que sucedió como por partes a través de cada una de las trompetas, así ahora, tan pronto como se abrió el Santuario de Dios en el cielo, se siguieron las luchas, al decir: *Y vi,* dijo, *a la bestia que subía del abismo.* Después de infligir muchas plagas al mundo, dice que la bestia había subido del abismo. Esto lo dice propiamente del Anticristo, porque desde que Cristo nació, estuvo siempre en los hombres malos: los que crucificaron a Cristo fue-

ron su abismo; los que persiguen a la Iglesia son el abismo del Anticristo, porque el abismo son los hombres que andan en tinieblas; porque, como Cristo tuvo por mediadores suyos a los patriarcas y profetas que hablaron de él en figura y, después que vino, le conocieron los que le habían anunciado, y de ahí salió la Iglesia, y Cristo, cabeza de toda la Iglesia, reina en un solo cuerpo con sus miembros; así el Anticristo tiene sus mediadores en los malos reyes y sacerdotes, cuyos miembros los reconoce por las obras malvadas, y de todos los malos él es el rey y cabeza.

Y una gran señal apareció en el cielo (Ap 13), esto es, en la Iglesia Dios se hizo hombre: *Una Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas.* Es la antigua Iglesia de los Patriarcas, Profetas y Apóstoles, que llevó consigo el gemido y la angustia de su deseo, hasta que vio que Cristo, prometido según la carne, asumió el cuerpo de su mismo pueblo. A su vez, la que está vestida de sol es la esperanza de la resurrección. Por su parte, la luna son los peligros de los santos, quienes padecen en las tinieblas de este siglo, lo que nunca puede faltar, pues así como la luna decrece, así también crece. Del mismo modo, los santos lucen en medio de las tinieblas, como la luna. La corona de doce estrellas significa el coro de los Patriarcas, de los cuales iba Cristo a asumir la carne. Y en Cristo las doce tribus de Israel, que es la Iglesia. *Y la mujer está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz.* Al hablar de esta mujer nos referimos a la Iglesia, que lleva a Cristo en su vientre. Porque la Iglesia pare con gran gemido y desea imitar a Cristo. *Y apareció otra señal en el cielo: una gran serpiente roja.* El cielo es la Iglesia; la serpiente, el diablo. Finge que va a adorar a Cristo a través de sus ministros en la Iglesia, y como Herodes, enemigo interno, buscaba matar a quien aparentaba adorar, así el diablo, fingiendo santidad, se esfuerza en asesinar en nuestro pecho a Cristo, nacido de la mujer Iglesia, por medio de los malos cristianos. *Tiene siete cabezas y diez cuernos.* Pero quienes son las cabezas, ésos son también los cuernos. En las siete cabezas alude a todos los reyes, y en los diez cuernos a todos los reinos. Pues uno y otro indican un número perfecto. *Y su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo, y las precipitó sobre la tierra.* La cola de esta serpiente son los profetas y sacerdotes injustos, como dijimos al hablar de las langostas, que a las estrellas del cielo que se adhieren a ellos, esto es, los santos que parecen dentro de la Iglesia, los arrojan a la tierra, porque los santos todos son el cielo, y a los pecadores se les llama tierra. Ellos están bajo los pies de la mujer. *Y la mujer dio a luz un hijo varón,* es decir, la Iglesia a Cristo. Después, su cuerpo, que son los santos, a quienes cada día da a luz con gemido. Dijo un hijo, porque Cristo, que es la cabeza, es un solo cuerpo con los miembros de la Iglesia. Dijo varón, es decir, vencedor sobre el diablo que había vencido a la mujer. Pues la mujer que venza al diablo es llamada varón. Y el varón que es vencido por el diablo, se dice que el diablo ha vencido a la mujer. *Y la mujer huyó al yermo,* esto es, al desierto, que son los hombres malos que no acogen la predicación, que son escorpiones y víboras, de los que dice el Señor a sus siervos: *Os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones* (Lc 10,19).

Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron con la serpiente; también la serpiente y sus ángeles combatieron. Miguel se refiere a Cristo; el cielo a la Iglesia, y los ángeles a los hombres santos. Nadie hay que posea ángeles, sino nuestro Señor Jesucristo. Pues lejos de nosotros el pensar que el diablo con sus ángeles se hubiera atrevido a luchar en el cielo, siendo así que pidió permiso al Señor para herir en la tierra a un solo hombre: Job. Pero recibió poder de luchar con la descendencia de la mujer, no con el hijo de Dios o con sus ángeles. *Pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos,* es decir, en los hombres santos, que, una vez han creído en Cristo, no acogen más al diablo expulsado. *Cuando la serpiente vio que había sido arrojada a la tierra, persiguió a la mujer que había dado*

a luz un varón: pues cuanto más se rechaza al diablo, tanto más él persigue. *Entonces la serpiente vomitó de su boca detrás de la mujer como un río de agua, para arrastrarla con su corriente,* esto es, se refiere al pueblo que persigue a la Iglesia. *Y vi surgir del mar una bestia* (Ap 13). Antes había dicho, del abismo; y ahora dice, del mar. El mar, el abismo y la bestia son una misma cosa, esto es, los hombres malos, que nacen de hombres malos, como las víboras nacen de víboras. En esta bestia están representados muchos miembros, unas veces el diablo, otras los malos sacerdotes, otras el pueblo malo, otras los falsos religiosos. *Que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas títulos blasfemos.* En los cuernos aludimos al poder o a la soberbia; en las cabezas, a los príncipes del mundo; en las diademas, al nombre de cristiandad; en los títulos blasfemos, al hecho de que alaban a sus príncipes y los reverencian, los escuchan como a dioses, pero no quieren conocer a Dios, que hizo todas las cosas, y, sin duda, se encuentran entre los miembros del Anticristo. *Y vi otra bestia que surgía de la tierra.* Dijo «otra» por su cometido, pero es una sola, porque esta segunda hace la voluntad de la bestia primera. Se refiere al falso profeta y sacerdote. *Y tenía dos cuernos como de Cordero,* es decir, predicaba la Ley y el Evangelio, como el Cordero, y simulaba el rostro de un hombre justo: *Pero hablaba como una serpiente y hace bajar ante la gente fuego del cielo:* como hoy los magos, sirviéndose de los ángeles caídos, hacen prodigios ante los ojos de los hombres, así también los sacerdotes malos bautizan en presencia del pueblo, ordenan sacerdotes y dan la absolución. Estas cosas son las que hacen descender el fuego del cielo. El fuego es el Espíritu Santo; el cielo, la Iglesia. Y seducen no a los que habitan en el cielo, sino en la tierra, y se hacen ellos mismos simulacro de la bestia primera y por ellos reina en la Iglesia el Anticristo.

Miré entonces y había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban escrito en la frente su nombre y el nombre de su Padre (Ap 14). El Cordero es Cristo; Sión es la atalaya de la contemplación; los ciento cuarenta y cuatro mil son la Iglesia en su totalidad. Estos siguen al Cordero: éstos *cantan un cántico nuevo:* es decir, anuncian a Cristo que nació y padeció, y por el bautismo y la penitencia, el perdón de todos los pecados.

Luego vi a otro ángel que volaba por lo alto del cielo y a otro ángel que le seguía, es decir, a Elías y al que va a venir con él, que va a preceder con su predicación al reino del Anticristo. Hemos dicho todas estas cosas según el sentido literal. Pero, en sentido místico, el ángel que vuela en el cielo y el que le sigue aluden a la Ley y al Evangelio, que por la predicación recorren el cielo, es decir, la Iglesia. *Y un segundo ángel le siguió diciendo: Cayó, cayó la gran Babilonia.* Babilonia quiere decir la ciudad del diablo, esto es, el pueblo suyo. Pues así como la ciudad de Dios es la Iglesia, así, por el contrario, la ciudad del diablo es Jerusalén y Babilonia en todo el mundo, y esta Jerusalén es la que mata a los profetas, y aquella Jerusalén celestial es la de Dios, donde está nuestro destino. Aquella es libre, la que es madre de todos nosotros, mientras que ésta es esclava junto con sus hijos. Pues nuestra Iglesia en este mundo no se llama Jerusalén, es decir, visión de paz, porque está en lucha, sino que nuestra Iglesia se llama Sión, esto es, atalaya de la contemplación, porque pisotea lo terreno y anhela hasta el tuétano las cosas celestiales, contempla confusamente a quien poco después desea ver cara a cara. Lo que dice: *cayó la gran Babilonia,* se refiere al juicio, a los condenados: dice como ya realizado lo que va a suceder. El que por dos veces repita *cayó, cayó,* nos hace ver primeramente que han caído de la Iglesia a causa de las herejías, los cismas y las obras de discordia,... y que ellos mismos serán doblemente condenados en el día del juicio. *Un tercer ángel les siguió, diciendo: Si alguno adora a la Bestia y a su imagen y acepta la marca en su frente, tendrá que beber también del vino del furor de Dios, y será atormentado con fuego y azufre delante de Dios por los siglos de los siglos.* Dijimos arriba que la bestia es el dia-

La Bestia y los cuatro Jinetes

blo y su pueblo. En la frente, la doctrina del diablo. En la mano derecha, un nombre como de cristiandad, pero reciben la marca en la derecha o en la frente cuando realizan aquello que conocieron como de él.

Miré entonces y había una nube blanca: y sobre la nube uno como hijo de hombre, esto es, Cristo: Describe a la Iglesia en su claridad, que blanquea por la llama de la persecución. *Que llevaba en la cabeza una corona de oro.* Estos son los Ancianos con las coronas de oro: *y en la mano una hoz afilada,* es decir, en su actividad el poder de la maldición. Por esto todo ladrón y perjuro será castigado por desde ahora hasta la muerte. El ladrón y el perjuro son los hipócritas de quienes dice el Señor: *El que no entra por la puerta,* que es Cristo, *es un ladrón y salteador* (Jn 10,7). *Y un ángel salió del Santuario gritando con fuerte voz al que estaba sentado sobre la nube: mete tu hoz y siega, porque la mies de la tierra está ya en sazón. Y otro ángel salió, que tenía también una hoz afilada, diciendo: mete tu hoz y vendimia los racimos de la viña de la tierra y échalos en el lagar de la ira del furor del Señor.* La hoz del segador y la del vendimiador son una sola cosa y actúan a la vez. El pisoteo del lagar y la siega de la cosecha es la retribución del pecador. De tal modo que los que ahora por la penitencia no se despojan de la paja para convertirse en grano, y no se aplastan por el lagar de la tribulación para hacerse trigo y vino en la Iglesia, serán triturados sin fin fuera de la Iglesia en el infierno. *Luego vi en el cielo otra señal grande y maravillosa, siete ángeles que llevaban las siete últimas plagas, porque con ellas se consuma el furor de Dios* (Ap 15). Dice siete y repite siete; esto hay que entenderlo espiritualmente, porque en las siete plagas se entiende la ira en su perfección, como por las siete Iglesias se expresa la gracia septiforme. En estas siete plagas se refiere a la ira del Señor, porque siempre la ira de Dios hiere perfectamente al pueblo contumaz. *Vi también como un mar de cristal y a los que estaban de pie sobre él que llevaban las cítaras y las copas.* En el mar alude al bautismo, porque el agua del mar es amarga. Por el agua se entiende el bautismo y por el amargor la penitencia. Por el vidrio la fragilidad, porque el bautismo pronto se quiebra, pero por la penitencia se restaura en el horno de la tribulación. Las cítaras a las que alude son los corazones de los que alaban a Dios, esto es, los que crucificaron su carne junto con los vicios y concupiscencias de este siglo, y mortificaron sus miembros que están sobre la tierra. *Después de esto vi que se abría en el cielo el Santuario de la Tienda del Testimonio, y salieron del Santuario los siete ángeles que llevaban las siete plagas.* El Santuario, el Tabernáculo y el cielo es una misma cosa, es decir, la Iglesia. Lo que dice que «se abrió» es la manifestación, sea buena o

Los siete Ángeles de Dios

mala, en la Iglesia. Los siete ángeles, que llevan las siete plagas, son las iglesias, que en la gracia septiforme constituyen una sola Iglesia y tienen dado por el Señor el poder de atar y desatar, y cada cual, haga el bien o el mal, no puede permanecer oculto en la Iglesia. *Luego, uno do los cuatro vivientes entregó a los siete ángeles siete copas de oro llenas del furor del Dios que vive.* Estas son las copas que con los aromas llevan los Ancianos y los Vivientes, que son la Iglesia; ella es también los siete ángeles, pero los aromas significan la ira de Dios. Pues las oraciones de los santos, que son el fuego que sale de la boca de los testigos, todo esto es ira para el mundo. Uno de los Vivientes dio a la Iglesia las copas, es decir, la predicación del Evangelio para que quien lo oyere se salve, y quien no lo escuchare sea herido por la ira de Dios, pues el Evangelio es la voluntad de Dios. Todo el que sigue a Cristo, hace la voluntad del Padre. *Y nadie podía entrar en el Santuario hasta que se consumaran las siete plagas,* esto es, ninguno de los hipócritas podrá entrar en la Iglesia, porque habrá una gran angustia, como nunca existió. Y no se libraría nadie, si Dios no abreviase aquellos días, por sus elegidos.

Y oí una fuerte voz que desde el cielo decía a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas del furor de Dios (Ap 16). Ha sido dado a la Iglesia el poder de esparcir la ira en la tierra de donde salió. Todas estas plagas son espirituales: porque al mismo tiempo toda la gente impía quedará incólume de cualquier plaga corporal, como si recibiera todo el poder de hacer el mal. Y no es fustigado en el cuerpo, porque si fuera fustigado, en algún momento acabaría corrigiéndose, sino que perdura hasta el fin en ir colmando sus pecados. *Y el primer ángel derramó su copa sobre la tierra. Y el segundo ángel derramó su copa sobre el mar. Y el tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y los manantiales de agua. Y el cuarto ángel derramó su copa sobre el sol. Y el quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia. Y el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates. Y el séptimo ángel derramó su copa sobre el aire.* La tierra, el mar, los ríos, los manantiales de agua, el sol, el trono de la bestia, el río Eufrates, el aire, sobre los que los ángeles vertieron las copas, son la tierra, es decir, los hombres, lo cual es fácil de probar, pues a todos los ángeles se les ha mandado verter sobre la tierra. Todas estas plagas hay que entenderlas en un sentido espiritual. Pues es una plaga abominable, y señal de gran furor, recibir la potestad de pecar, especialmente contra los santos, y no corregirse. Todavía es señal de mayor ira de Dios el proporcionarse uno a sí mismo el aumento de los tormentos, cuando cada santo toma por justo cuanto hace, para darse placer siempre, y piensa que así se sacrifica ante Dios y

sirve a los hermanos. Esta es la plaga de la ira de Dios, que sobre todo se da entre los siervos de Dios que siguen su propia voluntad. *Y vi que de la boca de la serpiente, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta, salían tres espíritus inmundos como ranas.* Ya antes hemos dicho que la serpiente es el diablo; la bestia es el cuerpo del diablo, que son los hombres malos; los falsos profetas, los jefes del cuerpo del diablo, que son los malos sacerdotes y predicadores, que tienen un espíritu como de ranas. Las ranas son los demonios. Las ranas suelen alimentarse en lagunas y aguas estancadas, y tal agua es inmunda: este animal para nada aprovecha, sino para emitir el sonido de su voz en un croar esforzado e importuno. Así pues, por sí mismo tal animal es inmundo, y el agua en que se alimenta sucísima. De qué otra cosa se trata sino de los falsos profetas, es decir, los sacerdotes y predicadores sucísimos, que estando en sí sucios como las ranas, incluso de la misma agua de las Escrituras introducen falsedades en este mundo con hueca modulación como con el sonido y croar de las ranas. Y están dentro de la Iglesia bajo nombre de religión, de tal modo que oprimen a la Iglesia; y en esto los falsos profetas están formados por cuatro miembros: el *Hereje,* que consiste en que cada uno elija para sí y haga a su antojo lo que le parezca mejor, y, si es corregido por algún católico, reivindica lo que hizo y lo considera para sí como santo. Este tal está fuera de la Iglesia. Otro es el *Cismático.* Se llama «cisma» por la «escisión» de las almas: pues con la misma religión, con el mismo culto, con el mismo rito, cree como los demás santos, pero sólo disfruta con el desgarramiento de la comunidad, es decir, no comulga con la opinión de los demás santos que están en la Iglesia, pues se cree que es más santo que los demás de la Iglesia. Y como está más en vela, trabaja más y ayuna más que los otros, se cree más santo, hasta el punto de decir que él santifica todo lo inmundo. Otro es el *Supersticioso.* Se llama superstición, porque es una observancia superflua, por encima de los principios de la religión. Y estos tales no viven del mismo modo que los demás hermanos, sino que, por un deseo de martirio, se quitan la vida para que, saliendo de ella de forma violenta, sean considerados como mártires. A éstos se les designa con la voz griega «cotopices», y son los que nosotros llamamos en latín «circumcelliones» (vagabundos), por ser rústicos. Visitan las provincias, pues no toleran estar en un lugar con los hermanos de mutuo acuerdo y tener una vida en común para vivir con una sola alma y un solo corazón a la manera de los Apóstoles, sino que, como dijimos, vagan por muchos países y contemplan atentamente los sepulcros de los santos como si esto sirviera para la salvación de sus almas, pero de nada les aprovecha, porque esto lo hacen sin el común acuerdo de los hermanos. El cuarto es el *Hipócrita.* Se llama hipócrita en lengua griega a lo que en latín se dice «simulador». Es el que es malo por dentro y se muestra a la vista de todos como bueno, pues «hypo» significa falso y «crisis» quiere decir juicio. El nombre de «hypo» procede del aspecto de aquellos que en los espectáculos aparecen con la cara cubierta, matizando el rostro con el lápiz negro y de color rojo y con las demás pinturas, llevando caretas teñidas de yeso o de colores variados. A veces se embadurnan el cuello y las manos de greda, para llegar a adquirir la apariencia de una persona y así engañar al público durante la representación de los juegos: ya sea con el aspecto de varón o de mujer, ya de tonsurado o de melenudo, ya de anciano o de doncella y con los demás rostros, edad y sexo; la idea del argumento se cambió y de esto toma su nombre el hipócrita, es decir, de los que caminan con un rostro falso y simulan lo que no son. Así, este tipo de monjes son malos por dentro, pero se manifiestan buenos por fuera. Pues no se puede llamar hipócritas a quienes, una vez manifestados, han salido fuera, sino que ya se les llama herejes. Estos cuatro géneros son considerados con propiedad falsos profetas. Y se consideran falsos profetas porque se eligen a sí mismos, ya sea en el Episcopado, en el Presbiterado, en el Diaconado, o en la manifestación de vida religiosa o en la práctica de la penitencia, y viven a su arbitrio y lo que hacen pien-

san para sí que es santo y lo justifican no con la autoridad de las Escrituras, sino con palabras mentirosas. ¿Por qué?, porque no son elegidos por la Iglesia católica, por eso son ladrones y salteadores que no quieren entrar a la Iglesia por la puerta, que es Cristo. Estos son los miembros de la serpiente, de la Bestia y del falso profeta, de cuya boca vio salir tres espíritus inmundos, como ranas. Vio un solo espíritu, pero por el número de partes indicó los miembros de un solo cuerpo: La Serpiente, es decir, el diablo; la Bestia, esto es, el cuerpo del diablo, que es el pueblo malo; y los falsos profetas, es decir, los prepósitos del cuerpo del diablo, que tienen un solo espíritu, como de rana, porque todos pronuncian una misma palabra.

Y el séptimo ángel derramó su copa sobre el aire; entonces salió del Santuario una fuerte voz que decía: hecho está, esto es, se acabó. El Santuario y el trono decimos que es la Iglesia. Y cuando dice *se acabó,* dijo que terminaban las siete plagas, pero recapitula desde la misma persecución. *Se produjeron relámpagos, fragor de truenos y terremoto, como no lo hubo desde que existen hombres sobre la tierra.* Tal terremoto y tan grande significa una angustia como nunca hubo. *Y la gran ciudad se abrió en tres partes.* La gran ciudad es todo el pueblo, en general, que hay bajo el cielo; el cual se abrirá en tres partes, cuando se haya dividido la Iglesia, de tal forma que la gentilidad sea una parte, otra la abominación de la desolación y la tercera la Iglesia que salió de en medio de ella. *Y las ciudades de las naciones se desplomaron; Dios se acordó de la gran Babilonia, para darle la copa del vino de su cólera. Entonces todas las islas huyeron y las montañas desaparecieron.* Las ciudades de las naciones son los pueblos no bautizados. Babilonia es la abominación de la desolación, lo que en latín es el mal en general. Sea entre los paganos, entre los cristianos o entre los siervos de Dios, se llama Babilonia el mal que se realiza. Pues Babilonia se interpreta como confusión, es decir, mezcolanza. Y lo que es malo, se separa de Cristo y su Iglesia. Cae, pues, Babilonia o bebe la ira de Dios cuando recibe el poder contra la Iglesia, especialmente al final de los tiempos. Por eso dice que cayó por el terror, el miedo y la afrenta que hace a la Iglesia, porque, como dijimos, los paganos y cristianos están mezclados con la Iglesia. No tienen, pues, ciudades separadas de los cristianos, de modo que ellas tengan en especial que caer. Y si hay que pensarlo del día del juicio, ¿por qué Dios se acordó después de Babilonia? Porque estas ciudades buenas y malas se configuran en todos. Y lo que dice, que han caído las ciudades de las naciones, se refiere a que han perdido la esperanza que tenían en este mundo. A su vez, las islas y los montes que huyeron y no aparecían, es la Iglesia cuando soporta todas las injurias y no devuelve mal por mal. Y al sufrir las injurias y no responder a las palabras de los blasfemos, se dice que huye y desaparece. *Y un gran pedrisco, con piedras de casi un talento, cayó del cielo sobre los hombres.* Llamó pedrisco a la ira de Dios, con la que Dios amenaza al pueblo. *Y los hombres blasfemaron de Dios por la plaga del pedrisco, porque fue una plaga muy grande.* Esta plaga de que hablamos está hoy dentro de la Iglesia. Y cuando cada uno no cumple los preceptos del Señor, se destruye espiritualmente por el pedrisco. Pues el pedrisco devasta lo que encuentra tierno: de la misma manera la ira de Dios devasta lo que encuentra tierno, esto es, blando y disoluto o tibio, al comprobar que no se trabaja con todas las fuerzas. *Entonces vino uno de los siete ángeles que llevaba las siete copas y me habló, diciendo: ven, que te voy a mostrar el castigo de la célebre ramera, que se sienta sobre grandes aguas; con ella fornicaron los reyes de la tierra y los habitantes de la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución* (Ap 17). Al que llama uno de los siete ángeles es la Iglesia. La copa es el Evangelio. La que designa como mujer prostituta se refiere a la corrupción y a las malas obras, y dice que está sentada sobre grandes aguas, es decir, sobre los pueblos. Pues las aguas son los pueblos, sean los malos cristianos, los paganos o los herejes; y ella es aquella bestia a la que antes nos referimos. Los que designa como reyes del mundo son los

Príncipes del mundo, a los que llama embriagados, es decir, sus obras y la nociva orden que por ellos tiene lugar en la tierra. *Y me trasladó en espíritu al desierto: y vi a una mujer sentada sobre una bestia.* Desierto es lo mismo que yermo, es decir, donde ni se realiza ni se recibe la predicación evangélica. Se llaman desiertos porque están abandonados por Dios. Por su parte, la bestia y las grandes aguas son una misma cosa, esto es, el pueblo maligno que es el cuerpo del diablo y enemigo del Cordero, o sea, de Cristo y la Iglesia. *Y vi a una mujer sentada sobre una bestia de color escarlata,* es decir, a la pecadora ensangrentada por la sangre de los mártires y de todos los santos: *que tenía siete cabezas y diez cuernos.* Las siete cabezas se refieren a todos los reyes y los diez cuernos a todos los reinos. Porque el siete y el diez son un número perfecto. *Y la mujer resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas. Y llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones y de las impurezas de su prostitución.* Lo que dice que *resplandecía* y *el cáliz de oro* se refiere a los hipócritas llenos de inmundicia, porque por fuera aparecen, en efecto, ante los hombres como justos, pero por dentro están llenos de inmundicia. Esta mujer con la bestia y los reyes de la tierra aparecen en el cielo, o sea, en la Iglesia. Estos son los que *lucharán contra el Cordero,* es decir, los que hasta el fin de los siglos se opondrán a la Iglesia. *Pero el Cordero, como es Señor de señores y Rey de reyes, los vencerá, en unión con los llamados, los elegidos y los fieles,* es decir, llama Iglesia a los llamados, a los elegidos y a los fieles, porque no todos han los llamados han sido también elegidos, sino que *muchos son los llamados, pero pocos los elegido* (Mt 10,16). Muchos fieles, pero no elegidos. Y se me dijo: *Ven, que te voy a enseñar a la esposa del Cordero, y me mostró la Ciudad que bajaba del cielo.* El Cordero es Cristo, la esposa del Cordero, la Iglesia. Siempre *desciende del cielo,* porque siempre de la Iglesia nace la Iglesia, es decir, los santos de los santos imitando a los santos, como, por el contrario, los malos de los malos imitando a los malos.

Después de esto vi bajar del cielo a otro ángel, que tenía gran poder, y la tierra quedó iluminada con su resplandor. Gritó con potente voz, diciendo: Cayó, cayó la gran Babilonia y se ha convertido en morada de demonios (Ap18). Este ángel es Cristo. El clamar con fuerza es la predicación del Evangelio. Lo que dice: *Cayó la gran Babilonia y se ha convertido en morada de demonios,* claramente enseña que Babilonia está dividida en dos partes, en paganos y malos cristianos, y que ambos se separan de Dios: unos le niegan por la fe y otros por las obras. Por eso amonesta a la Iglesia diciendo: *Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas:* esto se lo dice a la Iglesia. *Entonces un ángel alzó una piedra, como una gran rueda de molino, y la arrojó al mar, diciendo: con esta violencia será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y no aparecerá ya más.* Dice que pasa el gozo de los impíos y que no puede hallarse ya más. *Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: aleluya* (Ap 19). Siempre dice esto la Iglesia. Cuando tenga lugar la separación y sea proclamada abiertamente, entonces se separará realmente de Babilonia, no ahora en este mundo, sino cuando cada uno muere, y van los impíos a lo profundo del infierno —al que el ángel llamó piedra de molino arrojada a lo profundo del mar—, y los justos, sin embargo, a la vida eterna. *Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama Fiel y Veraz.* Este caballo es la Iglesia, y su jinete, Cristo. Es el caballo que en el primer sello había visto entre el rosado, el negro y el pálido. *Luego vi a un ángel de pie sobre el sol,* esto es, la predicación en la Iglesia: *que gritaba con fuerte voz a todas las aves que volaban en medio del cielo: venid, reuníos para el gran banquete de Dios, para que comáis carne de reyes, de tribunos y de valientes, de libres y esclavos, de pequeños y grandes.* La Iglesia, cuando es comida, come espiritualmente a todos éstos. La Iglesia tiene preparados estos descuartizamientos y manjares espirituales. Las aves que vuelan son la Iglesia, y a los que dijimos que se come son los enemi-

Las siete iglesias de Asia

gos de la Iglesia, a los que ésta siempre devora espiritualmente. *Vi entonces a la bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos reunidos para entablar combate contra el que iba montado en el caballo y contra su ejército.* La bestia es el diablo y todo el pueblo que lucha contra la Iglesia y contra Cristo. *Pero la bestia fue capturada y con ella el falso profeta, el que había realizado al servicio de la bestia las señales* para que adoraran su imagen. *Los dos fueron arrojados vivos al lago de fuego que arde con azufre.* Cuando dice que la bestia fue capturada se refiere a que el Señor en su venida final sujetará al diablo y con él al falso profeta, es decir, al diablo, al pueblo malvado y a sus prepósitos. Dividió un cuerpo en varias partes. Pues estos dos vivos son el pueblo y los prepósitos a quienes encuentre el Señor con vida. Dice que a éstos les arrojará vivos al lago de fuego ardiente. *Los demás fueron exterminados por la espada que sale de la boca del que monta el caballo, y todas las aves se hartaron de sus carnes,* esto es, al decir los demás se refiere a los que Cristo hallare muertos a su llegada. El que monta el caballo, alude a Cristo que está sobre la Iglesia. La espada que sale de su boca es la palabra de la predicación. Todas las aves que dice son los santos que forman la Iglesia. El que diga que se hartaron de sus carnes, significa que la Iglesia siempre comerá las carnes de sus enemigos. Se cebará, no obstante, en la resurrección, vengada de sus obras carnales. Pero, después de la llegada del Señor y del castigo de la Bestia, ¿quién ha de ser muerto por la espada para ser patentemente comido por las aves, cuando los cuerpos resuciten para que los hombres sean juzgados en toda su integridad? Aquí termina y recapitula desde el principio.

Luego vi a un ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Dominó a la serpiente, es decir, *al diablo, y la encadenó por mil años. La encerró y puso encima los sellos, para que no sedujera más a los hombres, hasta que se cumplieran los mil años* (Ap 20). El ángel que dijo, se refiere a Cristo en su primera venida. La llave del abismo es el poder de su pueblo. La que llama cadena designa la potestad que Dios dio a su pueblo. En lo que dice que *la encadenó en el abismo por mil años,* el abismo es el pueblo excluido del corazón de los creyentes. Lo que llamó *mil años,* es desde la primera venida del Señor hasta su segunda venida, para que no pueda dañar cuanto quisiera a los que iban a creer. *Después tiene que ser soltada por poco tiempo,* es decir, al final del mundo, cuando el diablo, Príncipe introducido en el Anticristo, y sus ministros en los hombres malos, tenga entonces tal poder como no tuvo jamás, ni siquiera antes de que viniera Cristo. *Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos, y se les dio el poder de juzgar.* Por tronos entiende a las doce tribus de Israel, que son la Iglesia que se asienta en Cristo; desde la primera venida del Señor, cuando el diablo fue atado, ya están sentados y juzgando, porque, como está escrito, *los santos juzgan* ya *al mundo* (1 Cor 6,2); pero lo hacen quienes abandonan completamente al mundo, y siguen a Cristo con toda su mente. Esto lo dijo de los santos que están vivos. De los santos que se hallan ya sepultados dice: *Vi también las almas de los que fueron decapitados por la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús.* Pues de ambos presenta la Iglesia testimonio, es decir, del Verbo y de la carne, que es un solo Cristo hijo de Dios. *Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene poder sobre éstos.* Esto es, quien en este mundo acudiere a la penitencia, en el futuro no será enviado al infierno. *Sino que serán sacerdotes de Cristo y reinarán con él mil años,* es decir, para siempre. Pues mil es un número perfecto. *Y cuando se terminen los mil años, será Satanás soltado de su prisión,* o sea, se disolverá en la nada, mientras se desvanece y va a la perdición eterna. Pues no será soltado para recibir la libertad, sino que *seducirá a las naciones de los cuatro extremos de la tierra, a Gog y a Magog.* «Seducir» es arruinar y arrastrar consigo a la perdición. A todos los impíos que sedujo de los cuatro extremos de la tierra, juntados consigo en una misma perdición, hará que sean sometidos a los suplicios eternos. *Y los reunirá para la lucha, nume-*

rosos como la arena del mar, esto es, la muchedumbre de pecadores elevados en la soberbia, pero cuyas obras terrenas les hunden. *Y cercan el campamento de los santos,* es decir, quieren vivir junto con los santos. Pero ya ha sido profetizado de ellos: *Regresan a la tarde, pasan un hambre de perros, y rondan por la ciudad* (Sal 59,7).

Pero bajó fuego del cielo y los devoró: Y el diablo, su seductor, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde están también la Bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Esta es aquella disolución a que antes nos referimos, para que el seductor muera con los seducidos. *Luego vi un gran trono blanco y al que estaba sentado sobre él.* En el trono se manifiesta la figura de un juicio, cuando Cristo, en el día del juicio, juzgue por sí mismo a todo el mundo. Lo llama *blanco,* porque a cada cual se le juzgará con justicia. *El cielo y la tierra huyeron de su presencia,* porque no podrán resistir el cielo y la tierra un juicio de tan gran poder. Pues ante él ningún lugar ocupa espacio, sino que es tenido por nada y vacío. Mostrada así la forma del juicio, indicada la calidad del juez, se refiere ya a la ejecución del juicio en sí mismo. *Vi a los muertos grandes y pequeños, de pie delante del trono, y fueron abiertos unos libros,* es decir, se proclamaron las obras de todos. *Y luego se abrió otro libro, que es el de la vida.* El libro de la vida es Cristo. Es entonces cuando se manifiesta a todas sus criaturas. *Y los muertos fueron juzgados según lo escrito en los libros, conforme a sus obras,* o sea, fueron juzgados por la Ley y el Evangelio, según lo que de éstos hicieron o no hicieron. *Y el mar devolvió sus muertos,* esto es, a los que halló vivos en este mundo. *Y la Muerte y el Hades devolvieron sus muertos:* que son las personas sepultadas. *Y el que no se halló escrito en el libro de la vida,* es decir, el que no fue considerado vivo por el Señor, *fue arrojado al lago de fuego; ésta es la muerte segunda.*

Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que subía desde el cielo hacia Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo (Ap 21). El cielo nuevo y la tierra nueva se refieren a los santos sin corrupción. Jerusalén es la celestial multitud de los santos que se dice ha de venir con el Señor, y se ha de unir a su Señor y ha de permanecer con él eternamente. *Y oí una voz que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres, y pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo, y él, Dios con ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni dolor, porque el mundo viejo ha pasado.*

La misión de los Apóstoles

LIBRO PRIMERO

EMPIEZA EL TRATADO ACERCA DEL APOCALIPSIS DE JUAN
EN SU EXPLICACIÓN INTERPRETADA POR MUCHOS DOCTORES Y MUY PROBADOS VARONES ILUSTRES, DE ESTILO DIFERENTE, PERO NO CON DISTINTA FE: DONDE CONOCERÁS PLENAMENTE (LO QUE SE DICE) DE CRISTO Y LA IGLESIA; DEL ANTICRISTO Y DE SUS SIGNOS.

PRÓLOGO

Debiendo ser interpretada la biforme historia de la ley divina por el doble misterio del sacramento, no podría la fragilidad de nuestra humanidad exponerlo de otra manera que tomando del mismo autor de su ley, nuestro Señor Jesucristo, su forma de hablar y las palabras de su lenguaje. Por tanto, teniendo que comentar yo el Apocalipsis de San Juan, invoco al Espíritu Santo, que en él mora, para que, quien le reveló a Juan los arcanos de sus secretos, nos abra la puerta del entendimiento interior, a fin de que podamos explicar sin culpa alguna, y manifestar con veracidad, bajo el magisterio de Dios, cuantas cosas han sido escritas. Así pues, el comienzo del libro de que tratamos se describe así:

(Ap 1, 1-6) *Revelación de Jesucristo; se la concedió Dios para manifestar a sus siervos lo que ha de suceder pronto. Y envió a su Ángel para dársela a conocer a su siervo Juan, el cual da testimonio de todo lo que vio: la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, porque el Tiempo está cerca. Juan, a las siete Iglesias de Asia. Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, el que es, el que era y el que va a venir; y de parte de los siete Espíritus que están ante su trono, y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos y el Príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama, nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre, a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.*

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Apocalipsis de Jesucristo, que le concedió Dios para manifestar a sus siervos lo que ha de suceder pronto. Ya por el hecho de llamarse Apocalipsis, es decir, revelación, da a entender que existen cosas escondidas de secreto sentido. Por lo que no es posible comprenderlas, a no ser que alguien las conozca porque él se lo revele. El Apocalipsis de Jesucristo que le concedió Dios al beatísimo apóstol Juan, para manifestárselo a sus siervos, de manera que conozca lo que dice, y manifieste lo que ha conocido. *Lo que ha de suceder pronto,* indicando que debe cumplirse con gran rapidez el curso de los tiempos, su sentido y su significado.

Y envió a su Ángel para dársela a conocer a su siervo Juan, es decir, no fue captado esto a través del pensamiento, ni por algunos falaces poemas literarios, sino que fue comunicada por medio de un ángel, es decir, el mensajero de su verdad, a su siervo Juan, el más santo de todos los Apóstoles: *el que dio testimonio de la Palabra de Dios,* el que anunció al Hijo de Dios, y afirmó su divinidad y dio testimonio de Nuestro Señor Jesucristo, de cuanto había visto en él y había oído de él. Y por eso habla en su epístola, diciendo: *Lo que hemos visto y oído y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, y la vida se manifestó, os lo anunciamos a vosotros* (1 Jn 1,1). *Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella.* Quiere que se entienda que la lectura no lleva consigo la guarda de los mandamientos, ni el escuchar supone la perfección de la obra consumada, sino que la perfección se encuentra cuando te esfuerzas en poner por obra lo que

has leído y oído. *Porque el Tiempo está cerca.* No anuncia lejano el tiempo de la remuneración para los que cumplen esto, sino que dice que está próximo el don del divino premio. Comienza después el inicio de sus comunicados y dice: *Juan a las siete Iglesias de Asia.* ¿Acaso tan gran y tal varón convocó para manifestar el misterio de la revelación divina a una sola provincia y no a todas las gentes, ya que destinó sus escritos a tan pequeño número de Iglesias de una sola provincia? Porque *desde la salida del sol hasta el ocaso debe ser alabado el nombre del Señor, y en todo lugar sacrificada y ofrecida una oblación pura a su nombre* (Mal 1,11). Y ¿quién se cree que es el pueblo de Asia para merecer él solo recibir la revelación apostólica? Pero hay un misterio en el número, un sacramento en el nombre de la provincia. Primero debemos discutir el tema de este número, porque siempre aparecen en la Ley los números seis y siete escritos con un significado místico. *En seis días hizo Dios el cielo y la tierra, y en el séptimo descansó de sus obras;* y en él, dijo de nuevo, entrarán en mi descanso. Así pues, esta semana significa la duración del mundo actual, para que no parezca que el apóstol se dirigía a las siete Iglesias o a quien vivía entonces en el mundo, sino que destinaba sus escritos a todos los siglos futuros hasta su consumación; por eso citó el número con un valor sagrado y nombró a Asia, que en latín significa *elevada,* o la que camina. Significa, pues, la patria celestial, que llamamos Iglesia católica, elevada por el Señor y siempre caminando hacia lo alto, la que, progresando en afanes espirituales, desea sin cesar las cosas celestiales. *La gracia y la paz a vosotros de parte de Dios, el que es, el que era y el que va a venir.* Así como la Escritura declaró su nombre en el título, cuando dice: *Juan a las siete Iglesias de Asia,* así confirmó de forma muy clara a Juan, utilizando la semejanza de las palabras, ser el ser, al decir: *el que es, el que era, y el que va a volver.* Por tanto es siempre el ser: por eso se le dice a Moisés: *Yo soy el que soy* (Ex 3,14). Y el mismo apóstol dice en el Evangelio: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios* (Jn 1,1). Dando a

El fuego de Pentecotés

entender que el Verbo iba más allá de todo principio, porque ya existía en el principio; y que no tenía comienzo, porque estaba junto a Dios; ni tenía un final, porque el Verbo era Dios; permanece siempre, porque éste estaba al principio junto a Dios; y dice que él mismo ha de volver aquí, de donde nunca se alejó. Pues él es el que dice: *Yo lleno el cielo y la tierra* (Jer 23,24; Ecl 24,6). Por eso es por lo que su sabiduría dice: *Sola recorrí la redondez del cielo* (Sab 1,7). De ahí que esté escrito acerca de su espíritu: *El Espíritu del Señor llenó el orbe de la tierra* (Is 56,1). Por esto dice de nuevo el Señor: *Los cielos son mi trono y la tierra el estrado de mis pies* (Is 66,1). Y también de él se ha escrito: *Mide el cielo con la mano y abarca la tierra con el pulgar* (Is 40,12). Ciertamente, la sede del que preside está al fondo y en un lugar elevado. Midiendo el cielo con la palma de la mano y abarcando la tierra con el pulgar, manifiesta que él está por fuera y alrededor de todas cuantas cosas creó, puesto que lo que se cierra dentro depende de quien lo encierra desde fuera. Así pues, por la sede, desde donde se preside, se está dentro y arriba; por el pulgar con el que se abarca se alude al exterior y abajo; porque él mismo permanece dentro de todas las cosas, fuera de todas, por encima de todas, debajo de todas, y está por encima a causa de su poder y se halla debajo para sostenerlas. Está fuera a causa de su grandeza, y dentro por sutileza. Arriba gobernando, abajo sujetando, fuera rodeando y dentro penetrando. Y no es superior por una parte, por otra inferior, por una exterior y por otra interior, sino que, siendo todo uno y el mismo, sostiene en todas partes presidiendo, preside sosteniendo, penetra rodeando, rodea penetrando. Así, quien desde arriba preside, desde abajo sostiene; quien está alrededor desde fuera, desde dentro lo llena todo; gobierna desde arriba sin turbación, sostiene desde abajo sin esfuerzo; penetra dentro sin consumir, rodea por fuera sin presionar. Y así, sin ocupar un lugar, es inferior y superior; sin tener extensión, es más grande; sin llegar al agotamiento, es sutil. ¿Por qué se dice *que viene* el que, aunque por la masa corporal nunca está, por razón de su sustancia ilimitada nunca falta? Pero su *venir* es en cuanto que asumió una forma y se anonadó a sí mismo. Su anonadamiento es, viniendo de la invisibilidad de su divinidad, mostrarse visible. Por tanto, dice bien: *El que es, el que era y el que va a venir,* porque permanece y era, pues, cuando con el Padre hizo todas las cosas, no tuvo su origen en la Virgen, pero ciertamente vendrá a juzgar. *Y de parte de los siete Espíritus que están ante su trono.* Y he aquí aquel sacramento septenario que se anuncia en todas partes. Se presentan aquí siete Espíritus, que es uno y el mismo espíritu, es decir, el Espíritu Santo: es uno solo por su nombre y septiforme por sus dones. Invisible e incorpóreo, cuyo aspecto exterior es imposible descubrir, y cuyo número de siete dones manifiesta Isaías de forma espléndida, diciendo: *Espíritu de sabiduría y entendimiento* (Is 11,2), para enseñar por la sabiduría y el entendimiento que es el hacedor de todas las cosas. *Espíritu de consejo y fortaleza,* el que lo ha proyectado y realizado. *Espíritu de ciencia y piedad,* el que por la manifestación de su ciencia gobierna piadosamente las cosas creadas y las dirige siempre con misericordia. *Espíritu de temor del Señor,* con cuyo don ponga a disposición de las criaturas racionales el temor del Señor. Esta es la misma santa propiedad del Espíritu que hay que venerar, la cual, más que indicar su aspecto natural, implica la inefable alabanza.

Y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Puesto que anteriormente había mencionado al Verbo, que antes de asumir la carne estaba en la gloria junto al Padre, necesariamente enlaza el aspecto humano de la carne asumida, diciendo: *Y de Jesucristo, el Testigo fiel,* es decir, dando testimonio de su ser divino a través del hombre asumido y mediando con su pasión y sangre por nuestros pecados y limpiándonos de toda iniquidad. Así ofrece un fiel testimonio por nuestra fragilidad e insuficiencia a Dios Padre, *en quien no hay cambios ni sombras de rotaciones* (Sant 1,17). El primogénito de entre los muertos: Porque resucitó el primero de entre los muer-

tos, al no poderle retener la muerte. De ahí que diga el Apóstol: *Cristo como primicias, después los de Cristo en su venida* (1 Cor 15,20), es decir, después nosotros que hemos sido llamados cristianos por el bautismo, reviviendo en su segunda venida, resucitamos de la muerte. Y por eso es llamado *Primogénito* y primicias de los muertos, porque él fue el primero que, vencido el infierno, se volvió a los cielos. Este es *el Príncipe de los reyes de la tierra,* porque es el Rey de los reyes y Señor de los señores. *El que nos amó:* porque nosotros no alcanzamos la reciprocidad del amor amando a Dios, sino que primero él nos amó, de tal modo que se hizo hombre en favor de nuestra humildad y tomó la forma de siervo, pero nadie hay semejante a él en la tierra, porque todo hombre es solamente hombre, pero él es Dios y hombre. Ningún hombre es semejante a él, pues aunque un hijo adoptivo llegue a participar de la divinidad, en manera alguna puede comenzar a ser Dios en su naturaleza. El cual con razón también ha sido llamado siervo, porque no tuvo a menos asumir la condición de siervo. Y, al asumir la humildad de la carne, no infirió injuria a la Majestad, porque recibió aquélla para conservarla y no para cambiar su estado; y no hizo de menos lo divino con la humanidad, ni arruinó lo humano con la divinidad. Porque a él se refiere Pablo cuando dice: *El cual, siendo de condición divina, no consideró un robo el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo* (Flp 2,3). No la robó, porque la poseía. Y el haberse despojado de sí mismo es, de la grandeza de su invisibilidad, el aparecer como hombre visible, de manera que se recubra con la condición de siervo lo que antes penetraba todas las cosas de manera incircunscrita a causa de su divinidad. *Y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados.* Enseña el afecto de su amor y caridad. Porque, a quien no llegaría la muerte, ni por naturaleza ni por condición mortal, quiso morir por nosotros y así, dijo, *nos lavó con su sangre de nuestros pecados.*

Y ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre. Puesto que padeció por nosotros y resucitó de entre los muertos, él mismo construyó nuestro reino para que mereciéramos ser sacerdotes del Dios Padre. Hizo, pues, nuestro reino cuando padeció y resucitó. *A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.* Tributa a Dios, creador de todas las cosas, la alabanza eterna y la gloria de la eternidad.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

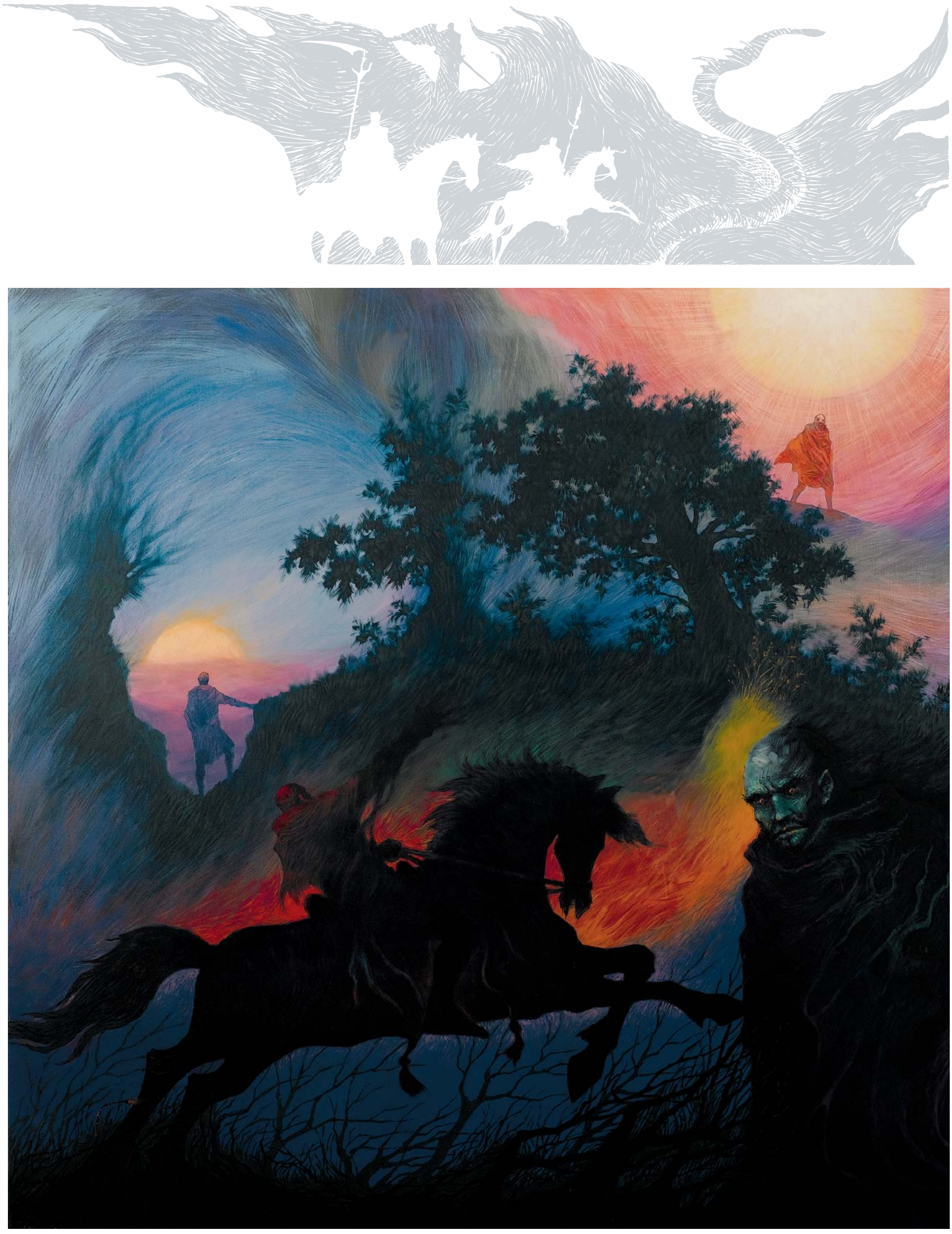
COMIENZA LA HISTORIA

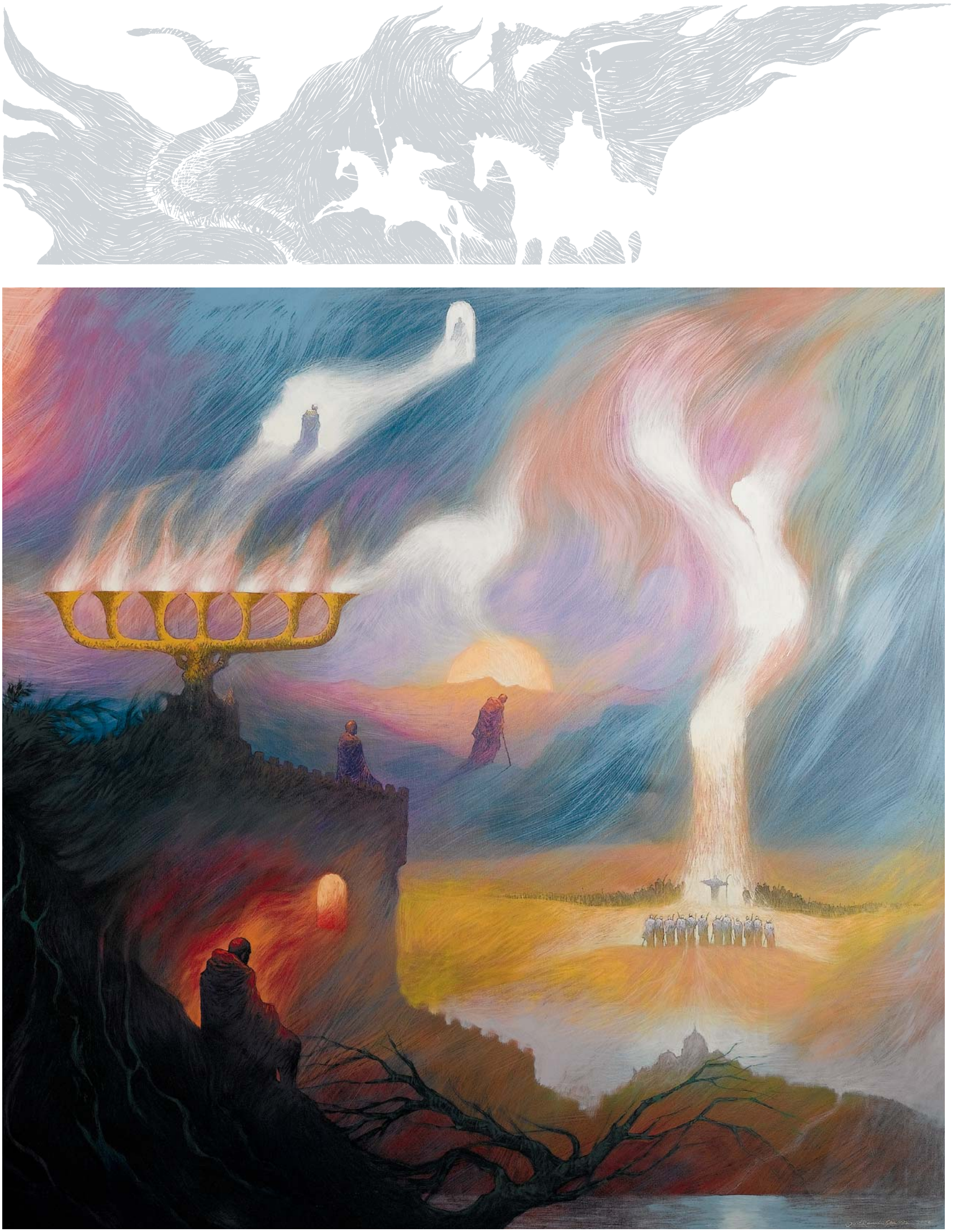
(Ap 1, 7-11) *Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas las razas de la tierra. Sí. Amén. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es, el que era y el que va a venir, el Todopoderoso. Yo, Juan, vuestro hermano, partícipe y compañero de la tribulación, del reino y de la paciencia en Cristo Jesús, me encontraba en la isla llamada Patmos, a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Caí en éxtasis un domingo, y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que me decía: Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete Iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea.*

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron. Quien primero vino oculto en el hombre asumido, vendrá poco después manifiesto en la majestad y gloria para juzgar. Predicha su muerte, y como consecuencia de la muerte la purificación de los pecados, su resurrección y la reparación de todo que vendría por él, vuelve a la gloria, y, proclamada la alabanza a Dios Padre Todopoderoso, anuncia su segunda venida: que volverá con la misma figura, con el mismo

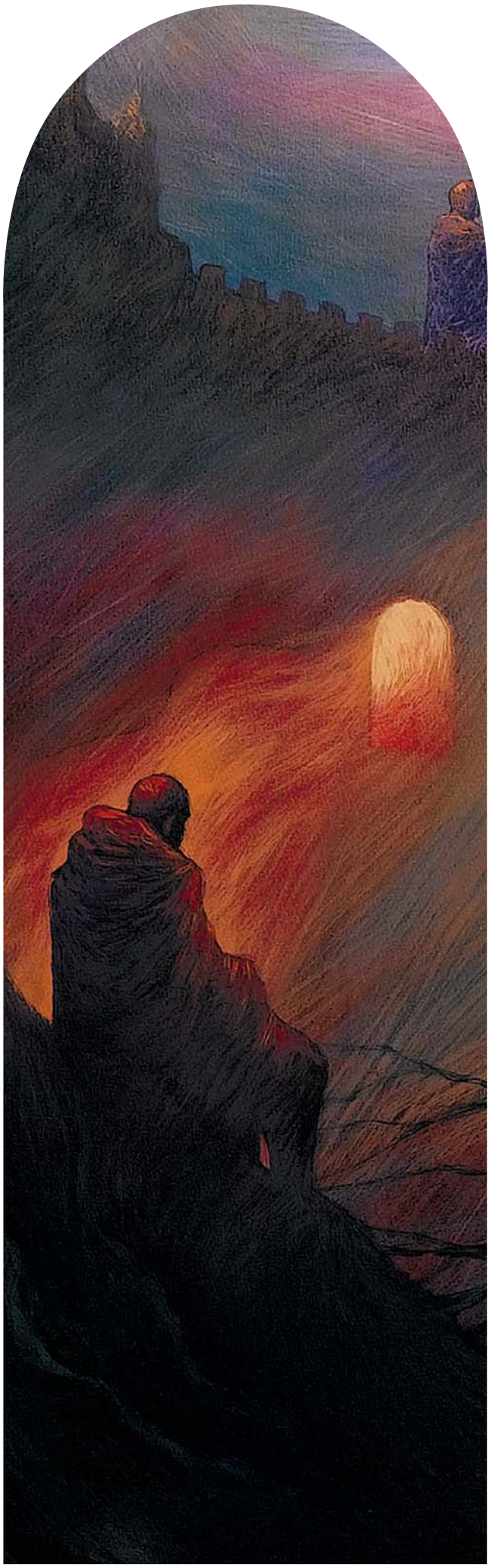




cuerpo que padeció, murió y resucitó, pero en su soberanía divina, no como antes en la humildad humana, de quien, como testimonio del hombre verdadero que asumió, se mostrará a la vista de sus perseguidores. Como dijo Zacarías: *Mirarán a aquel a quien traspasaron y harán lamentación por él como por un hijo único* (Zac 12,10), así también dice que llorarán por él *todas las razas de la tierra. Sí. Amén.* Es decir, manifiesta fiel y verdaderamente que es una sola la persona de Dios y del hombre asumido; y hecha patente la naturaleza de su humanidad, proclama la gloria de la naturaleza divina, y lo dice con las palabras del mismo Señor: *Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin, dice el Señor Dios, el que es, el que era y el que vendrá, el Todopoderoso.* Aunque nuestros antepasados trataron de este asunto con acierto y utilidad, hay que exponer lo que se entiende por *peristera,* es decir, la paloma, bajo cuya figura se lee que se apareció el Espíritu Santo mientras el Señor era bautizado por Juan en el Jordán; esta *peristera* (περιστερα), en la numeración griega, da ochocientos, que equivale a la ω, y que vuelve a la letra alfa, que significa uno. Enseña así la divinidad del Espíritu Santo en la unidad de la Trinidad. Que el mismo Espíritu Santo nos dé sus favores para que también nosotros merezcamos añadir algo a nuestros mayores. Prudentemente debemos advertir qué es, pues, lo que significan estos elementos del alfabeto, es decir, el α y la ω, que la misma Verdad cita. La propia figura de la letra α, tanto en caracteres griegos como latinos, consta de tres rasgos que ocupan el mismo tamaño, por lo que, no sin razón, nuestros mayores dijeron que estaba representada la unidad de la divinidad. La ω se escribe en griego con tres palitos iguales enhiestos que en parte dependen entre sí. En cambio, en latín la O se cierra con la redondez del círculo. También, pues, en este cierre la divinidad se manifiesta protegiendo y conteniendo todo. Además, por lo que se refiere al tema de los elementos y de las letras, estos elementos son el origen de la ciencia, y un cierto arte de conducir a los ignorantes hacia la sabiduría. Por tanto, el alfa, comienzo de la sabiduría, enseña que Cristo, el Hijo de Dios, es la misma sabiduría; la omega, que es el fin (en griego α y ω) y entre nosotros O, que ocupa una posición intermedia, significa que el comienzo de la sabiduría, el final y el intermedio son el mismo Señor Jesucristo, mediador de Dios y de los hombres. Lo que añadió, *principio y fin,* no se refiere sólo a los elementos primeros de las letras, es decir, al α y ω, sino que enseña el poder de su grandeza, porque él es el principio de todas las cosas y en él permanece la suerte de todas. Porque se cree que por él se van a restaurar las que van a concluir y las que han concluido ya, de modo que, como él mismo dio el origen en los comienzos, así él procure un fin a nuestra consumación, de manera que tenga el propio fin un final y la propia consumación su consumación, para que en todo sea siempre él lo que es, como refiere la presente Escritura cuando dice: *El Señor Dios, el que es, el que era y el que vendrá, el Todopoderoso:* Esto lo escribe San Juan al principio de su revelación. Inicia ahora otro comienzo para intentar acceder al propio orden de la revelación, relatando el motivo, el cómo, dónde, en qué tiempo, qué día, todo lo que habló después de mostrárselo el Señor, qué le dijo y a qué Señor contempló. Afirmó todo esto a través de un sentido múltiple, aunque con breves palabras. Escribe así el comienzo de su revelación santa, dirigiéndose a aquellos a quienes hablaba, diciendo:

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero de la tribulación, del reino y la paciencia de Jesús, me encontraba en la isla llamada Patmos, a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo. Como enseñaron los historiadores eclesiásticos, en tiempos de Claudio César, cuando estalló aquella hambre (Hech 11,28) que fue anunciada por el profeta Agabo en los Hechos de los Apóstoles que vendría durante diez años, tal César en medio de aquella tormenta, impulsado por su acostumbrada vanidad, decretó la persecución de las Iglesias. En este tiempo manda que hasta el mismo Juan, apóstol de Nuestro Señor Jesucristo, sea confinado al destierro; este castigo en la isla de Patmos está comprobado también

por la presente Escritura. Pues para preparar el ánimo para la profecía del sufrimiento de aquellos tiempos, recuerda que él participa también del sufrimiento, y añadió el premio de la tribulación, el reino, y para poder recibir el reino se agregó que se había servido de la paciencia, que había tenido por causa de Jesús. Dice después el lugar adonde había sido trasladado, al decir: *Me encontraba en la isla llamada Patmos.* Por qué fue castigado con tal condena, lo dice asimismo: *Por la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús.* Dando a entender que él, por causa de la predicación del Evangelio y el testimonio fiel, que predicaba a los pueblos acerca de la divinidad de Nuestro Señor, había sido castigado con tan gran destierro y tribulaciones. Y viviendo en aquella isla dijo: *Fui arrebatado en espíritu un domingo.* Dice haber sido arrebatado en espíritu, esto es, elevado hasta los secretos de Dios, para que contemple lo que debe decir; y no dice que él había entrado corporalmente en lo alto de los cielos, sino que había sido introducido en espíritu, recordando aquella frase: *Nadie sube al cielo sino el que desciende del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo* (Ef 4,9). Pues también el apóstol San Pablo dice que él había sido arrebatado. Pero ¿cómo? Dice: *No sé si en el cuerpo o fuera del cuerpo; Dios lo sabe* (2 Cor 12,2); sin embargo, narra que él había sido arrebatado en espíritu en un éxtasis. Pero aquí, al decir que fue arrebatado en espíritu un domingo, recuerda que había estado liberado de toda ocupación del trabajo común, pues en domingo el Apóstol sólo podía entregarse a las cosas y oficios sagrados, porque sabía que tal día es el de la resurrección del Señor y conocía que se le consideraba también como el primer día en la primera creación del mundo. También en un día como ése, estando las puertas cerradas, se presentó Jesús a sus discípulos, y ellos pensaban que veían un espíritu, cuando oyeron al Señor: *Palpad y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos* (Lc 24,39). Y añadió: *Recibid el Espíritu Santo.* En ese día recibieron los santos apóstoles el Espíritu, por el cual se perdonarían los pecados, se convertirían en hijos de Dios y se concedería el espíritu de adopción a los creyentes. Cincuenta días después, que también fue domingo, se les dio con mayor plenitud para bautizar en el Espíritu Santo y revestirse del poder mediante el cual iban a predicar a todos los pueblos el Evangelio de Cristo. El beneficio es de carácter apostólico, pues los que primero habían recibido la gracia de perdonar los pecados, después recibirían el obrar milagros y, lo que era más necesario, la diversidad de lenguas de todos los pueblos, para que al anunciar a Cristo no necesitaran de intérprete alguno. Lo proclamo yo con audacia y con toda libertad: Desde el momento en que los Apóstoles creyeron en el Señor, siempre tuvieron el Espíritu Santo. Y no podían hacer milagros sin la gracia del Espíritu Santo. Pero como el espíritu estaba todo en el Señor, no habitaba aún totalmente en los Apóstoles. Sin embargo, después que se les infundió la gracia del Espíritu Santo, no temían ni a los tribunales de los jueces, ni a las púrpuras de los reyes. Hablan entonces con libertad a los príncipes de los judíos: *Hay que obedecer a Dios más que a los hombres* (Hech 5,29); resucitan a los muertos, se alegran en medio de los azotes, derraman su sangre y reciben las coronas de sus martirios. El día de Pentecostés tiene su prólogo cuando se oyó la voz de Dios en el monte Sinaí, que tronaba desde lo alto. En el Nuevo Testamento comenzó Pentecostés cuando dio el Espíritu Santo a los Apóstoles. En ese mismo día fue dada la Ley a Moisés. En ese día se da en el desierto el maná del cielo. Por eso es llamado día del Señor: absteniéndonos de las obras terrenas y los halagos del mundo, conviene por eso dedicarse sólo a los cultos divinos, es decir, santificando este día por la esperanza de nuestra resurrección, que tenemos en la de él. Pues, así como Nuestro Señor Jesucristo resucitó al tercer día de entre los muertos, así nosotros esperamos que hemos de resucitar en el último siglo en este día del Señor (domingo). Y así también en tal día oramos de pie, que es el signo de la futura resurrección. Esto lo hace toda la Iglesia, que en la peregrinación mortal de este siglo se encuentra aguardando pa-



La ladera del monte Aquilón

ra el fin del mundo, lo que anticipadamente se ha manifestado en el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, que es el Primogénito de entre los muertos. Por su parte, al pueblo anterior se le dio en el comienzo el sábado, para celebrarlo corporalmente, con objeto de que sirviera de figura, y así se interpreta como descanso, porque antes de la venida de Cristo nuestro Redentor era un descanso de muertos y no había resurrección para nadie; y con razón, pues el Señor en el día en que antiguamente había descansado de hacer sus obras, en ese también habría de descansar en el sepulcro. Sin embargo, el domingo ha sido establecido no para los judíos, sino para los cristianos, a causa de la resurrección del Señor. Es un día de fiesta; es el día primero, que después del séptimo se convierte en el octavo. En tal día el Apóstol penetró en el cielo, día en que sabía que el Señor había realizado tantas cosas. En ese día en que resucitó dio la Ley por medio de Moisés. Ciento veinte años vivió Moisés; por esa misma razón descendió el Espíritu Santo sobre ciento veinte almas en Pentecostés. Coincide esta fiesta del Evangelio con la festividad de la Ley. Con este fin, el legislador Moisés, porque convenía estar sellado y oculto hasta la llegada de su pasión, cubrió su rostro con un velo y así habló al pueblo, mostrando que también estaban veladas las palabras de la predicación de Nuestro Señor Jesucristo. Juan, sin embargo, festejando el domingo, es arrebatado en espíritu hasta el tribunal, con el fin de que lo que había sido sellado por la letra de la Ley, lo manifestara el mismo que lo había sellado, el que es llamado el Cordero como degollado. Y lo que había velado a través de Moisés, lo revelaba por medio de Cristo, y mostraba tales cosas reveladas a Juan. Por esa razón aquello se llama velación y esto revelación. Ahora, pues, se destapa el rostro de Moisés y se manifiesta, por eso es por lo que el Apocalipsis se llama revelación. Ellos son los escritores de los sagrados libros, que hablan por inspiración divina y que son los dispensadores de los preceptos celestiales para nuestra erudición. Pues es creencia que el Autor de estas Escrituras es el Espíritu Santo. Pues

lo escribió el mismo que dictó lo que debía ser escrito por medio de sus Profetas.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

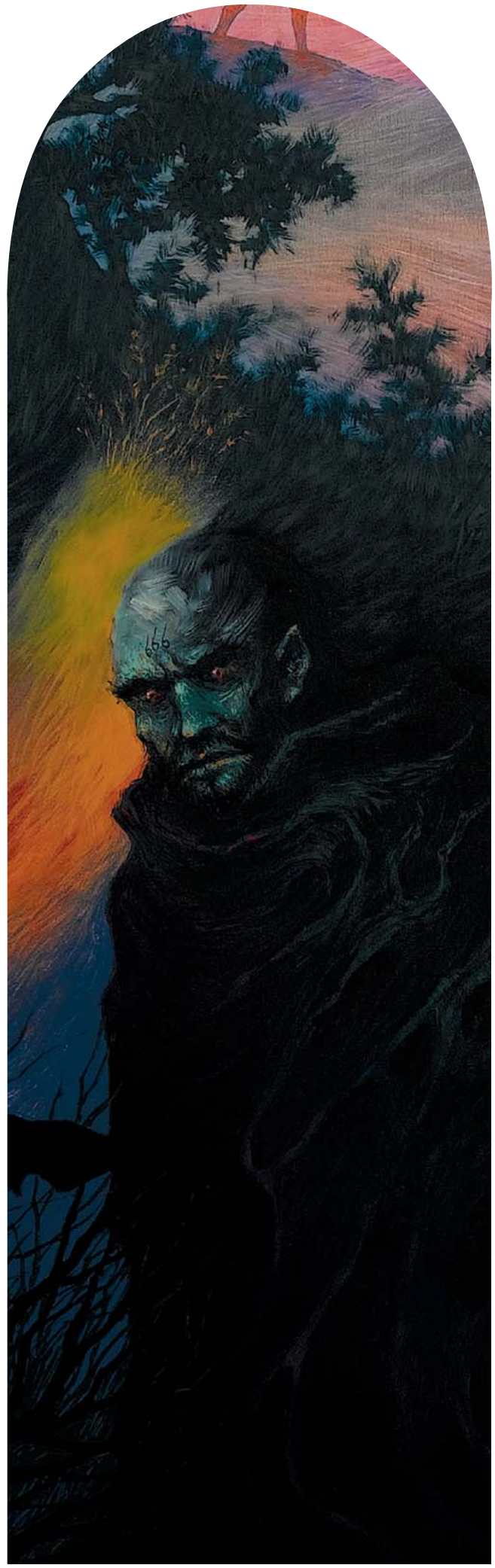
COMIENZA LA HISTORIA

(Ap 1,10-20) *Y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete Iglesias: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. Y al volverme, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros como a un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, ceñido el pecho con un ceñidor de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como la lana blanca, como la nieve; sus ojos como llama de fuego; sus pies parecían de metal precioso del Líbano, acrisolado en el horno; su voz como ruido de grandes aguas: Tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos; su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Cuando le vi, caí a sus pies como muerto. El, poniendo su mano derecha sobre mí, dijo: No temas, soy yo, el primero y el último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y de los infiernos. Escribe, pues, lo que has visto: lo que ya es, y lo que conviene que suceda más tarde. La explicación del misterio de las siete estrellas, que has visto en mi mano derecha, y de los siete candeleros de oro, es ésta: las siete estrellas son los siete Angeles de las siete Iglesias, y los siete candeleros son las siete Iglesias.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA MISMA

Y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Escribe en un libro lo que veas. Se ha escrito de los predicadores del Evangelio: *clama a voz en grito,*



El Anticristo

no te moderes, levanta tu voz como cuerno (Is 58,1); y acerca de aquello que dice *detrás de mí,* el Profeta dice: *oirán detrás de él la palabra del que los enseña* (Is 30,21). Toda la humanidad, aunque se halle elevada en la altura de la santidad, comparada con los decretos divinos, equiparada con las voces divinas, es incapaz de soportar la igualdad de la presencia y la contemplación del rostro; sino que, humillada la corporeidad por una cierta fragilidad de la naturaleza, oye las palabras de Dios como por detrás de ella. Por tanto, lo que dice *detrás de mí,* indica la humildad de su humanidad; *una gran voz como de trompeta,* enseña que las palabras divinas gozan de un mayor timbre de sabiduría, de mayor santidad y de la sonoridad de unos más amplios sentidos. *Escribe en un libro lo que veas;* y se entiende, porque cuando se escucha la palabra divina, cuando se comprende lo que es inaccesible, no sólo se abren los ojos, sino también los oídos, para ver lo escondido, para captar lo comprendido; y se les ordena que escriban en los libros lo que han visto. De este libro habla el Señor por el profeta diciendo: *Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano diciendo: conoced a Dios, pues todos ellos me conocerán, del más chico al más grande, cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme* (Jer 31,33). Este es el libro en el que se le advierte al apóstol que escriba lo que ha visto, se le enseña que lo inculque en los corazones de los oyentes, y que lo retengan en su memoria. De este libro dice el santísimo maestro de los gentiles: *Vosotros sois nuestra carta, escrita en vuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres* (2 Cor 3,2). Y lo que escriba Juan, se le indica a quién debe dirigirlo: *envíalo,* dice, *a las siete Iglesias.* Como ya hemos dicho que la Iglesia es una en la vida de todo el mundo, es decir, desde el tiempo aquel que hemos descrito hasta la terminación del mundo, veamos ahora qué indican en especial los nombres de esas Iglesias, qué enseñanzas contienen. Dice: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. ¿Acaso sólo esas ciudades han conseguido la perfección de la religión cristiana, y no se ha difundido su voz por toda la tierra, y hasta los confines de la tierra sus palabras? Hay, sin embargo, quizá en esos nombres un misterio que, en lo que Dios nos conceda, con diligente examen vamos a exponer. Pues *Éfeso* significa *mi voluntad o mi designio.* Quiso que se reconociera que todo el desarrollo de nuestra fe y la dignidad de la Iglesia católica no había que atribuirlo a los méritos humanos, sino a la voluntad y al designio de la gracia divina. *Esmirna,* sin embargo, significa *su cantar;* y ¿qué otro es el cantar de los perfectos, sino la doctrina celestial, y la predicación del Evangelio, y el progreso de la Religión cristiana, y la sonora confesión de la Iglesia católica? *Pérgamo* significa *el que divide sus cuernos;* nos enseña que la comunidad de la Iglesia divide siempre y aleja las insolencias de los poderes del aire, o los tumores de los herejes y la soberbia de los poderosos. Pues cuerno es el poder o el tumor. Y *Tiatira,* que es la *iluminada,* significa que la santa Iglesia, después de expulsar a los herejes, después de los tumores de los poderosos, después de los poderes del aire, después de pisotear las tentaciones, ha merecido la luz de la justicia. *Sardes* es el *principio de la hermosura,* es decir, que la Iglesia, recibido el sol de la justicia, iluminada por la luz de la verdad, posee el principio de la hermosura, el Señor Jesucristo, con cuyo brote brillará siempre en la luz eterna. *Filadelfia,* que significa *la que conserva,* adhiriéndose al Señor después de recibir al sol de justicia, después de la santa iluminación, después del esplendor de la santa hermosura, adhiriéndose la Iglesia al Señor como premio, se conserva en la inviolable devoción y culto divino. *Laodicea,* la *tribu amada de Dios* o, como algunos quieren, *la que espera el nacimiento.* Pero una y otra cosa significa que la que por la hermosura de su fe mereció al sol de justicia, y supo adherirse al Señor por la fe, es ella la tribu amada de Dios y es amada por el Señor, y defendida por el Señor, y dirigida por el Señor, y espera su nacimiento o regeneración del bautismo, o aguarda con hu-

mildad y paciencia la gloria de la resurrección. Los nombres de la Iglesia han sido distribuidos por estos pasos que recorre. Y no sin razón han sido escritos los nombres de las citadas Iglesias. Pero al que habla a todo el mundo, ¿por qué se le dice que escriba solamente a siete Iglesias? Este es el misterio que el Señor quiso que entendiera aquél, con quien hablaba, en el sacramento celestial: que en estos siete nombres elegidos está contenida la Iglesia de todo el mundo, para revelar un número místico y la dignidad de toda la Iglesia. *Me volví a ver qué voz era la que me hablaba.* La fragilidad humana, fortalecida por las enseñanzas divinas, vuelve su rostro: y no dice para contemplar la voz del que hablaba conmigo, sino para ver la voz, es decir, para conocer el misterio de la voz. Por eso, pues, se contemplan los misterios arcanos, pero no se ve el rostro.

Y al volverme vi siete candeleros de oro. Y al conocer el misterio de la voz, después de la primera visión de la voz, contemplé siete candeleros de oro. El candelero que se apoya en tres brazos (pies) mantiene erguida la universalidad del cuerpo, y este cuerpo superpuesto sostiene la candela de la luz. *Y nadie puede poner otro cimiento,* dice el Apóstol, *que el ya puesto, Jesucristo* (1 Cor 3,11). *De quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada uno de los miembros, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor* (Ef 4,16). Esta es aquella vara de la que se dice: *brotará una vara de la raíz de Jesé* (Is 11,1). Sobre esta vara se coloca la candela, es decir, se dispone la luz de la Iglesia católica, para que, recibida la verdad de esa luz, produzca la luz eterna, y por la unánime profesión de una sola fe sea alumbrada por la luz de la divina majestad. Y lo que dice que son *siete:* que asume la septiforme gracia del Espíritu Santo, que perdura en esta semana del mundo. Y lo que dice que son *de oro,* significa o la fuerza de la fe coloreada por la sangre de Jesucristo, o la fe de los mártires en la Iglesia, que han sido bañados en su sangre roja. *Y en medio de los siete candeleros de oro, como a un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar.* Dice semejante, después de vencer a la muerte, cuando subió a los cielos, reuniéndose este cuerpo con el espíritu de su gloria, cuando recibió del Padre el poder. Como a un Hijo de hombre que caminaba en medio de los candeleros de oro, como dice en Salomón: *Caminaré en medio de las sendas de los justos* (Prov 8,20). Su ancianidad es la inmortalidad, origen de la majestad. Los siete candeleros de oro son las siete Iglesias, que unidas como miembros suyos forman un solo cuerpo. Y el vestido del Hijo del hombre, es decir, el hábito talar del que habló, describe a la Iglesia de la que se revistió. Pues el Hijo del hombre, y los siete candeleros de oro, y las siete estrellas, todo ello es la única Iglesia, que con siete miembros forma un único cuerpo: Como se sabe que un hombre se compone de siete funciones de miembros, a saber, ojos, oídos, nariz, gusto, tacto, manos y pies, hemos hablado de siete funciones de miembros, pero forman un solo cuerpo. Pero por usar de alegorías, divide el género en especies: de tal manera que en algunas especies manifiesta también claramente el género, pero en otras, por la demasiada minuciosidad y por la excelsitud del mensaje divino, no podemos expresar claramente el género, que se puede más fácilmente ver que expresar en palabras. Divide el género en partes así: como es el arca de Noé, así es la Iglesia también. El arca en las partes inferiores fue amplia, y en las más altas estrecha. Porque también aquellos que dentro de la Iglesia siguen el camino amplio y espacioso, son considerados no hombres, sino bestias, pues se dice que allí están los animales inmundos de dos en dos. Sin embargo, los hombres y las aves habitan en los pisos superiores. Llama hombres a los seres racionales; y por aves entiéndese aquí los que permanecen en la contemplación de la fe. Y así como creemos que las ocho almas que están dentro del arca, y los animales y las aves creemos que se salvan, lo mismo en la Iglesia, como aquel anuncio profético: *Y tú, hombre de Judá, y habitantes de Jerusalén, venid a juzgar entre mi viña y yo*

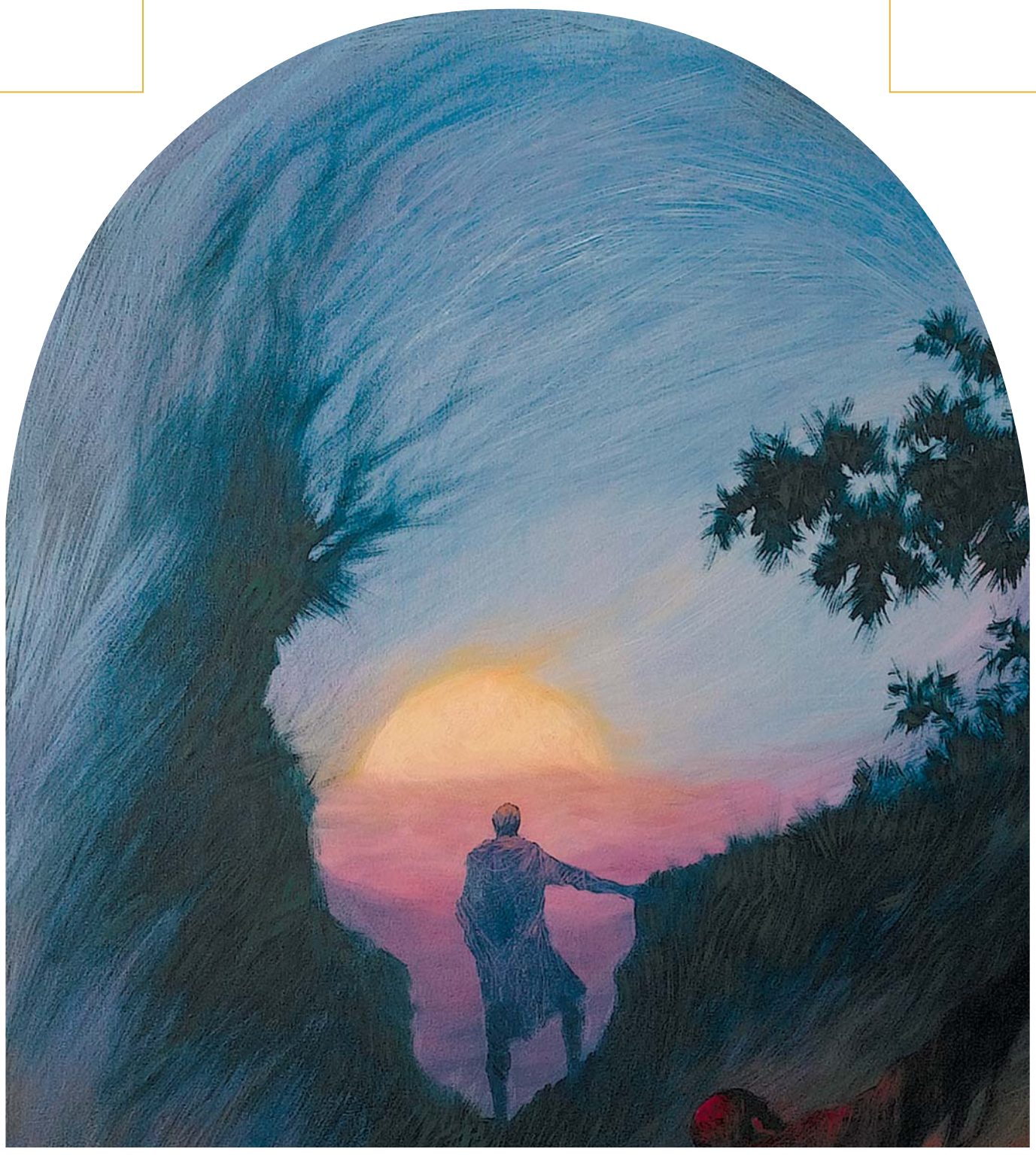
El Vigia y el Caminante

(Is 5,3), y como Jerusalén, y el hombre y la viña es una misma cosa, la Iglesia: concluye, pues, diciendo así: *Viña del Señor Sebaot es la casa de Israel:* Y *en la gran casa* que es la Iglesia, *hay vasos de oro y de plata* (2 Tim 2,20), pues los propios vasos son la casa de Dios. Y de nuevo: *Salid de en medio de ella los portadores de los vasos del Señor* (Is 52,11), pues los portadores, ellos mismos son los vasos. Porque los vasos del Señor destinados para los sacrificios y misterios sagrados, en cierta ocasión el rey de Babilonia los robó de Jerusalén y los trajo juntamente con los cautivos, y los empleó para sus usos, y por la misericordia de Dios, destruida la cautividad, le fueron arrebatados aquellos vasos, no rotos, sino liberados para el culto de los divinos misterios; el rey de Babilonia es el diablo, que trajo sometido a cautividad al infeliz pueblo judío de Jerusalén, es decir, la Iglesia, a Babilonia, que es la confusión de la maldad herética. Pero también el lote de vasos, es decir, de los sacramentos, son los mismos sacramentos que se realizan en la Iglesia. Estos vasos los trasladó el rey de Babilonia, junto con los cautivos. Así también hoy en la Iglesia los sacerdotes herejes llevan nuestros vasos a Babilonia, es decir, a la confusión. En primer lugar, el propio nombre de Cristo, con el que dicen que ellos son verdaderamente cristianos: trasladan la Ley, el Evangelio, la epístola, el salterio, el bautismo, el Amén y el Aleluya, el Credo y el Padrenuestro. Pero cuando, abandonada la confusión de la ignorancia por la solicitud del Señor, se apresura el pueblo a volver bajo la guía del Señor a Jerusalén, la visión de paz, que es la Iglesia del Dios vivo, llevándose consigo estos vasos, es decir, los sacramentos, no los cambia, sino que los devuelve íntegros, y no los rompe como para perfeccionarlos, sino que los devuelve al templo y los emplea para los servicios divinos: de tal manera que el pueblo se llena de alegría por la devolución de aquellos vasos que no sólo no se habían perdido, cuando estaban con ellos, sino que incluso habían sido conservados entre aquellos impíos. Y no abolimos el Evangelio, ni destruimos al Apóstol. Tampoco cambiamos el Amén ni el Aleluya. No repetimos el bautismo. Y, como dijimos más arriba, en algunas especies está claro el género, en otras oculto, como dice David: *Señor, ¿quién morará en tu tienda?* El espíritu responde: *el de manos inocentes y limpio de corazón* (Sal 15,1). Y como no hay otra morada de Dios en la tierra que la de los de manos inocentes y los limpios de corazón, así también ahora en los siete candeleros describe a la Iglesia en el Hijo del hombre. *Vestido,* dice, *con una túnica talar;* es decir, con un hábito sacerdotal. Pues la túnica talar es el vestido sacerdotal, es decir, la carne de Cristo, que no fue destruida para la muerte, sino que tiene por la pasión clarísimamente indicado el sacerdocio. Porque él es, como dice el apóstol: *el príncipe de los pastores* (1 Pe 5,4). De él dice el maestro de los gentiles: *Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos* (Heb 7,26). Como dice Zacarías: *El Sumo Sacerdote Jesús,* hijo de Josedec, *vestido de ropas sucias* (Zac 3,1). De este Jesús, Sumo Sa-

cerdote, fue hijo Sirac, y nieto Jesús, que es citado en Salomón (Eclo 50,27). Pues, como se ha dicho, en el sacerdocio está toda la Iglesia, porque no hay realidad humana sobre la tierra cuya naturaleza no haya asumido Cristo.

Y ceñido el pecho con un ceñidor de oro. Los dos pechos del Señor son los preceptos de la Ley y la santa doctrina del Evangelio, como leemos en el Cantar acerca de la Iglesia que iba a provenir de los gentiles, cuando aún no tenía Testamentos: *Tenemos una hermana pequeña, no tiene pechos todavía* (Cant 8,8). En cambio, a la madre de las Iglesias le dice así: *Tus dos pechos, como dos crías mellizas de gacela que pacen entre lirios* (Cant 4,5). Las dos mellizas de gacela son el pueblo judío y el gentil. Los dos pechos, la Ley y el Evangelio: En la Ley fue anunciado, y en el Evangelio realizado. También por las bendiciones de los pechos de María, que verdaderamente eran benditos, porque la santa Virgen proporcionó al Señor el alimento de la leche, por eso una mujer dice en el Evangelio: *Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron* (Lc 11,27). Y como se dice en el Génesis: *con las bendiciones de los pechos y de la matriz* (Gén 49,25). También aquí es bendecida la matriz de esa madre virginal que nos dio a luz a Cristo el Señor: de ella se dice por medio de Jeremías: *Antes de haberte formado yo en el seno materno te conocí y antes de que nacieses te tenía consagrado* (Jer 1,5). Y también en Salomón: *tus pechos, semejantes a los racimos* (Cant 7,7). Porque, como arriba hemos dicho, los dos pechos son los dos Testamentos, y las dos crías de gacela, los dos pueblos que son la Iglesia. Puede, pues, en esta especie verse también el género, y en los Testamentos reconocer a la Iglesia, pues los Testamentos, de aquello que realizan, toman la semejanza: pues los Testamentos no se pacen, pero la Iglesia se alimenta por medio de los Testamentos; ni los Testamentos derraman la sangre, sino los pueblos que derraman la sangre a semejanza del racimo de uvas estrujado. Porque así como los granos en el racimo, así también los pueblos se insertan en el cuerpo de Cristo. Por tanto, con frecuencia en las Escrituras se encuentran diversas clases de este tropo, de manera que el realizador de una acción recibe el nombre de aquello que realiza. Como también, y al contrario, el diablo y sus ministros son llamados muerte e infierno, porque son para muchos la causa de la muerte y del infierno. Como está escrito: *¿Dónde está, muerte, tu aguijón?* (1 Cor 15,55). Pues el diablo, que es llamado muerte, posee la muerte, el lago de fuego, que es la muerte segunda. Así en este libro leemos: *el Evangelio eterno* (Ap 14,6): porque son eternos los que viven según el Evangelio; pues el fruto de las enseñanzas es eterno, no las enseñanzas. Pues no será eterna la enseñanza evangélica: *el que te obligue a andar una milla, vete con él dos* (Mt 5,41), sino el que se ha fatigado, ése será eterno. Como también la carne y la sangre no pueden poseer el Reino de Dios. Por el fruto de sus obras, creemos que reina la carne, que no vive carnalmente. Se dice también aquí del vaso que lo contiene, por aquello que contiene, como *tu cáliz que embriaga, qué hermoso es* (Sal 23,5). Pero el cáliz a nadie embriaga, sino lo que se contiene en el cáliz. Y *el mundo os odia* (Jn 15,19), por aquellos que están en el mundo. Y *los días son malos:* aunque los días no pueden ser malos, sino que son malos los hombres, que están en los días. Por tanto, en los pechos reconocemos los Testamentos, es decir, la Iglesia que vive por los Testamentos. Así el Señor en el Evangelio habla de la semilla, o de las enseñanzas, o de los hombres: *vino,* dice, *el enemigo* (Mt 13,19), y arrebata lo que fue sembrado en el corazón, es decir, las palabras de las enseñanzas. En cambio, en la siguiente parábola el Señor dijo que *la semilla son los hijos del reino* (Mt 13,38). Aquí no es la palabra de la enseñanza, sino los propios hombres que se convierten por la semilla de la enseñanza. Y lo que dice: *ceñido el pecho,* esta ceñidura es señal de la pasión, de la que habla el Señor a Pedro: *cuando llegues a viejo, otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras* (Jn 21,18). *El ceñidor de oro* es su eterno poder, al haber sido derramada la sangre de la pasión del Señor. El colorido de este ceñidor, la diversidad de los poderes y de los numerosos prodigios,

es un mismo poder. El ceñidor de oro es el coro de los santos, probado como el oro por el fuego. El ceñidor, con que se dice que ciñe el pecho, es la conciencia purificada y el puro sentido espiritual entregado así a las Iglesias, por el hecho de que por todas partes ciñe en unidad a la Ley y al Evangelio, al pueblo judío y al gentil. *Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como la lana blanca o como la nieve.* En la cabeza se manifiesta el candor. Pues la cabeza de Cristo es Dios. El es el candor, por la hermosura de la pureza que le es connatural, por la luz pura del Unigénito, por el fulgor puro del Espíritu Santo y la hermosura inmaculada de la santidad. La cabeza de la Iglesia es Cristo. En los cabellos blancos se refiere a la multitud de los bautizados (blanqueados). Los comparó a la lana, por las ovejas; a la nieve, por la innumerable multitud de candidatos que va a regalar desde el cielo. Y no sin razón se le llama candor, semejante a la lana blanca y a la nieve, por el perdón que continuamente otorga a los pecadores. Según está escrito: *Si fueren vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán, y si fueren rojos como el carmesí, cual la lana blanca quedarán* (Is 1,18). Ellos son la Jerusalén que baja todos los días del cielo: es decir, del pueblo santo nacen los santos, cuando imitan a los santos; como la bestia asciende del abismo, que es el pueblo malo que surge del pueblo malo. *Y sus ojos como llama de fuego.* Se refiere a los ojos del Señor, por la inefable presciencia del que juzga. Por la inevitable luz de los ojos, no sin razón se le designa llama de fuego: pues está escrito que *nuestro Dios es fuego devorador* (Heb 12,29), es decir, que juzga con rectitud y escruta los corazones; en otro lugar los ojos de la Iglesia son las enseñanzas de las Escrituras de Dios, y otras veces el Espíritu Santo. Por los ojos entendemos la enseñanza del Señor, porque es luz para los ignorantes, según está escrito: *para mis pies antorcha es tu palabra* (Sal 119,105). *Claro es el mandamiento del Señor, luz de los ojos* (Sal 19,9). Y que sus preceptos son como el fuego, se dijo de José, que prefiguraba el cuerpo del Señor, por boca del profeta: *la palabra del Señor me abrasó* (Sal 105,19). Y lo que dice, como llama de fuego, porque para los incrédulos en el día del juicio las enseñanzas del Señor serán como un incendio. Con razón, pues, las enseñanzas de Dios son ojos como llamas de fuego, que proporcionan luz para los creyentes y preparan el fuego para los incrédulos. Llamamos ojos al Espíritu Santo, porque por él interpretamos la Ley y el Evangelio, según está escrito: *su párpado explora al justo y al impío* (Sal 11,5): vemos con los párpados abiertos, pero cerrados, estamos en tinieblas. Cuando entendemos algo oscuro de las Escrituras, abrimos los párpados como entre tinieblas. Y cuando no entendemos, tenemos como en tinieblas cerrados los párpados del Señor. Y si no está dentro el Espíritu Santo, para enseñarnos, en vano trabaja la lengua de los instruidos. *Y el mismo Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos inefables* (Rom 8,26), como dice el Apóstol, porque nos hace gemir, para que pidamos siempre. *Y sus pies parecían de metal precioso del Líbano, acrisolado en el horno.* Llamamos pies del Señor a la naturaleza humana, que asumió por nuestra salvación: por eso es llamado *misericordioso y compasivo.* Así como el metal precioso que brilla en el horno no está exteriormente impregnado de impureza alguna, ni de orín alguno, así la purísima y perfectísima carne del hombre asumido, recibida por la divinidad permaneciendo en la divinidad, persiste sin el pecado de la naturaleza humana, sin la culpa de la madre. Estos pies anuncian la paz y predican la salvación: paz para los ángeles y los hombres: la paz del pueblo judío y del gentil. El es *el que hizo de ambos pueblos uno solo* (Ef 2,14), para ser todo en todos, salvación del mundo y rey de toda criatura. Los pies encendidos de la Iglesia, les llama encendidos por la profusa aflicción de los últimos tiempos. Pues los pies son la parte extrema del cuerpo, como la piedra desprendida del monte golpea en los pies del cuerpo de los reinos del mundo (Dan 2,34). Le comparó al metal precioso porque está construido de bronce. Y con un fuego abundante y con tinte le transforma en un color de oro. Y el compararle al metal precioso del Líbano, no es sin



El amanecer del cristiano

motivo. Pues el Líbano es un monte que está en Judea. Y por el Líbano se significa el candor del bautismo. Judea significa confesión: los cristianos y los confesores se consideran la Iglesia. Por eso se enseña que en Judea, es decir, entre hermanos, el postremo cuerpo de Cristo se ve sometido al fuego principalmente en los pies, es decir, en el fin del mundo: que este horno está en la casa de Dios, y allí son los fieles probados, donde también el Señor fue crucificado y probado por nosotros. En Zacarías habla el mismo Señor claramente, y exige de su pueblo sufrimientos semejantes a los suyos, cuando recibió su parte en medida de plata, es decir, el precio de su muerte; y en el horno, es decir, en su casa, esto es, en su gente, mandó que fuera echada al fuego, para probar si era verdadero. Según leemos: *Y les diré,* dice, *si os parece bien dadme mi jornal; si no, dejadlo. Ellos pesaron mi jornal: treinta siclos de plata. Y me dijo: échalo al horno, y mira si está probado, como yo he sido probado por ellos. Tomé, pues, los treinta siclos de plata y los eché en la casa del Señor en el horno* (Zac 11,12). Y de nuevo: *Os voy a reunir en medio de Jerusalén; como se mete junto plata, cobre, hierro, estaño y plomo en el horno y se atiza el*

fuego por debajo para fundirlo todo, así os reuniré yo en mi cólera y mi furor, os reuniré, os fundiré, atizaré contra vosotros el fuego de mi enojo y os fundiré en medio de la ciudad (Ez 22, 19-22). En este libro ninguna otra cosa encontrarás, sino guerras, incendios, grandes tribulaciones y aflicciones dentro de la Iglesia, que Dios se ha dignado revelar a su Iglesia por medio de su Cristo, para que evite y huya del misterio de la iniquidad, es decir, de *los espíritus del mal que están en las alturas* (Ef 6,12), esto es, dentro de la Iglesia: sobre todo con el fin de que, con la irrupción inminente de la tribulación, sepa el pueblo de Dios, que será probado como el oro en el horno, quien soporte durante tantos años tales y tantas desgracias, aunque no lo entienda, pero, bajo la guía del Espíritu de Dios, evite el mal cada día y con ecuanimidad y paciencia soporte las aflicciones.

Su voz como ruido de grandes aguas. En la voz representa a la Iglesia. Las aguas aquí se entienden de dos maneras, a saber: los pueblos y la doctrina celestial; los pueblos son, como leemos en este libro, *las aguas,* dice, *que has visto, donde está sentada la ramera,* con la que fornican los reyes de la tierra, que *son los pueblos y las naciones* (Ap 17,15). Pero aquí las aguas, que son consideradas la voz del Señor, se entiende que son los santos del Señor. Los predicadores de la fe y los maestros de los gentiles, por la grandeza de la doctrina de Cristo y la elegancia de su voz, y por la santa dulzura de las enseñanzas de las Escrituras, son comparados con multitud de aguas que resuenan. De estas aguas se ha escrito: *las nubes tronaron con un copioso ruido de aguas* (Sal 77,18). Por tanto consideramos que esta agua son los santos doctores y sacerdotes dentro de la Iglesia, y las instrucciones divinas, y la sagrada promulgación de la Ley y del Evangelio. Ellos son las nubes que derraman esta doctrina celestial sobre la tierra sedienta, es decir, el pueblo ignorante: De éstas dijo aquel sapientísimo: *si las nubes van llenas, vierten lluvia sobre la tierra* (Ecl 11,3); es decir, si los doctores han recibido las palabras divinas, ciertamente se las proporcionan a los pueblos. *Y tenía en su mano derecha siete estrellas:* llamamos al Hijo la mano derecha de Dios; pero en otro sentido su derecha es la multitud de los santos; de ella se ha escrito: *las almas de los justos están en la mano de Dios* (Sab 3,1). Y las siete estrellas que nombra, significa sin duda la duración desde el comienzo del mundo, y que, durante esta semana de siete días, por la que discurre este mundo, los santos que desde el primer comienzo del mundo hasta la consumación de la muerte existieron, existen y que creemos existirán, permanecen en la mano derecha de nuestro Dios y Señor. Esta es la Iglesia espiritual, que está a la derecha, a la que dice: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el Reino que ha sido preparado para vosotros desde la creación del mundo* (Mt 25,34). Las siete estrellas, pues, consideramos que son los santos en su totalidad. Estos son las siete Iglesias, que, reunidas en la gracia septiforme del Espíritu, constituyen la única Iglesia. *Y de su boca salía una espada aguda de dos filos.* Si esta espada sale de la cabeza, también ciertamente del cuerpo. Por la espada de doble filo que sale de su boca, se enseña que es el mismo que ahora manifiesta a todo el mundo los bienes del Evangelio, el que antes por medio de Moisés daba conocimiento de la Ley. De esta espada dice el Apóstol: *la espada del espíritu que es la palabra de Dios* (Ef 6,17). Y en otro lugar: *Ciertamente es viva la palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón* (Heb 4,12). Creemos que la espada de Dios son las palabras de su ley, y sus mandatos y su doctrina divina. Y como por una misma palabra va a juzgar a todo el género humano, tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, por eso se dice que es de doble filo y está afilada por todos los lados, para servir de arma a los fieles, y para matar a los infieles. Pues la espada es el arma del soldado: la espada mata al enemigo; la espada castiga al desertor; y para enseñar a los Apóstoles, cuando anunció el juicio, dice: *No he venido a traer paz, sino espada* (Mt 10,34). Y después de haber concluido las

parábolas les dice: *¿Habéis entendido todo esto? Dícenle: Sí. Y él añadió: Así todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de Dios es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo* (Mt 13,51). Lo nuevo: las palabras evangélicas; lo viejo: la Ley y los Profetas. Y que esto ha emanado de su boca, se lo dice a Pedro: *Vete al mar, echa el anzuelo y el primer pez que salga tómalo, ábrele la boca y encontrarás un estater,* es decir, dos denarios, *y dáselo por ti y por mí* (Mt 17,26). Y de forma semejante dice David por el Espíritu: *Dios ha hablado una vez, dos veces lo he oído* (Sal 62,12), porque Dios decretó una vez, al principio, lo que va a suceder hasta el final. Finalmente, como él es el juez designado por el Padre, queriendo enseñar que todos serán juzgados por la palabra de la predicación, dice: *¿Pensáis que yo os juzgaré? La palabra que yo he hablado, ésa os juzgará* (Jn 12,47). La espada de su boca es la semilla de la palabra, como se dice por medio de Job: *Coma otro lo que yo sembré y sean arrancados mis retoños* (Job 31,8). Sembrar a semejanza de la palabra divina decimos que es predicar las palabras de vida. Y el profeta dice: *Dichosos vosotros que sembráis cabe todas las aguas* (Is 32,20). Vio ciertamente que los santos predicadores sembraban cabe todas las aguas, ellos que proporcionaron a todos los pueblos por doquier las palabras de vida que son como granos del pan celestial. Comer es saciarse de buenas obras, como dice el Señor: *mi comida es hacer la voluntad del que me envió* (Jn 4,34). Pero si olvida hacer aquello que ha anunciado, dice: *coma otro lo que yo sembré,* como si claramente dijera: lo que habla mi boca, que lo realice otro y no yo. Verdaderamente, el predicador cuyas acciones contradicen sus palabras siembra en ayunas lo que otro come, porque no se alimenta con su siembra cuando por la mala conducta sus palabras carecen de la rectitud de su vida. Y como muchas veces los discípulos oyen inútilmente las cosas buenas, cuando debido a la vida del maestro se destruyen por los ejemplos de su conducta, con razón se añade: *serán arrancados mis retoños.* Pues es arrancado el retoño del maestro cuando los que nacen por la palabra son matados por el ejemplo, porque a quienes engendra una lengua celosa, los mata una vida negligente. No nos vaya, pues, a suceder a nosotros, por tener el alma adormecida, lo que a aquella mujer en tiempos de Salomón (1 Re 3,19), que mató mientras dormía al hijo, que solía amamantar estando despierta. Porque ciertamente los maestros vigilantes en la doctrina, pero adormecidos en su vida, matan por su amodorrado sueño a sus oyentes que alimentan por las vigilias de la predicación cuando olvidan hacer lo que dicen. Por eso muchas veces, cuando viven de forma reprensible y no pueden tener discípulos de una vida digna de elogio, procuran apropiarse de los ajenos, que, al mostrar que tienen seguidores buenos, ante la opinión de los hombres excusen su mala conducta, y, como por la vida de sus subordinados, oculten su letal negligencia: por eso allí la mujer que sofocó a su propio hijo se buscó uno ajeno. Y, sin embargo, la espada de Salomón encontró a la verdadera madre. Porque ciertamente en el último juicio la cólera del severo juez dictamina de quién es el fruto que está vivo, y de quién el que está muerto. Donde también con atención debemos observar que primero se manda partir en dos al hijo vivo, para que después se le entregue a su única madre: porque en esta vida, la vida del discípulo se permite como partirse en dos, cuando de ella algunas veces a uno se permite obtener mérito ante Dios, y a otro obtener la alabanza ante los hombres. La falsa madre no temió matar a aquel a quien no engendró: porque los maestros arrogantes, desconocedores de la caridad, si no pueden conseguir de los discípulos ajenos el más completo elogio de su fama, persiguen con crueldad sus vidas. Pues sofocados por el ardor de la envidia, no quieren que vivan aquellos que ven que ellos no pueden poseer. Por eso en el relato aquella perversa mujer exclama: *que no sea ni para ti ni para mí.* Pues, como hemos dicho, a los que ven que no pueden poseer para su gloria temporal, tienen envidia de que esos mismos vivan para otros por medio de la verdad. En cambio, la verdadera madre exclama: que su hijo por lo menos sea y

viva junto a la extraña; porque los maestros veraces permiten que sus discípulos asuman la alabanza de otro maestro, si en cambio esos mismos discípulos no pierden la integridad de su vida. Y por estas entrañas de piedad es reconocida la verdadera madre, porque todo magisterio se verifica en el examen de la caridad. Y únicamente ella mereció recibir a aquel que entregó como en su totalidad: porque los prelados fieles, como no envidian que sus discípulos alaben a otros, sino que suplican para ellos beneficio y provecho, reciben ellos mismos los hijos íntegros y con vida cuando en el último juicio consiguen los gozos del premio por su santa vida. Hemos dicho estas pocas cosas por medio de una digresión, para mostrar de qué manera se extingue por la negligencia de los maestros el retoño de sus oyentes. Porque todo el que no vive en conformidad con lo que dice, arranca, con su conducta, de la firmeza de la rectitud a aquellos que engendró con la palabra. Pero así como por la espada de Salomón, que parte en dos, con el llanto de la verdadera madre fue reconocido este verdadero hijo, así también por el espíritu de Jesucristo, que nos instruye, muchas veces aquellos que han sido arrancados de la madre y cautivados por el error de los herejes, algunas veces merecen reconocer a la madre Iglesia que llora por ellos. Por eso se demuestra suficiente y convenientemente que aquella mujer ha sido figura de los herejes o de la Sinagoga, que matan a los suyos al alimentarlos de forma maliciosa y, atrayéndolos con halagos, persuaden a los ajenos hasta perderlos.

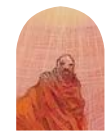
Y su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Admirable orden de los miembros: después de los pies se describe el rostro. Aquí su rostro es comparado al sol. Pero es indigno, y demasiado humilde, pensar que Cristo es descrito con miembros de varios colores o que su claridad se compare al sol. Pues si dice de los justos que *brillarán como el sol* (Mt 13,43), qué peligroso es decir que los justos brillan con el Señor con claridad semejante, siendo así que él es la claridad de ellos, y según los

Gabriel y la Doncella

méritos de sus obras, cada uno brilla más que otro, según está escrito: *una estrella difiere de otra en resplandor* (1 Cor 15,41). Y de su claridad, en la medida en que lo podemos saber, dijo el Señor: *como el relámpago sale por oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre* (Mt 24,27). Sin embargo, lo que dice: que su rostro es como el sol, fue su aparición, porque habló con los hombres cara a cara. Pero la gloria del sol no puede compararse con la gloria del Señor. Pero por la salida del sol, su ocaso y su nueva salida, es decir, que nace y padece y resucita, por eso la Escritura comparó su rostro al resplandor del sol. Después de hablar de sus pies acrisolados en el horno, dice que su rostro brillaba como el sol. Es decir, después de las llamas de la última batalla, en el día del juicio se manifiesta la gloria de la Iglesia, como dice el Señor, una vez arrancadas de su reino las gavillas de cizaña de los pecadores para ser quemadas, *entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre* (Mt 13,43). Pues así como la claridad del sol, que no resplandece por sí misma, sino que se mantiene brillante por mandato de Dios, difunde por doquier el rayo de su luz, así el rostro del Señor, que no recibe de otro su resplandor, sino de la fuerza de su propio poder, nada tiene sombrío, nada tiene oscuro.

Cuando le vi, caí a sus pies como muerto. Anteriormente mencionó que se volvió no para ver su rostro, sino para ver su voz. Aquí, habiendo observado todo el poder de la divinidad y llevado a una cierta huida del alma, *caí,* dice, *a sus pies como muerto.* Atemorizado por el pavor de su fragilidad y de su humildad y de su sumisión, cayó, no desviándose a ningún lado, sino entregándose él mismo con humildad y fidelidad al Señor. Juan, que vio estas cosas, representó la figura de toda la Iglesia; y no sólo Juan, sino también los profetas y los Apóstoles y todos los santos, que son considerados la Iglesia, se humillan como muertos ante nuestro Señor Jesucristo. Se dice que hay dos formas de caer: rostro en tierra y de espaldas. Todo el que ve a Dios cae rostro en tierra, y cuando cae, ve. Pero el que cae de espaldas, sin duda ninguna, cuando cae no ve. Juan, que representaba la figura de la Iglesia, se dice que cayó rostro en tierra; y del Anticristo, que representa los miembros de todos los malos, se ha dicho que caiga su jinete de espaldas. Por eso el patriarca Jacob, al bendecir a sus hijos, dijo: *Dan juzgará a su pueblo como otra tribu cualquiera. Sea Dan una culebra junto al camino, una víbora junto al sendero, que pica al caballo en los jarretes, para que caiga su jinete de espaldas* (Gén 49,19). Dicen, por estas palabras de Jacob, que por el Espíritu preveía el futuro, que el Anticristo iba a proceder de la tribu de Dan. Otros afirman que esto ha sido escrito de Judá, por quien fue entregado Cristo; y quieren designar en el caballo y en el jinete al Señor, con su carne asumida. Y que cae de espaldas, para volver a la tierra de donde fue asumido. Y como resucitó al tercer día, por eso dice David: *No has de abandonar mi alma en el infierno* (Sal 16,10). Así explican algunos estos textos. Otros, en cambio, refieren esta profecía al Anticristo, y afirman que el Anticristo procede de la tribu de Dan; por el hecho de que en este texto se dice de Dan que es una culebra y una víbora, y que pica (muerde). Por eso, y no sin motivo, cuando el pueblo de Israel acampó, en el reparto de los campamentos fue situado el campamento de Dan principalmente en el Aquilón (norte): significando en verdad aquello que había dicho en su corazón: *me sentaré en el monte del Testamento en las laderas del Aquilón, me asemejaré al Altísimo* (Is 14,13). De éste también se dice por el profeta: *Desde Dan se deja oír el resuello de sus caballos* (Jer 8,16). Pues cuando posee los corazones de los más importantes maestros, el diablo preside el monte del Testamento. También éste se sienta en las laderas del Aquilón, porque se posesiona de las frías almas de los hombres. Es llamado no sólo culebra, sino también víbora cerasta. En griego cuernos se dice «kerata», y esta víbora se asegura que tiene cuernos. Con razón por ella se representa la llegada del Anticristo porque, en contra de la vida de los fieles, con la picadura de su pestífera predicación se pertre-

cha también con los cuernos del poder. Pues ¿quién no sabe que la senda es más angosta que el camino? Se hace, pues, culebra en el camino, porque los incita a caminar por lo ancho de la vida presente, a quienes adula como perdonando. Pero pica en el camino, porque a aquellos a quienes ofrece la libertad, los destruye con el veneno de su error. Se hace de nuevo víbora cerasta en las sendas, porque a los fieles siervos de Dios que encuentra en el camino estrecho y angosto, y que ve que suspiran por las enseñanzas celestiales, y que caminan por las sendas estrechas, no sólo los incita con la maldad de una sutil persuasión, sino que los oprime con el terror de su poder, y después de los fingidos beneficios del placer utiliza los cuernos de su poder para el llanto de la persecución. Aquí, en este texto, el caballo simboliza a este mundo, que por su soberbia echa espuma en su carrera del tiempo que finaliza. Y como el Anticristo pretende dominar en los últimos tiempos del mundo, esta víbora cerasta se muestra picando las pezuñas. Picar las pezuñas del caballo es llegar a alcanzar, hiriendo, lo postrero del mundo, para que caiga su jinete de espaldas. El jinete del caballo es todo el que se vanagloria en las dignidades del mundo. Se dice que éste cae de espaldas y no rostro en tierra, como se recuerda que cayeron Moisés, Daniel, Pablo y este Juan del que hablamos. Pues caer rostro en tierra es reconocer en esta vida cada uno sus pecados, y llorarlos por la penitencia. En cambio, caer de espaldas, por lo que no se ve, es partir de forma repentina de esta vida por una muerte instantánea sin penitencia e ignorar a qué suplicios y castigo es uno conducido. Y como los judíos prisioneros en los lazos de su error, en lugar de a Cristo, esperan al Anticristo, con razón Jacob en el mismo texto de forma repentina se transformó en voz de los elegidos diciendo: *En tu salvación esperaré, oh Señor* (Gén 49,18). Es decir, no como los infieles en el Anticristo, sino que creo fielmente en el verdadero Cristo, el que ha de venir para nuestra redención. Por eso, pues, los hombres santos se examinan con un gran y diligente análisis, y para no caer jamás en lo peor, en pensamiento o en obra, meditan incesantemente cuánto avanzan cada día. Porque Juan, que prefiguró a la Iglesia, se confió con humildad al Señor, por eso también el Señor se apiada de esta piadosísima adoración: *Poniendo,* dice, *su mano derecha sobre mí, dijo: no temas.* ¡Qué consuelo puede contemplarse en aquel que yace como muerto, al oír: *no temas!* Esto no se lo pudo decir a ningún otro, sino solamente a quien se mortifica a sí mismo cada día en la penitencia y siguiendo las huellas del Señor lleva la cruz del Señor. Aquí premia la fe y al fiel. Da fortaleza al que está aterrado no por la incredulidad, sino por la admiración. Al decirle que no temiera, el que había amado así, para que dirigiera su mirada a la contemplación de su poder y volviera la vista de su fe hacia la muerte de Cristo, consuela al humilde y le dice: *Yo soy el primero y el último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos.* Si has recibido el fuego de mi caridad, *la caridad nunca desfallece* (1 Cor 13,8): eliminado ahora el temor, levántate, reconoce a aquel a quien has venerado. Yo soy el primero, es decir, antes de todo comienzo, antes de toda criatura. Antes de que se formara la tierra, yo existo; yo soy el principio y el final, y en mí permanece el fin de todas las cosas, porque por mí van a ser restauradas al final todas las cosas. *El que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo,* es decir, perdurando sin desfallecer, yo que asumí la muerte por vuestra salvación: mirad que estoy vivo por los siglos de los siglos, ved que ahora estoy viviendo en la divina eternidad. *Y tengo las llaves de la muerte y del infierno.* Es decir, tienes en mí las llaves de la muerte, tú que estás como muerto, porque una sola es la llave de la vida y de la muerte, y a los que por vivir mal deposita en los infiernos, viviendo con rectitud por la penitencia, eleva de nuevo a los cielos. Y quien dice: *No temas,* ciertamente tiene poder sobre la vida y la muerte. Pues por el muerto, es decir, por el pecado, bautiza la Iglesia por el agua y la penitencia, como dice el Apóstol: *¿A qué viene el bautizarse por los muertos,* si no resucitan con Cristo? (1 Cor 15,29). Y de nuevo: *Si habéis resucitado con Cris-*



to, buscad las cosas de arriba (Col 3,1). A estos, pues, que resucitan con Cristo por la penitencia, les dio las llaves del reino de los cielos, como él mismo dice: *A quienes les perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos* (Jn 20,23). Esta es la llave de los infiernos; ésta es también la del reino de los cielos: porque quien, perdonados los pecados, tiene el poder de hacer volver de los infiernos, a los que ha hecho volver los sitúa en el reino de los cielos, y echa a los infiernos a los que, reteniendo sus pecados, ha arrojado del cielo. Y así sucede que una sola y la misma es la llave de la vida y de la muerte. Y quien dijo: *pero ahora estoy vivo,* dice: *tengo las llaves de la muerte y del infierno,* para cerrar cuando quiera, para abrir de nuevo cuando quiera; y lo que ha sido cerrado por la muerte, transformado por la resurrección lo llevaré a la luz manifiesta. Acerca de estas llaves nos enseña el profeta Isaías, diciendo: *Pondré las llaves de la casa de David sobre sus hombros; abrirá y nadie cerrará, cerrará y nadie abrirá* (Is 22,22). Pues la llave es el mismo Señor Jesucristo, que abrió la puerta de la vida e hizo pedazos la entrada de la muerte. *Escribe, pues, lo que has visto: lo que ya es, y lo que conviene que suceda más tarde.* Mirad que manifestó que no hablaba solamente de las cosas presentes, sino que también recordaba las cosas pasadas. Y le advierte que se dirija a los que van a existir, y que escriba al mismo tiempo a los que van a nacer al final de los tiempos.

Explica después también la visión que está narrando: *el misterio de las siete estrellas que has visto en mi mano derecha, y de los siete candeleros de oro, es éste: las siete estrellas son los siete ángeles de las siete Iglesias.* Es esto lo que hemos dicho más arriba: las estrellas colocadas en la mano derecha de Dios son las almas de los santos, o toda la congregación igualmente de los mismos bienaventurados, que existieron y que van a existir hasta la consumación del mundo. Igualmente también los siete candeleros son la única y verdadera Iglesia, establecida en la semana de este mundo, que dijimos está fortalecida por la fe en la Trinidad y confirmada en el sacramento del misterio celestial. Acerca de los ángeles se suscita un problema, si no se explica perfectamente. Dijo que las estrellas eran los ángeles de las Iglesias, y los candeleros, las Iglesias. Y como también es bien sabido para los hombres de la Iglesia, no son siete, sino una es la Iglesia septiforme, es decir, perfecta, según está escrito: *Una es mi paloma, una es mi perfecta* (Cant 6,8). Pero si es una, tampoco los ángeles serán siete. Pero si son siete, ¿sólo estas Iglesias que citó por su nombre tienen ángeles, y las restantes Iglesias no los tienen? Además hay que preguntar qué significan estos ángeles, puesto que cada uno de nosotros tiene un ángel designado a su servicio, como afirma la verdad en el Evangelio: *Pues sus ángeles ven continuamente el rostro de mi Padre, que está en los cielos* (Mt 18,10). Si estos ángeles han sido distribuidos y unidos a nosotros para protegernos y librarnos de todo ataque, ¿por qué no pudo su propio ángel librar al apóstol Pedro, y le fue enviado otro ángel para librarle? Pues dice: *Ahora me doy cuenta realmente de que el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes* (Hech 12,11). Y no sólo fue enviado el ángel, sino que sale, según está escrito: *y ambos atravesaron una calle y el ángel le dejó.* Pero dice alguno: el ángel que fue designado a cada uno, es enviado para liberarlo. Diga, por tanto, también que si estuviesen en la cárcel todos los apóstoles, serían enviados doce ángeles; y no le libraría el ángel ajeno, sino el propio. Pero ¿no sirve un solo ángel del Señor para destruir el campamento de los Asirios, y así librar a toda Jerusalén? O ¿fue Job encomendado a un santo ángel, y no al mismo diablo para que no padeciera nada más que lo que había sido mandado? Pero si los ángeles no nos han sido proporcionados para protegernos y librarnos, sino quizá para enseñarnos e instruirnos, ¿qué función realiza el Espíritu Santo, de quien dice el Señor que, cuando venga, *él nos enseñará todas las cosas?* (Jn 14,26). ¿Qué diremos aquí también, que el Señor alabó a los pequeños ángeles de los pequeños?, es decir, ¿que los hombres pequeños tienen ánge-

les pequeños? o ¿de qué manera?, ¿por merecimientos de quién, dijo que los ángeles ven a Dios? ¿Del propio ángel, o de los hombres que se dice que le han sido concedidos para que los guarde? Pues si por su propio mérito ven los ángeles al Señor, no es lo que el Señor habló allí en alabanza de los pequeños. Pero si por méritos nuestros, nuestros ángeles ven a Dios; luego ¿antes de unirse a los hombres no le veían? o ¿los méritos de los hombres exigen recibir tales ángeles, que continuamente hubieran visto y vieran a Dios? No digo que éstos son desiguales en mérito: puede decirse, no ciertamente sin el riesgo del que dice lo contrario, que cada uno recibe el ángel a la medida de su fe y devoción. Y cuanto más grande sea uno, tanto más digno y principal será su ángel en la contemplación de Dios. Y cuanto menor sea uno en la devoción, tanto menor ángel merecerá como premio de su devoción. ¿Qué hacen si crece la santidad o la fe, y disminuye el demérito de los justos? ¿Permanecen ellos, o sufren incremento o detrimento según la fe de los hombres? Pero si los ángeles no sufren alteración, el hombre que creciendo en santidad llega a dar fruto del treinta por uno o del ciento por uno ¿lleva consigo a su ángel, o le deja situado en el primer escalón? Y si hablar de esto es cosa pueril y vulgar, y no se halla en las divinas Escrituras, y no es lícito que lo pensemos nosotros, debemos preguntar con qué género de alabanza ensalzó a los pequeños, al decir: *guardaos de despreciar a uno de estos pequeños, porque sus ángeles ven continuamente el rostro de mi Padre, que está en los cielos* (Mt 18,10). ¿Pudo alabar de una manera más sublime a los pequeños, como los alabó en otro lugar, diciendo: *cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis?* (Mt 25,40). Pues ¿no es mejor, o más sublime, o digno de mayor alabanza para el hombre que tener un ángel custodio que vea continuamente a Dios, el tener al hermano Cristo que tiene siempre consigo como custodio y también coheredero, cuando Cristo se dignó tenerlo como hermano? De este modo, cada uno tiene un ángel. ¿Acaso oyen la voz de su ángel o el ángel del hombre suyo, a quien fue designado, tiene voz, de manera que oída la voz de Pedro dijera no es Pedro, sino su ángel? No puede ser que tal conjetura nos dé ocasión de causar daño. Pero a mí me parece que el ángel del hombre es su alma, es decir, el hombre interior, que con corazón puro contempla por la fe continuamente a Dios. Como dice el Señor: *No me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor* (Lc 13,35): es decir, hasta que creáis y llevéis mi cruz y me sigáis. Y a Felipe le dice: *El que me ve a mí, ve a mi Padre* (Jn 14,9). Pues cuando habla del ángel del hombre, significa el mismo hombre. Así debes entender que las Iglesias y sus ángeles son lo mismo. No sólo es propio del misterio, sino también es costumbre dividir una sola cosa en muchas causas; por ejemplo, decimos hombres de la Iglesia, siendo así que los propios hombres son la Iglesia. Los mismos son los ángeles, los mismos son las estrellas, los mismos son los candeleros. Todo esto es una sola Iglesia; pero por el sacramento de los misterios se dividen por

Moisés ante el mar Rojo

partes. Por eso dice el Señor: *Triste está mi alma hasta la muerte* (Mt 26,38). Parece, pues, que uno es el que habla y otra el alma de la que habla, cuando la misma alma dice: *triste está mi alma,* y no dice, *estoy triste.* Si es, pues, ésta la costumbre de hablar, y de esa manera se divide lo que es uno, mucho más en el misterio del sacramento y para oscurecer un asunto, para que lo que dice por medio de un misterio, es decir, oculto, lo entiendas alegóricamente. Alegoría es el significado de una cosa cualquiera, que da a entender una cosa en las palabras, y otra debes entender en los misterios, es decir, en las cosas ocultas y espirituales. Como se dice por medio de Isaías: *He aquí que yo lo renuevo, ya está en marcha, ¿no lo reconocéis?; pondré en el desierto un camino, ríos en el páramo. Las bestias del campo me darán gloria, los dragones, los avestruces, las sirenas y las crías de gorriones. Porque puse agua en el desierto, y ríos en la soledad, para dar de beber a mi pueblo, mi elegido* (Is 43,19). Pero ¿qué es *el desierto,* donde Dios hace un camino, o qué el lugar árido, donde prometió crear ríos, sino los pueblos en los que por Cristo se ha abierto un camino de vida, y manó abundante el agua de la salvación? ¿Qué son también las bestias que glorifican a Dios? ¿Qué son las sirenas y las crías de gorriones? ¿A qué grupo de elegidos va a dar de beber, sino a uno solo y al mismo, de los que hemos hablado arriba, que siguen a Cristo por una fe recta y por obras de justicia? Para que así como interpretas esto por medio del misterio, y entiendes que es uno solo, creas así también que el ángel y la Iglesia es una sola realidad: como dices que el cuerpo y el alma es un hombre. En este sentido no hay ningún problema entre los griegos; pero entre nosotros es dudoso si el ángel de *la Iglesia* es genitivo o dativo. Sin embargo, para ellos está claro que no dijo al ángel de esa Iglesia, sino al ángel Iglesia (dativo), es decir, al obispo de la ciudad, de manera que no se viera tanto que hablaba (por separado) al ángel y a la Iglesia, cuanto que quería exponer quién es el ángel, diciendo en griego lo que en latín, traducido, es: *escribe* al ángel, es decir, a la Iglesia, que está *en Éfeso.* Esto también entre nosotros puede traducirse en plural: como, por ejemplo, escribe a los ángeles, a las Iglesias que están en las Asias. Así también en el salmo dice en plural, refiriéndose a uno: *En el sol puso en ellos su tienda* (Sal 19,5). Lo que está en el sol, lo expresó diciendo *en ellos,* aunque el sol y la tienda en ellos es uno. Pero también nos crea problema el que al comienzo del libro se dirija no a los siete ángeles, sino a las siete Iglesias. Pues dice así: *Juan a las siete Iglesias, que están en Asia* (Ap 1,4): y el Señor le dijo: *escribe en un libro lo que has visto y envíalo a las siete Iglesias* (Ap 1,11). Sin embargo, después le manda escribir a los ángeles, para enseñar que los ángeles y las Iglesias son lo mismo. Pues ángel en latín significa mensajero, y la Iglesia «llamada», porque convoca a todos a ella para la penitencia. ¿Manda, en verdad, que los ángeles hagan penitencia? No, sino a las Iglesias. Y los siete candeleros es un solo candelero septiforme. Por eso dice el Señor en el Evangelio: *No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, si-*

El pueblo de Dios

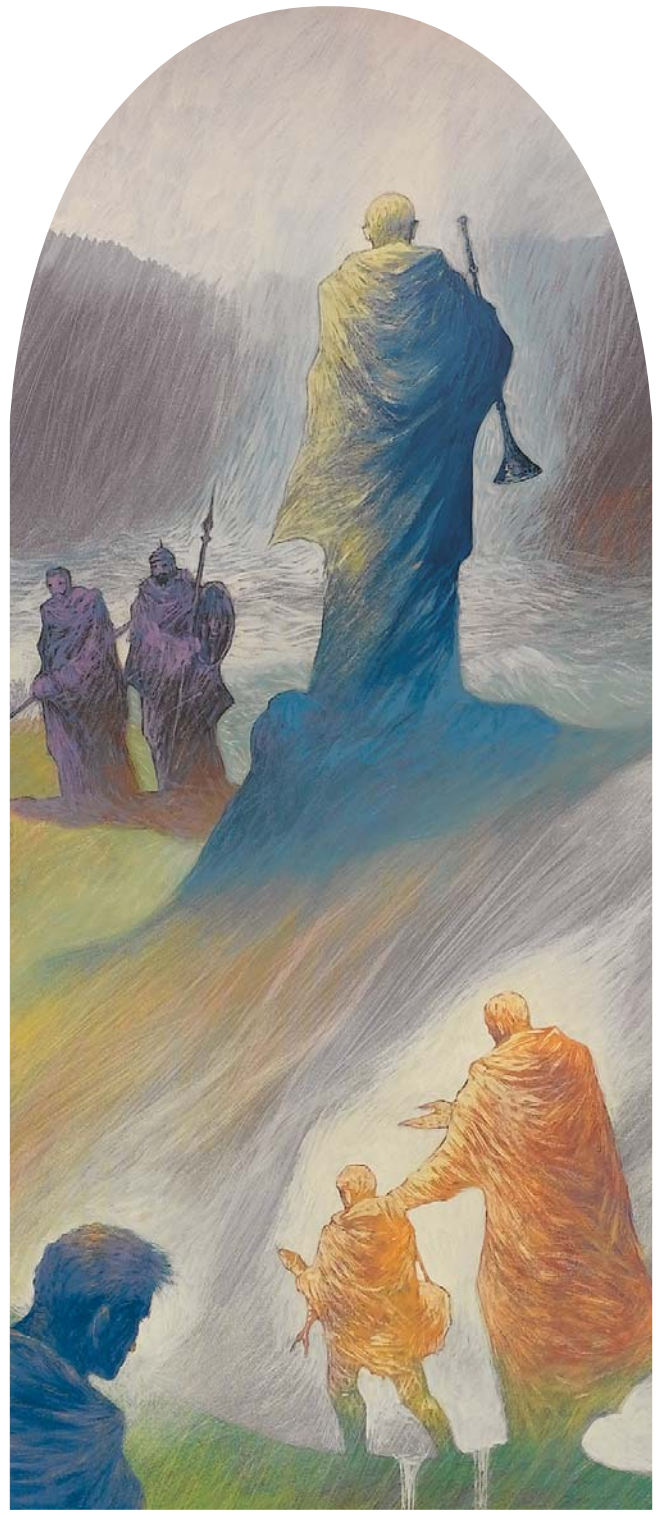
no sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa (Mt 5,15). En el celemín se refirió a los bienes temporales; en la lámpara, se entiende la luz de la predicación. El candelero representó a los hombres. Poner la lámpara debajo del celemín es esconder la gracia de la predicación por el lucro temporal, cosa que no hace ciertamente ningún siervo de Dios; porque, como dijimos, el candelero es cada uno de los hombres. Se le pone encima una lámpara cuando se le pone delante el servicio de la predicación.

Esta es propiamente el ángel y los candeleros, es decir, el anuncio de la predicación, y el hombre al que se le anuncia. En otro lugar leemos que es uno solo el tronco del que salieron los siete, como el Señor mandó hacer a Moisés, y que lo pusiera en el tabernáculo, para que ardiera continuamente (Ex 27,20). El candelero aquel de siete brazos representaba la figura del Espíritu Santo, que con su gracia septiforme ilumina a toda la Iglesia, que se mantiene firme en la unidad de la fe. También en este candelero reconocemos a Cristo, que sostiene a las siete Iglesias, en las que brilla el resplandor septiforme del Espíritu Santo. Se hacen para este candelero unas despabiladeras (Ex 25,38), que en Isaías (Is 6,6) son llamadas tenazas. Son éstas los dos Testamentos, con los que se purifican los pecados. El candelero, fuera del velo del Testimonio, que está desplegado, se manda que arda, porque ya sin velo alguno de Antiguo Testamento brilla la verdad del Espíritu Santo. Y el aceite, que mandó el Señor se trajera de los árboles de olivo, significa la misma gracia del Espíritu Santo. Poseen dentro de sí la paz y la misericordia por la venida del Salvador, de donde se enciende en nuestros corazones. Ciertamente, en cada una de ellas se refiere a todas, porque no dijo: «lo que el Espíritu Santo diga a la Iglesia, sino a las Iglesias» (Ap 2,7). Pues la Iglesia de los efesios no era la única de la que iba a cambiar *de su lugar el candelero* si no se arrepentía; ni solamente a la de Esmirna le promete: *no temas por lo que vas a sufrir;* ni Pérgamo *es el trono de Satanás,* y que sólo en ella y no por doquier está el trono de Satanás, de manera que si no se arrepentía, la iba a purificar *con la espada de su boca;* ni solamente amenaza a los adúlteros de Tiatira, y los exhorta a *mantener hasta su vuelta lo que tienen;* ni solamente dice a los de Sardes: *si no estás vigilante, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré;* ni sólo para Filadelfia *ha abierto una puerta,* y a ella sola promete protección *en la prueba que va a venir para probar a todos los habitantes de la tierra;* ni amenaza *con vomitar de* su *boca* sólo a *los tibios de Laodicea:* ciertamente, no sólo en estas localidades estuvo entonces la Iglesia de Cristo, sino que en el número siete está toda la plenitud. Y como es habitual en el misterio divino, el género está incluido en la especie, es decir, por semejanza abarca toda la materia. Pues también el apóstol Pablo escribió a siete Iglesias: que no eran las mismas a las que escribió Juan. Llama, pues, ángel a la Iglesia: enseña que en ella hay dos partes, cuando alaba a uno, increpa a la otra parte. En lo que dice a continuación aparece claro que, dentro de las mismas Iglesias, no es la misma parte a la que increpa que a la que alaba. Como el Señor en el Evangelio llamó a todo el cuerpo de prepósitos un solo cuerpo. Los prepósitos son llamados en latín vigilantes; pero en griego son llamados obispos. Pues la palabra obispo, de allí está tomada, porque aquel que está colocado arriba, vigila desde arriba, cuidando ciertamente de sus súbditos. Pues *scopein* en griego, significa en latín vigilar: es decir, mirar desde la atalaya, observar, conocer qué sucedió en el pasado, qué sucederá en el futuro y qué debe ordenar en el presente. Este vigilante es llamado en la Iglesia prelado, porque discierne y vigila la vida y costumbres de cada uno de los pueblos puestos bajo su autoridad. El Señor amonesta en el Evangelio a este siervo, cuando dice: *Si aquel siervo se dice en su corazón: Mi Señor tarda en venir, y viene inesperadamente el Señor, en el momento que no sabe, entonces le separará y pondrá su parte entre los hipócritas* (Lc 12,45). No que le corta en partes, sino que se dice que le separa, es decir, le segrega de entre los santos. Por tanto, pues, llamó a toda la Iglesia un solo cuerpo. Y

Cristo es cabeza de la Iglesia y los miembros son el pueblo en su totalidad, y el ojo de la Iglesia es el obispo. Por eso es llamado vigilante. La mano de la Iglesia es el presbítero, es decir, el anciano, que también, unido casi en dignidad con el obispo, es partícipe de los misterios del cuerpo y de la sangre de Cristo. Se le llama mano, porque por ellos los obispos realizan la tarea de la santidad por todas las Iglesias, que es todo el pueblo. El pie de la Iglesia es el diácono; es llamado pie, porque ciertamente por ellos los sacerdotes hacen llegar el servicio de la santidad. Está ordenado cortar estos miembros si escandalizan a la Iglesia, como manifiesta la verdad en el Evangelio: *si el ojo, mano, o pie te escandalizan, sácatelo, córtatelo y arrójalo de ti* (Mt 5,29). Cuando llegue el Señor, él mismo le separará y pondrá, no sólo al siervo, sino a su parte, con los hipócritas. Dijo su parte, porque por ellos fueron bautizados, incluso parece que realizan lo que es justo dentro de la Iglesia. Comenzando, pues, desde el principio del libro, hasta el fin, expone claramente las futuras guerras internas, es decir, la lucha dentro de la Iglesia, y los miembros de la septiforme Iglesia en el momento presente, en opuestas conductas y lo que conviene que suceda después; no dijo, escribe lo que está sucediendo, o lo que ya ha sucedido, sino lo que conviene que suceda. Indica que hasta la madurez de la mies crece la cizaña, y mandó a los labradores espantar a las bestias y a las aves. Por tanto, en estas siete Iglesias, que es una Iglesia, pueden suceder estas cosas que hemos dicho. Pero se escribe a siete por la calidad de su fe y caridad. I: Escribió a quienes trabajan en el mundo y actúan desde la fragilidad de sus esfuerzos, y son pacientes. Y al ver estos hombres, que hemos dicho, a algunos generosos y espléndidos para con la Iglesia, pero sin embargo malvados, para que no cunda la desesperación, los soportan en la medida de sus fuerzas; sin embargo, les aconseja en la primera Iglesia de Éfeso acerca de la caridad y el amor, para que aquellos que son más pacientes corrijan a quienes falta la fe, amándolos y castigándolos, para que hagan penitencia. II: O por medio de la Iglesia de Esmirna aconseja a quienes habitan en regiones crueles, entre perseguidores y malvados, a que soporten y perseveren en su fidelidad. Les dice: *no temas por lo que vas a sufrir*. III: O a aquellos que, so pretexto de compasión, cometen pecados ilícitos en la Iglesia, y se los enseñan a hacer a otros: a éstos les dice por medio de la Iglesia de Pérgamo: *eres el trono de Satanás.* IV: O a aquellos que son débiles en la Iglesia, les dice por medio de la Iglesia de Tiatira: *tengo contra ti muchas cosas: porque toleras a Jezabel, esa mujer que engaña a mis siervos para que forniquen.* V: O a aquellos que son negligentes en la Iglesia, y no velan por la salvación de sus almas, y son tibios y perezosos y sólo son cristianos de nombre; por ellos dice por medio de la Iglesia de Sardes: *si no estás en vela, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.* VI: O a aquellos que poco instruidos, es decir, ignorantes de las Escrituras, nada entienden, pero son humildes y mantienen con firmeza su fe: a éstos promete el Señor por medio de la Iglesia de Filadelfia guardarlos de la prueba que va a venir. VII: O a aquellos que son estudiosos de las Escrituras y se esfuerzan en conocer lo arcano, es decir, lo oculto de las Escrituras, y no quieren realizar la obra de Dios, es decir, la misericordia y el amor. A todos ellos aconseja penitencia, a todos anuncia el juicio futuro.

Y en la primera carta dice: *conozco tu fatiga, tus trabajos y tu paciencia,* es decir, sé que trabajas y actúas: veo tu paciencia; para que no pienses que yo vivo lejos de ti; *y que no puedes soportar a los malvados y que descubriste el engaño de quienes se llamaban apóstoles, sin serlo, y tienes paciencia por mi nombre.* Todo esto no es mediocre alabanza. Pero a tales hombres, a tal grupo, a tales varones de elección conviene de todos modos aconsejarlos, para que no sean despojados de estos bienes que se les han concedido. Dijo que tenía unas pocas cosas contra ellos. *Que has perdido,* dice, *tu amor de antes: date cuenta de dónde has caído.* El que cae, cae de una altura; por eso dijo, *de dónde,* porque hasta el último momento debemos realizar obras de amor, que es el princi-

pal mandamiento. Por último, si no se realizan las obras con amor, se le amenazó con cambiar el candelero de su lugar, es decir, dispersar al pueblo. En cambio, *detestas tú también a los que sostienen la doctrina de los Nicolaítas.* Pues dice que ha detestado la conducta de los Nicolaítas, que él también ha detestado. Esto pertenece a su alabanza. Eran los Nicolaítas, entonces, unos hombres falsos y malvados que llevaban su nombre del diácono Nicolás. Se inventaron una herejía para exorcizar lo ofrecido en libación, lo inmolado en sacrificio, para poder comérselo. Y sostenían que todo el que fornicaba, recibía el perdón a los ocho días. Por eso alaba a quienes escribe, y a estos hombres de tales cualidades y tan excelentes les promete comer del árbol que está en el paraíso de su Dios. Esto es la Iglesia de Éfeso. La siguiente carta la envió al grupo siguiente, de distinto orden y modo de proceder. Pues dice: *conozco tu tribulación y tu pobreza,* aunque eres rico. Pues el Señor sabe las riquezas que están escondidas en ellos, y la calumnia de los judíos, de los que dice que no son judíos, sino confesores de la Sinagoga de Satanás, porque son reunidos por el Anticristo y forman la congregación del diablo; a éstos les dice: *mantente fiel hasta la muerte y el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda,* es decir, no será castigado en el infierno. Esta es la Iglesia de Esmirna. La tercera clase de santos dice que son unos hombres que son valientes en la fe y no temen la persecución. Pero como hay allí quienes están inclinados a uniones ilícitas, dice: *lucharé contra ellos con la espada de mi boca.* Pues diré lo que he mandado, y os imputaré lo que obréis. Pues es notorio que *la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezos a los hijos de Israel,* era en otro tiempo comer carnes inmoladas a los ídolos y fornicar. Este es el consejo que él dio al rey de los Moabitas, y escandalizaron al pueblo. Así también vosotros, dice, sostenéis tal doctrina y, so pretexto de misericordia, enviciáis a otros. El maná escondido es la inmortalidad. La piedrecita blanca es la adopción como hijos de Dios. El nombre nuevo escrito en la piedra es cristiano. Esta es la Iglesia de Pér-



Los Ángeles de Dios

gamo. El cuarto grupo señala la nobleza de los fieles, que obran y realizan cada día obras mayores. Pero enseña y recrimina que hay allí también hombres propensos a ofrecer paces ilícitas y a hacer caso de nuevas profecías; advierte también con piedad a los demás, a quienes no agrada esto, que conocen la maldad enemiga; a quienes pretende introducir los peligros del mal y del dolor en las cabezas de los fieles, y les dice: *No os impongo ninguna otra carga,* es decir, no os he dado prescripciones ni cargas, ni nuevas e ilícitas profecías, que no convienen a la Iglesia, lo que es otra carga; para que *mantengáis lo que ya tenéis,* es decir, para que lo que está escrito y es justo, lo llevéis a la práctica hasta mi vuelta, dijo: *al vencedor le daré poder sobre las naciones,* es decir, le convertiré en juez entre los demás santos; *le daré además el lucero del alba,* es decir, la primera resurrección, esto es, lo prometido, y mientras está en el mundo presente en la penitencia, eliminaré de él la ignorancia de la noche. El lucero del alba es Cristo. *Le daré,* dice, *el lucero del alba* que hace huir la noche y anuncia la luz, es decir, el comienzo del día eterno. El quinto grupo es el conjunto o comunidad de santos. Hace referencia a hombres negligentes y que llevan en el mundo una conducta distinta de la que conviene, siendo sólo cristianos de nombre. Y por eso les exhorta de qué manera, arrepentidos de su negligencia, pueden conseguir la salvación. *Ponte en vela,* dice, *y reanima lo que te queda y está a punto de morir; pues no he encontrado tus obras perfectas a los ojos del Señor.* Pues no es suficiente que el árbol viva y no tenga fruto. Así tampoco es suficiente llamarse cristiano, confesar a Cristo y no tener a Cristo en las obras, es decir, no cumplir sus mandatos. El sexto grupo es la comunidad de los que han elegido lo mejor, el modo de proceder de los santos. Señala a unos hombres que, humildes en el mundo e ignorantes de las Escrituras, sostienen con firmeza la fe, y en ninguna circunstancia ni peligro, por vanidad, se alejan de la fe. Por eso les dice: *He abierto ante ti una puerta;* y añade: *porque has guardado la palabra de mi paciencia* con tan escasas fuerzas, *también yo te guardaré de la hora de la prueba;* para que sepan así, para alabanza suya, que no permite el Señor ni siquiera que sean entregados a la prueba. *Al vencedor,* dice, *le pondré como columna en el templo de mi Dios.* La columna es el adorno del edificio, es decir, quien persevere, consigue tan gran distinción en la Iglesia. VII: Este grupo también da a conocer a las siete Iglesias los hombres creyentes, ricos, situados en puestos de dignidad. Pero como creyentes ricos, en sus moradas ciertamente se habla de las Escrituras. Pero al exterior, aunque sean de la Iglesia, sin embargo se creen fieles de alma, es decir, se jactan y dicen que conocen todos los secretos de las Escrituras y creen que obran con fidelidad lo profetizado; sin embargo, están vacíos de obras; y por eso les dice: *que no son ni fríos ni calientes,* es decir, ni incrédulos, ni fieles, porque están con los fieles y los infieles, pues son todo para todos. Y como el que no es ni frío ni caliente, sino tibio, produce náusea, les dice: *te vomitaré de mi boca.* A nadie se le oculta lo odiosa que es la náusea; lo mismo son tales hombres, cuando hayan sido arrojados de entre los santos en el día del juicio. Pero como hay en este mundo tiempo para la penitencia, dice: *te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego,* es decir, si puedes de algún modo padecer tribulación y sufrimiento por el nombre del Señor; *y colirio,* dice, *para que te des a los ojos,* es decir, que lo que conoces con agrado por la Escritura, oh rico, procures esto mismo también realizarlo. Y como de esa manera los hombres desde un gran pecado retornan a una gran penitencia, no sólo pueden ser útiles a sí mismos, sino beneficiar a muchos; les promete una recompensa nada mediocre, a saber, *sentarse en el trono de su juicio.*

TERMINA EL LIBRO PRIMERO ACERCA DEL HIJO DEL HOMBRE Y DE LAS IGLESIAS, EN EL COMENTARIO DEL APOCALIPSIS DEL APÓSTOL JUAN

LIBRO SEGUNDO

COMIENZA EL PRÓLOGO
ACERCA DE LA IGLESIA Y DE LA SINAGOGA. PARA QUE TÚ, LECTOR, CONOZCAS DE LA MANERA MÁS COMPLETA SUS CARACTERISTICAS PROPIAS, Y QUIÉNES FORMAN PARTE DE CADA UNA

Iglesia es un vocablo griego, que en latín se traduce por asamblea, porque llama a todos los hombres a pertenecer a ella. *Católica* significa universal, del griego «kata» y «olos», es decir, según la totalidad. Pues no se limita como los conventículos de los herejes a algunas zonas de las regiones, sino que se difunde extendida por todo el orbe de la tierra. Esto lo afirma el Apóstol en su carta a los Romanos, diciendo: *Doy gracias a Dios por todos vosotros, porque vuestra fe es alabada en el mundo entero* (Rom 1,8). Por eso también es llamada universal, que viene de uno, porque se reagrupa en unidad. De ahí que el Señor diga en el Evangelio: *el que no recoge conmigo, desparrama* (Mt 12,30). ¿Por qué, si la Iglesia es una, escribe Juan a las siete Iglesias, sino para dar a entender que la única Iglesia católica está llena del espíritu septiforme? Como sabemos que Salomón dijo acerca del Señor: *la sabiduría ha edificado una casa, ha labrado sus siete columnas* (Prov 9,1). Estas columnas no se duda que sean una, según el Apóstol que dice: *la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad* (1 Tim 3,15). Comenzó la Iglesia en el lugar donde vino del cielo el Espíritu Santo y llenó a los que estaban reunidos en un mismo lugar. Durante su existencia terrena la Iglesia es llamada *Sión,* porque, situada desde la lejanía de su peregrinación, mira en lontananza la promesa de los bienes celestiales: por eso lleva el nombre de Sión, que significa «mirar desde la atalaya». Pero en relación con la paz de la patria futura, su nombre es *Jerusalén;* pues Jerusalén significa «visión de paz». Allí, destruida, es decir, devorada toda adversidad, poseerá la visión de la presencia de la paz, que es Cristo. La Iglesia se compone de éstos: Cristo, los ángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los clérigos, los monjes, los fieles y los religiosos. Esta Iglesia es llamada también el cielo, en el que el sol, la luna y las estrellas, de las que hemos hablado antes, irradian con las luces de sus virtudes. *Cristo* es llamado así por el crisma, es decir, la unción. Estaba ordenado a los judíos que hiciesen un ungüento sagrado, con el que pudieran ser ungidos los que eran llamados al sacerdocio o a la dignidad real. Y así como ahora un manto de púrpura es la señal de dignidad real, así para ellos la unción sagrada confería nombre y potestad real. De aquí que Cristo venga de crisma, que significa unción, pues la palabra griega crisma se dice en latín unción. También la Iglesia, hecha espiritual, aplicó el nombre al Señor, porque fue ungido por Dios Padre con el Espíritu Santo, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: *en esta ciudad se han aliado contra tu santo siervo Jesús, a quien has ungido* (Hech 4,27), no con óleo visible, sino con el don de la gracia, que se significa en el ungüento visible. Pues Cristo no es el nombre propio del Salvador, sino designación común de potestad. Cuando se dice Cristo, es un nombre común de dignidad. Si decimos Jesucristo, estamos hablando del Salvador. El nombre de Cristo no existió en ninguna región, ni en otro pueblo, sino sólo en aquella región donde Cristo era anunciado por los profetas y donde iba a venir. Pues el mismo Hijo unigénito de Dios Padre, siendo igual que el Padre, por nuestra salvación tomó nuestra forma de siervo, para abrir a los hombres un camino de salvación hacia el cielo. Es Dios y Hombre, porque es Verbo y carne; de aquí que se diga que es doblemente engendrado, porque el Padre le engendró sin madre en la eternidad, y porque la Madre le engendró sin el Padre en el tiempo. Se le llama Unigénito, según la dignidad divina, porque no tiene hermanos;

Primogénito, conforme a su condición humana, porque por la adopción de la gracia se ha dignado tener hermanos, de los que es el primogénito. Se dice Mesías en hebreo, en griego Cristo, en latín Ungido. Se llama Jesús en hebreo, Sotero en griego, Salvador en latín, porque él salvará a su pueblo. Así como Cristo hace referencia a Rey, así Jesús hace referencia a Salvador. Así que no nos salva un rey cualquiera, sino nuestro Rey Salvador.

Ángeles es palabra griega, que en hebreo es «Malakot», y en latín significa mensajeros, porque anuncian a los pueblos la voluntad del Señor. La palabra ángeles hace referencia a la función que desempeñan, no a su naturaleza, pues siempre son espíritus; pero cuando son enviados, se les llama ángeles, a los que la audacia de los pintores les representa con alas, para dar a entender su rapidez de desplazamiento a todos los lugares. Así como también los poetas dicen del viento que tiene alas, por su velocidad. Por eso dice la Sagrada Escritura: *sobre las alas del viento te deslizas* (Sal 104,3). Nueve son las categorías de ángeles que cita la Sagrada Escritura: ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, principados, potestades, querubines y serafines. Diremos a continuación, al explicar sus funciones, el porqué de sus nombres.

Se llaman *Ángeles* porque son enviados del cielo para dar un mensaje a los hombres. Ángel en griego significa mensajero en latín. *Arcángeles* en griego quiere decir los mensajeros principales. Los que anuncian las noticias pequeñas o mínimas son ángeles; los que anuncian las noticias principales son arcángeles. Se les conoce por arcángeles, porque tienen la primacía entre los ángeles. «Archos» en griego, en latín significa Príncipe. Son los caudillos y príncipes, bajo cuyas órdenes se les designan las misiones a cada uno de los ángeles. Así como en la tierra hay caudillos y príncipes, tribunos y centuriones, que tienen autoridad sobre los hombres, así también los arcángeles presiden a los ángeles. Lo atestigua el profeta Zacarías, diciendo: *En esto el Ángel que hablaba conmigo se adelantó; otro Ángel salió a su encuentro y le dijo: corre, habla a ese joven y dile: como las ciudades abiertas será habitada Jerusalén* (Zac 2,8). Si, pues, en las funciones propias de ángeles los superiores no ordenasen a los inferiores, no habría podido saber por medio de un ángel lo que el otro ángel quería que dijera al hombre. Algunos de los arcángeles tienen nombres propios, para que sus mismos nombres designen la tarea que se les encomienda. *Gabriel* en hebreo, se traduce en nuestra lengua por *fortaleza de Dios:* donde haya de manifestarse el poder y la fortaleza divina, allí es enviado Gabriel. Por eso en el tiempo en que el Señor iba a nacer y triunfar del mundo, vino Gabriel a María, para anunciar que el que venía a derrotar a los poderes del aire se dignaba venir humilde. *Miguel* quiere decir *quién como Dios.* Cuando en el mundo se realiza algo de poder admirable, es enviado este arcángel. De su misión proviene su nombre, porque nadie puede realizar lo que Dios puede. *Rafael* significa *salud* o *medicina de Dios:* donde hay necesidad de curar y sanar, Dios envía a este arcángel y por eso se llama medicina de Dios. Este mismo arcángel fue enviado a Tobías, aplicó a los ojos su remedio y, eliminada la ceguera, le restituyó la vista, pues el significado del nombre designa la misión del arcángel. *Uriel* significa *fuego de Dios,* como leemos que apareció el fuego en la zarza. Leemos también que el fuego fue enviado desde lo alto y que había realizado lo que se le había ordenado. Los tronos, dominaciones, principados, potestades y virtudes, nombres con los que el apóstol abarca la total comunidad celestial, designan órdenes y dignidades angélicas. Y por esta misma distribución de funciones, unos se llaman tronos, otros dominaciones, otros principados, otros potestades, en virtud de determinadas dignidades con las que se distinguen entre sí. Las *virtudes* ejercen ciertos ministerios angélicos, por los que se realizan en el mundo signos y milagros; por eso se llaman virtudes. Son *potestades* aquellos a quienes se someten los poderes enemigos. Se les llama potestades porque los espíritus malignos se someten a su poder, para que no hagan al mundo todo el daño

que desean. *Principados* son aquellos que están al mando de las milicias angélicas, y reciben el nombre de principados porque disponen de los ángeles subordinados para cumplir el ministerio divino. Pues unos son los que sirven y otros los que están en pie delante de él. Como se dice en Daniel: *miles de millares le servían, miríadas de miríadas en pie delante de él* (Dan 7,10). *Dominaciones* son aquellos que tienen incluso mayor dignidad que las virtudes y principados. Se llaman dominaciones porque están al mando de todos los ejércitos angélicos. *Los tronos* son grupos de ángeles, que en latín se designan por la palabra *Sedes.* Y se llaman tronos porque los preside el Creador y por medio de ellos transmite sus órdenes. *Querubines* son los que ejercen los más sublimes poderes celestiales y ministerios angélicos; su nombre hebreo se traduce a nuestro idioma por *magnitud de ciencia.* Son el más sublime ejército de ángeles, porque, al estar más cerca de la sabiduría divina, están mucho más llenos de ella que los demás. Ellos son aquellos dos vivientes sobre el propiciatorio del arca, hechos de metal, porque debían significar la presencia de los ángeles, en medio de los cuales se manifiesta Dios. Los *serafines,* también de forma semejante, son aquella multitud de ángeles que del hebreo se traduce en latín por *ardientes* o *encendidos;* y se llaman así porque entre Dios y ellos no hay ningún grupo de ángeles. Y así, cuanto más cerca permanecen delante de Dios, tanto más son inflamados por la claridad de la luz divina. Ellos son los que ocultan la faz y los pies del que se sienta en el trono de Dios. Y por eso los restantes grupos de ángeles no pueden ver plenamente la esencia de Dios, porque le cubren los serafines. Estos nombres de milicias angélicas son nombres especiales de una categoría de ángeles, de tal manera que, sin embargo, son en parte comunes a todas. Pues aunque los tronos son llamados de forma especial el asiento de Dios en su categoría de ángeles, sin embargo se dice por el Salmista: *Tú que estás sentado sobre querubines* (Sal 80,2). Pero estas categorías de ángeles son designadas con nombres particulares, porque en su categoría propia recibieron de una forma más plena esta peculiar función. Y aunque sea común a todas las categorías angélicas, sin embargo son estas funciones asignadas propiamente a la suya. A cada uno, como ya se ha dicho, le están asignadas las funciones propias que, se dice, merecieron al comienzo del mundo. Que los ángeles presiden los territorios y los hombres, lo afirma un ángel por medio del profeta diciendo: *El príncipe del Reino de Persia me ha hecho resistencia* (Dan 10,13). Está, pues, claro que no hay lugar alguno que no presidan los ángeles. Presiden incluso los auspicios de todas las obras. Esta es la jerarquía y distinción de los ángeles que, después de la caída de los malos, permanecieron en el vigor celestial. Pues después de caer los ángeles apóstatas, éstos permanecieron firmes en la perseverancia de la eterna beatitud. Por eso se repite, después de la creación del cielo en el principio: *haya un firmamento; y llamó al firmamento «cielo»* (Gén 1,6). Manifestando sin duda que, después de la ruina de los ángeles malos, los que permanecieron, consiguieron la firmeza de la perseverancia eterna. Lejos ya de toda caída, no sucumbiendo ya a ningún tipo de soberbia, sino permaneciendo firmes en la contemplación y en el amor de Dios, no tienen ninguna otra cosa más agradable que aquel por quien fueron creados. Los dos serafines que aparecen en el libro de Isaías representan en figura al Antiguo y Nuevo Testamento. El que cubran la faz y los pies de Dios significa que no podemos saber lo que sucedió antes de la creación del mundo, ni lo que sucederá después del mundo, sino que sólo vemos lo que está en medio, gracias a su testimonio. Cada uno de ellos tiene seis alas, porque en el siglo presente, de la creación del mundo sólo sabemos la obra de los seis días. Y se gritan el uno al otro por tres veces: *Santo,* para dar a entender el misterio de la Trinidad en una sola divinidad.

Conozcamos ahora qué quieren decir los nombres de los patriarcas, según la etimología. La mayoría de ellos recibieron esos nombres por razones propias. *Patriarcas*

Los diez manantiales del Sinaí

quiere decir *Príncipes de los Padres,* de los que nació Cristo según la carne. *Abrán* fue llamado primero Padre del pueblo judío, es decir, sólo de Israel; después fue llamado *Abraham,* añadiendo una letra, lo que se traduce, «Padre de muchos pueblos», lo que iba a suceder hasta el día de hoy por la fe. Pueblos no está incluido en la etimología de la palabra, pero se sobrentiende, según aquello del Génesis: *Tu nombre será Abraham, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido* (Gén 17,5). *Isaac* tomó su nombre de la risa; había reído su padre, cuando se le prometió, lleno de admiración en su gozo. Rió también su madre, dudando en su alegría, cuando fue prometido por medio de aquellos tres varones. Por eso recibió ese nombre. Por tanto, Abraham fue figura de Dios Padre, que es autor y origen de los hombres. Isaac fue figura de Cristo, que nos proporcionó la alegría celestial. *Jacob* significa *suplantador;* ya porque agarró en su nacimiento el talón de su hermano, que nacía, ya porque después engañó a su hermano con astucia. Este, de quien nacieron doce patriarcas, fue figura de la Iglesia, que está constituida en el número doce: por eso son también llamados las doce tribus de Israel. *Israel:* «el varón que ve a Dios». Recibió este nombre Jacob Israel cuando, habiendo luchado toda la noche, venció al ángel en la lucha y con la luz del alba fue bendecido. Por esta visión de Dios, fue llamado Israel, como él mismo dice: *he visto a Dios cara a cara y tengo la vida salva* (Gén 32,31). *Rubén* significa «hijo de la visión». *Simeón,* «el que escucha». *Judá* significa «confesión», pues cuando Lía le dio a luz alabó al Señor diciendo: *esta vez alabo al Señor* (Gén 29,35), y por esto se le llamó Judá. Así que de la «confesión» recibió su nombre, que es «acción de gracias». Esta es la estirpe real, la admirable prosapia, a quien se le entrega la dirección de las guerras y el reino de Israel, la que de su nombre dio nombre a los pueblos: fuerte como un león en la fortaleza de su reino e insigne por su poder en el esplendor del reino. La descendencia de su reino no se ha interrumpido hasta que brotó de su semilla Cristo, como un *cachorro de león* (Gén 49,9), y, surgiendo de un útero real, brilló la esperanza de los pueblos. Por eso se ha dicho: *venció un león de la tribu de Judá* (Ap 5,5), de donde recibieron su nombre los judíos, porque Judá significa «confesión», y también por eso nosotros poseemos el nombre de «confesores». Así como también se ha dicho a los hipócritas: *que se creen judíos, pero que no lo son* (Ap 2,9). *Isacar* significa «recompensa». Porque con las mandrágoras de su hijo Rubén compró para sí Lía el ayuntamiento con el esposo, que se debía a Raquel: cedió las mandrágoras y fue concebido Isacar. Por eso, cuando nació, Lía exclamó: *Dios me dio mi recompensa* (Gén 30,18). De esta tribu nació Judas Iscariote, que vendió al Señor y con el resultado de la venta se compró un campo con el fruto de su iniquidad. *Zabulón* significa «aposento»; y *Neftalí,* «cambio». *Dan* significa «juicio», pues cuando Bilhá le dio a luz, Raquel, su señora, diciendo: *Dios me ha hecho justicia, pues ha oído mi voz, y me ha dado un hijo,* expresó el origen del nombre, porque el Señor le hizo justicia; por eso al hijo de la esclava le puso el nombre de juicio. De esta tribu nacerá el Anticristo, de una concubina, porque también hay ya en la Iglesia muchos Anticristos que le prefiguran. Y han nacido de una concubina, esto es, de la Sinagoga, que es la noche de la ignorancia, ellos que son siervos del pecado. *Leví,* padre de la casta sacerdotal, unido con la tribu de Judá por la mezcla de linaje, pero distribuido por todo Israel, que carece del cordelillo para el sorteo de los bienes, y que habita en todos los reinos de los hermanos. De él proceden los sacerdotes, a quienes no es lícito en la tierra poseer heredad, sino que están gozosos con la pobreza de los Apóstoles. Judá y Leví representan a Cristo Rey y Sacerdote, *que nos hizo reino y sacerdotes para su Dios y Padre* (Ap 1,6). *Gad* fue llamado así por el «resultado», o por la «disposición». *Aser* significa «bienaventurado»; *José,* «salvador del mundo», porque liberó a toda la tierra del exterminio del hambre inminente. *Benjamín* significa el «hijo de la diestra», es decir, del poder. *Manasés* significa «olvidado». *Efraín*

quiere decir «engrandecimiento». Estos son los padres de los padres, origen de los profetas y de los Apóstoles. Estos son nuestros padres, de quienes el Señor dijo a Abraham: *por Isaac tendrás descendencia de tu nombre* (Gén 21,12), no por Ismael, que nació de la esclava, que es la Sinagoga.

Los *profetas* se llaman así porque prevén el futuro. A éstos los gentiles les llaman vates. Los nuestros les llaman profetas, como vaticinadores, porque vaticinan, es decir, hablan y predicen la verdad de lo que va a suceder. A los que nosotros llamamos profetas, en el Antiguo Testamento se les llama «videntes», porque veían lo que los demás no veían, lo que estaba oculto en el misterio. Son muchos los profetas; sin embargo se incluyen doce en los libros, exceptuando cuatro que compusieron libros más voluminosos. *Isaías* significa «salvador del Señor» y con razón, pues anunció más que los demás al Salvador de todos los pueblos y sus misterios. *Jeremías,* «el excelso del Señor», porque se le dijo: *te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos* (Jer 1,10). *Ezequiel,* «fortaleza de Dios». *Daniel,* «juicio de Dios», porque juzgó entre los Ancianos. *Oseas,* «salvador», o «el que salva». *Joel,* «Señor Dios», o «el que comienza para Dios». *Amós,* «pueblo apartado», porque el pueblo de Israel se había alejado del Señor. *Nahúm,* «el que gime» o «el consolador». *Habacuc,* «el que abraza», o porque fue amado por Dios. Ninguno de los profetas se atrevió con palabras tan audaces a provocar a Dios, para el debate de la justicia, de por qué se encuentra tanta iniquidad en las cosas humanas y de este mundo. *Miqueas* significa ¿«quién es éste» o «quién es ése»? *Sofonías,* «el espejo» o «el arcano de Dios». *Abdías,* «el siervo de Dios», pues así como Moisés, siervo de Dios, y el Apóstol, siervo de Cristo, así este mensajero vino enviado a los gentiles. Fue éste administrador del rey Akab. *Jonás* significa «paloma», o «el doliente». Paloma por su gemido, doliente por la hiedra que se secó (1 Re 3,17). El es el hijo de la viuda de Sarepta, como sostienen los judíos, a quien resucitó Elías. Y entonces fue llamado «Amittay», que es palabra hebrea, que en latín quiere decir verdad, es decir, hijo de la verdad. *Zacarías,* «memoria del Señor», pues por su predicación recordó el Señor hacer volver a su pueblo a Jerusalén. *Ageo,* en latín «festivo y alegre». *Malaquías* quiere decir «ángel del Señor». Estos son los doce profetas establecidos en el número duodécimo de la Iglesia. Estos profetizaron acerca de Cristo lo que Jesús decía después a los Apóstoles: *otros trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo* (Lc 18,31), y de nuevo: *muchos reyes y profetas desearon ver lo que vosotros veis y no lo vieron* (Jn 4,38): es decir, a Cristo, a quien vosotros veis en carne, ellos no le vieron. Los cuatro profetas, entre los doce, significaron los cuatro Evangelistas que hubo entre los Apóstoles.

La palabra griega *Apóstoles* significa en latín «enviados». Pues así como ángeles en griego, significa en latín mensajeros, así también apóstoles en griego, quiere decir en latín enviados. A ellos envió Cristo a predicar el Evangelio por el mundo entero. De tal manera que algunos penetraron hasta Persia y la India, enseñando y realizando grandes e increíbles milagros en el nombre de Cristo, para que viendo los signos y prodigios se les creyera aquello que predicaban. La mayor parte de sus nombres tienen en ellos mismos su explicación. *Pedro* tomó el nombre de la piedra, es decir, de Cristo, sobre quien está fundada la Iglesia. Pues no recibe la piedra su nombre de Pedro, sino Pedro de la piedra. Así como Cristo no recibe su nombre de los cristianos, sino que los cristianos son llamados así por Cristo. Por eso dice el Señor: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Porque había dicho Pedro: *Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo* (Mt 16,16). Respondió a continuación el Señor: *sobre esta piedra,* que has afirmado, *edificaré mi Iglesia.* Pues *la piedra era Cristo* (1 Cor 10,4), sobre cuyo fundamento también fue edificado el mismo Pedro. Fue llamado *Cefas,* porque fue constituido cabeza de los Apóstoles. La palabra griega *Cefas* significa en latín cabeza. Simón BarJonás, es decir, hijo de la paloma; pues

«Bar» en sirio significa hijo, y «Jonás» en hebreo paloma, y tiene Pedro este nombre al mismo tiempo en sirio y hebreo, BarJonás. Algunos lo explican con sencillez diciendo que Simón Pedro es hijo de Juan, según aquella pregunta del Señor: *Simón de Juan, ¿me amas?* (Jn 21,15). Pues Juan quiere decir *gracia del Señor;* y en lugar de Jonás dicen Juan. Y que tuvo Pedro tres nombres: Pedro, Cefas y Simón BarJonás. *Simón,* palabra hebrea, significa en latín «el que escucha». *Saulo* en hebreo quiere decir «tentación», porque fue el primero que se dedicó a tentar a la Iglesia; de eso le viene tal nombre, porque perseguía a los cristianos. Después, cambiado su nombre, de Saulo se convirtió en Pablo, que significa «admirable» o «elegido». En latín *Pablo* quiere decir «pequeño», por eso él mismo dice: *yo, el más insignificante de los Apóstoles* (1 Cor 15,9). Cuando Saulo, era soberbio y engreído; cuando Pablo, humilde y sencillo. Cefas y Saulo fueron llamados, cambiándolos de nombre, para que fuesen nuevos incluso en el nombre, como Abraham y Sara. *Andrés,* hermano carnal de Pedro y coheredero de la gracia, que en latín significa «hermoso» o «que responde», en griego significa «varón vigoroso». *Juan* con razón recibió su nombre: significa «aquel en quien reside la gracia», o «la gracia del Señor»: pues Jesús le amó más que a los restantes Apóstoles. *Santiago,* llamado el de Zebedeo por su padre, al que abandonó para seguir, con Juan, a Cristo, verdadero Padre. Ellos son los Hijos del trueno, o también llamados «Boanerges», por la firmeza y magnitud de su fe. A este Santiago, hermano de Juan, le mató Herodes, después de la ascensión del Señor. *Santiago de Alfeo,* llamado así para distinguirle del otro Santiago; tanto este hijo de Alfeo como aquel hijo de Zebedeo, recibieron ambos el nombre de su padre. Este es Santiago el Menor, a quien el Evangelio llama hermano del Señor, porque María, la esposa de Alfeo, fue hermana de la madre del Señor; Juan la llama en su Evangelio María de Cleofás. *Alfeo* es palabra hebrea, que en latín significa «milésimo» o «sabio». *Felipe,* «boca de las lámparas» o «boca de las manos». *Tomás,* «abismo» o «gemelo»: por eso en griego es llamado *dídimo. Bartolomé,* en sirio, «hijo del que sostiene las aguas», o «hijo del que me sostiene». *Mateo* en hebreo quiere decir «regalado». También es llamado *Leví,* por la tribu a que pertenecía. En latín recibió el nombre de publicano, por el oficio que desempeñó, porque fue elegido de entre los publicanos y llevado al apostolado. *Simón Cananeo,* para distinguirle de Simón Pedro, lleva este sobrenombre por una aldea de Galilea llamada Caná, donde el Señor convirtió el agua en vino. Es el mismo que otro evangelista llama *Zelote.* Pues Caná quiere decir celo. *Judas el de Santiago,* que en otro lugar es llamado Lebeo, tiene un nombre simbólico que proviene de corazón, que nosotros en diminutivo podemos llamar «corazoncito». En otro evangelista se le llama Tadeo, y que según la tradición de la Iglesia fue enviado a la ciudad de Edissa, al rey Abagaro. *Judas,* llamado *Iscariote,* por la aldea donde nació, o por proceder de la tribu de Isacar, tomó su nombre como un presagio de su futura condenación. Isacar quiere decir comerciante, para dar a entender el precio de la traición con la que vendió al Señor. *Matías,* único entre los Apóstoles que no tiene sobrenombre, significa «donado», para darnos a entender que fue concedido en lugar de Judas. Fue éste elegido en su lugar por los Apóstoles, al echar suertes entre dos. *Marcos,* «excelso por su encargo», ciertamente por el Evangelio del Altísimo que predicó. *Lucas,* «el que se levanta» o «el que se eleva». *Bernabé,* «hijo de profeta» o «hijo de la consolación». Estos son los doce discípulos de Cristo, predicadores de la fe y doctores de los pueblos. Los Apóstoles, aunque todos sean uno solo, sin embargo cada uno de ellos recibió su propio destino para predicar en el mundo.

Pedro en Roma.
Felipe en las Galias.
Andrés en Acaya.
Bartomolé en Licaonia.
Tomás en la India.

Simón Zelota en Egipto.
Santiago en Hispania.
Matías en Judea.
Juan en Asia.
Santiago, hermano del Señor, en Jerusalén.
Mateo en Macedonia.

A Pablo no se le asigna una zona propia, como a los restantes Apóstoles, porque es elegido maestro y predicador de todos los pueblos gentiles. Pues así como a Pedro y a los restantes Apóstoles le es conferido el apostolado de la circuncisión, así a Pablo el del prepucio entre los gentiles. Este evangeliza, pues, a las siete Iglesias y a los tres discípulos. Estos son las doce horas del día, que son iluminadas por el sol, que es Cristo. Estos son las doce puertas de la Jerusalén celeste, por las que entramos a la vida bienaventurada. Estos son la primera Iglesia apostólica, que creemos firmemente que fue fundada por la piedra que es Cristo. Estos son los doce tronos que juzgan a las doce tribus de Israel. Esta es la Iglesia extendida por todo el universo. Este es el linaje santo y elegido, sacerdocio real, sembrado por todo el mundo. Fueron pocos, pero elegidos. Y de estos pequeños granos surgió una gran mies. Creemos y pertenecemos a esta Iglesia, y quien predique otra cosa distinta a la de éstos, no será cristiano, sino anatema para siempre, hasta la venida del Señor, es decir, condenación a la venida del Señor y para que se vea más fácilmente estos granos de semilla en el campo del mundo, que los profetas trabajaron y éstos recogen, lo muestra la pintura que viene a continuación.

Mártires, palabra griega, quiere decir «testigos» en latín: por eso testimonios en griego se dice «martiria». Se les llama testigos porque sufrieron por dar testimonio de Cristo y lucharon hasta la muerte en favor de la verdad. El primer mártir en el Nuevo Testamento fue *Esteban,* que en hebreo significa «norma», porque fue el primero en el martirio para ejemplo de los fieles. También del griego se traduce al latín con el significado de «coronado». Y esto proféticamente, para que, en concordancia con la profecía, algo del futuro resonara ya antes en su nombre. Pues padeció y recibió lo que indicaba su nombre: que significa corona; humildemente apedreado y sublimemente coronado.

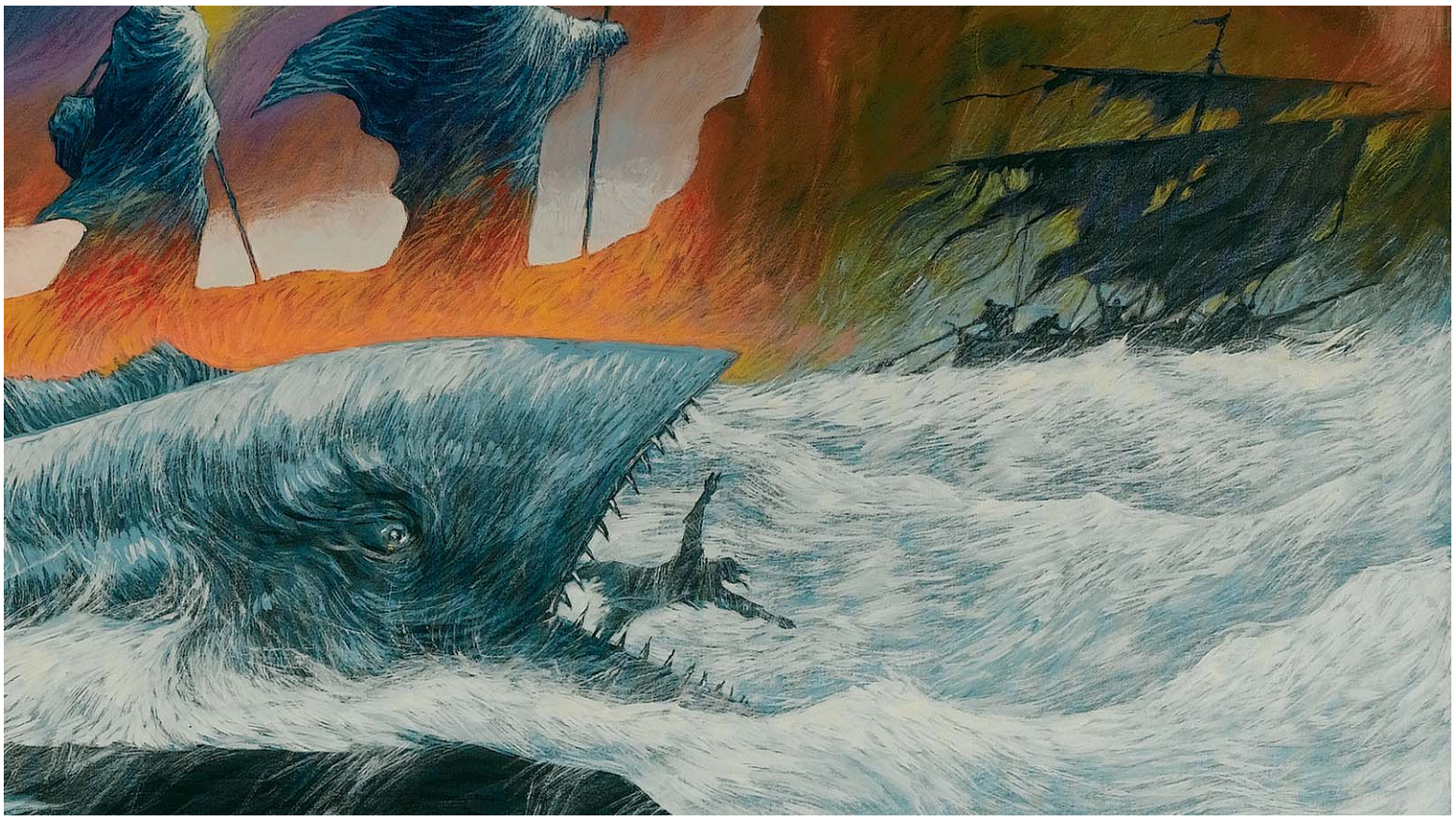
Dos son las clases de martirio: uno en el público tormento, otro en la oculta virtud del alma. Pues muchos, resistiendo las asechanzas del enemigo, es decir, al diablo, y renunciando a todos los deseos carnales, por haberse inmolado a Dios omnipotente en su corazón, aun en tiempos de paz se hicieron mártires. En época de persecución éstos habían podido ser mártires.

Al *clero* y a los *clérigos* les llamamos así porque Matías fue elegido apóstol por sorteo, y fue el primero ordenado por los Apóstoles. *Clero,* palabra griega, significa en latín «suerte» o «heredad». Por eso se les llama clérigos, porque son de la herencia del Señor, o porque Dios es la porción de su herencia. Generalmente se llaman clérigos todos aquellos que sirven a la Iglesia. Sus grados y nombres son los siguientes: ostiario, salmista, lector, exorcista, acólito, subdiácono, diácono, presbítero y obispo. El orden de los obispos se compone de cuatro grupos: patriarcas, arzobispos, metropolitanos y obispos. *Patriarca* en griego significa «el primero de los Padres», porque ocupa el lugar primero, es decir, el apostólico. Y porque desempeña tan gran honor, se le denomina por tal nombre. En todo el mundo, tres son las sedes de los patriarcas: Roma, Antioquía y Alejandría. Estos también son llamados papas. *Arzobispo* es palabra griega que significa el más importante de los obispos. Hace las veces de los Apóstoles y preside tanto a los metropolitanos como a los demás obispos. Presiden cada una de las provincias y se someten a su autoridad y doctrina los restantes sacerdotes. Sin ellos nada se les permite hacer a los restantes obispos, pues a ellos está encomendado el cuidado de toda la provincia. Todos los órdenes más arriba citados tienen un solo e idéntico nombre: obispos. Pero tienen un nombre particular por

La destrucción de la Ciudad Santa

la distinción de poderes que recibieron cada uno de ellos. *Patriarca:* «Padre de los príncipes», pues «Archon» significa Príncipe. *Arzobispo* es llamado metropolitano de los obispos. *Obispo* es una palabra que dice relación con aquel que está colocado sobre los demás, «el que vigila», es decir, el que cuida de sus súbditos. «Scopein» es palabra griega, que significa en latín vigilar, o también observadores. Pues el Prepósito en la Iglesia es un observador atento, porque vigila para ver las costumbres y la vida de los pueblos confiados a su cuidado. *Pontífice* es el Príncipe de los sacerdotes, una especie de camino para los que le siguen. Se le llama Sumo Sacerdote y Pontífice Máximo. El consagra sacerdotes y levitas. El dispone todos los órdenes eclesiásticos. El enseña lo que debe hacer cada uno. Antes de la venida del Señor los reyes eran también pontífices. Pues era costumbre de los antiguos que el rey fuese también sacerdote o pontífice; por eso los emperadores romanos se llamaban pontífices.

Vates, así llamados por la fuerza de su mente. Su significado es múltiple, pues designa a un sacerdote, o a un profeta, o a un poeta. Sacerdote, «Antistes», así llamado porque preside ante el altar. Es el primero en el orden de la Iglesia y no tiene a ninguno por encima de él. El sacerdote posee un nombre compuesto del latín y griego, el que da lo sagrado. Así como rey proviene de regir, así también el nombre de sacerdote, de sacrificar. Consagra y sacrifica. *Presbítero* en griego, significa en latín «anciano»; no por su edad o decrépita vejez, sino por el honor y dignidad que recibieron, por eso se llaman presbíteros. Los presbíteros se llaman también sacerdotes, porque, como los obispos, realizan el sacrificio. Aunque éstos sean sacerdotes, sin embargo no tienen la plenitud del pontificado, porque ni sellan la frente con el crisma ni confieren el Espíritu Santo, función que, según demuestra la lectura de los Hechos de los Apóstoles, sólo les compete a los obispos. Y entre los antiguos era lo mismo obispos que presbíteros, porque aquél es nombre de dignidad, y éste de edad. Los *levitas* se llaman así por el nombre de procedencia. Pues los levitas provienen de la tribu de Leví, que eran los encargados de desempeñar en el templo de Dios los ministerios místicos del sacramento. Se llaman en griego diáconos y en latín ministros. Porque así como el sacerdote realiza la consagración, así el diácono la administración del ministerio. *Hipodiácono* en griego, que nosotros llamamos en latín subdiácono; se llaman así porque están supeditados a los mandatos y oficios de los levitas. Reciben las ofrendas de los fieles en el templo de Dios y se las dan a los levitas, para que las pongan sobre el altar. Estos son llamados entre los hebreos nataneos. *Lectores* viene de su



El gran pez de Jonás

misión de leer, y *Salmista* de cantar salmos. Aquéllos enseñan a los pueblos el camino a seguir; éstos cantan para excitar al arrepentimiento las almas de los oyentes. Aunque hay algunos lectores que pronuncian con tal patetismo, que fuerzan a algunos al llanto y la lamentación. También se les llama pregoneros, porque hacen oír su voz a lo lejos; su voz debe ser tan fuerte y clara que llegue a los oídos de los que están situados lejos. El *cantor* es llamado así porque modula su voz en el canto. Hay dos clases de cantores en el arte musical, como decidieron llamarlos en latín los hombres doctos: el «precantor», es decir, el que inicia la melodía en el canto; y el «succentor», es decir, el que responde siguiendo el canto. Se le llama «concertor» al que canta con otros en el tono debido. El que desafina, ni canta, ni será «succentor» ni «concertor». *Acólitos* es una palabra griega, que en latín se traduce por ceroferarios, porque llevan los cirios cuando se lee el Evangelio o se ofrece el sacrificio. Entonces encienden las velas y las llevan, no para disipar la oscuridad, mientras al mismo tiempo el sol está brillando, sino para dar a entender que es señal de alegría, para que bajo el tipo de la luz material se manifieste aquella luz de la que se dice en el Evangelio: *Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Jn 1,18). *Exorcistas* en griego, significa en latín los que conjuran o dicen imprecaciones. Pues invocan sobre los catecúmenos, o sobre aquellos que están poseídos por el espíritu maligno, el nombre del Señor Jesús, conjurándolo en su nombre para que salga de ellos. *Ostiarios* y *porteros,* los que en el Antiguo Testamento fueron elegidos para la custodia del templo, para que no traspasase su umbral el impuro por cualquier motivo. Llamados ostiarios porque están al cuidado de las puertas del templo. Ellos, que tienen la llave, guardan todo lo que hay en el interior y exterior; y juzgando entre los buenos y los malos, reúnen a los fieles y rechazan a los infieles.

Monje, así llamado en griego porque es uno solo, pues «monos» significa en griego uno solo. Luego si monje se traduce por solitario, ¿qué hace entre la muchedumbre el que debe estar solo? Hay muchas clases de monjes. *Cenobitas,* nosotros llamamos así a quienes viven en común. Cenobio hace referencia a muchos. *Anacoretas* son los que después de la vida cenobítica se dirigen al desierto y habitan solos en el yermo. Y porque marcharon lejos de los hombres, son conocidos por tal nombre. Los anacoretas imitan a Elías y Juan; los cenobitas, a los Apóstoles. *Eremitas* es lo mismo que anacoretas, pues anacoreta es la palabra griega que se traduce en latín por eremita. Alejados éstos de la mirada de los hombres, prefieren la soledad y el desierto. Pues yer-

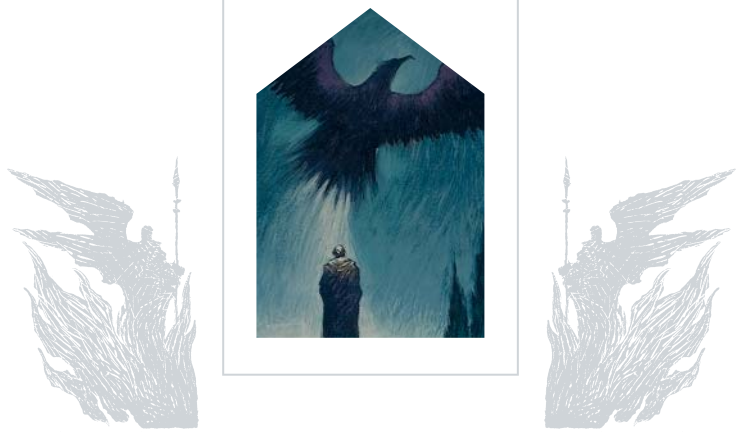
mo significa lo mismo que remoto. *Abad* es una palabra siria. Significa en latín «Padre». Como lo expone Pablo cuando escribe a los Romanos y les dice: *a quien llamamos Abba, Padre* (Rom 8,15), lo dijo en sirio y en latín.

ACERCA DE LOS DEMÁS FIELES

Cristiano, como indica la etimología, viene de unción, o del nombre del fundador y creador. Pues de Cristo reciben su nombre los cristianos, así como de Judá los judíos. Del nombre de su maestro se les dio el sobrenombre a sus seguidores. Los judíos, durante algún tiempo, llamaban a los cristianos como injuria Nazarenos, porque nuestro Señor y Salvador era conocido por el Nazareno, por ser de ese pueblecito de la Galilea. Sin embargo, no se gloríe de ser cristiano el que tiene el nombre pero no tiene la conducta; ciertamente será cristiano cuando haya sido fiel a este nombre y lo realice con su conducta. Es verdaderamente un cristiano quien con la fe y las obras se manifiesta como cristiano, actuando como actuó aquel de quien recibe su nombre. *Católico* significa universal, general; pues los griegos a lo que es universal llaman católico. *Ortodoxo* es el que cree rectamente y vive aquello en lo que cree. «Ortos» en griego, significa en latín «rectamente». Y «doxa» significa gloria; es decir, varón de gloria recta. No puede ser designado con este nombre quien vive de manera distinta a su fe. *Neófito* en griego, puede traducirse en latín por «novato», y fiel rudo, o también como recién nacido. Es llamado *catecúmeno* porque todavía escucha la doctrina de la fe, y sin embargo aún no recibió el bautismo. Pues la palabra griega catecúmeno significa en latín «oyente». Se llama también competente, porque después de la instrucción en la fe pide la gracia de Cristo. Por eso «competente» viene de solicitar, pedir. Cuando uno todavía pagano viene a la fe, mientras es instruido para que crea, se le llama catecúmeno; cuando ha creído rectamente y pide ser bautizado, se le llama competente; cuando es bañado en el agua del bautismo, se le llama fiel; cuando es ungido con el crisma, es decir, con la unción, se le llama cristiano. Y como después del bautismo, por medio de los obispos, se confiere el Espíritu Santo por la imposición de las manos, recordamos que esto hicieron los Apóstoles en los Hechos de los Apóstoles. Dice así: *Al enterarse los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, de que Samaria había aceptado la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. Estos bajaron y oraron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo, pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo* (Hech 8,14). Pues podemos recibir el Espíritu Santo, pero no le podemos dar; sino que para que se confiera invocamos al Señor. Escuchad quién es el que mejor lo puede realizar, según el santo papa Inocencio, de la Sede Romana, escribió para todas las Iglesias; oíd lo que dice: «No por otro, sino por un obispo es lícito conferir el Espíritu Santo por la imposición de las manos. Pues los presbíteros, aunque son sacerdotes, sin embargo no poseen el grado más alto del pontificado; corresponde sólo a los pontífices consignar en la frente y entregar el Espíritu Santo, lo cual no sólo lo demuestra la costumbre de la Iglesia, sino también la lectura arriba citada de los Hechos de los Apóstoles, que afirma fueron elegidos y enviados Pedro y Juan para conferir el Espíritu Santo a los ya bautizados. Pues a los presbíteros, ya esté ausente el obispo o presente el obispo, cuando bautizan les es lícito ungir con el crisma a los bautizados, pero con el crisma consagrado por el obispo; pero no les está permitido signar en la frente con el mismo óleo, que es sólo misión de los obispos cuando confieren el Espíritu Santo».

ACERCA DE LA RELIGIÓN Y LA FE

Los filósofos llamaron *dogma* a una palabra procedente del verbo «creer», es decir, creo que esto es bueno, creo que esto es verdadero. *Religión* es así llamada porque por medio de ella religamos nuestras almas a un so-



lo Señor, para servir, con este vínculo, al culto divino; esta palabra deriva de reelegir, es decir, de elegir; así que en latín la palabra religión es lo mismo que elección. Tres cosas se requieren en los hombres en el culto de la religión para dar culto a Dios: la fe, la esperanza y la caridad. En la fe, qué hay que creer; en la esperanza, qué hay que esperar; y en la caridad, qué hay que amar. Fe es aquella virtud por la que creemos que es verdadero lo que de ningún modo podemos ver. Pues ya no podemos creer aquello que vemos. Propiamente el nombre de fe quiere decir que se cumple totalmente lo que ha sido dicho o prometido. Y por eso es llamada fe, porque se realiza aquello que se ha concertado entre dos, entre Dios y el hombre. Por eso también se llama pacto. Se llama esperanza porque es el pie para recorrer el camino, es como un pie en el camino. Así como por el contrario se llama desesperación, porque falta allí un pie y no hay en el camino posibilidad de andar; porque cuando uno ama el pecado, no espera la gloria futura. Caridad, palabra griega, en latín se traduce por dilección, porque une entre sí a dos. Pues la caridad tiene su origen en dos, que son el amor a Dios y al prójimo. De él dice el Apóstol: *La plenitud de la ley es el amor* (Rom 13,10). En la Iglesia este amor es la más importante de todas las virtudes; porque el que ama, también cree y espera. Pero el que no ama, aunque realice muchas obras buenas, trabaja en vano. A todo amor carnal no se le llama caridad, sino más bien se suele usar la palabra amor. El nombre de caridad sólo suele usarse en lo mejor, es decir, en los hombres santos y religiosos. Esta es la doctrina de la Iglesia; ésta es la fe que hay que profesar dentro de la Iglesia.

TERMINA EL PRÓLOGO SOBRE LA IGLESIA

COMIENZA EL PRÓLOGO DE LA SINAGOGA

Sinagoga, palabra griega, significa en latín «congregación», pues Iglesia significa «asamblea», porque convoca a todos a pertenecer a ella. Pero llamó a la Sinagoga congregación, porque se reúne en ella la muchedumbre del pueblo. El pueblo judío mantuvo este nombre como propio de ellos. Pues en referencia a ellos propiamente se suele hablar de sinagoga; aunque también es llamada Iglesia la que, entre cristianos, recibe el nombre de Sinagoga. Los Apóstoles nunca llamaron Sinagoga a la nuestra, sino siempre Iglesia. O bien para diferenciarlas, o porque entre nosotros tenemos una congregación. Por eso, en su aspecto de Sinagoga y en el de asamblea tomó el nombre de una sola Iglesia. Hay alguna diferencia entre asamblea y congregación, porque llamar quiere decir invitar; pero congregar es obligar, como los rebaños suelen congregarse y de su grey decimos propiamente que se congrega. Hay la misma distancia entre el ganado y el hombre que entre la Sinagoga y la Iglesia. En la Iglesia inscriben su nombre los hombres, en la Sinagoga los animales. Los hombres son racionales, recuerdan el pasado, ordenan el presente y prevén el futuro, y meditan sin cesar lo que realizan día a día, para no caer jamás en cosas abyectas en obra o en pensamiento. No duermen, sino que día y noche meditan en la ley del Señor. Ese es el hijo varón que se dice parió la mujer. Que, imitando no a cualquier hombre santo, sino intuyendo por la contemplación a la misma verdad, obra la justicia para comprender y seguir a la verdad en persona, a cuya imagen ha sido creado. Este recibió también poder sobre los peces del mar y las aves del cielo, y sobre las bestias, también sobre las fieras y los reptiles; porque creado cada uno espiritual, y hecho semejante a Dios, según el Apóstol, *juzga todas las cosas* (1 Cor 2,15), y *él no es juzgado por nadie* (1 Cor 2,15), porque cree que es heredero no de este mundo, sino del futuro. La Sinagoga, sin embargo, tiene toda su esperanza en este mundo. Es solícita con las cosas del cuerpo, pero no en las del alma. Contiene dentro de sí a éstos: al diablo, al Anticristo, al hereje, al hipócrita, al cismático, a la superstición, a la bestia, a la serpiente, a los pozos, a las langostas, a los caballos y a la mujer sentada sobre la bestia. Es llamado en hebreo *diablo,* pero en la-

tín significa «el que se precipita hacia abajo»: porque despreció permanecer tranquilo en lo más elevado del cielo, y por el peso de la soberbia cayó deslizándose hacia abajo. En griego *diablo* significa acusador, o porque denuncia ante Dios aquellos crímenes que él incita a cometer a los hombres, o porque acusa de falsos crímenes a los inocentes elegidos; por eso en este libro se dice por boca del ángel: *ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios* (Ap 12,10). Es llamado en griego *Satanás,* que en latín quiere decir adversario y transgresor. Pues él es el adversario que es enemigo de la verdad, y se empeña siempre en ir contra las virtudes de los santos. Él es el transgresor, porque, hecho prevaricador, *no permaneció en la verdad* (Jn 8,44) en la que fue creado. El es el tentador, porque se ofrece para tentar la inocencia de los justos, como se escribe en el libro de Job. El *Anticristo* es así llamado porque ha de venir en contra de Cristo. No como piensan algunos ingenuos, que se llama el Anticristo porque va a venir antes que Cristo, es decir, después de él vendrá Cristo. No es así. Anticristo en griego significa en latín el que es «contrario a Cristo». «Anti» en griego significa en latín «contra». Cuando venga fingirá ser Cristo, y luchará contra él, y se opondrá a los sacramentos de Cristo, para destruir el evangelio de la verdad y para aceptar sólo la ley mosaica y llamar al pueblo a la circuncisión. Pues procurará reparar el templo de Jerusalén y restaurar todas las ceremonias de la ley antigua. Pero también es un Anticristo el que dice que Cristo no es Dios, pues es un adversario de Cristo. También es un Anticristo el que cree que Cristo es Dios, pero niega a Cristo con sus obras. Cree en Cristo con la fe y le niega con la conducta. Así como dijimos que los apóstatas reniegan de Dios de dos maneras, así también de dos modos los hombres son apóstatas. Así como el que reniega de la fe es un apóstata, también el que reniega con su conducta de Dios omnipotente es un apóstata, aunque en la Iglesia parezca conservar la recta fe. Todos los que salen de la Iglesia y se separan de la unidad de la fe y las obras, sin duda son considerados anticristos.

DE LAS HEREJÍAS DE LOS CRISTIANOS

Muchas e innumerables son las herejías de los cristianos. Pero como la Iglesia es septiforme y difundida por todo el mundo, creemos que es una; en cambio, el dogma de los herejes se limita particularmente a algunas zonas de las regiones. Unos herejes se desgajaron de la Iglesia y reciben su nombre del nombre de los autores que las inventaron. Otros, de las propias causas que las motivaron, al elegir a su arbitrio. Pues *herejía* es palabra griega que en latín significa «elección»: es decir, porque cada uno elige para sí aquello que mejor le parece. Y esto no sólo sucede entre rústicos e ignorantes, sino también entre sabios y letrados que, imaginando a su arbitrio doctrinas perversas, hacen lo que quieren; porque todo el que se separa deliberadamente de la unidad de la Iglesia para instituir o aceptar cualesquiera interpretaciones, que él elige para sí mismo, es un hereje. Y no sólo nos referimos a asuntos de fe, sino también se llaman herejías creencias diferentes y engañosas, que se estima son sin importancia; todas estas cosas serán examinadas por los sacerdotes santos el día del juicio. A nosotros no nos es lícito introducir nada a nuestro arbitrio, ni aceptar lo que alguno haya introducido del suyo. Tenemos como padres a los Apóstoles de Dios, porque ni ellos mismos aceptaron introducir nada de su arbitrio, sino que la doctrina recibida de Cristo nos la transmitieron fielmente. Así que aunque un ángel del cielo nos predicara otra cosa (Gál 1,8), será considerado anatema. Estas son las herejías nacidas contra la fe católica y condenadas por los Apóstoles, por los Santos Padres y por los Concilios. Y mientras éstas, opuestas entre sí por muchos errores, disienten unas de otras, sin embargo con un nombre común conspiran contra la Iglesia de Dios. Pero también todo aquel que interpreta la Sagrada Escritura de otra manera que pide con insistencia el sentido del Espíritu Santo, por quien fue escrita, aunque no se

El profeta Jeremías llorando sobre Jerusalén

haya separado de la Iglesia, sin embargo puede ser llamado hereje.

DE LA SECTA

La palabra *secta* proviene de «seguir» y «sostener». Pues llamamos sectas a la disposición anímica y al establecimiento de una doctrina, o al propósito perseguido en sostenerla, de aquellos que opinan en el culto de la religión cosas muy distintas que los demás.

DEL CISMA

Se llama *cisma* por «la escisión de las almas». Creen en el mismo culto y en el mismo rito que los demás religiosos. Sólo se deleitan con la división de la comunidad, de modo que no mantienen ningún proyecto común con los restantes. Se produce el cisma cuando los hombres dicen: nosotros somos los justos; nosotros santificamos a los inmundos y cosas semejantes a éstas.

DE LA SUPERSTICIÓN

Superstición, así llamada porque es la creencia en cosas superfluas o que no están mandadas en la religión.

DEL HIPÓCRITA

Hipócrita es palabra griega que en latín significa «el que finge». Estos son poseedores del conocimiento de la ley sagrada, predican las palabras de la doctrina: todo lo que dicen lo demuestran con testimonios; sin embargo, a través de todas estas cosas no buscan la vida de sus oyentes, sino sus propias alabanzas. Como no conocieron predicar otras cosas sino aquellas que incitan el corazón de los oyentes a la recompensa del elogio, no les incitan al llanto, pues su alma, ocupada por las concupiscencias exteriores, no está calentada por el fuego del amor divino y por eso no pueden inflamar a sus oyentes, de deseos celestes, las palabras que son pronunciadas por un corazón helado. Pues una cosa que no haya ardido en sí misma no puede inflamar a otro. Y así sucede la mayoría de las veces que las palabras de los hipócritas no enseñan a los oyentes, y a los mismos que se muestran vanidosos por las alabanzas les tornan peores, según dice el Apóstol: *la ciencia hincha, la caridad edifica* (1 Cor 8,1). A quien la caridad no levanta edificando, pervierte la ciencia hinchando. Muchas veces los hipócritas se afligen con una admirable abstinencia, debilitan toda fuerza de su cuerpo y viviendo en la carne eliminan como de raíz la vida de la carne, y así por la abstinencia se apropian de la muerte y casi a diario viven muriendo; pues palidece su rostro, se debilita y agita su cuerpo, y su pecho es oprimido por suspiros ininterrumpidos. Mas en todas estas cosas busca la palabra de admiración de la boca de sus prójimos, pues quien macera su cuerpo, pero anhela honores, crucifica su carne, pero vive para el mundo por la concupiscencia. Porque muchas veces, por la apariencia de santidad, un indigno consigue un puesto de mando, que si no mostrase en su conducta alguna virtud, no merecería obtener honor alguno. Pero pasa lo que se obtiene con deleite, y permanece lo que se consigue con penalidades. Ahora se pone la confianza de la santidad en la boca de los hombres, pero cuando el juez interior examina lo más íntimo del corazón, no pregunta a un testigo externo de la vida.

DEL ARROGANTE

Se llama arrogante, es decir, audaz y soberbio, porque se le ruega mucho y él es desdeñoso.

DEL ENGREÍDO

Se llama engreído porque se eleva a sí mismo por encima de su medida, al verse a sí mismo grande en las cosas que realiza.

DEL DESESPERADO

Vulgarmente es llamado desesperado al malo y perdido, y que no tiene esperanza alguna favorable. Se llama así por su semejanza con los enfermos, que, agotados y sin esperanza, son colocados en el suelo. Era costumbre entre los antiguos colocar a los enfermos sin esperanza delante de las puertas de sus casas, o para devolver a la tierra su último aliento o para que pudieran quizás recibir curación de los transeúntes que en otro tiempo padecieron la misma enfermedad.

DEL ENEMIGO

Enemigo es el no amigo, porque el amigo es llamado guardián del alma; mas el enemigo es el adversario. Dos cosas producen enemigos, el fraude y el miedo. Porque temen los fraudes del mal que padecieron.

DEL SOBERBIO

Se llama soberbio porque quiere ser considerado más que lo que es. El que quiere sobrepasar lo que es, es un soberbio.

DEL PUBLICANO

Publicano es el que exige los impuestos públicos; el que, por los negocios públicos, persigue las riquezas del mundo.

DEL PECADOR

Pecador viene de «pellex», es decir, meretriz, como si dijera disoluto. Este nombre entre los antiguos solamente se aplicaba al lascivo; después pasó este vocablo a designar a cualquier hombre inicuo.

DE LA PROSTITUTA

Fornicadora es aquella cuyo cuerpo es público y de todos; se acostaba bajo el arco de las murallas, y como este arco de bóveda en latín se llama *fornix,* de ahí que se llamen fornicadoras.

DEL PREVARICADOR

Prevaricador es el abogado de mala fe, que, cuando habla para acusar o para defender, olvida conscientemente lo que puede favorecer; declara lo que es inútil y dudoso por recompensa y testifica lo que es falso por dinero.

DEL NECIO

Necio es el fatuo, que a causa de la estupidez no se inmuta. Cuando es injuriado soporta la sevicia originada por malicia, y ni es vengativo, ni se conmueve ante ignominia alguna.

DEL DRAGÓN

El dragón es una serpiente, es decir, el diablo; pero tomó su nombre, que significa serpear, del autor de su nombre. El es también el Leviatán, es decir, la serpiente marina, porque en el mar de este siglo se mueve de una parte a otra con una astucia voluble. *Leviatán* significa «lo que se añade a ellos». ¿A quiénes sino a los hombres? A los que por primera vez en el paraíso les indujo al pecado de prevaricación, y con su persuasión día a día la aumenta y extiende hasta la muerte eterna. Se le dijo a la serpiente: *maldita seas entre todas las bestias; sobre tu pecho y vientre caminarás* (Gén 3,18). Aquí en figura se quiere significar el pensamiento y la soberbia del alma. Por el vientre se designa la lujuria de la carne. El diablo, es decir, la serpiente, camina sobre el pecho y vientre, porque gracias a estas dos causas se arrastra aquel que

busca engañarnos; es decir, o por el pensamiento soberbio, o por la lujuria o por la glotonería del vientre. *Y comerás el polvo,* es decir, te pertenecerán aquellos a los que hayas engañado con la codicia terrena. Cuando se le dijo al diablo: *comerás el polvo,* entonces se le dijo al hombre pecador: *eres polvo y al polvo volverás,* y se le dio al diablo como comida el hombre pecador. *Pondré enemistades entre ti y la mujer y entre tu semilla y su semilla.* La semilla del diablo es el mal consejo o el pensamiento pecaminoso. Cuando uno tiene un mal pensamiento, entonces el diablo siembra en su corazón. La semilla de la mujer es el fruto de la obra buena. Cuando uno piensa lo que es bueno, entonces siembra una buena semilla; y si lo que ha pensado lo cumple con sus obras, resiste al mal consejo. La mujer, es decir, la carne, *aplastará la cabeza de la serpiente,* si el alma le rechaza en el mismo momento de la mala tentación. *El acecha su calcañal,* porque al alma que no puede engañar en la primera mala tentación, intenta conseguirlo hasta el fin. Así al ver a Cristo como hombre, intentó engañarle y no pudo. Entonces aplastó la cabeza, pero no por potencia, pues era Dios, sino por la humildad de hombre le pisó, lo que equivale a la muerte. Como también David había dicho por boca del Padre referido al Hijo: *pisarás sobre el áspid y la víbora, hollarás al león y al dragón* (Sal 91,13). Llamó al áspid muerte, y al basilisco llamó pecado. Al dragón que acecha en la oscuridad, diablo, y al león Anticristo. Ahora los siervos de Dios, seguidores de Cristo, pisotean a éstos con sus pies por medio de su fe y de sus obras, como dice la Verdad en el Evangelio: *Os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre toda potencia enemiga, y nada os podrá hacer daño* (Lc 10,19).

DE LOS CABALLOS

Caballos del Señor son los que vio Zacarías enviados al mar, es decir, a predicar en el mundo. Estos caballos son tres: el blanco, es decir, el candor del bautismo; el negro, es decir, el luto de la penitencia; el tercero es rojo, porque es la pasión del martirio. Estos tres son uno solo y su jinete es Cristo.

DE LOS CABALLOS MALOS

Estos caballos también son tres: el primero rojo, es decir, sanguinolento y homicida. El rojo, del que hablamos antes, es rojo por su propia sangre; éste es rojo de sangre ajena. El segundo caballo es negro, aunque también era negro aquel del que antes hablamos; pero aquél era negro por la penitencia; en cambio, éste por sus obras. Este es el hambre espiritual en la Iglesia, es decir, la predicación evangélica que nadie proclama. El tercer caballo es pálido, y el infierno le seguía. Es la muerte espiritual en la Iglesia. Pues por el pecado viene la muerte. Estos tres caballos son uno solo, y su jinete es el diablo.

DE LA BESTIA

La bestia recibe su nombre propiamente de devastar, es decir, devorar. Daniel vio cuatro bestias en su visión. La primera era como una leona y tenía alas de águila. La segunda bestia era semejante a un oso. La tercera bestia, como un leopardo. La cuarta bestia, terrible y espantosa y muy fuerte, tenía enormes dientes de hierro, que comía y trituraba y lo restante lo pisoteaba con sus pies. Era diferente de las demás bestias y tenía siete cabezas y doce cuernos (Dan 7,7). Estas cuatro bestias son este mundo que se divide en cuatro partes: Oriente, Occidente, Septentrión y Mediodía; aunque también se pueden entender cuatro reinos: es decir, en la leona, el reino de Babilonia. En el oso, el reino de los Medos y Persas. En el leopardo, el reino de Macedonia, y en la espantosa y fuerte, el reino de Roma, que tiene grandes dientes de hierro y que come y pisotea, porque en su reino se realizaron todos los martirios. Sin embargo, estos cuatro son un solo mundo. Como Nabucodonosor,

también vio en la estatua de su visión (Dan 2,31) como a uno en figura de hombre; pero contempló en cuatro partes sus miembros de varios colores: es decir, la cabeza de oro, que es la primera parte del mundo; el pecho y los brazos de plata, que es la segunda; la tercera de bronce, que es la tercera parte, esto es, el vientre y los lomos; la cuarta, los pies de hierro y en parte de barro. En estos pies debes claramente saber que está representado el fin de este mundo, porque los pies son la parte extrema del cuerpo. La piedra que cae del monte es el Hijo de Dios, nacido de la Virgen, que golpea la estatua en los pies, es decir, que viene al fin del mundo, y trae como compañía con los ángeles la paz del mundo, y él mismo es el Rey de su Iglesia para todo el mundo, es decir, la piedra llena el mundo. Por tanto, estas cuatro bestias son una sola bestia, que sabemos se ha manifestado en este libro teniendo siete cabezas y diez cuernos. Las siete cabezas y los diez cuernos son una misma cosa. Las cabezas se refieren a todos los reyes; los cuernos son todos los reinos, y entre los diez cuernos dijo que había un cuerno pequeño. Digamos, pues, lo que consignaron todos los escritores eclesiásticos: al fin del mundo, cuando vaya a ser destruido el reino de los romanos, habrá diez reyes que se repartirán el reino de Roma. Y el undécimo que surgirá, será un pequeño rey, que vencerá a tres reyes de entre los diez reyes: es decir, al rey de Egipto, de África y de Etiopía, como lo diremos más claro a continuación. Matados estos tres, también los otros siete reyes someterán sus cuellos al mismo undécimo rey, que es el cuerno pequeño. El es el hombre del pecado, el hijo de perdición, el Anticristo, de tal manera que se sentará en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios. Aún no ha venido en la figura de su cuerpo; sin embargo, en esta bestia y en los cuatro caballos malos que citamos tiene su reino, de quien se dice por el Profeta: *Mandas tiniebla y cae la noche, en ella rebullen todos los animales de la selva, los leoncillos rugen por la presa y su alimento a Dios reclaman* (Sal 104,20). Por eso dice Job: *las fieras a sus guaridas huyen y en sus cubiles se refugian* (Job 37,8). ¿A qué otro

Juan, el último profeta

se refiere con el nombre de bestia sino al enemigo antiguo, que, cruel, logró con violencia el engaño del primer hombre, y, aconsejándole mal, destrozó la integridad de su vida? Contra éste, por la voz del profeta que habla de la santa Iglesia de los elegidos, que ha de ser restaurada en la situación antigua que perdió en el paraíso, se promete *que la bestia mala no pasará por ella.* Pero esta bestia, después de la venida del Redentor, después de las voces de los predicadores, como después de los truenos de las nubes, cuando al fin del mundo se apodere de aquel hombre condenado, que se llama Anticristo, ¿a qué otro sitio entrará sino a su guarida, para morar en su propio cubil? Aquel vaso es el antro del diablo, el cubil de la bestia, para que, engañando a los hombres que recorren el camino de esta vida, se oculte en él por medio de signos y mate por malicia. Posee éste los corazones de todos los réprobos ahora, aun antes que aparezca manifiesto, y los posee, por su oculta malicia, como propia guarida. Y desea todo lo que puede dañar a los buenos, y se esconde en sus oscuras almas. ¿Acaso no fueron guarida de esta bestia los corazones de los judíos perseguidores, en cuyo corazón se ocultó con numerosos consejos, y de improviso irrumpió en las voces de los que decían: *crucifícalo, crucifícalo?* (Lc 23,21). Y como no pudo en nuestro Redentor con la tentación lograr dañar su espíritu, anheló la muerte de su carne. Ciertamente esta bestia poseyó muchos corazones de elegidos; pero el cordero, muriendo por ellos, le forzó a soltar esa presa. Por eso se dice en el Evangelio: *Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera* (Jn 12,31). Porque con admirable y recto juicio, cuando el Señor, iluminándoles, recibió la confesión de los humildes, cerró, abandonándoles, los ojos de los soberbios. Según dijo: *mandaste tinieblas y cayó la noche.* Manda tinieblas el Señor cuando retira la luz de su inteligencia, al administrar justicia por los pecados. Y cae la noche, porque el espíritu de los malos es cegado por los errores de su ignorancia. En ella caminan todas las bestias de la selva, cuando los espíritus malignos bajo la sombra del engaño recorren los corazones de los réprobos llenándolos de sus maldades. En ella también los leoncillos rugirán, porque los espíritus servidores de los poderes infames, pero poderosos, surgen con inoportunas tentaciones. Sin embargo esperan su alimento de Dios, porque sin duda no pueden captar sus almas, a no ser que por voluntad de Dios en decisión justa se les permita triunfar. Por eso con razón añade: *salió el sol y se reunieron y se volvieron a sus cubiles.* Porque al aparecer la luz de la verdad en su carne, arrojados de las almas de los fieles, retornaron como a sus cubiles, al habitar sólo en los corazones de los infieles. Lo que allí se llamó cubil de los leones, se llama aquí antro, es decir, cueva de la bestia. Pienso que hay que advertir en gran medida que esta bestia no sólo entra en su antro, sino que se dice que mora en él. Pues alguna vez entra incluso en el espíritu de los buenos: sugiere lo que es ilícito, fatiga con sus tentaciones, intenta doblegar la rectitud del espíritu hacia el deleite carnal, se esfuerza también en lograr el consentimiento en el deleite; sin embargo, al resistir con la ayuda divina, se le impide triunfar. Puede, pues, entrar en las almas de los buenos, pero no puede habitar en ellas, porque el corazón del justo no es la cueva de esta bestia. A los que posee como morada propia, tiene sin duda sus almas como morada; porque les va conduciendo primero sus pensamientos hacia los deseos inicuos y después los inicuos deseos a obras nefastas. Pues los réprobos ni se esfuerzan en rechazar sus malos consejos por medio del recto juicio, pues desean ponerse al servicio de sus placeres con amor sumiso. Y cuando surge en sus corazones algo depravado, se fomenta en seguida por el deseo de placer. Y como no se le opone la mínima resistencia, se hace fuerte al instante con el consentimiento, e inmediatamente el consentimiento conduce a la acción, y la acción es ayudada por la costumbre. Con razón se dice que esta bestia mora en su antro, pues posee los pensamientos de los réprobos, todo el tiempo que perfora sus vidas con el aguijón de la mala obra.

DEL POZO

El pozo es lo profundo de la tierra, donde el sol nunca envía sus rayos, porque por su profundidad no puede recibir la luz del día. El pozo, el antro, la cueva, la caverna de la tierra, todo esto es lo mismo, pues son los hombres que caminan en las tinieblas de este mundo, donde el sol de justicia, Cristo, no difunde su luz. Porque están en lo profundo, es decir, porque persiguen las riquezas terrenas, se les oculta la luz de la justicia. Del pozo se dice lo mismo que antes dijimos del antro. En este pozo yace escondido el diablo; de este pozo salieron las langostas, es decir, los demonios; y este pozo y las langostas son una misma cosa. Porque los hombres malos tienen como jinete al diablo. Como se dice por el Profeta: *lo que dejó la oruga, lo devoró la langosta; lo que dejó la langosta, lo devoró el pulgón; lo que dejó el pulgón, lo devoró el saltón* (Jl 1,4). ¿Qué significa la oruga, que arrastra todo el cuerpo por la tierra, sino la lujuria, que manchó de tal manera el corazón, que ya no puede levantarse hacia el amor de superior limpieza? ¿Qué significa la langosta, que anda a saltos, sino la vanagloria, que se exalta con vanas presunciones? ¿Qué significa el pulgón, cuyo cuerpo prácticamente se reduce al vientre, sino la glotonería en el comer? ¿Qué se entiende por el saltón, que incendia lo que toca, sino la ira?

DE LA MUJER SENTADA SOBRE LA BESTIA

La mujer sobre la bestia es el vicio, las obras de maldad, los placeres, la fornicación, la impureza, la avaricia, el celo, el hurto, la envidia, la vanidad, la soberbia, la gula. Quien se alegra de los bienes del mundo, quien no tiene caridad, quien no hace el bien a los pobres, quien aflige a los siervos de Dios con injurias y ultrajes, quien no reparte de lo suyo, sino que se apodera de lo ajeno, quien no acude a la Iglesia, quien testifica en falso, quien devuelve mal por mal, quien se alegra de la muerte del enemigo, los que practican augurios y encantamientos y portan señales, que los ignorantes llaman el signo de Salomón, u otros signos semejantes, que suelen grabar y colgar del cuello, y recogen hierbas rezando el Credo, el Padrenuestro, o con encantamiento y las mujercillas que observan las telas de araña o las pisadas, y los hombres que se fijan en la luna y el día para sembrar, o para domesticar animales, o para la instrucción de los niños, o para plantar árboles, o para realizar una obra, o para matar animales, o para mudarse de un lugar a otro, o para realizar un viaje, o en lunes tienen cuidado de cumplir algo; no sacar de casa algo... ni fuego ni panecillo. Todo esto y cosas semejantes son invenciones del diablo, y establecidas por la práctica de hombres paganos. El que observe lo que acabamos de decir, no es hijo de los Apóstoles, sino de los demonios, cuyas obras imita. Esta es la mujer viciosa, que se sienta sobre la bestia, a la que antes hemos nombrado. Esta es la mujer que se sienta sobre las aguas, es decir, sobre los pueblos, según está escrito: *la mujer,* dice, *que has visto, que se sienta sobre grandes aguas, son los pueblos y las naciones* (Ap 17,15). Esta doctrina ha subsistido proveniente de la condenable escuela de los paganos. Esto no lo acepta el dogma de los Padres ni la santa madre Iglesia. Suelen incluso algunos religiosos, so pretexto de santidad, consultar libros e investigar jergas para saber de qué se trata, y llaman a esto sortilegios de los santos. Estas cosas y otras semejantes fueron inventadas por los herejes y paganos; lo que no se encuentra fundamentado en el conjunto de libros, es decir, del Nuevo y Antiguo Testamento, todo ello lo ha condenado previamente la santa doctrina y lo ha arrojado fuera la santa madre Iglesia. Y a uno un poco, a otro mucho, da de beber de esta copa de idolatría. Es de oro la copa, porque se dicen cristianos, pero con estas obras que hemos resumido en la Sinagoga se separan de Cristo y de la Iglesia; porque como la Iglesia tiene por cabeza a Cristo, éstos tienen por cabeza al diablo. Y como la Iglesia constituye con Cristo un solo cuerpo, así también éstos con el diablo forman un solo cuerpo estructurado, y con la

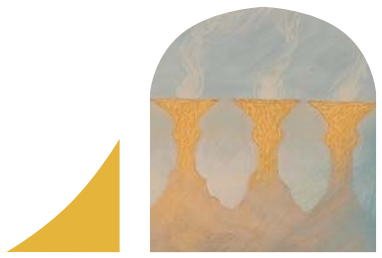
José Ramón Sánchez 2004

Iglesia católica parece que veneran a un solo Señor Cristo, una sola fe y un solo bautismo. La madre Iglesia los tolera y no los quiere rechazar en este mundo, hasta que en el día del juicio sean trillados los campos y separado el trigo de la paja, para guardar el trigo en el granero y quemar la paja en el fuego inextinguible.

DE QUÉ MANERA CONVIVEN JUNTAS LA IGLESIA Y LA SINAGOGA

Iglesia y Sinagoga es un mismo nombre, porque lo que nosotros llamamos Iglesia, los judíos lo llaman Sinagoga. Sin embargo, estos nombres tienen su origen en los Apóstoles, que llamaban a la Sinagoga congregación, y dieron a la Iglesia el nombre de «asamblea». Pues una congrega y la otra convoca, ya que la Iglesia invita a pertenecer a ella a todos, buenos y malos. Por eso en las Santas Escrituras se la designa con muchos nombres. Algunas veces se la llama fornicadora y meretriz, otras veces es llamada virgen, otras hermana, otras prometida; algunas veces es llamada esposa, unas veces es llamada madre, otras hija; unas veces reina, otras concubina, doncella, prójima, amiga. ¿Qué significa meretriz sino que está a disposición de todos? A todos los que vienen a ella, no les niega la fe; yace postrada para todos los que vienen a ella. Por eso Rajab, la meretriz, fue figura de la Iglesia. Ató en la ventana la soga escarlata, para que al llegar Josué, hijo de Navé, con sigilo, viendo la señal escarlata, Rajab y todos los de su casa se salvasen con ella. Así Jesucristo, Hijo de Dios, a los mártires y penitentes por el cordón escarlata, al venir a quemar este mundo por el fuego, salvará a la Iglesia y a los que considere que permanecen en ella. Es virgen, porque reúne a las vírgenes de cuerpo y espíritu, según está escrito: *serán llevadas al rey las vírgenes* (Sal 45,15). Es hermana, como leemos en el Cantar acerca de la Iglesia, que iba a constituirse de entre los pueblos, porque aún no tenía Testamentos: *Tenemos,* dice, *una hermana pequeña, y no tiene pechos todavía* (Cant 8,8). Es llamada prometida, porque Cristo se comprometió con la Iglesia con el anillo de la fe, como él mismo dice en el Evangelio: *Todas aquellas vírgenes se levantaron y arreglaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo y la esposa* (Mt 25,1). Es llamada esposa, porque, por medio de los hijos predicadores, Cristo engendra para sí de ella, según está escrito: *tu esposa como parra fecunda en medio de tu casa, tus hijos como renuevos de olivo alrededor de tu mesa* (Sal 128,3). Es llamada madre, porque es perfecta, como está escrito: *única es mi perfecta. Ella, la única de su madre* (Cant 6,9), y todos los días amamanta a sus hijos con los dos pechos de los Testamentos, según se dice: *tus dos pechos, como dos crías mellizas de gacela que pacen entre lirios* (Cant 7,3). Amamanta a estas dos crías de gacela, es decir, a dos pueblos, que provienen de la circuncisión y del prepucio. Es llamada hija, porque reconoce un padre propio, según está escrito: *oye, hija, y ve; inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre,* es decir, el diablo, *y el rey amará tu belleza, porque él mismo es el Señor Dios tuyo y le adorarán* (Sal 45,11).

Hasta aquí ha hablado el Espíritu Santo por boca del profeta, que compara con una pluma que escribe velozmente, llamándole rey, guerrero, Dios y esposo. Y en la persona del Padre que habla y que la exhorta, se aconseja a la esposa de su hijo a que, despreciado el antiguo error de la gentilidad y de la idolatría, y por eso es llamada hija de extranjero, oiga primero lo que se le dice; contemple después o lo que se le dice o toda la creación; y entendiendo lo invisible por medio de las cosas visibles, y por las criaturas conociendo al creador, incline diligentemente su oído para retener de memoria todo lo que se le dice. Y cuando haya oído, visto e inclinado su oído, y se haya entregado totalmente a la doctrina y a la comprensión de todo aquello que se le dice, olvide a su primer padre, y, con Abraham saliendo de Caldea, deje la tierra de su nacimiento y de su parentela. Nadie puede dudar que nuestro padre, antes de ser adoptados por Dios, fue el diablo, de quien dice el Sal-



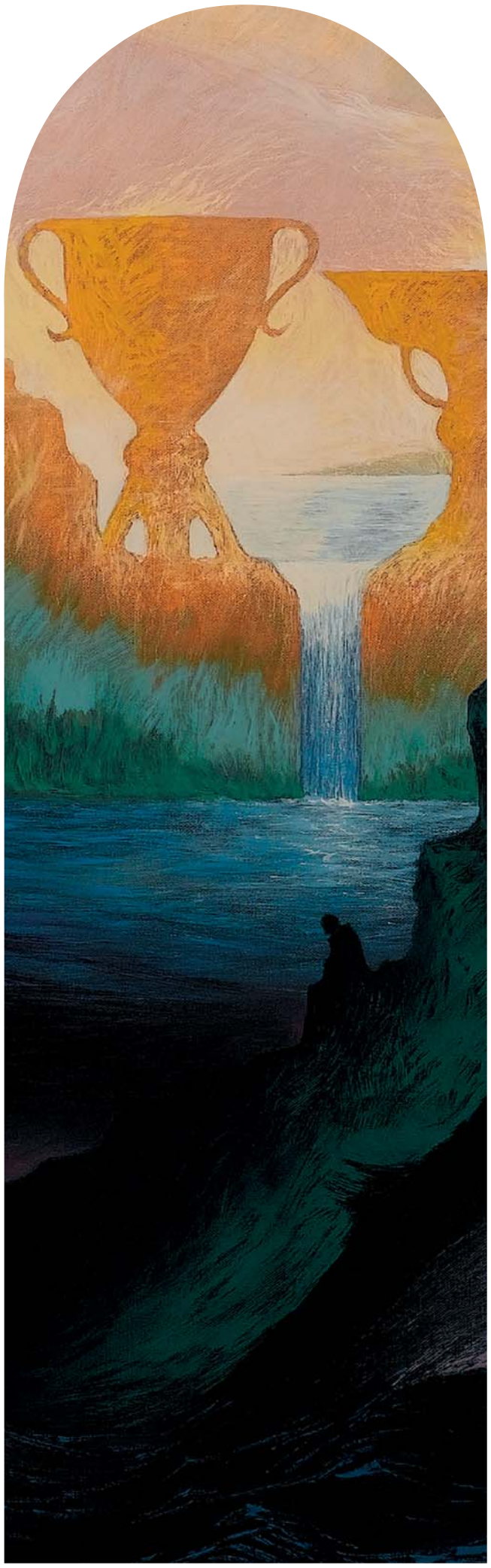
vador: *vosotros sois hijos del diablo* (Jn 8,44). Cuando, pues, te hayas olvidado del padre antiguo, y te muestres de tal manera que, eliminadas las inmundicias antiguas, vestida de blanco cabalgues sobre tu hermano Cristo, y mi Hijo te pueda amar, entonces el Rey amará tu belleza. Lo que en figura de una esposa hemos comentado de la Iglesia, congregada de entre los pueblos, refiéralo cada uno a sí mismo; el alma que cree rectamente, que aleja de sí los vicios anteriores, inmediatamente es adoptada por Dios como hija. Y si como hija ha sido adoptada, incline su oído, olvídese de la antigua morada y, con el apóstol, abandone a su padre muerto, y muéstrese de tal manera que sea amada por el rey. El es su Señor, ante quien debe doblar su rodilla y, depuesta la soberbia, asumir el yugo de la humildad. Es reina, porque tiene como esposo al Rey, según está escrito: *hay a tu diestra una reina, con un vestido de oro, vestida de varios colores* (Sal 45,10). ¿Qué *hijas de reyes hay entre tus preferidas?* Hijas de reyes son los que se preparan para el abrazo del esposo, cuyo trono permanece por los siglos de los siglos. Estas son las que portan *mirra, áloe y casia en todos sus vestidos. Desde palacios de marfil, hijas de reyes hay entre tus preferidas.* Por la mirra se entiende a todos los que mortifican sus cuerpos, porque con mirra se embalsaman los cuerpos de los muertos. Por la casia, que somos el buen olor de Cristo. Y el esposo Cristo habla a su esposa la Iglesia: *mirra y áloe con todos los mejores ungüentos* (Cant 4,14), y ella responde: *mis manos destilaron mirra, una gota mis dedos* (Cant 5,5). Es lo mismo la mirra que la gota. Pues el estacte es la flor de la mirra, y al estacte se le llama gota o lo que destila. Lo que sigue, la casia, es lo mismo que otros llaman fístula; son las alabanzas sonoras de Dios, que cuece con su calor todos los humores, reumas de los placeres. La que está sobre la piedra de Cristo, fundada y en raíz estable, es la Iglesia católica, una, paloma, perfecta, y prójima; está a *la derecha,* y nada hay en ella siniestro; *está con vestido de oro, vestida de varios colores.* Es, pues, reina, y reina con el Rey, cuyas hijas podemos entender, en general, las almas de los creyentes y, en particular, los coros de las vírgenes que adoran al esposo. *Las hijas de Tiro con presentes* (Sal 45,13), es decir, las hijas del más fuerte, o ella la más fuerte, porque imitó al fuerte, *cuyo rostro,* con diversos presentes, *solicitarán los pueblos más ricos.* Les llama ricos, o de este mundo, o los conocedores de la Escrituras. Entendamos también a la mujer y a la concubina, por el Cantar de Salomón, como la que sin su esposo o marido no puede estar. Es llamada prójima y amiga, porque siempre por el pacto de la amistad, es decir, por la fe y las obras, y en la atalaya de la contemplación, cuanto más desea, tanto más próxima está. Esta es a la que llamamos de muchas maneras, pero no dudamos que es una sola. Ciertamente se dice que las vírgenes la seguirán, serán conducidas en la alegría y la exaltación, entrarán al tálamo del Rey. El Cantar de los Cantares demuestra que hay mucha diversidad en las almas que creen en Cristo; en él está escrito: *sesenta son las reinas, ochenta las concubinas e innumerables las doncellas. Única es mi paloma, única mi perfecta,* de la que se dice: *las doncellas que la ven se felicitan, reinas y concubinas la elogian* (Cant 6,7). La que es, pues, perfecta y santa de cuerpo y espíritu, merece ser llamada paloma y prójima. Esta es la hija, de la que más arriba se dijo: *hay a tu diestra una reina con un vestido de oro.* Las que despreciaron los seis días del mundo, y desean los reinos futuros, son llamadas reinas. Si alguna tiene ciertamente la circuncisión del día octavo, pero aún no llegó al matrimonio, es llamada concubina. Es llamada doncella la diversa multitud de creyentes que aún no puede ser copulada por los abrazos del esposo y no puede engendrar hijos para Dios. Pienso yo de tales vírgenes que siguen a la Iglesia, y que se citan en primer lugar, que son todas aquellas que perseveran en la virginidad de cuerpo y alma. Prójimas y amigas son las viudas y las que son continentes en el matrimonio: todas las cuales *con alegría y gozo son llevadas al templo y al tálamo del Rey. Al templo,* como sacerdotes de Dios; al tálamo, como esposas del Rey y del esposo. Explicaremos

La Iglesia y la Sinagoga

mejor qué es este templo al final de este libro, si el Señor me lo permite.

Expliquemos ahora lo que hemos comenzado. A los que antes hemos llamado muchos miembros, pero un solo cuerpo, son la única vida de todos los santos; pero, según sus esfuerzos, diversos son los méritos de los premios. ¡Oh Iglesia!, tus hijos, que para ti engendraste, se convertirán en tus padres, al hacerles de discípulos, maestros, y al situarlos en el orden sacerdotal para testimonio de todos. *Te nacieron hijos: les constituirás príncipes sobre toda la tierra:* es decir, sacerdotes santos por todo el mundo. *Recordarán tu nombre en toda progenie y linaje,* es decir, toda la cristiandad, que permanezca en la Iglesia, confesará y alabará al Señor para siempre y por los siglos de los siglos, para que, una vez iniciadas las hostilidades, no las abandone y, caminando victoriosa sobre los estragos de los enemigos, prepare para sí un reino en aquellos que, salvando del poder del diablo, unió a su mando y diga: *yo he sido constituido por él rey, sobre su santo monte de Sión* (Sal 2,6). Nadie duda en llamar verdad, humildad y justicia a Cristo, que dice: *Yo soy camino, verdad y vida* (Jn 14,6), y *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29), y *al que hizo Dios para nosotros justicia, redención y santificación* (1 Cor 1,30). Todas estas cosas se refieren al cuerpo para exigirlo a sus miembros. La victoria del Señor es el triunfo de sus siervos. La sabiduría del maestro, el progreso de los discípulos. Pero se pregunta: ¿cómo es *el más hermoso de todos los hijos de los hombres,* aquel de quien leemos en Isaías: *le vimos y no tenía apariencia, ni hermosura, sino que su apariencia era despreciable y desecho de los hombres: varón de dolores y sabedor de dolencias, ante quien se oculta el rostro?* (Is 53,2). Y no se crea precipitadamente que la Escritura está en desacuerdo: porque allí se recuerda la fealdad del cuerpo, debida a los azotes y salivazos, y bofetadas y los clavos, y las injurias del patíbulo; y aquí la belleza de las virtudes, en el cuerpo sagrado y digno de veneración. No que la divinidad de Cristo, comparada con los hombres,

es más hermosa, pues ésta no tiene comparación, sino que, sin los sufrimientos de la cruz, es más hermoso que todos; es virgen de una virgen, porque *no nació por voluntad carnal, sino que nació de Dios* (Jn 1,13). De no haber tenido en su rostro y en sus ojos algo celestial, no le hubieran seguido al momento los Apóstoles; ni hubiesen caído a tierra los que vinieron a prenderlo. Finalmente, en el testimonio presente en el que se dice: *varón de dolores y sabedor de dolencias,* dio el motivo por el que padeció estas cosas: *porque oculta su rostro,* es decir, encubierta un poco su divinidad, dejó abandonado el cuerpo al ultraje. Alguno unió este versículo con los anteriores, de tal manera que *el más hermoso de los hijos de los hombres* no se refiera a Cristo, sino a la pluma: *ha sido derramada la gracia en tus labios.* Podemos entender en qué sentido se ha dicho *ha sido derramada la gracia en tus labios,* es decir, toda la multitud de la gracia ha sido derramada en los labios del Salvador, que en poco tiempo llenó todo el mundo. *Como un esposo que sale de su tálamo. A un extremo del cielo es su salida y su órbita llega al otro extremo* (Sal 19,6). Pues también Santa María, que había concebido a aquel *en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad* (Col 2,9), es saludada la llena de gracia (Lc 1,28). Y advierte que todo lo que se dice debes referirlo con inteligencia a la persona de aquel que fue asumido de la virgen, porque se dice que por la gracia de sus labios es bendito para siempre. De él se dijo por el Profeta: *tu sede, Dios para siempre; la vara de la justicia es la vara de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad; por eso te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría más que a todos tus compañeros.* Lo que nosotros llamamos sede, los judíos lo llaman trono. Lo que aquí dice: *Dios, tu Dios, te ungió,* entiende que se refiere a dos personas, el que es ungido por Dios y el que le ungió. Ciertamente, también el ángel se lo anunció a María: *Le dará el Señor Dios el trono de su padre David y reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin* (Lc 1,32). Y no pensemos que esto es contrario a aque-



Las copas doradas de Dios

llo que dice el Apóstol escribiendo a los Corintios: *El hijo entregue el reino y se someta a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo* (1 Cor 15,24). Pues no dijo entrega al Padre, de tal manera que pareciera que el Hijo está separado, sino entrega a Dios, esto es, a Dios, que habita en el cuerpo asumido, *para ser todo en todo.* Y Cristo, que antes por unas pocas virtudes estaba en cada uno, habita en todos por todas las virtudes. *La vara de la justicia es la vara de tu reino.* La vara y el cetro son las insignias del que reina, como dice el Profeta: *saldrá una vara del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará* (Is 11,1). Entiende que se trata del hombre que fue asumido, a quien se le ofrece el mando, y de quien se dice que reina, porque amó la justicia y porque odió la iniquidad; que fue ungido *con el óleo de la alegría más que todos sus compañeros;* que lo va a recibir en la unción como premio del amor y del odio. Se nos enseña que en nosotros están las semillas de ambas realidades, del amor y del odio: puesto que el mismo que elevó hasta el cielo las primicias de la masa de nuestros cuerpos, amó la justicia y odió la iniquidad. Por eso David dice: *¿No odio, oh Dios, a quienes te odian? ¿No me asquean los que se alzan contra ti? Con odio colmado los odio* (Sal 139,21). Los compañeros son los Apóstoles y los creyentes, a quienes designó con la palabra de su unción, pues del ungido viene ungidos, es decir, cristianos. He aquí la cabeza unida con los miembros, que son Cristo y la Iglesia apostólica, en quien creemos, y a quien siempre con todos los cristianos en común con una sola voz proclamamos en el Símbolo.

EL SÍMBOLO

Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, y en Jesucristo, su Hijo, que por nuestra salvación se encarnó de la Virgen María, padeció, murió y resucitó al tercer día vivo entre los muertos. Subió a los cielos, está sentado a la derecha del Padre y su reino no tendrá fin. Vendrá al juicio, a juzgar a los vivos y a los muertos. Creemos en el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo; en la Santa Iglesia Católica y Apostólica, y esperamos obtener por ella el perdón de los pecados, por medio del solo bautismo de la Trinidad. Creemos que, en esta carne que somos, resucitaremos el día del juicio, cuando venga Cristo a juzgar a los vivos y a los muertos, y a dar a los justos el premio, y a los impíos los suplicios de la pena eterna. Esta es la fe apostólica que profesa la Iglesia en todo el mundo, iluminada por el sol, Cristo, y por el número doce de las horas del día de los Apóstoles. Porque la Iglesia por la pureza de su fe es llamada luz y día, como dice el Salmista: *Este es el día que hizo el Señor, exultemos y alegrémonos en él* (Sal 118,24). La Sinagoga, sin embargo, por la ignorancia de su error, es llamada noche y tiniebla, según está escrito: *el día al día comunica el mensaje, y la noche a la noche transmite la noticia* (Sal 19,3). El día al día, es decir, los Apóstoles anuncian el Salvador a los creyentes. La noche transmite la noticia a la noche, es decir, Judas, el que traicionó a Cristo, a los judíos. Ved que están en una misma congregación el día y la noche, y lo que fue hecho, creemos que fue hecho no sin razón. Ciertamente, todo lo que está escrito en el Evangelio, dice el Evangelista que lo realizó el Señor en un solo año. Y si esto sucedió sólo para que Cristo padeciera y otros le entregaran, ¿de qué nos servía que se escribiera en el Evangelio y se leyera en la Iglesia, si no fuera figura del futuro, y por tanto se convirtiera en modelo y autoridad para el futuro? ¿Acaso sólo entonces había fariseos, de quienes decía a los discípulos: *haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen?* (Mt 23,3) ¿Acaso sólo entonces existía la Sinagoga, de la que dijo por el profeta lo que había sido realizado en los Apóstoles, cuando dice: *¿repudié a vuestra madre y le di la carta de divorcio?* (Is 50,1). Si hay que creer que esto sólo sucedía entonces y ahora no, ¿por qué se lee en la Iglesia la profecía, el Apóstol o el Evangelio? Y si sólo es leer y no hacer, ¿por qué dijo el Señor en el Evangelio: *En verdad os digo: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una «i» o un ápice de la Ley sin que*

todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el reino de los cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 5,18)? Y como antes había dicho: *no he venido a abolir la ley, sino a dar cumplimiento,* ved que lo que enseñó, eso hizo, y no sólo lo enseña con palabras, sino con ejemplos, cuando lavó los pies de los discípulos y las demás acciones. Y si él no abolió y no mandó abolirlo a los discípulos, ves que es porque los fariseos realizaban algunas obras justas, aunque no con el espíritu, sí con el cuerpo, al decir: *si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos.* Pienso yo que sus obras eran la sabiduría de los libros; sin embargo, lo santo que manifestaban al exterior no lo hacían por otro motivo que para ser admirados por los hombres, cuyos diezmos comían, según dice el Señor: *desfiguran su rostro ayunando, para que los hombres lo noten* (Mt 6,16). Fariseos es una palabra que significa separados, porque entre sí son contrarios a los saduceos: ellos son los escribas. Los fariseos son llamados separados porque prefieren la justicia de las tradiciones y de las observancias, lo que ellos llaman «deuterosis», por eso son llamados por el pueblo separados, como de la justicia. Saduceos quiere decir justos: vindican para sí lo que no son. Ved que ahora en la Iglesia podemos comprobar por este Evangelio, que hemos recibido de Cristo, que existen estos fariseos en la Iglesia. Son los sacerdotes que desean las primeras cátedras, para que los hombres les llamen maestros; que no trabajan por otra causa sino para ser honrados por los hombres. Y adquieren ganancias en el mundo, no para ganar almas, sino para colmar su codicia. Está también la Sinagoga dentro de la Iglesia: pues si no estuviera no nos habría advertido el Salvador, al decirnos: *os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas* (Mt 10,17). Ved en un mismo lugar la Iglesia con la Sinagoga, separadas en el ser y en el obrar. Y así como a la Iglesia por su fe y conducta llamamos día, así también a la Sinagoga por la ignorancia de su error llamamos noche; el sol luce en el día y en la manifestación de las obras buenas, según está escrito: *Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5,16). Y como la ignorancia es la tiniebla, en el principio de la creación se dijo: *las tinieblas cubrían la faz del abismo* (Gén 1,2). Ya hemos probado que el abismo es un pozo oscuro, es decir, los hombres ignorantes. Sobre su faz estaban las tinieblas del abismo, es decir, la ceguera del pecado y la oscuridad de la ignorancia: *Y atardeció y amaneció el día primero.* Ved unidas la tarde y el día, pero uno ilumina y la otra oscurece. Uno prepara el camino, la otra el descanso, o, si se está en viaje, no ofrece ninguna luz a los ojos. Y ¿qué es la noche sino la ausencia del sol?, y ¿qué es el día sino la presencia del sol? Este día y noche se dice que son veinticuatro horas, hasta cuando el día y la noche concluyan en el cielo versátil los espacios de su curso desde la salida del sol hasta la otra salida del sol. De forma abusiva, pues, es un día el espacio desde la salida del sol hasta su ocaso. Se dice que es un día, pero transcurre por la luz y las tinieblas. Con razón, pues, la Iglesia y la Sinagoga parece como que trabajan en un mismo lugar, y se dice que tienen una misma fe; pero se manifiestan en sus obras. Porque como la presencia del sol es el día, y la ausencia del sol es la tiniebla, así también Cristo es para los suyos la luz, como tiniebla es para los suyos el diablo, que es el autor de la muerte. Por tanto, con razón la Escritura llamó a los hombres santos *días* y a los pecadores *tinieblas.* Y no hablamos sólo de los pecados al hablar de la oscuridad, sino que también está en tinieblas quien no entiende las Sagradas Escrituras y enseña otra cosa distinta, según está escrito: *agua tenebrosa en las nubes del aire* (Sal 18,12), porque oscura es la enseñanza en los profetas. Este día y noche se considera un día, desde la salida del sol hasta la otra salida, porque se concluye en el

El Diluvio

espacio de veinticuatro horas; y a quien le falta la luz, cuando es de día o de noche, no ve nada. Así la Iglesia y la Sinagoga parece como que trabajan en la misma tarea, y los ignorantes no pueden ver cuál es la luz de la Iglesia; y tanto los sacerdotes como el pueblo restante parece que sostienen una doctrina común. La única Iglesia nos tolera a unos y otros, a quienes su benigna piedad pacientemente espera para el arrepentimiento, y por ella y en ella gratuitamente nos concede el perdón de los pecados. Sólo él conoce quién está en pie y quién ha caído. Sólo él sabe por qué o para qué han sido elegidos para los pueblos nefastos sacerdotes. Y aunque la Iglesia tenga celo, es sin embargo siempre superior la malicia. Pero la que no se atreve a condenar, lo reserva al juicio divino, y temblando, al mismo tiempo que dudando, clama con el Apóstol: *¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!* (Rom 11,33). Por tanto, oye con atención por qué se habla de una sola Iglesia, y qué hay que saber acerca de ella, porque este escrúpulo roe a muchos. Y a fin de reunir para ti algo de las Sagradas Escrituras, acércate con agrado y prepárate con todo tu ser a escuchar, y compórtate no con altanería, sino con humildad.

El arca de Noé fue tipo de la Iglesia, como dice el apóstol Pedro: *en el arca de Noé, unos pocos, es decir, ocho almas, fueron salvados a través del agua; a ésta corresponde ahora el bautismo que os salva* (1 Pe 3,20). Y como en ella había toda clase de animales, así también hay en esta Iglesia hombres de todos los pueblos y costumbres; como allí había leopardos, cabritos, leones, lobos y corderos, también hay aquí justos y pecadores, es decir, moran vasos de oro y de plata junto con vasos de madera y barro. Y tuvo el arca sus nidos; también la Iglesia tiene muchas moradas. Ocho almas de hombres se salvaron en el arca: y a nosotros nos manda el Eclesiastés: *reparte con siete y también con ocho* (Ecl 11,2), es decir, cree en ambos Testamentos. Por eso también algunos salmos están escritos «en octava», y de ocho versos cada estrofa, y en el salmo 118 (119), que se considera perfecto, se inicia con cada una de las letras (del alefato). También las Bienaventuranzas que anuncia Jesús a sus discípulos en el monte y que proclamó para la Iglesia son ocho. Y Ezequiel en la edificación del templo asumió el número ocho. Y encontrarás muchas otras cosas, simbolizadas de esta manera por la Escritura. Se envía desde el arca un cuervo, y no vuelve; y después la paloma anuncia la paz de la tierra. Así por el bautismo, expulsada la terrible ave, es decir, el diablo, la paloma del Espíritu Santo anuncia la paz a nuestra tierra. Se construye el arca comenzando por treinta codos y decreciendo poco a poco hasta llegar a un codo. De la misma manera la Iglesia, que contiene en sí muchas categorías, tiene su culmen en los diáconos, presbíteros y obispos. Corre peligro el arca en el diluvio; la Iglesia corre peligro en el mundo. Salió Noé, plantó una viña y, bebiendo de ella, se emborrachó. Nacido también en la

carne, Cristo plantó la Iglesia, y padeció. El hijo mayor se rió de su padre desnudo, y el menor le cubrió. También los judíos se rieron de Dios crucificado, y le honraron los gentiles. Me falta tiempo para explicar, comparando, todos los simbolismos del arca con la Iglesia. Explicaré brevemente, porque pertenece al presente asunto, quiénes son entre nosotros las águilas, las palomas, los leones, los ciervos, los gusanillos, las serpientes. No sólo conviven en la Iglesia las ovejas y no sólo vuelan en ella las aves puras, sino que se siembra trigo en el campo, y entre los verdes cultivos sobresalen lampazos y abrojos y estériles avenas. ¿Qué hará el labrador? ¿Arrancará la cizaña?; pero al mismo tiempo se destruye toda la mies. Todos los días el ingenio del campesino espanta las aves con ruido, las atemoriza con espantapájaros; por una parte hace ruido con el látigo, por otra las atemoriza. Sin embargo entran en su campo las cabras veloces o el lascivo onagro. Por una parte, los ratones se llevan los trigos a los socavados hórreos; por otra, la hormiga asola la mies en ardorosa multitud. Así está la cosa: nadie posee un campo seguro. Cuando dormía el Señor, el enemigo sembró la cizaña. Al proponer los discípulos ir a arrancarla, nuestro Señor se lo prohibió, reservándose para sí la separación de la paja y el trigo. Estos son los vasos de la ira y los vasos de la misericordia, que predice el Apóstol en la casa del Señor. Vendrá el día en que, abierto el tesoro de la Iglesia, el Señor manifestará los vasos de su ira (Rom 9,22). Los santos dirán de los que se salen: *salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros* (1 Jn 2,19). Nadie puede tomar para sí la victoria de Cristo. Nadie antes del juicio puede juzgar acerca de los hombres. Si ya estuviese purificada la Iglesia, ¿qué reservamos para el Señor? *Hay caminos que entre los hombres parecen rectos: al final van a lo más profundo del infierno* (Prov 14,12). Teniendo en cuenta este error de apreciación, ¿qué juicio puede ser seguro?

DEL ANTICRISTO. DE QUÉ MANERA VA A ELIMINAR AL EMPERADOR ROMANO Y VA A ASUMIR ÉL MISMO EL IMPERIO

El beato Agustín, en su libro *La ciudad de Dios,* comenta la frase del apóstol Pablo, cuando corrige a los Tesalonicenses, porque pensaban, en tiempos del apóstol Pablo, que había llegado el día del juicio; les había escrito en la primera carta diciéndoles acerca de la venida del Señor: *Nosotros los que vivamos, los que quedemos hasta la venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron.* Y poco más adelante: *después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes junto con ellos* (1 Tes 4, 15-17). Por eso les escribe una segunda carta, de la que, al comentarla, dice el bienaventurado Agustín lo siguiente:

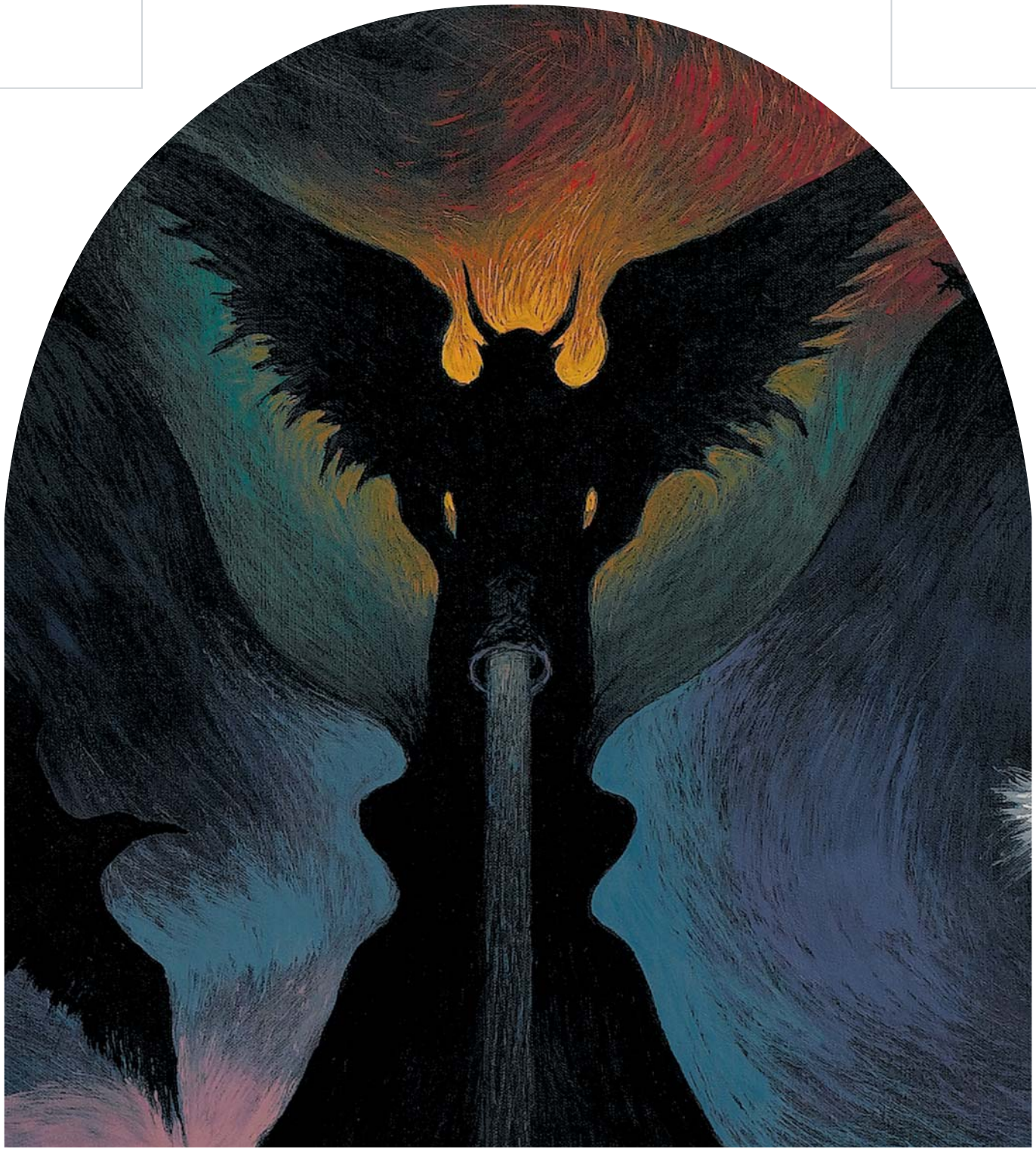
«Veo que debo pasar por alto las numerosas afirmaciones evangélicas y apostólicas acerca de este divino último juicio, para no hacer demasiado voluminoso este libro; pero de ninguna manera debe ser pasado por alto el apóstol Pablo, cuando escribe a los Tesalonicenses y les dice: *Por lo que respecta a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis alterar tan fácilmente en vuestros ánimos, ni os alarméis por alguna manifestación profética, por algunas palabras o por alguna carta presentada como nuestra, que os haga suponer que está inminente el día del Señor. Que nadie os engañe de ninguna manera. Primero tiene que venir "el fugitivo" y manifestarse el hombre impío, el hijo de perdición, el adversario, que se eleva sobre todo lo que lleva el nombre de Dios, o es objeto de culto, hasta el extremo de sentarse él mismo en el santuario de Dios. ¿No os acordáis que ya os dije esto cuando estuve entre vosotros? Vosotros sabéis qué es lo que ahora le retiene, para que se manifieste en su momento oportuno. Porque el misterio de la impiedad ya está actuando. Tan sólo con que sea quitado de en medio el que ahora le retiene, entonces se manifestará el impío, a quien el Señor destruirá con el soplo de su boca*

y aniquilará con la manifestación de su venida. La venida del impío estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales, prodigios engañosos y todo tipo de maldades, que seducirán a los que se han de condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que les hubiera salvado. Por eso Dios les envía un poder seductor que les hace creer en la mentira para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad (2 Tes 2,1). Nadie duda que dijo estas cosas del Anticristo, y que anticipó que el día del juicio (al que llama día del Señor) no iba a llegar antes de que llegara aquél, a quien llama "el fugitivo", ciertamente del Señor Dios. Si con razón se puede decir esto de todos los impíos, ¡cuánto más de éste!; pero en qué templo de Dios se va a sentar, no sabemos si se trata de las ruinas del templo construido por el rey Salomón o de la Iglesia. Pues el Apóstol no llamaría Santuario de Dios al templo de cualquier ídolo o demonio. Por eso algunos quieren entender que aquí el Anticristo no es el mismo Príncipe, sino en cierto sentido todo su cuerpo, es decir, la multitud de todos aquellos que le pertenecen, junto con su mismo Príncipe. Creen también con mayor exactitud que, tanto en latín como en griego, se dice que se sienta en el templo de Dios, como si él fuera el templo de Dios, que es la Iglesia, así como decimos: se sienta en el amigo, es decir, como amigo, o algo semejante que se suele decir en este género de frases. Y lo que dice: *vosotros sabéis qué es lo que ahora le retiene,* es decir, sabéis por qué se demora, cuál es la causa del retraso, para manifestarse a su debido tiempo. Y como dijo que ellos ya lo sabían claramente, no lo quiso decir. Y por eso nosotros, que desconocemos lo que ellos sabían, deseamos llegar con esfuerzo a lo que piensa el Apóstol y no podemos. Sobre todo hace más oscuro este sentido lo que añadió: porque ¿qué es: *porque el misterio de la impiedad ya está actuando; tan sólo con que sea quitado de en medio el que ahora le retiene, entonces se manifestará el impío?* Yo confieso que ignoro por completo qué ha dicho. No callaré las interpretaciones de los hombres que he podido oír o leer. Algunos piensan que esto fue dicho del Imperio romano y que por eso el apóstol Pablo no quiso escribirlo con claridad, para no incurrir en calumnia, por haber opinado mal del Imperio romano, que se consideraba eterno. Y que lo que dijo: *porque el misterio de la impiedad ya está actuando,* se refiere a Nerón, cuyos hechos ya se conocían como los del Anticristo. Por eso algunos piensan que él es el que va a resucitar y el futuro Anticristo. Otros piensan que no fue eliminado, sino más bien retirado, de manera que parezca que ha sido matado; y que se oculta vivo en el vigor de la propia edad, en la que se cree que fue asesinado, hasta que se manifieste, a su tiempo, y sea repuesto en su reino. Pero a mí me parece demasiado fabulosa esta presunción tan grande de los comentaristas. Sin embargo, lo que dice el Apóstol: *tan sólo con que sea quitado de en medio el que ahora le retiene,* se cree, no sin razón, que fue dicho del Imperio romano, como si se hubiera dicho: el que ahora manda, mande solamente hasta que se le retire del medio, es decir, se le quite del medio. Y entonces se manifestará el impío, que sin ninguna duda se refiere al Anticristo».

(SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios,* lib.20, cap.19)

COMIENZA EL LIBRO SEGUNDO ACERCA DE LAS SIETE IGLESIAS. ESTE LIBRO CONTIENE LO DE LOS CUATRO VIVIENTES, Y LOS CUATRO CABALLOS, Y LAS ALMAS DE LOS ASESINADOS, Y LO DE LOS CUATRO VIENTOS Y LOS DOCE MIL

(Ap 2, 1-7) *Escribe al ángel de la Iglesia de Éfeso: esto es lo que dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina entre los siete candeleros de oro. Conozco tu conducta: tus fatigas y tu paciencia en el sufrimiento, que no puedes soportar a los malvados y que pusiste a prueba a los que se llamaban apóstoles sin serlo y descubriste su engaño. Tienes paciencia en el sufrimiento; has sufrido por mi nombre sin*



La copa oscura de la Bestia

desfallecer. Pero tengo contra ti que has perdido tu amor de antes. Date cuenta, pues, de dónde has caído; arrepiéntete y vuelve a tu conducta primera. Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero, si no te arrepientes. Tienes, en cambio, a tu favor, dice, *que detestas el proceder de los nicolaítas, que yo también detesto. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de mi Dios.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO SEGUNDO

Escribe al ángel de la Iglesia de Éfeso. Bajo el nombre de un solo ángel, designa el número de todos los santos. Éfeso, que significa «mi voluntad» o «mi plan», se refiere, como más arriba hemos recordado, a la Iglesia católica, a la que manifiesta decir estas cosas: *Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina entre los siete candeleros de oro.* Esto es, el que

tiene en su mano las almas de los santos, y camina en medio de sus Iglesias con milagros y virtudes y vive en la magnitud de su poder. A la misma Iglesia dice: *Conozco tu conducta, tus fatigas y tu paciencia.* Afirma que él conoce el resultado de su buena conducta y la molestia de su fatiga y de su aplicación espiritual, y la paciencia para soportar la tentación y superarla. Alaba también la pureza de su Iglesia en relación con el dictamen de la verdad; de esta Iglesia también habla Isaías: *Grita de júbilo, estéril que no das a luz; rompe en gritos de júbilo y alegría la que no ha tenido los dolores: que más son los hijos de la abandonada que los de la casada* (Is 54,1). De la fatiga de esta Iglesia se dice: *dichosos los que lloran, porque serán consolados* (Mt 5,5). También aquí en el presente texto, el Señor dice a la Iglesia: *y que no puedes soportar a los malvados y que pusiste a prueba a los que se llamaban Apóstoles sin serlo y descubriste su engaño; tienes paciencia en el sufrimiento: has sufrido por mi nombre sin desfallecer.* Interpretamos que esto sin duda ha sido dicho de los herejes, porque estos seductores abandonan la verdad y son autores de la maligna mentira. Porfían en decir que son buenos y se comprueba que son peores que los demonios. Pero sus mentiras y su perversidad las descubrió la fe católica, y por tolerancia soportó los innumerables males que le infligieron. Todo lo soportó por el nombre de Cristo y no desfallece su fe. A esta misma Iglesia se le dice de los herejes por medio del Profeta: *Ningún vaso moldeado contra ti tendrá éxito; e impugnarás a toda lengua que se levante a juicio contigo* (Is 54,17). *Los pusiste a prueba,* dice. No son puestos a prueba sino los que están dentro. Los que están fuera, es claro que están fuera sin necesidad de prueba alguna. Y no es necesario probarles si no están dentro de la Iglesia: porque se les conoce por sus frutos, pero no por el lugar. De éstos dice el Señor: *Por sus frutos los conoceréis,* porque *no puede el árbol malo dar buenos frutos* (Mt 7,16). El fruto se refiere a la conducta y la hoja a la palabra. Cuando hayan sido descubiertos obrando así, ésos son claramente malos. Pues son éstos aquellos de quienes se dice que se consideran apóstoles sin serlo; porque por lo que son considerados apóstoles, es porque parece que sirven al Señor; sin embargo, en su conducta se sirven a sí mismos y no al Señor. Nos debemos preguntar con ingenio: ¿quiénes son los que sirven al Señor? Pues no todos los que leen, ni todos los que predican, ni todos los que reparten sus bienes, ni todos los que castigan su cuerpo con la penitencia de la carne, sirven al Señor. Los que leyendo y predicando buscan su propia gloria, los que en sus limosnas y en el castigo del cuerpo por la penitencia buscan recibir las alabanzas de los hombres, éstos se sirven a sí mismos y no al Señor. Porque, al contrario, el Señor dice por el Salmista: *el que anda por el camino sin mancha, será mi servidor* (Sal 101,6). Tiene mancha, en el camino, quien en la buena obra que realiza se propone recibir el premio de la gloria terrena; el que busca recibir la recompensa en este mundo y mancha a los ojos de Dios la especie de obra buena con la mancha de la maligna intención. Quizás, pues, el que se apasiona diligente con el estudio de la doctrina, destruye las culpas de los pecadores; sin embargo, el que es inducido a realizar estas cosas no por el amor de Dios omnipotente, sino por el propio, en esto se sirve a sí mismo y no al Señor. Otro, para no ser considerado desabrido, tolera con mansedumbre muchas cosas que por su malicia le causan agravio. Ciertamente, este que no quiere ser considerado manso por el Señor, por el celo de su propia mansedumbre se sirve a sí mismo y no al Señor. Es preciso, pues, que, ya nos fatiguemos al servicio de la Palabra, o repartamos nuestros bienes a los pobres, o dominemos nuestra carne por la penitencia, o que el celo nos invada, o que por la paciencia soportemos algunas veces con mansedumbre los males, que con gran diligencia procuremos descubrir nuestra intención en todo lo que hacemos, no vaya a suceder que en nuestras acciones nos sirvamos a nosotros mismos más que al Señor. Pues no servían al Señor, sino a sí mismos, aquellos de quienes decía Pablo: *Todos buscan sus propios intereses y no los de Jesu-*

cristo (Flp 2,21). El mismo Pablo con sus hermanos elegidos corría a servir no a sí mismo, sino al Señor en la vida y en la muerte, cuando decía: *Ninguno de nosotros vive para sí mismo, como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que ya vivamos, ya muramos, del Señor somos* (Rom 14,7). Los santos, ni viven, ni mueren para sí, porque en todos sus actos buscan los bienes espirituales, y orando, predicando, perseverando en las obras santas, desean multiplicar los ciudadanos de la patria celestial. No mueren para sí, porque ante los ojos de los hombres glorifican con su muerte a Dios, ante quien se apresuran, también muriendo, a llegar a él. Pensemos, pues, en la muerte de los santos; no cuántas injurias sufrieron de los infieles, sino cuánta alabanza de Dios creció en el corazón de los fieles. Si éstos buscaran su gloria, ciertamente habrían temido sufrir tantas injurias en su muerte; pero ninguno de los nuestros vive para sí, ninguno muere para sí, ya que no buscaron su gloria, ni en la vida, ni en la muerte. Pero no es testimonio de alabanza lo que dijo: *sé que no puedes soportar a los malvados,* sino testimonio de debilidad. Hay, sin embargo, alabanza en lo que dijo: *no puedes, y has sufrido por mi nombre;* alabó la debilidad humana en tolerar a los falsos hermanos, y en mantener por la humildad de la caridad la virtud de la paciencia, que proviene del temor de Dios, para, según el mandado del Señor, saber de quiénes precaverse. Y dice que tuvo paciencia para soportar, como sollozando y triste, todas las cosas según la cátedra de Moisés, es decir, los falsos y mundanos sacerdotes, que no por Dios, sino por el honor del mundo se sientan en la cátedra de Moisés, y desean ocupar los primeros puestos y las primeras cátedras en la Iglesia. A éstos la Verdad en el Evangelio suele llamar fariseos; y manda que escuchen y cumplan lo que dicen, pero que se abstengan de sus frutos. Así el Apóstol manda probar a los malos y abstenerse de sus obras, cuando dice: *Examinad qué es lo que agrada al Señor y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, antes bien denunciadlas*, es decir, no os calléis; *mencionar las cosas que hacen ocultamente da vergüenza* (Ef 5,10). Esto manda el Apóstol en relación con los falsos apóstoles. A una parte del ángel le dice así: *Pero tengo contra ti, que has perdido tu amor de antes.* Asumió la representación de todos los pecadores que, situados en la Iglesia católica, se vinculan a diversos errores. Y enseña que con ello se origina que, olvidados del primitivo amor de la fe, se ven enredados en los numerosos lazos de los vicios. De ninguna manera, pues, dice: *tengo contra ti* a la misma parte a la que alaba, diciéndola: *tienes paciencia y has sufrido por mi nombre sin desfallecer*. Por eso es cierto y verdadero que quien tiene paciencia y no desfallece, no puede abandonar el amor, pues Dios es amor. Esta claro, pues, que enseña que hay en un mismo cuerpo dos partes, una que persevera, otra transgresora, a la que dice: *date cuenta de dónde has caído, arrepiéntete y vuelve a tu conducta primera.* Asimismo el Señor dice por el Profeta: *recuérdalo bien y vayamos a juicio juntos: haz tú mismo el recuento para justificarte* (Is 43,26). Al querer que recordemos, nos advierte de las ocasiones en que hemos caído en el mal, para que no caigamos de nuevo. Y para purgar los vicios en que incurrimos, muestra el camino para llegar a él, al decir: *haced penitencia,* es decir, limpia con lágrimas tus pecados. Así aquella pecadora, figura de la Iglesia, regó con sus lágrimas los pies de Cristo, y los secó con sus cabellos. Y después de la penitencia persuade y aconseja qué se debe hacer: *vuelve a tu conducta primera.* O a la primitiva bondad, o a aquellas cosas que en el ardor de la primera conversión habías proyectado, para que no se te diga, si caíste en algo: *date cuenta de dónde caíste;* como si claramente dijera: mira de dónde has caído, o qué pecado has cometido hoy, si en la conducta, si en la palabra, si por el vientre, si tuviste la voracidad de la gula, si fuiste incitado a la fornicación por el aguijón de la carne, si por la codicia, si inflamado por el ardor de la avaricia, si colocaste un simulacro, que es un ídolo, en lo oculto de tu conciencia; si, excitado por la ira y el furor contra el hermano,

permaneció la tiniebla en tu corazón, si alzaste tu mente en la vanagloria, si tuviste el tumor de la soberbia. Si en algo de esto reconoces que caíste, te increpa y te dice siempre: *date cuenta de dónde has caído.* El que cae, cae de lo alto. Por eso dice *de dónde.* No hay mayor ruina que la de quien se separa de la caridad; porque así como la soberbia es el principal de todos los males, así también la caridad tiene la primacía de todos los bienes. Quien no tiene caridad, aunque parezca que hace el bien, nada de bien posee en sí. Por eso dijo: *de dónde has caído.* Porque siempre hasta la muerte hay que realizar obras de amor, que es el principal mandamiento, sin el que ningún católico verá a Dios un día. Si lo desea, y está fuertemente atrapado por alguna de estas cosas que hemos dicho más arriba, todo se viene abajo si disminuye la caridad: *porque el amor cubre multitud de pecados* (1 Pe 4,8). ¿Y de qué sirve que, para hacer penitencia, para practicar la misericordia, para dar gracias siempre a Dios, recurras frecuentemente a la oración? De nada te sirve, si en una cosa te observas y en otra cierras los ojos. Y ¿de qué sirve que casi toda la ciudad esté vigilada cautelosamente contra los ataques enemigos, si se deja abierto un solo hueco por donde entra el enemigo? ¿Para qué sirve la vigilancia que se pone a todo alrededor, si se deja abierta toda la ciudad a los enemigos, por haber descuidado un único lugar? Por tanto, dígase uno mismo: *acuérdate de dónde has caído.* Porque en la Iglesia toda la ley se resume en una sola enseñanza de dos contenidos, es decir, en el amor de Dios y del prójimo. Quien todavía se ve agitado por malos pensamientos, se dice que se aleja del amor de Dios; y quien daña a su hermano en algo, se aleja del amor del prójimo: y en ambos casos se dice que ha caído de lo alto. Por eso se dice: *de dónde has caído, y haz penitencia y vuelve a tu conducta primera,* como si claramente dijera: de día en día comienza siempre a hacer penitencia, de modo que digas que empiezas entonces, cuando ya acabas.

Los bebedores de la copa oscura

Si no, iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero, si no te arrepientes. ¿Qué es mover el candelero sino retirar su rostro, quitar la protección? Porque sin la mirada del Altísimo, sin la protección de Dios, nuestra fe no puede permanecer estable. Por eso dice el Profeta: *mis pasos ensanchas ante mí y no se tuercen mis tobillos* (Sal 18,37). Y antes: *pusiste mis brazos para tensar arco de bronce y tú me das tu escudo salvador.* Y de nuevo: *si el Señor no viniese en mi ayuda, bien presto mi alma moraría en el silencio* (Sal 94,17). Cambia de lugar, pues, el candelero de nuestra fe y apaga la lámpara de nuestra alabanza, cuando retira su rostro de nosotros. Y lo que dice: *si no te arrepientes,* ¿qué penitencia hará presto el hombre si no recibe ayuda del Creador? ¿Quién puede hacer brotar de la aridez de la carne la humedad de las lágrimas, si, por la misericordia de Dios, la venida del Espíritu Santo no rocía el corazón compungido? Ciertamente dice que mueve el candelero de quien manda hacer penitencia. Ya dijimos anteriormente en el primer libro que el ángel y el candelero es una misma cosa. No dice que le van a quitar su parte, sino cambiarle de su lugar, es decir, una parte pierde todo lo que tiene, de manera que al que tiene se le dé y le sobre; y al que no tiene, incluso lo que parece tener, se le quite y envíe al siervo inútil a las tinieblas exteriores (Mt 25,29). Este siervo inútil se refiere a todo el cuerpo de los prepósitos, es decir, de los obispos malos, de cuya vigilancia dependen todos los miembros de su Iglesia; como también en otro lugar dice del mismo siervo, a quien puso al frente de su familia para darles a su debido tiempo el alimento de las Escrituras: *dichoso,* dice, *aquel a quien encuentre obrando así, porque le pondrá al frente de todos sus bienes* (Mt 24,45). Reconoce, pues, siempre en esta advertencia, que hay en la Iglesia dos partes: una parte que, aunque esté dentro de ella hasta que sea separada, perdió sin embargo su propia salvación y toda la luz del candelero; y si fue honrada con los carismas de la gracia, está muerta para sí misma; y lo que vive en ella, le es ajeno. Esta parte es a la que siempre increpa. Sin embargo, la otra parte es a la que alaba: es la Iglesia que dijimos estar fundada sobre piedra, a la que dice: *tienes, en cambio, a tu favor que detestas el proceder de los nicolaítas, que yo también detesto.* Nicolaíta quiere decir *efusión,* o la necedad de la Iglesia que languidece, lo cual sabemos que se dijo no sin razón de los herejes, que, derramados del cántaro de la verdad, se arrojaron al limo de la mentira. De este derramamiento se escribe en la Ley: *se derramó como el agua, no te desbordes* (Gén 50,4). Es claramente también la necedad de la Iglesia que languidece el dogma perverso de los herejes, porque no ofrecen curación para la salud del pueblo, sino que inficionan a los pueblos con las peores enfermedades, diciendo tonterías de Dios, y se preocupan de opiniones estúpidas, de quienes está escrito: *han curado el quebranto de mi pueblo a la ligera diciendo: «paz, paz», cuando no había paz* (Jer 6,14). Pero ¿cómo puede odiar la conducta de los nicolaítas el que ha abandonado el amor, es decir, a Dios? Pues las obras de los nicolaítas son la idolatría y la fornicación, pues Nicolás fue designado diácono, con Esteban y los demás, por los Apóstoles, y abandonó a su mujer a causa de su belleza, para que la tomara el que quisiera; y tal costumbre se tornó en estupro, de tal manera que se intercambiaban unos a otros los cónyuges. E inventó y predicó cosas tan vergonzosas y nefastas, que la herejía de los «neófitos», es decir, sacerdotes y levitas indoctos, nació de esa raíz; el Apóstol los reprueba y advierte al discípulo que ésos no accedan al sacerdocio, al decir: *no te precipites en imponer a nadie las manos y así no te harás partícipe de los pecados ajenos* (1 Tim 5,22). Y ¿qué es precipitarse en imponer las manos, sino conceder el honor sacerdotal antes de la madurez, antes de un tiempo de prueba, antes del mérito del trabajo, antes de experimentar su disciplina? Y ¿qué es también hacerse partícipe de los pecados ajenos, sino el obispo que ordena a tal ignorante, que ni él mereció ser ordenado? Pues así como hace para sí provisión del fruto de la obra buena quien observa el juicio recto en la elección del sacerdo-

te, así también se inflige a sí mismo un daño gravísimo quien hace sacerdotes a los que no merecen serlo. Por eso dice con razón: *detestaste el pecado de los nicolaítas, que yo también detesto.* Claramente se aparta de la amistad de Dios el que agrada a su enemigo. Finalmente, para indicar que ha narrado este misterio por medio de un secreto, dice: *el que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.* También el Señor dice en el Evangelio: *las palabras que os he dicho son espíritu y vida* (Jn 6,63). Luego quien tiene abierto el oído de la fe, quien por la buena credulidad presta el oído finísimo del hombre interior, él mismo podrá oír las palabras del divino mensaje que comunica el Espíritu Santo.

Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de mi Dios. Prenunciado el sufrimiento de la Iglesia, descrita la perversidad de los herejes, y habiendo exhortado a los pecadores a penitencia, promete el premio, después del esfuerzo, a los vencedores; a los que entran allí en el Paraíso, reciben, para que coman de él con total libertad, el árbol de la vida, por el que fue expulsado Adán del Paraíso, para que no comiera nada de él. Dice así: *que está en el Paraíso de mi Dios,* donde las brisas infunden la vida, donde los misterios infunden virtud, donde la manzana del árbol de la vida proporciona la eternidad incorruptible. Por eso se dice oportunamente: *al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de mi Dios.* El Paraíso es la Iglesia a la que nadie entra sino el que con alma limpia ha conocido a Cristo e imita sus pasos con toda su alma, con todo su corazón, con todas sus fuerzas, y ama al prójimo como a sí mismo. El Paraíso es, pues, figura de la Iglesia. Y el primer hombre, Adán, es sombra del futuro. Y el segundo Adán, Cristo, es el sol de justicia, que ilumina la sombra de nuestra ceguera. Y así como el primer Adán, como dice el Apóstol, *es terreno por ser de la tierra*, así también el segundo Adán *es celeste por ser del cielo* (1 Cor 15,47). Por tanto, pues, en la Iglesia hay dos Adán: el terreno y el celeste; *como es el terreno, así son los terrenos; y como es el celestial, así son los celestiales.* Porque Adán está dividido en dos, el viejo y el nuevo. El viejo es al que no se le permite alcanzar el árbol de la vida, porque no quiso despojarse del hombre viejo, es decir, carnal. El nuevo Adán es el que se unió a Cristo vencedor y tiene el poder del árbol de la vida, y el que siempre lo tuvo, y si aún no está unido a Cristo en su cuerpo, sin embargo lo está en el espíritu. Porque si a los vencedores se les promete el árbol de la vida, también antes muchos vencieron en Cristo; porque no todos murieron, *sino los que pecaron a semejanza de la transgresión de Adán* (Rom 5,14); los restantes, pues, que permanecieron o son recordados, a imagen y semejanza de Dios, se dice que viven. Viven, porque *no es un Dios de muertos, sino de vivos* (Mt 22,32). Dos grupos, pues, en Adán y desde Adán son prefigurados, para advertencia del futuro: uno que confesó haber pecado y vive; otro que *no se desliga de los lazos del demonio,* que le sometió, para quien está cerrado el camino del árbol de la vida. Desde el mismo momento que comenzó Adán a engendrar a ambos grupos, vemos que uno y otro ofrecen sacrificios a Dios; pero uno, sacrificios gratos; el otro, desagradables. Uno, postrado y sencillo, que ofrece el sacrificio con humildad, muere a manos de su hermano; el otro, obtuso, es decir, sin sentido y que ofrece con envidia, porque después del asesinato de su hermano permaneció contumaz. La descendencia y progenie de ambos grupos aparece en la Escritura manifestada en Caín y Abel. Pues así dice el Señor: *maldito seas lejos de este suelo que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano* (Gén 4,11). Llama tierra al hombre que desde Caín acepta ejecutar y llevar a cabo los parricidios y odios contra el hermano. Reconoce en Caín y Abel a todo el pueblo que constituye la Iglesia: uno bueno, y el otro malo; uno que injuria, el otro que padece las injurias. Esta es la ciudad que fundó con el nombre de su hijo. ¿Qué significa que Caín construyó una ciudad con el nombre de su hijo sino los impíos que has conocido, que están enraizados en esta vida? Tienen un comienzo y un fin terreno, donde no se espera nada

más que lo que se ve. Los santos, sin embargo, son huéspedes y peregrinos en la tierra. Por eso Abel, como peregrino en la tierra, es decir, pueblo santo, no construye una ciudad: el cielo es la ciudad de éstos, aunque aquí aparecen como ciudadanos de aquellas ciudades en las que peregrinan, hasta que llegue el tiempo de su reino. Pero dice así a la progenie de Abel: *Dios me ha otorgado otro descendiente en lugar de Abel, porque le mató Caín* (Gén 4,25). Esta descendencia se refiere a la Iglesia. Ve, por tanto, que Dios no prohibió a todo Adán comer del árbol de la vida, sino a una parte. Pues Adán vive para siempre: lo que no podría ser sin haber gustado de aquel árbol. Gustó, pues, confesando su error; porque si sólo fuese Adán y no figura del futuro, ¿para qué el Señor, después de su sentencia de muerte, le alejó del árbol de la vida, para que no viviese para siempre comiendo de él? Pues no temió el Señor que en contra de su sentencia pudiese vivir, aunque hubiera comido todo el árbol de la vida; sino que esto se realizó en figura, para manifestarnos a nosotros la verdad en la Iglesia. Pues el cuerpo y la sangre del Señor es la vida, como él mismo dice: *el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna* (Jn 6,5). ¿Acaso todo el que comulga tiene la vida eterna? No, porque está escrito: *el que come y bebe sin discernir el cuerpo y la sangre del Señor, come y bebe su propio castigo* (1 Cor 11,29). El grupo que se examina y que sabe cómo comer, ése solamente come del árbol de la vida. El grupo que está obcecado, y no se acerca a Cristo, luz de la vida, aunque coma este pan, sin lugar a dudas tiene escondido el árbol de la vida. Como Dios dice a Job: *¿acaso no quitaste tú su luz a los malvados?* (Job 38,15). A éstos, pues, que persiguen los bienes terrenos, o que ciertamente llevan una vida tibia, Dios les oculta el árbol de la vida, es decir, la cruz verdadera, no vaya a ser que, como está escrito, *vean con sus ojos y entiendan con su corazón y se conviertan y se curen* (Is 6,10). Contra éstos el Paraíso de Dios se cierra con una muralla de fuego, como en Zacarías dice de la Iglesia: *Yo seré para ella —oráculo del Señor— muralla de fuego en torno y en su interior seré gloria* (Zac 2,5). Que el árbol de la vida está en la Iglesia, claramente en este libro lo dice, en la descripción de la Iglesia. Y que el Paraíso y la Iglesia y el árbol de la vida, es una penitencia digna, es decir, la cruz de Cristo, que muchos parecen llevar, pero no siguen al Señor. *En las dos márgenes del río,* dice, *el árbol de la vida produce frutos doce veces al año, por cada uno de los meses* (Ap 22,2); el Señor dará este Paraíso y su árbol a los vencedores. El Paraíso es la Iglesia. Cristo árbol de la vida fue crucificado. *Por las dos márgenes del río* entiende o los dos Testamentos, el de la Ley y el del Evangelio, o el agua del bautismo. Los doce meses son los doce Apóstoles. Da estas cosas a los vencedores; pero a los enemigos de su cruz, cuyo Dios es su vientre, y el otro Cristo en sus guaridas, no sé quién es, porque no es aquel nuestro, que fue crucificado, sino que adoran en la bestia a aquel que tiene su cabeza como herida de muerte, es decir, como a Cristo crucificado, de quien con nosotros sólo tienen en común el nombre y le niegan con los hechos; a éstos les oculta completamente este árbol de la vida.

TERMINA LA IGLESIA PRIMERA

COMIENZA LA IGLESIA SEGUNDA

(Ap 2, 8-11) *Escribe al ángel de la Iglesia de Esmirna: esto dice el primero y el último, el que estaba muerto y revivió. Conozco tu tribulación y tu pobreza —aunque eres rico— y las calumnias de los que se llaman judíos sin serlo y son en realidad una sinagoga de Satanás. No temas por lo que vas a sufrir: el diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis tentados y sufriréis una tribulación de diez días. Mantente fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA IGLESIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO SEGUNDO

Escribe al ángel de la Iglesia de Esmirna. Esmirna, que es «el cántico de aquellos» que han proclamado la verdad católica; a éstos les habla el Espíritu Santo diciendo: *Esto dice el primero y el último, el que estaba muerto y revivió. Conozco tu tribulación y tu pobreza, aunque eres rico.* Alaba las obras de su Iglesia, porque se dirige al reino a través de muchas tribulaciones. Prefiere la elegancia de la pobreza, porque vigorosamente desprecia los bienes presentes para merecer los futuros. *Aunque eres rico.* Rico en la fe y en la total abundancia de las gracias es aquel, es decir, el humilde, que cumple la palabra divina, que dice: *dichosos los pobres en el espíritu* (Mt 5,1). Quien es pobre en su espíritu, es rico en el espíritu de Dios. Pues quien es rico en su espíritu, inflado por un aire de grandeza, es como un odre. Hay que saber, pues, que las culpas más graves son las de la especie poco ha indicada, que parecen virtudes, porque las culpas que se conocen claramente postran el espíritu en la tristeza y arrastran a la penitencia. Estas, en cambio, no sólo no humillan hacia la penitencia, sino que envanecen el alma del que obra, al considerarlas virtudes. Dice de éstos a una parte de la Iglesia: *y las calumnias de los que se llaman judíos sin serlo, y son en realidad una sinagoga de Satanás.* La Iglesia soporta muchas veces numerosas injurias de los que confiesan reconocer a Dios y no le reconocen, sino que su asamblea es congregada por su padre el diablo. Aquí también se enseña que no habla sólo a una Iglesia particular, porque no sólo los de Esmirna fueron o son judíos calumniosos. Enseña además que están fuera estos judíos, es decir, malos cristianos, como más arriba dijo de los falsos apóstoles. Pudo haber llamado judíos a los cristianos, porque judío es un vocablo religioso. Judá en hebreo, significa en latín «confesión». *Los que se llaman judíos,* es decir, «confesores». Porque si no les llamara judíos, no diría *que se llaman y no lo son. Nosotros somos la circuncisión* (Flp 3,3); nosotros somos los judíos, que tenemos a Cristo león de la tribu de Judá. *Pues no es judío quien lo es abiertamente,* es decir, quien es públicamente religioso, *ni el que es públicamente circuncisión de la carne* (Rom 2,28), es decir, para ser visto por los hombres, de manera que lo que hace lo realice para alabanza humana, sino el que en secreto es judío, es decir, el que sólo agrada a Cristo y no a los hombres, según está escrito: *toda espléndida, la hija del rey, va adentro* (Sal 45,14). Si, pues, sólo hubiera dicho *que se llaman judíos,* y no hubiera añadido *sinagoga de Satanás,* no hubiéramos podido de ninguna manera afirmar que están fuera, aunque hubiera dicho que calumniaban. Muestra también que estos judíos están fuera, pues no dice *pusiste a prueba a aquellos que se dicen judíos;* así como más arriba habló de *los Apóstoles que dicen que son Apóstoles sin serlo,* así también aquí pudo haber llamado cristianos a los judíos que son la sinagoga de Satanás. Si quieres saber qué es esta sinagoga y la Igle-

Caín arando la tierra

sia, lo conocerás claramente en el prólogo de las siete Iglesias. Ahora no tengo tiempo de ocuparme de ella, no sea que, mientras replicamos las cosas discutibles, lleguemos tarde a las cosas indiscutibles. Pues nuestro Señor, dando a su cuerpo ejemplo, en medio de la sinagoga del santo Israel, en medio de Jerusalén, proclamó que Jerusalén mataba a los profetas. La llamó también Sinagoga de Satanás, la que es Sodoma y Egipto; la que es congregación y sinagoga; y como entre nosotros formamos juntos una misma asamblea —porque la Sinagoga es de muchos, pero la Iglesia de pocos—, tomó el nombre único de Iglesia; y es llamada única Iglesia tanto por los piadosos como por los perversos doctores. Pero si es una, ¿por qué luchamos entre nosotros? ¿Por qué nos llamamos unos a otros anticristos? Este Juan, sin embargo, designó en su carta a los anticristos, cuando dice: *el que niega que Jesús es Cristo, él es el Anticristo* (1 Jn 2,22). Indaguemos, pues, ya quién es el que le niega; y no nos fijemos en las palabras, sino en los hechos.

Caín sembrando la tierra

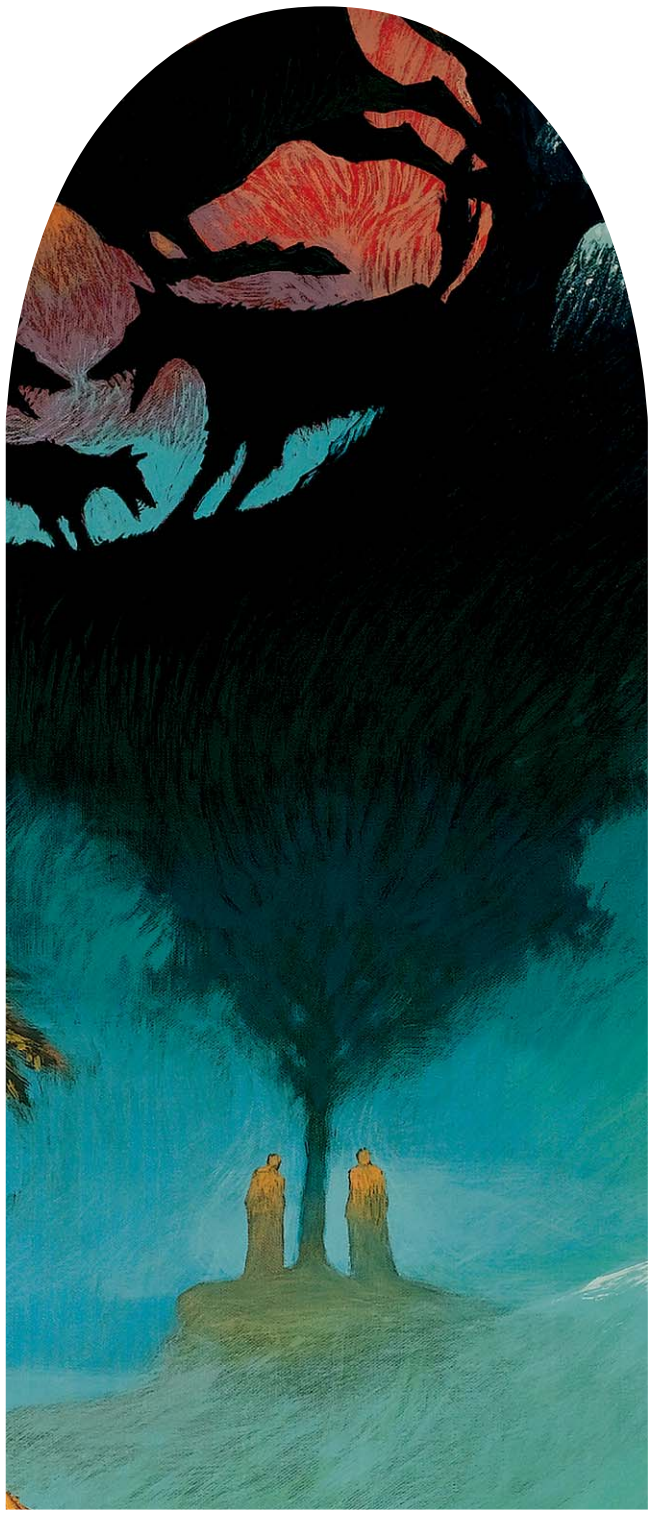
Porque si se les pregunta a todos, todos confiesan con su boca que Jesús es el Cristo. Descanse un poco la lengua; preguntemos si hemos encontrado esto. Si la misma Escritura nos ha dicho que la negación no sólo se realiza con la lengua, sino con los hechos, ciertamente encontramos muchos cristianos anticristos, que le confiesan con la boca, y sus costumbres no sintonizan con Cristo. ¿Dónde encontramos esto en la Escritura? Oye al apóstol Pablo. Dice al hablar de éstos: *profesan conocer a Dios, mas con sus obras le niegan* (Tit 1,16). Hemos encontrado a estos anticristos. Todo el que niega a Cristo con su conducta es un Anticristo. No oigo qué proclama, sino qué vive. ¿Hablan las obras y buscamos las palabras? ¿Qué malvado no quiere hablar bien?, mas ¿qué dice de éstos el Señor?: hipócritas, *¿cómo podéis hablar cosas buenas siendo malos?* (Mt 12,34). Traéis vuestras voces a mis oídos, yo escruto vuestros pensamientos y veo allí mala voluntad y presentáis frutos malos. Conozco qué recoger de ahí: no recojo higos de las zarzas, no cosecho uvas de los espinos. Cada árbol se conoce por su fruto. Es más mentiroso el Anticristo, que confiesa con su boca que Jesús es el Cristo y le niega con su conducta. Por eso es mentiroso, porque dice una cosa y hace otra. Pues nuestro Señor dijo a su cuerpo, es decir, a la Iglesia, dando ejemplo, en medio de la sinagoga del santo Israel, es decir, del que ve a Dios, en medio de la santa Jerusalén: *Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te fueron enviados* (Mt 23,37). Debes entender que esto lo dijo de la sinagoga de Satanás, que es Sodoma y Egipto, donde sus testigos, es decir, los que sirven a Dios, día a día son crucificados. Sodoma después de su hartura se convierte en ceniza, liberado Lot con sus hijas. Pero ¿qué significa que si el Señor hubiese encontrado de cincuenta a diez justos, hubiese salvado a la ciudad? (Gén 18,26). Puso el número cincuenta como signo de la penitencia, por si se convertían y se salvaban. El número cincuenta siempre se refiere a la penitencia. Por eso David con ese número compuso el Salmo de la penitencia. Por eso

cuando Dios ve la vida de los pecadores y que no quieren arrepentirse, lo que significa el número cincuenta, al instante refrena el ardor de la incontinente lujuria con el fuego de la gehena. Dijo que no perecería Sodoma si encontraba en ella hasta diez justos, porque si se encuentra en alguno el nombre de Cristo por el cumplimiento de los diez mandamientos, ése no perece. La figura del número diez es un número perfecto y representa la cruz de Cristo. Pero ¿qué son las cinco ciudades que fueron consumidas por lluvia de fuego, qué son sino todos los que han utilizado libidinosamente los cinco sentidos de su cuerpo, que son consumidos por aquel fuego divino? El mismo Lot, pariente de Abraham, justo y hospitalario en Sodoma, que mereció salir indemne de aquel incendio que era semejanza del juicio divino, representaba como tipo al cuerpo de Cristo, que en todos los santos, y ahora entre los inicuos e impíos, gime, cuyas acciones no consiente y de cuya compañía será liberado al fin del mundo, condenados aquéllos con el fuego del suplicio eterno. La mujer de Lot fue figura de aquellos religiosos que, llamados por la gracia de Dios, vuelven la vista atrás y desean volver a aquellas cosas que abandonaron. De éstos dice el Señor: *nadie que pone la mano en el arado, y mira hacia atrás, es apto para el reino de los cielos* (Lc 9,62). Por eso se le prohíbe a aquella mujer volver la vista atrás, para enseñarnos que no debemos volver a la vida anterior, nosotros que, regenerados por la gracia, deseamos librarnos de la condena eterna. Y el hecho de que ella se quedara mirando atrás y se convirtiera en estatua de sal, sirve de ejemplo para sabor de los fieles, para que otros se salven. Pues ni Cristo omitió este hecho, cuando dijo: *acordaos de la mujer de Lot* (Lc 17,32), a saber, para condimentarnos como con sal, de manera que no olvidáramos el hecho, sino que prudentemente fuésemos precavidos. También esto se lo dijo a ella cuando fue convertida en estatua de sal. Comentemos ahora qué es aquello del mismo Lot, que huía de Sodoma en llamas, llegó a Soar y no subió a la montaña. Huir de Sodoma en llamas es no aceptar los incendios ilícitos de la carne o los deseos del mundo; la altura de los montes es la contemplación de los perfectos; porque muchos son los justos que huyen de los halagos del mundo, pero sin embargo, dedicados a la acción, no pueden alcanzar la cima de la contemplación. Esto es por lo que Lot salió de Sodoma, pero sin embargo no llegó a la montaña; porque se abandona la vida condenable, pero aún no se alcanza la grandeza de la contemplación sublime. Por eso el mismo Lot le dice al ángel: *ahí cerquita está esa ciudad adonde huir, es una pequeñez. ¡Ea, voy a escapar allá —¿verdad que es una pequeñez?— y quedaré con vida!* (Gén 19,20). Se dice que está cerca, y sin embargo se muestra segura para la salvación, porque la vida actual, ni está totalmente apartada de los cuidados del mundo, ni es tampoco ajena a los gozos de la salvación. Y el mismo Lot, cuando sus hijas se acostaron con él, esto significa que entonces el mismo Lot parecía representar el papel de la Ley futura. Pues algunos procreados por aquella Ley y sometidos a la Ley, no entendiéndola bien, en cierto modo se emborrachan, y no observándola legítimamente, paren obras de infidelidad. Pues *la Ley es buena* (Rom 7,12), como dice el Apóstol, si alguien la observó legítimamente. Egipto es azotado por diez plagas, y no se corrige. Aunque aquellas plagas acaecieron en Egipto de forma material, tienen lugar ahora de forma espiritual en la Iglesia. Pues Egipto es figura del mundo, así como Sodoma; ésta fue consumida por el fuego; aquél, abandonado. De Sodoma se libraron tres del fuego; de Egipto, dos entraron en la tierra de promisión (Núm 14,30). Aunque salieron muchos, sólo dos se dice que entraron. Y esto es lo que manifiesta la Verdad en el Evangelio: *muchos son los llamados, pero pocos los elegidos* (Mt 20,16). Dos entraron en la tierra de promisión, y dos van a recibir los reinos celestiales de la promesa, es decir, el amor de Dios y el del prójimo. Tres se libraron del fuego en Sodoma, y tres se librarán cuando venga Cristo en su gloria a juzgar a la tierra, es decir, la fe, la esperanza y la caridad.

En Egipto, en primer lugar, las aguas se convierten en sangre. Las aguas de Egipto se cambiaron en sangre, es decir, las doctrinas erróneas y peligrosas de los filósofos, que con razón se convierten en sangre, porque en el porqué de las cosas piensan carnalmente. Pero cuando la cruz de Cristo enseña la luz de la verdad a este mundo, le reprende con los mismos castigos, para que por la calidad de las plagas conozca ahora en la Iglesia, por medio de las diez plagas, sus propios errores. En la segunda plaga se produce la invasión de ranas, en las que pensamos están figurados los versos de los poetas, que con una modulación vacía e inflada, como con sones y cantos de ranas, introdujeron en este mundo las fábulas del engaño. Pues la rana es la vanidad más locuaz. Este animal en nada es útil a otro, sino en que emite el sonido de la voz con su esforzado e inoportuno croar. Después de las ranas aparecen los mosquitos. Este animal volando con sus alas planea por los aires; pero es tan sutil y diminuto, que se oculta a la mirada del ojo, a no ser que uno tenga una vista muy aguda. Pero cuando se posa en el cuerpo, le pica con su terrible aguijón, de tal manera que, al querer uno verle volando, siente al instante al que volaba. Esta clase de animal se compara a la sutileza herética, que horada sutilmente las almas con los aguijones de las palabras, y nos rodea con tanta astucia, que el engañado ni ve ni entiende en qué ha sido engañado. En el hecho de rendirse los magos en la tercera plaga, diciendo: *éste es el dedo de Dios* (Ex 8,15), aquellos magos tuvieron la osadía y fueron tipo de los herejes. Lo manifiesta el Apóstol al decir: *Del mismo modo que Jannés y Mambrés se enfrentaron a Moisés, así también éstos se oponen a la verdad. Son hombres de mente corrompida, descalificados en la fe. Pero no progresarán más, porque su insensatez quedará patente a todos, como sucedió con la de aquéllos* (2 Tim 3,8). Pues éstos, que estuvieron muy inquietos por la misma corrupción de su mente, fallaron en la tercera plaga: confesando que su adversario era el Espíritu Santo, que estaba en Moisés, pues en tercer lugar aparece el Espíritu Santo, que es el dedo de Dios. Por eso los que fallaron en la tercera plaga dijeron: *aquí está el dedo de Dios.* Así como, reconciliado y aplacado, el Espíritu Santo da descanso a los mansos y humildes de corazón, así, contrariado y enemistado, inquieta a los no mansos y soberbios. Aquellas moscas pequeñísimas manifestaron esta inquietud, al decir: *aquí está el dedo de Dios.* En cuarto lugar, Egipto es azotado por las moscas. La mosca es un animal demasiado inoportuno e inquieto. En ella, ¿qué otra cosa se significa sino el afán de los deseos carnales? Egipto es, pues, inquietado por las moscas, porque los corazones de aquellos que aman este mundo son heridos por las inquietudes de sus deseos. Además, los «setenta intérpretes» pusieron «cinomia», es decir, mosca canina, por la que se señalan las costumbres perrunas. En ellas se recrimina la verborrea de la mente, el placer acuciante y la libido de la carne. Puede también este texto ciertamente significar, por medio de la mosca canina, la elocuencia forense de los hombres, con la que como perros se hieren uno a otro. En quinto lugar, Egipto es azotado con la muerte de los animales y ganados. En esta plaga se reprende la ignorancia y la estupidez de los mortales, que como animales irracionales establecieron un culto y dieron el nombre de Dios a figuras talladas y animales irracionales. No solamente en figuras talladas de hombres y animales, sino de madera y piedra. Amón y Júpiter son venerados en un carnero; Anubis, en un perro; a Apis le veneran en un toro. Y en las demás cosas en las que Egipto admira los prodigios de los dioses, y en las que creía que consistía el culto divino, en esas mismas sufrieron suplicios dignos de lástima. Después de esto se producen, en sexto lugar, las úlceras, erupciones con fiebres. En las úlceras se condena la malicia dolosa y corrompida de este mundo; en las hinchadas erupciones, la inflada soberbia; en las fiebres, la ira y la maldad del furor. Hasta aquí estos suplicios, que son figura de sus errores, son dirigidos desde el mundo. De ahora en adelante vienen las palabras desde lo alto, es decir, voces, truenos, granizo, y el fuego que se extien-

de. En los truenos se hacen oír las increpaciones y las correcciones divinas; porque no castiga en silencio, sino que da voces y envía desde el cielo la doctrina, por la que puede el mundo en su castigo conocer su pecado. Envía granizo para destruir los tiernos vicios, nacidos poco ha; envía el fuego, pues sabe que hay espinas y abrojos que aquel fuego debe abrasar. De él dice el Señor: *he venido a traer fuego sobre la tierra* (Lc 12,49). Por él, pues, se consumen los estímulos del placer y la libido. Al hacer mención, en octavo lugar, de las langostas, piensan algunos que por esta clase de plaga se reprime la inconstancia del disidente género humano. También en otro sentido, las langostas deben ser entendidas por la ligereza de su movilidad, como las almas que van de un lugar a otro y saltan a los placeres del mundo. En la novena plaga vinieron las tinieblas, o bien para reprender la ceguera de su mente, o para que entiendan que son muy ocultas las razones de la recompensa y providencia divina: pues Dios puso *como tienda un cerco de tinieblas* (Sal 18,12), que al querer aquéllos audazmente y con temeridad escrutarlas, y sosteniendo por otras razones otras cosas, fueron arrojados a las crasas y palpables tinieblas de la ignorancia. Finalmente son eliminados los primogénitos de los egipcios: los principados, las potestades y los rectores del mundo de las tinieblas, o los autores e inventores de las religiones falsas que hubo en este mundo, a las que la verdad de Cristo destruyó y extinguió junto con sus autores. A continuación, lo que sigue: *en aquellos dioses tomó justicia* (Ex 12,12), creen los judíos que se refiere a que en la noche en que salió el pueblo fueron destruidos todos los templos de Egipto. Nosotros lo entendemos de forma espiritual: al salir nosotros del Egipto de este mundo, caen los ídolos de los errores, y toda la enseñanza de las doctrinas perversas se derrumba.

Estos son Sodoma y Egipto, que luchan ahora contra la Iglesia. Aquélla es quemada por no haber encontrado en ella ni diez justos; éste es azotado por diez plagas, y no se enmienda. Cuando en este libro encuentres Sodo-



El árbol del Paraíso

ma y Egipto, busca esta interpretación; y cuando aparezca nombrada la sinagoga, conoce que es Sodoma y Egipto. Pues por su boca y la de su cuerpo habló el Señor por medio del Profeta: *perros innumerables me rodean; una sinagoga de malvados me acomete* (Sal 22,17). Y de nuevo: *Se abre la tierra, traga a Datán, cubre a la sinagoga de Abirón. Un fuego se enciende contra su sinagoga* (Sal 106,17), porque irritaron a Moisés y a Aarón, sacerdote santo del Señor, y pagaron el atrevimiento de sacrificar según sus instintos. Por éstos también se representan aquellos que intentan crear ahora herejías y cismas en la Iglesia, y engañan a muchos atrayéndolos así, despreciando a los sacerdotes de Cristo y separándose del clero por su compañía y la de muchos. Se atreven a fundar Iglesias y construyen otro altar y otra plegaria de palabras ilícitas, profanando la verdad del sacrificio del Señor por sacrificios falsos. Los que se obstinan contra lo ordenado por el Señor, por audacia temeraria, rotas las ataduras de la tierra, se sumergen, viviendo, en un profundo abismo. Y no sólo los que son sus guías, sino también aquellos que consintiendo se hicieron partícipes de ellos, preparada la venganza perecen en el fuego del eterno suplicio. Esta sinagoga que se había opuesto a Moisés, se opone ahora a la Iglesia. Antes de manifestarse ésta de un bando, militaba convocada bajo el nombre de una sola sinagoga. Recuerda Jeremías que esta sinagoga está dentro de la Iglesia, cuando dice: *no me senté en concilio de gente alegre, Señor todopoderoso, sino que por obra tuya temía; me senté solitario* (Jer 15,17): ciertamente con mi espíritu, pues nunca me alejé de en medio de ellos. En ella no aparece ni otro templo donde sentarse solitario, ni otro pueblo para permanecer separado. Pues también Nicodemo fue ajeno al grupo de los malos en la interpretación de la Ley. Esta es la sinagoga que hay dentro de la Iglesia, a la que el Hijo de Dios dice: *vuestro padre es el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre* (Jn 8,44). Allí está el camino estrecho y el ancho; allí está la derecha y la izquierda. Pero ¿acaso ambas se unen o se mezclan en el camino del Señor? Se escribió en Oseas: *rectos son los caminos del Señor, por ellos caminan los justos, mas los rebeldes en ellos tropiezan* (Os 14,10).

Por eso exhorta a su Iglesia a que no tema a los que matan el cuerpo y después nada más pueden hacer, diciendo: *no temas por lo que vas a sufrir.* Hace notar las futuras tribulaciones y los males infligidos por los impíos. Y conforta a sus fieles para que no se atemoricen por las molestias de las persecuciones; pero se lo dice como a uno solo, porque todos los santos, mientras viven en este mundo, son una sola cosa, forman una sola alma y un solo corazón en el amor de Cristo, y la Iglesia es una. Porque así como Cristo y la Iglesia, la cabeza con los miembros, son una misma cosa, así también los hombres malos con el diablo, que es su cabeza, son un solo cuerpo. Y al decir *no temas por lo que vas a sufrir,* ciertamente señala también qué va a padecer por causa de todo el cuerpo del diablo, que en todo el mundo, dentro y fuera, asedia a la Iglesia, o qué puede el enemigo ocasionar. *El diablo va a meter a algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis tentados, y sufriréis una tribulación de diez días.* Pienso que no hay que decir o creer temerariamente lo que opinaron algunos u opinan, que la Iglesia no sufrirá más persecuciones hasta el tiempo del Anticristo; puesto que la Iglesia ya padeció diez persecuciones, y la undécima y última será bajo el Anticristo. Computan la primera, la que realizó Nerón. La segunda, la de Domiciano. La tercera, la de Trajano. La cuarta, la de Antonino. La quinta, la de Severo. La sexta, la de Maximino. La séptima, la de Decio. La octava, la de Aureliano. La novena, la de Valeriano. La décima, la de Diocleciano y Maximiano. Por estos diez reyes padeció la Iglesia desde la Ascensión de Cristo hasta el Concilio de Nicea, durante doscientos cincuenta años. Realizaron matanzas de mártires, como dice el Señor por este Apocalipsis de San Juan: *sufriréis una tribulación de diez días,* a manos de diez reyes. Estaba presente el diablo, transformado en figura humana, y decía contra los cristianos:

¿por qué veneráis a Jesús crucificado, a un hombre judío, a un hombre de ninguna importancia? Incitaba a los príncipes del mundo a que dieran muerte a los que habían creído en Cristo. Después de haber sido predicado el Evangelio en todo el mundo, como los mismos reyes, cuyas leyes asolaban a la Iglesia, se sometiesen saludablemente en todo a los mártires, a los que fueron obligados a eliminar de la tierra cruelmente, y comenzasen a perseguir a los dioses falsos, y a destruir los templos de los dioses, y a construir basílicas bajo la advocación de los mártires; viendo esto el diablo se adornó con el ropaje de la religión bajo nombre de cristiandad, y lucha desde Cristo contra Cristo; suscitó herejes en la Iglesia; y ahora está sucediendo la undécima persecución del Anticristo. Después de recorrer el Evangelio de Cristo todo el mundo, hay en la Iglesia esta espiritual persecución, falsa y engañosa, que sin embargo los instruidos la conocen, pero no la conocen todos los impíos; porque con tal sutileza se ha disfrazado el diablo en el culto de la religión, que, para poder engañar más fácilmente, bajo el nombre de cristiandad mezcla lo verdadero con lo falso, de manera que suscita sus predicadores que difunden opiniones más que creencias. Pues así como en los comienzos de la Iglesia católica, después de que Cristo subiera a los cielos, los Apóstoles, a quienes se les anunciaron estas cosas, casi estando aún él con ellos, antes de subir, ya comenzó la Iglesia a padecer y después de su desaparición creció la pasión y fueron causadas muchas tribulaciones a la Iglesia, de tal manera que públicamente derramaron su propia sangre por el nombre de Cristo, a quien los judíos prohibían nombrar, así conocimos lo que iba a suceder cuando llegara el Anticristo. Aunque aún ahora sufre con frecuencia mucho por diversos lugares y regiones, por los herejes y gentiles; pero dijo: *sufriréis una tribulación de diez días.* En los diez días que dice, indicó todo el tiempo de este mundo, porque decimos diez como una forma de hablar, lo mismo que cien o mil, es decir, el número perfecto completo de este mundo; como si dijera: sufriréis una tribulación, como sólo de diez días, que tienen fin. Si ante la eternidad de la futura bienaventuranza consideráis los males presentes que soportáis, los consideraréis sin duda tan breves, tan rápidamente pasados, como si se tratase de diez días. Por eso dice el Apóstol: *Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8,18). Anima a los suyos y les dice: *Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.* Y en el Evangelio dice el Señor: *El que persevere hasta el fin, ése se salvará* (Mt 24,13). Puede suceder que quien vivió mal, y al final de su vida volvió a la penitencia verdadera y creyó rectamente en Dios, y conoció a la madre Iglesia, aunque haga esto en el mismo momento en que podía morir, se vea libre de pecado. Puede también suceder que quien vivió rectamente, si al final de su vida se alejó de la justicia, no se salve, si muere así, porque no perseveró hasta el fin. Cada uno al final se salvará o condenará: el Señor juzga a cada uno como llegue al final. Condena o corona. Según está escrito: *El juzga al orbe con justicia* (Sal 9,9). Y *quien en este mundo no perdona a su alma* (Jn 12,25) hasta la muerte, o recibe la muerte por la fe, o perdura hasta la muerte en la fe de Cristo, ése se salvará. Y a ésos sin duda se les dará la corona de la vida. Advierte con frecuencia que quien presta oído fiel al hombre interior, abra los oídos para escuchar sus llamadas, para conocer qué dice el Espíritu a las Iglesias, a las que dice: *el vencedor no sufrirá daño de la muerte segunda.* Quien soportó pacientemente los sufrimientos, o conservó una fe inquebrantable hasta el fin, se librará de la ruina de la muerte segunda. Después de esto habla y señala al mismo Señor y dice que salía de su boca una espada aguda de doble filo, que se enseña que es la palabra de Dios, y designa a la Iglesia que vive en este mundo, donde está el trono de Satanás.

TERMINA LA IGLESIA SEGUNDA

COMIENZA LA IGLESIA TERCERA EN EL LIBRO SEGUNDO

(Ap 2, 12-17) *Escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo: esto dice el que tiene la espada aguda de dos filos. Sé donde vives: donde está el trono de Satanás. Eres fiel a mi nombre y no has renegado de mi fe, ni siquiera en los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros, ahí donde vive Satanás. Pero tengo algunas cosas contra ti: mantienes ahí algunos que sostienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balaq a poner tropiezos a los hijos de Israel para que comieran carne inmolada a los ídolos y fornicaran. Así tú también mantienes algunos que sostienen la doctrina de los nicolaítas. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: al vencedor le daré maná escondido; le daré también una piedrecita blanca y grabado en la piedrecita un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe.*

TERMINA LA HISTORIA DE LA TERCERA IGLESIA EN EL LIBRO SEGUNDO

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA REFERIDA IGLESIA

Escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo: esto dice el que tiene la espada aguda de dos filos. Sé donde vives: donde está el trono de Satanás; se lo dice a toda la Iglesia, porque Satanás habita por doquier. El trono de Satanás son los hombres malos. Pero se dirige a una Iglesia en especial, porque aunque a esta sola le diga: *donde está el trono de Satanás,* sin embargo en ésta están representadas las siete, las conductas de toda la septiforme Iglesia, y la increpa o alaba en particular, diciendo: *eres fiel a mi nombre y no has renegado de mi fe, ni siquiera en los días de Antipas, mi testigo fiel, que fue muerto entre vosotros, ahí donde vive Satanás. Pero tengo algunas cosas contra ti:* ciertamente contra otros miembros, no contra aquellos a los que dice: *no has renegado de mi fe;* sino que dice que lo tiene contra aquellos miembros que dijimos son el trono de Satanás, donde sostienen la doctrina de Balaam, a los que dice: *mantienes ahí algunos que sostienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balaq a poner tropiezos a los hijos de Israel para que comieran carne inmolada a los ídolos y fornicaran.* Después de decir: *donde vives, donde está el trono de Satanás;* es decir, donde no falta la tentación, y donde la perdición consigue muchos culpables; alaba a la Iglesia porque mantiene la fidelidad al nombre de Cristo, y no reniega de su fe y que se ve honrada con la fe de los mártires, y que padece esto por los mismos por quienes Cristo padeció; uno de esos mártires se llama Antipas, testigo fidelísimo, que fue muerto en este mundo, donde se dice que habita Satanás, que en latín es llamado el Adversario. Sin embargo tiene el Señor contra la Iglesia algo: que algunos defienden la doctrina de Balaam. Balaam en latín quiere decir «pueblo vacío», o sin pueblo, porque aquel fue vacío y engendró un pueblo vacío o sin sustancia. Balaam es tipo del Adversario, que no reunió al pueblo para su salvación, ni se alegra en la multitud del pueblo que debe ser salvado, sino que cuando pierda a todos y quede sin pueblo y sin sustancia, entonces exulta. El es quien enseñó a Balaq a poner tropiezos a los hijos de Israel. Balaq en latín significa el que incita, o el que devora. El incitó a Israel (Núm 25,18) a que se consagrara al ídolo Fegor, y los devoró con las mordeduras del placer y la lujuria. A semejanza de éste, dice también que la Iglesia mantiene a quienes sostienen la doctrina de Balaam: son los hipócritas en la Iglesia, y tienen como tarea más importante comer y fornicar, es decir, comer las Escrituras y realizar la fornicación espiritual, para aparentar por fuera que son justos, y por dentro son malos. Como dice el Señor: *dentro están llenos de codicia e incontinencia* (Mt 23,25); y además practican toda obra mala. La idolatría es una fornicación espiritual. El cual piensa que vive rectamente, pero según el ejemplo de los hipócritas, no se congrega en Iglesia, sino que fornica con las obras de la Sinagoga. Balaam también había sido elevado de hecho por el

espíritu de la profecía, pero no le asumió; porque pudo realmente escudriñar de lejos el futuro, sin embargo no quiso separar su alma de los deseos terrenos. Mas en esto es necesario que con sutil examen el alma investigue en sí misma, no sea que acaso busque la gloria de su alabanza y simule en su pensamiento que busca el bien de las almas. Frecuentemente el alma se alimenta con la alabanza de su fama y se congratula como de haber obtenido bienes espirituales cuando sabe que se dicen cosas buenas de él. Y muchas veces se encoleriza en la defensa de su gloria contra los detractores, y se engaña a sí mismo, de que esto lo hace por celo en favor de aquellos cuyos corazones desvía del buen camino el discurso del detractor. Los santos, en cambio, algunas veces hablan de sus virtudes, para con su ejemplo arrastrar a otros a la vida; por eso Pablo, que padeció tantas cosas por la verdad, dice a los Corintios que fue varias veces apedreado, que padeció naufragio, que fue arrebatado al Paraíso (2 Cor 11,25), con el fin de alejar su atención de los falsos predicadores. Pues los perfectos, cuando hablan de sus propias virtudes, en esto también son imitadores de Dios omnipotente, que dice sus virtudes a los hombres, para que los hombres le conozcan; pero cuando por su Escritura manda *que otro te alabe y no tu propia boca* (Prov 27,2), ¿cómo hace El lo que prohíbe? Porque si Dios omnipotente ocultara sus virtudes, así nadie le conocería, nadie le amaría. Y si nadie le ama, nadie puede llegar a la vida. Por eso se dice por el Salmista: *ha revelado a su pueblo el poder de sus obras* (Sal 111,6). Los justos y los perfectos, no sólo cuando las palabras de su represión censuran, sino que también cuando manifiestan a los débiles las virtudes que poseen, no son dignos de reprensión, porque, con su vida que narran, pretenden llevar a la vida sus almas, y nunca manifiestan sus obras buenas, si no les obliga, como dije, el aprovechamiento de los prójimos o ciertamente acusada necesidad. Por eso se le dice a Ezequiel: *Incrédulos y destructores están contigo y habitas con escorpiones* (Ez 2,6). Incrédulos en relación con Dios, destructores de los prójimos que son débiles: escorpiones en relación incluso a los fuertes y robustos, a los que no pueden contradecir a la cara; sin embargo, a escondidas les meten dentro la herida de la condena. Pues algunas veces habla uno por la hinchazón de la soberbia, y piensa que habla por la autoridad de la libertad; algunas veces otro calla por temor estúpido, y piensa que calla por humildad. Aquél, atendiendo al lugar de su posición, no aprecia el sentimiento de su soberbia; éste, considerando el puesto de su subordinación, teme decir las cosas buenas que piensa, e ignora cuán reo de caridad se hace callando. Así, pues, bajo la autoridad se disimula la soberbia, y bajo la humildad el temor humano, de manera que, a menudo, ni aquél puede considerar qué debe a Dios, ni éste qué al prójimo. Pues aquél observa a los que son súbditos, y no atiende al que todos se someten. Se eleva en la soberbia y se gloría de su soberbia, considerándola autoridad. Este algunas veces teme perder el favor del superior, y por eso soporta algo de daño temporal, oculta las cosas rectas que conoce, y callado, dentro de sí mismo llama humildad al temor que le oprime, pero callando juzga en su pensamiento a aquel a quien nada quiere decir. Y sucede que, donde juzga que es humilde, allí es donde más gravemente es soberbio. Siempre hay que discernir libertad y soberbia, humildad y temor, no suceda que el temor se haga pasar por humildad y la soberbia por libertad. A Ezequiel, pues, que era enviado a hablar no sólo al pueblo, sino también a los ancianos, se le advierte que no tenga temor imprudente, cuando se le dice: *no les tengas miedo,* y, para que no temiera sus detractoras palabras, añade: *ni temas sus discursos.* Añade también el motivo por qué no debe temer las lenguas de los detractores, cuando a continuación se subraya: *porque están contigo incrédulos y destructores, y habitas con escorpiones.* Deberían ser temidos aquellos a los que había sido enviado a hablar, si hubieran agradado a Dios omnipotente en la fe y en las obras. Los que son incrédulos y subversivos, que anulan la ley con sus palabras, no deben ser temidos. Porque es gran necedad

Las ofrendas de Caín

intentar agradar a aquellos que sabemos no agradan a Dios. Deben, pues, tener temor y reverencia a los juicios de los justos, porque son miembros de Dios omnipotente, y ellos reprenden en la tierra aquello que el Señor refutará en el cielo. Pues la condena de nuestra vida por los perversos es una prueba a favor; porque se demuestra ya que tenemos algo de mérito delante de Dios si comenzamos a desagradar a aquellos que no agradan a Dios. Pues nadie puede en una misma cosa agradar a Dios omnipotente y a sus enemigos. Pues niega ser amigo de Dios quien agrada a su enemigo. Y se opondrá a los enemigos de la verdad quien somete su alma a la misma verdad. Por eso los hombres santos, inflamados en la reprensión de la palabra libre, no temen excitar los odios de aquellos que conocen que no aman a Dios. El Profeta lo dijo con ardor, al presentárselo al Creador de todos como un regalo, diciendo: *¿No odio, oh Dios, a quienes te odian? ¿No me asquean los que se alzan contra ti? Con odio colmado los odio, son para mí enemigos* (Sal 139,21). Como si claramente dijera: juzga cuánto te amo, que no me asusta levantar contra mí las enemistades de tus enemigos. Por eso, de nuevo dice: *los que me devuelven mal por bien, y me acusan cuando yo el bien busco* (Sal 38,21). El bien sobre todo es lo que el justo devuelve cuando contradice con palabra libre a quienes obran el mal. Pero aquí los perversos devuelven mal por bien cuando insultan a los justos, porque realizan contra ellos la defensa de la justicia. Pues los justos no miran los juicios humanos, sino el examen del juicio eterno. Y por eso desprecian las palabras de los detractores. De éstos todavía se añade: *tú, hijo del hombre, oye lo que te digo, y no me exasperes, como me exasperó la casa de Israel* (Ez 2,8); como si dijese, el mal que ves que se realiza, no lo hagas, ni cometas aquello que afirmas que está prohibido. Pues todo predicador debe pensar siempre con mente atenta, no sea que el que ha sido enviado para levantar a los caídos, él mismo caiga con los pecadores en la maldad de su conducta, y la sentencia del apóstol Pablo le hiera, cuando dice: *en lo que juzgas a otro, a ti mismo te condenas* (Rom 2,1). Por eso Balaam, repleto del espíritu de Dios para hablar, pero sin embargo retenido su espíritu en la vida carnal, habla de sí mismo, al decir: *Oráculo del que escucha los dichos de Dios, del que conoce la ciencia del Altísimo, del que ve lo que le hace ver el Omnipotente, del que cayendo tiene los ojos abiertos* (Núm 24,16). Cayendo tuvo los ojos abiertos, porque vio lo correcto que tenía que decir, pero despreció vivir rectamente. Caerá en la obra mala y tiene los ojos abiertos en la santa predicación. Es, sin embargo, otra la razón que puede entenderse, por qué se le prohíbe al beato Ezequiel, que es enviado a predicar, ser exasperante. Si, cuando era enviado a predicar la palabra, no obedecía, exasperaba el profeta a Dios omnipotente con su silencio, tanto como el pueblo con su mala conducta. Pues así como los malos exasperan a Dios al hablar y realizar malas obras, así también algunas veces los buenos desagradan a Dios al callar lo bueno. Para aquéllos es pecado obrar el mal, para éstos es pecado callar lo que es recto. En esto, pues, con los malos también los buenos exasperan a Dios, porque, al no denunciar la perversidad, con su silencio les permiten avanzar. Esta es en la Iglesia la idolatría y la fornicación espiritual, que tuvo origen en la doctrina de Balaam.

Así tú también mantienes algunos que sostienen la doctrina de los nicolaítas: es decir, que siguen la opinión de los herejes. Les aconseja que se conviertan al Señor y que hagan penitencia; para que no empiece a luchar contra ellos con la espada de su boca cuando, viniendo al juicio, pregunte a cada uno acerca de sus obras, advirtiéndole con frecuencia, dice: *haz penitencia;* y si no quieres, *iré pronto donde ti y lucharé contra ésos con la espada de mi boca.* Dice que va a luchar contra él a la misma parte a la que increpa: *el que tenga oídos, oiga lo que dice el Espíritu a las Iglesias: al vencedor le daré maná escondido.* Es decir, el pan que baja del cielo. De este pan decimos en la oración de cada día: *el pan nuestro de cada día dánosle hoy* (Lc 11,3). Decimos nuestro, pero está con él, y si no se lo pedimos, no lo recibimos.

La figura de este pan fue el maná del desierto, pero no es reconocido por todos. Pues muchos que comieron, murieron, según dice el Señor: *comieron maná en el desierto y murieron* (Jn 6,49). Del mismo maná otros comieron y no murieron, como Moisés y los demás. No desaprobó aquel pan, sino que mostró el oculto. Pues el mismo fue aquel pan que el que ahora hay en la Iglesia, según está escrito: *comieron el mismo alimento espiritual* (1 Cor 10,3), y también ahora se come un pan espiritual; pero no es para todos pan de vida: *quien le come indignamente, come su propio castigo* (1 Cor 11,29), es decir, quien lee las Escrituras, come pan; pero si lo que lee no lo practica, come su propio castigo. Por eso leemos las Escrituras, para conocer a Cristo, y por Cristo creer rectamente en la Trinidad, que es un solo Dios. Este es un alimento sólido, éste es el maná oculto, según está escrito: *les he dado pan del cielo, el hombre comió el pan de los ángeles* (Sal 78,24). Pues el que desde el principio creemos siempre idéntico con el Padre y el Espíritu Santo, y del que gozan los ángeles con la visión de su divinidad, ahora *el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros. Este es el pan que ha bajado del cielo, para que quien coma de él no muera, sino que tenga vida eterna* (Jn 1,14; 6,40). Este es el pan oculto, que sólo se concede a los que luchan con lealtad y perseveran en el amor de Dios y del prójimo. Este es el maná que nadie recibe sino el que lo pide. Que nadie lo pide sino al que Dios con su gratuita misericordia ha iluminado y ha atraído a la penitencia. Porque, según el Apóstol: *usa de misericordia con quien quiere y endurece a quien quiere* (Rom 9,18). Usa de misericordia con gran bondad y endurece sin ninguna maldad, porque en Dios no hay iniquidad. Pero cada uno se ata con las cuerdas de sus pecados. Piensa en el lodo y la cera: el lodo se endurece y la cera se licua al recibir el mismo ardor o calor del sol. ¿A quién hay que imputárselo? ¿Al sol o al lodo? Desde luego, no al sol, que no cambió su idéntica claridad. Pues así tampoco hay que imputárselo a Dios. El sol permanece ciertamente en su fulgor, y la conducta de cada uno en sus actos, según está escrito: *alumbre así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en el cielo* (Mt 5,16). No hace falta examinar la figura de la cera, cuya naturaleza sabéis que procede de la virginidad. Pero el lodo es el pecado, según está escrito: *el perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada, a revolcarse en el lodo* (2 Pe 2,22). Los puercos son los que todavía no creen en el Evangelio y se hallan en el lodo y los vicios de la incredulidad. No hay que imputárselo a Dios, *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tim 2,4). Se les dio el maná a los que creen en el Evangelio y obran lo que en él se contiene con alma diligente. Todos los que salieron de Egipto comieron este pan, pero no todos entraron en la tierra de Promisión. Todos los que ahora salen del Egipto del mundo, que en latín significa «tribulación», comen este pan, pero no todos entran en el Paraíso. Porque algunos que desconocen el camino como de desierto de este mundo, perecen todos los días de hambre espiritual. Pero si entrasen en el camino, es decir, en Cristo, que dice: *yo soy el camino* (Jn 14,6), y si comiesen de este pan, de ninguna manera morirían en el desierto, esto es, en la ignorancia de las Escrituras; sino que con paso fácil, teniendo a Jesús por guía, entrarían triunfantes en la tierra del Paraíso de Promisión; porque, como dice el Apóstol, *en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino la nueva criatura* (Gál 5,6). Pues no es de gran mérito que se nos haga algo en lo externo de nuestro cuerpo, sino que hay que pensar qué se realiza dentro de nuestra alma. Pues despreciar el mundo presente, no amar lo transitorio, humillar el alma interiormente ante Dios y el prójimo, sufrir con paciencia las injurias padecidas y, practicando la paciencia, rechazar del corazón el dolor de la malicia, distribuir los bienes a los necesitados, no desear los bienes ajenos, amar al amigo en Dios, y por Dios amar a los que son enemigos, llorar con las penas del prójimo, no alegrarse de la muerte del que es enemigo: esto es ser la

José Ramón Sánchez 2004

nueva criatura, que demanda el mismo maestro de los gentiles a otros también discípulos, con mirada vigilante, cuando dice: *el que está en Cristo es una nueva criatura; pasó lo viejo, todo es nuevo* (2 Cor 5,17). A éstos sin duda se les da el maná oculto; a éstos se les manda alargar la mano hacia el árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios, es decir, la cruz de Cristo en la Iglesia. A éstos se les dijo: *el que crea en mí, de su seno correrán ríos de agua viva* (Jn 7,38). Estos son los miembros de los Apóstoles, que con Cristo como cabeza, es decir, bajo la guía de Jesús, entran en los reinos celestiales de la Promesa. Al hombre viejo pertenece buscar el mundo presente, amar con concupiscencia lo transitorio, elevar el alma en la soberbia, no tener paciencia, pensar del daño del prójimo con el dolor de la malicia, no dar de sus bienes a los pobres, desear lo ajeno para aumentar los bienes propios, no amar a ninguno por Dios, devolver enemistades a los enemigos, alegrarse del sufrimiento del prójimo: todas estas cosas son las cosas viejas del hombre, que provienen de la raíz de la corrupción; a éstos no se les da el maná oculto, porque no encontraron el camino, Cristo. Mas a su Iglesia le dice: *me manifestaré a él* (Jn 14,21).

Le daré también una piedrecita blanca, es decir, el cuerpo blanqueado por el bautismo. La piedrecita es una piedra blanca, de la que dice el apóstol: *vosotros, cual piedras vivas, construid el templo de Dios* (1 Pe 2,5). También las piedras preciosas representan a los confesores, los Apóstoles, los sacerdotes y todos los justos. Manda Moisés que estas piedras se ofrezcan para el templo de Dios, para que nadie desespere de su salvación; uno ofrecía oro: el sentido espiritual, que es en la Iglesia el conocimiento místico; otro plata: la elocuencia, es decir, el conocimiento tropológico o moral; otro la voz de bronce: es decir, el conocimiento histórico. Porque la Santa Escritura debe de ser interpretada de tres maneras: primero, que se entienda históricamente; segundo, figuradamente, y tercero, místicamente. Históricamente según la letra, tropológicamente según el conocimiento moral, místicamente según la inteligencia espiritual. Por tanto conviene en la Iglesia católica comprender la fe de tal manera, que debemos leer las Escrituras históricamente, interpretarlas moralmente y entenderlas espiritualmente. Con razón, pues, se dice: *le daré una piedrecita blanca,* es decir, le concederé sentarse con los poderosos de mi pueblo, que son los Apóstoles, y le haré heredero del trono de la gloria. *Y sobre la piedrecita grabado mi nombre,* es decir, el misterio del hijo del hombre, como si dijera: yo mismo me manifestaré a él. *Que nadie conoce sino el que lo recibe.* A los hipócritas, aunque parece que lo tienen, no se les ha concedido conocer, según está escrito: *a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de Dios* (Mt 13,11) y conocer mis secretos, a vosotros a quienes veo que os esforzáis en mi amor. El Profeta se refería a estos secretos cuando decía: *en lo secreto me enseñas la sabiduría* (Sal 51,8). Pero no se les concede a aquellos que predican sus palabras, no las mías, y que me persiguen cuando a vosotros os desprecian. Acerca de esto también se le dice a Ezequiel: *hijo de hombre, vete a la casa de Israel y comunícales mis palabras* (Ez 2,7). En aquello que dice el Señor: *comunícales mis palabras,* ¿qué otra cosa impone sino un freno de moderación en su boca, para que no presuma decir al exterior lo que antes no oyó en su interior? Pues los falsos profetas, que son hipócritas, y los herejes hablan sus palabras y no las del Señor, como en aquel tiempo anunciaban sus palabras, y no las del Señor, aquellos de quienes se escribió: *no escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan* (Jer 23,16) y os engañan, *os cuentan sus propias fantasías, no cosa de boca del Señor.* Y de nuevo: *no les hablé y ellos profetizaron.* De esto también hay que colegir que, cuando algún comentarista en el comentario del texto divino, para quizá agradar a los oyentes, mintiendo corrige algo, habla sus palabras y no las del Señor si no dice la verdad por afán de agradar o seducir. Pero si investigando la virtud en las palabras del Señor las comprendiera él de otra manera que aquel que las pronunció, preten-

diendo la edificación en la caridad aunque con otro sentido, son palabras del Señor las que narra; porque está escrito: *la ciencia hincha, el amor edifica* (1 Cor 8,1). Por eso dice Juan: *quien dice: yo le conozco y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él* (1 Jn 2,4). Y de nuevo: *quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aún en tinieblas* (1 Jn 2,9). Si los hipócritas hubiesen conocido el misterio de Dios, nunca hubiesen matado a Dios en los que son su familia (1 Cor 2,8).

TERMINA LA IGLESIA TERCERA

COMIENZA LA IGLESIA CUARTA EN EL LIBRO SEGUNDO

(Ap 2, 18-29) *Escribe al ángel de la Iglesia de Tiatira: esto dice el Hijo de Dios, cuyos ojos son como llama de fuego y cuyos pies parecen de metal precioso del Líbano. Conozco tu conducta: tu caridad, tu fe, tu espíritu de servicio, tu paciencia en el sufrimiento; tus obras últimas sobrepujan a las primeras. Pero tengo contra ti muchas cosas: que toleras a Jezabel, esa mujer que se llama profetisa y está enseñando y engañando a mis siervos para que forniquen y coman carne inmolada a los ídolos. Le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación, y enseña y seduce a mis siervos a fornicar. Mira, a ella voy a arrojarla al lecho del dolor, y a los que adulteran con ella, en una gran tribulación si no se arrepienten de sus obras. A sus hijos les voy a herir de muerte, así sabrán todas las Iglesias que yo soy el que sondea los riñones y los corazones y el que os dará a cada uno según vuestras obras. A vosotros, a los demás de Tiatira, no os impongo ninguna otra carga. Sólo que mantengáis firmemente hasta mi vuelta lo que tenéis. Al vencedor, al que guarde mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones, las regirá con cetro de hierro, como se quebrantan las piezas de arcilla. Yo también lo he recibido de mi Padre. Le daré además el lucero del alba. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA IGLESIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO SEGUNDO

Escribe al ángel de la Iglesia de Tiatira: esto dice el Hijo de Dios, cuyos ojos son como llama de fuego y cuyos pies parecen de metal precioso del Líbano. Conozco tu conducta: tu caridad, tu fe, tu espíritu de servicio, tu paciencia en el sufrimiento; tus obras últimas sobrepujan a las primeras. Los ojos como llama de fuego, y los pies semejantes al metal precioso, son su mirada que juzga todas las cosas, y cuya carne inmaculada, que brilla como metal precioso, resplandecerá con la claridad del fuego. Le dice a su Iglesia que conoce su conducta: la caridad, la fe, el espíritu de servicio, la paciencia, y que sus obras últimas sobrepujan a las primeras: significa que habrá mayor número de santos al final de los tiempos, cuando, al llegar el hombre del pecado, el hijo de la perdición, serán sacrificados en su propia sangre innumerables miles de santos. Pero se dirige ahora contra ella, diciendo: *toleras a Jezabel, esa mujer que se llama profetisa y está enseñando y engañando a mis siervos para que forniquen y coman carne inmolada a los ídolos.* ¿A qué se refiere en la figura de aquella fornicadora Jezabel sino a cierta doctrina, que enseñaba comer carne inmolada a los ídolos, y recibieron un tiempo de penitencia y lo despreciaron y no quisieron arrepentirse? Pero se anuncia enfermedad y flaqueza para esta doctrina de los ídolos, y el lecho del dolor, es decir, el placer de este mundo. Y a los que adulteran por su doctrina, les promete la máxima tribulación que les sobrevendrá en el día del juicio. Pues Jezabel significa «muladar», o flujo de sangre. ¿Qué hay en el muladar sino porquería? ¿Qué se entiende por la sangre sino el crimen y el pecado que por el crimen se comete? Con razón se les pro-

La Bestia de Babilonia

mete la condenación futura si no hacen penitencia por sus obras. El texto, pues, designa en un solo hombre a la Iglesia; al decir: *sé que tus obras sobrepujan a las primeras,* es en general la persona de todos los santos. Cuando dice: *toleras a Jezabel, esa mujer,* se refiere a los prelados, es decir, a los obispos, que tienen el poder de permitir y prohibir. Así como en esta Iglesia particular los oficios y las cualidades no los distingue sino la lógica del discurso, así lo mismo el paso de una Iglesia particular a toda la Iglesia: declara al obispo culpable porque, permitiéndolo, se hace partícipe de sus obras. *Y le di tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación.* ¿Por qué no dice *os* he dado tiempo para arrepentiros, sino *le?;* porque en la Iglesia hay, como dijimos, dos partes en un solo hombre, pues habla a la Iglesia en la figura de un hombre. Una parte es la que hace penitencia, y la otra es mundana, que, so pretexto de cristiandad, hace todo lo que es malo. Y hay allí, entre ambas partes, predicadores que son embusteros; que so pretexto de religión les otorgan paces ilícitas, les prometen seguridad, y enseñan que hay que hacer caso a las nuevas profecías. Y tiene en esta misma parte, a la que nos referimos, sacerdotes y levitas criminales y lujuriosos. Y esos que dijimos otorgan paces ilícitas: son los que, como parece que son religiosos, quieren tener amistad con ambas partes. Esa es Jezabel, que seduce a los hombres sencillos para que no hagan penitencia. *Todo el que hace caso a la prostituta, forma un solo cuerpo con ella* (1 Cor 6,16). Y se da esta fornicación dentro de la Iglesia. De esta fornicación había dicho el Apóstol: *fornicación, impureza, codicia, malos deseos, que es una idolatría* (Col 3,5). Idolatría es, pues, adoración de los ídolos: «Latría» en griego, significa en latín «adoración». Por eso el Señor amonesta a la Iglesia que vive rectamente, y dice que tiene contra esa parte muchas cosas, por esa mujer, Jezabel, que seduce a los siervos de Dios, y se tiene por profetisa, es decir, cristiana, pues bajo el nombre de cristiana hace muchas cosas ilícitas y es contraria a la verdad. Y por eso dice el Señor que él tiene contra ella, porque la totalidad se nombra en un solo ángel, como dijimos, es decir, es llamada una sola Iglesia. Pero los que son santos sacerdotes, y no increpan a la parte mala para que se corrija de sus males, se hacen partícipes de sus obras. De estos dice por el Profeta: *Si a un ladrón ves, te vas con él, alternas con adúlteros: te sientas, hablas contra tu hermano, deshonras al hijo de tu madre* (Sal 50,18). Este hermano es el que dijo: *id y decid a mis hermanos* (Mt 18,10), es decir, Cristo, que, al asumir la carne de la Iglesia, quiso llamarse hermano. La madre es la Iglesia; el hijo de la madre es cualquier hombre cristiano. Deshonra al hijo de la

Los ídolos de Babilonia

madre el sacerdote cuando con su silencio les da permiso para pecar. O, si les avisa, no lo hace con caridad y humildad; o exasperan a los que pecan gravemente, no con consejos para ganarles, sino increpándoles con soberbia, y les conducen a la desesperación, origina un gran escándalo al hijo de la madre. Por eso se le dice: *tengo contra ti muchas cosas, porque toleras a Jezabel,* esa mujer. Observa que en las Iglesias anteriores dice que tiene *pocas cosas;* y aquí dice que tiene *muchas cosas* contra ella, porque se hace cómplice con su consentimiento; porque si no fuese cómplice con su consentimiento, tendría a esos como enemigos. Y hace en general a todos una sola Iglesia. Y quiso que la Iglesia ostente la representación de los santos, es decir, de los predicadores, que es la parte del Señor; en cambio, la del fornicador no es de su parte, sino de la ajena. Estas dos partes se representan en la predicación por un hombre solo, porque también en un hombre podemos señalar dos lados, es decir, el derecho y el izquierdo. Y hay en él muchos miembros, pero un solo cuerpo. Tiene allí miembros sanos, y también enfermos. Los miembros sanos son los santos; los enfermos, los pecadores. Su derecha son los santos; su izquierda, los pecadores. Así como hay en el hombre miembros enfermos, para que así los sanos sientan dolor, y se alivia entonces el hombre de la enfermedad cuando se manifiesta al exterior la herida, así también los hombres malos, que es la parte izquierda, están de tal manera entre los miembros sanos de la Iglesia, que es la parte derecha, como humores del mal. Como entiendes a este hombre en particular, así debes entender en general que es una sola Iglesia, de la que dice: *escribe al ángel de la Iglesia de Tiatira;* y que los ángeles están bipartidos de tal manera, que sólo puede conocerse por la lógica del discurso, que lo que dice de su sensatez, paciencia, humildad y caridad, se lo dice a cada uno. Por tanto debe considerar qué dice, a quién se lo dice, cómo lo dice y cuándo conviene decirlo, debe meditarlo. Así habla el Señor en el Evangelio: *sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; cumplid todo lo que ellos dicen, pero no hagáis lo que ellos hacen* (Mt 23,2). Oculta el género en la especie. Porque entonces eran discípulos aquellos a los que decía estas cosas, y ahora son discípulos aquellos a quienes dice éstas. Entonces fariseos, es decir, separados, eran los que predicaban con diligencia la Ley, y no conocían a Cristo; y ahora fariseos, es decir, sacerdotes separados, predican a Cristo y no conocen a Cristo. Aquéllos ni creyeron ni le conocieron, sino que le crucificaron; porque si le hubiesen conocido, ciertamente no le habrían entregado (1 Cor 2,8); ahora en la Iglesia están los que todos los días crucifican a Cristo, es decir,

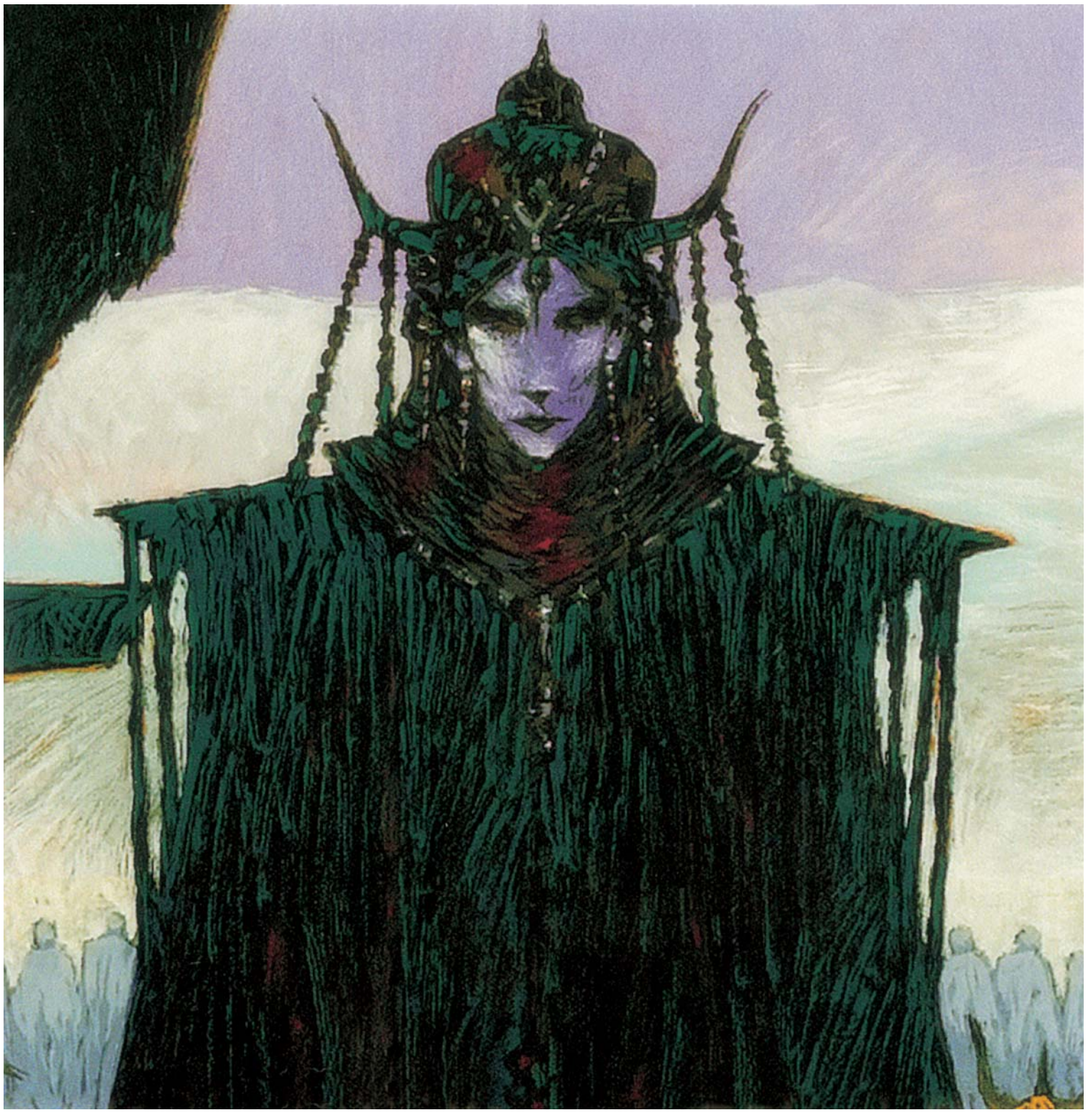
a sus miembros. Así en la especie oculta el género. Por lo demás, si esto es algo particular, y no indica lo que va a suceder en la Iglesia, habría ordenado el Señor que sus siervos vivieran fuera, él, que mandó cumplir lo que decían los escribas y fariseos, pero no realizar las obras que ellos realizaban. ¿O es que acaso sólo dio sus mandamientos para dos días, ya que no sobrevivió mucho más? Como él mismo dijo: *sé que dentro de dos días será la Pascua, y el hijo del hombre será entregado* (Mt 26,2). Y según Juan, seis días antes de su pasión, al entrar a Jerusalén cabalgó sobre un pollino. Y después de esta entrada entregó estos mandamientos, como hemos visto en Mateo. Si estos mandamientos los hubiese legado al comienzo de su predicación, sería un año. ¿Y para qué necesitaba enseñarlo en ese año, si sólo iba a servir hasta la pasión? Pero, como dijimos, lo que enseñó, lo enseñó como en figura; esto es, en imagen de lo que nos iba a suceder a nosotros hoy en la Iglesia, y de ahí sirviera de ejemplo y autoridad en lo sucesivo para los malos, es decir, para los que se sientan en la cátedra de Moisés, esto es, para los sacerdotes, que buscan las primeras cátedras en la Iglesia, y los primeros asientos, para que hagan y cumplan lo que dicen, y no obren como ellos obran. Suelen, los que enseñan en esta cátedra, vivir junto a los que dicen y hacen. Por eso dice: *Tengo contra ti muchas cosas: que toleras a Jezabel, esa mujer*. Estos, bajo nombre de cristiandad, enseñan la fornicación y la idolatría espiritual, y con nosotros parece que sirven a un solo altar, pero al de la simulación de la fe, no al de la defensa de la religión. Son semejantes a los fariseos, que pagaban el diezmo de toda hortaliza (Mt 23,23), y olvidaban la justicia de Dios. Estos tienen semejanza, es decir, simulación de santidad, por lo que sirven al diablo, y distribuyen a los pueblos los sacramentos: es decir, el bautismo, la comunión, la bendición de los pueblos, el anuncio del salterio y del Evangelio. Esta es la doctrina de la cátedra de Moisés. Estos son sus prosélitos, para ser hijos de la condenación mucho peores que ellos. Son llamados prosélitos los forasteros, que como peregrinos venían de tierra extranjera. Y se mezclaban con el pueblo judío en la fe y la circuncisión. Los sacerdotes los consideraban de los fariseos, por eso los circuncidaban, para que así fuesen santos; y obraban lo mismo que los propios fariseos que los instruían; y eran, unos y otros, hijos de la condenación. Así también estos malos sacerdotes se consideran dentro de la Iglesia, por lo cual anuncian el Evangelio, y bautizan, y que por eso tienen la vida eterna. Y como por sí mismos son malos, así también engendran malos hijos con su ejemplo; y son hijos de la condenación, porque imitan en su conducta a los que les hicieron cristianos. Por eso dice: *enseña y engaña a mis siervos para que forniquen y coman carne inmolada a los ídolos.* Así que, como dijimos, bajo el nombre de Cristo enseñaba la fornicación y la idolatría espiritual. Pero ¿cómo enseñaba abiertamente el culto de los ídolos quien se consideraba profeta en la Iglesia? No decimos que adoraba a los ídolos, o creía y predicaba otro Dios, distinto del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios, sino que, aparentando la semejanza material de cristiandad, cometía adulterio espiritual. Y el adulterio espiritual es la idolatría. Cuando alguno hace aquello que no está de acuerdo con la Santa Escritura, no sólo las cosas importantes, sino también las mínimas, que considera sin ningún valor, se llama idolatría; como definió el Espíritu por medio del Apóstol, que, cuando disputaba con los falsos hermanos, concluyó diciendo así: *queridos, huid de la idolatría* (1 Cor 10,14); y de nuevo: *¿qué tiene que ver el templo de Dios con los ídolos?* (2 Cor 6,16). Pues no todos los sacerdotes son sacerdotes; no todos los diáconos son diáconos. Fíjate en Pedro, pero no te olvides de Judas. Ves a Esteban, pero no dejes de ver a Nicolás. ¿Acaso sólo hubo esos tales en los comienzos de la Iglesia? También hoy los hay. Así en la especie muestra el género. Y el género hace referencia a la especie. Tiene Pedro discípulos imitadores, también Judas; tiene Esteban diáconos imitadores, también Nicolás. Pedro predica el Evangelio de Cristo, también lo predica Judas. Bautiza Pedro en el

nombre de la Trinidad, también bautiza Judas. Tiene Pedro en la Iglesia poder de atar y desatar los pecados, también lo tiene Judas, engañando a los siervos de Dios a que forniquen y coman la carne inmolada a los ídolos. He aquí en una sola casa dos altares. He aquí un lecho común, y Cristo dividido. Así también testifica la verdad en el Evangelio diciendo: *vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se vuelve sosa, para nada útil sirve, sino para tirarla afuera al estercolero* (Mt 5,13). Y por eso Jezabel en su nombre hace referencia al estercolero (2 Re 9,30), pues, arrojada por el muro, fuera de la ciudad, cayó en un estercolero para ser comida por los perros. Esto se dice para que quien no crea que esto vaya a suceder lea la historia de Jezabel, y lo que le sucedió a ella corporalmente, por su causa lo prevea en la Iglesia. Pues si sus obras no iban a volver a realizarse, no sería advertida la Iglesia de Tiatira por medio del Espíritu; ni era necesario recordarla, ya que hacía mucho tiempo que había muerto, después de tantos años. Pero dice: *está enseñando y engañando a mis siervos a que forniquen y coman carne inmolada a los ídolos; le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. Mira, a ella voy a arrojarla al lecho del dolor, y a los que adulteran con ella, en una gran tribulación si no se arrepienten de sus obras. A sus hijos los voy a herir de muerte:* esto es, a los discípulos que engendró por su doctrina. Recuerda que los va a condenar a la muerte segunda. Porque así como los santos Apóstoles son llamados hijos de Dios, y los doctores hijos de los Apóstoles, y los restantes santos hijos de los doctores, así también todos en la Iglesia se consideran hijos de los sacerdotes buenos o malos. Y todo aquel que imite la conducta de otro en la Iglesia, se dice que es hijo de él. Así lo dice el Señor en el Evangelio: *vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre* (Jn 8,44). ¿Acaso el diablo tuvo hijos carnales? Y en otro lugar dice *hijos de la gehenna* (Mt 23,15). ¿Acaso la gehenna engendra hijos? No, sino que se dice que las obras del diablo están preparadas para el fuego de la gehenna. Así también a éstos se les llama hijos de esa mujer. Y ¿qué dice? *A sus hijos los voy a herir de muerte,* es decir, de muerte espiritual. Pues *por el pecado entró la muerte en el mundo* (Rom 5,12), porque cuando uno peca, aunque parece que vive en su cuerpo, sin embargo en su alma está muerto, porque dice que los voy a *herir de muerte,* no con una muerte que se ve, o tan manifiesta que le suceda en la carne, sino de muerte espiritual. Y así como de una forma especial el castigo manifiesto sucedía en la madre, es decir, en tales sacerdotes, que se creen dentro de la Iglesia, así también es claro que tal castigo sucederá en los hijos y a los hijos de esa mujer por todas las Iglesias, es decir, a los engendrados por el mismo espíritu, condenados con muerte espiritual; aunque no se manifieste en este siglo, sin embargo ya les tiene condenados para siempre.

Y así sabrán, dice, *todas las Iglesias que yo soy el que escruta los corazones y los riñones:* cuando vuelva a retribuir a cada uno según sus obras, y revele los secretos de cada uno ante su vista. Pero a los restantes que están en la Iglesia, y no siguen esta pésima doctrina, y no conocieron la profunda malicia de Satanás, les dijo: *No os impongo ninguna otra carga,* como si dijera: no juzgo dos veces lo mismo; quien se examina a sí mismo, no es juzgado por otro. Quien en este mundo sufre tribulación por mí, es necesario que en el mundo futuro yo le corone. Porque no sufre en este mundo de tal manera que yo le imponga otra carga: es seguro que en el mundo futuro no padecerá tribulación. *A vosotros, a los demás de Tiatira.* Cuando dice: *os digo a los demás,* enseña qué es el ángel, es decir, la parte de la Iglesia, que dijimos más arriba, a la que dice esto: *los que no sustentáis esta doctrina, y no habéis conocido los secretos de Satanás,* es decir, no les habéis hecho caso, como el Señor dice de los malos obreros: *Jamás os conocí, apartaos de mí* (Mt 7,23). Así como los que obran el mal no conocen a Dios, aunque le anuncien, así también Dios, aunque conoce a todos, no conoce a los que obran la iniquidad. Del mismo modo los justos

no conocen la doctrina de Satanás, aunque oigan y sientan su inoportunidad. Pues ¿dónde pueden los justos lograr no oírles las cosas malas que deben evitar y no imitar su conducta?; pero conviene que estén dentro de la Iglesia juntos con ellos y que sean molestados por ellos, para que sean probados siempre, como el oro en el horno, que se abrasa por medio del carbón. El carbón se quema a sí mismo, pero purifica al oro. Así conviene que dentro de la Iglesia haya herejes, hipócritas y cismáticos: se queman a sí mismos, pero purifican a la Iglesia como al oro. Así como está escrito: *conviene que haya herejías,* dentro de la Iglesia, *para que se manifieste quiénes son de probada virtud* (1 Cor 11,19). Y de nuevo: *Cuando os digan, mirad, Cristo está en el interior de las casas* (Mt 24,26), es decir, la doctrina de los herejes, que se dice que está en el interior de las viviendas, porque enseñan la doctrina de las Escrituras en la Iglesia; o si dijeran: *mirad, en el desierto está Cristo,* es decir, entre los gentiles, porque el desierto quiere decir la gentilidad, porque allí no se enseñan las predicaciones de las Escrituras. Así también sucede en la Iglesia, por todo el mundo, que los futuros fieles serán probados por éstos, para la vida bienaventurada, en la humildad y la paciencia. Y para los hombres malos, el Señor anuncia allí tantos males futuros, que los mismos herejes predican en este mundo la pena de la gehenna. Y por eso los justos son más dignos de alabanza, soportando y perseverando en la caridad hasta el fin de su vida, y sufriendo con paciencia: de manera que los impíos se enfurezcan en la persecución, y se ensucien en su obstinación, y perduren matando cruelmente hasta el fin de su vida, para que conozcan claramente por qué son condenados en el infierno. En cambio, a los justos, como ya han sido probados, se les dice: *no os impongo una nueva carga,* esto es, más de lo que podéis soportar. Es decir: no otra doctrina que la que recibisteis, y en proporción con las fuerzas que os di, para ser fuertes; en esa proporción os impongo en este mundo la carga de tribulación y angustia que podáis soportar. *Sólo que mantengáis firmemente hasta mi vuelta lo que ya tenéis. Al vencedor, al que guarde mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones, las regirá con cetro de hierro, como se quebrantan las piezas de arcilla. Yo también lo he recibido de mi Padre.* Ya antes había dicho: *no os impongo una nueva carga;* aquí dice: *hasta mi vuelta mantened lo que tenéis, y al que guarde mis obras hasta el fin,* como si dijera, no habrá sobre vosotros otra tribulación mayor que la que soportáis en el mundo presente; no os añadiré una tribulación futura. Y exhorta más bien que mantenga lo que tiene, es decir, la doctrina apostólica, y que lo recibido lo guarde por todo el tiempo, hasta que venga el Señor. Al que lo cumpla, se le dará poder sobre las naciones y le promete reinos, para que los gobierne con cetro de hierro y los quebrante como las piezas de arcilla. Se refiere a los ángeles apóstatas, que abandonaron su principado, que son condenados por los santos en el día del juicio de condenación, y son arrojados a la muerte eterna, como dice el Apóstol: *¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?* (1 Cor 6,3). Y así dice: *le daré poder, yo también lo he recibido de mi Padre.* Pienso que por eso Juan había dicho en su carta: *cuando aparezca seremos semejantes a El* (1 Jn 3,2). *Y le daré además el lucero del alba,* es decir, al Señor Jesucristo, que nunca tiene tarde, sino que es la luz eterna, y siempre está en la luz; y dice que habla todavía a las Iglesias: *el que tiene los siete espíritus de Dios,* es decir, el Señor Jesucristo, en quien reposa el Espíritu Santo, de una sola e idéntica naturaleza, y en cuya mano hay siete estrellas, de las que hablamos más arriba. Y reprendiendo la negligencia de muchos en la congregación de la Iglesia, dice que en esta Iglesia está Jezabel, esa mujer: la llama mujer porque vio una conducta afeminada y mujeril. Todo el que vive blandamente y tiene cuidado de su cuerpo, es llamado en las Santas Escrituras, no varón, sino mujer.

TERMINA EL COMENTARIO



La reina Jezabel

COMIENZA LA HISTORIA DE LA IGLESIA QUINTA

(Ap 3, 1-6) *Escribe al ángel de la Iglesia de Sardes: esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tu conducta. Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado perfectas tus obras a los ojos de mi Dios. Acuérdate, por tanto, de cómo recibiste y oíste mi palabra: guárdala y arrepiéntete. Porque si no estás en vela, vendré como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Tienes, no obstante, en Sardes unos pocos que no han manchado sus vestidos. Ellos andarán conmigo vestidos de blanco porque lo merecen. El vencedor será así revestido de blancas vestiduras y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que me declararé por él delante de mi Padre y de sus ángeles. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO SEGUNDO

Escribe al ángel de la Iglesia de Sardes: esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tu conducta. Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Ponte en vela, reanima lo que te queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado tus obras perfectas a los ojos de mi Dios. Acuérdate, por tanto, de cómo recibiste y oíste mi palabra: guárdala y arrepiéntete. Reprende a los sacerdotes perezosos, que hemos citado más arriba: que ni vigilan ellos, ni estimulan al pueblo; que no confían en Dios con toda su alma, ni guardan la fe recta en la verdad. Se llaman cristianos sólo de nombre, o se creen que han llegado a la vida cristiana, pero están muertos, y por eso se les increpa para que vigilen y afiancen las demás cosas en las que habían podido pecar; por eso advierte: *acuérdate de cómo recibiste y oíste mi palabra: guárdala y arrepiéntete.* Quiere traer a su memoria la doctrina apostólica, y le manda cumplir lo que prometió en el bautismo de la fe, y arrepentirse de los males pasados. *Tienes,* dice, *nombre como de quien vive, pero estás muerto.* Sólo muere quien ha cometido un pecado mortal. *Reanima lo que está a punto de morir;* esto no se lo dice sino al que está en el sacerdocio, y constituido en el ministerio, y que peca mientras realiza su tarea, y *por el pecado la muerte.* Pues no puede reanimar el que ha perdido el ministerio de la doctrina. Pues muchos leen, y sin embargo están ayunos de la misma doctrina. Muchos oyen la voz de la predicación, y después de oírla se retiran vacíos. Aunque su vientre coma, su alma y sus vísceras no se llenan, porque aunque perciban con su mente el conocimiento de la palabra sagrada, olvidando y no cumpliendo lo que oyeron, no conservan estas cosas en las vísceras del corazón. Por eso el Señor increpa a algunos por el profeta, diciendo: *Aplicad vuestro corazón a vuestros caminos; habéis sembrado mucho, pero cosecha poca; habéis comido, pero sin quitar el hambre; habéis bebido, pero sin quitar la sed* (Ag 1,5). Siembra mucho en su corazón, pero cosecha poco, quien conoce mucho de los mandatos divinos porque lo ha leído o escuchado, pero, obrando negligentemente, cosecha poco. Come y no se sacia el que oye la palabra divina, pero desea los bienes y la gloria del mundo. Con razón se dice que no se sacia quien come una cosa y apetece otra. Bebe y no quita la sed quien inclina su oído a la palabra de la predicación, pero no cambia su mente. Se suele cambiar el sentido de los bebedores que se emborrachan. El que es devoto de conocer la Palabra de Dios, pero desea alcanzar los bienes que son de este mundo, bebe, pero no se sacia; porque si se emborrachase, sin duda cambiaría su mente. Por eso dice: *no he encontrado tus obras perfectas a los ojos de mi Dios.* Porque si fuesen perfectas, buscarían las cosas celestiales, y no apetecerían las cosas terrenas. No amarían ya las vanidades y las cosas pasajeras que habían amado. El salmista dice de los elegidos: *se sacian de la grasa de tu casa* (Sal 36,9); porque están tan

repletos del amor de Dios omnipotente, que por el cambio de su mente parecen extraños a sí mismos. Y cumplen lo que está escrito: *quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* (Mt 16,24). Se niega a sí mismo el que cambia para mejor y comienza a ser lo que no era, y deja de ser lo que era. Algunas veces vemos a algunos compungidos por la palabra de la predicación como para convertirse, que han cambiado el vestido, pero no el alma; de tal manera que toman un hábito religioso, pero antes no pisotean los vicios pasados; se agitan bárbaramente por los estímulos de la ira; se apasionan en el daño del prójimo por un sentimiento de maldad; se ensoberbecen de algunos bienes mostrados a los ojos humanos; buscan inútilmente los bienes del mundo presente y sólo tienen confianza en la santidad del solo hábito externo que han tomado. Por tanto se le dice con razón: *no he encontrado tus obras perfectas a los ojos de mi Dios.* El que murió ya ha sido juzgado por Dios. No sólo no tiene obras perfectas a los ojos de mi Dios, sino que no tiene nada de nada. Ciertamente está muerto; por eso está claro que del mal obispo o sacerdote se ha dirigido a toda su parte, a la que se le ha dicho: *ponte en vela y reanima lo que te queda y está a punto de morir. Pues no he encontrado tus obras perfectas a los ojos de mi Dios. Acuérdate, por tanto, de cómo recibiste y oíste mi palabra: guárdala y arrepiéntete.* Esto se lo dice para todo el linaje de la Iglesia, a quien se ve que preside, y a quien todavía conmina y dice: *porque si no estás en vela, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.* Vuelve a la figura del siervo malo, *que dijo en su corazón: tarda mi señor en venir; y vendrá su señor a la hora que desconoce. Le separará y le señalará su suerte entre los hipócritas* (Mt 24,48). Ya hemos dicho varias veces que en este siervo está representado el cuerpo de todos los obispos. Y por estos obispos, todos los miembros de la Iglesia, que son los pueblos, son considerados un solo cuerpo. Y que la Iglesia está representada, como ya se dijo, por un solo hombre, y el ojo de su cabeza es el obispo, y la mano de su cuerpo es el presbítero, y el pie de su cuerpo es el diácono. Y qué hace este hombre sino llevar todos los sentidos en la cabeza, de manera que vea con los ojos, es decir, recuerde el pasado, ordene el presente y prevea siempre el futuro, e investigue apasionadamente lo más oculto de los Testamentos de Dios, la Ley y el Evangelio: oiga con los oídos, para que realice con las manos lo que ha oído; huela con las narices, para saber qué abraza de buen olor, o qué desecha de hedor; hable con la boca lo que conoció que existía por estos tres sentidos bajo estos tres testigos: creer con el corazón lo que habló, obrar con las manos lo que creyó, recorrer con los pies lo que decidió hacer con las manos. Y cuando haya hecho esto, aunque todo el hombre parece mostrar muchos miembros, lo principal es, sin embargo, que si entre todos los miembros ha tenido la cabeza sana, hace lo que quiere; porque si está la cabeza enferma, y el ojo sin pupila, y las orejas sin oído, y la nariz sin olfato, y la lengua sin palabra, y el corazón sin entendimiento, y las manos sin obras y los pies sin pasos, ¿qué hace tal hombre, que no sirve de provecho ni a sí mismo ni a otros? Si hay un obispo negligente, el ojo de esa cabeza está sin pupila. Si tiene un clero perezoso, es decir, ministros de su despensa, es orejas sin oído. Si no corrigen las negligencias de los pueblos a ellos encomendados, es una nariz sin olfato. Si no anuncia la Ley y el Evangelio, o hace que lo anuncien, es una lengua sin palabras. Si lo que hay que entender en las Escrituras, hay que entenderlo de manera distinta a como él lo ha entendido, es un corazón sin entendimiento. Si ordena sacerdotes ignorantes, o poco instruidos, o neófitos, es una mano sin obras. Si ordena diáconos perezosos, es un pie sin caminar. Comprende en estos miembros citados lo que podrá servir de utilidad para los restantes miembros. Y si por casualidad dices tú, obispo: yo soy santo, soy religioso, no he cometido ningún pecado capital, ojala me pueda salvar, ¿qué me preocupo de los otros? Respondo a esto: ¿Quieres banquetear con el Rey? ¿Has sido invitado a la cena de las bodas del Cordero? Si tienes las manos sucias, no

puedes comer con el Rey en la misma mesa: es decir, si tienes sacerdotes sórdidos, no puedes banquetear con el Rey en el mismo festín. Quizás dices tú, obispo: yo llevo una vida religiosa, no me compete juzgar cómo son los diáconos. Respondo a esto: ¿Has sido, como dijimos, invitado a la cena? No puedes recostarte con el Rey en el mismo lecho si tienes los pies sucios, es decir, si los diáconos de tu diócesis, o presbíteros, son perezosos y sórdidos, aunque tú parezcas ser santo en tu conducta, porque padecerás daños, no sólo por ti, sino por la grey que se te ha confiado. Pongamos otro ejemplo: ¿Qué hace este hombre, del que hablamos, si en invierno se ve aterido, en medio del camino, por el frío glacial y una copiosa nevada? El ingenio campesino suele tener un martillo, que el vulgo llama eslabón; tiene también una piedra que golpea con ese mismo hierro; tiene yesca, en la que se enciende el fuego con las chispas que saltan. Corta leños, hace un montón y les prende fuego por debajo, y cuando comienza a arder, vienen en multitud de diversas partes, uno detrás de otro, los que quieren calentarse. Y todos reciben lumbre del mismo fuego, y se disponen a hacerse sus propios fuegos, aunque sea muy grande el número. Y viven en la nieve, con el fuego que se enciende, los que sin fuego pudieron morir. Ved que así es la Escritura divina. En la Ley está oculto el fuego del Espíritu Santo, como en la piedra de sílice. Y para que quizás no diga algún calumniador: ¿comparas la piedra de sílice con la Ley?, oye al Señor que increpa a Judea por medio del profeta Ezequiel: *hijo de hombre, yo te envío a un pueblo apóstata, que se ha rebelado contra mí* (Ez 2,3), *a quienes di un rostro duro como la sílice y como el diamante* (Ez 3,9). ¿Qué se entiende por el rostro sino el conocimiento? ¿Qué es un rostro duro sino la Ley, donde estaba oculto el Espíritu Santo, en quien habían podido reconocerse? ¿Cómo podemos interpretar el hierro del eslabón sino por el Evangelio? Del hierro dice el Señor a los que le siguen y a los vencedores, por medio de este Juan: *al que guarde mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones: las regirá con cetro de hierro, como se quebrantan las piezas de arcilla. Yo también lo he recibido de mi Padre.* ¿Qué hace el sílex sin el eslabón? ¿Qué hace la Ley sin el Evangelio? ¿Acaso no, frío y hielo? De este hielo dice el Señor: *y al crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará* (Mt 24,12). La yesca, en la que el mismo fuego del Espíritu Santo se prende por medio de estos dos, y se propaga desde esta yesca, es el hombre que posee el fuego, el Espíritu Santo que, por las manos de la Iglesia, ya hemos dicho que son los sacerdotes, que por medio de la Ley y el Evangelio hacen arder este fuego, del que dice el Señor: *He venido a traer fuego sobre la tierra, y cuánto desearía que ya estuviera encendido* (Lc 12,49). Ved que el Señor quiere que arda; pero el ojo sin la pupila no quiere, por medio de la piedra de la Ley, y el hierro del Evangelio y la yesca del cuerpo, ayuntarlos en unidad; y la mano hinchada no puede asir a ambos, ni puede con son alguno desprender con los golpes el fuego latente de la letra de las chispas de la predicación, ni encender el fuego del Espíritu Santo, ni con la hoz de la predicación cortar o quemar las maderas o las espinas de los pecados; y en el tiempo de invierno de este mundo mueren sin este fuego todos los que habían podido vivir para siempre con este fuego. Este es el hombre al que este libro habla, replica, inculca y vuelve a repetir. Este es el siervo infiel que, sabiendo la voluntad de su señor, no la cumple. Este es el que esconde el talento recibido, es decir, la palabra de la predicación, en la tierra, es decir, en los bienes terrenos. Este es el siervo que dice en su corazón: *tarda mi señor en venir* (Mt 24,51); inopinadamente vendrá el señor, en el momento que desconoce. *Entonces le separará y le señalará su suerte entre los hipócritas:* no que le divida en partes, sino que por entero le aleja de los santos. Oye y teme qué dice de nuevo de él y ten pavor de lo que dice a los servidores. Dice así: *atadle de pies y manos,* es decir, con sus presbíteros y diáconos y con el pueblo que le imitó, *arrojadle a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y crujir de dientes.* De estas tinieblas se dice por medio del

santo Job: *tierra de miseria y tinieblas* (Job 10,22). La miseria pertenece al dolor, y la tiniebla a la ceguera. Aquella, pues, que les tiene alejados de la mirada del juez severo, se define tierra de miseria y tinieblas, porque por fuera el dolor aflige a los que, alejados de la verdadera luz, oscurece por dentro la ceguera. Aunque puede entenderse de otra manera la tierra de miseria y tinieblas. Pues esta tierra, en la que nacemos, es ciertamente también de miseria, pero no es de tinieblas, porque padecemos aquí muchos males por nuestra corrupción; pero, sin embargo, volvemos todavía a la luz, por el deseo de conversión, según aconseja la Verdad, que dice: *caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas* (Jn 12,35). Aquella tierra es al mismo tiempo de miseria y tinieblas, porque todo el que haya bajado a padecer sus males, no vuelve de nuevo a la luz, a cuya descripción todavía se añade: *tierra de oscuridad y de desorden* (Job 10,22). Así como la muerte externa separa el cuerpo del alma, así también la muerte interior separa el alma de Dios. La sombra de la muerte es la oscuridad de la separación, porque cada uno de los condenados, mientras es quemado por el fuego eterno, se ve cegado por falta de luz interior. La naturaleza del fuego es mostrar que de sí procede la luz y el fuego, pero aquella llama vengadora de los pecados cometidos tiene fuego, aunque no tiene luz. Eso es lo que la Verdad dice a los réprobos: *apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles* (Mt 25,41). Y de nuevo a uno solo, significando en una sola persona el cuerpo de todos, le dice: *atadle de pies y manos, y arrojadle a las tinieblas exteriores.* Si el fuego que quema a los réprobos hubiera podido tener luz, no se le diría al que es rechazado que ha sido enviado a las tinieblas, porque a los que allí devora el fuego de la gehenna, les ciega de la visión de la verdadera luz, para que en el exterior los atormente el dolor de la combustión, y en el interior les ennegrezca la pena de la ceguera. Porque los que faltaron a su Creador con el cuerpo y el corazón, también son castigados en cuerpo y corazón, y sienten en ambos el castigo los que mien-

Los siete espíritus de Dios

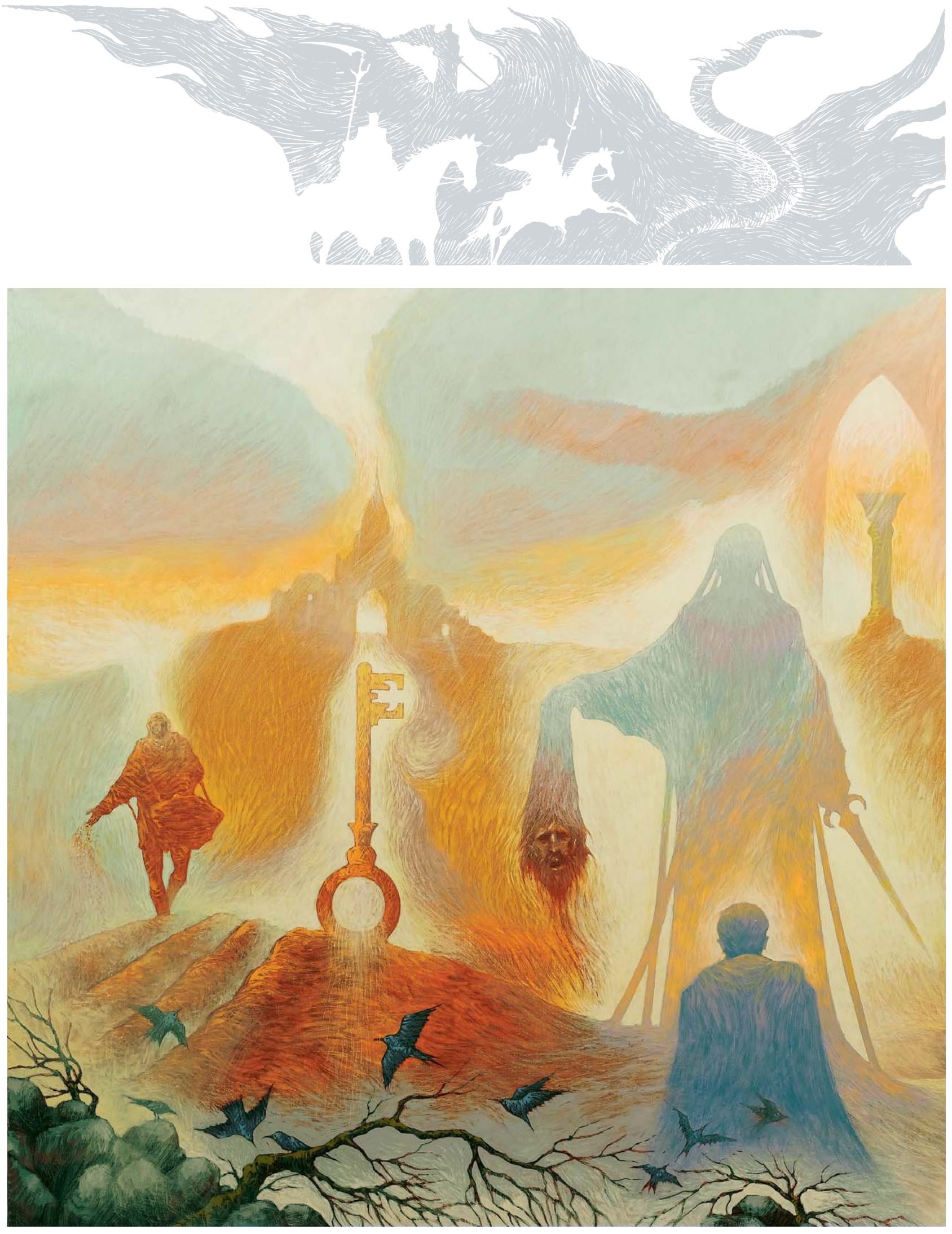
tras vivieron aquí se servían de ambos para sus malvados deleites; por eso dice Pablo con razón: *no ofrezcáis vuestros miembros como armas de injusticia al servicio del pecado* (Rom 6,13). Bajar con armas al infierno es sufrir los tormentos del juicio eterno, con los mismos miembros con que se saciaron los deseos de placer; de manera que entonces por todos los lados el dolor consuma a los que, sometidos ahora a sus placeres, luchan por doquier contra la justicia del que juzga justamente. Se vuelve al que increpando ahora repetidas veces dice: *acuérdate, por tanto, de cómo recibiste y oíste mi palabra. Guárdala, arrepiéntete y vigila. Porque si no estás en vela, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti.* El juicio de Dios es repentino y secreto, nadie conoce la hora del juicio que va a venir; pero la piedad no castiga a los miserables en su totalidad, sino que, por el contrario, consuela diciendo: *tienes, no obstante, en Sardes a unos pocos que no han manchado sus vestidos, ellos andarán conmigo vestidos de blanco porque lo merecen.* Pues todo aquel que no se mancha con la suciedad del pecado, camina con el Señor vestido de blanco y se hace digno de seguir las huellas del Cordero. Y no se borra su nombre del libro de la vida, sino que le reconocerá delante de su Padre que está en los cielos, y delante de sus ángeles. Alabanza grande de unos pocos entre muchos sórdidos, en favor de los que luchan. Pues no es más digno de alabanza ser bueno entre los buenos, sino ser bueno estando con los malos. Pues así como es mayor demérito no ser bueno entre los buenos, así es también de mayor mérito conservarse bueno entre los malos. Por eso dijo el beato Job: *me he hecho hermano de dragones y compañero de avestruces* (Job 30,2). Y Ezequiel dijo: *incrédulos y rebeldes están contigo y habitas con escorpiones* (Ez 2,6). Se nos ofrece el remedio del consuelo a los que con frecuencia nos da tedio vivir, porque no queremos habitar con los malos. Preguntamos: ¿Por qué, pues, no son buenos todos los que viven con nosotros? No queremos soportar los males de los prójimos; juzgamos que deberíamos ser ya todos santos, mientras no queremos serlo, por soportar a los prójimos. Pero esto es más claro que la luz: cuando no hemos aprendido a soportar a los malos, es porque nosotros mismos tenemos todavía mucha menor bondad. Nadie es bueno sino el que ha aprendido a soportar a los malos. Pues, como hemos dicho más arriba, Job decía: *fui hermano de dragones y compañero de avestruces.* ¿Qué se entiende por el nombre de dragones sino la vida de los hombres malos, de quienes se dice por el profeta: *aspiraban el aire como dragones?* (Jer 14,6). Pues los perversos, que aspiran el aire como los dragones, se inflan con la maligna soberbia. ¿Qué se suele entender por el nombre de los avestruces sino a los falsos? Pues el avestruz tiene alas, pero no vuela. Así estos falsos tienen una especie de santidad, pero no tienen la virtud de la santidad; les decora la apariencia del acto bueno, pero el ala de la virtud en nada los levanta de la tierra. Por eso el apóstol Pablo dice a sus discípulos: *En medio de una nación tortuosa y perversa, entre los que brilláis como antorchas en el mundo, presentándole la palabra de la vida* (Flp 2,15). Por eso Pedro glorifica al beato Lot diciendo: *Libró a Lot, el justo, oprimido por la conducta licenciosa de aquellos hombres disolutos* (2 Pe 2,7). Era justo de aspecto y de oído, viviendo entre aquellos que atormentaban día a día el alma del justo con obras inicuas. Por eso, por medio de este Juan, se le notifica al ángel de la Iglesia de Pérgamo, diciendo: *Sé dónde vives, donde está el trono de Satanás. Eres fiel a mi nombre y no has renegado de mi fe.* A menudo, pues, cuando tenemos lamentos y quejas de la vida de los prójimos, queremos cambiar de lugar, y nos esforzamos en conseguir una vivienda apartada, de vida más remota, ignorando, ciertamente, que si allí no está el Espíritu Santo, no ayuda el lugar. Pues el mismo Lot, del que hablamos, permaneció santo en Sodoma, y pecador en el monte. Quienes buscan nuevos lugares, y no guardan su alma, fíjense en el mismo primer padre del género humano y tengan por testigo al mismo que cayó en el Paraíso. Pues si el lugar hubiera podido salvar, Satán no habría caído

del cielo. Por eso el Salmista, viendo las tentaciones que hay por doquier en este mundo, buscó un lugar al que huir; pero sin Dios no pudo encontrar un refugio seguro. Por eso pidió para sí un lugar, el mismo por el que buscó el lugar, diciendo: *Sé para mí un Dios protector, y un alcázar fuerte, que me salve* (Sal 31,3). Por tanto hay que saber soportar en cualquier lugar a los prójimos; porque no puede llegar a ser Abel, de manera que pueda imitarlo un poquito aquel a quien no hostiga la malicia de Caín. Pero hay algo por lo que debe evitarse la compañía de los malos, si quizás no tienen fuerza para corregirlos, para que no los arrastren a la imitación; y como ellos no se convierten de su malicia, pervierten a los que viven unidos a ellos. Por eso dice Pablo: *las malas compañías corrompen las buenas costumbres* (1 Cor 15,33). Y como se dice por medio de Salomón: *no tomes por compañero a un hombre airado, ni vayas con un hombre violento, no sea que aprendas sus senderos y escandalices a tu alma* (Prov 22,24). Así como los hombres perfectos no deben evitar a los prójimos perversos, porque con frecuencia arrastran al camino recto a los que tienen cerca de ellos, y ellos nunca son arrastrados al mal camino, así también los débiles deben abandonar la compañía de los malos, no sea que se complazcan en imitar los males que ven frecuentemente y no pueden corregir. Pues oyendo así todos los días las palabras de los prójimos, las asumimos en la mente, a la manera que suspirando y respirando traemos el aire al cuerpo; y así como el aire nocivo, asiduamente traído por la respiración, daña el cuerpo, así las malas conversaciones escuchadas con asiduidad dañan el alma de los débiles, de tal manera que se pierden en el amor de la obra mala por la iniquidad de la conversación asidua. Hay que advertir qué dice el Señor: *muchos son los llamados, pocos los elegidos* (Mt 20,16); y *pequeño* es *el rebaño* (Lc 13,32), al que prometió dar la herencia. Por eso dice: *tienes, no obstante, en Sardes a unos pocos que no han manchado sus vestidos, ellos andarán conmigo vestidos de blanco porque lo merecen.* A vestir sus vestiduras llama a otros al decir: *el vencedor será así revestido de blancas vestiduras.* ¿Acaso desconocían los pocos santos que era propio de ellos formar muchedumbre en medio de los manchados, y por eso ellos mismos pudieron conservarse inmaculados? Pues no pueden ser santos sino los que gimen y lloran por las iniquidades que se realizan en medio de ellos; por la maldad de los espíritus del aire, y cuanto mayor mal ven, tanta mayor aflicción de penitencia tienen, y los que no lo tienen, no son santos. Pueden los malos hermanos no ver a los justos por la semejanza de tareas que realizan como en concordia, y por su pareja virtud, y que no poseen el mérito de la aflicción de la penitencia; y como los ven con un mismo estilo de religión, piensan que son semejantes a ellos porque no brillan con signos externos de una verdadera santidad, y que viven sin testimonio, al pensar que nadie es justo; pero ¿de dónde proviene lo que ellos mismos dicen: *su sola presencia nos es insufrible?* (Sab 2,15). *Y no borraré su nombre del libro de la vida, sino que me declararé por él delante de mi Padre y de sus ángeles. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.*

TERMINA LA IGLESIA QUINTA EN EL
LIBRO SEGUNDO

COMIENZA LA IGLESIA SEXTA EN EL
LIBRO SEGUNDO

(Ap 3, 7-13) *Escribe al ángel de la Iglesia de Filadelfia: esto dice el Santo, el Veraz, el que tiene la llave de David: si él abre, nadie puede cerrar; si él cierra, nadie puede abrir. Conozco tu conducta, he abierto ante ti una puerta, sé que tienes poco poder, pero has guardado mi palabra y no has renegado de mi nombre. Yo te entregaré algunos de la sinagoga de Satanás de los que se proclaman judíos sin serlo, y son en realidad mentirosos. Yo haré que vayan a postrarse delante de tus pies para que sepan que yo te he amado. Ya que has guardado mi recomendación de ser paciente en el sufrimiento, también*



yo te guardaré de la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero para probar a los habitantes de la tierra. Pronto vendré: mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebate tu corona. Al vencedor le pondré de columna en el Santuario de mi Dios y no saldrá fuera ya más; grabaré en él el nombre de mi Dios, el nombre de la nueva Jerusalén que baja del cielo enviada por mi Dios. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.

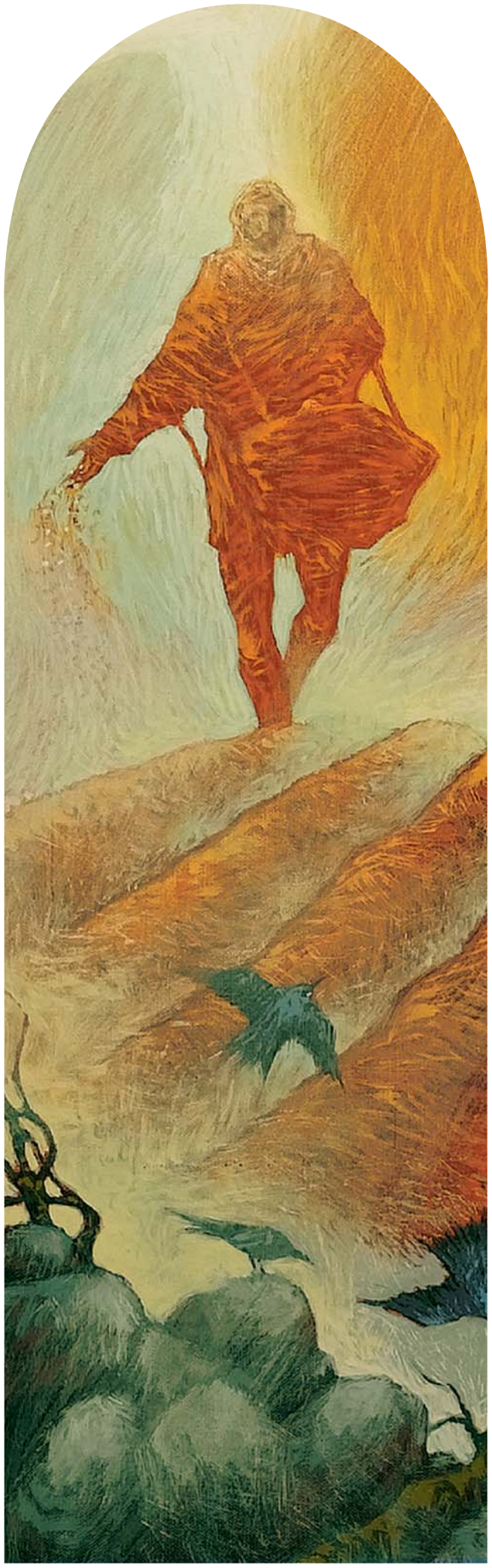
TERMINA LA HISTORIA DE LA IGLESIA SEXTA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA IGLESIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Escribe al ángel de la Iglesia de Filadelfia: esto dice el Santo, el Veraz, el que tiene la llave de David: si él abre, nadie puede cerrar, si él cierra, nadie puede abrir. David en latín significa «fuerte de mano». Porque realmente fue fortísimo en las batallas. Fue él muy deseado, a saber, en su estirpe. De la que había anunciado el profeta: *vendrá el esperado por todos los pueblos* (Ag 2,8), es decir, Jesucristo encarnado, que tiene la llave de David, y que abrió todos los misterios de la Ley y los Profetas, que sellados y cerrados estaban ocultos bajo la letra que mata, y se los hizo conocer a su Iglesia por medio del Espíritu, que da vida; porque si no viene Cristo, no había nadie que abriese lo que estaba cerrado. Y *tiene la llave de David,* es decir, el poder regio que posee sobre su Iglesia. Está claro que a los suyos, a los que llaman, les abre, y a los hipócritas, es decir, a los falsos, les cierra la puerta de la vida, cuando llaman y dicen: *Señor, Señor, ábrenos* (Lc 13,25); a éstos les dice: *No os conozco. Apartaos de mí los que obráis la iniquidad.* Pero a sus santos les dice: *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá* (Mt 7,7). ¿Qué es pedir sino con mente atenta, y con todo el corazón y con toda el alma, y con toda la fortaleza, con devoción diligente amar a Dios y orar sin interrupción? Esto es pedir a Dios. Y ¿qué es buscar sino pensar en todo momento el bien y erradicar totalmente de su corazón los pensamientos nocivos? Esto es buscar a Dios. Y ¿qué es llamar sino obrar siempre el bien con las manos, y amar al prójimo como a sí mismo y amar al enemigo por Dios, y soportar pacientemente todas las injurias?; y si alguno te quita algo, para ganártelo, además de la túnica que te quitó, no dudes en darle también la capa. Por eso dice el Señor en el Evangelio: *Si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener?; ¿no hacen eso mismo también los gentiles?* (Mt 5,46) Pero si amas al que te tiene odio, ésta es la verdadera recompensa delante de Dios, como dice el profeta: *con los que odian la paz era pacífico* (Sal 120,6): esto es, en verdad, entregar el alma por el hermano. Por eso dice Salomón: *Es más fuerte el amor que la muerte* (Cant 8,9). Y no sólo amemos, sino que ofrezcámosles también algo de nuestra ganancia y ahorro, para que por ese pacto de amistad tengamos con ellos una palabra de exhortación, de manera que consigamos incluirlos entre los miembros del Señor, es decir, de la Iglesia. Por eso dice Santiago: *Si alguno de vosotros, hermanos míos, se desvía de la verdad y otro le convierte, sepa que el que convierte a un pecador de su camino desviado, salvará su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados* (Sant 5,19). Además de estas cosas, según la costumbre apostólica, llamar es trabajar con nuestras propias manos y no ser gravoso a nadie; distribuir los bienes propios a los necesitados y no codiciar los bienes ajenos. Porque, aunque distribuyamos toda nuestra hacienda entre los pobres, nada será para Dios más precioso, ni tan querido, que el que trabajemos con nuestras manos; cuando lo hayamos hecho, nos prepararemos y nos sentaremos a comer, como dice el Apóstol: *el que no quiera trabajar, que no coma* (2 Tes 3,10). Este es propiamente el llamar al que Dios promete abrir. Pues a los que trabajan, promete Dios el alimento, que sin duda dará, no en este siglo, sino en el futuro. Según dice: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cansados, y yo os alimentaré* (Mt 11,28). Mas a los ociosos y

perezosos les dirá: *ya habéis recibido vuestra recompensa,* porque *tuve hambre y no me disteis de comer,* y todo lo demás. Por eso *alejaos de mí los que obráis la iniquidad* (Lc 13,27). Pero a sus santos les dice: *he abierto ante ti una puerta.* Antes dijo: *si él abre, nadie puede cerrar;* como si dijera: la puerta que yo abro a la Iglesia, nadie piense que yo se la cierro a alguno o al menor de los santos en el mundo entero o en parte alguna, o que la puerta que he abierto una vez, alguno de los herejes puede cerrarla. Sino que, si pide y busca y llama, haré lo que he prometido. Y porque sin Dios no podemos estar, ni vivir, ni trabajar, por eso mandó el Señor al siervo trabajador cortar las espinas de las riquezas, erradicar los vicios, esparcir en el campo fuera de la casa el estiércol de los pecados y sembrar la semilla de la obra buena en el campo cultivado, y cerrar el portillo de la fe. Suele el sembrador, una vez que ha hecho esto, dormir, y germina aquella semilla, y echa raíces y hojas, y va creciendo día y noche con la lluvia y el sol, que no falta; suelen también crecer diversas semillas de hierbas, es decir, la cizaña, que el mal hombre siembra cuando duerme el sembrador. Pero cuando el sembrador ha dicho: *levántate, Señor, ¿por qué duermes?* (Sal 44,24), entrando en el campo del cuerpo, arranca lo que es grande, pero lo que es insignificante no lo toca, porque no considera que estorba a la mies. Así es la Iglesia. Trabaja, y el Señor envía la lluvia de sus preceptos, y rechaza las langostas de los demonios y espanta los poderes malignos del aire, y hace calmar las tempestades procelosas de los hombres malos y hace huir al jabalí salvaje, príncipe maligno de la tierra, y protege y defiende su mies todos los días, mies que dice que tiene en común con el labrador. Esta Iglesia es la que cobija a los hombres campesinos, y a los santos que son humildes en el mundo, e ignoran las Escrituras, pero sin embargo tienen una fe inamovible: ni aterrorizados en ninguna circunstancia se alejan de la fe. Por eso se les dice: *He abierto ante ti una puerta,* y añade, *porque, aunque tienes poco poder, has guardado mi palabra, yo te guardaré de la hora de la prueba.* Conozcan de este modo estos tales su gloria en la Iglesia. Y porque son sencillos y humildes, y no irritan a nadie tentándole maliciosamente, por eso el Señor no permite que se les tiente, ni en escasa medida. Esta es la Iglesia que se hace elegir para sí el Señor por su gratuita compasión, sin la ayuda de la filosofía o doctrina de nadie. Y así como increpa por medio de los sacerdotes a cada una de las citadas Iglesias, así a esta Iglesia la gobierna el mismo Pastor celestial.

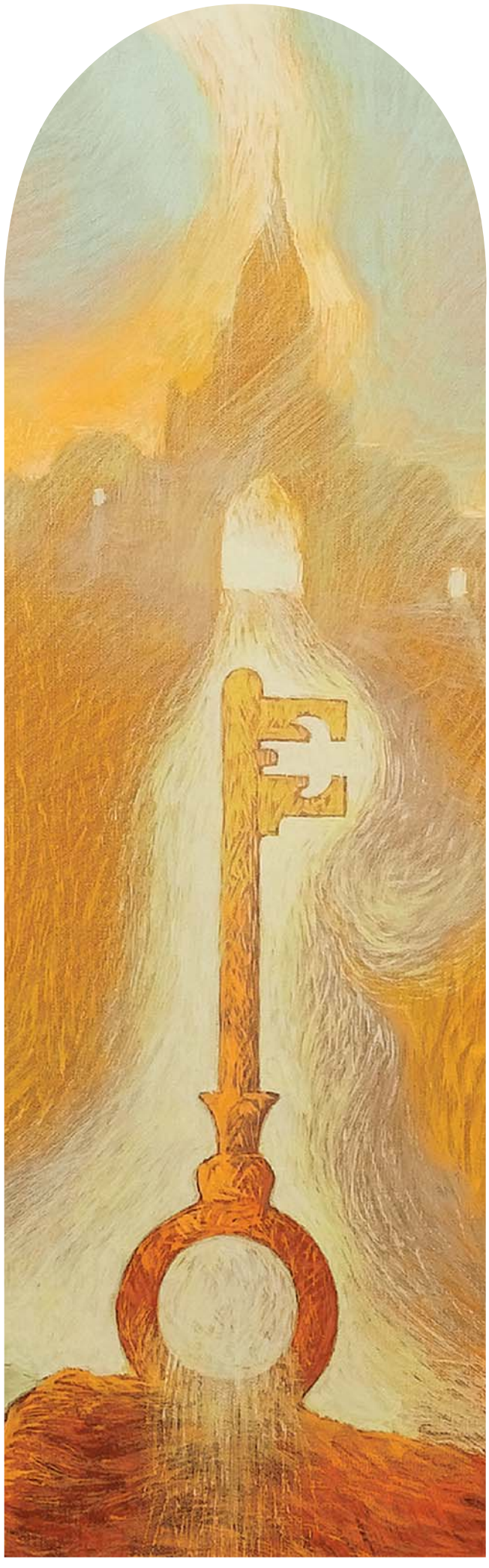
En la primera Iglesia de Éfeso, acusa a los falsos apóstoles y el amor perdido. II. *En el ángel de la Iglesia de Esmirna,* increpa a los falsos hermanos, que dicen que son religiosos y no lo son. III. *En el ángel de la Iglesia de Pérgamo,* se reprende a los falsos religiosos el comer la carne inmolada a los ídolos y la doctrina de los nicolaítas. IV. *De nuevo al ángel de Tiatira,* se le recrimina tolerar a Jezabel la profetisa, que es un simulacro, es decir, una apariencia de Iglesia. V. *En el ángel de la Iglesia de Sardes,* denuncia a los obispos, que sólo tienen el nombre, pero están muertos. Mencionándoles como a un solo cuerpo, les dice: *Acuérdate de cómo oíste y recibiste mi palabra.* VI. *En el ángel de Filadelfia,* que en latín se traduce por «la que salva», se escribe al que cree en el Señor, y con sencillez campesina y fe recta se mantiene en la observancia inviolable de piedad. Y porque sin Dios no podemos mantener nuestras fuerzas, él mismo es el que lucha por nosotros y vence por nosotros. Y aunque lo realiza él, sin embargo atribuye los éxitos a su Iglesia, y contemplando su debilidad dice: *sé que, aunque tienes poco poder, has guardado mi palabra y no has renegado de mi nombre.* Antes había dicho: *he abierto para ti una puerta,* la fe evangélica, la predicación apostólica, que nadie puede cerrar. *Aunque tienes poco poder.* Conociendo la fragilidad humana, dice el Señor compadecido: te he abierto la puerta de la sabiduría y los secretos de la fe de tal manera que, por lo exiguo de tus fuerzas, nadie tenga poder para cerrar las verdades que se te han abierto. *Has guardado mi palabra y no has renegado de mi nombre.* Y como ya había afirma-



El sembrador

do más arriba el poder de su donación, el Señor atribuye también la gracia que le concedió a su conducta; ya que por el don que le concedió el Señor, el siervo conservó la fe y no renegó de su nombre eterno. Le dice que *tienes poco poder*. Es alabanza de Dios protector, y sin embargo de la devoción de la Iglesia, el que Dios a un escaso poder le abra la puerta de la victoria y que un escaso poder sea fortalecido por la fe. Pues no hay que buscar el poder, sino la fe. Pues una sola mujer, Judit, no mató a Holofernes por su poder, sino por su fe. Ni se podía creer que el sexo débil arrebataría con su mano la espada, mataría al perseguidor de la Iglesia y sometería los batallones de los enemigos: esto no fue obra de audacia temeraria, sino de la fe de firmeza viril. También los hijos del Israel que fue testigo de tantos hechos admirables de poder, por dudar de la fe en Dios, sorprendidos por diversas desgracias, perecieron en el desierto. Comiendo el maná, fueron muertos por las serpientes; también por el fuego y la espada. Por murmurar y desconfiar, no sólo no entraron en la tierra de Promisión, sino que perdieron para siempre los reinos celestiales. Pues muchos salen del Egipto de este siglo, y entran en el estrecho sendero del desierto, y conocen el maná de la gracia celeste, los secretos de las Escrituras; pero no encuentran el camino de la Promisión celeste sino solamente los sencillos, los ignorantes y los limpios de corazón. Aunque hayan sido letrados, no pueden encontrar el camino si no imitaron a los rudos Apóstoles. No llamó Dios al apostolado primero a los gramáticos, o a los filósofos, o a los oradores, sino a los sencillos, a los pobres y a los pescadores. Nunca pudo uno de los filósofos decir: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo* (Mt 16,16). Nunca pudo Demóstenes, Cicerón o el filósofo Catón decir: *En el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios* (Jn 1,1). Ved que decimos que Pedro y Juan eran apóstoles, no filósofos, sino ignorantes e iletrados. Pedro, con su mano encallecida, predicando sencillamente al Hijo de Dios, vino a Roma para anunciar al mismo emperador y padre del pueblo romano a aquel a

quien dio a luz una Virgen, no a Rómulo, a quien amamantó una loba. Ved que no llenó el mundo la palabra del filósofo, sino la del ignorante Pedro, que reconoce al hombre Hijo de Dios. Su gloriosísimo cuerpo descansa en un sepulcro en la ciudad de Roma, pero su palabra brilla en todo el mundo. Aunque una sepultura guarde su cuerpo, sin embargo su influencia benéfica se manifiesta por doquier. Por devoción viene el emperador a venerar su sepulcro, a besar los pies del ignorante, y se quita la corona de su cabeza. ¿De quién es este poder sino de aquel en quien creyó con fe perfecta y predicó con total dedicación? Ved claramente que Dios eligió lo débil del mundo para confundir a los fuertes. Eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios del mundo (1 Cor 1,27); eligió la pobreza y la sencillez del mundo para confundir a los ricos soberbios. Pues el Señor no reprueba a los sabios humildes del mundo, ni a los fuertes humildes del mundo, ni a los ricos del mundo, pues él es sabio, fuerte y poderoso; sino sólo, como dijimos, a los soberbios, a los que desconocen a Dios y ponen su esperanza en las riquezas. Ved que muchos justos con riquezas agradaron a Dios. Abraham lo atestigua diciendo: *¿Hablaré con mi Señor, yo que soy polvo y ceniza?* (Gén 18,27). No es un impedimento la riqueza, ni la sabiduría, donde hay abundancia de humildad. De una manera peca el justo, y de otra el pecador o el inicuo. De una manera cae el justo, y de otra el inicuo. Pues está escrito: *siete veces cae el justo, pero se levanta* (Prov 24,16); mas no comete tal pecado que deje de ser justo, sino que esboza una sonrisa, o una burla sin afrenta, o un pensamiento que no conviene pensar. Este tal, se dice que peca, y sin embargo con razón es llamado justo. Pues no cae de tal manera que no sea justo, porque está escrito: *aunque caiga el justo, no se queda postrado, porque el Señor le sostiene la mano* (Sal 37,24). Está, pues, presente el Señor cuando cae el justo, porque no peca de tal gravedad que se aleje el Señor de él. Tiene la concupiscencia por la debilidad de la carne, pero no consiente al deseo, fortalecido por el poder de la gra-



La Llave que todo lo abre

cia espiritual. Esa misma concupiscencia es la ley del pecado, establecida también en los miembros de los santos. Sin embargo, la gracia de Dios libra de ella a sus justos por medio de nuestro Señor Jesucristo. Porque para eso *llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño, para que, alejados de nuestros pecados, vivamos con justicia* (1 Pe 2,24). Cuando cae, pues, el justo, contrae unas deudas. Pero son distintas las deudas del justo, que pide le sean perdonadas, cuando, en el Padrenuestro, dice de verdad: *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Pues los pecados de los santos son debidos a la pobreza de la debilidad. Los pecados de los malvados son debidos a la intención de una pésima voluntad. En aquéllos se encuentra el comienzo del pecado, de tal manera que no consigue su realización, porque aunque el vicio nace por debilidad, se supera por la gracia de Dios. A éstos, sin embargo, privados del auxilio de la gracia, la mala voluntad les arroja adonde conduce el mal deseo. Por eso se llaman culpas, pero no crímenes, los pecados de los santos. Y a causa de éstos son corregidos por el Padre, de tal manera que no sean castigados por el Juez. Esta corrección, sin embargo, pertenece a un juicio, pero paternal, con el que Dios castiga y azota con misericordia a sus hijos, para librarlos del suplicio de la condenación eterna. Por esto el beato Apóstol dice: *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados. Mas al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo* (1 Cor 11,31). Los pecados de los inicuos se realizan de tres modos: o por sacrilegios, o por incontinencia o por malas obras. Comete sacrilegios el que no piensa rectamente de Dios, y por la sola ceguera y perversidad del corazón se separa de la verdadera fe por el temor de perder los bienes temporales. Peca de incontinencia quien vive sin moderación y vergonzosamente. Peca por malas obras quien hiere cruelmente a otro, o con daños, o con cualquier otra extorsión. Cuando pecan los santos, caen en cualquier pecado por debilidad humana, de tal manera que, ni reniegan obstinadamente de la verdadera fe, ni se contaminan ellos mismos en tal pecado, ni dañan al prójimo; siguen al Apóstol, que dice: *Vivamos justa, sobria y piadosamente en este mundo* (Tit 2,12). Y en otro lugar dice: *no gustar más que lo que conviene gustar, sino gustar para la sobriedad* (Rom 12,3). Ciertamente, según esta triple división: *vivamos justa, sobria y piadosamente,* me parece que vive sobriamente aquel que no sigue los placeres de la lujuria. Vive justamente quien jamás daña al prójimo, sino que le hace el bien en la medida de sus posibilidades. Vive piadosamente quien por ninguna causa se separa de la asamblea de la unidad de la Iglesia, y situado dentro de la Iglesia sostiene sin vacilación aquello que claramente conoció que pertenecía a la ciencia de la verdadera fe. Y aquellas cosas que ignora o de las que duda, o que no puede entender en las Escrituras, las averigua meditando y leyendo con humildad y paciencia, hasta que, aunque sepa algo por otros medios, lo conozca porque Dios se lo ha revelado. Esta sobriedad, justicia y piedad, que deben tener todos los fieles, están unidas entre sí de tal manera que, si falta una de ellas, la otra que parece tener, en nada le aprovecha. Pues no salva la sobriedad, por la que cada uno se abstiene de los deseos, es decir, de los pecados, si no va acompañada de la justicia y la piedad, es decir, si no cree rectamente en Dios, y da al prójimo con agrado lo que pide la caridad. Ni produce fruto la justicia, con la que cada uno da al prójimo lo que desea se le dé o haga a sí mismo, si al mismo tiempo no es sobria y piadosa. También está muerta la piedad, que cree rectamente en Dios y en la unidad de la Iglesia, si la castidad o el amor del prójimo no la acompañan. Se adquiere, pues, la verdadera salud del alma si se observa la piedad en la fe, la justicia en el amor, y la sobriedad en la castidad y afabilidad. Y para enseñaros con brevedad qué sucede dentro de la Iglesia a fin de que observemos algo del mismo uso del trato humano, de donde más fácilmente tomemos ejemplo, comprended con claridad. Tomemos las almas de todos los bautizados, como si se tratase de

mujeres unidas en matrimonio. Pues el Apóstol habla del gran misterio del mismo matrimonio en Cristo y en la Iglesia (Ef 5,32). Así es, pues, cualquier alma unida fielmente a Cristo, como una esposa que vive fielmente con su marido, que guardando la castidad del matrimonio entristece el alma de su hombre algunas veces, pero conserva la fidelidad del lecho con una castidad limpia, y con prudencia y moderación administra los bienes del marido; y así, por una parte ofende al marido, y por otra vive casta y fielmente con el marido. Y cuando la debilidad humana hace que algunas veces falte al marido, la castidad conyugal le hace unirse dulcemente al marido. Pero aquella mujer que, o habiendo salido de la casa del marido, o establecida en la misma vivienda del marido, se vea mezclada en un adulterio y derrochó los bienes del marido, no se considera digna de perdón, sino que es tenida por culpable de delito mortal. Así es el alma que, consintiendo al diablo, o se trastorna por la infidelidad, de manera que no cree rectamente en Dios, o se ve implicada en crímenes si sigue los placeres de la lujuria, o comete injusticia si daña al prójimo, o tiene avaricia si no hace el bien al necesitado, o vive impíamente, y se aleja de la unidad de la Iglesia, o comete un acto de soberbia contra cualquiera. De todos éstos dice el Apóstol: *ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios* (1 Cor 6,9). Todos éstos se consideran crímenes y pecados. Pero las faltas de los justos se consideran pecados, no crímenes. Se comete pecado de obra cuando decimos o una ligera burla, o una broma sin injuria, o por la disciplina de los cuidados familiares, sin la que el hombre no puede vivir o estar sin pecado por espacio de un solo día, según dice el apóstol Juan: *si decimos «no tenemos pecado» nos engañamos* (1 Jn 1,8). La falta se da en el mal pensamiento, que no se realiza exteriormente, ni de palabra, ni de obra. Por eso dice el apóstol: *si el justo se salva a duras penas, ¿en qué pararán el impío y el pecador?* (1 Pe 4,18).

Continúa después hablando de los enemigos de la Iglesia que hay que derrotar, y dice: *Yo te entregaré algunos de la sinagoga de Satanás, de los que se proclaman judíos sin serlo, y son en realidad mentirosos. Yo haré que vayan a postrarse delante de tus pies, para que sepan que yo te he amado.* Dice que todos los enemigos y adversarios de la Iglesia van a ser juzgados por la Iglesia católica. Como dice el apóstol: *en la regeneración, cuando el Hijo del hombre venga, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt 19,28). Ciertamente entonces vendrán los que se consideran judíos, es decir, hombres religiosos, y no lo son: y *se postrarán delante de los pies* de la Iglesia, y conocerán que el Señor la amó. Esto se lo promete a toda la Iglesia para el futuro, cuando la haya reunido de toda nación: porque no solamente creyeron las Iglesias de Filadelfia, sino también las restantes Iglesias. Al ángel segundo de la Iglesia de Esmirna le dice: *eres calumniado por los que se llaman judíos sin serlo:* no prometió, sin embargo, que vendrían y se postrarían ante los pies de la Iglesia, es decir, ante los pies del cuerpo de Cristo. Creemos que esto se realizará en el futuro, y aunque todos en este mundo vienen suplicantes a la penitencia ante los pies de la Iglesia, sin embargo hay que entenderlo del mundo futuro. Por tanto, al ángel sexto, que está antes del séptimo, le promete lo que les concedía sin promesa a los restantes ángeles antes citados, es decir, a las Iglesias: porque el Señor no espera que sólo una Iglesia haga penitencia, sino las siete, pues en todo el mundo hay una sola Iglesia. Si algo le sucediera a un solo miembro, todo el cuerpo lo siente. Y añade: *Ya que has guardado mi recomendación de ser paciente en el sufrimiento, también yo te guardaré de la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero, para probar a los habitantes de la tierra.* Ved cómo reveló de forma clarísima que se refería no sólo al mundo presente, sino también al mundo futuro. Y prometió que guardaría a su Iglesia en los últimos días, cuando venga el Anticristo enemigo del género humano a probar a los habitantes de

La cabeza de Holofernes

la tierra: para que no se turben en la hora de la prueba los que vivan entonces. Como entonces no sólo Filadelfia fue guardada, aunque se lo prometió a ella sola, lo mismo también ahora. Pues si sólo Filadelfia, o ahora África, guardaron la recomendación de Dios de tener paciencia, ¿por qué promete después que van a venir pruebas sobre el mundo entero? Decimos claramente que no hay en todo el mundo quien sea tentado excepto la Iglesia. Y lo que dice a Filadelfia, se lo dice a toda la Iglesia. Y porque es su Iglesia, promete cada día la tutela de la protección, diciendo: *yo te guardaré de la hora de la prueba que va a venir sobre el mundo entero.* Como sucedió en África, así conviene que suceda en todo el mundo, que se manifieste el Anticristo, como también en una parte se ha manifestado a nosotros; y que sea éste el género de la última persecución en el tiempo en que venga el Anticristo; y que no suceda ninguna otra cosa, sino una aflicción como no la hubo desde el comienzo de la humanidad; y que la Iglesia venza por doquier al Anticristo, del mismo modo que le ha vencido también en una parte, para demostrarnos cómo será la última batalla. Pues siempre es vencido ya el Anticristo por la Iglesia. Pero no, como piensan algunos, que el Anticristo perseguirá a la Iglesia en una sola región, pues dice que en todas partes hay anticristos. El Anticristo será el último rey que reinará en todo el mundo y que se llamará a sí mismo Dios, es decir, Cristo. Pero ahora el Anticristo está oculto en la Iglesia, porque no tiene todavía abiertamente concedido el poder. Pero cuando venga, asociará todo el mundo a su poder. Según se dice de él por medio de Job: *detrás de él desfila todo el mundo y ante él una turba innumerable* (Job 21,23). Aquí todo el mundo se refiere a los que se gozan de los bienes terrenos. Pero como todo el mundo es más que innumerables, debemos averiguar ¿por qué dice ante él una turba innumerable y detrás de sí desfila todo el mundo, sino porque el antiguo enemigo posesionado del hombre réprobo, es decir, del Anticristo, a todos los que encuentre carnales, los arrebatará bajo el yugo de su poder: el que ahora, ya antes de aparecer, arrastra ciertamente a innumerables, pero sin embargo no a todos los carnales? Porque por la misericordia de Dios muchos son cada día devueltos de la obra carnal a la vida y al estado de justicia: vuelven unos por una breve, otros por una larga penitencia. Y, por tanto, no a todos arrastra, sino a innumerables, porque no muestra todavía a todos los estupendos signos de los milagros de su falsedad. Pero cuando en su tiempo, delante de los ojos carnales, haga, como hicieron los Magos, signos admirables a sus ojos, entonces arrastrará tras de sí a innumerables y a todos. Porque quienes en este mundo se deleiten en las agradables riquezas presentes, se someten a su poder sin ninguna resistencia. Pero, como hemos dicho antes que atraer a todo hombre es más que a innumerables, ¿por qué dice primero que arrastra a todo hombre, y después añade a innumerables? El orden era que dijera primero lo que es menos, es decir, innumerables, y después en aumento dijera lo que es más, es decir, a todos. Pero hay que sa-

ber que aquí los innumerables que dijo fueron más que todos; y arrastra tras de sí a todo hombre, porque en tres años y medio, a todos los que encuentre afanados en la vida carnal, los someterá al yugo de su dominio. Y arrastra tras de sí a innumerables, porque por cinco mil y aun mayor número de años, aunque no pudo arrastrar a todos los carnales, son sin embargo muchos más, en tan largo tiempo, que los que encuentre entonces para ser arrastrados. Se dice, pues, correctamente: *tras de sí arrastra a todo el mundo y ante él una turba innumerable:* porque entonces arrastra a menos, cuando al fin arrastre a todos, y ahora arrebata a más cuando no invade los corazones de todos, porque todavía no se ausentó de en medio de la Iglesia el verdadero Cristo, que dice: *pronto vendré, mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebate tu corona.* Predijo su venida inminente, y que la destrucción de Satanás sucedería más rápidamente. Y anuncia que no sobrevendrá una larga prueba, y por eso advierte que el enemigo no arrebate su corona. Como dice Salomón: *no tengas que dar tu honor a otro, y tus años a un hombre cruel* (Prov 5,9). Se nos ha proporcionado una gran confianza al afirmar la perseverancia de la Iglesia por doquier en la prueba. Tenemos qué responder a los calumniadores, que dicen que la Iglesia disminuye, y que puede reducirse al número de la casa de Noé, al perder muchos sus coronas, porque dijo el Señor: *mantén con firmeza lo que tienes, para que nadie te arrebate tu corona,* teniendo en menor consideración que se aumentaban y acrecentaban, pues si la corona se entrega a otro, no está perdida; el lugar vacío es del que perdió lo que tenía. ¿Qué es lo que dice: *para que nadie te arrebate tu corona,* pues no debemos mantener lo que tenemos, para que no la arrebate otro, y no la perdamos también nosotros, sino porque Dios quiso mostrar la firmeza de sus promesas, y no permitir espacio para la vana esperanza? No sea que quizá alguno se vanaglorie confiadamente de la promesa de Dios y permanezca perezoso y tibio; y, viviendo de cualquier manera bajo la religión, se considere hijo de Abraham, porque Dios prometió a Abraham con juramento que en su descendencia iba a heredar todos los pueblos (Gén 16,3). Por eso advierte que mantenga con firmeza, y mandó que lo mantuviera, para que nadie la arrebatara, y que podía ser arrebatada la corona a los no perseverantes, y que el que se ve que no cae, sino que persevera hasta el fin, tendrá siempre su corona. Este es el poder, ésta es la firmeza de las promesas de Dios, que, repudiados algunos hijos de Abraham, suscita de las piedras (Mt 3,9) muchos más hijos de Abraham, para que los malos no se gloríen de ser hijos de Abraham, ni Abraham pierda sus hijos siendo Dios deudor y el que los alimenta. Así es imposible que disminuya el número de los santos por la malicia de las cizañas que crecen; es imposible, como dijimos, que sea arrancada la mies entre la cizaña. Si se arranca, no es mies, sino cizaña, porque Dios juez permitió que crecieran ambas hasta la sazón. A los que perseveran les dice: *al vencedor le pondré de columna en el santuario de mi Dios, y no saldrá fuera ya más.* Llamó columna al miembro precioso y útil para muchos, que iba a unir a su cuerpo, para servir de adorno y fortaleza, como dice el apóstol Pablo: *Santiago y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé* (Gál 2,9). *En el templo de mi Dios,* es decir, en la multitud de los santos. Y *no saldrá,* dijo, *fuera ya más.* Es decir, de la compañía de los santos; ciertamente, nunca saldrá del mérito y la gloria de los elegidos. De Dios habían salido los gentiles, como está escrito en David: *¡Acuérdense y vuelvan al Señor todas las familias de las naciones* (Sal 22,28). Se refiere a aquellos que anuncia vendrán de la sinagoga de Satanás. Pues habían salido, por un cisma, fuera de la casa de Dios. Se refiere de una forma especial a éstos; pero cuando dice que no saldrán ya más, manifiesta la última lucha al final. Pues sucederá, después de la unidad, otra separación en la lucha final, de la que si alguno se ve libre, no saldrá fuera. Por eso antes el Señor Dios permitió salir a algunos, que iban a ser librados después, para que les quedara tiempo de volver: a éstos, en los últi-

mos días, no les permitirá salir más, porque todo el que entonces salga fuera, no tendrá tiempo de volver. *Y grabaré en él el nombre de mi Dios, el nombre de la nueva ciudad, Jerusalén, que baja del cielo enviada por mi Dios:* para ser sellado con el nombre divino y adornado con la gloria de la inmortalidad, y recibir el nombre de la ciudad divina, la nueva Jerusalén, que es la visión de la paz, y así gozar del descanso eterno y del ocio de la seguridad. Ella es la ciudad que baja del cielo enviada por Dios, para que vivan en ella y descansen los santos. *Y mi nombre nuevo.* Nada es antiguo en Dios, que no envejece con la edad, sino que siempre es nuevo el nombre de Dios, siempre es recto. Y los que son grabados con este nombre, trasladados al reino eterno, obtienen la vida eterna. En este mundo el nombre de la Iglesia desciende todos los días del cielo enviado por Dios, es decir, siempre la Iglesia nace de la Iglesia por medio de Dios. La llamó nueva por la novedad del Hijo del hombre, Jesucristo, que es Jerusalén, y mi nombre nuevo, que es el nombre de cristianos, como antes de su venida se llamaban cristos, sacerdotes y dioses los gobernantes del hombre; pero no era un nombre nuevo, porque eran muchos y ninguno de ellos podía salvar al mundo, sino el Señor Jesucristo, es decir, el Rey Salvador. Sólo este Rey es Salvador: éste es el nombre nuevo que *está por encima de todo nombre* (Flp 2,9). Este es el Rey de reyes, que está por encima de todos los reyes. Pero no porque éste sea nuevo para el Hijo de Dios: como si entonces comenzara; no es así, sino que sólo decimos nuevo en la carne, el que en el principio, antes de la creación del mundo, tiene la misma gloria que el Padre. Sin embargo, éste es nuevo para el Hijo de Dios, que murió voluntariamente; y resucitó, porque tuvo poder; y está sentado a la derecha de Dios; es el Hijo del hombre el que dice mi nombre nuevo. El es al que, al comienzo de este libro, había visto entre los siete candeleros de oro. Este es el Hijo del hombre, Jesús, en cuyo nombre *toda rodilla se dobla en los cielos, en la tierra y en los abismos* (Flp 2,10).

El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias. Cuantas veces el Espíritu dice unas cosas que deben ser entendidas de manera distinta a como suenan, concluye diciendo así: *El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.*

TERMINA LA EXPLICACIÓN DE LA IGLESIA SEXTA

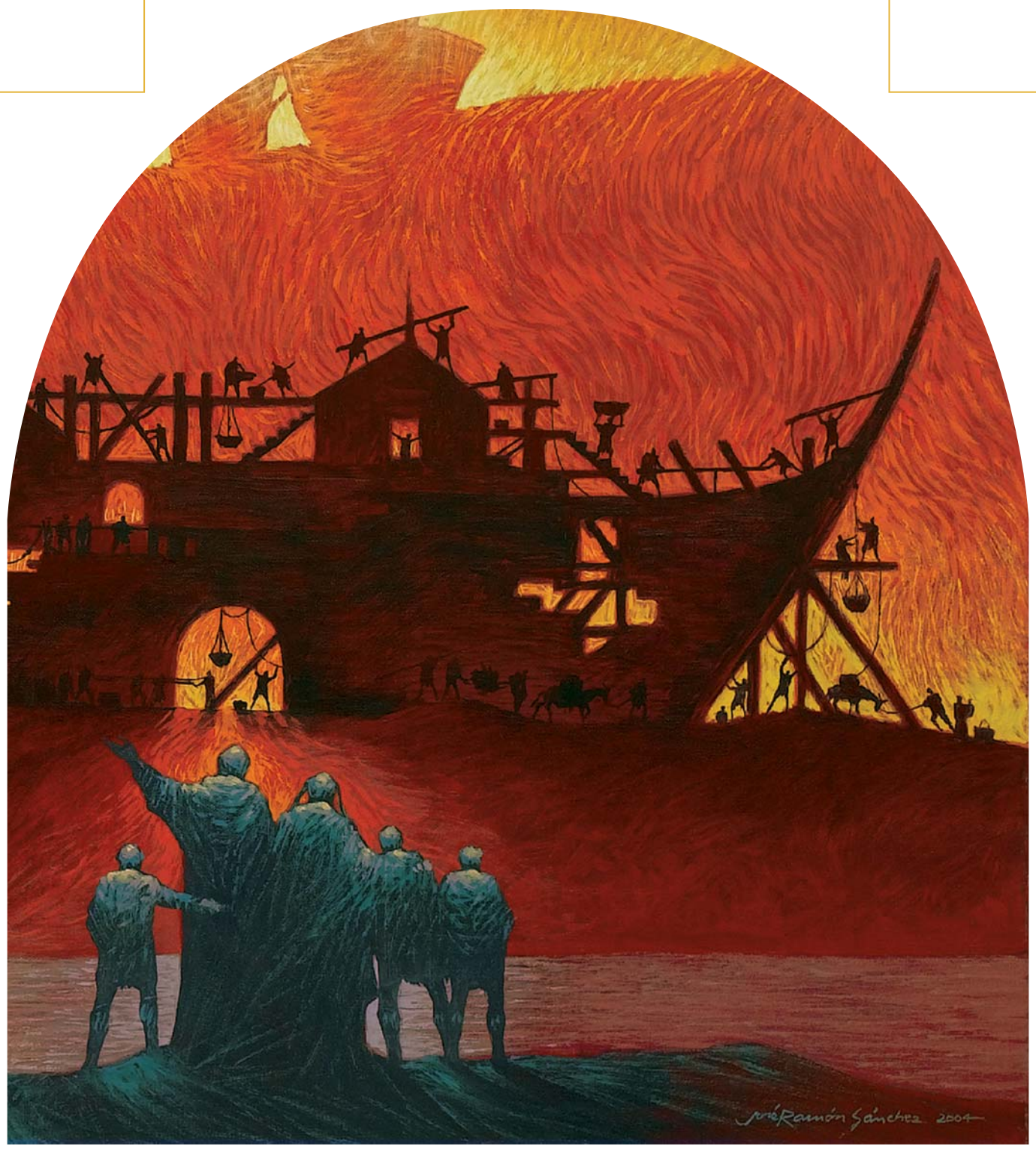
COMIENZA LA IGLESIA SÉPTIMA EN EL LIBRO SEGUNDO

(Ap 3, 14-22) *Escribe al ángel de la Iglesia de Laodicea: así habla el testigo fiel y veraz, el principio de las criaturas de Dios: conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. Ojala fueras frío o caliente. Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Dices: soy rico, me he enriquecido, nada me falta, y no te das cuenta que tú eres un desgraciado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas y seas rico; vestidos blancos para que te cubras y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez, y colirio para que te des en los ojos y recobres la vista. Yo a los que amo, reprendo y corrijo. Sé, pues, ferviente y arrepiéntete. Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.*

TERMINA LA HISTORIA DE LA IGLESIA SÉPTIMA

COMIENZA EL COMENTARIO DE LA HISTORIA DE LA IGLESIA SÉPTIMA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO SEGUNDO

Escribe al ángel de la Iglesia de Laodicea: así habla el testigo fiel y veraz, el principio de las criaturas de



El Arca y la familia de Noé

Dios: conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. Ojala fueras frío o caliente; ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Describe que habla todavía a la Iglesia el mismo veraz y fiel, nuestro Señor Jesucristo, *que es el principio de las criaturas de Dios,* no que tuvo principio, sino que lo dio, y anuncia que reprende la pereza de algunos, y que recrimina la blandenguería, cuando dice: *voy a vomitarte de mi boca.* Reprende a los que se han entretenido en alguna fatuidad, que ni los encuentra amenazados por el gran frío de la iniquidad, ni apoyados en buenas obras, sino que persisten tibios en ambas cosas; por eso no presentan el alimento de las buenas obras a Cristo, que se sacia con las buenas acciones, sino que, persistiendo en sus delicias, se consideran fieles; sin embargo les amenaza con vomitarlos de su corazón y con echarlos pronto fuera, y dice: *ni eres frío ni caliente; puesto que eres tibio, voy a vomitarte de mi boca,* es decir, no estés en mis vísceras, porque eres tibio. Llama tibios a los hombres ricos creyentes, y situados en cargos; pero, al

ser creyentes y ricos, tratan en sus casas acerca de las Escrituras, y se discute fuera si son de la Iglesia; sin embargo se consideran almas fieles. Es decir, se vanaglorian, y dicen que conocen todas las enseñanzas de las Escrituras, y que creen en Dios. Todos éstos hablan con seguridad de que van a hacer algo en la Iglesia, pero no hacen nada. Y por eso les dice: ni sois fríos ni calientes, es decir, ni sois paganos ni fieles. Y por eso dice: *ojala fueras caliente,* es decir, religioso, fiel y santo; u *ojala fueras frío,* es decir, infiel e incrédulo, y estuvieras fuera de la Iglesia; de cualquiera de estas maneras, o en el bien o en el mal, serías perfecto y apto. Pero como no eres ni frío ni caliente, sino tibio, no serás comido en mi comida, ni unido a mis vísceras. Y como éste no es ni frío ni caliente, sirve para todos; con los incrédulos y con los fieles, es apto para ambos. *Voy a vomitarte,* dice, *de mi boca,* porque me das náuseas. Nadie desconoce qué odiosa es la náusea, como tampoco que estos hombres son vomitados por Cristo y la Iglesia, cuando son echados fuera en el día del juicio; y que son ricos y tibios, y todavía más, avaros de codicia; pero sin embargo, como dijimos, son fieles y cristianos. Porque pobre no puede ser quien tiene riquezas; ni es rico el que no hace uso de las riquezas; sigue hablando el mismo rico, instruido y fiel, y dice: *soy rico, me he enriquecido, nada me falta.* Pero el Espíritu dice: *No te das cuenta que tú eres un desgraciado, digno de compasión, pobre y ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado por el fuego.* Avergüenza a los que se glorían en sus obras y exultan de gozo por sus propios negocios. Si por casualidad dan una moneda a un pobre, o si hacen algún bien, se vanaglorian de su ciencia, o de la fe que aceptaron con tibieza, y, proclamándolo, aseguran que no necesitan nada. Sin embargo, por el contrario, los reprende, porque no son ni dignos de compasión, sino pobres y mendigos y hundidos en la pobreza de las buenas obras; y que no ven su desnudez, y no piensan que se tornan desnudos y vacíos de buenas obras. Con la acostumbrada bondad les provoca a la salvación: *te aconsejo que me compres oro acrisolado por el fuego,* es decir, que tomes el ejemplo de mi pasión, te metas dentro del horno de la tribulación, para que aparezcas acrisolado por todos, como yo he sido acrisolado por vosotros; y me sigas a mí que he muerto por ti: que derrames tu sangre por mí, como yo la derramé por ti. *Para que te enriquezcas y seas rico, vestidos blancos para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez:* ciertamente con las limosnas y buenas acciones; que seas tú mismo el oro acrisolado por el fuego, oro cocido por las llamas de la aflicción, purgado por las limosnas y las obras justas; es decir, que seas rico en lo que haces, y te vistas mis vestiduras blancas, y no aparezca la vergüenza de tu desnudez. Pensaba que era rico, y blanco en el vestido, y que no aparecía ninguna impureza en sus acciones. *Ponte colirio en los ojos, para que veas.* Este es el oro que promete a la Iglesia por medio del profeta: *en vez de bronce, traeré oro; en vez de hierro, traeré plata; en vez de madera, bronce, y en vez de piedras, hierro* (Is 60,17). Anuncia que la palabra del Señor, el Evangelio, la doctrina apostólica, es el oro. El que permanezca enriquecido con él, merecerá sin duda las riquezas espirituales. Y se adorna con vestidos blancos, es decir, con el brillo de las buenas obras; por las buenas obras, ni desnudo aparecerá la vergüenza. El colirio con el que manda ungirse los ojos es la contrición de corazón, y las lágrimas del penitente, y el dolor que sana de los que se convierten; y no se manifiesta al hablar ni airado ni con odio, sino que proclama más bien su amor, cuando dice: *úngete tus ojos con colirio, para que veas.* Como si claramente dijera: oh rico, tú que lees, entiende qué dice. Pero si lees, y no entiendes, unge tus ojos con colirio. Algunas veces, en la Sagrada Escritura, los ojos se entiende que son los dos Testamentos, es decir, la Ley y el Evangelio, que infunden a los creyentes la luz de la verdad. Según está escrito: *El precepto del Señor, claro, luz de los ojos* (Sal 19,9). Y de nuevo: *para mis pies es tu palabra una antorcha* (Sal 119,105). Si se iluminan los ojos por la palabra del Señor, ilumínense,

por tanto, también los del ciego rico. Conoce a Cristo, que dio la vista a un ciego, escupió en la tierra, e hizo un colirio con su dedo y lo puso en los ojos del ciego de nacimiento, y le dijo: *vete a la piscina de Siloé, lávate y recobrarás la vista* (Jn 9,6). Antes de que echara la saliva en la tierra, estaba la tierra, pero no daba luz al ciego. Se juntó la saliva con la tierra y lo mezcló con el dedo, y así ungió los ojos del ciego de nacimiento. *Fue, se lavó y recobró la vista.* La saliva es el Evangelio, la tierra es la Ley. Pero ¿qué hace la Ley sin el Evangelio, Ley que no da luz al ciego, sino que le deja junto al camino plantado, porque ni le permite andar por el camino? Baje la saliva de Cristo a la tierra, únase a la tierra, y mézclese con el dedo del Espíritu Santo, y unja los ojos del ciego rico y vaya a la piscina de Siloé, que significa *el enviado,* ante el que dijo: *no he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel* (Mt 15,24). Oh rico, si lees y crees que Jesús fue enviado para ti, investiga la profecía por qué ha venido a ti. Lee el Evangelio, y conoce cuánto padeció por ti. Te compró caro, porque te redimió con el caro precio de su sangre. ¿Qué devuelves al que de siervo te hizo hijo? Oye qué te pide: *oro acrisolado por el fuego.* Este es el verdadero intercambio, pues la sangre se resarce con la sangre. Unge tus ojos con este colirio, para que veas, a fin de que te esfuerces en poner por obra lo que con agrado conoces por las Escrituras. Y como estos hombres de un gran pecado retornan a una gran penitencia, no sólo son útiles para sí mismos, sino que pueden servir de provecho a muchos; les promete no una pequeña, sino una gran recompensa: *sentarse en el trono* de su juicio. *Yo a los que amo, reprendo y corrijo: sé, pues, ferviente y arrepiéntete.* Llama a penitencia al sumergido en la conducta gravísima del pecado, y le invita a la imitación de los santos: enseña que en la Iglesia se encuentran aquellos que deben ser imitados y seguidos; como si claramente dijera: imita a aquellos que ves son atormentados por mi nombre. Abarca todo el cuerpo de los ricos en un solo hombre, así como a todo el cuerpo de los obispos en un solo ángel de las Iglesias. *Mira que estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.* Nuestra salvación, el Señor Jesucristo, está presente y empuja la puerta de nuestro corazón. El que, arrepintiéndose de sus pecados, arroja lejos de sí el cerrojo de la malicia y el sonrojo del corazón, entrará sin duda y comerá con él y le saciará de las delicias de la justicia; como si claramente dijera: será mi casa y yo su morador, como él mismo dijo: *el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él. Y yo y mi Padre vendremos a él y haremos morada en él* (Jn 14,21).

Después de esta corrección, dice lo que promete a las buenas acciones: *Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo también vencí y me senté con mi Padre en su trono.* A quien dice que se siente con él, le promete su poder compartido. Pero al decir que él se sienta en el trono del Padre, ¿cómo sentará con él al que venza, siendo así que el mismo Unigénito está sentado con poder en el trono del Padre, como él mismo dice: *yo lleno el cielo y la tierra*? (Jer 23,24). ¿Qué es, pues, sentarse en el trono de Dios, sino descansar y gloriarse con Dios y estar junto a sus tribunales bienaventurados y gozarse con la felicidad, que no acaba, de su presencia? *El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias.*

COMIENZA LA EXPOSICIÓN DE LAS SIETE IGLESIAS

Se explica en sentido espiritual, por medio del arca de Noé, por qué también se nombran siete

El Señor dijo a Noé: *He decidido acabar con toda carne, porque toda la tierra está llena de violencias por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra. Hazte un arca de maderas bien ajustadas, harás muchos nidos, y la calafatearás* (Gén 6,13). Si queremos mirar con cuidado diligente y con atenta observación la fábrica de esta arca, por medio de la que el

justo hombre Noé mereció salvarse del naufragio del mundo, sin lugar a dudas encontraremos que se nos ha ofrecido un gran sacramento de gracia espiritual en las mismas medidas y en las uniones. Pues dice así: *Harás un arca de trescientos codos de longitud, de cincuenta codos de ancho, y de treinta codos de alto. Haces al arca una cubierta y a un codo la rematarás por arriba. Pones la puerta del arca en su costado y haces un primer piso, un segundo y un tercero,* etc. Esta fábrica del arca indicará claramente la figura de nuestra Iglesia. No hay ninguna duda de que Noé representó la figura de Cristo; Noé que, al traducirse del hebreo al latín, significa *descanso,* como su mismo padre Lamec al imponerle el nombre profetizó: *éste nos consolará de nuestros afanes y de la fatiga de nuestras manos, por causa del suelo que maldijo el Señor* (Gén 5,28). Así como sólo Noé fue hallado justo en toda la tierra y él sólo se salvó, con los de su casa, de todos los que perecieron en el cataclismo del agua, porque sólo él, viviendo justamente, había agradado a Dios, a quien el mundo había enojado por su conducta contraria; así también cuando venga el Señor a juzgar al mundo con la llama del fuego, pondrá entonces fin a todos los malos, y a los ángeles rebeldes y a todos los crímenes del mundo; mas solamente a los santos otorgará el descanso en el reino del mundo futuro. Pues esta arca, que fue construida con maderas incorruptibles, indicaba, como dije, la fábrica de la venerable Iglesia, que va a permanecer siempre con Cristo. Las siete almas que se le conceden al santo y justo Noé, es reconocido que representan la figura de las siete Iglesias, que por Cristo se van a ver libradas de la catástrofe del fuego del juicio, y van a reinar con Cristo en la nueva tierra. Pero quizá a alguno le perturbe por qué hablamos de siete Iglesias, siendo así que la Iglesia es una, extendida por todo el universo. Se denominan en plural siete Iglesias, siendo una, por su espíritu septenario. Pues así como el cuerpo es uno y sus miembros son siete, o siete son las funciones de los miembros, a saber: cabeza,

Los obreros de la mies

manos, pies, vista, oído, gusto y olfato, así también es uno el cuerpo de la Iglesia, pero septenario por la gracia de los carismas. Siete son los ojos del Señor, siete las estrellas de la mano derecha del que se sienta en el trono, siete los candelabros de oro, siete las lámparas en el tabernáculo del Señor, siete los ángeles, siete las trompetas, siete las copas de oro y siete las mujeres que se apoderan de un solo hombre —es decir, los poderes de la Iglesia que poseen a Cristo— y siete las columnas de la casa de Salomón, en las que se sustenta y se levanta la casa de la Iglesia; pero también el bienaventurado Juan Apóstol escribe a las siete Iglesias, y también Pablo, apóstol venerable, escribió cartas a siete Iglesias, escribió las restantes a un nombre, para no sobrepasar el número de siete; pues también los siete panes del Evangelio y los siete cestos llenos de pedazos que sobraron indicaban la figura de la Iglesia septiforme. Por eso dice la divina Escritura: *entró Noé en el arca y siete almas con él.* Estas siete almas eran signo de las siete Iglesias, como dije; en cada una de las Iglesias probaré brevemente que están incluidas las siete Iglesias. Siete son los dones de los carismas, como se dignó manifestar el Señor por Isaías, vate ínclito: y *descansará,* dice, *sobre él el espíritu de sabiduría, el espíritu de inteligencia, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad y el espíritu del temor de Dios* (Is 11,2). Todos no podemos poseer todos estos dones, sino que cada uno posee alguno de ellos. Sólo Cristo el Señor posee todos, él que es el cuerpo íntegro. En nosotros, que estamos considerados entre sus miembros, hay alguno. Todos aquellos del número de hermanos que permanecen en la única y misma Iglesia, que poseen el espíritu de sabiduría, todos estos que poseen el primer carisma, forman la primera Iglesia. Pues Iglesia significa congregación de los santos. Luego, el beato apóstol Pablo, al escribir a la Iglesia, añadió qué era la Iglesia, al decir: *a los santos y fieles* (Ef 1,1); y por eso todos los hermanos santos y fieles que posean el espíritu de inteligencia forman la segunda Iglesia, como grupo segundo. Por la misma razón, todos los que poseen el espíritu de consejo forman el tercer grupo, como la tercera Iglesia. Y a los que llenó con el espíritu de fortaleza se enumeran en la cuarta Iglesia. De idéntica manera, a los que llenó del espíritu de ciencia se consideran en la quinta Iglesia. Así a los que congregó el espíritu de la piedad muestran el número de la sexta Iglesia. Y a los que reunió el espíritu del temor de Dios son contados en la Iglesia séptima. Cuando cada uno de nosotros estamos separados, tenemos uno de los carismas; cuando nos reunimos en uno solo, todos formamos la única íntegra y perfecta Iglesia septiforme, que es el cuerpo de Cristo. Estas son las siete almas que a Noé, que anunciaba la imagen de Cristo, le fueron otorgadas en el exterminio del agua. Por el agua, pues, se salvan los justos y también son castigados los pecadores y los impíos. De la misma manera estas siete Iglesias al final del mundo, mientras perecen todas las naciones, van a ser libradas por Cristo de la catástrofe del fuego y van a recibir la gloria del reino celeste. Porque así como ninguno pudo librarse del cataclismo del agua, sino el que se refugió en el arca, así también en el día del juicio divino ninguno podrá librarse, sino aquel al que guarde el arca de la Iglesia católica. Y lo que se dice que tenía el arca segundo piso y tercer piso, muestra claramente los aposentos y las cualidades de las habitaciones que están preparadas para los santos en el reino de Dios. El primer piso es la figura del Paraíso; el segundo es figura de la nueva tierra, donde va a descender la Jerusalén celestial, para que en ella se realice, según está escrito, la morada de Dios con los hombres. De esta tierra afirma el beato Juan: *Y vi,* dice, *unos cielos nuevos y una tierra nueva, la celeste ciudad de Jerusalén, que bajaba del cielo a una tierra nueva* (Ap 21,1); e Isaías: *así como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecen en mi presencia, así permanecerá vuestra raza y vuestro nombre, oráculo del Señor* (Is 66,22). En el tercer piso, el reino de los cielos. Por eso decía nuestro Salvador y Señor en el Evangelio: *en la casa de mi Padre en el cielo hay muchas mansiones* (Jn 14,2). Por eso también se escri-

bió del reino de los cielos: *dichosos los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,10). Acerca de la mansión del Paraíso, el mismo Señor así lo demuestra, cuando afirma: *al vencedor,* dice, *le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de mi Dios.* De manera semejante anuncia la morada de la nueva tierra, cuando dice: *dichosos los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* Y el mismo Salomón dice: *los santos se mantendrán en la tierra, y los impíos serán cercenados de ella* (Prov 2,21). De estos tres pisos hace mención de nuevo igualmente el beato Isaías al decir: *a los que esperan al Señor, él les renovará el vigor, subirán con alas como águilas, correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse* (Is 40,31). Volarán hacia el cielo como las águilas que vuelan con alas; correrán en el Paraíso y no se fatigarán; caminarán en la tierra nueva y no tendrán hambre, porque recibirán allí una comida preparada por Dios. Esta triple clase de las moradas de los santos también se dignó manifestar el Señor a sus apóstoles en el Evangelio por medio de una parábola, al decir: *la semilla que cayó en tierra buena dará,* dice, *fruto del ciento por uno* (Mt 13,8). Producirán, pues, el fruto del ciento por uno los que reciben morada en los cielos; el sesenta por uno, los que merecen habitar en el Paraíso; y el treinta por uno, quienes van a vivir en la nueva tierra. Por tanto, debe ya estar claro para nosotros que esta arca de tres pisos, como he dicho muchas veces, indica claramente la figura de la Iglesia católica. Cuyas moradas de tres pisos, es decir, el cielo, el Paraíso y la nueva tierra, eran dadas a conocer por el Señor en tiempos pasados. En cuanto a lo que dice que la construcción de la misma arca había sido distribuida de manera que fuese más ancha en el primero, donde comenzó; en el medio más estrecha, y en el tercero cubierta por cuatro ángulos, hasta ser rematada por una medida estrecha de un codo, teniendo una ventana en un costado, esto significaba que en la primera parte de la construcción, es decir, en el primer piso, se les había concedido una libertad más amplia para la ociosidad de los santos y era más liviana la disciplina de todos los padres y patriarcas a causa del linaje de los hijos que iban a ser engendrados, y porque se les iba a permitir hacer lícitamente muchas más cosas y realizar más libremente lo que quisieran. Por eso se construye en la primera planta del arca un mayor y más ancho espacio. En el piso medio se reduce a una medida más angosta, porque en la mitad de los tiempos el pueblo debía ser reducido por medio de la Ley de Moisés y los Profetas en un espacio más estrecho y pequeño por los preceptos que les obligaban. En la planta tercera, cubierta por ángulos y rematada a una altura de un codo, esto significaba que por los cuatro ángulos, es decir, los cuatro Evangelios, debía ser delimitado todo el edificio de la Iglesia. Porque *estrecho y angosto es,* dice, *el camino que lleva a la vida* (Mt 7,14). Y a la altura de un codo, es decir, a la medida del hombre asumido, de quien se revistió el Señor, debía ser rematada toda la trabazón de la Iglesia. En suma, que nadie puede llegar a la cumbre de la perfecta virtud y gloria sino por medio de las angustias de las tribulaciones y la aflicción de las persecuciones que soportó en su pasión el Señor, según está escrito: *es necesario que paséis por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (Hech 14,22). Y lo que dice lo rematarás con la altura de un codo: este único codo es figura, como dije, del cuerpo de Cristo; y este codo parece concernir a la unidad del hombre perfecto, del que somos miembros, no a la medida de la estatura del hombre. Porque todos somos uno en Cristo Jesús, por eso en un codo se remata el edificio del arca, porque en un solo cuerpo de Cristo y en la gracia de sus sufrimientos se había de congregar toda la plenitud de la Iglesia. Y el córvido que dice fue enviado desde el arca, y que no volvió más, mostraba esto: que los deseos impuros de los hombres debían ser echados fuera de la Iglesia, para que no volviesen ya más. El córvido significa, pues, los placeres del alma engañadora e impura; y la mala fama del color negro mostraba los vicios injustos de los pecadores. Pero la paloma que fue enviada, al no encontrar

dónde reposar en el mundo, de nuevo volvió al arca. Era figura del Espíritu Santo, que, difundido por todo el mundo, como no pudiese encontrar descanso en todos los hombres por la iniquidad del mundo, de nuevo se volvió al arca de la Iglesia: como el mismo Señor instruye a sus Apóstoles en el Evangelio, cuando dice: *en la ciudad o pueblo donde entréis, decid paz a esta casa. Si hubiera,* dice, *allí un hijo de la paz, llegará a ella vuestra paz; pero si no hay en ella un hijo de la paz, vuestra paz se volverá a vosotros* (Mt 10,11). Por eso el Espíritu Santo, al no encontrar todavía acogida entre los pueblos, porque aún no habían creído en Cristo, se volvió al arca de la Iglesia de los Apóstoles, hasta que, eliminadas las iniquidades de los pecados, creciera en todas las naciones la doctrina de la fe, de manera que merecieran recibir el Espíritu Santo. Por eso añadió la Escritura: *y de nuevo envió una paloma fuera del arca, y la paloma vino al atardecer y he aquí que traía en el pico un ramo verde de olivo* (Gén 8,10). El ramo de olivo que trajo indicaba claramente un testimonio de la paz y la resurrección, y que, anunciando y llevando en su pico el árbol de la pasión, había de proporcionar la pingüe gracia del carisma. Y vino al atardecer, porque había de venir al fin del mundo. La medida del arca, de trescientos codos de largo, indica evidentemente la figura de la cruz del Señor, pues los griegos designan el número trescientos con la letra «tau»; esta letra forma un trazo como de árbol plantado, y el otro como una antena alargada en lo alto, que indicaba ciertamente la forma de cruz, por cuyo misterio se les da a los creyentes la largura de la vida, se les concede la anchura de la nueva tierra y se les prepara la altura del reino celestial. Cincuenta eran los codos de la anchura del arca: esto significaba que en Pentecostés, es decir, a los cincuenta días después de la pasión de la cruz del Señor, iba a descender el Espíritu Santo, por medio del cual podemos obtener y conseguir la esperanza de la salvación y la gloria del reino celestial. Los treinta codos de altura del arca indican los treinta años de edad del Señor, edad en la que por ministerio de Juan bautizó en el Jordán al hombre que revistió, pues tenía treinta años, según dice el Evangelio, cuando por el agua del bautismo esclarecía de dones celestiales al hombre, como dije, asumido. Es, pues, la altura a la medida de la edad del cuerpo de Cristo, según dice el apóstol Pablo: *Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo, para que no seamos ya niños* (Ef 4,13). La anchura está en la pasión de la cruz del Señor, con la que los creyentes son sellados en la fe. La largura en el día de Pentecostés, en el que el Espíritu Santo desciende sobre los creyentes. Ved, pues, queridos hermanos, que todo el edificio de esta arca había de ser un anticipo del misterio de la venerada Iglesia y que los hombres no podían de otra manera, sino por la Iglesia, salvarse de la ruina de todo el mundo, así como ninguno se salvó del cataclismo del mundo, sino aquellos que albergaba el arca. Y por eso debemos nosotros esforzarnos en pedir al Dios y Señor nuestro, de todo corazón, que merezcamos permanecer en la Iglesia católica de Dios fieles en el Señor. Seguirán entonces los premios si con toda norma de paz y de concordia hemos cumplido las leyes de la institución evangélica, de manera que podamos ser felices ante la mirada de Dios Padre omnipotente.

TERMINA EL LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

COMIENZA EL LIBRO TERCERO

RECAPITULA DESDE EL NACIMIENTO DE CRISTO, PARA DECIR DE OTRO MODO LAS MISMAS VERDADES

Después de haber concluido las siete Iglesias, que a semejanza de la semana de este mundo distribuyó una a una con nombres propios distintos, hizo saber de nuevo lo que vio: *después tuve,* dice, *la siguiente visión: una puerta estaba abierta en el cielo* (cap.4). Después de la claridad de tan gran revelación, que había contemplado con espíritu fiel, se le abren los secretos mismos de los cielos, y se le muestra lo oculto del misterio divino. Lo interioriza en su espíritu y medita los secretos de Dios con la reflexión de la fe. Reconoce ante sí una puerta abierta por donde llegar con espíritu ávido al conocimiento de tan gran majestad. Recapitula así todo el tiempo de la Iglesia con diversas figuras, diciendo: *vi una puerta abierta en el cielo.* La puerta abierta se refiere a Cristo, que nació y padeció, y que es la puerta. Llama a la Iglesia cielo, en el que nos vemos a nosotros mismos, según lo anticipa la Escritura. Con razón, pues, la Iglesia recibió el nombre de cielo, porque es la morada de Dios, donde se realizan los misterios celestiales. Por eso pedimos que se haga en el cielo la voluntad de Dios. Algunas veces llama a la Iglesia el cielo y la tierra, por la carne terrena que se adapta fielmente al cielo. Algunas veces el cielo y la tierra son la Iglesia y los pueblos. Pues la tierra es buena y mala. Como dice el Apóstol, de Cristo, *por su sangre, puso en paz todas las cosas, las del cielo y las de la tierra* (Col 1,20). En el cielo no había disensiones, pero entre el cielo y la tierra había discordia. En Judea siempre estuvo la Iglesia unida con Dios, pero en espíritu; sin embargo, no en un cuerpo renovado. No obstante, en la tierra había discordia entre el pueblo judío y el gentil. Por eso dice el mismo Apóstol que ambos son renovados y reconciliados con Dios. Y como la gentilidad estaba en el mundo sin Dios, está ya ahora con Cristo. Y los que antes estaban lejos (Ef 2,13), ahora están cerca por la sangre de Cristo. Y él es nuestra paz, que hizo de ambos pueblos uno, y destruye en su carne la pared del seto que divide, la enemistad, porque por él tenemos acceso al Padre unos y otros en un mismo espíritu. Como dice Lucas: *gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2,14). *Porque convocó a los cielos desde lo alto, y a la tierra al juicio de su pueblo* (Sal 50,4). Algunos confirman de muchas

Los ancianos del Trono

maneras, que omitimos por brevedad, que el cielo y la tierra es la Iglesia, porque sostenemos que el cielo es el alma del hombre y la tierra su carne terrena. Alma y carne unidas, ambas espiritualmente en consonancia. Por eso decimos que el cielo es la Iglesia y que la tierra es la Iglesia.

TERMINA LA EXPLICACIÓN DE LA PUERTA

COMIENZA LA HISTORIA DE LA MISMA EN EL LIBRO TERCERO

(Ap 4, 1-6) *Y aquella voz que había oído antes, como voz de trompeta que hablara conmigo, me decía: «sube acá, que te voy a enseñar lo que ha de suceder después». Al instante caí en éxtasis. Vi que había un trono en el cielo y uno sentado en el trono. El que estaba sentado era de aspecto semejante al jaspe y a la cornalina. Un arco iris rodeaba el trono, de aspecto semejante a la esmeralda. Vi veinticuatro tronos alrededor del trono, y sentados en los tronos, a veinticuatro ancianos con vestiduras blancas y coronas de oro sobre sus cabezas. Del trono salen relámpagos y fragor de truenos: delante del trono arden siete antorchas de fuego, que son los siete espíritus de Dios. Delante del trono hay como un mar transparente y semejante al cristal.*

El arco iris sobre el Trono

TERMINA LA HISTORIA

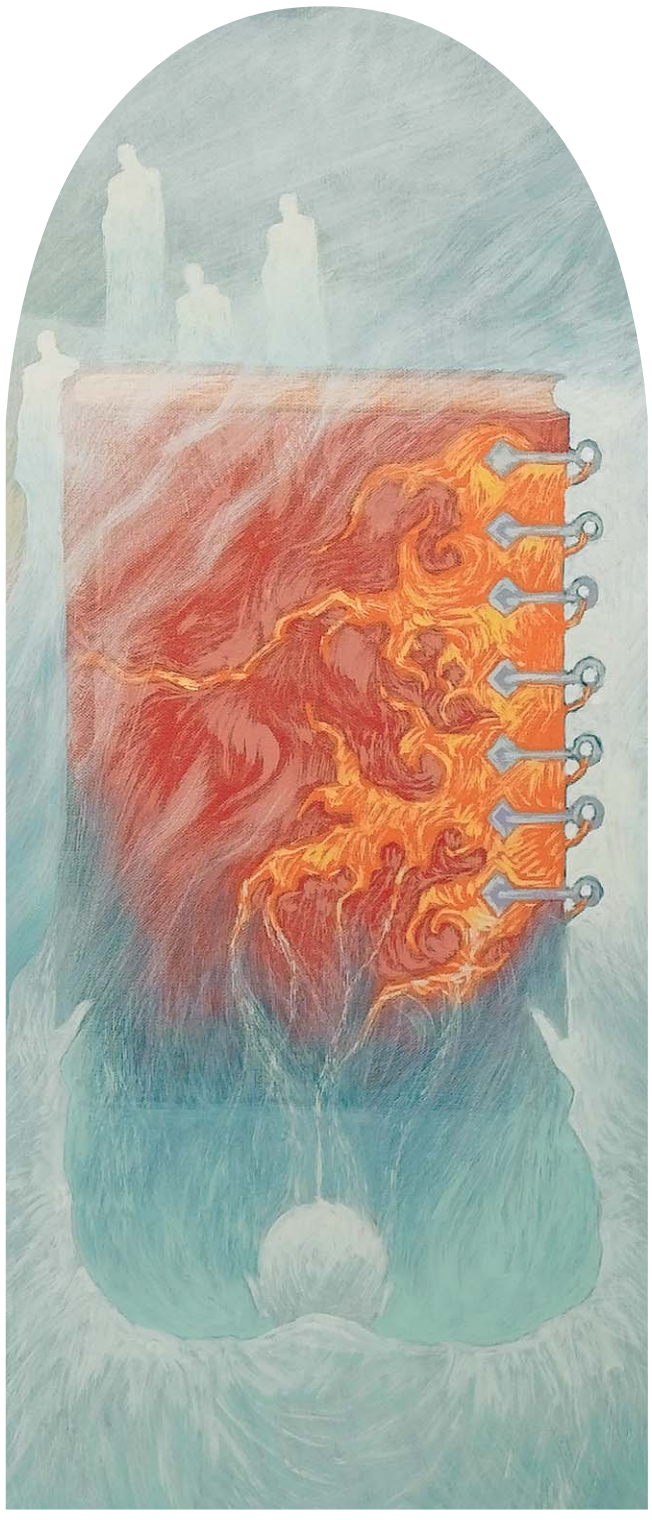
COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL MISMO LIBRO TERCERO

Y aquella voz que había oído antes, como voz de trompeta que hablara conmigo, me decía. Significa que no oyó otra cosa distinta, sino que después de la apertura de la puerta del cielo escuchó aquella voz que ya había escuchado; pero que el Señor, como a un ignorante, comenzaba a manifestarle algún secreto suyo, mientras, asustado por la manifestación de su poder, caía a los pies de la majestad. En suma, para que no entendamos que es una puerta material la voz que había oído antes, la hace semejante a una trompeta, que emite su sonido una vez reunido aire en su interior, y que cuando lo expulsa fuera produce el sonido exterior; así también el que ha recibido la Palabra del Señor percibe en la inspiración de su espíritu sin sonido lo que luego habla al exterior. Sin embargo, también debe entender él por aquella puerta abierta la revelación del Evangelio; la voz que dice había oído antes son las palabras de la Ley y de los Profetas, para lograr concordar lo nuevo con lo antiguo, y se produzca lo que dice el escritor del salmo: *Dios ha hablado una vez, dos le he oído* (Sal 62,12), es decir, procuró que fuéramos instruidos en aquello que manifestó a nuestros padres por medio de la Santa Escritura. Esto puede entenderse de una forma más sutil,

que el Padre engendró a su unigénito Hijo, idéntico a sí mismo. Pues el hablar de Dios es haber engendrado al Verbo. Hablar una vez, es no tener otra Palabra excepto el Unigénito. Después de la inspiración de las almas, después de la revelación del misterio, dice: *sube acá, que te voy a enseñar lo que va a suceder después.* La subida que dice es, despreciado el mundo, venir a la Iglesia, según está escrito: *Venid, subamos a Sión, el monte del Señor* (Is 2,3). Esto se lo decía a los creyentes, según dice la Escritura: *De altura en altura marcharán y Dios se les mostrará en Sión* (Sal 84,8). Entrando en el «sancta sanctorum», en el que entró el primero nuestro Señor Jesucristo hecho pontífice para siempre en la sangre de su pasión, este Santo es invitado a ser merecedor de gozar ya de la misma presencia del Señor, y que no sólo sepa que ha conocido la verdad, sino también que conozca lo que va a suceder en el futuro. Al instante, dice, *caí en éxtasis.* ¿Quién no entiende que no habló nada carnal el que describe que fue arrebatado en el espíritu? San Juan, estimadísimo de su Dios, no oyó nada corporal, nada terreno, sino que cayó en éxtasis, para contemplar al Dios de la majestad, al que vio en espíritu y no contempló en carne. Luego dice: *Vi que había un trono en el cielo, y uno sentado en el trono.* El trono que había es el reino sobre el reino, es decir, reside en la Iglesia el poder, la fortaleza y la verdad de la divinidad. *Y el que estaba sentado,* dice, *era de aspecto semejante al jaspe y a la cornalina, y un arco iris rodeaba el trono, de aspecto semejante a la cornalina y a la esmeralda.* La piedra de jaspe irradia un fulgor verde muy intenso, para que entiendas que la carne del hombre asumido, Cristo, recibida sin mancha de pecado, brilla con la fuerza de la eterna pureza y resplandece por la inhabitación del poder divino. La cornalina es una piedra rojiza, pero que luce poco por una cierta opacidad, para que entiendas la pureza de la carne inmaculada, recibida de la pudorosa y humilde Virgen. También para que conozcas otro significado de estas dos piedras, atiende. El jaspe es del color del agua, y la cornalina del fuego: estos dos juicios han sido establecidos hasta la consumación del mundo sobre el tribunal de Dios. En ello se manifiestan dos clases de juicios: uno ya fue consumado en el diluvio por medio del agua, el otro se consumará por medio del fuego. Estas comparaciones están relacionadas con la Iglesia, a la que revistió el Señor. *El iris rodeaba el trono.* El iris que rodea el trono tiene los mismos colores. El iris es llamado también arco; de él habló el Señor a Noé y a sus hijos, para que no tuvieran en la descendencia miedo de Dios: *pongo,* dice, *mi arco en las nubes* (Gén 9,13), para que no temáis ya al agua, sino al fuego. Pues en el arco aparece al mismo tiempo el color del agua y el del fuego, porque en parte es negro y en parte rojo, para ser testigo en ambos juicios, es decir: uno del que se va a realizar por el fuego, el otro del ya realizado por el agua. También de otra forma el arco, por el fuego y el agua, es señal del Espíritu Santo y del bautismo, ya que después de la venida de Cristo brilló la fuerza del Espíritu Santo sobre el género humano, porque lavó con el agua del bautismo a los elegidos de Dios, y los encendió con el fuego del amor divino. Como dice la Verdad: *quien no renace del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3,5). Este arco está en las nubes en los días de lluvia. Las nubes son la carne de Cristo; su lluvia, las palabras de la predicación. Porque en la encarnación del Señor se manifiesta el rocío de la predicación, para que por el perdón del Señor vuelvan los corazones de los creyentes a la reconciliación. De esta nube se ha escrito: *el que hace de la nube su subida* (Sal 104,3). El Señor hace de la nube su ascensión, porque el que por la divinidad está en todas las partes, por la carne subió a los cielos. Ya le vio así antes Ezequiel (Ez 1,4) en forma del electro, y con un aspecto como de fuego, y como con la forma del arco que se forma en la nube en el día de lluvia. En el electro se mezcla el oro y la plata, de manera que surge

una única realidad formada por los dos metales, en la que por medio de la plata se atenúa el brillo del oro, y por medio del brillo del oro se ilumina la forma de la plata. En nuestro Redentor ambas naturalezas, la divina y la humana, están unidas en sí mismo de forma indivisa e inseparable, de manera que por medio de su humanidad pudiese atemperarse para nuestros ojos el resplandor de su divinidad, y por medio de su divinidad brillara en él la naturaleza humana. Podemos también llamar nubes a los predicadores santos, porque hacen llover con sus palabras, brillan con sus milagros. De quienes se dice que se desplazan como las nubes, porque, aun viviendo en la tierra, todo lo que realizaron fue extraterreno; porque, caminando en la carne, guerrearon no con la carne, sino con el espíritu. *Vi veinticuatro tronos alrededor del trono, y sentados en los tronos, a veinticuatro ancianos con vestiduras blancas, y coronas de oro sobre sus cabezas.* Mirad que clarísimamente nos dio a entender el coro de los Patriarcas y de los Apóstoles, que se sentaron sobre la cátedra de la santa doctrina. A éstos los llama también Ancianos, es decir, padres. Vestidos con vestiduras blancas, es decir, con la justicia de la gracia y la pureza. Llevando en sus cabezas coronas de oro, proclamados vencedores de entre los presentes. Aniquilado el demonio, enemigo maligno, recibieron las coronas del Señor. Acerca de estas coronas, Pablo, el vaso de elección, había comentado: *He llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor, el justo juez. Y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su venida* (2 Tim 4,7). Por eso, pues, la Iglesia, a la manera de las doce tribus de Israel, está también fundada en el número doce, que es un día. Y así como el día tiene veinticuatro horas, entre los tiempos del día y de la noche, y se llama un día, así también la Ley, antes de la venida del Señor, sólo brillaba en los Patriarcas y Profetas, en los demás era la noche. Pero el Nuevo Testamento, que ofrece Cristo en su carne, su aparición es llamada luz y día. El sol es Cristo según el profeta: *a vosotros, que teméis al Señor, os surgirá el sol de justicia* (Mal 4,2), el cual eligió a sus Apóstoles a semejanza de las doce horas del día. De ellos dijo: *vosotros sois la luz del mundo* (Mt 5,14). Y a estos doce Apóstoles unió todo el cuerpo episcopal. Y a todo el cuerpo episcopal agregó todo el pueblo cristiano, porque el sexto día Dios hizo a Adán y mandó que la mujer se le sometiera como ayuda. Esta mujer fue signo de todo el pueblo cristiano. Y Adán fue signo de todos los sacerdotes. Así estarán, pues, los cristianos espirituales sometidos a los sacerdotes santos, como la mujer al marido. Los sacerdotes deben esforzarse por aquellos que son menos perfectos, de manera que, llegando por medio de la leche de la predicación al alimento sólido, conozcan al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Acerca de lo que hemos dicho, dice el Apóstol: *La cabeza de la mujer es el varón* (Ef 5,23). La cabeza del varón es Cristo, la cabeza de Cristo es Dios. Observa que los miembros no están separados, porque por los sacerdotes toda la Iglesia permanece unida a Cristo. Y en esos doce muestra a los Apóstoles, es decir, todo el cuerpo de los santos obispos. Así encontramos en la descripción de la ciudad de Jerusalén que desciende del cielo, de Dios al hombre Cristo, de Cristo a los Apóstoles, de los Apóstoles a los obispos, de los obispos a los presbíteros, de los obispos y presbíteros a los restantes pueblos. A través de estos peldaños, la ciudad de Jerusalén baja a la tierra; y por medio de estos peldaños, todos los días sube al cielo. Estos veinticuatro tronos, excluyendo la distinción de las tareas, son doce, porque los que están delante provienen de las doce tribus de Israel. Y los doce tronos, excluyendo que es un número espiritual, es un solo trono, es decir, la Iglesia. En él se sentará solo, para el juicio, el Señor Jesucristo. Se sentará, pues, y se sienta la Iglesia juzgando a las doce tribus de Israel, es decir, a la Iglesia establecida en el número do-

ce, pero en Cristo, en quien está toda ella: se sentará y juzgará a todos los miembros, pero en uno y por medio de una cabeza, es decir, Cristo. Pues ¿cómo podían los santos sentarse en el juicio, estando como estaban a la derecha del juez? *Del trono salen relámpagos, gritos y truenos y arden siete antorchas de fuego, que son los siete espíritus de Dios.* Quiso que se entendiera que toda la predicación de los ancianos Apóstoles, y también la celeste y santa doctrina, procede del juicio de Dios y de la inspiración de Dios. Los relámpagos, las palabras de todos los santos y los truenos, entendemos igualmente que son las voces de los predicadores. Afirmamos que todo esto emana de un solo autor, Dios. De estos relámpagos y truenos se dice: *la voz de tu trueno en la rueda* (Sal 77,19). La rueda es la Escritura, en la que se dice: *iluminan el orbe tus relámpagos* (Sal 97,4). Todo esto no tiene un origen propio, sino que se declara que proceden del trono de Dios, que es la Iglesia; de su voluntad, es decir, del poder del Creador o de sus órdenes. Las siete antorchas que ardían delante del trono son el septiforme don del Espíritu Santo, de cuyos dones ya hemos hablado antes clarísimamente. Se indica que están delante del trono, porque se dice que están junto a Dios aquellos a quienes se otorgan por la gracia estos dones; lo mismo que en otro lugar se dice: *los que están cerca de sus pies recibirán de su doctrina* (Dt 33,3). También Ezequiel habló clarísimamente de este fuego y de estas antorchas, al decir: *el aspecto* de los vivientes *como carbones de fuego encendido y como una visión de antorchas* (Ez 1,13). Su aspecto se asemeja a carbones encendidos con fuego y a antorchas; todo el que toca el carbón se quema: porque todo el que se adhiere a un hombre santo, por la frecuencia de su visión, de su palabra, recibe el ejemplo de su conducta, para que se encienda en el amor de la verdad; para que haga huir las tinieblas de sus pecados, resplandezca con el deseo de la luz, y arda ya por el amor verdadero el que yacía antes en el pecado, tanto



El Libro de los Siete Sellos

muerto como frío. Las antorchas esparcen su luz más lejos, y estando en un sitio, iluminan otro. El que está animado por el espíritu de la profecía, por la palabra de su doctrina, por la gracia de los milagros, su opinión ilumina a lo largo y a lo ancho, como la lámpara. Y los que oyen sus bondades, como se levantan por medio de esto al amor de las cosas celestiales, desprenden luz como de antorchas, porque se manifiestan por sus buenas obras. Y como los hombres santos, a los que están junto a ellos, como tocándolos, los encienden de amor de la patria celestial, son los carbones. Y son antorchas porque alumbran a los que están situados lejos, para que en su camino no corran en las tinieblas de su pecado. La diferencia entre el carbón y las antorchas consiste en que los carbones ciertamente arden, pero no disipan las tinieblas del espacio en el que yacen. Pero las lámparas, como brillan con una mayor llamarada de luz, alejan las tinieblas difundidas a su alrededor. De este hecho hay que hacer notar que hay muchos santos tan sencillos y ocultos, y encerrados en un gran anonimato en lugares sin importancia, que con dificultad los demás pueden conocer su vida. ¿Qué son éstos sino carbones? Porque aunque poseen el fuego del espíritu por su fervor, sin embargo no tienen la llama del ejemplo; ni vencen las tinieblas de los pecados en los corazones ajenos, porque evitan totalmente que se conozca su vida. Ellos poseen ciertamente el fuego, pero no sirven como modelo de luz para otros. Sin embargo, los que hacen patentes los ejemplos de sus virtudes y muestran la luz de su buena conducta a los viajeros por medio de su vida y su palabra, con razón son llamados lámparas: porque alejan las manchas de los pecados y los errores de las tinieblas por medio del fuego del deseo y por la llama de la palabra. Aquel que vive justamente en la soledad, pero en nada sirve de beneficio para otro, es el carbón. Pero el que, situado como ejemplo de santidad, se ofrece como luz de rectitud para muchos, es la lámpara: porque posee fuego y alumbra a otros. *Delante del trono hay como un mar de vidrio, semejante al cristal.* El mar vítreo, es decir, transparente, manifiesta el don del bautismo. Muestra que ha sido entregada un agua limpia y en calma, no agitada por el viento, que no fluye en pendiente, sino como inmóvil por el don de Dios. Y cuando dice que hay unas lámparas alrededor del trono, que son los espíritus, y un mar de cristal alrededor del trono, manifiesta que el espíritu está en el lugar en que está la fuente del bautismo. Pues el mar es el agua, y no es dulce, sino amarga. ¿Qué es este mar sino el bautismo y la penitencia? Pues dice así: *delante del trono hay como un mar vítreo, semejante al cristal.* El vidrio se rompe con facilidad; así también el bautismo en nosotros en seguida se rompe y peligra. Resbaladiza es la vida de este mundo, sometida a la iniquidad glacial: que cuando la derrite el fuego de una pequeña concupiscencia, es más fácil para la caída y ruina de los desgraciados. Jeremías es sumergido en lo profundo de una cisterna, bajo el poder de un rey inicuo; es decir, la justicia es sumergida en el fango de los pecados cuando fue vencida por el diablo. Pero el fiel Etíope, pecador convertido a la penitencia, le saca del fango y le devuelve a la luz con treinta hombres, es decir, o con ayuda de la Santa Trinidad, o con el esfuerzo del alma, del espíritu y del cuerpo; lo saca de lo profundo del pozo (Jer 38,6) enviándole desechos de paños, esto es, trayendo de nuevo a su memoria las acciones de los padres antiguos, que, caídos por el pecado, se levantaron de las profundidades de los males por la penitencia a las cosas celestiales, antiguos ejemplos escondidos; y con cuerdas, es decir, con los testimonios de las Escrituras. Cumple tú también la Ley de Moisés: cayó el asno de tu hermano bajo el peso, es decir, la carne fue vencida por el pecado; inclínate, humíllate y levántate del suelo (Dt 22,4). No te avergüences de someterte a un hombre pecador.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

COMIENZA LA HISTORIA DE LOS
CUATRO VIVIENTES

(Ap 4, 6-11) *Y vi en medio del trono y en torno al trono, cuatro vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. El primer viviente es como un león; el segundo viviente, como un novillo; el tercer viviente tiene un rostro como de hombre; el cuarto viviente es como un águila en vuelo. Los cuatro vivientes tienen cada uno seis alas; están llenos de ojos todo alrededor y por dentro, y repiten sin descanso día y noche: Santo, santo, santo, Señor, Dios todopoderoso. Aquel que era, que es y que va a venir. Y cada vez que los vivientes dan gloria, honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos y arrojan sus coronas delante del trono, diciendo: eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; por tu voluntad, lo que no existía fue creado.* (Ap 5, 1-14) *Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro, escrito por el anverso y el reverso, sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: ¿Quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos? Pero nadie era capaz, ni en el cielo, ni en la tierra, ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo. Pero uno de los ancianos me dice: no llores, Juan, ha triunfado el león de la tribu de Judá y el retoño de David; él podrá abrir el libro y sus siete sellos. Entonces vi de pie en medio del trono y de los cuatro vivientes y de los ancianos un cordero como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios, enviados a toda la tierra. El cordero se acercó y tomó el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Cuando lo tomó, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del cordero. Tenía cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo, diciendo: eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, pueblo y nación, y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes y reinaremos sobre la tierra. Y en la visión oí la voz de una multitud de ángeles alrededor del trono, de los vivientes y de los ancianos. Su número era millares de millares y decían con fuerte voz: Digno es el cordero degollado de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza. Y toda criatura del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, todo lo que hay en ellos, oí que respondían: al que está sentado en el trono y al cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos. Y los cuatro vivientes decían: Amén. Y los ancianos se postraron para adorar.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LOS
CUATRO VIVIENTES

Y vi en medio del trono y en torno al trono cuatro vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. Los cuatro vivientes son figura de los cuatro evangelistas. Son presentados llenos de ojos por delante y por detrás, lo que indica, o que contienen los misterios pasados y futuros de Dios, o que manifiestan los secretos de ambas leyes. Y por la contemplación de las cosas espirituales proclaman la fe completa de la santa divinidad y hacen patente el misterio de los secretos celestiales. Después se describe la forma de cada uno: *el primero es como un león; el segundo, como un novillo; el tercero, como un hombre; el cuarto, como un águila.* En el Evangelio se encuentra el primero Mateo, según un orden, porque fue el primero que escribió; pero en el misterio nuestros mayores pusieron primero a Marcos, porque comienza por Juan el precursor, que prepara el camino a Cristo, ya que Marcos,

lleno del Espíritu Santo, escribió el Evangelio en Italia en lengua griega, después de haber seguido a Pedro como discípulo. Comenzó éste por el espíritu profético, diciendo: *voz del que clama en el desierto; preparad el camino del Señor;* para indicar que Cristo, después de haber asumido nuestra carne, había predicado el Evangelio. En el mundo el mismo Cristo fue llamado profeta, según está escrito: *te he puesto como profeta de los pueblos* (Jer 1,5). Con razón, pues, nuestros mayores describen que la figura del león representa al evangelista Marcos. Y en verdad se explica clarísimamente y con razón, porque su libro comienza así: *Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, conforme a lo escrito en el profeta Isaías: mira, envío mi ángel, que mirará (o preparará) el camino delante de ti.* Pero no es de admirar que aquí Isaías es citado en lugar de Malaquías —pues este testimonio se conoce claramente que se encuentra en el libro de Malaquías—, ya que Isaías significa «la salvación de Dios»; Malaquías, «el mensajero»; y por eso en el comienzo del Evangelio quiso citar en lugar del «mensajero», es decir, Malaquías, la salvación del Señor, que es Isaías: de manera que por la fe del Evangelio nos conduzca a la eternidad permanente de la vida presente y futura. Resume después también qué dice el mensajero, que es el ángel, con las palabras de Isaías, y dice: *preparad el camino del Señor, allanad los senderos de nuestro Dios* (Is 40,3), para, una vez ofrecida y prometida la salvación, manifestar el anuncio de la verdad y preparar los corazones de los hombres para recibir la gracia. Tiene la figura de un león, porque presenta a Juan predicando en el desierto, y amante del desierto, según dice: *apareció Juan en el desierto bautizando y proclamando un bautismo de penitencia para perdón de los pecados* (Mc 1,4).

El segundo viviente, semejante a un novillo, se refiere a Lucas, que, entre todos los evangelistas de lengua griega, fue también médico, escribió en Grecia el Evangelio, dedicado a Teófilo obispo, comenzando por el espíritu sacerdotal, al decir: *Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote, Zacarías,* para indicar que Cristo, después de su nacimiento de la carne y de la predicación del Evangelio, se convirtió en víctima para la salvación del mundo. El es el sacerdote de quien se dijo en los salmos: *Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec* (Sal 110,4). Cuando llegó Cristo enmudeció el sacerdocio de los judíos: cesó la Ley y la profecía. Con razón, pues, llama a Lucas semejante a un novillo: pues el novillo representa la persona de los sacerdotes, según se dice en Isaías: *dichosos los que sembráis sobre todas las aguas* (Is 32,20): la semilla es la palabra; las aguas, el pueblo, *y dejáis sueltos el buey y el asno,* es decir, el pueblo judío y el gentil. También éste comenzó por el sacerdocio de Zacarías, por eso dice: *hubo en los días del rey Herodes, de Judea, un sacerdote llamado Zacarías.*

El tercer viviente, que tiene el aspecto como de hombre, se refiere a Mateo, que fue el primero que escribió el Evangelio en Judea, en lengua y expresiones hebraicas, comenzando a evangelizar desde el nacimiento humano de Cristo, diciendo: *libro de la genealogía de Jesucristo, Hijo de David, hijo de Abraham,* dando a entender que Cristo descendía corporalmente del linaje de los Patriarcas, como había sido prometido por el Espíritu Santo en los Profetas: porque Mateo quiso anunciar en el comienzo de su libro la genealogía del Señor según la carne.

Y el cuarto viviente, semejante a un águila en vuelo, se refiere a Juan, que escribió el Evangelio, el último, en Asia, comenzando desde el Verbo, para enseñarnos que el Salvador, que por nosotros se dignó nacer y padecer, es el mismo Verbo de Dios antes de los siglos; que vino del cielo y después de su muerte de nuevo ha vuelto al cielo. Estos son los cuatro evangelistas, que el Espíritu Santo representó en Ezequiel por medio de cuatro vivientes. Por eso la fe de la religión cristiana se difundió por las cuatro partes del

mundo gracias a su predicación. Se llaman vivientes porque el Evangelio de Cristo se predica para la vida del hombre. Estaban llenos de ojos por dentro y por fuera, porque tienen delante los evangelios que fueron anunciados por los Profetas, y los que prometió anteriormente. Sus pies eran rectos, porque no hay nada malo en los evangelios. Y seis alas que cubren sus pies y sus rostros: estaban velados porque se ocultaban para la venida de Cristo.

Evangelio es una palabra griega, que en latín quiere decir «buena noticia»: pues en griego «eu» significa bueno, y «ángel» noticia; por eso también ángel quiere decir mensajero. Con razón, pues, Juan es descrito como un águila en vuelo, porque no habla ni de la humanidad del Señor, ni del sacerdocio, ni de Juan que predica en el desierto, sino que, abandonando todas las cosas humildes, se elevó a la misma altura del cielo; y a la manera de un águila en vuelo habla propiamente del mismo Dios, diciendo: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio con Dios.* Pero surge un problema: ¿cómo puede decirse que estos cuatro vivientes están en medio del trono y alrededor del trono, llenos de ojos por dentro y por fuera, si no se entiende su posición de una forma espiritual? Porque si se intentara entender su localización de forma literal, induciría a error. Pues ya antes se había dicho que en medio del trono estaba sentado Cristo y alrededor del trono los ancianos; y ahora se dice que en medio del trono están los vivientes y alrededor del trono los mismos vivientes. Pero si utilizáis el oído del corazón, conoceréis que todas estas cosas son espirituales, porque sólo habló de la cabeza y los miembros. Trono es una palabra griega que en latín se traduce por sede, que aquí unas veces dice sede, otras, trono donde se sienta Cristo. Este trono es la Iglesia, sobre la que se dice que se sienta Cristo. Y estos vivientes, que dice están en medio del trono y alrededor del trono, son los mismos vivientes, es decir, indica que están los evangelios en medio de la Iglesia, y entremezclados a su alrededor, y que todo es una misma cosa. Porque no pueden estar unos sin otros, los evangelios sin los ancianos, y los ancianos sin los evangelios. Y ¿cómo estaban los vivientes alrededor del trono, siendo así que había dicho ya antes que este espacio lo ocupaban los veinticuatro ancianos, sino para que entiendas que los ancianos y los vivientes son una misma cosa? Cuando dice en medio del trono, entiende a la Iglesia unida en el cuerpo de Cristo, de tal manera que comprendas que la cabeza y los miembros forman un solo hombre. Cuando dice llenos de ojos por delante y por detrás, entiende que se trata de la Ley y del Evangelio, o que el Espíritu Santo inspira a los fieles por medio de los mandamientos divinos, y que ve todo alrededor por delante y por detrás, que ve lo pasado y lo futuro. *El primer viviente semejante a un león.* La fortaleza de la Iglesia se manifiesta en el león, según dice: *ved que venció un león de la tribu de Judá* (Ap 5,5). Pero en el segundo es donde manifiesta de qué manera es fuerte la Iglesia: *semejante,* dice, *a un novillo,* es decir, a una víctima: ésta es la fortaleza de la Iglesia: el ser inmolada. En el tercero enseña qué es el león y el novillo: *tiene,* dice, *aspecto de hombre.* Se refiere a la humildad de la Iglesia, que, aunque posee la adopción de los hijos de Dios, parece como un hombre que nada posee fuera de su humanidad, de la misma manera que se dijo del Señor: *El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como un hombre, y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte* (Flp 2,6). Y concluye en el cuarto lo que son los tres vivientes, diciendo: *como un águila en vuelo.* Aquí en el águila, nada nombró de lo que es terreno, excepto que el que ha sido fuerte en la pasión, representado en el león; y el que se ofreció una vez a sí mismo en sacrificio, representado en el novillo; y el que ha sido racional, es

Los cuatro Vivientes

decir, el que recuerda el pasado, ordena el presente, prevé el futuro, de manera que reconozca a aquel Padre por quien fue creado, y que brilla por su conducta, representado en el hombre; de nada le sirve si, a la manera de un águila, no tiene siempre los ojos fijos en el cielo, en el vuelo de la contemplación. Esto hizo siempre la Iglesia de los Patriarcas y de los Profetas antes de encarnarse la divinidad. Cuando aún no había brillado en su cuerpo el sol de la justicia, de forma que apareciera el día, sin embargo ellos brillaban como estrellas en la noche de este mundo en el cielo, es decir, en la Iglesia. Pero cuando brilló el sol de la verdad, manifestó por su encarnación la luz de su divinidad, sometido a la ley se manifestó como siervo; eligió doce Apóstoles, para que amaneciera el día; y en estos cuatro vivientes congregó a toda la Iglesia. Y cuando alguno haya cumplido aquellos tres, a la manera del águila en el cuarto en el cielo, donde ha visto ir su cadáver, fije siempre los ojos de la contemplación de forma que, libre de la tierra, se eleve apoyado en los timones de los dos Testamentos. Esto hacen los miembros que desean permanecer unidos con su cabeza.

Estos cuatro vivientes, cada uno de ellos tenía seis alas alrededor. En estos cuatro vivientes designa a los veinticuatro ancianos: porque las seis alas de los cuatro vivientes suman veinticuatro alas. Y alrededor del trono vio vivientes, donde dijo que había visto ancianos. Pero ¿cómo puede un viviente de seis alas ser semejante a un águila, siendo así que el águila tiene dos alas?, o ¿cómo aquellos tres vivientes, el león, el novillo y el hombre, dice que tienen alas, cuando vemos que estas especies no las tienen? Es que esto no debemos creerlo, tal como está escrito, sino que se realiza en el misterio. Describe que tienen seis alas, porque en los seis días de la semana presente, que es la duración del mundo, difunden las palabras de su profecía. El que los cuatro tengan seis alas, que dos veces doce sumen veinticuatro, es decir, dos docenas, es la santa doctrina de los Patriarcas y de los Profetas, que enseñaron al mundo con el anuncio de su profecía. En esta misma doctrina se expone la alabanza de la Trinidad y sin descanso se proclama el nombre de *santo* repetido tres veces. Y esta alabanza, dirigida a un solo Omnipotente, manifiesta un Dios Trino de una sola naturaleza. La doctrina de los profetas recordados había ya enseñado que éste existe antes de todos los siglos, y por todos los siglos y después de todos los siglos, y las voces de todos los perfectos afirman que éste mismo ha de venir a juzgar. Como hemos dicho que el águila es la Iglesia, es justo que, interpretando sus dos alas, digamos que son los dos Testamentos, por medio de los cuales se reconoce que la Iglesia se eleva al cielo. Así, pues, en esta águila concluyó todo, y puso después de los tres vivientes el águila, la última. Y como los tres primeros no vuelan, sino sólo ésta, reconoce claramente que las cosas que se fijan en el alma por la contemplación, se refieren a la misma Iglesia. En Ezequiel, por medio del santo Espíritu de la profecía, se describen con gran sutileza estos vivientes con plumas, que son las figuras de las personas de los evangelistas, para que la sutileza de la descripción nos las dé a conocer y no deje la palabra de Dios ninguna duda en nuestro entendimiento; así se describe: *En cuanto a la forma de sus caras, era una cara de hombre, y los cuatro tenían cara de león a la derecha, los cuatro tenían cara de novillo a la izquierda, y cara de águila por encima de los mismos cuatro* (Ez 1,10). Que estos cuatro vivientes con plumas son la figura de los cuatro evangelistas, lo atestiguan los mismos comienzos de cada uno de los libros del Evangelio. Pues el que comienza por la genealogía humana, Mateo, con razón es representado por un hombre. El que comienza por el que clama en el desierto, Marcos, con justicia se le representa por un león; Lucas, que comienza por un sacrificio, está bien representado por un novillo. Y el que comienza por la divinidad del Verbo, Juan, es justamente identificado por el águi-

la, pues dice: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios.* Cuando se remontó a la misma naturaleza de la divinidad, fijó sus ojos en el cielo, a la manera de un águila. Pero como todos los elegidos son miembros de nuestro Redentor, pues nuestro mismo Redentor es cabeza de todos los elegidos, por lo que son miembros de él en figura, nada impide que en estos nombres de Vivientes esté representado él mismo. El mismo unigénito Hijo de Dios se hizo realmente hombre. El en el sacrificio de nuestra redención se dignó morir como un novillo. El, por el poder de su fortaleza, resucitó como un león. Se manifiesta como el león que duerme con los ojos abiertos, pues en su muerte, en la que según su humanidad pudo dormir nuestro Redentor, estuvo despierto al permanecer inmortal en su divinidad. Subiendo a los cielos después de su resurrección, él se eleva a lo alto como un águila. El es para nosotros, pues, todo esto al mismo tiempo: naciendo se hizo hombre, muriendo novillo, resucitando león y águila subiendo a los cielos. Y puesto que por medio de estos vivientes ya hemos dicho antes que están representados los cuatro evangelistas, y bajo su figura al mismo tiempo los hombres perfectos, resta que expongamos cómo está representado cada uno de los elegidos en estas visiones de los vivientes. Todo elegido, y perfecto en el camino del Señor, es al mismo tiempo hombre, novillo, león y águila. Pues el hombre es un ser racional; el novillo suele ser matado en un sacrificio; el león es un animal fuerte, según está escrito: *el león fuerte entre los animales, que ante nada retrocede* (Prov 30,30). El águila vuela hacia lo más alto y se remonta a los rayos del sol sin deslumbrarle sus ojos. Todo el que es perfecto en su razón, es un hombre. Es un novillo, porque se sacrifica de los placeres del mundo presente. Es un león, porque en su voluntaria mortificación tiene la fortaleza de la seguridad contra todos los males. Por eso está escrito: *pero el justo como un león está seguro y ante nada retrocede* (Prov 28,1). Ciertamente este tal es un león. Y porque contempla con agudeza lo que es terreno y lo que es celestial, es un águila. Por eso, pues, como cada justo es hombre por su razón, es novillo por el sacrificio de su mortificación, es león por la firmeza de su seguridad, y por la contemplación se convierte en un águila, con razón por medio de estos santos vivientes puede representarse cada uno de los perfectos. Pero nos surge una pregunta acerca de los mismos Evangelistas y de los santos predicadores: ¿por qué aparece que los cuatro tenían cara de hombre y de león a su derecha? Y no es menos de admirar por qué se dice que aquellos dos a la derecha (hombre y león), y uno a la izquierda. Y de nuevo hay que preguntar: ¿por qué el águila no está ni a la derecha ni a la izquierda, sino que se describe que está sobre los mismos cuatro? Así, pues, nos hacemos dos preguntas que conviene resolver con la luz del Señor. Se representa el hombre y el león a la derecha, y el novillo a la izquierda, porque a la derecha tenemos la alegría y a la izquierda la tristeza. Por eso decimos que es para nosotros siniestro lo que juzgamos que es contrario. Y, como hemos dicho, la encarnación se representa por el hombre, la pasión por el novillo, y por el león la resurrección de nuestro fundador. Todos los elegidos se alegraron de la encarnación del Hijo unigénito, por la que fuimos redimidos. Los santos Apóstoles, que fueron los primeros elegidos, se entristecieron con su muerte; los mismos que se alegraron de nuevo con su resurrección. Porque su nacimiento y resurrección proporcionó la alegría a los que entristeció su pasión: se describe que están el hombre y el león a la derecha, y el novillo a la izquierda, pues fueron los mismos santos evangelistas, que se alegraron de su nacimiento y se hicieron fuertes con su resurrección, los que habían estado tristes por su pasión. El hombre y el león están, pues, a la derecha, porque la encarnación de nuestro Redentor les dio vida, su resurrección les fortaleció. Pero el novillo está a la izquierda, porque su muerte les sumió en la des-

confianza por un breve tiempo. Con razón se representa que la situación del águila no está junto a, sino por encima: porque es signo de su ascensión o porque manifiesta que el Verbo del Padre es Dios junto a su Padre; Juan superó en su poder de contemplación a los demás evangelistas que también como él tratan de su divinidad; sin embargo, la contempla de forma más sutil que todos los demás. Pero si se menciona que el águila unida a los otros tres vivientes forman cuatro vivientes, es admirable que se describa que está por encima de los cuatro. La explicación consiste en que Juan, por el hecho de que vio al Verbo en el principio, también pasó por encima de sí mismo. Pues si no hubiese pasado, no habría visto al Verbo en el principio. El que pasó por encima de sí mismo, no sólo estuvo sobre los tres, sino junto con ellos y por encima de los cuatro.

Sigue: *Y sus caras y sus alas estaban desplegadas hacia lo alto* (Ez 1,11). Se describen sus caras y sus alas desplegadas hacia lo alto, porque toda intención y toda contemplación de los santos se dirige por encima de sí mismo para poder conseguir lo que desea de las cosas celestiales. Ya sea en la obra buena, ya medite en la contemplación, verdaderamente todo lo que hace es bueno, cuando desea complacer a aquel a quien pertenece. Pues el que parece que hace el bien, pero en esto no pretende agradar a Dios, sino a los hombres, dirige hacia abajo la cara de su intención. Y cuando estudia en la palabra divina lo que pertenece a la divinidad, para por medio de su comprensión poder anticiparse a las preguntas, si no desea saciarse de la dulzura de la santidad, sino aparecer como docto, éste sin duda no despliega hacia lo alto las alas de su inteligencia, sino que, como emplea el esfuerzo de su inteligencia en el apetito terreno, abate en gran medida las alas que pudo desplegar hacia lo alto o con las que pudo él mismo elevarse. En este hecho debemos nosotros considerar que todo el bien que se realiza debe elevarse siempre por la intención a las cosas celestiales. Quien desea la gloria terrena en lo bueno que realiza, dirige hacia abajo sus alas y su cara. Por eso se dice de algunos por medio del profeta: *llevaban sus ofrendas a la fosa* (Os 5,2). ¿Qué otra cosa son las lágrimas de la oración sino las ofrendas de nuestra oración, según está escrito: *el sacrificio que agrada a Dios es un espíritu compungido?* (Sal 51,19). Y hay algunos que en la oración se afligen con lágrimas o para conseguir bienes materiales o para aparentar que son santos a los ojos de los hombres. ¿Qué llevan éstos sino ofrendas a la fosa? Sitúan éstos hacia abajo el sacrificio de su oración, porque las cosas que buscan permanecen en el amor terreno. En cambio, los elegidos, que buscan agradar a Dios omnipotente en su buena conducta y ansían degustar ya la bienaventuranza eterna por medio de la gracia de la contemplación, despliegan hacia lo alto sus caras y sus alas.

Sigue: *Cada uno tenía dos plumas que se tocaban entre sí y otras dos que cubrían sus cuerpos.* Antes había dicho: *sus caras y sus plumas estaban desplegadas hacia lo alto,* y en seguida añadió lo que hemos dicho, que *cada uno tenía dos plumas que se tocaban entre sí,* donde claramente se entiende que se desplegaban hacia arriba y se tocaban las dos, y las otras dos cubrían sus cuerpos. ¿Qué son las plumas de los vivientes sino lo que llamamos alas? En esto debemos preguntarnos con atenta perspicacia: ¿qué son las cuatro alas de los santos, dos de las cuales desplegadas se tocan entre sí, y las otras dos cubren sus cuerpos? Si miramos con atención, encontramos que son las cuatro virtudes que elevan al hombre viviente con alas, de los actos terrenos a las cosas futuras, a saber, el amor y la esperanza, y el temor y la penitencia de las cosas pasadas. Las alas se despliegan hacia lo alto unidas entre sí, porque el amor y la esperanza elevan hacia las cosas celestiales las almas de los santos. Y con razón se dice también que están unidas, porque los elegidos sin duda aman las cosas celestiales que esperan, y esperan los bienes que aman. Otras dos cubren sus

cuerpos, porque el temor y la penitencia ocultan de los ojos de Dios omnipotente sus malas obras pasadas. Las dos alas, como se ha dicho, se unen arriba cuando el amor y la esperanza de los elegidos elevan sus corazones hacia lo alto y vuelan hacia los bienes celestiales; las otras dos alas cubren sus cuerpos cuando el temor y la penitencia ocultan de la mirada del juez eterno sus malas obras pasadas. Por haber reconocido que pecaron, porque temen y lloran, ¿qué otra cosa cubren, sino el cuerpo, los que ocultan con un examen diligente las obras carnales por medio de las obras buenas, superpuestas? Está escrito: *dichosos aquellos a los que se les perdonaron sus pecados y se les ocultaron sus culpas* (Sal 32,1). Cubrimos los pecados cuando ponemos por encima de las malas obras las acciones buenas. Todo lo que se cubre, se sitúa debajo, y aquello con lo que se cubre, se coloca por encima. Cuando desechamos los males que hemos realizado y elegimos los bienes que vamos a realizar, ponemos por encima de lo que nos avergüenza una especie de cubierta. Por muy grandes que sean los hombres santos en esta vida, sin embargo tienen cosas que deben cubrir a los ojos de Dios, porque es totalmente imposible que no falten alguna vez de palabra o de obra. Por eso el beato Job, que había hablado bien de todos, sin embargo, al oír la voz de Dios, reprendiéndose a sí mismo de su misma palabra ligera, decía: *me taparé mi boca con la mano* (Job 40,4). En la mano están representadas las obras; en la boca, la conversación. Taparse la boca con la mano es cubrir los pecados de palabra por medio del poder de la obra buena. Agrada, hermanos carísimos, citar a Pablo, maestro de los gentiles, como testimonio de esto, de qué manera aquel santo viviente se fundamenta en la visión de las cuatro alas, de las que con dos vuela hacia lo alto, y con las otras dos cubre su cuerpo, porque oculta las obras pasadas que realizó. Veamos, pues, qué amor tan grande le eleva hacia las cosas celestiales, al decir: *mi vivir es Cristo, y el morir una ganancia* (Flp 1,21). Conozcamos con qué esperanza se eleva hacia lo alto cuando dice: *nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo* (Flp 3,20). Veamos si teme todavía, a pesar de estar adornado de tantas virtudes: *golpeo,* dice, *mi cuerpo, y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado* (1 Cor 9,27). Conozcamos si se arrepiente de haber obrado él el mal: *yo soy el último de los Apóstoles, indigno del nombre de Apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios* (1 Cor 15,9). Y en estas palabras, ¿qué otra cosa denuncia sino la dureza de nuestra mente? Porque él llora lo que había cometido antes del bautismo; en cambio, nosotros hemos cometido muchos males después de los bautismos, y sin embargo nos negamos a llorar. Usan los santos vivientes cuatro alas, porque por el amor y la esperanza se elevan hacia las cosas celestiales y lloran los males realizados por ellos por medio del temor y la penitencia. Se ha dicho que las dos alas de cada uno se tocaban entre sí; esto quizá se entiende, que no unen las alas propias cuando vuelan, sino que el ala de uno está unida al ala del otro, de forma que las alas extendidas concuerdan alternativamente entre sí en su unión. En esto surge una pregunta, si las dos alas que se despliegan hacia lo alto designan el amor y la esperanza, y las otras dos que cubren el cuerpo, el temor y la penitencia: ¿por qué las dos que se elevan se dice que están unidas, y en cambio no se dice que están unidas las que cubren el cuerpo? En esto hay una razón muy sencilla, con la ayuda de Dios: las alas de los santos unidas son el amor y la esperanza; sin embargo, las dos alas que cubren los cuerpos, unidas a sí mismos, no a otro, son el temor y la penitencia. Pues David, por la culpa de su crimen, hizo penitencia con temor, con sacrificio y con lágrimas; Pedro lloró amargamente su caída de perfidia; Pablo lamentó en sí mismo la crueldad de su pasada persecución. Sin embargo, todos desean una misma patria y se dan prisa en llegar

Las siete antorchas

al único autor de todos. Dos alas de cada uno están unidas entre sí y dos no: porque por el amor y la esperanza es una misma cosa la que desean, pero por el temor y la penitencia es distinto lo que deploran.

Sigue: *Y cada uno marchaba en su presencia.* Antes había dicho: *cada uno de ellos marchaba delante;* ahora, en cambio, dice: *en su presencia marchaban.* Así que parece una misma frase repetida. Pero como la preposición latina *coram* significa «en presencia de», podemos discernir investigando con mayor sutileza la diferencia que hay entre marchar «delante» y marchar «en presencia de». Marchar delante es buscar lo que está delante (el futuro); pero marchar en presencia es no estar ausente de sí mismo. Todo justo que considera solícito su vida y medita con diligencia cuánto crece todos los días en virtud o quizá cuánto disminuye en ella; éste que se sitúa ante sí mismo, camina en su presencia, puesto que con atención observa si se levanta o si cae. Pero todo aquel que descuida la vigilancia de su vida, o desprecia o no sabe reflexionar sobre sus acciones, sus palabras, sus pensamientos, ese tal no marcha en su presencia, porque ignora cómo es en sus costumbres y en sus acciones. No vive en presencia de sí mismo el que descuida examinarse y conocerse a sí mismo cada día con diligencia. Pero en verdad se sitúa ante sí mismo, y está para sí presente, el que en sus acciones se observa a sí mismo, como si fuese otra persona. Pues hay muchos pecados que cometemos, pero que a noso-tros no nos parecen graves, porque amándonos en nuestro amor propio, y cerrando nuestros ojos, nos halagamos en nuestro engaño. Así sucede muy a menudo que nuestros pecados graves los consideramos leves, y los pecados leves de los prójimos los consideramos graves. Está escrito: *habrá hombres amantes de sí mismos* (2 Tim 3,2). Y sabemos con qué vehemencia el amor propio cierra el ojo del corazón. Por eso sucede que lo que hacemos nosotros no juzgamos que es grave, y la mayoría de las veces juzgamos que lo que hace el prójimo es para nosotros demasiado detestable. Pero ¿por qué aquello que en nosotros juzgamos leve, nos parece, en cambio, grave en el prójimo, sino porque ni a nosotros nos vemos como al prójimo, ni al prójimo como a nosotros? Si nos miráramos a nosotros mismos como al prójimo, consideraríamos nuestras faltas con rigor; y también, si mirásemos al prójimo como a nosotros mismos, nunca su conducta nos parecería intolerable a nosotros, que quizá con frecuencia hemos realizado la misma acción y que consideramos que no habíamos hecho nada intolerable para el prójimo. Moisés se esforzó en corregir, por medio de un precepto de la ley, este juicio mal

El candelabro de los siete brazos

repartido de nuestra mente, cuando dijo *que la medida debía ser justa, y justo el sextario* (Lev 19,36). De ahí que diga Salomón: *dos pesos y dos medidas, ambas cosas aborrece Dios* (Prov 20,10). Sabemos que los comerciantes tienen un doble peso, uno mayor y otro menor: tienen un peso para la mercancía suya, y otro peso para la que entregan al prójimo. Para dar, pesos más ligeros; para recibir, pesos más pesados. Así, pues, todo hombre que juzga de distinta manera lo que es del prójimo y lo que es suyo, tiene dos pesos. Ambas cosas aborrece Dios. Porque si amara al prójimo como a sí mismo, le amaría en las cosas buenas como a sí mismo. Y si contemplara al prójimo como a sí mismo, se juzgaría a sí mismo como al prójimo en las cosas malas. Debemos, por tanto, examinarnos a nosotros mismos con cuidado y, según se ha dicho, situarnos delante de nosotros mismos: de manera que, imitando sin cesar a los vivientes con alas, sepamos lo que hacemos y marchemos siempre en presencia de nosotros mismos. En cambio, los perversos, como ya hemos dicho hace poco, no marchan en presencia de sí mismos, porque nunca reflexionan en lo que hacen. Caminan hacia la muerte: se glorían de las malas acciones; está escrito de éstos: *los que se gozan en hacer el mal, se regocijan en la perversidad* (Prov 2,14). A veces el justo, que los contempla, se lamenta; pero ellos lloran y ríen como los locos. Algunos dan a los necesitados mucho de sus bienes; pero cuando se presenta la ocasión, oprimen a los necesitados, y a los que socorrieron los roban con rapiña. Sitúan ante los ojos de su pensamiento el bien que hacen y no ponen delante las maldades que cometen. Claramente éstos no marchan en presencia de sí mismos: porque si estuviesen en presencia de sí mismos, verían con diligencia todo lo que realizan y conocerían de qué manera se echan a perder unas buenas obras por unos malos actos. Según está escrito: *y el jornalero ha metido su jornal en bolsa rota* (Ag 1,6). De una bolsa rota sale por un lado lo que se mete por el otro. Porque las mentes irreflexivas no ven cómo se pierde por la obra mala el premio que adquieren por su obra buena. Uno guarda la castidad del cuerpo, y se autoexamina con diligencia, para no aceptar de fuera algo que sea reprensible: está contento con lo suyo, no arrebata lo ajeno; pero, sin embargo, quizá en su corazón guarda odio contra su prójimo. Y como está escrito: *el que odia a su hermano es un asesino* (1 Jn 3,15), piensa que está limpio en su conducta, y no examina qué cruel es en su mente. ¿Qué es éste, si no es sabio para sí mismo, porque camina en las tinieblas de su corazón y no lo sabe? Otro no arrebata ya lo ajeno, guar-

da ya su cuerpo de la inmundicia, ama ya a su prójimo con una mente limpia y se lamenta en sus oraciones con ardor, consciente de sus males pasados; pero, acabada la oración, busca aquellas cosas con qué gozarse en este mundo y abandona con negligencia su espíritu a los gozos temporales y no procura que los gozos inmoderados no sobrepasen la medida de las lágrimas: y sucede que, riendo demasiado, pierde el bien que consiguió llorando. Ese tal no camina en presencia de sí mismo, porque rehúsa observar las cosas malas que consiente. Está escrito: *el corazón de los sabios está en la casa del luto, mientras el corazón de los necios en la casa de la alegría* (Ecl 7,4). En todo lo que hacemos debemos observarnos a nosotros mismos con diligencia, por dentro y por fuera, de manera que, imitando a los vivientes con alas, estemos en presencia de nosotros mismos y marchemos siempre en presencia de nosotros mismos. ¿Qué es, pues, la voz de gran conmoción que oye el profeta detrás de sí, sino que, después de la palabra de la predicación que consigue desplazar el pecado del corazón, siguen los lamentos de los penitentes? Pero los malos, que cuando obran el mal no escuchan los rectos consejos de los justos, desconocen qué graves son sus pecados y en su ignorancia están seguros en su estupidez y descansan como tumbados cómodamente en sus culpas. Esto se dijo de un pueblo pecador y confiado: *se recostó en la basura* (Jer 48,18), porque confiado se acostó en los pecados. Cuando los malos comienzan a oír la palabra de la predicación, y a conocer cuáles son los suplicios eternos, cuál el terror del juicio, qué diligente el examen de cada uno de sus pecados, al momento se estremecen, se llenan de gemidos y, no conteniéndose, se afligen con suspiros: y conmocionados por un gran miedo, rompen en lloros y lágrimas. La voz de una gran conmoción sigue al profeta, porque después de la palabra de la predicación se oyen los lamentos de los conversos y de los penitentes: quienes antes yacían tranquilos en la enfermedad, todos como por la mano de una medicina vuelven con dolor a la salvación. Otro profeta dice de esta conmoción de los penitentes: *se plantarán sus pies y se conmoverá la tierra* (Zac 14,4). Porque cuando se graban las huellas de la verdad en la mente de los oyentes, la misma mente turbada en la reflexión sobre sí mismo se conmueve. Por eso dice el salmista, rogando en favor de los pecadores: *sentado en querubines, la tierra se estremece* (Sal 99,1). De ahí que rogando por los afligidos y penitentes diga: *has sacudido la tierra, la has hendido; sana sus grietas, pues se desmorona* (Sal 60,4). La tierra estremecida y desmoronada es el pecador afligido por el reconocimiento de su culpa y conducido a los llantos de la penitencia. Se le ha dicho al hombre pecador: *eres polvo y al polvo volverás* (Gén 3,19). Ruegue, por tanto, que se cure el dolor de la tierra, que se desmorona, para que el pecador que se lamenta de sus pecados se consuele con el gozo de la misericordia celestial. Esta es, pues, la voz de la gran conmoción, cuando examinando cada uno sus actos se conmueve en el llanto de la penitencia. Pero oigamos qué dice esa voz: *Bendita sea la gloria del Señor en el lugar donde está* (Ez 3,12). El lugar del espíritu maligno fueron los corazones de los penitentes; pero cuando, enfadados consigo mismos, vuelven por la penitencia a la vida, se convierten en el lugar de la gloria de Dios: pues se levantan ya contra sí mismos, acompañan ya las lágrimas de la penitencia a los pecados que habían cometido. Por eso se oye la bendición de la gloria en alabanza de Dios, donde antes se escuchaban las injurias al Creador por amor al mundo presente. Y los corazones de los penitentes se convierten para el Señor en su morada, que antes, habitada por los pecados, había sido una morada ajena. Todos aquellos que se convierten de sus pecados al Señor, no sólo borran con sus lágrimas los males que hicieron, sino que también se elevan hacia lo alto con obras admirables; y se hacen como los santos vivientes de Dios omnipotente, que se elevan hacia lo alto

con prodigios y virtudes, abandonan la tierra completamente y, recibida la gracia de Dios, se remontan por el deseo a los bienes celestiales. De éstos se añade todavía: *el ruido que hacían las alas de los vivientes al batir una contra la otra* (Ez 3,13).

Oye detrás de sí el profeta la voz de una gran conmoción; porque, como hemos dicho, sigue a la palabra de la predicación el llanto de los penitentes. Oye detrás de sí el ruido de las alas de los vivientes, porque del mismo dolor de los penitentes brotan las virtudes de los santos, de manera que tanto más aventajan en la santa oración cuanto reconocen que obraron antes disolutamente con su vida depravada. Pero hay en estas palabras una gran duda, porque no dice claramente el profeta, si cada viviente bate sus alas propias entre sí, o si estos mismos vivientes se golpean alternativamente con sus alas de forma que el ala de uno toque al otro, y el ala del otro a éste. Pero como muchas veces en la palabra divina se expone algo de forma confusa para que con la ayuda de Dios se explique de forma admirable y múltiple, nosotros debemos explicar a vuestra caridad ambas cosas con la gracia de Dios. Ya hemos dicho frecuentemente que las alas de los vivientes son las virtudes de los santos. ¿Para qué cada viviente batiendo sus alas, una golpea a la otra, sino con el fin de que nos permita entender claramente que, si nos convertimos en santos vivientes, la virtud despierta en nosotros virtud, cuando una impulsa a la otra a la perfección? Por ejemplo, uno tiene la ciencia de la palabra de Dios, y aprende por medio de la misma ciencia a conseguir también entrañas de misericordia. Por la ciencia conoce la palabra de Dios: *dad limosna y así todas las cosas serán puras para vosotros* (Lc 11,41). Cuando ya ha comenzado a ser misericordioso en las limosnas, lee las palabras de la santa verdad: y cuanto en ellas se dice acerca de la misericordia, las entiende de una manera más fecunda por la experiencia. Allí se ha escrito: *yo era Padre de los pobres* (Job 29,16). ¿Qué quiere decir, pues, que estos vivientes con alas se golpean uno a otro, sino que todos los santos se contagian unos a otros con sus virtudes, y se estimulan a avanzar, al conocer la virtud ajena? No se le conceden a uno solo todas las virtudes, no sea que engreído sucumba en la soberbia. Sino que a éste se le da lo que a ti no se te da. Y a ti se te concede lo que a otro se le niega: para que mientras éste considera el bien que tienes, y él no posee, te prefiera a ti en su pensamiento antes que a él mismo. Y a la inversa, mientras tú ves lo que él tiene, que tú no tienes, te pospongas a él en tu pensamiento, y así sucede lo que está escrito: *considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo* (Flp 2,3). Para decir algo de lo mucho que se puede decir: a éste se le concede la virtud de una admirable abstinencia, y sin embargo no posee la palabra de la ciencia. A aquél se le da la palabra de la ciencia, y sin embargo intenta aprender, y no lo consigue, la virtud de la perfecta abstinencia. A éste se le otorga la libertad de su voz, para, empleando el consuelo de su defensa en favor de algunos oprimidos, hablar libremente en defensa de la justicia; y, sin embargo, poseyendo todavía muchos bienes en este mundo, pretende, y no lo consigue, abandonar todos los bienes. A aquél se le ha concedido ya dejar todos los bienes terrenos, de forma que no desea poseer nada en este mundo; pero, sin embargo, no es capaz de ejercer la autoridad de su voz contra los que pecan. Y quien mejor pudo hablar con libertad, porque ya no posee ni dónde recostarse en este mundo, rehúsa hablar con libertad contra otros, para no perder la propia tranquilidad de su vida. A éste se le concedió la virtud de la profecía, ve con anticipación ahora muchas de las cosas que van a suceder, y sin embargo, viviendo y compadeciéndose de la enfermedad del prójimo presente, no es capaz de curarle. A aquél se le otorgó la gracia de la curación y aleja con sus oraciones del cuerpo del prójimo el malestar que tiene en ese momento; y sin embargo desconoce qué le va a suceder a él mismo un poco

después. Dios omnipotente, con una admirable disposición, distribuye sus dones entre sus elegidos, de tal forma que a éste le concede lo que al otro le niega, y a uno le otorga más de lo que a otro menos: para que, cuando éste ve que aquél tiene lo que él no tiene, o piensa que éste ha recibido más de lo que piensa que él posee menos, admiren los hombres los dones de Dios uno en el otro, es decir, alternativamente, y fruto de esa admiración se humille uno delante del otro, y piense, ante quien ve que posee lo que él no posee, que ha sido preferido antes que él en el pensamiento divino. Los vivientes, pues, se golpean alternativamente con sus alas cuando las almas santas se contagian con las virtudes ajenas, y con el contacto se estimulan, y desean estimularse para adelantar. Se tocan, pues, con las alas, porque se estimulan alternativamente a progresar allí donde vuelan. Realiza Dios omnipotente en los corazones de los hombres lo mismo que obra en los pueblos de la tierra. Había podido dotar a cada una de las regiones de todos los frutos; pero si una región no necesitara de los frutos de otra región, no tendría comunicación con la otra; por eso sucede que a ésta le otorga vino y a otra abundancia de aceite; a ésta le concede abundar en gran cantidad de ganado, a aquélla en fecundidad de frutos: de manera que, cuando aquélla aporta lo que ésta no posee, y ésta concede lo que aquélla no produjo, por la comunicación de los dones, se unan entre sí al mismo tiempo también las tierras separadas. Como son las regiones de la tierra, así son las almas de los santos: que cuando se tocan entre sí alternativamente, hacen como las regiones que distribuyen a otras regiones sus frutos, de forma que todos se reúnan en una misma caridad. Pero en todo esto hay que saber que, así como los elegidos que consideran siempre en los otros lo que recibieron de Dios de mayor perfección, cuando, al preferir a los otros en su pensamiento más que a sí mismos, se inclinan ante ellos en humildad; así también el alma de los réprobos nunca considera qué posee el otro de mayor bondad que él; ni piensan qué bienes espirituales recibieron y a ellos les faltan, sino que las cosas buenas son de ellos, y las malas las poseen los otros. Y como Dios omnipotente distribuye las virtudes a cada uno para que uno se humille en su pensamiento ante otro, los réprobos traen a su consideración el bien que recibieron, para perderse por causa de él en la vanidad, al considerar siempre los bienes que ellos poseen, y los otros no poseen, y nunca se preocupan de examinar cuántos bienes tienen otros y ellos no tienen. Lo que dispone, pues, la piedad divina para incremento de la humildad, las almas réprobas lo convierten en aumento de vanidad. Y por la diversidad de dones se alejan de aquello en lo que debieron crecer en el bien de la humildad. Por eso, pues, es necesario, hermanos queridos, que debáis ver siempre en vosotros lo que tenéis de menos; en cambio, en los prójimos lo que recibieron en mayor medida que vosotros: para que, cuando les veáis por encima de vosotros mismos a causa del bien que éstos poseen y vosotros no tenéis, crezcáis vosotros por la humildad con objeto de conseguirlo también. Si, pues, vosotros consideráis en ellos los bienes que han recibido, y ellos reconocen en vosotros los bienes que poseéis, os tocáis alternativamente con las alas, de forma que, estimulados, voléis siempre hacia los bienes celestiales.

Llenos de ojos por dentro: dijo *dentro,* porque la luz del Evangelio está oculta para los malos, pues sólo los santos ven con los ojos de la fe, y porque los mismos santos protegidos por la humildad se reservan para la claridad futura. Por eso se describen los cuerpos de los vivientes llenos de ojos, porque la acción de los santos es prudente en toda situación, vigilando con anhelo sus bienes, evitando con cuidado los males. Y esto sucede más difícilmente cuando el alma de los santos vigila con ardor, para que no se le peguen sus ojos, y escondan los males bajo la apariencia de bienes. Cuidadosa es, pues, la vida de los santos, para no ser de tal manera libre, que sea soberbia; porque a

Las dos ruedas de los Testamentos

menudo la soberbia se excede en palabras, y busca aparecer como la libertad que da la integridad. Y que no sea humilde de tal manera que sea temerosa; porque algunas veces el temor apoca el ánimo, de forma que no se atreve a decir lo que es justo, pero sólo en el mismo pensamiento tímido disimula que es humildad. Y que no sea sobria de tal manera que sea avara; porque la mayoría de las veces la avaricia desea ser considerada como moderación, de forma que aparezca poseer lo justo y necesario de aquello que no quiere compartir con el prójimo necesitado. Ni sea misericordiosa de tal manera que derroche, porque algunas veces el derroche se juzga a sí mismo como misericordia. Una cosa es dar por piedad lo necesario a los prójimos, y otra derrochar lo que se posee sin intención de ganancia. Todo lo que realizamos, hay que considerar en la raíz de la intención qué mérito contiene ante el juicio del Creador. Como nos dice el Salvador: *si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso* (Mt 6,22). El ojo indica la intención, y el cuerpo la acción. Si nuestra intención delante de Dios es sana, en su juicio nuestra acción no será tenebrosa. Los cuerpos de los vivientes están llenos de ojos cuando se examinan con cuidado por todas partes. Estas predicaciones, aunque sean cuatro, en realidad son una, porque proceden de una sola boca: como el río en el Paraíso, siendo uno, está dividido en cuatro partes. Los vivientes poseen ojos dentro y fuera; es decir, la proclamación del Nuevo Testamento muestra una providencia especial, que escruta lo más secreto del corazón, ve lo que va a suceder, lo que está dentro y lo de fuera. Las seis alas son los testimonios de los libros del Antiguo Testamento. Por eso los veinticuatro suman una cifra idéntica a los ancianos sentados en los tronos. Pero así como el viviente no puede volar si no tiene alas, así la predicación del Nuevo Testamento no merece crédito si no posee los testimonios prenunciados del Antiguo Testamento, por medio de los cuales se despega de la tierra y vuela. Siempre que encontramos realizado después lo que había sido anunciado antes, esto hace a la fe indudable. Sin embargo, por el contrario, si los vivientes no están adheridos a sus alas, no poseen de dónde arrastrar a la vida. Si aquello que predijeron los Profetas no se hubiera cumplido en Cristo, vana sería su predicación. Esto sostiene la Iglesia católica, lo anunciado antes por los Profetas, y lo cumplido después en Cristo. El ser viviente vuela y con razón se despega de la tierra. Los herejes, sin embargo, que no utilizan el testimonio profético, tienen delante a los vivientes, pero no vuelan, porque son terrenos. Los judíos, que no aceptan la predicación del Nuevo Testamento, tienen alas, pero no están vivos, es decir, comunican una predicación vacía a los hombres, al no conformar sus acciones a sus palabras. Hay veinticuatro libros del Antiguo Testamento, que se aceptan: también encontrarás esto en los epítomes de Teodoro; pues también corresponde, como dijimos, a veinticuatro Padres y Apóstoles juzgar a su pueblo. A los Apóstoles, que preguntaban y decían: *Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué recibiremos entonces?* (Mt 19,27), respondió nuestro Señor: *cuando el Hijo del hombre se siente en su trono de gloria, os sentaréis también vosotros en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.* Y a los Padres que van a juzgar les dice el patriarca Jacob: *Dan juzgará a su pueblo entre sus hermanos, como cualquiera de las tribus de Israel* (Gén 49,16).

Del trono salen relámpagos y voces y truenos, y arden siete antorchas de fuego. Significa las predicaciones, las promesas de Dios y las amenazas: pues los relámpagos son señal de la venida del Señor; las voces son las predicaciones del Nuevo Testamento. Y los truenos son la trompeta que indica que son celestes las palabras de los predicadores. Las antorchas de fuego ardiente son el don del Espíritu Santo, que nos ha sido devuelto en el árbol de la Pasión. Y cada vez que hacían esto: *los veinticuatro ancianos,* dice, *se postraban y adoraban al Señor, cuando aquellos vivientes*

daban gloria y honor, es decir, la acción evangélica, esto es, del Señor, y la doctrina, al cumplirse la palabra profetizada antes por ellos. Con razón y justamente se alegran, al conocer que han estado al servicio de los misterios y de la palabra de Dios. En conclusión: porque había venido el que vence a la muerte y que solo él es digno de recibir la corona de la inmortalidad. Todos tenían para su gloria unas coronas de su mejor acción, *y arrojaron sus coronas delante de su trono,* es decir, ante la espléndida victoria de Cristo, todas las victorias las arrojaron a sus pies. Esto aconteció en el Evangelio, según enseña el Espíritu Santo, cuando salieron a su encuentro, unos echaban a su paso los vestidos, otros palmas y ramas de los árboles. Indicándonos a los dos pueblos: uno al de los Patriarcas y otro al de los Profetas, hombres grandes, que todas aquellas palmas de sus victorias que tenían sobre el pecado, las arrojaban a los pies de Cristo vencedor de los hombres. La palma y la corona es lo mismo, porque sólo se le da al vencedor. Así aquéllos, arrojando sus coronas, gritaban diciendo: *Eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo, por tu voluntad lo que existía fue creado.* Existía, dice, y fue creado. Existía según Dios, que posee todas las cosas antes de que sean hechas. Fueron creadas para que sean vistas por nosotros, como dice Moisés: *¿No es él tu Padre, el que te conoció, el que te hizo y el que te creó* (Dt 32,6). Te conoció en la presciencia, te hizo en Adán, y te creó de Adán.

Vi también en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. El libro que aquí se describe que está escrito por dentro y por fuera, es toda criatura del mundo, cuyo interior contempla Dios y cuyo exterior conoce; o rebasa exteriormente al mundo, limitado por el poder de su potencia, o le escruta interiormente por la clarividencia de su majestad. Se dice que está sellado con siete sellos, para dar a conocer la definición de la semana presente que es la duración del mundo. O también que el libro escrito son los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Y lo que dice *dentro y fuera,* fuera es lo que se ve en la lectura, la Ley antes de su venida; y dentro, cuando no se entiende, porque en la Ley está oculto el Evangelio; como dice Ezequiel: *una rueda dentro de otra rueda* (Ez 10,10), es decir, el Evangelio permanecía dentro de la Ley, pero oculto, como dice el salmista: *agua tenebrosa en las nubes del aire* (Sal 18,12), porque es oscuro el mensaje en los Profetas. Pero con la voz de Salomón que lo atestigua, decimos: *es gloria de los reyes ocultar una palabra, y gloria de Dios descubrir su sentido* (Prov 25,2). Porque es un honor para todos ellos, es decir, los reyes, ocultar sus secretos, y es gloria de Dios anunciar y hacer claros los misterios de su palabra. *Lo que os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz* (Mt 10,27), es decir, exponed claramente lo que escucháis en las oscuridades de las alegorías. Es de una gran utilidad la misma oscuridad del mensaje de Dios, porque ejercita la inteligencia, para que se amplíe con el esfuerzo, y agudizada capte aquello que no puede captar el ocioso. Tiene también un beneficio mayor, ya que la inteligencia de la Sagrada Escritura, que se degradaría si fuese clara para todos, en algunos pasajes oscuros alimenta el espíritu, que ha encontrado su sentido con tanta mayor dulzura cuanta mayor sea la fatiga del trabajo del espíritu que lo ha buscado.

Mirad lo que se dice ahora por la voz de Ezequiel: *miré entonces a los vivientes y vi que había una rueda en el suelo* (Ez 1,15). ¿Qué es la rueda sino el signo de la Santa Escritura que desde todos los puntos se dirige a las almas de los oyentes y no se desvía por ningún ángulo de error del camino de su predicación? Se dirige desde todos los puntos, porque camina recta y humildemente entre las cosas adversas y las prósperas. El círculo de sus preceptos está ya arriba, ya aba-

jo: porque las cosas que se dicen en sentido espiritual para los más perfectos, los más débiles lo entienden en sentido literal, y los doctos por medio de la inteligencia espiritual se adentran en lo más profundo. ¿Quién de los pequeños en la historia de Esaú y Jacob, que uno es enviado a cazar para lograr la bendición, y el otro, por engaño de la madre, es bendecido por el padre, no es alimentado por la historia del texto sagrado? Pues en esta historia, si se emplea el entendimiento con un poco de sutileza, verá que Jacob arrebató la bendición del primogénito, pero la recibió como debida a sí mismo, que la había comprado al padre que se la concedió con el precio de su ingenio. Pero si alguien, reflexionando más profundamente, quiere averiguar las acciones de ambos por medio de los secretos de la alegoría, en seguida desde la historia se eleva al misterio. ¿En qué consiste que Isaac desee comer de la caza de su hijo mayor, sino en que Dios omnipotente deseó una buena conducta del pueblo judío? Pero como tardaba, Rebeca puso en su lugar al menor, porque mientras el pueblo judío busca fuera las buenas obras, la madre de la gracia introdujo al pueblo gentil, que presentó al Padre omnipotente el alimento de la buena obra y recibió la bendición del hermano mayor. Presentó los manjares propios de los animales domésticos; porque el pueblo gentil, que no buscaba agradar a Dios con sacrificios externos, dice por la voz del profeta: *En mí, oh Dios, están los votos que te hice, te ofreceré la acción de gracias* (Sal 56,13). ¿Y qué es el que Jacob se cubriera con las pieles de cabrito las manos, los brazos y el cuello, sino que tenía costumbre de ofrecer un cabrito por el pecado, y el pueblo gentil aniquiló en sí mismo los pecados de la carne, pero no tuvo vergüenza de confesar que se había envuelto en los pecados carnales? ¿Qué significa vestirse con los vestidos de su hermano mayor, sino que se vistió en su buena conducta con los mandatos de la Sagrada Escritura que habían sido dados al pueblo mayor; y el menor usa en su casa de los preceptos que, saliendo fuera, deja el mayor en su interior? Porque el pueblo gentil posee en su alma aquellos preceptos que el pueblo judío no pudo retener, porque sólo hace caso de ellos en sentido literal. Y ¿qué significa el que Isaac desconozca la identidad del hijo a quien da su bendición, sino lo que el Señor dijo por el salmista del pueblo gentil: *El pueblo que no conocía me sirvió; son todo oídos, me obedecen?* (Sal 18,45). ¿Qué significa que no conozca al que está delante, y sin embargo vea lo que le va a suceder en el futuro, sino que Dios omnipotente, cuando por medio de sus profetas anunciaba a la gentilidad la gracia que iba a conceder, no conoció por la gracia en el presente al que entonces dejó en el error, y sin embargo previó que un día iba a adquirir esto por la gracia de la bendición? Por eso se le dice en la bendición a Jacob, que asume la figura del pueblo gentil: *mira el aroma de mi hijo, como el aroma de un campo que ha bendecido el Señor* (Gén 27,27). Como dice la Verdad en el Evangelio: *el campo es este mundo* (Mt 13,38). Y como el pueblo gentil, conducido a la fe, exhala virtudes en el mundo entero por medio de sus elegidos, el aroma del hijo es el aroma de un campo repleto. Pues la flor de la viña huele de una manera, porque grande es el poder y el conocimiento de los predicadores, que embriagan los espíritus de los oyentes. De otra manera huele la flor de olivo, porque suave es la obra de misericordia, que a la manera del aceite calienta y da luz. De otra manera la flor de la rosa, porque admirable es la fragancia que resplandece y da olor con el aroma de los mártires. De otra manera la flor del lirio, porque blanca es la carne de la incorrupta virginidad. De otra manera huele la flor de la violeta, porque grande es la virtud de los humildes, que ocupando por propia voluntad los últimos lugares, aunque no se elevan hacia lo alto por su humildad, sin embargo guardan en su alma la púrpura de la región celeste. De otra manera huele la espiga, cuando llega a su sazón, porque la perfección de las obras buenas se prepara

para formar compañía con aquellos que tienen hambre de la justicia. Como el pueblo gentil por medio de sus elegidos se difundió por todo el mundo, y por medio de sus virtudes que realiza el Omnipotente llena con el olor de la buena doctrina a todos los que entienden, dígase con razón: *mira el aroma de mi hijo, como el aroma de un campo repleto.* Pero como él no tiene sus virtudes por méritos propios, añádase: *a quien dio su bendición el Señor.* Y puesto que el mismo pueblo de los elegidos se eleva por medio de algunos a la contemplación, y por medio de otros se enriquece solamente con las obras de la vida activa, con razón se añade allí: *que Dios te dé el rocío del cielo y la grosura de la tierra.* El rocío cae de arriba y suavemente, y cuantas veces recibimos el rocío del cielo, otras tantas vemos tenuemente algo de lo celestial, por la efusión de la íntima contemplación: cuando realizamos también las obras buenas por medio del cuerpo, nos enriquecemos de la grosura de la tierra. ¿Qué significa que Esaú volviera más tarde a su padre, sino que el pueblo judío regresa tarde a agradar a Dios? También a éste se le dice en la bendición: *llegará el tiempo en que rompas el yugo de tu cuello* (Gén 27,40): porque al final el pueblo judío se verá libre de la servidumbre del demonio y del pecado. Según está escrito: *hasta que entre la totalidad de los gentiles y así todo Israel será salvo* (Rom 11,25).

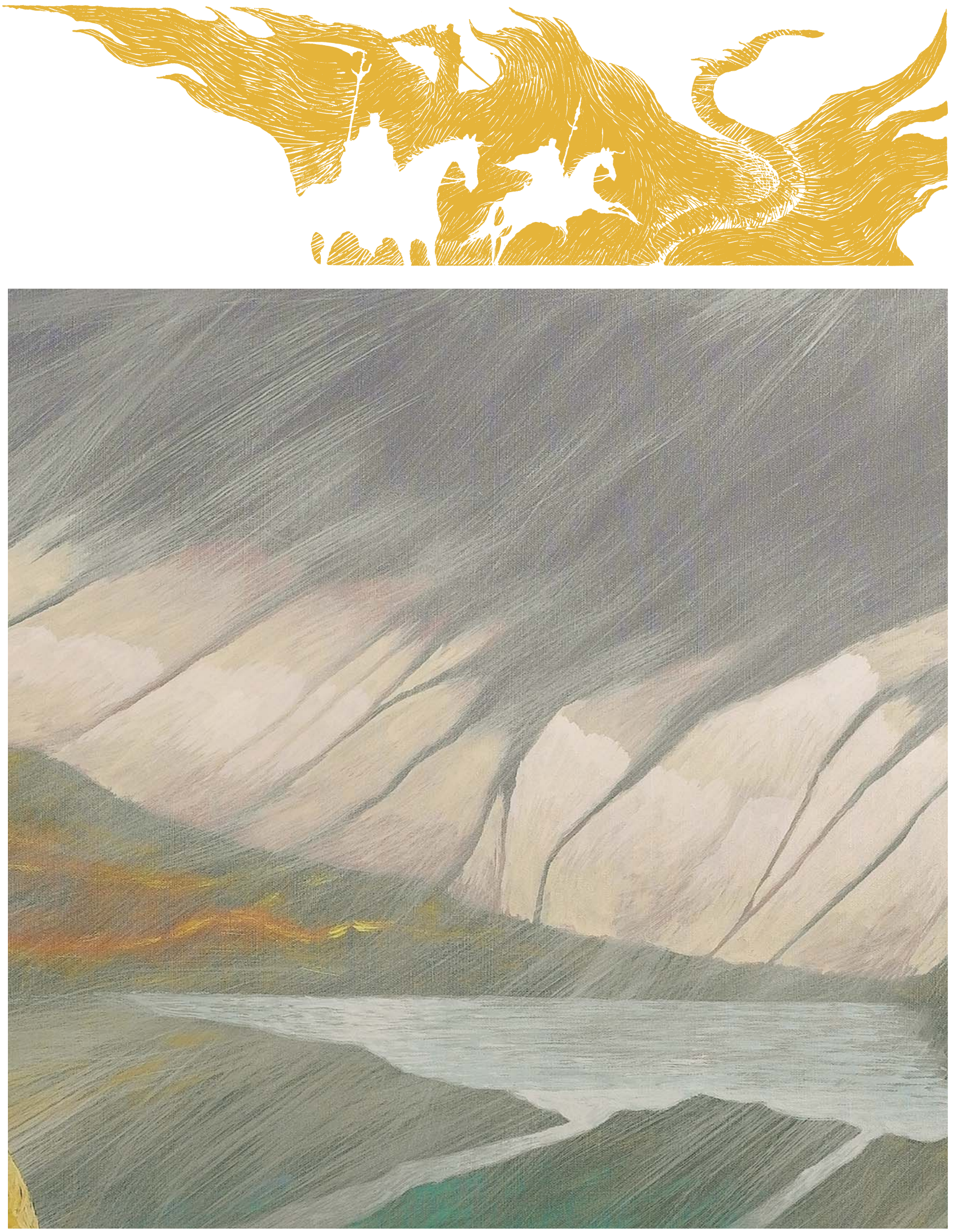
¿A quién de los pequeños no sirve de alimento el mismo relato evangélico del milagro realizado, cuando el Señor mandó llenar de agua las tinajas vacías, y al instante convirtió esta agua en vino? Pero cuando los más avispados lo oyen con agudeza, y, creyendo, respetan el relato sagrado, examinan qué indica en su interior. Pues quien pudo convertir el agua en vino, también pudo llenar al momento de vino las tinajas vacías. Pero manda llenarlas de agua, porque había que llenar nuestros corazones con el relato de esta misma sagrada lección; y cambia en nosotros el agua

Las tinajas de Caná

en vino cuando el mismo relato, por medio del misterio de la alegoría, se convierte en nosotros en inteligencia espiritual. La rueda medio se arrastra por la tierra, porque se adapta a los pequeños con su humilde verdad; y sin embargo, derramando bienes espirituales en los grandes, se eleva hacia lo alto como una circunferencia: y se levanta de nuevo allí donde poco antes parecía que tocaba el suelo. Y porque sirve de ejemplo en todas partes, la rueda discurre como por una circunferencia; por eso se escribió en el libro de la Ley: *harás un candelabro dúctil de oro purísimo; su pie, su caña, los vasos, los globitos y las flores formarán un cuerpo con él* (Ex 25,31). ¿De qué es signo el candelabro sino del Redentor del género humano? El cual infunde la luz de la divinidad en la naturaleza humana, para ser candelabro del mundo, porque en su luz vería todo pecador en qué tinieblas estaba sumido; y como él asumió nuestra naturaleza sin mancha, se manda hacer el candelabro del tabernáculo de oro purísimo. Se hace dúctil golpeándolo, porque nuestro Redentor, que por su concepción y nacimiento permaneció perfecto Dios y hombre, sufrió la pasión y el dolor, y así llegó a la gloria de la resurrección. Fue un candelabro dúctil de oro purísimo, porque no tuvo pecado, y sin embargo avanzó hacia la inmortalidad a través de los padecimientos de la pasión. Pues careció absolutamente de las virtudes del alma, en las que hubiera podido avanzar por medio de las persecuciones; en cambio, en sus miembros, que somos nosotros, avanza día a día por las persecuciones, porque cuando somos golpeados nosotros y conseguimos merecer ser miembros de él, él mismo avanza; se ha escrito de este cuerpo: *de la cual todo el cuerpo, por medio de junturas y ligamentos, recibe nutrición y cohesión para realizar su crecimiento en Dios* (Col 2,19). Todos nosotros somos su cuerpo: por las junturas y ligamentos se cohesiona el cuerpo, porque cuando el tórax está unido a la cabeza, y al tórax los brazos, y a los brazos las manos, y los dedos están unidos a las manos, y los restantes miembros están en cohesión con los miembros, se conforma todo el cuerpo. Así como los santos Apóstoles, que permanecieron cercanos a nuestro Redentor, son como el tórax que se unió a la cabeza. Los mártires que los siguieron, fueron como los brazos unidos al tórax. Y cuando a éstos se les unieron por sus buenas obras los pastores y los doctores, son las manos que se cohesionan con los brazos. Todo este cuerpo de nuestro Redentor día a día se une y se nutre en el cielo por medio de junturas y ligamentos: porque cuando son llevados allí los elegidos, se le unen sus miembros. Por eso se dice correctamente: *recibe nutrición y cohesión para realizar su crecimiento en Dios:* porque Dios omnipotente, nuestro Redentor, que en sí mismo no tiene en qué crecer, por medio de sus miembros día a día recibe todavía aumento. Por eso está escrito de nuevo: *hasta que lleguemos todos a él, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo* (Ef 4,13). El *astil* de ese candelabro debe entenderse que es la misma Iglesia, que es su cuerpo, que permanece libre entre tantas adversidades. Las *cañas* que salen del astil son los predicadores, que comunicaron al mundo un dulce sonido, es decir, un cántico nuevo. Los *vasos* se suelen llenar de vino. ¿Qué otra cosa son las mentes de los oyentes, sino vasos que por la predicación de los santos se llenan del vino de la sabiduría? Los *globitos,* ¿qué otra cosa son sino la fluidez de la predicación?, pues una esfera gira por todas partes, y la predicación que no puede acallarse por la adversidad, ni se vanagloria en la prosperidad, es como una esfera: porque es fuerte en la adversidad, humilde en la prosperidad y no tiene ángulo de temor ni de vanidad. En su curso no puede ser encadenada, porque discurre por todas las cosas con fluidez. Para seguir con lo que hemos aportado como ejemplo: se describen en el candelabro, después de las cañas, vasos y globitos, los lirios: porque después de la que hemos llamado la gracia y la fluidez de la predicación, sigue aquella flo-

reciente patria, que reverdece en las almas santas, es decir, con las flores eternas. Los globitos pertenecen al trabajo; los lirios, al premio. Así como en Moisés se entienden los globos como la doctrina de la predicación, así aquí por la rueda se entiende la misma Sagrada Escritura. El profeta, al ver a los santos vivientes, añadió: *miré entonces a los vivientes y vi que había una rueda en el suelo.* En este texto hay que preguntar, ya que las ruedas se describen interiormente: ¿por qué se dice que primero apareció una rueda, sino porque al pueblo antiguo sólo se le concedió el Antiguo Testamento, que para instruir su mente giraría como una rueda? Con razón, pues, se dice que apareció la misma rueda en la tierra, pues se le dijo al hombre pecador: *eres tierra y a la tierras volverás* (Gén 3,19). Apareció, pues, una rueda sobre la tierra, porque Dios omnipotente dio la ley sobre el corazón de los pecadores. Pero, puesto que estos vivientes con alas, como dijimos, designan a los santos evangelistas, ¿cómo se ven antes los vivientes y después una rueda, siendo así que antes fue el Antiguo Testamento y después le siguieron los santos evangelistas? En esto podemos entender que fueron vistos primero por el profeta aquellos que son superiores en mérito: pues en cuanto aventaja el santo Evangelio al Antiguo Testamento, en eso también debieron sus predicadores ponerlo delante en la descripción profética. Aunque hay otra cosa que debe considerarse en esta descripción: que el Espíritu de la profecía reúne dentro de sí al mismo tiempo lo anterior y lo posterior, de tal manera que la lengua del profeta no puede anunciar simultáneamente estas cosas, sino que las cosas complejas que ve, las anuncia en discursos separados: y bien anuncia lo último después de lo primero, o lo primero después de lo último. Por eso también el profeta Ezequiel, bajo la figura de la santa Iglesia universal, ve la gloria de los evangelistas por la semejanza de los cuatro vivientes, y sin embargo repentinamente añade aquello que sucedió en tiempos pasados, para indicarnos claramente que él veía al mismo tiempo lo que la lengua mortal no es capaz de decir al mismo tiempo. Y como hemos dicho ya que los cuatro vivientes son figura de los hombres perfectos, debemos considerar también que hubo algunos santos antes de la Ley que vivieron justamente según la ley natural y agradaron al Señor omnipotente. Después de los vivientes se describe la rueda, porque hubo muchos elegidos perfectos para el Señor omnipotente antes de la Ley. Pero si debemos considerar, como dijimos, a los vivientes como sólo a los evangelistas, hay otra cosa que debemos tener en consideración. Veía el santo profeta que estas mismas palabras, que pronunciaba envueltas en oscuridades, quedarían claras, no al pueblo judío, sino a los gentiles. Hablándonos a nosotros describió primero a los vivientes y después la rueda, porque al llegar noso-tros a la fe, por la gracia de Dios, no aprendimos el Evangelio por la Ley, sino la Ley por el Evangelio santo.

Añade dónde y cómo aparece la rueda cuando dice: *al lado de los vivientes que tienen cuatro caras* (Ez 1,15); y cuando más adelante expone: *el aspecto de las ruedas y su disposición, como una visión del mar; y tenían las cuatro la misma forma, y su aspecto y disposición como si una rueda estuviese dentro de la otra.* ¿Qué significa que hable de una sola rueda, y poco después añada *como una rueda dentro de otra rueda,* sino que en la letra del Antiguo Testamento estuvo oculto por medio de la alegoría el Nuevo Testamento? Por eso la rueda que apareció junto a los vivientes se describe que tiene cuatro caras: porque la Sagrada Escritura por medio de ambos Testamentos está dividida en cuatro partes. El Antiguo Testamento, en la Ley y los Profetas; y el Nuevo, en los Evangelios y en los hechos y dichos de los Apóstoles. Se sabe que donde dirigimos el rostro, vemos allí lo que es necesario. La rueda tiene cuatro caras, porque primero vio por la Ley los males que había que eliminar en los pueblos; después lo vio por los Profetas. De una forma más sutil por el Evangelio, y ya finalmente vio por medio de



los Apóstoles lo que había que eliminar de los pecados de los hombres. Puede también entenderse, el que la rueda tenga cuatro caras, por aquello de que la Sagrada Escritura, manifestada por la gracia de la predicación, se dio a conocer a las cuatro partes del mundo. Por eso también con razón se describe primero que la misma rueda, una sola, había aparecido al lado de los vivientes; y después, que tenían cuatro caras: porque si la Ley no está en consonancia con el Evangelio, no se daría a conocer en las cuatro partes del mundo.

Y sigue: *el aspecto de las ruedas y su disposición, como una visión del mar.* Con razón se dice que las Sagradas Escrituras son semejantes a la visión del mar, porque en ellas hay un gran volumen de sentencias y un cúmulo de sentidos. Y no sin razón se dice que la Sagrada Escritura es semejante a la visión del mar, porque se confirman en ella las afirmaciones de la palabra con el sacramento del bautismo. O ciertamente hay que considerar que navegamos en el mar con barcos cuando nos dirigimos a los países deseados. Y ¿cuál es nuestro deseo, sino aquella tierra, de la que está escrito: *mi porción en la tierra de los vivos*? (Sal 142,6). Como he dicho, el que atraviesa el mar es transportado por un madero, y sabemos que la Sagrada Escritura nos prenuncia por la Ley el árbol de la cruz, cuando dice: *maldito todo el que es colgado de un árbol* (Dt 21,23). Esto lo atestigua Pablo de nuestro Redentor, al decir: *se hizo por nosotros maldito* (Gál 3,13). También es anunciado el árbol por el profeta, cuando dice: *reinará el Señor desde el madero* (Sal 96,10). Y en otra ocasión: *metamos madera en su pan* (Jer 11,19).

Por medio del Evangelio, claramente se nos muestra el árbol de la cruz, donde por medio de los Profetas se anuncia la misma pasión del Señor. Esta misma cruz se manifiesta en las palabras y las obras por medio de los Apóstoles, cuando Pablo dice: *el mundo es para mí un crucificado, y yo un crucificado para el mundo* (Gál 6,14). Y de nuevo: *en cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.* Para nosotros, que caminamos hacia la patria eterna, la Sagrada Escritura por medio de las cuatro caras es el mar, que anuncia la cruz que nos lleva por medio del madero a la tierra de los vivientes. Si el profeta no viera a la Sagrada Escritura semejante al mar, no habría dicho: *la tierra está llena de la gloria y el conocimiento del Señor, como cubren las aguas el mar* (Is 11,9). Y sigue: *la misma forma y su aspecto y la disposición de las cuatro, como si una rueda estuviese dentro de la otra.* La misma forma de ellas es cuatro: porque lo que predica la Ley, también lo hacen los Profetas; lo que denuncian los Profetas, esto mismo lo hace patente el Evangelio; y lo que manifestó el Evangelio, eso es lo que predicaron los Apóstoles por el mundo. Es la misma la forma de las cuatro, porque las palabras divinas, aunque distintas en el tiempo, sin embargo están unidas en el sentido. *Y su aspecto y disposición, como una rueda dentro de la otra.* La rueda dentro de la rueda es el Nuevo Testamento, como dijimos, dentro del Antiguo Testamento. Esto lo hizo patente el Nuevo Testamento. Para decir unos pocos ejemplos de entre muchos: ¿Qué significa que Eva es creada de Adán mientras éste dormía, sino que la Iglesia tiene su origen en la muerte de Cristo? ¿Qué significa que Isaac es conducido al sacrificio, y lleva unos leños, es colocado sobre el altar, y vive, sino que nuestro Redentor, cuando es conducido a su pasión, llevó él mismo su madero de la cruz, y murió por nosotros en el sacrificio de su humanidad de tal manera que permaneció inmortal por su divinidad? ¿Qué significa que el homicida absuelto después de la muerte del sumo sacerdote (Núm 35,25) volvió a su propia ciudad, sino que el género humano, que pecando se dio muerte a sí mismo, después de la muerte del verdadero sacerdote, es decir, de nuestro Redentor, es desatado de las cadenas de sus pecados y es restablecido en la posesión del Paraíso? ¿Qué signi-

fica que se mande hacer en el Tabernáculo un Propiciatorio (Éx 25,19), sobre el cual se colocarán dos querubines, el primero en un extremo y el segundo en el otro, de oro purísimo, con las alas extendidas, y cubriendo el oráculo, uno frente al otro con las caras vueltas hacia el Propiciatorio, sino que ambos Testamentos concuerdan entre sí en el mediador entre Dios y los hombres, de tal manera que de lo que uno es signo, el otro lo manifiesta? ¿Qué se indica en el Propiciatorio, sino al mismo Redentor del género humano? De él se dice por medio de Pablo: *a quien Dios exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre por medio de la fe* (Rom 3,25). ¿Qué se significa por medio de los dos querubines, que son llamados la plenitud de la ciencia, sino los dos Testamentos, de los cuales uno está en un extremo del Propiciatorio y el otro en el otro extremo? Porque lo que el Antiguo Testamento por medio de profecías empezó a prometer acerca de la encarnación de nuestro Redentor, el Nuevo Testamento lo describe perfectamente cumplido. Los dos querubines fueron hechos de oro purísimo, porque ambos Testamentos están escritos con la sencilla y pura verdad. Extienden sus alas y cubren el oráculo, porque nosotros, que somos el oráculo de Dios omnipotente, somos cubiertos de las culpas que nos amenazan gracias a la protección de la Sagrada Escritura; pues cuando observamos con cuidado sus enseñanzas, sus alas nos protegen del error de la ignorancia. Los dos querubines están uno frente al otro con las caras vueltas hacia el Propiciatorio, porque ambos Testamentos en nada discrepan entre sí; y uno y otro parece que se miran entre sí, porque lo que uno promete, el otro lo manifiesta, y cuando ven situado entre ambos al mediador de Dios y los hombres, volverían los querubines su rostro uno del otro, si lo que prometiera un Testamento, el otro lo negara. Pero como manifiestan su acuerdo acerca del mediador entre Dios y los hombres, están situados en el Propiciatorio de forma que uno y otro se miren entre sí. Hay una rueda dentro de otra rueda, porque dentro del Antiguo Testamento está el Nuevo Testamento: y como hemos dicho ya muchas veces, lo que el Antiguo Testamento prometió, lo manifestó el Nuevo; y lo que aquél anuncia veladamente, éste lo proclama claramente manifestado. El Antiguo Testamento es la profecía del Nuevo Testamento, y el Nuevo Testamento es la explicación del Antiguo Testamento.

Sigue: *avanzaba en las cuatro direcciones, y no se volvía* (Ez 1,17). ¿A qué otro lugar van las palabras divinas sino al corazón de los hombres? Pero avanzaban caminando en las cuatro direcciones, porque la Sagrada Escritura se dirige por la Ley al corazón de los hombres, señalando el misterio. Avanza por los Profetas anunciando de una forma un poco más clara al Señor. Camina por el Evangelio, mostrando a aquel a quien anunció; avanza por los Apóstoles, predicando al que envió el Padre para nuestra redención. Tienen, pues, las ruedas caras y caminos, porque las palabras divinas dan noticia de los preceptos con manifestación de obras; pero avanzan en las cuatro direcciones, porque, como hemos dicho antes, hablan en tiempos distintos: o porque ciertamente anuncian al Señor encarnado en todas las regiones del mundo. Y se añade inmediatamente acerca de las ruedas de forma clara: *y no se volvían al caminar*. Esto se dijo antes de los vivientes; pero no puede entenderse lo mismo lo de las ruedas que lo de los vivientes. Hemos dicho que las ruedas son figura de los Testamentos: y el Antiguo Testamento avanzó cuando por medio de la predicación llegó a las almas de los hombres; pero retrocedió porque no pudo conservarse hasta el fin según la letra en sus preceptos y sacrificios. Pues no permaneció sin cambio al faltarle el sentido espiritual. Pues cuando nuestro Redentor vino al mundo, hizo que se entendiera de forma espiritual lo que encontró que se afirmaba de forma carnal. Así que, cuando su letra se interpreta en sentido espiritual, cobra vida en él toda aquella presentación material. En cambio, el Nuevo

El lago del Paraíso

Testamento incluso en las páginas del Antiguo Testamento es llamado Testamento eterno, porque su sentido nunca cambia. Por eso se dice rectamente *que las ruedas avanzaban al caminar, y no se volvían en su camino:* porque el Nuevo Testamento no se anula cuando el Antiguo es comprendido ya en sentido espiritual; no vuelven sobre sus pasos, ya que permanecen inmutables hasta el fin del mundo. Avanzan y no retroceden, porque llegan espiritualmente a nuestro corazón de tal manera que sus preceptos o conocimiento no cambian ya más.

Sigue: *tenían también las ruedas estabilidad, altura y un aspecto horrible* (Ez 1,18). ¿Qué significa que se diga que las palabras de la Sagrada Escritura contienen estas tres que menciona que tiene: estabilidad, altura y aspecto horrible, es decir, terrible? Debemos preguntarnos con gran cuidado qué significa la estabilidad de la divina Escritura, y la altura, y el aspecto horrible. Debemos saber que la estabilidad corresponde a la vida del que obra bien. Por eso dice Pablo: *el que permanece en pie, tenga cuidado no caiga* (1 Cor 10,12); y también dice a sus discípulos: *permaneced así en el Señor, queridos* (Flp 4,1). Y el profeta, que se veía a sí mismo con su vida y sus costumbres delante del Señor, dice: *vive el Señor, en cuya presencia permanezco* (1 Re 17,1). La altura es la promesa del reino eterno, hacia el que se avanza, cuando ya está sometida toda la corrupción de la vida mortal. El aspecto horrible es el temor del infierno que atormenta sin fin a los réprobos y los mantiene siempre en el tormento. La estabilidad consiste, pues, en la rectitud en cumplir los preceptos; la altura, en lo elevado de la promesa eterna; el aspecto horrible, en las amenazas y terrores del suplicio subsiguiente. La Sagrada Escritura tiene, pues, estabilidad porque dirige las costumbres para permanecer en pie, de manera que las almas de los oyentes no se dobleguen en la dirección de la concupiscencia terrena; tiene altura porque promete los gozos de la vida eterna en la patria celestial; tiene tam-

bién un aspecto horrible porque amenaza a todos los réprobos con los suplicios del infierno. Muestra su estabilidad en la edificación de las costumbres; muestra su altura en la promesa de los premios; muestra el aspecto horrible en los terrores de los castigos. Es recta en sus preceptos, alta en sus promesas, horrible en sus amenazas. Tiene estabilidad cuando dice: *desistid de hacer el mal; aprended a hacer el bien; buscad lo justo; dad sus derechos al oprimido, haced justicia al huérfano, abogad por la viuda* (Is 1,17). Y en otra ocasión: *parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y sin hogar recibe en tu casa. Cuando veas a un desnudo, cúbrele y no te apartes de tu semejante* (Is 58,7). Tiene altura cuando se dice por medio del mismo profeta: *no será por ti ya nunca más el sol luz del día, ni el resplandor de la luna te alumbrará de noche, sino que tendrás al Señor por luz eterna y a tu Dios por tu gloria* (Is 60,19). Tiene el aspecto horrible cuando dice describiendo el infierno: *es día de venganza para el Señor, año de desquite del juicio de Sión. Se convertirán sus torrentes en pez, su polvo en azufre, y se hará su tierra pez ardiente. Ni de día ni de noche se apagará* (Is 34,8). El beato Job también lo describe diciendo: *tierra de tinieblas y cubierta por la oscuridad de la muerte. Tierra de miseria y tinieblas, donde habita la sombra de la muerte, y ningún orden, sino un horror eterno* (Job 10,21). Tiene estabilidad cuando el Señor por medio de ella se muestra benévolo, al decir: *así como los cielos nuevos y la tierra nueva que yo hago permanecen en mi presencia —oráculo del Señor—, así permanecerá vuestra raza y vuestro nombre* (Is 66,22). Permanecen verdaderamente en su presencia aquellos que no malgastan su vida en la maldad. Tiene altura cuando inmediatamente añade: *de mes en mes y de sábado en sábado vendrá toda carne a postrarse delante de mí —oráculo del Señor—.* ¿Qué es el mes sino la perfección de los días?, y ¿qué es el sábado sino el descanso, en el que no está permitido realizar trabajos serviles? De mes en mes, porque los que

Isaac en el monte Moria

aquí viven perfectamente, allí son conducidos a la perfección de la gloria. Y de sábado en sábado, porque quienes aquí abandonan su mala conducta, descansan allí en la retribución celestial. Tiene un aspecto horrible cuando añade a continuación: *y en saliendo, verán los cadáveres de aquellos que se rebelaron contra mí; su gusano no morirá y su fuego no se apagará.* ¿Qué se puede decir o pensar más horrible que recibir las heridas de la condenación y que no acaben nunca los dolores de las heridas? Acerca de este horrible aspecto de las ruedas, con razón se dice por medio de Sofonías, cuando se señala que el día del juicio viene sobre las almas endurecidas: *cercano está el gran día del Señor, cercano, a toda prisa viene. Amargo el ruido del día del Señor, dará gritos entonces el fuerte. Día de ira el día aquel, día de angustia y aprieto, día de devastación y desolación, día de tinieblas y oscuridad, día de nublado y densa niebla, día de trompeta y de clamor* (Sof 1,14). Como hemos expuesto las características de la rueda exterior, resta ahora que también debamos ofrecer la estabilidad, la altura y el aspecto horrible de la rueda interior. Tiene la rueda interior su estabilidad cuando, por medio del santo Evangelio, nos prohíbe inclinarnos a los deseos terrenos, al decir con las palabras de nuestro Redentor: *guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida* (Lc 21,34). Tiene altura cuando promete en relación con el mismo Salvador, diciendo: *A los que creyeron en él, les dio poder de hacerse hijos de Dios* (Jn 1,12). ¿Qué se puede decir que sea más alto que este poder? ¿Qué más sublime que esta altura, en la que el ser creado se hace hijo del Creador? Tiene un aspecto horrible cuando al hablar de los réprobos dice: *irán al suplicio eterno* (Mt 25,46). Tiene estabilidad cuando la verdad aconseja a los discípulos y les dice: *vended vuestras posesiones y dad limosna. Haceos bolsas que no se deterioran* (Lc 12,33). Tiene la altura de la promesa cuando dice: *vendrán de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos* (Mt 8,12). Tiene un aspecto horrible cuando añade: *mientras que los hijos del reino serán echados a las tinieblas de fuera: allí será el llanto y el rechinar de dientes* (Mt 8,12). A estos mismos la voz de la verdad les dice de nuevo: *vosotros moriréis en vuestros pecados* (Jn 8,24). Tiene estabilidad cuando con las palabras del primer pastor se dice: *poned el mayor empeño en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, al conocimiento la piedad, a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad* (2 Pe 1,5). Tiene altura cuando un poco después dice: *pues así se os dará amplia entrada en el Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.* Y en otra ocasión hace una promesa a los buenos pastores diciéndoles: *y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis la corona de la gloria que no se marchita* (1 Pe 5,4). Tiene un aspecto horrible cuando dice: *el día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán. Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del día del Señor, en el que los cielos en llamas se disolverán, y los elementos abrasados se fundirán?* (2 Pe 3,10). Tiene estabilidad por medio de Pablo, que nos eleva de los deseos terrenos, al decir: *mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y codicia, que es una idolatría* (Col 3,5). Tiene altura cuando promete, al decir: *vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él* (Col 2,4). Tiene aspecto horrible cuando amenaza diciendo: *cuando el Señor se revele desde el cielo con sus poderosos ángeles, en medio de una llama de fuego, y tome venganza de los que no conocen a Dios, y de los que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús. Estos sufrirán la pena de una ruina*

eterna alejados de la presencia del Señor y de la gloria de su poder (2 Tes 1,78). Tiene estabilidad cuando nos advierte diciendo: *mirad que nadie devuelva a otro mal por mal; antes bien, procurad siempre el bien mutuo y el de todos* (1 Tes 5,15). Tiene altura cuando promete diciendo: *si hemos muerto con él, también viviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él* (2 Tim 2,1). Y en otra ocasión: *no son comparables los sufrimientos de este mundo con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros* (Rom 8,18). Tiene aspecto horrible cuando amenaza diciendo: *la terrible espera del juicio y la furia del fuego pronto a devorar a los rebeldes* (Heb 10,27). El mismo a continuación dice: *¡es tremendo caer en manos de Dios vivo!* Todo esto lo resume también en una breve frase, al decir: *¡que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad!* (Ef 3,18). Ancha es ciertamente la caridad, porque incluye el amor de los enemigos, y por la misma caridad con la que nos ama ampliamente el Creador, también nos soporta con longanimidad. Debemos, pues, nosotros manifestar al prójimo aquello que vemos nos manifiesta a nosotros indignos nuestro Creador. La anchura y la longitud pertenecen a la estabilidad, porque ensancha por el amor las costumbres, de forma que la caridad soporte con longanimidad los males del prójimo. La altura es la recompensa de los premios eternos. De su inmensidad se dice: *ni el ojo vio ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó lo que Dios preparó para los que le aman* (1 Cor 2,9). Tiene, pues, una altura sublime, porque ningún pensamiento es ahora capaz de escudriñar los gozos eternos de los santos. Profunda es también aquella inimaginable condena de los suplicios, que sumerge en los abismos a los que la reciben, para quienes la Sagrada Escritura tiene un aspecto terrible, porque infunde en los oyentes un terror increíble, cuando anuncia los suplicios del infierno. Con razón, pues, se dice que *las ruedas tenían estabilidad, altura y aspecto horrible,* porque la Sagrada Escritura en ambos Testamentos es recta en su consejo, alta en su promesa y terrible en sus amenazas. Todas las demás cosas, tanto interiores como exteriores, permanecieron ocultas porque, envueltas, se ocultaban unas a otras. Y ambas cosas jamás habrían podido ser conocidas por la Ley si no hubiesen sido reveladas por Cristo, según dice: *sellado con siete sellos,* es decir, cerrado con toda la plenitud de los misterios.

Y vi a un ángel poderoso que proclamaba con fuerte voz: ¿quién es digno de abrir el libro y soltar sus sellos? Este ángel poderoso, que dice que proclamaba preguntando quién era digno de abrir el libro o de soltar los sellos, debemos sostener que es el coro de todas las Escrituras, o de los Santos Padres, que conmovidos ante el asombro divino, contemplando con los ojos de la fe la disposición de los tiempos presentes, o el orden de todas las cosas, cosas que han sido selladas por mandato de Dios, comprenden y preconizan que su autor es el Señor de la majestad, y por eso dicen: ¿quién es digno de entender todo esto y abrir los secretos del Señor, secretos que distribuyó en los días de la semana de este mundo con admirable firmeza, creó con una orden, determinó en su plan y realizó con su poder? Sin embargo, Cristo abrió claramente este libro, cuando, habiendo caminado hacia la realización del designio paterno, nació y padeció. Mirad, el libro está abierto. Abre, pues, entonces las profecías de ambos libros de manera que cumple en sí mismo todo aquello que había sido vaticinado acerca de él por los Patriarcas y Profetas, y así sube a la cruz, cumpliendo la profecía hasta el fin. Luego continúa y muestra los mismos siete sellos; de forma que lo que hizo el mismo Cristo, que es la cabeza, eso mismo indica que debía hacer su cuerpo, que es la Iglesia. Y los siete sellos, que son rotos por Cristo, es decir, que han sido anunciados por todo el mundo, son éstos: el primero su encarnación, el segundo su nacimiento, el tercero su pasión, el cuarto su muerte, el quinto su re-

El monte Calvario

surrección, el sexto su gloria, el séptimo su reino. Estos siete sellos la Iglesia los tiene abiertos, y estos sellos son los actos de la Iglesia desde su pasión hasta la venida del Señor, como había prometido, al decir: *ven y te mostraré lo que conviene hacer después de esto. Pero nadie era capaz, ni en el cielo, ni en la tierra, ni bajo tierra, de abrir el libro ni de leerlo.* De todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra y en los abismos, es decir, ni el justo, ni el que vive, ni el sepultado, pudo abrir el libro ni verlo, es decir, contemplar el esplendor de la gracia del Nuevo Testamento, que es el Evangelio. De la misma manera que los hijos de Israel no pudieron contemplar la cara como velada de Moisés, esto es, de la Ley del Antiguo Testamento, que contiene dentro de sí el Nuevo Testamento. *Y yo,* dice, *lloraba mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro ni de verlo.* Consciente de su fragilidad y humanidad lloraba este Santo, porque preveía que en la Iglesia nadie era tan digno que pudiera comprender claramente todas estas cosas, ni penetrar en ellas por la reflexión. Sin embargo, ahora llora la Iglesia pesarosa, e implora apesadumbrada su redención. *Pero uno de los ancianos me dijo: no llores, mira que ha triunfado el león de la tribu de Judá, el retoño de David; él podrá abrir el libro y sus sellos.* En uno de los ancianos representó a todo el cuerpo de los Profetas. Los Profetas consolaban a la Iglesia, anunciando por medio de las Escrituras a Cristo de la tribu de Judá, al retoño de David, que cumpliría la voluntad de Dios y redimiría a la Iglesia. No es un obstáculo que le fueran mostradas a Juan que es figura de toda la Iglesia, después de la pasión de Cristo, lo que sucedió antes de la pasión. Pues todo el que cree rectamente en Cristo, ve también el pasado ya realizado, las cosas nuevas que todavía han de suceder, que ante Dios ya han sucedido: y así conocerás por medio de las Escrituras lo último lo primero, y lo primero lo último. Todas estas cosas permanecían ocultas en Cristo, porque nosotros no podíamos lograr la salvación sino por medio de Cristo, según está escrito: *Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos salvos por él de la cólera!* (Rom 5,8).

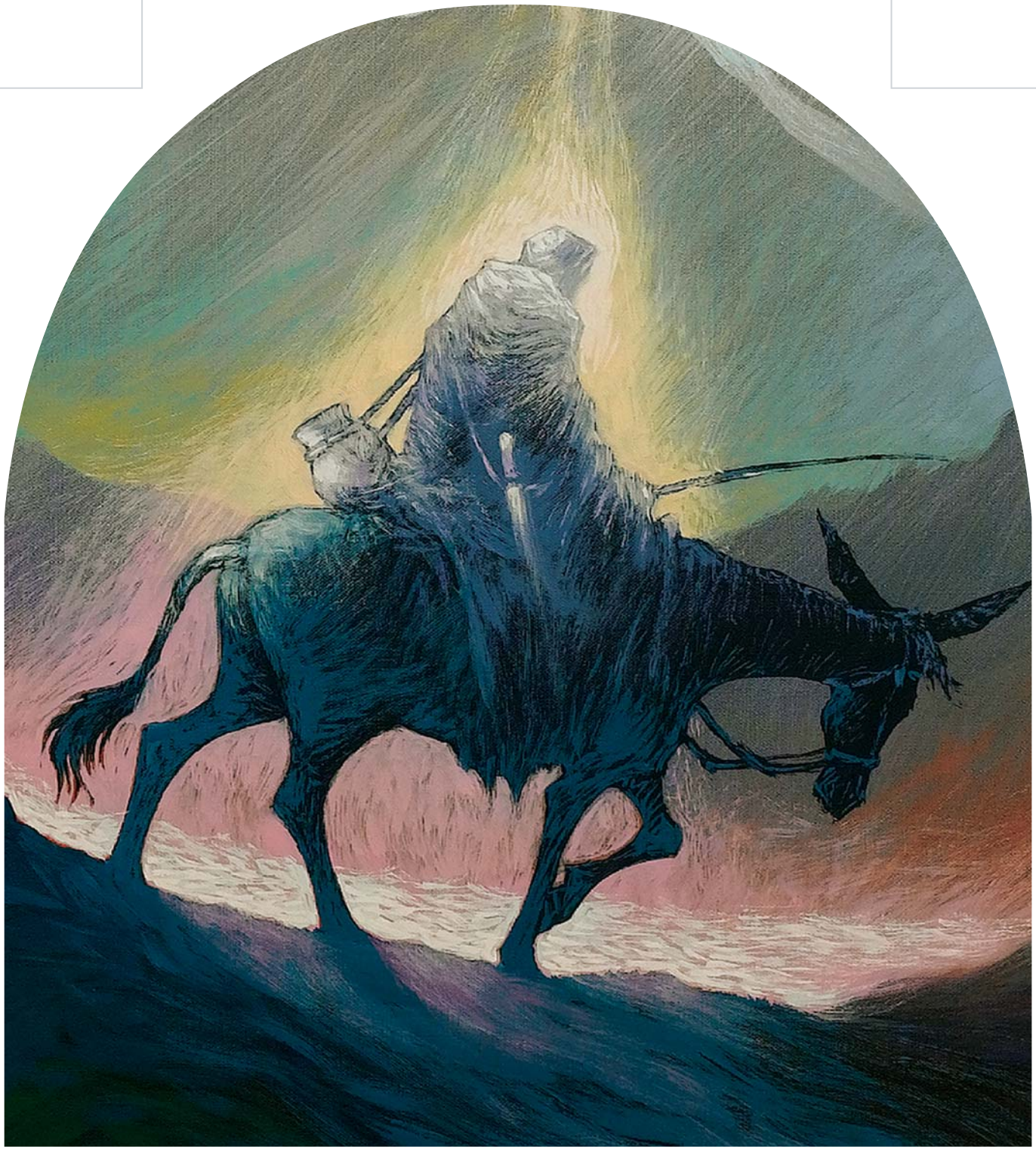
Continúa y describe cómo y dónde ha vencido o vence el león de la tribu de Judá: por eso refiere el pasado cuando promete el futuro, porque de una forma sutil el Espíritu oculta el género en la especie, y muestra el futuro con los hechos pasados. De la misma manera que Jacob manifestó en su bendición a los hijos que estaban presentes lo que les iba a suceder en el futuro. *Entonces vi de pie en medio del trono y de los cuatro vivientes y de los ancianos un cordero como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados a toda la tierra.* Claramente se refirió aquí a nuestro Señor Jesucristo, de quien dijo que no estaba muerto, sino como degollado por la pasión y muerte sufridas. Y dice que le vio

en medio del trono, es decir, en el poder y la grandeza de su divinidad. Y *de los cuatro vivientes,* lo que se entiende en el orden cuatripartito de los Evangelios. Y *en medio de los ancianos,* es decir, de la Ley, y designa los coros de los Profetas o de los Apóstoles. Atestigua que vio allí al cordero, no matado, sino como degollado, es decir, que venció a la muerte y superó la pasión. Pero como hemos dicho que la Iglesia son los Patriarcas, los Profetas y los Apóstoles, y que la Iglesia es el cuerpo de la suprema cabeza, Cristo: unas veces en las Escrituras estos miembros, junto con la cabeza, son llamados el cordero; otras veces, de forma especial, Cristo; y otras, de forma general, toda la Iglesia. Y lo que en otro tiempo padeció la cabeza, lo padece ahora en la Iglesia por medio de sus miembros, porque se revistió de su Iglesia, que en él está como degollada. Y día a día la Iglesia es degollada por Cristo, para que viva con él para siempre. Que nadie piense que sólo los Apóstoles o los mártires murieron por Cristo y que ya se ha terminado el martirio y que no hay perseguidores en la Iglesia. Hubo en un tiempo mártires y perseguidores; y ahora hay mártires y perseguidores. Hay dos clases de mártires: una abiertamente por la espada, otra oculta por la penitencia. Y éstos son los hijos de los Apóstoles, porque fueron engendrados en su mismo espíritu. Sus perseguidores son los hijos de aquellos que mataron a los Apóstoles, porque fueron engendrados en el mismo espíritu, y matan a Cristo en su familia, y el cordero que permanece en pie en medio de los ancianos, por medio de su cabeza, es también degollado hasta el fin del mundo en sus miembros. De éstos dice el Apóstol que crucifican por su parte de forma espiritual a Cristo (Heb 6,6). Como esto no era algo manifiesto, lo aclara diciendo: *¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó, ante cuyos ojos fue crucificado Cristo?* (Gál 3,1). Por culpa de éstos sufrirá la Iglesia hasta el fin lo que padeció desde el principio. Es necesario, pues, que el Hijo del hombre suba a Jerusalén siempre y *sufra mucho a manos de los ancianos, los príncipes de los sacerdotes, los escribas, y ser crucificado y que resucite a los tres días* (Mc 8,31). A los que llama príncipes, son los gobernantes de este mundo o los sacerdotes, que no quieren vivir rectamente en su Iglesia. Está escrito acerca de éstos: *el mayor servirá al menor* (Gén 25,23): esto es, el ignorante servirá al prudente; porque cuando el santo soporta agravios del Príncipe, se dice que sirve al menor. Atestigua que este cordero es siempre degollado y que se manifiesta por medio de su pasión. *Tiene,* dice, *siete cuernos y siete ojos.* En los cuernos está la fortaleza y el poder de Cristo. Con el número siete se describe la duración del mundo, que gobierna con mano poderosa, y del que es Señor omnipotente. Los siete ojos indican los siete espíritus, es decir, significa que el Espíritu Santo, glorioso por los siete grados de sus dones, permanece en nuestro Señor Jesucristo. Como está escrito: *Jesús lleno del Espíritu Santo* (Lc 4,1). Distribuye a su Iglesia, por medio de los carismas de las gracias, los dones de este espíritu: pues no hay en toda la tierra quien pueda poseer el espíritu de Dios, excepto la Iglesia.

Se acercó y tomó el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Debemos considerar con atención y exponer quién se dice que tomó el libro. Es verdaderamente el Cordero, esto es, el hombre asumido, que por nuestra salvación se dignó entregarse voluntariamente a la muerte, éste es el que toma el libro, esto es, el poder de las obras de Dios: *de la derecha del que está sentado en el trono;* todo lo recibe de Dios Padre, como él mismo dice: *todo lo del Padre es mío* (Jn 16,15). Toma este libro cuando, resucitando de entre los muertos, mostró e hizo patente al mundo el misterio de la Trinidad, escondido desde la eternidad. Y les dio el poder de la gloria, diciendo: *Como me envió el Padre así os envío yo* (Jn 20,21). Y que lleva a cabo en ellos lo que dona, lo dice así: *he aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28,20).

Y cuando lo tomó, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero: es decir, delante de Jesucristo, que está sentado a la derecha de Dios junto con el mismo Cordero. El trono y los vivientes y los ancianos, todos ellos son el Cordero. Estos se postran delante del Cordero, que es Cristo encarnado, que murió y resucitó. Siguiendo sus huellas se dice que se postran humillados en la penitencia. *Tenía cada uno una cítara,* que son los corazones que cantan las alabanzas. Y *copas de oro:* estas copas son los vasos que hay en una casa lujosa, los vasos son las almas de los santos. *Llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos; y cantaban un cántico nuevo.* La predicación conjunta del Antiguo Testamento y del Nuevo, nos da a conocer al pueblo cristiano que canta un cántico nuevo, es decir, que proclama públicamente su fe. Nuevo es que el Hijo de Dios se hizo hombre. Nuevo es que subió con su cuerpo al cielo. Nuevo es que concede a todos el perdón de los pecados. Nuevo es confirmar a los hombres con el Espíritu Santo. Nuevo es recibir el sacerdocio del culto sagrado y esperar el Reino de la promesa infinita. La cítara, cuerda tensa en una madera, es figura de la carne de Cristo unida al árbol de la pasión, o también los corazones de los santos fieles que cantan las alabanzas. Las copas de oro son figura de la profesión de fe y del linaje del nuevo sacerdocio. Con el canto de multitud de ángeles se anuncia la salvación para los hombres, y la voz de *multitud de ángeles,* más bien de todos, es la aclamación y el testimonio de toda la creación que manifiesta el agradecimiento a nuestro Señor por la liberación de los hombres de la desgracia de la muerte. Estas copas de oro son los mismos vasos de una casa lujosa, que cantan un cántico nuevo, diciendo: *eres digno, Señor, de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre nos compraste para Dios hombres de toda tribu, pueblo, lengua, nación. Y has hecho de nosotros para nuestro Dios un Reino de sacerdotes y reinaremos sobre la tierra.* Indica que los vivientes y los ancianos son la Iglesia, cuando dicen *nos has redimido con tu sangre* indica en qué cielo están estos vivientes y ancianos, cuando dicen que *has hecho de nosotros un reino de sacerdotes y reinaremos sobre la tierra;* señala además que la Iglesia toma el libro en Cristo cuando los redimidos de todo pueblo y tribu y raza y lengua no dicen *eres digno y tomaste,* sino *digno eres de tomar:* pues la que tomó en Cristo todo poder en el cielo y la tierra al resucitar, esa misma lo tomó hasta el fin resucitando por el bautismo y permaneciendo siempre unida a Cristo. Y el Señor llevó a su perfección en ella lo que inició: y es coronado en la que él corona. Nada sucede, de lo que hizo o posee, sin su cuerpo.

Y vi y oí la voz de una multitud de ángeles alrededor del trono, de los vivientes y de los ancianos. Nos muestra qué es el trono, los vivientes y los ancianos en medio de los cuales oyó una voz. Estos ángeles son los santos: si son llamados hijos de Dios, ¿por qué no van a ser llamados también ángeles? *Su número era miríadas de miríadas y millares de millares.* Miríadas en griego significa miles de miles, es decir, innumerables, que decían con fuerte voz: *digno es el cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza: y toda criatura del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar y todo lo que hay en ellos.* ¿Dijeron acaso del Señor: es digno el cordero degollado de recibir las riquezas, la sabiduría, siendo así que él es el tesoro de todo y la sabiduría de Dios? Más bien afirma este poder de su cuerpo, de la Iglesia. Pero como la Iglesia es su cuerpo, lo refiere a la cabeza, al decir: y toda criatura que hay en el cielo y en la tierra. Aunque ni es duro que esto lo haya recibido la Iglesia, lo recibió con el que resucitó. Si no es duro tener miembros lo que tiene cabeza, tampoco puede considerarse injusto aquello que dice la Iglesia, que ella es digna de toda criatura: porque aunque cada uno de los miembros



El patriarca Abraham

con piadosa humildad se considera a sí mismo indigno en este mundo, sin embargo decimos que todo el cuerpo es partícipe de su cabeza, según está escrito: *con él nos dio graciosamente todas las cosas* (Rom 8,32) *Oí,* dice, *que todos respondían: al que está sentado en el trono,*, es decir, al Padre y al Hijo y al Cordero que es la Iglesia: *alabanza, honor, gloria y sabiduría por los siglos de los siglos. Y los cuatro vivientes decían: Amén. Y los ancianos se postraron para adorar.* La Iglesia ciertamente dice Amén. Los mismos vivientes son los ancianos, que, después de haber manifestado su testimonio diciendo Amén, adoran a la Iglesia descrita, y proclaman su misión, y sus acciones desde el comienzo hasta el fin. La apertura de los sellos, como dijimos...

TERMINA EL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

COMIENZA EL LIBRO CUARTO. ACERCA DE LOS SIETE SELLOS

Seguía mirando, cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos. Oí al primero de los cuatro vivientes que decía con voz como de trueno: ven y mira. Y había un caballo blanco; el que lo montaba tenía un arco; se le dio una corona y salió como vencedor para seguir venciendo. Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: ven y mira. Entonces salió otro caballo, rojo; al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande. Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer viviente que decía: ven y ve. Y había un caballo negro; el que lo montaba tenía en la mano una balanza. Y oí como una voz en medio de los cuatro vivientes que decía: un litro de trigo por un denario, tres litros de cebada por un denario. Pero no causes daño al aceite y al vino. Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que decía: ven y mira. Y había un caballo pálido; el que lo montaba se llamaba muerte y el infierno le seguía. Se les dio poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con la espada, con el hambre, con la muerte y con las bestias de la tierra. (Ap 6, 1-8)

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DEL LIBRO CUARTO. ACERCA DEL CABALLO BLANCO

Abierto el primer sello, dice que vio un caballo blanco, y un jinete que tenía en su mano un arco y una corona: esto sucedió lo primero; pues después de subir el Señor al cielo y de desvelar todas las cosas, envió al Espíritu Santo, con cuya palabra los predicadores, como flechas que persiguen el corazón humano, abatieron la incredulidad. La corona sobre la cabeza ha sido prometida por el Espíritu Santo a los predicadores. Por eso dice que uno de los vivientes había dicho, porque los cuatro son uno solo: *ven y mira; ven* se dice al invitado a la fe; *mira* se le dice al que no veía. El caballo blanco es, por tanto, la palabra de la predicación enviada al mundo junto con el Espíritu Santo. Pues dice el Señor: *se predicará este Evangelio por todo el mundo, como testimonio para todos los pueblos, y entonces vendrá el fin* (Mt 24,14). *Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: ven y mira. Y salió otro caballo, rojo, y al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz, para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande.* El caballo rojo y el que lo montaba, que tenía una espada grande, son figura de las guerras futuras. Como leemos en el Evangelio: *se levantará gente contra gente, y reino contra reino, y habrá grandes terremotos* (Lc 21,10). Lo que dice gente contra gente, quiere decir que se levantará pueblo contra pueblo. Y reino contra reino, es decir, Iglesia contra Iglesia: porque aquellos que so pretexto de religión se fingen Iglesia, luchan siempre contra la Iglesia. Montan éstos un caballo rojo: se lanzan contra la Iglesia, que ha vencido y que vence en un caballo blanco, y luchan contra ella. Porque son descritos junto con aquellos que de una forma abierta derraman sangre inocente. Así en conjunto están incluidos en un caballo rojo, en una figura que en un solo cuerpo recibe el nombre de caballo rojo. Este caballo es considerado el pueblo siniestro manchado de sangre por su jinete el diablo. Aunque también el profeta Zacarías dice que el caballo del Señor es rojo (Zac 1,8); continúa y describe en esta figura a todo el cuerpo de los mártires; sin embargo, éste es rojo de su propia sangre, aquél de la ajena, ya que se le ha dado una espada grande para quitar la paz de la tierra. Eliminará real-

mente su paz, porque tiene su esperanza en la tierra; en cambio, la Iglesia tiene la paz eterna que le dejó Cristo, cuando dice: *mi paz os doy, mi paz os dejo: no como la da el mundo os doy yo la paz* (Jn 14,27). Llama espada en general a todas las formas de muerte; no sólo a un manifiesto asesinato, sino que también uno mata a otro espiritualmente por medio de un ejemplo de muerte. *Pues por el pecado vino la muerte* (Rom 5,12), a aquellos que mata en la muerte, o a los que mata en vida. Y se mata mutuamente de muchas maneras la tierra del diablo, es decir, su cuerpo, cuando uno incita al otro a los pecados mortales. *Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer viviente que decía: ven y mira. Y había un caballo negro; el que lo montaba tenía en la mano una balanza. Y oí como una voz en medio de los cuatro vivientes que decía: un litro de trigo por un denario, tres litros de cebada por un denario, pero no causes daño al aceite y al vino.* El caballo negro indica el hambre espiritual dentro de la Iglesia, y que por culpa de los malos prelados no se ofrece la palabra de la predicación a los pequeños. Como está escrito: *los pequeñuelos pidieron pan y no había quien se lo repartiera* (Lam 4,4). Y como el Señor tiene a su Iglesia extendida por todo el mundo, para dárselo siempre a conocer, dice: *habrá hambre en diversos lugares* (Lc 21,11). Propiamente lo dicho se alarga hasta el tiempo del Anticristo, cuando sobrevendrá una gran hambre y cuando todos sufrirán daño. La balanza en la mano es el peso del juicio: en el que mostrará los méritos de cada uno, es decir, la simulación de justicia, cuando enseña por fuera lo que no tiene por dentro, pues dice: *no causes daño al aceite y al vino.* Cuando en medio de los vivientes se oye decir *no causes daño,* se manifiesta allí que dentro de la Iglesia existe fingimiento de santidad que daña espiritualmente a la Iglesia, porque conduce a su secta a las almas débiles; sin embargo, le dice *no causes daño,* como si dijera, no castigues con plagas al hombre espiritual. Describe el misterio de la maldad y *los espíritus del mal que están en las alturas* (Ef 6,12), a los que no se les permite, ni en sí mismos por otros, ni en otros que los veneran, poder profanar la virtud de los sacramentos. El aceite y el vino hacen referencia a la unción y a la sangre del Señor: aquel en quien esté no podrá recibir daño. En el trigo y la cebada se refirió a la Iglesia, en los grandes o en los pequeños, es decir, en los obispos y en los pueblos. Pero no es menos un litro que tres. El litro es una medida, y tres litros son tres medidas: porque en la unidad está la perfección y lo mismo en la Trinidad. Así dice el Señor que en tres medidas de harina, es decir, en tres modios, está escondida la levadura (Mt 13,33). Y si esto no hiciera referencia a un misterio, no debería haber dicho que la escondió. Y no la llamaría, por boca de otro evangelista, medida de harina. Enseña que de un poco de levadura, es decir, de doctrina, llena a todo el pueblo del sagrado número, que es la Trinidad. Y el precio enseña que lo mismo es el trigo que la cebada. Pues si hay pequeños y grandes, que por mérito uno aventaja al otro en santidad, ambos han sido comprados por un denario, es decir, por un precio perfecto. Y aunque la gracia se conoce por el espíritu del don, sin embargo, el precio hace iguales los méritos. Enseña que forman un solo cuerpo los grandes y los pequeños, es decir, los obispos y los pueblos. También están representados los Apóstoles en la cebada, porque los trozos sobrantes del milagro de Cristo (Mt 14,20) llenaron doce canastos, que son el cuerpo de los prelados, es decir, de los Apóstoles y de todos los obispos, que han sido citados en el número de los Apóstoles; y después de los prepósitos, siete cestos, que son el cuerpo de la Iglesia septiforme. Ambos son números santos, y ambos indican un número perfecto. Pues los canastos y los cestos llenos de los trozos sobrantes muestran los restos de la obra de Cristo, es decir, la Iglesia del último tiempo, que de ninguna manera puede disminuir ni en los obispos, ni en los fieles, como, según San Juan, mandó el Señor que no se perdiera nada de lo que había sobrado (Jn 6,12). Si algún calumniador dice en contra de esto: y si según su poder, en lugar de

ser pan de cebada, hubiera sido de trigo, ¿era suficiente para los restos que habían sobrado siete cestos? Pero a nosotros nos es más útil que la curiosidad ajena, que una y otra materia están ahora recogidas en la Iglesia: de manera que así como en la cebada manifiesta a los doce Apóstoles, así también en el trigo a los septiformes pueblos: en todas partes el número siete es la plenitud de aquello de lo que se trata. Como se ha dicho en figura de la Iglesia bajo el perseguidor israelita: *me reservaré siete mil hombres, los que no doblaron las rodillas ante Baal* (1 Re 19,18).

En el cuarto caballo describe la falsedad y la hipocresía manifiestas. *Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que decía: ven y mira. Y había un caballo pálido; el que lo montaba se llamaba muerte, y el infierno le seguía. Se le dio poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con la espada, con el hambre, con la muerte y con las bestias de la tierra.* Hay dos bandos en el mundo, el pueblo de Dios y el pueblo del diablo. Pero el pueblo del diablo a su vez está dividido en dos grupos, a saber: en cristianos y en paganos. Estos dos grupos luchan contra uno, contra la Iglesia. Por eso la Iglesia es llamada una tercera parte, y los falsos hermanos dentro de la Iglesia, otra tercera parte, y los paganos fuera de la Iglesia es la otra tercera. Esto lo expondremos más claramente a continuación. Porque antes de que se manifieste por doquier el hombre de pecado, y se manifieste públicamente el hijo de la perdición, el Anticristo, ya en parte se ha manifestado dentro de la Iglesia en estos tres grupos: Y donde se veían tres grupos, ahora ha aparecido en la Iglesia el cuarto grupo, a saber: la Iglesia, la gentilidad, el cisma y los falsos hermanos. Pues la Iglesia no aleja de sí a todo el que es malo, sino sólo a algunos abiertamente malos, para enseñar al mundo el tipo de la última persecución. A los demás, hipócritas y cismáticos, los tolera pacientemente: aunque espiritualmente están fuera, sin embargo parecen trabajar dentro. Conviene que existan esos tales en la Iglesia, para que se

El candelabro de los siete brazos

manifiesten los de probada virtud (1 Cor 11,19). En aquellas regiones en las que sólo se ven dos bandos, la Iglesia y la gentilidad, en unas hay tres bandos, y entre nosotros cuatro. Para que podamos resolver el nudo de la cuestión sobre esto, emplead el oído del corazón. Pues parece que hay dos pueblos en el mundo, los bautizados y los paganos, y que ambos grupos disienten entre sí en la fe; y uno parece fuera y el otro dentro. Por eso este grupo que parece estar dentro se llama la Iglesia universal. En esta Iglesia universal, que parece que es una, nuestros mayores dijeron que había tres grupos, además de aquel grupo que ya hemos lanzado fuera. De estos tres grupos, que parece que están dentro, uno es de Dios, y los otros dos del diablo. Del diablo son el cisma y los falsos hermanos. Y la Iglesia es la que es el grupo de Dios. Estos dos grupos parece que están dentro, pero están fuera. Aunque hay cisma en algunas provincias, sin embargo es en una ciudad o no mucho más. No hablamos de éstos, que han ocupado y manchado los lugares santos por todas las provincias, y que lo sufre abiertamente la Iglesia. Ni contamos los restantes grupos herejes de la Iglesia, o los diversos géneros de tontería o las pequeñas o grandes herejías, sino sólo el cisma y los falsos hermanos. Ya hemos dicho arriba que cisma se llama así por la escisión de las almas. Cree y vive con los demás santos; pero vive según su plan y desea siempre separarse de la Iglesia en su proyecto. Sin embargo, los falsos hermanos son llamados hipócritas, pues no destruyen claramente la Iglesia, sino que parece que son santos, pero no son santos. No porque no destruya abiertamente a la Iglesia, no será la hipocresía del grupo del diablo, siendo así que dice el Apóstol: todo el poder del diablo contra los santos es espiritual y consiste en maldades espirituales (Ef 6,12). Y el Señor por el mismo motivo nos advierte con claridad en el Evangelio: *Se levantarán,* dice, *falsos cristos y falsos profetas y obrarán grandes signos y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos. ¡Mirad que os lo he predicho!* (Mt 24,24). Se le concedió poder contra esta cuarta parte al diablo que montaba el caballo pálido, que es el pueblo muerto, para matar con la espada, con el hambre, con la muerte y con las bestias de la tierra. La espada se refiere claramente a la muerte sangrienta. El hambre y la muerte son hambre y muerte espirituales dentro de la Iglesia, porque hizo perecer allí a algunos de esta cuarta parte que murieron sin celebración religiosa. Los restantes de la Iglesia, que se lamentan cautivos entre ellos, esperan la purgación total de su vida prometida por Daniel, para ser purificados por el fuego como el oro. Las *bestias* se refiere a todos los hombres malos. Ya está dentro de la Iglesia esta cuarta parte; y por estas bestias entendemos a todos los demás que bajo nombre de cristiandad son considerados mundanos: porque no hemos sido entregados sólo a los poderes ordenados por Dios, sino también a todos los que caminan haciendo el mal. Como oraba el profeta: *no entregues a las bestias las almas que te dan gracias* (Sal 74,19). Estos cuatro grupos están en tres caballos. Por eso las figuras representadas en las pinturas muestran a estas bestias en todos los males. Estos tres caballos son uno solo, que salieron de donde salió el blanco y luchan contra el blanco, y tiene como único jinete al diablo, que es *la muerte,* así como el Señor fue llamado *la vida.* Dijo en general que se le había dado a éste una gran espada, y describe la figura de su jinete o espada en dos, a saber: en el negro, que tiene una balanza y hiere por medio de un sutil fingimiento, que son las obras de las tinieblas; en el otro, por medio de una manifiesta hipocresía, es decir, falsedad, que es la abominación de la desolación, y que mata con la espada, con el hambre y con las bestias de la tierra. Aunque en África, donde conocemos que se realizan estas cosas del cuarto, no sucede para que se manifiesten los hipócritas, que ya fueron reconocidos cuando eran considerados con la Iglesia; sino que lo que sucede en África es para el mundo un ejemplo de la futura manifestación del Anticristo, que ahora bajo la balanza, es decir, bajo la religión, realiza las citadas obras de iniquidad con fuerza de armas. Pues la hipocresía es algo sutil y con dificultad es reco-

nocida por los sabios: pues no puede hablarse de hipocresía del que ha salido fuera. A éstos los sigue el infierno, que los aguarda después del final de su obra. Que estos jinetes son el diablo y los suyos, lo manifiesta el sexto sello, cuando dice que los caballos se reúnen para la última batalla. Y el profeta Joel dice del mismo pueblo: *aspecto de corceles es su aspecto, como caballos así perseguirán: como estrépito de carros por las cimas* (Jl 2,4). Este caballo del Señor que es la Iglesia, el profeta Habacuc declara que son muchos, y dice que mediante ellos se hace presente en el mundo la ira y la salvación de Dios, y que teniendo por jinete al Señor se turba la misma multitud de las aguas, según dice: *¿Contra los ríos arde tu cólera, Señor; contra el mar tu furor, para que montes en tus caballos, en tus carros de victoria? Tú estiras tu arco sobre los cetros, y surcas el mar con tus caballos, alborotando las aguas inmensas* (Hab 3,15). Eso mismo también había prometido el Señor en la figura del caballo pálido: que entre las demás desgracias iban a sobrevenir grandes pestes y mortandades espirituales. Cuando dice *y el infierno le seguía,* es decir, espera devorar muchas almas impías. Este es el caballo pálido. En el quinto sello presenta las almas de los degollados, tanto en la cuarta parte como en todo el mundo, que piden venganza según Dios. Y de este modo manifiesta que lo piden para los últimos tiempos, cuando dicen: *¿Hasta cuándo vas a estar sin hacer justicia?* Y que falta poco tiempo, cuando se les ordenó *que esperasen todavía un poco.* Pues después del quinto presenta la última batalla en el sexto.

TERMINA LA EXPLICACIÓN DE LOS CUATRO CABALLOS

COMIENZA LA HISTORIA DE LAS ALMAS DE LOS DEGOLLADOS EN EL LIBRO CUARTO

(Ap 6, 9-11) *Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar de Dios las almas de los degollados a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús, que mantuvieron. Se pusieron a gritar con fuerte voz: ¿Hasta cuándo, Señor santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra? Entonces se le dio a cada uno una estola blanca, y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser muertos como ellos.*

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO CUARTO

Cuando abrió, dice, *el quinto sello, vi debajo del altar de Dios las almas de los degollados a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús, que mantuvieron. Se pusieron a gritar con fuerte voz,* etc. Dice que vio las almas de los degollados debajo del altar, es decir, bajo tierra. Pues el altar es llamado el cielo y la tierra, como dice la Ley considerándolo según el sentido figurado de la verdad: porque hicieron dos altares de oro y bronce en el interior y al exterior. Pero nosotros conocemos que el altar (de oro) es llamado así (cielo) por el testimonio que nos ofrece nuestro Señor. Pues dice: *cuando presentas tu ofrenda ante el altar* —y ciertamente nuestras ofrendas son las oraciones que presentamos— *y te recuerdas allí que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar* (Mt 5, 23): verdaderamente al cielo suben las oraciones. Así como el cielo se entiende que es el altar de oro, que era interior (pues los sacerdotes, que habían recibido el crisma, entraban una sola vez al año al altar de oro, dándonos a entender el Espíritu Santo, que Cristo iba a realizarlo una sola vez), así también el altar de bronce significa la tierra, debajo de la cual está el infierno, alejada de castigos y fuegos, región y descanso de los santos: en la que los justos son vistos y oídos por los impíos, pero no pueden ser llevados allí. El que todo lo ve quiso que supiéramos que solamente ésos, esto es, las almas de los degollados, esperan la venganza de su sangre, es decir, de su cuerpo, sobre los habitantes de la tierra. Pero co-

mo en los últimos tiempos tendrá lugar el premio de los santos y la condenación de los impíos, se les dijo: esperad, y para consuelo de su cuerpo *se les dio a cada uno una estola blanca, y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser muertos como ellos.* Debemos examinar con ingenio qué significa que Dios hable a las almas, o las almas de los santos a Dios, o que los ángeles hablen a Dios o Dios a los ángeles, o que Dios hable al diablo, cuando le dice: *¿de dónde vienes?* (Job 1,7), o que el diablo le responda a Dios, diciéndole: *he recorrido la tierra.* Debemos comentar sobre el significado de esta forma de hablar. Pues ni Dios, que es el supremo e ilimitado espíritu, ni satanás, que por naturaleza no tiene cuerpo, atraen a la manera humana con el fuelle del vientre el soplo del aire, de modo que se vuelva palabra por medio del órgano de la garganta. Pero cuando una naturaleza incomprensible habla a una naturaleza invisible, merece que nuestra mente, superando la forma de la expresión corporal, se eleve a los sublimes y desconocidos modos del hablar interno. Pues nosotros, para expresar externamente lo que sentimos, lo exteriorizamos por el órgano de la garganta y por el sonido de la voz. Ciertamente, para los ojos ajenos permanecemos en el secreto de nuestra mente, como tras la pared del cuerpo. Y cuando deseamos darnos a conocer, salimos como por la puerta de la lengua, para manifestarnos al exterior tal cual somos. Pero la naturaleza espiritual no es así, porque no está doblemente compuesta de cuerpo y alma. Pero también debemos saber que, cuando habla la misma naturaleza incorpórea, su forma de hablar no es una sola ni de la misma cualidad. Dios habla de una manera a los ángeles, de otra manera los ángeles a Dios, de otra manera Dios a las almas de los santos, de otra las almas de los santos a Dios, de una manera Dios al diablo, de otra el diablo a Dios. Pues como la naturaleza espiritual no tiene el obstáculo de la interposición del cuerpo, Dios habla a los ángeles santos de la misma manera con que manifiesta a sus corazones sus ocultos secretos, para que vean en la misma contemplación qué deben hacer y sean los mismos gozos de la contemplación como ciertos mandatos de su voz. Se les dice como a oyentes lo que les inspira como a contemplativos. Cuando Dios infundió en sus corazones el castigo de la venganza contra la soberbia de los hombres, dice: *venid, pues, bajemos y, una vez allí, confundamos su lenguaje* (Gén 11,7). Se les dice a los que están unidos a él: *venid,* porque el no decrecer jamás en la contemplación divina es estar creciendo siempre en la contemplación divina, y no alejarse jamás con el corazón es acercarse siempre como con un movimiento permanente. Y a éstos les dice: *bajemos y confundamos su lenguaje.* Suben los ángeles porque ven al Creador; bajan los ángeles cuando reprimen con una condena rigurosa a la criatura que se vanagloria en lo que es ilícito. El hablar de Dios es, pues, *bajemos y confundamos su lenguaje,* mostrarles en sí mismo lo que hay que hacer rectamente; e inspirar a sus almas con inspiraciones ocultas por la fuerza de la visión interna los castigos que han de realizar. De otra manera hablan los ángeles a Dios, como dicen en este Apocalipsis de Juan: *es digno el Cordero que ha sido degollado de recibir el poder, la sabiduría y la divinidad* (Ap 5,12). Pues la voz de los ángeles es la misma admiración de la íntima contemplación en la alabanza del Creador. Fruto de haberse admirado de los prodigios del poder divino es el haber hablado: porque, excitado el afecto del corazón con el acto de adorar, es grande el clamor de la voz a los oídos del espíritu sin límites. Esta voz se expresa por medio de diferentes palabras, porque se forma por medio de innumerables modos de admiración. Por tanto, Dios habla a los ángeles cuando les manifiesta visible su íntima voluntad. Y los ángeles hablan a Dios cuando, por aquello que contemplan que es superior a ellos mismos, se levantan en un movimiento de admiración. De una manera habla Dios a las almas de los santos, y de otra las almas de los santos a Dios. Por eso se dice de nuevo en el Apocalip-

sis de Juan: *vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús, que mantuvieron. Se pusieron a gritar con fuerte voz, diciendo: ¿hasta cuándo, Señor santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra?* Y se añade allí a continuación: *se le dio a cada uno una estola blanca, y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos.* ¿Qué significa que las almas expresen la petición de venganza, sino su deseo del día del juicio final y de la resurrección de los cuerpos muertos? Su gran clamor es su gran deseo. Tanto menos clama uno cuanto menos desea. Y tanta mayor voz pronuncia ante los oídos del espíritu ilimitado cuanto más plenamente se dilata en su deseo. Pues las palabras de las almas son sus deseos. Si los deseos no fuesen palabras, no diría el profeta: *tu oído oyó el deseo de sus corazones* (Sal 9,17). Pero si el alma que pide suele moverse de una manera, y de otra la que recibe la súplica, y las almas de los santos están de tal manera unidas a Dios en el regazo del íntimo secreto que descansan en esta unión, ¿cómo se dice que piden las almas que es claro que no discrepan jamás de su voluntad íntima? ¿Cómo se dice que piden las almas que es seguro que no ignoran la voluntad de Dios y lo que va a suceder? Sin embargo, adheridas a él, se dice que le piden algo, no porque deseen algo que esté en desacuerdo con la voluntad de aquel a quien contemplan, sino que, por estar unidas más ardientemente en su alma, por eso mismo también reciben de él que le pidan lo que conocieron que él quería hacer. Beben, pues, de él lo que están sedientos de él, y de un modo para nosotros todavía incomprensible, de lo que al pedirlo tienen hambre, se sacian por su conocimiento anticipado. Estarían en desacuerdo con la voluntad del Creador si esperaran aquello que veían que él no deseaba, y estarían menos unidas a él si llamaran con un deseo perezoso al que quiere dárselo. A éstos les dice la respuesta divina: *descansad todavía un poco, hasta que se complete el número de los santos y de vuestros hermanos.* Decir a las almas anhelantes: *descansad todavía un poco,* es recibir el descanso del consuelo por el conocimiento anticipado los que están ansiosos con el ardor del deseo: de manera que la voz de las almas es lo que desean con amor, y la palabra de Dios que responde, lo que las afianza en medio de los deseos por la certeza de la retribución. Su respuesta es que deben esperar al conjunto de sus hermanos, introducir en sus almas con agrado la demora del tiempo de espera, de manera que cuando apetecen la resurrección de la carne también se congratulen por el aumento de los hermanos que se van a reunir. De una manera habla Dios al diablo, de otra el diablo a Dios. El hablar de Dios al diablo es recriminarle sus caminos y actividades al haber observado una actuación oculta, según le dice: *¿de dónde vienes?* La respuesta del diablo es no poder ocultar nada a su omnipotente majestad; por eso le dice: *de recorrer la tierra y pasearme por ella.* Su forma de ha-

El ejército blanco

blar es saber qué hizo y no poder ocultar a los ojos de Dios todas sus acciones. Debemos, pues, saber que, como podemos aprender de este texto, Dios habla al diablo de cuatro modos; y el diablo a Dios de tres modos. Dios habla al diablo de cuatro modos, porque recrimina sus injusticias y le contrapone la justicia de sus elegidos, según dice: *¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay nadie como él en toda la tierra?* Le concede el permiso de poner a prueba su inocencia, según dice: *ahí tienes todos sus bienes en tus manos.* Y también le prohíbe una prueba, cuando dice: *cuida sólo de no poner tu mano sobre él.* Y de tres maneras habla el diablo a Dios, cuando le comunica sus caminos, cuando acusa la inocencia de los elegidos con crímenes falsos o pide permiso para poner a prueba esta inocencia. Comunica sus caminos cuando dice: *he recorrido la tierra y me he paseado por ella.* Acusa la inocencia de los elegidos cuando dice: *¿Es que Job teme a Dios de balde? ¿No has levantado tú una valla en torno a él, a su casa y a todas sus posesiones?* Pide permiso para poner a prueba esta inocencia cuando dice: *extiende tu mano y toca todos sus bienes, verás si no te maldice a la cara.* Mas el hablar de Dios es: *¿de dónde vienes?,* como hemos dicho ya antes, e increpar con la fuerza de su justicia los caminos de su malicia. El hablar de Dios es: *¿no te has fijado en mi siervo Job, que no hay nadie como él en la tierra?,* justificando a sus elegidos hacerlos tales, que pueda tenerles claramente envidia el ángel apóstata. El hablar de Dios es: *ahí tienes todos sus bienes en tus manos:* para probar a los fieles desatar contra ellos con su secreta fuerza el ataque de la malicia. El hablar de Dios es: *cuida sólo de no poner tu mano sobre él,* y, dándole permiso, limitar el ímpetu de una desmesurada tentación. El hablar del diablo es: *he recorrido la tierra y me he paseado por ella:* no poder ocultar a sus ojos invisibles la celeridad de su malicia. El hablar del diablo es: *¿es que Job teme a Dios de balde?:* lamentarse contra los buenos en los escondrijos de sus pensamientos, y envidiar sus progresos, y por envidia buscar resquicios de reprobación. El hablar del diablo es: *extiende un poco tu mano y toca todos sus bienes,* para aflicción de los buenos, sofocarlos con los ardores de la malicia. Porque por envidia desea su tentación, por eso como rogando pide que se les ponga a prueba. Y una vez que hemos dicho de una forma sucinta las maneras interiores de hablar, volvamos al orden de la exposición un poco interrumpido.

La batalla

COMIENZA LA HISTORIA DEL SEXTO SELLO EN EL LIBRO CUARTO

(Ap 6, 12-17) *Seguía mirando cuando abrió el sexto sello, y se produjo un violento terremoto: el sol se puso negro como un paño de crin, y la luna toda como sangre, y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como la higuera suelta sus higos aún verdes al ser sacudida por un viento fuerte. El cielo fue retirado como un libro que se enrolla, y todos los montes y sus islas fue-*

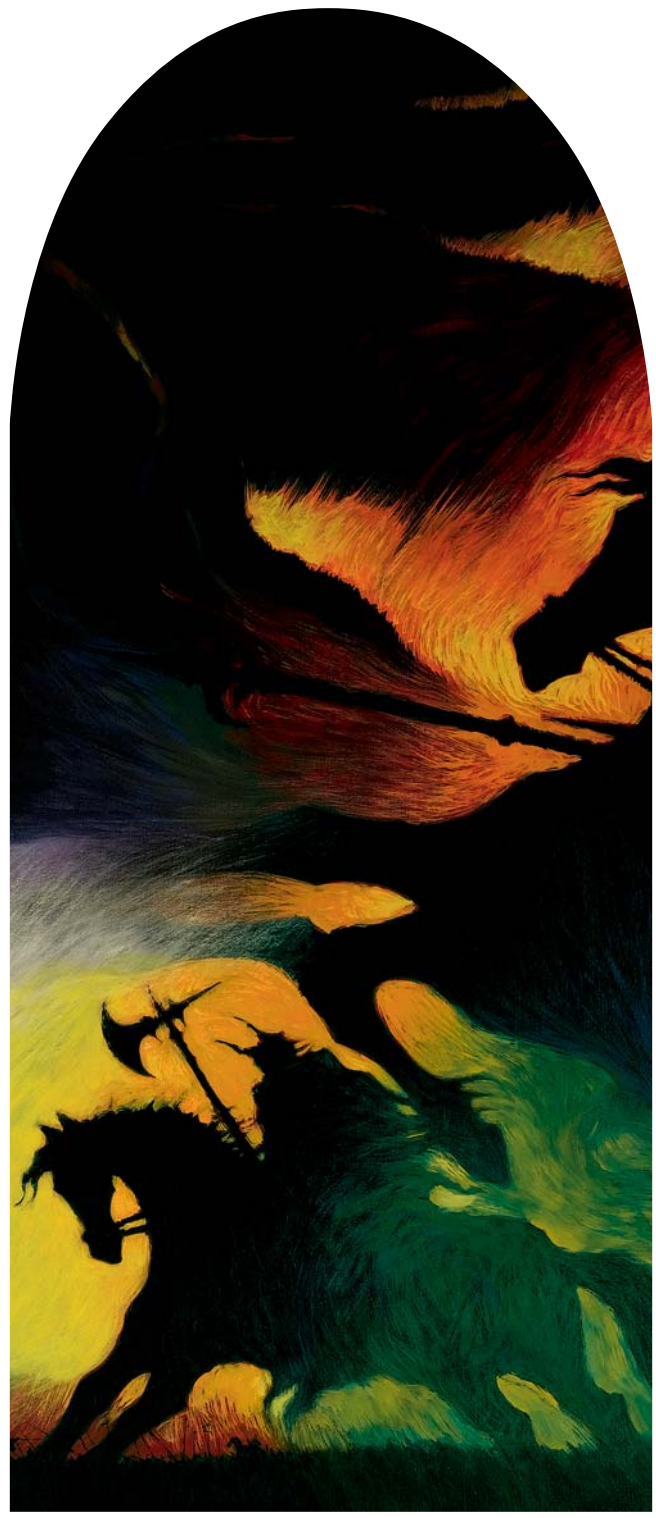
ron removidos de sus asientos; los reyes de la tierra, los magistrados, los tribunos, los poderosos, y todos, esclavos o libres, se ocultaron en las cuevas y en las peñas de los montes. Y dicen a los montes y a las peñas: caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero. Porque ha llegado el gran día de la cólera de ellos, y ¿quién podrá sostenerse?

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO CUARTO

Seguía mirando, cuando abrió el sexto sello, y se produjo un violento terremoto: el sol se puso negro como un paño de crin. En este sello está la última persecución. *El sol se puso negro como un cilicio y la luna toda como sangre, y las estrellas cayeron sobre la tierra.* El sol, la luna y las estrellas son la Iglesia, que administra la luz de la verdad: porque así como llamamos tinieblas a la ignorancia, así también llamamos luz al conocimiento. Vemos que se dan en la única Iglesia estas dos realidades, la luz y las tinieblas. Por la luz entendemos a los sabios, que conocen rectamente, creen rectamente y rectamente obran. Por tinieblas entendemos a los ignorantes, es decir, a los herejes, a los hipócritas y a los cismáticos. Y parece que son como estrellas, porque simulan santidad y no la tienen. Y en estos dos órdenes, es decir, de luz y tinieblas, está el día y la noche. El día es la Iglesia, y la noche la ignorancia. Cuando dice que el sol se puso como del color del cilicio, quiere decir que para los incrédulos se oscurecerá el brillo de la doctrina. Lo que es el sol, esto es la luna, y esto las estrellas, es decir, la Iglesia. Pues la parte se entiende por el todo. Se dice todo, porque en todo el mundo habrá un último terremoto cuando venga el Anticristo. Antes de su venida los habrá, pero no en todo el mundo, sino por algunas regiones, según está escrito: *Habrá terremotos por algunas regiones: el sol se oscurecerá, la luna se tornará de color de sangre, las estrellas del cielo caerán sobre la tierra* (Mt 24,27). Todo esto es la simulación de santidad, hasta que son sorprendidos por los santos en su falsedad, y al ser separados de ellos, se dice que se oscurecen y caen. Ciertamente la semejanza de santidad del sol y la luna y las estrellas, es decir, la hipocresía y la piedad falsa, todo esto lo vio San Juan situado en nuestro cielo, es decir, en la Iglesia. Pues en el cielo superior, al que es llamado a principio, no pudo ver estrellas que están debajo del cielo. Esto sucede ahora en la Iglesia. En la última venida del Anticristo, la luna que dice que se convirtió en sangre, representa a la Iglesia de los santos que derrama su sangre por Cristo. Las estrellas que dice que caen, quiere decir los fieles que se ven perturbados. *Como la higuera agitada por un gran viento desprende sus higos aún verdes.* Compara el árbol de la higuera con la Iglesia, que vive en la aspereza de la penitencia. Porque así como el árbol de la higuera tiene muchos frutos, buenos y malos, así también la Iglesia tiene buenos y malos. Suele el higo prematuramente grande destacarse entre los otros, y vemos a muchos turbados por el viento suave, que por fuera parecen buenos, pero por dentro son malos. Tan pronto como son tocados por un viento fuerte, en seguida caen a tierra. Por esos dice que como la higuera sacudida suelta sus higos verdes, es decir, sus higos vacíos, que parecían buenos y no lo eran. ¿Por qué hemos dicho todo esto? Porque esos tales son los hipócritas y los falsos dentro de la Iglesia. Quienes en tiempo de paz parecen estar unidos con la Iglesia, pero tan pronto como llega el tiempo de persecución, se desgajan de la Iglesia, como la higuera sacudida por el viento suelta sus higos aún verdes. *Y el cielo fue retirado como un libro que se enrolla.* Por cielo siempre entendemos la Iglesia, que se retira al producirse el terremoto, es decir, se separa de en medio de los malos y contiene dentro de sí, como un libro enrollado, los misterios conocidos sólo por ella. Nadie puede saber qué contiene dentro un libro enrollado si extendido no se lee. Cuando está plegado, es imposible que nadie lo lea o conozca. Y si uno no lo

conoce, aunque lo pisotee con los pies, o lo corte con la espada, en nada le perjudica, porque por nada es tenido. Así será la Iglesia en la venida del Anticristo. El cielo se enrollará como un libro, porque cesarán todas las predicaciones de las Escrituras. Y los santos que haya en esos días serán pisoteados y matados a espada, como un libro enrollado, de manera que piensen que hacen un favor a Dios los que no conocen lo que hay dentro del libro, es decir, en los santos. *Y todo monte e islas fueron removidos de sus asientos.* Cielo, montes e islas, todo eso llamó a la única Iglesia, que al producirse la última persecución del Anticristo se retiró toda ella de su asiento. Pero puede referirse a ambos grupos, a los buenos y a los malos. Porque el grupo bueno se moverá de su asiento, huyendo; y el grupo malo se moverá de su asiento, es decir, perderá la gracia, o los carismas que parecía tener, porque no quiso hacer públicamente penitencia, como antes se ha dicho ya: *removeré tu candelabro de su posición si no haces penitencia* (Ap 2,5). Y también: *los montes serán llevados al fondo del mar* (Sal 46,3). Los montes son los Apóstoles; el mar, el mundo. Enseña que en esa persecución huyan a los montes, hacia aquellos que se retiraron de sus asientos, es decir, hacia los santos, que permanecieron en la fe. *Los reyes de la tierra, los magistrados, los tribunos, los fuertes, y todos, esclavo o libre.* Estos reyes y todos los que cita son los santos, desde el pequeño hasta el más grande, que permanecerán entonces fuertes en la persecución del Anticristo. No sin razón son llamados reyes y poderosos, los que no someten sus cuellos al muy impío. Además, los que entonces sean reyes en el mundo, a excepción del mismo perseguidor, el Anticristo, huyendo éstos de su presencia, buscarán un lugar de protección y de escondite, según dice: *se ocultarán en las cuevas y en las peñas de los montes.* No se refiere sólo a estos montes que vemos con claridad, sino a Cristo y a los Santos Padres, de quienes suplican e imploran recibir ayuda. Según está escrito: *habitará en la cueva de la peña dura* (Is 2,19). La cueva y la peña es lo mismo. *Y dirán a los montes y a las peñas: caed sobre nosotros y ocultadnos de la vista del que está sentado en el trono y de la cólera del Cordero. Porque ha llegado el gran día de la ira, y ¿quién podrá sostenerse?* El verbo caer sobre nosotros es todo deseo de misericordia del que suplica, y de algún modo, que todo aquel que recibe la súplica se transforme en entrañas de misericordia para el que pide, según está escrito: *cayó sobre su cuello y lloró* (Gén 46,29). Y de nuevo: *caiga tu misericordia sobre mí.* Es decir, que tu abundante misericordia me tome de la mano y me proteja. Dijeron ocultadnos, con el fin de que el hombre viejo y el pecador se oculten de los ojos de Dios. Porque en el hombre pecador están ahora ocultos los pecados y Dios misericordioso siempre espera el arrepentimiento. Nosotros pecamos todos los días y él no se enoja todos los días. Y ocultamos nuestros pecados de la ira de Dios por la misericordia del mismo Dios, según está escrito: *dichosos aquellos a quienes se les han ocultado sus pecados* (Sal 32,1). Tapamos nuestros pecados cuando ponemos por encima de las malas acciones las buenas obras. Y también: *la caridad cubre la multitud de los pecados* (1 Pe 4,8). Pues del mismo modo que exhorta a los pecadores que se oculten de su ira, enseña Dios el refugio, al decir: *y ahora entrad en la peña y escondeos en la tierra de la presencia pavorosa del Señor y del esplendor de su majestad* (Is 2,10). La tierra a la que se refiere es santa, es decir, el cuerpo de Cristo. Pues ¿cómo puede la tierra huir a otra tierra, sino a la misma a la que se refiere? Y más adelante: *esconderán todos los ídolos, y se meterán en las grietas y en las cuevas de las peñas y en las hendiduras de la tierra, lejos de la presencia pavorosa del Señor, cuando se alce para hacer temblar la tierra* (Is 2,20). No dijo que se escondan los ídolos, sino los hombres que llevan los ídolos en sus corazones, y de esa manera que sepulten los ídolos, es decir, que oculten el hombre viejo y que se revistan del nuevo y que se oculten en la roca que es Cristo. Hace aquí como una recapitulación, y antes de la persecución exhor-

ta e incita a todos a la penitencia, pues continúa y dice que rechacen los ídolos, con el fin de entrar en la roca, diciendo: *aquel día arrojará el hombre sus abominaciones de oro y plata, que hicieron para adorarlos, vanos, vacíos y nocivos, para meterse en sólidas cuevas de la peña y en las hendiduras de las piedras.* Se arrojan los ídolos visibles, y se entra en la roca, es decir, se convierten públicamente y se acercan a Cristo, para que allí los ídolos invisibles que poseían en el corazón, queden sepultados, ocultos y destruidos; es decir, cuando crucificamos con Cristo al hombre viejo, para poder ser en él transformados en nuevos. Pero el que según el hombre viejo, es decir, exterior, entra en la tierra carnal del Señor, esto es, en la carne de Cristo, y no sepultó en él suprimiéndolos los ídolos espirituales, él mismo es un ídolo, y no se ha ocultado de la mirada tremenda del Señor. A éstos recrimina el Señor por medio de Isaías diciendo: *dad alaridos, oh ídolos, en Jerusalén*. En cambio, Jacob *escondió y destruyó los ídolos debajo de un terebinto* (Gén 35,4) hasta el día de hoy. El terebinto es el cuerpo del Señor, como él mismo dice: *cual terebinto he alargado mis ramas, y los hijos de mi madre lucharon contra mí, como el terebinto que perdió sus hojas* (Eclo 24,16). Y de nuevo: *aquel día,* dice, *arrojará el hombre sus ídolos* (Is 2,20). Llamó día a todo el tiempo desde que el Señor sufrió la pasión. Desde entonces los hombres se ocultan en una nueva tierra, con la que resucitó para hacer temblar a la tierra; es decir, desde el día en que el Señor sufrió la pasión, probó la muerte y resucitó, se esconden todos los santos en esta roca que es Cristo, dejando con ellos su ejemplo, para que sigan sus pasos; por eso dijo que se oculten en la tierra, cuando se levantó para hacer temblar a la tierra. Ten en cuenta que en este sexto sello hizo una recapitulación desde el comienzo de Cristo, desde aquel versículo que dice: *que los reyes y los poderosos se ocultaron en las cuevas.* Leemos en David que dice: *me escondió en su cabaña en el día de las desdichas, sobre una roca me levantó* (Sal 27,5). Dice que todos se habían escondido,



El jinete verde

pero no todos se esconderán, sino solamente la parte que conoce a Cristo, de la que habla, diciendo: *toda la luna se tiñó como de sangre,* es decir, persevera en el martirio. *Y todo monte e islas fueron removidos de sus asientos. Y todo siervo y libre* se escondieron en los montes. Pero si dice de estos montes visibles que fueron removidos de sus asientos, ¿cómo se escondieron en ellos? o ¿cómo se esconderá todo siervo, cuando consta también que de entre los siervos habrá quienes serán arrebatados a las nubes? Por eso está claro, cuando dice todos se escondieron, que no sucede visiblemente, sino que creamos que ha sido realizado de forma espiritual. Primero, porque no toda región tiene montes, en los que pueda todo hombre esconderse. En segundo lugar, cuando aparezca el Señor como un resplandor, no se detendrá a lo largo del camino, ni tendrán tiempo los hombres de dirigirse a los montes, ni siquiera los que habitan en los mismos montes. ¿Qué diré de los que están en el campo, a los que la penitencia no convierte de esta ignorancia, de manera que la situación de las regiones les dé posibilidad de esconderse en los montes? Pues no sólo en el último terremoto, cuando caen muchos elementos del cielo, huirán algunos a los montes, es decir, a la doctrina de los Apóstoles, implorando la misericordia de Dios. Esto ha sucedido siempre desde la pasión del Señor hasta ahora. Pero entonces sucederá en mayor número, cuando manifieste la señal de que llega el día del Señor, para el día del juicio. Además, esto ha sido prometido y se ha realizado siempre, pues la santa profecía tiene esta costumbre: narrar el futuro como ya realizado, y el pasado como aún por realizar. Pues así Dios había prometido que sucedería en el futuro los altares destruidos ya, que había levantado Jeroboán en Samaría, como dice por el profeta Oseas: *serán destruidos los pecados de Israel: espinas y zarzas crecerán en sus altares; entonces dirán a los montes: cubridnos, y a las colinas: caed sobre nosotros* (Os 8,5; 10,8). Estos altares fueron destruidos por Josías, rey de Judá, según leemos en el libro de los Reyes (2 Re 23,19). Sin embargo, ninguno dijo a los montes: *cubridnos,* sino aquellos que, destruidos los ídolos, se ocultaban en la tierra del Señor. Mas esto sucedió en figura por medio de Josías. Sin embargo se han realizado y se realizarán siempre en el Señor, que destruye toda idolatría: puso su campamento en la cumbre de los montes, es decir, en la meditación contemplativa; en su cuerpo construyó su Iglesia, para que en los últimos tiempos los judíos evitaran el peligro en estos montes. Así el Señor en la Jerusalén particular describe la destrucción de la vieja (Jerusalén) general, diciendo: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y vuestros hijos. Porque llegarán días en que se dirá: ¡dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron!, y se pondrán a decir a los montes: ¡caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡cubridnos! Porque si en el leño verde hacen esto* (Lc 23,28), es decir, si en el tiempo de la inmadurez persiguen así, ¿en el último y favorable cómo perseguirán? Cuando hayan comprendido que es la definitiva destrucción de Jerusalén, huirán a los montes, pidiéndoles que les escondan, y llamando dichosos a los que no han sido atrapados ni retenidos por ningún vínculo de la condición humana de pecado. Además hay que advertir y retener, ante los ojos del corazón, el género de la narración que el Espíritu Santo empleó en este libro en todas las períocas; pues hasta el número seis guardó un orden. Y pasado por alto el séptimo, hace una recapitulación y, siguiendo como un orden, concluye las dos narraciones en el séptimo; pero esta recapitulación hay que entenderla según los textos: algunas veces hace la recapitulación de lo que va a decir desde el comienzo de la pasión; otras veces desde el tiempo medio, y otras sólo de la última aflicción, o poco antes. Sin embargo conserva invariable recapitular desde el sexto. Ahora, pues, descrito el sexto, vuelve al comienzo y recapitula para decir las mismas cosas, que va a decir con brevedad y de otra manera.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

COMIENZA LA HISTORIA DE LOS CUATRO ÁNGELES DE LOS VIENTOS

(Ap 7, 1-3) *Después de esto vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que sujetaban a los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara el viento ni sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol. Luego vi otro ángel que subía del oriente y tenía el sello de Dios vivo; y gritó con fuerte voz a los cuatro ángeles, a quienes se había encomendado causar daño a la tierra y al mar: no causéis daño ni a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que marquemos con el sello la frente de los siervos de nuestro Dios.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO CUARTO

Después de esto vi a cuatro ángeles de pie en los cuatro extremos de la tierra, que sujetaban a los cuatro vientos de la tierra. Los cuatro ángeles y los cuatro vientos son una misma cosa, como si claramente dijera: vi a cuatro ángeles que sujetaban a cuatro ángeles o vientos. Al principio dijimos por qué divide una misma cosa. Pero estos ángeles o vientos son buenos y malos. Son cuatro sólo; pero están bipartidos, como expondremos mejor a continuación. Estos vientos tienen una parte buena y su parte mala. Hallamos en Ezequiel a los cuatro vientos buenos de la tierra, que dan vida a los huesos secos y las carnes muertas para lograr la primera resurrección (Ez 37,9). Llama los cuatro vientos a los hombres, es decir, aliento y alma, que tiene la Iglesia en los cuatro extremos de la tierra y a los que inspira profetizando las mismas cosas en los mismos lugares y resucitando muertos. Este aliento, es decir, los cuatro vientos, se dice en el profeta Daniel que se ha levantado contra los pueblos: *he aquí que los cuatro vientos del cielo agitaron el mar grande. Y cuatro bestias salieron del mar* (Dan 7,12) que el ángel dijo que eran cuatro reinos del mundo. Los siete ángeles, como ya se dijo, son la Iglesia; y estos siete, aunque nombre a uno solo, son todos: pues según lo exige el motivo, así dice el número. Por ejemplo, ahora habló de cuatro ángeles, para indicar que retenía a la Iglesia en los cuatro extremos de la tierra; y tomó para marcarlos con el sello a su parte, con el fin de que no sufra engaño. Pero cuando al fin del mundo se salve todo Israel, será quitada de en medio de aquel que la retiene. Y entonces la cuarta parte de los ángeles, desatada en su momento oportuno, se abre, es decir, predica, como dice el Apóstol: *vosotros sabéis qué es lo que ahora le retiene, para que se manifieste en su momento oportuno: porque el misterio de la impiedad ya está actuando. Tan sólo con que sea quitado del medio el que ahora le retiene, entonces se manifestará aquel impío* (2 Tes 2,6), el Anticristo. Y como dijimos que los cuatro ángeles estaban bipartidos y mezclados entre sí, es decir, la Iglesia y los reinos del mundo, procuraremos recordar de forma oportuna que los reinos del mundo, o, sobre todo, el reino presente está dentro de la Iglesia por todo el mundo en los falsos hermanos, es decir, los hipócritas en el misterio de la impiedad. Pues no hay un reino al que sean relegados los falsos hermanos, porque todos los malos del mundo son llamados reyes, que son arrastrados por sus placeres. De tales príncipes dijo el Apóstol: *que no conoció ninguno de los príncipes de este mundo, pues de haberle conocido no hubieran crucificado al Señor de la gloria* (1 Cor 2,8). La Escritura en el Evangelio dice quiénes crucificaron al Señor. Pues Pilatos, un príncipe, no crucificó al Señor, sino que se lo dejó en manos de los calumniadores. Y el apóstol Pedro, porque Israel había crucificado a Cristo, les habló diciendo así: *sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado* (Hech 2,36). Y el Señor dijo que el mundo estaba en los falsos hermanos: *vosotros sois de abajo y de este mundo; yo no soy de este mundo* (Jn 8,23). Y en otra ocasión dice a los discípulos: *si el mundo os odia, primero me tuvo odio a mí* (Jn 15,18).

Que sujetaban, dice, *a los cuatro vientos de la tierra, para que no soplara el viento sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.* Llama tierra, mar y árboles a los hombres; para que no soplara el viento, es decir, para que no transmitan su espíritu, y se hagan semejantes a ellos. *Y vi otro ángel que subía desde donde sale el sol, y tenía el sello de Dios vivo.* Llama a la Iglesia otro ángel; desde donde sale el sol que dice, es decir, que, desde la pasión del Señor, grita en los cuatro extremos de la tierra. El sol es Cristo. Pero no es el orden del Apocalipsis de tal manera que después de los cuatro ángeles vio a otro ángel, no, sino que el que vio al principio del libro y éstos de ahora son un mismo ángel de Dios: pues es uno solo y el mismo. La Iglesia predica a la Iglesia. *Y gritó con fuerte voz a los cuatro ángeles a quienes se había encomendado causar daño a la tierra y al mar.* Primero dijo que los ángeles sujetaban los vientos, para que no soplaran sobre la tierra ni sobre el mar; y ahora ordena a los ángeles: *no causéis daño a la tierra, ni al mar*. Enseña que es lo mismo. Pues también en otra recapitulación, dijo en tiempo de la última batalla: suelta a los cuatro ángeles que están atados a la parte de allá del río Eufrates (Ap 9,14). Lo mismo son aquéllos y éstos, a los que aquí mandó sujetar los vientos. Pues desde que padeció el Señor, está atado el diablo, como dice el Señor: *¿Cómo puede uno entrar en la casa del fuerte si no ata primero al fuerte?* (Mt 12,29). Está claro que el diablo ha sido atado y sometido a los pies de la Iglesia, según está escrito: *Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies* (Sal 110,1). El diablo está atado en su cuerpo, esto es, en los hombres malos, para que no engañe a las naciones creyentes en los cuatro extremos de la tierra, es decir, a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, de cuyo cuerpo dice: *no causéis daño ni a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que marquemos con un sello en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.* Es una orden del Señor lo que el ángel, es decir, su cuerpo, que es la Iglesia, anuncia y dice a los causantes del daño que están a la izquierda; es decir, dice al hipócrita: *no causes daño,* porque daña espiritualmente a la Iglesia. Esta es la voz que en medio de los cuatro vivientes dice al que causa daño: *no causéis daño ni al vino ni al aceite.* El Señor ordenó que su tierra, es decir, su Iglesia, no sea dañada espiritualmente, hasta que sea marcado con el sello todo siervo de Dios.

TERMINA LA EXPLICACIÓN SOBRE LOS CUATRO ÁNGELES DE LOS VIENTOS

COMIENZA LA HISTORIA DE LOS CIENTO CUARENTA Y CUATRO MIL EN EL LIBRO CUARTO

(Ap 7, 4-12) *Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. Doce mil sellados de la tribu de Judá; doce mil sellados de la tribu de Rubén; doce mil sellados de la tribu de Gad; doce mil sellados de la tribu de Aser; doce mil sellados de la tribu de Neftalí; doce mil sellados de la tribu de Manasés; doce mil sellados de la tribu de Simeón; doce mil sellados de la tribu de Leví; doce mil sellados de la tribu de Isacar; doce mil sellados de la tribu de Zabulón; doce mil sellados de la tribu de José; doce mil sellados de la tribu de Benjamín. Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero». Y todos los ángeles que estaban en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro vivientes, se postraron delante del trono, rostro en tierra, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO CUARTO

Y oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel. Ciento cuarenta y cuatro mil es la Iglesia en su totalidad. Lo que es fácil probar con ejemplos por qué es así en su división, pues si al número doce se le divide por partes, y esas partes luego se suman, exceden su plenitud, pues tiene cinco divisiones: dividido por doce da uno; dividido por seis da dos; dividido por cuatro da tres; dividido por tres da cuatro; dividido por dos da seis: y uno, dos, tres, cuatro y seis, sumados en conjunto, suman dieciséis y sobrepasan largamente el número doce. Pero, sin embargo, contienen un misterio. El uno en los números no puede dividirse, pues de él surgen todos los números: y es el signo de Dios, de quien procede todo comienzo y que no puede ni dividirse ni escindirse. El dos se refiere a los dos Testamentos. El tres se refiere a la Trinidad, que es Dios, que aunque sean tres personas, son afirmadas en una sola unidad de naturaleza. El cuatro, ¿qué otra cosa significa sino los cuatro evangelistas? El número seis es un número perfecto, porque está contenido en sus partes, pues tiene tres divisiones: por seis, por tres y por dos. Dividido por seis da uno; por tres, dos; por dos, tres. Y sumado el resultado de estas divisiones, es decir, uno, dos y tres, juntos dan como resultado el mismo número y hacen perfecto al número seis: por eso, por la perfección de este número, obró Dios en seis días la creación de todas las cosas. Estas tres divisiones del número seis nos manifiestan que la Trinidad de Dios, en la trinidad del número, de la medida y del peso, obró la creación de todo. Conoce, pues, que es muy valiosa la perfección del número seis, que encontramos frecuentemente en las Santas Escrituras. Sobre todo en la única muerte del Señor y en la única resurrección del Señor. Pues la muerte de nuestro Señor Jesucristo no fue en el alma, sino sólo en la carne. En cambio, nuestra muerte no es sólo en la carne, sino también en el alma por el pecado; en la carne, por el castigo del pecado. Pero él, que no tuvo pecado, no murió en el alma, sino sólo en la carne; y esto por la semejanza de la carne de pecado, que arrastró de Adán (Rom 8,3). Por eso su muerte única sirvió de provecho a la nuestra doble. Y su única resurrección sirvió de provecho a la nuestra doble. La muerte de la carne de Cristo y su resurrección son dos. La muerte de nuestra alma y la resurrección de nuestra alma son dos. Dos muertes nuestras y dos resurrecciones nuestras. Dos y dos son cuatro. Una muerte del Señor y su única resurrección, añádelas a las cuatro nuestras y suman seis. La única del Señor y la doble nuestra son tres: y como el número seis tiene tres divisiones según lo que hemos dicho arriba, por resultado uno, dos y tres, suman seis. Las treinta y seis horas que estuvo el Señor en los infiernos completaron la única muerte del Señor y la nuestra doble. Doce horas fueron diurnas y veinticuatro nocturnas. Estas veinticuatro dicen relación con nuestra muerte doble, y las doce diurnas, con la muerte única del Señor: sumadas componen el número seis. Ciertamente también la Natividad del Señor contiene el número seis. *En cuarenta y seis años fue edificado este templo* (Jn 2,20), decían los judíos en el Evangelio; esto se refiere al cuerpo del Señor. Se escribió cuarenta y seis años en lugar de cuarenta y seis días, porque dicen que en cuarenta y seis días toma forma el niño en el vientre, y crece desde ese momento hasta el día del alumbramiento. Multiplica seis por cuarenta y seis, y te darán por resultado doscientos setenta y seis, que constituyen nueve meses y seis días. Suma del VIII de las calendas de abril, cuando padeció el Señor —también se cree que fue concebido ese mismo día— hasta el día octavo de las calendas de enero, y te dará por resultado doscientos setenta y seis días, que están formados por el número seis. Y ¿qué decir de aquella mujer del Evangelio, que Satanás había tenido encorvada durante dieciocho años, y que sanó el Señor a la que yacía tantos años encorvada? Que estos dieciocho

El jinete blanco

años contienen el número seis; pues tres por seis resultan dieciocho. Aquella mujer representa al género humano, al que libró el Señor del cautiverio del diablo en la sexta edad del mundo. Pues los seis días en que realizó su obra el Señor, es una semana y representan la figura de seis mil años, que se expresan en una semana. La primera edad, desde Adán hasta Noé, son dos mil doscientos cuarenta y dos años. La segunda, desde Noé hasta Abraham, son novecientos cuarenta y dos años. La tercera, desde Abraham hasta Moisés, son quinientos cinco años. La cuarta, desde la salida de los hijos de Israel de Egipto hasta su entrada en la tierra de Promisión, fue de cuarenta años. Y de la entrada en la tierra de Promisión hasta Saúl, primer rey de Israel, hubo jueces durante trescientos cincuenta y cinco años. Saúl reinó cuarenta años. Desde David hasta el comienzo de la edificación del templo pasaron cuarenta y tres años. La quinta edad, desde la primera edificación del templo hasta el destierro en Babilonia, hubo reyes durante cuatrocientos cuarenta y seis años. Hubo cautiverio del pueblo desde la destrucción del templo durante setenta años. Y es restaurado por Zorobabel en cuatro años. Desde la restauración del templo hasta la Encarnación de Cristo transcurrieron quinientos cuarenta años. Suma todo el tiempo desde Adán hasta Cristo, 5.227 años. Y desde el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo hasta la Era presente, es decir, año 824, son en total 786 años. Suma, pues, desde el primer hombre, Adán, hasta la era presente, 824, y tendrás en total sumados 5.987. Faltan, pues, del sexto milenio 14 años. Terminará, por tanto, la sexta edad en la era 838 (año 800). Lo que resta del tiempo del mundo es incierto para la investigación humana. Nuestro Señor Jesucristo eliminó toda pregunta sobre este tema, diciendo: *a vosotros no os toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad* (Hech 1,7). Y en otro lugar: *mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo, sino sólo el Padre* (Mt 24,36). Y como dijo día y hora: unas veces se dice por el tiempo, y otras se entiende literalmente. Para que lo sepáis, en verdad el mundo deberá terminar el año 6000. Si se cumplen o se acortan, sólo Dios lo sabe. Sea cual sea nuestra opinión sobre lo que resta, acerca del séptimo no podemos hacer conjeturas, porque no lo encontramos escrito. Dios hizo su obra en seis días, que encontramos que se completaron de la mañana a la tarde; acerca del séptimo sólo leemos que había descansado para mostrar por medio de los seis días la figura de los 6.000 años, de los que se deduce la edad de este mundo, y para indicar en el séptimo la resurrección de todos los santos. Y así como el sexto día hizo al hombre, y de su costilla, que es el costado, fue hecha la mujer, y de estos dos creció y se llenó la tierra, así debes entender que en la sexta edad del mundo, así como el sexto día nació el primer hombre, Adán, de la tierra nueva, así también nació Cristo, el segundo Adán, de una nueva Virgen. Y ¿por qué hemos dicho de una *Virgen nueva?,* porque no se encontró otra semejante del linaje de Adán, ni otro hijo de tal linaje semejante a Cristo. Y así como de la costilla de Adán, cuando dormía, fue hecha la mujer, y se llenó la tierra; así también del segundo Adán, Cristo, durmiendo el sueño de la pasión, de su costado fue hecha la Iglesia, para llenar la tierra celeste del Paraíso, de la que decía David: *creo que he de ver la bondad del Señor en la tierra de los vivos* (Sal 27,13). Y así como, acabado el sexto día, nada leemos que hubiera hecho el Señor, sino que cesó en sus obras, y que descansó; así también creemos que en el sexto milenio —¿acabado o no?— llega el día de la resurrección. Este día y hora, como dice el mismo Señor, *nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo, sino sólo el Padre* (Mc 13,32). Y en otro evangelista se añadió que no lo sabe *ni el Hijo.* Pero nosotros esto debemos entenderlo no según la letra, sino según el sentido. No nos suceda que entendiéndolo literalmente, como los herejes llamados Agnoítas y Triteítas, que se desgajaron de los Teodosianos —que Dios no lo permita—, pensemos como ellos. Afirman éstos que la divinidad de Cristo desconoce las cosas futuras,

lo que está escrito acerca del último día y hora: no recordando que la persona de Cristo dice por medio de Isaías: *el día del juicio en mi corazón* (Is 63,4). Por tanto, está claro que el Hijo supo, pero no quiso decírselo a sus discípulos, con el fin de que, siempre recelosos e inseguros de la hora de la muerte, no pusieran su esperanza en el mundo. Acerca del día leemos que, así como nuestro Señor resucitó de entre los muertos un domingo, así también nosotros esperamos resucitar en el último siglo en domingo. Pero volviendo a hacer cálculos sobre este día, salen muchos días de domingo: ¿En qué estación, qué año, qué hora, qué día, qué Era será la resurrección? Desconocemos si se acortarán estos 14 años, pero sólo Dios lo sabe. Sin embargo, también leemos acerca de una promesa del Señor, que cambió su decisión. Pues leemos en el Génesis que habían sido establecidos antes del diluvio 120 años de penitencia. Como en tanto tiempo, es decir, 100 años, no quisieron hacer penitencia, no espera el Señor que se terminen los otros veinte, sino que realiza antes lo que había amenazado para más tarde. Así también, cuando por medio de Isaías había dicho que iba a morir el rey Ezequías, se dice que añadió 15 años (Is 38,5). Y en la amenaza contra los ninivitas: *dentro de cuarenta días Nínive será destruida* (Jn 3,4). Sin embargo, por los ruegos de Ezequías y Nínive se cambió la sentencia del Señor: no con un nuevo proyecto, como si Dios tuviera nuevos planes, él que nunca cambia a lo largo de los siglos, y está escrito: *Dios ha hablado una vez, dos veces lo he oído* (Sal 62,12), porque decretó una sola vez, antes del mundo, lo que va a realizar a lo largo de los siglos. Pero cambia la sentencia por la conversión de aquellos que merecieron el perdón. Pues Dios no se enoja con los hombres, sino con los vicios: y cuando no los encuentra en el hombre, no le castiga. Además habla Dios a Jeremías de las amenazas de males que va a realizar contra el pueblo; pero que si obra el bien cambiará las amenazas por el perdón. Y, por el contrario, afirma prometer el bien a su pueblo; pero que si obra el mal, dice que cambiará su decisión. Por eso se le dice al mismo Jeremías, cuando oraba por el pueblo, a causa de la dureza de corazón del pueblo judío: *no ruegues por este pueblo, que no te escucharé* (Jer 7,16). Y a Samuel: *¿Hasta cuándo vas a estar llorando por Saúl, después de que yo le he rechazado?* (1 Sam 16,1). Por eso en ceniza y saco pide que se cumpla lo que había prometido Dios. No porque fuera incrédulo de las promesas futuras, sino para que la seguridad no originara negligencia, y la negligencia pariera pecado. Así que, como hemos dicho arriba, todo católico debe entender, esperar y temer, y considerar estos catorce años como una hora: y de día y de noche, en ceniza y cilicio, llorar tanto su propia destrucción como la del mundo, y no interesarse excesivamente del cómputo del tiempo; y sobre el día del fin del mundo, o la estación, no pretender investigar con exceso el día que nadie conoce sino sólo Dios. Piense, pues, cada uno sobre su propio fin, como dice la Escritura: *en todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado* (Eclo 7,40). Pues cuando sale cada uno del mundo, es entonces para él el fin del mundo. Pero como del número seis hemos ido a parar al fin del mundo, es justo que volvamos al número seis, para que por medio de este número, con la misericordia de Dios, expliquemos no sólo el mundo, sino toda la Iglesia. Pues los sabios y hombres católicos o religiosos no deben despreciar la lógica de los números: pues en muchos textos de las Sagra noción del número.

Y como ya hablamos antes por medio del número seis de la mujer encorvada, que representó al género humano en su totalidad, nos resta ahora que, reflexionando desde la semana de este mundo, distinguiendo sus días y sus noches, lleguemos hasta Cristo. Y así como dijimos que Dios acabó sus obras en seis días y en el séptimo descansó, así este mundo se dice que consta de seis edades, y en la séptima se realizará el descanso de los santos en el Señor. Y de éstas, la *primera edad* es desde Adán hasta Noé: que tuvo su mañana en la misma condición del hombre en el Paraíso; tuvo su tarde en el diluvio; es como el primer día que es la luz,

José Ramón Sánchez 2014

en la creación de la criatura racional, ángel y hombre, que son llamados hijos de Dios. Después de la expulsión del Paraíso, el hombre tuvo dos hijos, el sencillo y el malvado: el malvado mató al bondadoso, y en su lugar nació Set, que es llamado hijo de Dios, y dieron origen a dos pueblos, es decir, el Cordero y la bestia. Y como contra la voluntad del Creador de los dos pueblos, del Cordero y de la bestia, se mezclaron los bienes, los hijos y los cónyuges, sobrevino el diluvio. La *segunda edad* es desde Noé hasta Abraham: tuvo su mañana en el arca, que es considerada la primera Iglesia espiritual, que en su tres pisos salvó a los tres grupos, a saber: a los hombres, a las bestias y a las aves; en este segundo día se relata la creación del firmamento; y los tres hijos de Noé, semejantes a tres animales: el cordero, el novillo y la cabra. Estos tres se repartieron toda la tierra. Tuvo su tarde en la confusión de las lenguas y en la destrucción de la torre del gigante Nimrod (Babel). La *tercera edad* es desde Abraham hasta David: tuvo su mañana en la separación de Abraham, a semejanza del tercer día en que fueron separadas las aguas de las aguas, es decir, los Patriarcas de los gentiles; en ella también se le dio la ley a Moisés. Pues dijo Dios a Abraham: *Yo soy Dios, que te saqué de la tierra de los caldeos para darte esta tierra por herencia* (Gén 15,7). Y Abraham le dijo: *¿Cómo sabré que la heredaré?* Le dijo Dios: *Tráeme una vaca de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.* Estos tres animales son los hijos de Noé. El carnero, Sem, del que nació el cordero. La vaca, Cam, de la que nació el novillo. La cabra Jafet, de la que nació el macho cabrío. Abraham partió por su mitad a estos animales: hizo seis partes de todo el mundo por medio del número seis. Tres partes a la derecha, y tres a la izquierda, es decir, la Iglesia y la Sinagoga. No partió las aves, es decir, toda la carne de la santidad unida con el Espíritu de Dios, que no divididas ya, sino que unidas suben volando a los cielos. Pues aquellos animales divididos por medio fueron signo del pueblo gentil, de los creyentes en Cristo y de los incrédulos. Este día tuvo su tarde en el muy impío rey Saúl.

La *cuarta edad* es desde David hasta la deportación del pueblo judío a Babilonia. Tuvo su mañana en el mismo David, en quien comenzó el esplendor del reino, y la profecía, así como en el cuarto día fueron creados los astros. Tuvo su tarde en el pecado de los Reyes y Sacerdotes, por los que el pueblo aquel mereció permanecer cautivo en Babilonia. Y como el hombre Judá había cometido cuatro pecados, a saber: robos, adulterios, homicidios e idolatría, por los que lloró Jeremías mediante el alfabeto en sus cuatro lamentaciones; se alejó del camino de la profecía por el que llegaba al camino que se llama Cristo; fue arrojado al desierto, cayó en manos de una leona que le apresó. Se levantó un oso; quitó la presa a la leona. Se levantó un leopardo; quitó la presa al oso. Se levantó la bestia terrible que tiene dientes de hierro, siete cabezas y diez cuernos; quitó la presa al leopardo, y la tomaba en posesión (Dan 7).

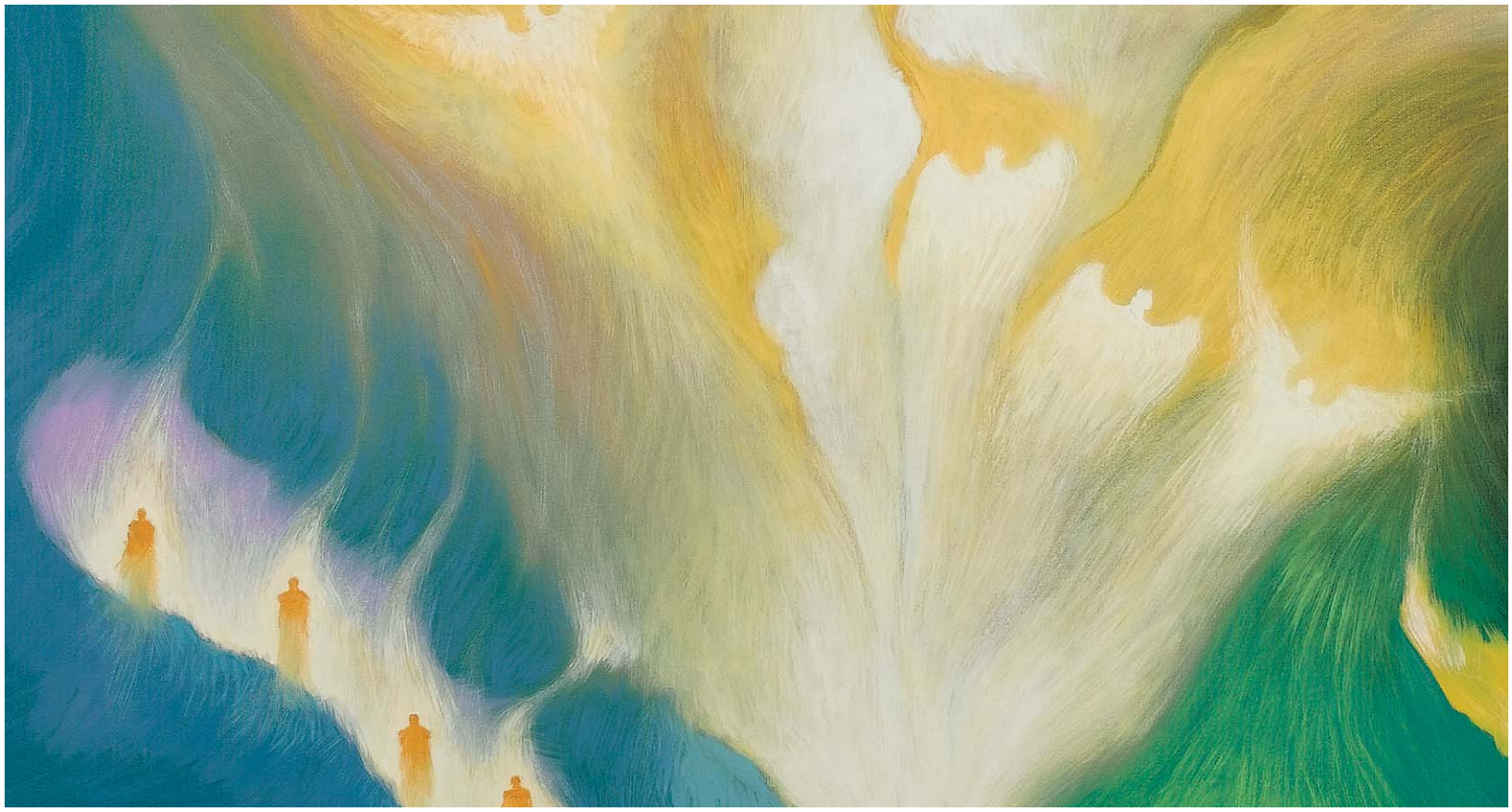
La *quinta edad* es desde la deportación de Babilonia hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo. Tuvo su mañana en Jeremías o Daniel, como en el quinto día fue la primera bendición del pez en el agua, y del ave en el vuelo. Tuvo su tarde en el pecado del pueblo judío, cuando fueron cegados, para que incluso no pudieran reconocer ni a nuestro Señor Jesucristo. Vino el Cordero sin mancha, tomó a la bestia terrible, que tenía siete cabezas y diez cuernos, la venció y le arrebató su presa, es decir, al hombre Judá de quien antes hablamos. Al conocer el hombre que había sido liberado de tan grandes peligros por el Cordero, llevado por la envidia mató al Cordero. Esta bestia, en verdad, dividió al hombre, porque también poseyó muchos corazones de elegidos. Pero con su muerte arrebató el Cordero esta presa de Judá. Este es el Cordero que creen que comen al atardecer los judíos, ceñidos sus vestidos a la cintura, con el báculo en la mano. Y David dice: *por la tarde las lágrimas se prolongarán, por la mañana la alegría* (Sal 30,6).

Pues con estos báculos, con los que comen las carnes del Cordero sin mancha, Judas Iscariote, abanderado del engaño del último tiempo, ya ha venido con una numerosa tropa a prender al Salvador. A éstos con voz dolorida les habló el Cordero de esta manera: *como contra un salteador habéis venido a prenderme con espadas y palos* (Mt 26,55): con espadas, es decir, los Príncipes de los Sacerdotes y los Ancianos del pueblo, por quienes es degollado el Cordero; con palos, la plebe armada, con los que se pertrecha el populacho de los blasfemos. Y el hecho de que es traicionado este Cordero imagen de Dios al anochecer, significa la noche para los judíos, por la prostitución de la ley adulterada, porque habiendo aceptado el pueblo de Israel el pecado, y blasfemando ciegamente por obstinación, por estar a favor de lo que había establecido separado de la luz, fue invadido por las tinieblas, para que el ciego asentimiento de las tinieblas acompañara a la culpa del crimen. La pasión de Cristo era ofrecida en el gran sacrificio entre la luz y las tinieblas; un breve lapso del tiempo de luz, de la que Cristo había tomado el nombre, era contemplada en su ocaso, de manera que después de las tinieblas de la cena sangrienta, en la que había sido inmolado el Cordero, brillara con su luz Cristo, de nuevo vivo al día siguiente desde los infiernos, condenado el horror de la muerte triple. Con razón, bajo esta pasión del Señor, con la lana de este mismo Cordero sin mancha y perfecto hilan y tejen todos los cristianos dentro de la Iglesia. Y como bajo el nombre de una trinidad, es decir, del estambre, de la urdimbre y del tejido de una sola sustancia de lana, afirman que hay un solo Dios en la Trinidad. Pero, sin embargo, esta lana, para que parezca que es algo mejor, es oscurecida por los colores diferentes de las herejías con tonos de distinto tinte. Unos la hacen agradable con el color bermellón, otros con el verde, otros con el azafrán, otros de grana, otros de otro, de varios colores, en rojo, en negro. Sin embargo, los perfectos, para ser vestidos de blanco, procuran tejer las lanas blancas del Cordero. Pues lo que del tejido de lana blanca del Cordero se oscurece con tinte de diferente color, son esas herejías, que, cambiando por variados colores el vestido de la lana blanca más que inocente, se tiñen siempre con el amargor del tinte. Y de la única lana de Cristo, para quien verdaderamente han debido brillar, se cambian a la secta de la ignorancia, de manera que, al despojarse de los vestidos de perfecto candor de corderillo de la única lana del Cordero, surgen muchas sectas y herejías, que son fábricas de condenación. Y cuando para ocultarse por medio de los colores de las flores se ha urdido la contaminada herejía, y la pintura de tintes de hierbas ha bruñido la matriz de la lana después de esto con la fronda de la lana, en el mismo transcurso de su discordia, ese vestido, no se atreverá de corazón a confesar a Cristo como Señor, a quien falsea con fábulas engañosas. De esos tales dice en el Evangelio: *Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, en tu nombre hemos comido y hemos bebido, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos prodigios* (Mt 7,22). Entonces como respuesta les dice: *Apartaos de mí, agentes de iniquidad: no os conocí en la casa de mi Padre,* es decir, en la Iglesia. Y a nadie le será útil decir, sino hacer. Este es el Cordero que nació de aquel carnero, Sem, hijo de Noé. Con este Cordero viven juntos el león, y el oso, y el leopardo, el novillo, la oveja y la cabra. Sólo la bestia terrible con diez cuernos y siete cabezas está en guerra con él. Este Cordero es el que en el monte Sión, es decir, en la contemplación de la Iglesia, arranca las hierbas de las virtudes. Por él es vencida cada día la bestia, y la mantiene cautiva.

Ya está aconteciendo la sexta edad, que transcurre ahora desde la venida del Señor hasta que termine el mundo y vaya al juicio. Tiene su mañana en Cristo, luz verdadera, que amanece siempre en el corazón de los creyentes, y que es llamado el día eterno. Tiene también su tarde, la Sinagoga, o la ignorancia de los insensatos, de los cismáticos, de los hipócritas, de los herejes. Y en su final la noche perpetua: el mismo Anticristo.

Lo visible y lo invisible

Este es el día primero, Cristo, en la creación, y el último en su conclusión. En esta edad finaliza, y recapitula desde el principio. Pues se dijo así: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era algo caótico y vacío* (Gén 1,1). El es el principio, en el que creó Dios el cielo y la tierra. Por el cielo entendemos el espíritu (de Cristo); por la tierra entendemos su carne. No hizo otra cosa primero en el principio, sino a este hombre Cristo, como lo atestigua Salomón: *El Señor me creó en el principio de sus caminos* (Prov 8,22). Dice que en el principio fue creado, es decir, predestinado. A semejanza de él se dijo: *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.* Y a su imagen fue creado Adán. Sin embargo, la semejanza estaba reservada para éste. Y como la tierra era caótica y vacía, es decir, invisible y desordenada, que ni puede verse ni tocarse: mirad que ya está visible; mirad que ya puede tocarse. Como él mismo dice: *Tocad y ved, pues el espíritu no tiene carne y huesos, como veis que tengo yo. Y no seáis incrédulos, sino fieles* (Lc 24,39). Ya oyes, pues, que la tierra está ordenada, en cuyo principio creó Dios el cielo y la tierra, es decir, el espíritu y la carne: y en este cielo y tierra se contiene todo, lo visible y lo invisible. Pues toda criatura, antes de que fuese creada en su tiempo, antes debía ser conocida por los ángeles en el mismo Verbo de Dios, es decir, en el Hijo, que es el principio, y así debía ser realizada en su tiempo. Por eso el conocimiento propio de la criatura en sí misma era la tarde, pero en Dios la mañana. Porque más se conoce la criatura en Dios que se conoce la criatura en sí misma. Esto es, se conoce más en el arte con que fue moldeada que se conoce en sí misma la que fue hecha: por eso dice el evangelista Juan: *lo que fue hecho, en él era la vida.* Todo lo que fue hecho y no tiene vida, en el mismo Verbo de Dios tiene vida. En sí mismo no tiene vida. El cielo, la tierra, la piedra no tienen vida; y, sin embargo, en Dios tienen vida. Pues en Dios vive sin principio ni cambio toda criatura, y por eso es mejor conocida por los santos ángeles en el Verbo de Dios, en el que tiene vida, que en sí misma. Y para que no se conturbe nadie, ni diga alguno: ¿Todo lo hizo el Hijo, y el Padre y el Espíritu Santo no lo hicieron? Lejos esto de la fe católica: todo lo que fue hecho, en el cielo o en la tierra, lo hizo la Santa Trinidad, es decir, el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, trino en las personas, pero en la naturaleza un solo Dios. Es común la obra de la Trinidad, uno su poder y una su majestad. Comprende lo que dice: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra era algo caótico y vacío, y el Espíritu de Dios revoloteaba sobre las aguas,* es decir, sobre toda criatura. Al decir Dios, se refiere al Padre: en el principio, al Hijo; y



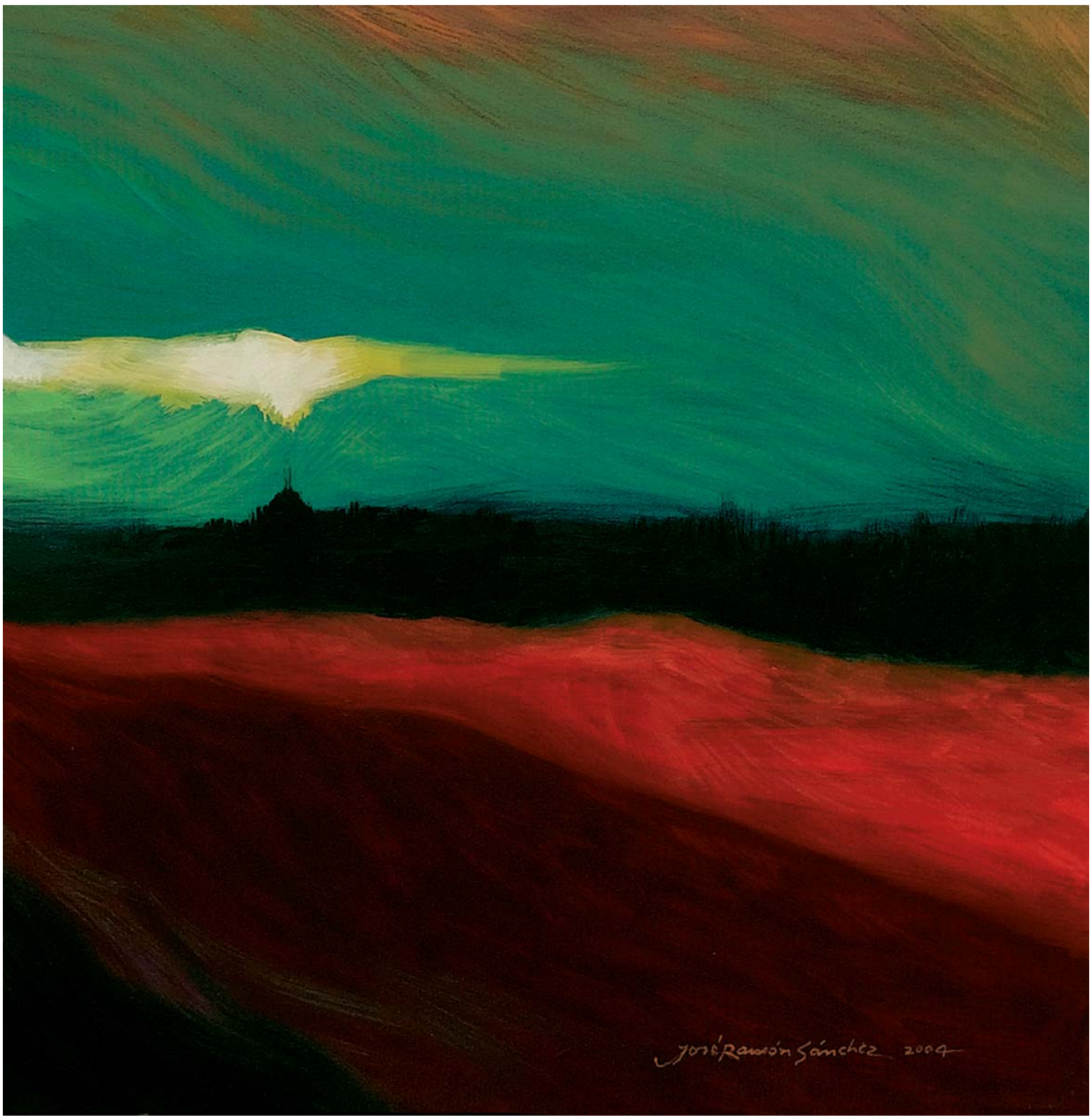
Los cuatro Ángeles de Dios

en el espíritu santo de Dios, al Espíritu Santo. Mirad la obra común de la Trinidad. Cuando dijo Dios: *hágase la luz,* se refirió a los ángeles. Pues Dios no estaba en tinieblas; pero como quiso ser conocido en primer lugar por la criatura angélica, porque ya había sido predeterminado que se encarnase, por eso dijo: *hágase la luz.* Este es el día del comienzo de la criatura, que no es llamado el primero, sino día uno, porque el primero de todos los días es Cristo. Es llamado, el primero, el día de los ángeles, pero es en relación con la creación del mundo: porque el ángel fue el primero de todas las criaturas que conoció a su Creador. Por tanto, en el conocimiento de sí mismo, el primer día. En el conocimiento del firmamento, el segundo. En el conocimiento de la división de las aguas, el tercero. En el conocimiento del sol, la luna y las estrellas, el cuarto. En el conocimiento de las aves y reptiles, el quinto. En el conocimiento de los animales y fieras y del mismo hombre, el sexto. Ves que el hombre fue creado el sexto día. Ya Cristo había sido predeterminado en su cuerpo y alma, y predestinado y conocido por la criatura angélica, cuando fue hecho este primer Adán. Cuando el Padre decía personalmente al Hijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gén 1,26), demostró la unidad de naturaleza. Pues *a nuestra* lo dijo refiriéndose a las personas, *e hizo Dios* lo dijo en relación con la naturaleza. Quiso Dios que se le conociese cómo es en su imagen, cuando diseñó a su hombre con un rasgo sagrado. El rostro de Dios se manifiesta en el hombre para que domine sobre las bestias, las aves y el ganado, no un hombre, sino más bien su imagen. Reconoce qué distancia hay entre el hombre y el ganado, al que el hombre es antepuesto y a quien se le ordena que le domine. Piensa así del segundo Adán, Cristo, que es llamado el hombre perfecto; y otro hombre ante él es llamado ganado. Pero como los ángeles y los hombres son llamados hijos de Dios, y como los ángeles le conocieron los primeros entre todas las criaturas en su divinidad, así también son llamados ángeles los hombres que le conocieron plenamente, y le conocen en su humanidad: por tanto, el que es el día primero, él es también el último. Fue conocido primero en su divinidad por la criatura espiritual; y ahora, no por la criatura carnal, sino por la espiritual, es decir, por el hombre interior, es conocido en su humanidad. Allí se dijo: *hágase la luz,* para que los ángeles conozcan a Cristo. Aquí se ha dicho: *yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12), para que los hombres ángeles conozcan a Cristo. Allí se dijo el día segundo: *hágase el firmamento en medio de las aguas, y divida unas aguas de otras.* Aquí se ha dicho: *sobre esta piedra,* que has conocido, Pedro, *fortaleceré a mi*

Iglesia (Mt 16,18), y separaré a la Sinagoga de ella. Allí se dijo el tercer día: *reúnanse las aguas en una sola masa y aparezca suelo seco.* Aquí se ha dicho, cuando se acercó para ser bautizado: *éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo* (Jn 1,29). Fueron reunidas las aguas unas por encima de los cielos, otras en el abismo, otras en los mares: se hicieron tres grupos, uno celeste y dos terrestres, a saber, justos y pecadores. Apareció la tierra, de la que se ha dicho: *nuestra tierra dará su fruto* (Sal 85,13). Aquí la tierra todos los días nos hace germinar frutos abundantes. Allí se dijo el día cuarto: *haya lumbreras.* Aquí se ha dicho: *yo soy la luz del mundo: el que anda de día no tropezará, porque me ve como luz de este mundo* (Jn 11,9). Allí se dijo el día quinto: *germinen las aguas peces y aves.* Aquí se ha dicho: *el que no nazca del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios* (Jn 3,5). Y así como el Padre me envió a la pasión, así también os envío yo. Allí se dijo: *creced y multiplicaos y llenad la tierra.* Aquí se ha dicho: *¡ay de las que estén encinta y criando: dichosas las estériles que no engendraron!* (Mt 24,19). Allí mandó crecer y engendrar; aquí aconseja la continencia. Allí la circuncisión de la carne: aquí el bautismo para la purificación del corazón y del cuerpo. Allí se pensaba que la bendición era la abundancia de hijos; aquí la bendición y la gracia se conceden doblemente por la virginidad. Nosotros, sin embargo, así como no prohibimos el matrimonio, así tampoco lo predicamos. Está escrito: *los que tengan mujer, vivan como si no la tuviesen* (1 Cor 7,29). Los matrimonios en sí mismos son buenos; en relación con la preocupación de las cosas que los rodean, son malos. *El que no tiene esposa se preocupa de cómo agradar a Dios;* y el que tiene esposa *se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su esposa, y está dividido.* Sin embargo, el Apóstol dice: *El que no pueda guardar continencia, cásese.* Es mejor casarse dos o tres veces con bendición que abrasarse con una que manche su cuerpo en la fornicación. Pero esto lo decimos del que no se ha comprometido a servir a Dios con el hábito de la religión. Pues si prometió a la ligera, y obró de otra manera, tiene la condenación, según el Apóstol, *por haber faltado al compromiso anterior* (1 Tim 5,12). Hay, pues, tanta diferencia entre virginidad y matrimonio como entre las primeras nupcias y las segundas. Pues está escrito: *los bueyes pacieron los prados;* también *los cerdos socavaron algunos, lo restante también permanecía indemne.* Los mayores entendieron que se trataba del matrimonio, el prado pacido por los bueyes; pues aunque no contiene la belleza de las flores, sin embargo no pierde el verdor. En los cerdos que socavaron el campo, están representados aquellos fornicadores que se revuelcan con la tierra de su cuerpo en el lodo de la crueldad y de los vicios. La tercera parte del prado, que se dice que queda indemne, es la virginidad. Y hay tanta distancia entre el Prefecto y el mulero, vil esclavo, como hay entre la virginidad y el matrimonio: esta virginidad no se manda en la predicación, sino que se aconseja, y se predica su mérito y su gloria. Sirven, sin embargo, juntos como en un solo palacio estos oficios. Pero los vírgenes de alma y cuerpo tienen una dignidad similar a la de los Prefectos; en cambio, los vírgenes sólo de alma tienen una dignidad semejante a la de los muleros. Por orden del Emperador, las dos dignidades subordinadas, es decir, la de los Prefectos y la de los muleros, sirven a un único Rey, utilizan conjuntamente un solo vehículo como carroza, son llevados por un mismo yugo de mulas. Desempeñan conjuntamente los anteriores un mismo servicio. Pero una es la dignidad del Prefecto y otro el oficio vil del mulero. Perseverad, santas vírgenes, porque tendréis tal gloria en los cielos ante el Rey eterno como tienen los Prefectos en la tierra ante el Emperador. Como se ha descendido de la virginidad al matrimonio, así se desciende de la dignidad de la prefectura al servicio vilísimo de mulero. Y aunque a ambos los cobije un mismo palacio y les alimente la mesa del mismo Emperador y les dé asiento a ambos la misma carroza, sin embargo tal ignominia, tal abatimiento de vergüenza le

oprimirá a quien de Prefecto se ve convertido en mulero, que, para no ser por más tiempo mulero, optará por quitarse la vida. Sus embaucadores le ofrecerán a éste el mismo consuelo que suelen proporcionar los embaucadores de las vírgenes. Pues dicen a las vírgenes seducidas: ¿Estáis tristes porque comenzáis a ser esposas? ¿Teníais acaso un Dios distinto cuando erais vírgenes que ahora que sois esposas? Fuiste esclava virgen del mismo que ahora eres también mujer. Perteneces a su misma Iglesia: has sido consagrada por sus mismos misterios. Estás marcada con su sello. Elimina la tristeza de tu alma, porque no eres vendida al fuego de la gehenna, entre las personas que fornican con adulterio; sino que en la grandeza del matrimonio no pierdes la gloria de tu servicio si, casada, conservas sin pecado aquello que quisiste ser en la virginidad. Asimismo también los suyos consolarán al que siendo Prefecto se hizo mulero: ¿Por qué te entristeces? Estás como mulero al servicio del mismo a quien serviste como Prefecto. Da gracias porque no eres golpeado con látigos de plomo, no eres mutilado con la espada, no eres encarcelado si sirves sin culpa en lo que te has convertido, en mulero. Mirad qué diferencia hay entre la virginidad y las primeras nupcias. Porque Cristo, que vino a este mundo a salvar lo que había perecido, fue una sola vez a las bodas, mandó casarse una sola vez. Porque aunque no hubiera pecado Adán, se le dio una mujer, para que tuviese hijos, y las nupcias fuesen en el Paraíso. Pero ahora no podemos explicar cómo serían esas nupcias, porque no tenemos en la tierra dónde poder comparar. Pero ¿qué mejor que tomar el ejemplo de Cristo? Cristo, virgen; su madre, virgen; el justo José, que era tenido como su padre según la carne, virgen. Este es el ejemplo de virginidad; éste el ejemplo de humildad y caridad; mirad este ejemplo de pobreza y desnudez. A éstos deben imitar los que desean tener la virginidad del cuerpo y del alma. Estos serán la Iglesia. Estos son aquellos de quienes se ha dicho: *que seguirán al Cordero adonde vaya* (Ap 14,4). Y como la Iglesia tiene muchos miembros y un solo cuerpo, por eso se dice que son 144.000. Hay muchas clases de vírgenes, de casados y también de penitentes. Una misma es la vida de todos los santos, pero, según el esfuerzo, diversos los premios merecidos, que en el transcurso de este sexto día, ya no divididos, sino en unidad, entran con el padre Adán en el Paraíso. Ya no se esconden desnudos detrás de un árbol, sino que se clavan en una sola cruz con sus vestidos blancos. En esta sexta edad del mundo se renueva el género humano a imagen y semejanza de Dios. Y como hay dos hombres, uno interior y otro exterior, es decir, el alma y el cuerpo, uno fue formado del limo de la tierra, el otro fue creado según Dios, de forma que en todo el misterio del hombre interior, a imagen del Creador, podamos ser perfectos en bondad, santidad y caridad, como dice el Apóstol: *Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando* (2 Cor 4,16). Ahí tienes al hombre interior creado según Dios; tienes también al hombre exterior plasmado del limo de la tierra; tienes al interior, en el que habita Cristo; tienes al exterior que se desmorona y corrompe. Este es mortal, aquél es inmortal, incorpóreo, racional, sutil, eterno y por eso imagen de Dios. Tienes al hombre interior que se goza en la ley del Señor; tienes al exterior que realiza las obras de la carne. Y como una cosa es la imagen y otra la semejanza, dijimos que la imagen está en el rostro, y la semejanza en las acciones, como dice el Apóstol: *sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo* (1 Cor 11,1). Y en otro lugar, en labios de Dios: *sed santos, como yo soy santo* (Lev 11,44). Ved, pues, que la semejanza se estima en la santidad, en la bondad. Por eso cuando dijo Dios: *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza,* después añadió: *e hizo Dios al hombre a imagen de Dios.* No dijo a su semejanza. Había hecho su imagen en el viviente Adán con alma invisible, inmortal; pero la semejanza la reservó para Cristo: por quien, el que había sido hecho a imagen de Dios, fuese de nuevo recreado en él a semejanza de Dios, como dice el Apóstol: *el pri-*

mer Adán, alma viviente; el segundo Adán, espíritu que da vida (1 Cor 15,45). Por eso el que había sido hecho alma viviente, no había recibido aún la semejanza; pero el que fue hecho espíritu que da vida, en éste se conformó la semejanza de Dios. Pues la imagen está, como antes dijimos, en el rostro, pero la semejanza en las acciones. Por tanto, en esta semejanza, que es mejor y cercana a Dios, se muestra con facilidad lo que es en ella semejante a Dios, es decir, divino, hermoso, sincero, no mezclado, no débil, no mudable. Es, pues, el resplandor de la luz interior de Cristo, que dice el Apóstol que habita en él. Pero ¿cuál es esta alma de tal calidad, a la que me refiero, o esta semejanza, sino la vida celeste espiritual, que no mancha pasión alguna, ni vicio, ni lujuria, ni corrompe engañosos tintes de colores? No la avaricia, pues esta semejanza no se vanagloria con los deseos del mundo. No se quema con el vicio de la carne, no arde de cólera, ni de ira, ni rechina de inhumana crueldad; pues, antes que atormentar, se atormenta ella misma; sino que tiene esta semejanza un semblante compasivo, unos ojos misericordiosos, una lengua defensora, una voluntad bienhechora. Esta es, pues, la semejanza que debemos anhelar, que tiene tal gracia y felicidad, que, lo que es casi increíble, ya no es hombre, sino que, cambiada la ley y la condición, es llamado Dios inmortal. Y por esto mismo es llamado Dios y es hecho, no nacido: es decir, es llamado Dios por la gracia, no por naturaleza. Por tanto, unido éste al cielo y a las estrellas, gozará de la eternidad de la vida celeste. No dudéis porque he dicho que el hombre es Dios: pues el mismo Dios de dioses lo ha prometido y lo ha otorgado. Esfuérzate en vencer, para que merezcas ser llamado Dios, que dice: *Yo he dicho: sois dioses, y todos hijos del Altísimo* (Sal 82,6). Lo que se dice que es semejante, es tal, cual el modelo verdadero, porque no puede ser reconocido semejante sino el que tenga rasgos que se manifiestan al exterior por medio de la imagen del rostro. Y como hemos dicho que es semejante a Dios, debe entenderse por las obras, porque también en otro texto se dice: *no hay nadie semejante a él* (Sal 35,10); pues en la Escritura algunas veces se dice Dios por herencia, y otras por esencia. Se dice por herencia cuando dice: *te he constituido como Dios para Faraón* (Ex 7,1). Se dice Dios por esencia, como él mismo dice a Moisés: *yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob* (Gén 28,13). El que es llamado Dios por herencia, lo es entre todas las cosas; el que es llamado Dios por esencia, lo es por encima de todas las cosas, y es uno solo. Dioses son muchos. Ningún otro es llamado Dios, sino los ángeles y los hombres: y estos ángeles son enviados a los hombres. Y estos ángeles de Dios están cerca de nosotros, como los jueces terrenos y padres óptimos, que cuando nos ven realizar obras justas manifiestan junto a nosotros su alabanza y favor. Pero cuando consideran que hacemos obras injustas, no permiten que pasemos sin el azote y el castigo. Pero los jueces terrenos suelen ser comprados con regalos; en cambio, ellos no pueden ser comprados con la hacienda ni con regalos, sino con nuestras lágrimas; que él por su piedad aleje de nosotros su justa indignación, y mande que la sentencia dada contra nosotros por la calidad de la acción se anule por su misericordia. Cuando decimos que Dios se ha enojado, hay que pensar lo que nos enseña la forma usual, por ejemplo: dijimos que se enojó Dios contra el Faraón; pero la ira en sí misma consistió en las diez plagas, y todas le invadieron; y también se arrepintió, el Señor le perdonó, y se retiraron. Cuando decimos, pues, que Dios se ha enojado, no podemos mostrarle a él mismo airado; sino al ciclón que se enfurece, porque ve que es despreciado su Señor y creador, o al ardor del sol, o las inundaciones de las lluvias, o los terremotos o las locuras de los bárbaros. Todas estas cosas se realizan, como dije, por el ministerio de los ángeles de Dios: cuando los bienes que él nos ha concedido son despreciados por nosotros, nos hacen sentir a Dios enojado con su propia ira, que avivan en sus sentidos en honor de Dios. Como suelen hacer los jueces justos delante de



La lejana Jerusalén

aquellos a quienes juzgan: si han conocido que han realizado algo contra la voluntad real, conservan su ira en grado sumo; y en cambio no se hacen los enojados cuando el reo ha podido conseguir su perdón por medio de sus súplicas o las de los amigos del Rey. Pero Dios no tiene en absoluto ira. Pueden tener ira los que sufren lo que no desean; pero Dios no puede padecer lo que no desea. Y, como dije, han sido sometidas a los ángeles de Dios todas las cosas, al mismo tiempo las celestes, y las terrenas, y lo que hay en el mar y en los abismos. Como han sido sometidos a los prefectos, a los condes y a los tribunos los oficios que, según la decisión de sus jueces, invitan a unos a la alegría para que se alegren por la caridad de sus obras, y a otros arrastran a los suplicios, a otros mandan ir a los azotes, a otros a la cárcel, a otros a la muerte, a la espada, al fuego: así son los ángeles sobre nosotros. Antes de la venida de nuestro Redentor había discordia entre los ángeles y los hombres. Pero cuando vino *Cristo, nuestra paz, hizo de ambos uno* (Ef 2,14), y se sienta sobre su trono, es decir, sobre la Iglesia, que compró con su sangre; y prepara sus juicios por medio de los ángeles y los obispos o los demás santos, hasta que venga al juicio y *ajuste cuentas con ellos* (Mt 25,19). Y pida cuenta a cada uno de la cantidad de talentos que le dio: y según la calidad de los esfuerzos retribuya los premios o los castigos. Dando a los justos el gozo eterno; mas a los impíos el suplicio del castigo eterno.

Hemos dicho estas pocas cosas mediante una digresión, para mostrar de qué manera son conocidos los santos en este mundo. Decimos, con la iluminación de nuestro Dios, lo que podemos afirmar por medio de los Testamentos: porque desconocemos lo que sucedió antes del mundo, y también lo que suceda después del mundo. Sólo de lo que está en medio, de lo que hablamos, podemos afirmarlo por autoridad. Pues está escrito en Isaías: *El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado y sus haldas llenaban el templo. Unos serafines se mantenían de pie por encima de él; cada uno tenía seis alas: con un par se cubrían la faz, con otro par se cubrían los pies, y con el otro par aleteaban. Y se gritaban el uno al otro y se decían: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria. Se conmovieron los quicios y los dinteles. Y la casa se llenó de humo. Y dije: ay de mí, porque callé, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al Rey Señor de los ejércitos han visto mis ojos. Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, y tocó mi boca y dijo: he aquí que esto ha tocado tus labios: se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado.* Y dijo: *¿A quién enviaré? ¿Quién irá a este pueblo de parte nuestra? Dije: Heme aquí, envíame. Dijo: Ve y di a este pueblo: escuchad bien, pero no comprendáis* (Is 6,19). Todo esto lo dijo el santo profeta por boca de la Iglesia. Todo esto lo puede decir o hacer la Iglesia, que ha sido comprada por un precio tan valioso. El sentido espiritual acompaña a la historia narrada, por cuyo motivo ha sido ese relato referido. Pues nosotros pedimos, en el Común de la misa, al Señor que también a mí me envíe una brasa del altar, para que, eliminada toda mancha de pecado, pueda contemplar primero los misterios de Dios, y después contar lo que haya visto. Isaías, viviendo aún el rey leproso mientras él poseyó el reino, no levantó los ojos al cielo, ni se le dieron a conocer los misterios celestes, ni se le apareció el Señor, ni oyó el nombre tres veces santo de la Trinidad en el misterio de la fe. Pero después de que muriera el mal rey, y desperdiciara el sacerdocio tan grande que había en él, se le manifestaron los misterios celestes con una luz diáfana. Así el pueblo de Israel, mientras vivió el Faraón, desde su trabajo de lodo, ladrillo y pajas, no suspiró a su Señor. Cuando él reinó, nadie buscó al Dios Padre de Abraham, Isaac y Jacob. Pero cuando murió, sollozaron los hijos de Israel y su clamor llegó al Señor, siendo así que era entonces cuando debían alegrarse, y

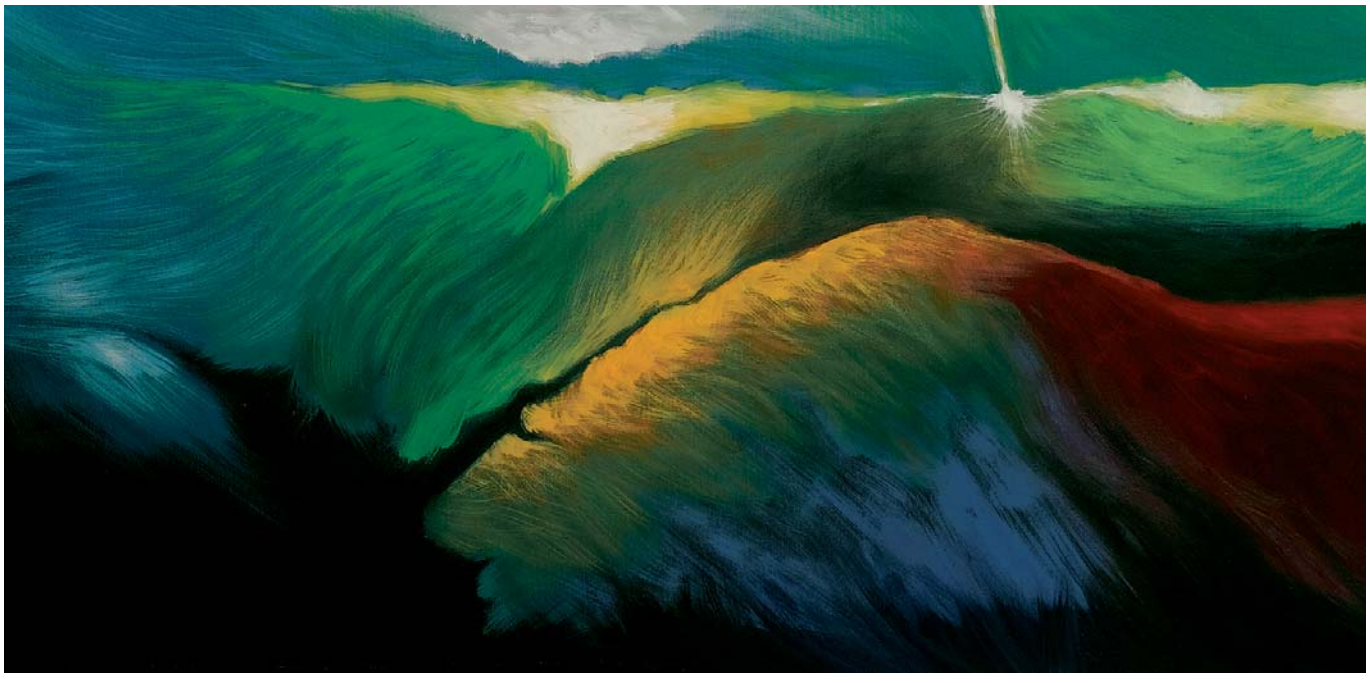
antes, cuando vivía, llorar. Si comprendes que en Ozías y Faraón y los demás semejantes a ellos están representados los poderes enemigos, entenderás cómo, viviendo ellos, ninguno de nosotros ve a Dios, ni solloza, ni corre a hacer penitencia. *No reine,* dice el Apóstol, *el pecado en vuestro cuerpo mortal* (Rom 6,12). Cuando servimos a los placeres del mundo, y nos esforzamos más por el cuerpo, que es de la tierra, que por el alma, que fue hecha a imagen de Dios, tenemos a estos reyes reinando en nosotros, y por eso no podemos ver al Señor. Reinando nuestro pecado en el cuerpo, construimos ciudades para los egipcios; nos movemos entre ceniza y porquería: en lugar de trigo, pajas; en lugar de alimentos sólidos, una piedra, caminamos tras las obras de barro. *Vi al Señor que estaba sentado sobre un trono excelso y elevado* (Is 6,1). También Daniel vio al Señor sentado solo, pero no sobre un trono excelso y elevado. Mira a estos dos profetas: uno le vio en lo alto, y otro en el valle. Le ve en lo alto el que en este mundo ve a estos reyes muertos para sí y solloza en la penitencia. Le ve en el valle el que tiene sobre sí como rey a Ozías y al Faraón. Como dijo la palabra divina: *vendré, me sentaré y juzgaré al pueblo en el valle de Josafat* (Jl 3,2), que significa juicio del Señor. El que es pecador, y semejante a mí, ve al Señor sentado en el valle de Josafat: no en el monte, no en una colina, sino en el valle, y en el valle del juicio. Pero el que es justo y semejante a Isaías le ve sentado sobre un trono excelso y elevado. Para sacar en consecuencia alguna otra cosa: cuando medito que él reina en los Tronos, Dominaciones, Angeles y demás Virtudes, contemplo su trono excelso; pero cuando considero cómo cuida del género humano, y se dice que por nuestra salvación baja siempre a la tierra, veo su trono humilde y cercano a la tierra. *Unos serafines se mantenían también de pie por encima de él, con seis pares de alas cada uno.* Son, pues, doce alas, que representan a la Iglesia constituida en el número doce. Se dice también que los serafines ardían y se inflamaban; de este fuego dice el Salvador: *vine a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?* (Lc 12,49). *Dos alas ocultaban su faz, y otras dos sus pies, y otras dos aleteaban, y se gritaban el uno al otro* por tres veces *Santo.* Acerca de estas alas en el comentario a Ezequiel y al Apocalipsis, lo encontrarás completísimamente explicado más arriba en el libro tercero.

Pero ahora continuemos lo que hemos comenzado. Dios mediante, expondremos en las páginas siguientes qué es de esto verdadero y qué verosímil. Con un par de alas ocultaban su rostro, y con dos ocultaban los pies, y con dos aleteaban. *Ocultaban el rostro,* no el suyo, sino el de Dios. Pues ¿quién puede conocer su principio? ¿Qué hubo antes de que creara este mundo? ¿Que habrá después en la eternidad? ¿Cuándo creó los Tronos, las Dominaciones, Potestades, Angeles, y todo el ministerio celeste? *Y con un par de alas ocultaban los pies,* no los suyos, sino los de Dios. Los pies son la parte extrema del cuerpo. Y ¿quién puede conocer sus últimos acontecimientos? ¿Qué sucederá después de la destrucción del mundo? ¿Qué sucede después de que haya sido juzgado el género humano? ¿Qué tipo de vida sigue? ¿Habrá de nuevo otra tierra? Y, ¿después de una transición, unos nuevos elementos? ¿Deberá ser creado otro mundo y otro sol? *Indicadme cómo fue el pasado, lo venidero, cómo será el porvenir: y diré que sois dioses* (Is 41,22), dice Isaías, dando a entender que nadie puede narrar qué hubo antes del mundo, y qué habrá después del mundo. Y con otras dos alas aleteaban, y se gritaban el uno al otro y se decían tres veces *Santo.* Los dos que gritaban son la Ley y el Evangelio. Pues por medio de éstos sabemos sólo lo que está en medio, que se nos manifiesta por medio de la lectura de las Escrituras: cuándo fue creado el mundo, cuándo fue plasmado el hombre, cuándo el diluvio, cuándo fue entregada la Ley; que de un solo hombre hayan sido llenados todos los espacios de la tierra y que, en el último tiempo, el Hijo de Dios haya tomado carne por nuestra salvación. Lo demás que dijimos lo ocultaron los dos serafines al ocultar la faz y los pies. *Y gritaba uno al otro.*

Sabiamente se situó *uno ante el otro:* pues lo que leemos en el Antiguo Testamento, esto mismo lo encontramos en el Evangelio; y lo que haya sido leído en el Evangelio, esto mismo se deduce en el texto del Antiguo Testamento. No hay entre ellos nada disonante, nada contrario. Y decían: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos.* En ambos Testamentos se predica la Trinidad. Y que se diga que nuestro Salvador es también Sebaot: toma el ejemplo del salmo 23 (24). Las Virtudes, que servían al Señor, gritaban a los otros poderes celestiales que abrieran la puerta al Señor, que regresaba: *Príncipes, abrid vuestras puertas para que entre el Rey de la gloria* (Sal 24,7). Entonces aquellos poderes, como ven a Cristo vestido de carne, pasmados por el nuevo misterio, preguntan: *¿Quién es ese Rey de la gloria?* Y reciben la respuesta: *El Señor Sebaot, él es el Rey de la gloria.*

Llena está toda la tierra de su gloria. Esto lo dicen entonces los serafines a propósito de la venida del Señor Salvador, cómo su predicación se propaga por toda la tierra y la voz de los Apóstoles penetra los confines del mundo. *Se levantaron los dinteles de la puerta a la voz de los que clamaban.* Leemos en el Antiguo Testamento que siempre el Señor habló a Moisés y a Aarón a la puerta del Tabernáculo, porque antes del Evangelio no los había introducido aún en el «Sancta Sanctorum»: así como después fue introducida la Iglesia, según dice: *me introdujo el Rey en su morada* (Cant 1,3). Sin embargo, cuando nuestro Señor Jesucristo bajó a la tierra, aquel dintel se abrió. En griego se utiliza un verbo que tiene el significado de *remover* un obstáculo que impide entrar a los que lo desean. *Y todo este mundo se llenó de humo,* es decir, de la gloria del Señor. Y *Dios es el fuego devorador* (Dt 4,24). Por eso cuando bajó en el monte Sinaí ante Moisés, a su venida se veían resplandores que pasaban, y todo el monte lleno de humo. Por eso se dice en el salmo: *tocas los montes y echarán humo* (Sal 104,32). Y como no podemos conocer toda la naturaleza del fuego, se desparrama por todo el mundo como una más ligera humareda, y, por así decirlo, menos densa: para que, comprendiéndola nosotros, digamos: *parcialmente conocemos y parcialmente profetizamos. Y ahora vemos en un espejo confusamente* (1 Cor 13,9). Por tanto preguntemos dónde está este fuego saludable: nadie duda que en los sagrados volúmenes, con cuya lectura purificamos los diferentes pecados de todos. Y esta Iglesia, que es la casa de Dios, por medio de las Sagradas Escrituras se llenó de humo. *Y dijo: ay de mí, porque callé.* Ves que Isaías había pecado sólo en su palabra, y por eso tenía los labios impuros. Y, según pienso yo, porque no corrigió al rey Ozías que entró en el templo. Después de haber muerto el sacerdote Zacarías, queriendo éste (Ozías) ofrecer por sí mismo las ofrendas propias del orden sacerdotal, las arrebató, no tanto por piedad cuanto por arrogancia: y no quiso escuchar a los levitas y sacerdotes que le recriminaban: *¿Acaso no eres tú el rey Ozías, pero no un sacerdote?* (2 Crón 26,18). Y al instante le brotó la lepra en la frente. Se entiende aquí que, mientras otros gritaban, Isaías calló: y por eso contempló, después de su muerte, sus labios manchados, diciendo: *Ay de mí, porque callé.* Isaías, como era justo, sólo había pecado de palabra: por eso sólo tenía impuros los labios. Yo, como falto en el hablar, miro con ojos concupiscentes, soy ocasión de escándalo de las almas, peco con el pie, y con la participación de todos los miembros, tengo todo inmundo. Y como, bautizado una sola vez en el espíritu, manché la túnica, necesito la purificación del segundo bautismo, es decir, del fuego. No hay, como piensan algunos, palabras superfluas en las Escrituras. Hay muchas enseñanzas escondidas en ellas. Una cosa significa el sentido literal, y otra el sentido místico. Ved que el Señor en el Evangelio se ciñe una toalla, prepara un lebrillo para lavar los pies de los discípulos, desempeña un oficio de siervo: y esto para enseñar la humildad, para que nos sirvamos los unos a los otros. Yo no me niego, yo no rehúso: ¿Qué es lo que dice a Pedro que rehúsa: *si no lavo tus pies, no tendrás parte conmigo*

(Jn 13,8): y él respondió: *no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza?* Iba a subir el Señor al cielo, y como los Apóstoles, como hombres afincados en la tierra, tenían aún los pies manchados por la suciedad de los pecados, quiere librarlos totalmente de sus pecados, de manera que pudiese estar de acuerdo con ellos el texto profético: *cuán hermosos los pies de los que anuncian la paz* (Rom 10,15; Is 52,7), y sirviera para imitar las palabras de la Iglesia, que dice: *he lavado mis pies: ¿cómo volverlos a manchar?* (Cant 5,3). Para que también, si después de la resurrección, o después, se adhiere a ellos algún polvo impío, se lo sacudan en la ciudad en testimonio del esfuerzo, con el que han caminado hasta allí por la salvación de todos, hechos judíos con los judíos, gentiles con los gentiles, o también por si los han manchado por las caminatas anteriores por alguna parte. Por tanto, con el fin de volver a nuestro propósito, así como los Apóstoles necesitaban la purificación de sus pies, así Isaías se hace digno de la purificación de su labio. En cambio, el pueblo que no sólo no hace penitencia, sino que ni conoce que Isaías tenía los labios impuros, no merece el remedio de la purificación. En cambio, el profeta que conoció que había pecado con sus labios, sintió al ángel con un carbón para purificar sus labios. Nosotros, que seguimos la interpretación principal, afirmamos que el Testamento evangélico enviado al profeta, que conteniendo en sí ambas enseñanzas, la suya y la palabra encendida de Dios del Antiguo Testamento, lo toma con la doble mano de los preceptos, y habiendo tocado sus labios purificó lo que había habido de ignorancia. Pues lo que nosotros consideramos labios inmundos, lo alejó de sí por la verdad de su purificación. Con esta tenaza vio Jacob a Dios en la escala. Esta es la espada de doble filo. Estos son los dos céntimos que echa una mujer viuda en las ofrendas de Dios. Esta es la moneda que valía dos denarios, que, encontrada para el Señor en la boca del pez, es entregada por Pedro. En esta doble unión están contenidas



Los seis días de la creación

las virtudes. La brasa cogida se le entrega al profeta, que en el salmo 119 (120), cuando el profeta suplica a Dios, dice: *Oh Señor, salva mi alma de los labios inicuos y de la lengua tramposa* (Sal 120,2). Y después de la pregunta del Espíritu Santo: *¿Qué te dará y qué te añadirá, oh lengua tramposa?,* se le dijo: *flechas de guerrero afiladas con brasas desoladoras.* Sabemos que se le concedió al profeta: en verdad, la brasa desoladora que purifica la lengua del pecado es la palabra divina, de la que se dice: *tienes los carbones del fuego, te sentarás sobre ellos.* Estos te servirán de ayuda. Ved cómo tiene los labios purificados el que, muerto el rey Ozías o el Faraón, llora en penitencia. Ese mismo es la Iglesia de Dios. Ese es los 144.000. Y como, guiándonos Dios, por el cálculo del número explicamos todo el mundo, volvamos ahora al mismo número, que atestigua que oyó el santo apóstol diciendo: *Oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel.* Ya dijimos antes que los 144.000 eran toda la Iglesia, y también dijimos ya cuántos se dice que son en número, y cuáles son los que son considerados a imagen y semejanza de Dios, los que no imitando a cualquiera de los santos, sino viendo en contemplación a la misma Verdad, obran la justicia, para entender y seguir a la misma Verdad a cuya imagen y semejanza fueron hechos, y cómo se les debe conocer. Acerca del número de los sellados al fin del mundo, cuando Judea llegue al fin, se cree que son por docenas de mil, 144.000 vírgenes de Israel. Y si son tantas las vírgenes, ¡piensa cuán grande será el número de los no vírgenes! Como hablamos por medio del número, y dijimos que la perfección estaba en el número seis, ahora duplicado el número seis suman doce. Esta es la Iglesia constituida en el número doce, es decir, los Apóstoles; y multiplicado doce por doce resultan 144. Porque toda la Iglesia, como hemos dicho antes, son 144.000; y 144.000 surge del número doce. Doce por dos son 24. Estos son los 24 Ancianos. Doce por diez son 120. Este 120 son las almas sobre las que descendió en Pentecostés el Espíritu Santo en lenguas de fuego. Esta es la primera Iglesia, que fue fundada en primer lugar sobre la roca Cristo: sobre el que *nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo* (1 Cor 3,11). Este es el cimiento y el ejemplo de los miembros de toda la Iglesia. Todo lo que no permanece en este ejemplo, no está en el cimiento, ni es un templo. A éstos los mide con la caña: a éstos no los echará fuera, porque él es el templo de la Jerusalén celeste. A los 120, añade los 24 ancianos, y suman 144. Y para completar 144.000, por cada uno de los doce pon 10.000; es decir, por uno de los doce, mil, y por otro lo mismo, hasta que completes los doce, y encontrarás en su suma final 120.000. Añade los 24 Ancianos y resultan 144.000. Y ésta es en su totalidad la Iglesia, que creemos está fundada en tan gran número de miembros, sobre una roca muy fuerte, que es Cristo. Se manifiesta que el número de los santos es innumerable, según lo atestigua el profeta David: *demasiado para mí han sido glorificados tus amigos, oh Dios, muy fuerte su principado. Los contaré y serán más numerosos que la arena* (Sal 139,17). Fueron contados por Cristo, a quien nada se le oculta, los que son encontrados a su imagen y semejanza. Son para nosotros, sin embargo, innumerables porque se multiplicaron más que la arena. Dice así: *Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas.* No dijo, después de esto vi a otro pueblo, o a otra muchedumbre, sino que vi al pueblo; es decir, el mismo que vio en el misterio de los 144.000, a éste es al que vio ahora innumerable; y al que vio de todas las tribus de Israel, es esta misma muchedumbre inmensa de toda tribu, nación, pueblo y lengua. Ya explicó qué eran los 144.000, al decir, que era *inmensa;* y explicó qué es: *de todas las tribus de los hijos de Israel,* al decir *de toda nación, razas, pueblos y lenguas.* Pues toda nación, raza, tribu, pueblo y lengua que vienen al final, se injertan en esta raíz; y se hace ese mismo que llega, de las doce tribus de Israel. Pues el Señor en el Evangelio manifiesta que toda la Iglesia, ya

sea proveniente de los judíos, o de los gentiles, son las doce tribus de Israel, al decir: *vosotros, los que me habéis seguido, os sentaréis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt 19,28). Como está claro que van a juzgar a toda la Iglesia, que es de toda raza, no sólo de la circuncisión, el Apóstol dijo que al final se realizaría la entrada de los gentiles en Israel: *hasta que entre la totalidad de los gentiles y así todo Israel será salvo* (Rom 11,25). Para mostrar que los 144.000 es una muchedumbre innumerable, y que las doce tribus de Israel eran todos los pueblos, no nombró los 144.000, y sólo habló de la muchedumbre innumerable premiada con vestiduras blancas y purificadas por las lágrimas. No son éstos, como dicen algunos, los niños que asesinó Herodes; no es difícil demostrar que esto es una simpleza: aquellos fueron solamente de la tribu de Judá; en cambio, éstos, de toda tribu, raza y lengua.

De pie, dice, *delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos. Y gritan con fuerte voz: la salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero; y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los vivientes.* Explicó qué era esa muchedumbre diciendo: *estaban en pie todos los ángeles.* No describe otra cosa, sino a la Iglesia. Y lo que dice: *con palmas en las manos:* no sin razón la vida de los justos se compara con una palma: porque la palma por abajo es áspera al tacto y como envuelta por secas cortezas; pero por arriba es hermosa para la vista y por sus frutos; por abajo se angosta con las envolturas de sus cortezas, pero por arriba se extiende con la amplitud de un hermoso verdor. Así es la vida de los elegidos, despreciada por abajo, hermosa por arriba. En esta tierra, es decir, abajo, aparece como envuelta en muchas cortezas, cuando es agobiada con numerosas tribulaciones. En aquella altísima eternidad parece que se dilata con hojas de hermoso verdor por la amplitud del premio. Tiene además la palma otra cosa, que la diferencia de todas las demás clases de árboles. Pues todo árbol permanece ancho en su fuerza junto al suelo, pero al crecer hacia arriba se va estrechando y cuanto es un poco más alto, en tanto se vuelve más pequeño en lo alto. En cambio, la palma comienza con menor anchura junto al suelo, y en las ramas y los frutos surge con mayor vigor. Y el que comienza débil abajo, crece más ancho en lo alto. ¿A quiénes se pueden asemejar los otros árboles sino a las almas terrenas y que codician los bienes terrenos? En esta vida anchos, en la otra angostos. Porque sin duda todos los que aman este mundo son fuertes en las cosas terrenas, y débiles en las celestiales. Pues por la gloria temporal desean esforzarse hasta la muerte, y por la esperanza eterna no permanecen ni siquiera un poco en el esfuerzo. Por los bienes terrenos toleran cualquier injuria, y por el premio celestial rehúsan sufrir el agravio de una palabra insignificante. Son fuertes para asistir incluso todo un día a un juicio terreno; pero en la oración delante de Dios se fatigan en el tiempo de una hora. Sufren muchas veces desnudez, desprecio, hambre por adquirir riquezas y honores: se sacrifican con la abstinencia de manjares, y se dan prisa para conseguir beneficios; en cambio, buscar con trabajo los bienes celestiales, los retrasan tanto más cuanto más tarde piensen que van a recibirlos en recompensa. Así, pues, éstos, como los demás árboles, son anchos por abajo y estrechos por arriba: porque permanecen fuertes en lo inferior, pero desfallecen en lo superior. Por el contrario, por la cualidad de las palmas se significa la provechosa vida de los justos, que no son fuertes en los afanes terrenos, ni débiles en los celestes, sino que se muestran solícitos por Dios en una mayor distancia y medida que recuerdan haberlo sido para el mundo. A éstos se les dice por medio de nuestro predicador: *hablo en términos humanos, en atención a vuestra flaqueza natural. Pues si en otros tiempos ofrecisteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden hasta desordenaros, ofrecedlos igualmente ahora a la justicia para la santidad* (Rom 6,19). Sin duda es

José Ramón Sánchez 2004

condescendiente con su flaqueza, como si les dijera de una manera más clara: si no podéis ser más, por lo menos sed tales en el fruto de las obras buenas, cuales fuisteis antes en la conducta viciosa. Y que no os tenga ahora la santa libertad de la caridad más débiles, a los que el uso del placer terreno mantuvo fuertes en la carne. Hay algunos que, cuando buscan los bienes celestiales, incluso abandonan las acciones malsanas de este mundo; sin embargo, debido a su inicuo pensamiento, desfallecen con la debilidad de la inconstancia. ¿A quiénes diré que son semejantes éstos, sino a los restantes árboles, que no se elevan en las alturas tal cual son a ras de tierra? Cuando se convierten éstos, no perseveran tal cual comenzaron, y a la manera de los árboles son anchos en sus comienzos, pero crecen débiles: porque, por las pruebas temporales, sufren al poco tiempo el deterioro de sus virtudes. Languidecen dulcemente en ellos los deseos celestiales: y los que se propusieron ser fuertes y robustos, terminan débiles y enfermos; mientras avanzan con el incremento del reposo, crecen que parece que se doblan. En cambio, la palma, como he dicho, es más ancha en la altura que el grosor que tiene cuando comienza a existir junto a la raíz. Pues muchas veces la conversión de los elegidos se realiza más plenamente al terminar que lo que se ha propuesto al comenzar. Y si al principio comienza más tibiamente, termina al final con mayor fervor: es decir, piensa que está siempre empezando y por eso perdura infatigable en la novedad. Viendo esta constancia de los justos, dice el profeta: *los que esperan en el Señor, cambiarán su vigor y tomarán alas como de águila; correrán sin fatigarse y andarán sin cansarse* (Is 40,31). Cambian su vigor, porque desean ser fuertes en la obra espiritual, los que antes fueron fuertes en la carne. Toman alas como de águila, porque vuelan en la contemplación. Corren sin fatigarse, porque con gran celeridad predican más velozmente. Andan sin cansarse, porque retienen la velocidad de su entendimiento, para acompañar a los más retardados. En todos los bienes que reciben, en tanto lo acomodan a otros con agrado en cuanto ellos mismos perduran inmutables en la novedad: y quienes surgen débiles en la raíz de su comienzo, crecen fuertes en el culmen de la perfección.

Sigue así: *se postraron delante del trono, rostro en tierra delante del Cordero, y adoraron a Dios diciendo: Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.* Y para mostrar que la multitud innumerable que vio de pie delante del trono eran los mismos ángeles, que se postraron rostro en tierra y adoraron, no dijo aquí que habían adorado, ni la multitud innumerable, ni los vivientes, ni los ancianos, sino sólo los ángeles. Los mismos ángeles, ellos son la multitud, ellos son los ancianos; y los vivientes, ellos son los que se postraron y adoraron a Dios. *Uno de los ancianos tomó la palabra y dijo: esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Yo le respondí: tú lo sabes, Señor* (Ap 7, 13-14). Uno de los ancianos es la Iglesia: uno enseña a uno, es decir, la Iglesia a la Iglesia. Uno le dice al otro cuál es el premio del esfuerzo de los santos, diciendo: *éstos son los que vinieron de la gran tribulación y han lavado sus vestiduras y las han blanqueado con la sangre del Cordero.* No sólo los mártires, como piensan algunos, sino toda la Iglesia. Pues no dijo que habían lavado las vestiduras en su propia sangre, sino en la del Cordero, es decir, en la gracia de Dios, por medio de Cristo, según está escrito: *y la sangre de su Hijo nos purifica* (1 Jn 1,7). *Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su trono.* Es decir, meditan en la ley de Dios día y noche: *en su trono,* es decir, en la Iglesia. *Y el que está sentado en el trono habitará en ellos.* Y ellos son el trono, en los que habitará Dios, es decir, la Iglesia. *Ya no tendrán hambre, ni sed.* Como dice el Señor: *yo soy el pan de vida: el que viene a mí, no tendrá hambre; quien cree en mí, no tendrá ya sed* (Jn 6,51). Y también: *el que beba del agua que yo le daré, no tendrá nunca más sed; sino*

que surgirá en él una fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna (Jn 4,13).

Ya no les molestará el sol, ni bochorno alguno. Así dice Dios de la Iglesia por medio de Isaías: *será toldo y tienda para sombra contra el calor diurno, y para abrigo contra el temporal y la lluvia* (Is 4,6). Y también: *de día el sol no te hará daño, ni la luna de la noche* (Sal 121,6). El sol es Cristo. Quien tropieza en Cristo, el sol le quema de día. La luna es la Iglesia. Quien tropezare en la Iglesia, la luna le quemará por la noche. Dice que florece en los suyos la virtud de los sacramentos y que no están sometidos a engaño nocivo alguno del sol y de la luna. *Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará.* El Cordero es Cristo. Había dicho que el Cordero había tomado el libro del que está sentado en el trono; ahora es el Cordero el que está en medio del trono. En verdad, Cristo está en medio de la Iglesia: ella es su trono y con ella resucitó en el trono. *Y los guiaré a los manantiales de las aguas de la vida,* como dice la misma Iglesia: *el Señor es mi pastor, nada me puede faltar. Por prados de fresca hierba me apacienta* (Sal 23,1). Y por Isaías: *por todos los caminos pacerán y en todos los calveros tendrán pasto. No tendrán hambre ni sed, ni les dará el bochorno ni el sol, pues el que tiene piedad de ellos los conducirá, y a manantiales de agua los guiará. Convertiré todos los montes en caminos, y todo el camino les servirá de pasto* (Is 49,9).

Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos. Todo esto sucede espiritualmente a la Iglesia cuando, perdonados los pecados, resucitamos y nos despojamos del primer hombre viejo, nos revestimos de Cristo y nos llenamos del gozo del espíritu. Este es el modelo de vida que el Señor promete a la Iglesia: *me regocijaré por Jerusalén y me alegraré por mi pueblo, sin que se oiga allí jamás lloro ni quejido. No habrá allí jamás niño que viva pocos días o viejo que no llene sus días, pues un niño morirá a los cien años, y el que no alcance los cien años será porque está maldito. Edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto* (Is 65,19). Todo esto sucede espiritualmente en la Iglesia, y no en los cultivos del mundo, cuyos trabajos frecuentemente se agostan en su desarrollo. *Porque un niño morirá a los cien años:* pues todo el que camina en la ceguera de la ignorancia y no piensa que se van a realizar las promesas de Dios, aunque muera a los cien años, es un niño; *y el pecador de cien años será maldito:* pues todo el que comprende lo que es recto y es perezoso en realizarlo, será maldito. Todo sexo, edad, es sumergido en la edad de Cristo, como dice el Apóstol: *al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo* (Ef 4,13). El que muere pecador, aunque parezca bautizado y sabio, será maldito, para que no piense nadie que todo el que vive mucho tiempo es bendecido, según la primera promesa: *que te suceda el bien y vivas largo tiempo en la tierra* (Ef 6,3). Concluye ambas narraciones con el séptimo sello, que había omitido, para recapitular: pues antes había terminado en el sexto sello, y había recapitulado; pero ahora comienza el séptimo sello.

TERMINA LA EXPLICACIÓN DEL SEXTO SELLO

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DEL SÉPTIMO SELLO

(Ap 8,1) *Cuando abrió el séptimo sello se hizo silencio en el cielo:* vio un rato de silencio, en el que contempló la misma visión. Esta visión la iba a contemplar más plenamente, porque en este séptimo sello no ve tanto como todavía se le concederá contemplar. Y, para que se le manifestaran más claramente muchas cosas, se rompió el silencio. Porque si hubiera un hablar continuo, no sería el verdadero final. Aquí hay que considerar que finaliza la narración. Y ahora recapitula desde la pasión de Cristo para decir las mismas cosas de otra manera.

TERMINA EL LIBRO CUARTO

El Alfa y la Omega

LIBRO QUINTO

COMIENZA EL LIBRO QUINTO

i entonces a los siete ángeles que estaban en pie delante de Dios; les fueron entregadas siete trompetas. Otro ángel vino y se puso junto al altar con un incensario de oro. Se le dieron muchos perfumes para que, representando a las oraciones de los santos, los ofreciera sobre el altar de oro colocado delante del trono. Y por mano de ángel subió delante de Dios la humareda de los perfumes que representan a las oraciones de los santos. El ángel tomó el badil y lo llenó con brasas del altar y las arrojó sobre la tierra. Entonces hubo fragor de truenos, relámpagos y terremotos. (Ap 8, 2-5)

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA EN EL LIBRO QUINTO

En este libro recapitula desde el principio diciendo: *y vi a los siete ángeles que estaban en pie delante de Dios.* Los siete ángeles se refieren a las siete Iglesias antes descritas, pero también a otras visiones que iba a contemplar por medio de estos siete ángeles, *que recibieron siete trompetas,* es decir, la perfecta predicación, según está escrito: *levanta tu voz como una trompeta* (Is 58,1). *Y otro ángel vino y se puso junto al altar.* También este género de narración que utiliza hay que entenderlo en sentido espiritual. Con frecuencia lo que propone en sentido espiritual, lo resume en un pequeño párrafo, y lo cuenta con brevedad. Y habiendo acabado aquello que había intercalado para oscurecerlo, vuelve a su propósito. Primero afirmó que los siete ángeles recibieron las trompetas, y ahora dice: *otro ángel vino y se puso junto al altar.* Este ángel es Cristo, que está junto a su Iglesia llena del espíritu septiforme: para que entiendas que ha venido después de los siete án-

geles. Pero Juan vio esto al mismo tiempo, al venir el ángel recibieron ellos las siete trompetas, es decir, anunciaron a Cristo por todo el mundo. Ciertamente, la Iglesia predicaba antes de la venida de Cristo, pero sólo en Judea. Pues Dios mandó por medio de Moisés que nadie subiera junto al altar, hasta que viniera Cristo *con un incensario de oro.* Llamamos turíbulo al incensario, que es el cuerpo de Cristo. El mismo Señor se hizo incensario del que Dios recibió el olor suave, y se hizo propicio al mundo. Dejó primero su ejemplo, para que sigamos sus huellas (1 Pe 2,21): y entonces nos convertimos en el buen olor de Cristo (2 Cor 2, 15). *Se le dieron muchos perfumes para que, representando a las oraciones de los santos, los ofreciera sobre el altar de oro, colocado delante del trono.* Ofreció los perfumes de las oraciones de los santos. Pues él legó a su Iglesia las oraciones, con las que Dios se aplaca, según dice: *subió delante de Dios la humareda de los perfumes que representa a las oraciones de los santos por mano de ángel. El ángel tomó el incensario y lo llenó con brasas del altar.* Ya dijimos que el incensario es el cuerpo de Cristo, y el altar la Iglesia. Tomó el Señor su cuerpo, es decir, la Iglesia, porque, imitando a Cristo por la fe, se une en el cuerpo de Cristo como miembro, y cumpliendo la voluntad del Padre la llenó de las brasas del altar, es decir, de su poder, según dice: *como mi Padre me envió* a la pasión, *así también os envío yo* a la pasión, que consiste en los sacrificios y en aplacar a Dios. Sobre éstos recibe la Iglesia todo poder en el cielo y en la tierra cuando, ofreciendo al Señor, realiza el sacrificio de Dios. *Y las arrojó sobre la tierra.* Porque de la Iglesia viene la ira al mundo, como se dice por medio de Zacarías: *aquel día haré yo de los jefes de familia de Judá como una caldera con fuego de leña, como una antorcha con fuego de gavillas: y devorarán a derecha e izquierda a todos los pueblos del contorno* (Zac 12,6); porque quien no obedece a la Iglesia, sin duda incurre en la ira de Dios. *Y hubo voces y truenos, relámpagos y terremotos.* Las voces, truenos y relámpagos de la Iglesia

Las columnas del Templo

son las predicaciones; en cambio, los terremotos son las persecuciones que sufre por doquier la Iglesia, porque siempre padece tribulación donde predica. Dijo que esto sucedería en el tiempo, y dirigido contra todos los poderes hasta el final. Luego repite lo que adelantó, para exponer uno a uno por partes la misión de los siete ángeles, de los que había hablado. *Y los siete ángeles de las siete trompetas se dispusieron a tocar* (Ap 8, 6-7). Es decir, las siete Iglesias se dispusieron a predicar.

Tocó la trompeta el primer ángel, y hubo entonces pedrisco y fuego mezclados con sangre. Sobrevino la ira de Dios, que contiene en sí la muerte de muchos. *Fue arrojado sobre la tierra: la tercera parte de la tierra quedó abrasada, la tercera parte de los árboles quedó abrasada, toda hierba verde quedó abrasada.*

Tierra, árboles y hierba son la misma cosa. Habló de tres partes, porque tres son los grupos, es decir, la Iglesia, los falsos hermanos, que se llaman cristianos, y el tercer grupo son los infieles. Contra estos dos grupos, mal gemelo, lucha la Iglesia: y estos dos grupos luchan contra la Iglesia. Así promete Dios por medio de Zacarías herir a los pastores, y a los que están unidos a ellos en todo el mundo, y dispersar a las ovejas (Zac 13,7). Y de esos tres grupos, librar a uno, y matar a los dos restantes, es decir, a los gentiles y a los malos cristianos, que sólo son cristianos de nombre, pero en sus obras son gentiles. Y estos grupos son dos. Y de dos modos el hombre se separa de Dios, o por la fe, o por las obras. Pues así como el que no tiene fe está alejado de Dios, así el que se separa por sus obras se dice que está alejado de Dios omnipotente, aunque dentro de la Iglesia parezca tener fe. Estos tres grupos que están en todo el mundo, uno de ellos va a ser librado, que son las ovejas, que es la Iglesia. *Despierta, espada,* dijo, *contra los pastores, y contra el hombre compañero suyo, dice el Señor todopoderoso. Herid a los pastores y dispersad las ovejas y pondré mi mano sobre los pastores y sucederá en toda esta tierra, dice el Señor. Dos tercios serán exterminados y morirán, y un tercio quedará en ella,* ciertamente todo esto sucederá en la tierra: *yo meteré en el fuego este tercio y los purgaré como se purga la plata, y los probaré como se prueba el oro. Invocará él mi nombre y yo le atenderé y diré: eres mi pueblo; y él dirá: tú eres el Señor mi Dios* (Zac 1379). Antes de que suceda la separación en el día del juicio, todos los que vemos son considerados pueblo de Dios, o de aquellos que se piensa que ellos solos son el pueblo de Satanás en el mundo: cuando en el mundo haya sucedido la huida, es decir, la persecución, aparecerá el tercio de Dios, y a estos que ve padecer por su nombre les dice Dios: *tú eres mi pueblo;* y él dice: *tú eres mi Dios.* La hierba verde, a su vez, se refiere a la carne procaz y lujuriosa: *pues toda carne es heno* (Is 40,6). Estos tres grupos disienten entre sí; pero sólo uno es de Dios, que es el que se salva o en este mundo o en el juicio. Como se dice por medio de Job: *pero no salva a los malvados, y hará justicia a los pobres* (Job 36,6). La Sagrada Escritura acostumbra frecuentemente llamar *pobres* a los humildes: por eso en el Evangelio son citados, añadiendo *de espíritu,* cuando se dice: *dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5,3). Pues aunque las riquezas muestran visiblemente a los poderosos, en sí mismos son pobres quienes no son soberbios en sus conciencias. Pero llama malvados a los que se han separado de la piedad de la fe, o lo que creen con fidelidad lo contradicen con sus malas costumbres. Porque Dios omnipotente condena la malicia de la soberbia, no la elevación de la riqueza, según está dicho: *Dios no rechaza al poderoso,* siendo como es él poderoso; *pero no salva a los malvados, y hará justicia a los pobres,* es decir, destruirá a los soberbios, y a los humildes librará por medio del juicio. O hará justicia a los pobres, porque los que en este mundo son oprimidos injustamente, ésos en el día del juicio serán entonces los jueces de sus opresores. Pues hay dos grupos en el juicio, a saber, el de los elegidos y el de los réprobos. Pero estos dos grupos están incluidos en cada uno de los mismos grupos. Pues unos son juzgados y

perecen; otros no son juzgados y perecen; otros son juzgados y reinan. Son juzgados y perecen aquellos a quienes dirá la sentencia del Señor: *Tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber. Era viajero y no me hospedasteis. Desnudo y no me vestisteis. Enfermo y en la cárcel y no me visitasteis* (Mt 25,42). A los que antes se les dice: *apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que fue preparado para el demonio y sus ángeles.* Otros no son juzgados en el juicio final y perecen, de quienes dice el profeta: *no se levantarán los malvados en el juicio* (Sal 1,5); y de quienes dice el Señor: *el que no cree, ya está juzgado* (Jn 3,18). También de éstos dice San Pablo: *cuantos sin ley pecaron, sin ley también perecerán* (Rom 2,12). Se levantan también todos los infieles, pero para el tormento, no para el juicio. Pues no se examina entonces la causa de aquellos que acceden ya ante la mirada del riguroso juez con la condena de su infidelidad. En cambio, los que mantienen la profesión de la fe, pero no tienen obras que respondan a esa profesión, son juzgados para perecer. Pero quienes ni siquiera poseyeron los misterios de la fe, no oyen la increpación del juez en el último juicio, porque, condenados de antemano por las tinieblas de su incredulidad, no merecen ser reprendidos con la condena de aquel a quien despreciaron. Oyen por lo menos las palabras del juez aquellos que, al menos de palabra, poseyeron la fe. Estos, en su condena, ni escuchan las palabras del juez eterno, porque prefirieron no guardar ni siquiera sólo de palabra el respeto a la fe. Aquéllos perecen legalmente porque, puestos bajo la ley, pecaron; a éstos, en su condena, nada se les dice de la ley, porque no se esforzaron en poseer nada de la ley. El príncipe que rige el gobierno terreno, castiga de una manera al ciudadano que delinque en el interior del reino, y de otra manera al enemigo que se rebela en el exterior. En aquél examina sus derechos, y le condena bajo palabras que encuentra dignas; en cambio, contra el enemigo declara la guerra, maneja instrumentos de destrucción y castiga con los tormentos merecidos por su maldad; pero no pregunta acerca del malo qué ley tiene; ni es necesario que sea matado conforme a la ley el que nunca se sometió a la ley. Así, en el juicio final, la condena legal hiere a aquel que, poseyendo la profesión de fe, se desvió en su conducta. Y a éste es dado muerte sin conocer juicio, ya que no posee la ley de la fe. Del grupo de los elegidos, unos son juzgados y reinan: son los que lavan las manchas de la vida con las lágrimas. Porque redimiendo los males anteriores con las acciones posteriores, lo ilícito que hicieron en otro tiempo, lo ocultan de los ojos del juez con la superposición de las limosnas. Cuando venga el juez, dice a los que están situados a la derecha: *Tuve hambre y me disteis de comer. Tuve sed y me disteis de beber. Era forastero y me hospedasteis. Desnudo y me vestisteis. Enfermo y me visitasteis. Estaba en la cárcel y vinisteis a verme.* A éstos les dice antes: *venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.* Otros no son juzgados y reinan: son los que superan incluso las enseñanzas de la ley con la virtud de la perfección, porque no se contentaron sólo con cumplir lo que la ley divina manda a todos, sino que con un afán de mayor perfección desean realizar más que lo que pudieron oír en los preceptos generales; a éstos les dice la voz del Señor: *vosotros que dejasteis vuestras cosas y me habéis seguido, cuando se siente el Hijo del hombre en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt 19,28). De éstos dice el profeta: *el Señor vendrá a juzgar con los ancianos de su pueblo* (Is 3,14). Acerca de éstos se manifestó también Salomón, al hablar del esposo de la santa Iglesia, diciendo: *Su marido es considerado en las puertas, cuando se sienta con los ancianos del país* (Prov 31,23). Estos, por tanto, en el juicio final no son juzgados y reinan, porque vienen como jueces junto con su Creador: pues, dejando todas las cosas, siguieron estos preceptos con más decidida devoción que la que oyeron que era ordenada para todos en general. Pues con un mandato especial se dice a unos pocos más perfectos, y no a todos en general, lo que

Las tres primeras trompetas

oyó el joven rico: *vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Ven y sígueme* (Mt 19,21). Pues si un mandato general obligara a todos a este precepto, sería ciertamente pecaminoso poseer nosotros algo de este mundo. Sin embargo, una cosa es lo que en las Sagradas Escrituras se obliga a todos en general, y otra lo que se manda a los más perfectos en especial. Estos con razón no están obligados al juicio general, porque en su vida superaron los preceptos generales. Así como no son juzgados y perecen los que por consejo de la perfidia desprecian someterse a la ley, así no son juzgados y reinan los que por consejo de la piedad van también más allá de los preceptos generales de la ley divina. Es por esto por lo que Pablo, sobrepasando incluso los preceptos especiales, exhibió en su conducta más que a lo que se obligó en el derecho establecido (Hech 20,33). Pues habiendo recibido que el que predica el Evangelio viva del Evangelio, predicó el Evangelio a los oyentes, y sin embargo rehusó ser sustentado por los que recibieron el Evangelio. ¿Por qué va a ser juzgado para reinar el que se obligó a cumplir lo menos, pero realizó algo mayor que lo ordenado? Dígase, pues, con justicia: *hará justicia a los pobres* (Sal 72,4), porque en la medida en que son desconsiderados para este mundo por su gran humildad, en esa medida entonces en el juicio, ocupando sus asientos, se elevan a mayor altura de poder.

TERMINA LA HISTORIA DE LA PRIMERA TROMPETA

COMIENZA LA HISTORIA DEL SEGUNDO ÁNGEL

(Ap 8, 8-9) *El segundo ángel tocó la trompeta: entonces fue arrojado al mar algo como una enorme montaña ardiendo, y la tercera parte del mar se convirtió en sangre. Pereció la tercera parte de las criaturas del mar que tienen vida, y la tercera parte de las naves fue destruida.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA MISMA HISTORIA

Y el segundo ángel tocó la trompeta: entonces fue arrojado al mar algo como una enorme montaña ardiendo. La montaña ardiendo es el diablo arrojado a los pueblos. *Y la tercera parte del mar se convirtió en sangre.* El mar se refiere a este mundo. Lo que es la tercera parte de la tierra o de los árboles, que expusimos antes, ésa es la tercera parte del mar. Dijo la tercera, porque manifiesta que hay tres partes en todo el mundo. Y lo que dijo: *la tercera parte del mar se convirtió en sangre,* esa misma está en la Iglesia bajo nombre de cristiandad. Así en Egipto primero las aguas se convierten en sangre. El mar y Egipto es este mundo. Aunque haya sucedido materialmente en Egipto, sin embargo sucede ahora espiritualmente entre nosotros. Las aguas convertidas en sangre, es decir, la doctrina

de los filósofos entendida carnalmente en el mundo. Refieren muchas cosas de las Escrituras, pero las interpretan según la carne; por eso el mar, es decir, el pueblo, se convierte en sangre imitando a aquellos que la cruz de Cristo, es decir, la penitencia, expulsa de la Iglesia. *Pereció la tercera parte de las criaturas del mar que tienen vida.* Lo que es la criatura, esto es también el mar: dividió una misma cosa en dos partes. También dijo que la tierra y los árboles tenían vida, para mostrar que se refería a los vivos y a los muertos. *Y la tercera parte de las naves fue destruida.* Ya dijimos antes que la doctrina de los filósofos e hipócritas destruye la tercera parte de la tierra, que les sigue. Destruyen la tierra, es decir, los terrenos que no se elevan a las cosas celestiales. Lo que es el mar, esto es la criatura: en este mar están también las naves.

TERMINA LA SEGUNDA TROMPETA

COMIENZA EL TERCER ÁNGEL DE LA HISTORIA

(Ap 8, 10-11) *Tocó la trompeta el tercer ángel y cayó del cielo una estrella grande, ardiendo como una antorcha. Cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de las aguas. La estrella se llama ajenjo: la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo.*

EXPLICACIÓN DE LA MISMA HISTORIA

Tocó la trompeta el tercer ángel y cayó del cielo una estrella grande, ardiendo como una antorcha. Se dice que cayeron de la Iglesia los hombres. Dijo una gran estrella porque personas importantes son las que parece que están en la Iglesia, pero están entre los miembros del Anticristo. Llama cielo a la Iglesia: cuando se separan de la Iglesia y se levantan contra la Iglesia, se dice que han caído del cielo. Se dice una estrella porque, aunque no por un corazón limpio, parecen brillar entre ignorantes. La Verdad dice en el Evangelio: *yo soy la luz del mundo* (Jn 8,12), y así como el mismo Redentor del mundo es una sola persona con la asamblea de los buenos —pues él es la cabeza del cuerpo, y nosotros el cuerpo de esa cabeza—, así el antiguo enemigo es una sola persona con toda la colectividad de los réprobos. Porque él como cabeza les preside para la iniquidad. Pues en relación con él es un proceder normal, o lo que se oye de la cabeza aplicarlo a los miembros, o lo que se dice de los miembros referirlo a la cabeza. Lo que sabemos de Cristo y su cuerpo, eso mismo debes entender del diablo y de sus miembros. Pues cuando ellos obedecen sus insinuaciones, se adhieren a él, como cuerpo sometido a la cabeza, y de quienes se dice por medio de Pablo: *confiesan que conocen a Dios, pero le niegan con su conducta* (Tit 1,16), ciertamente sus acciones, o son escasas, o las obras justas no las realizan con recto corazón. Pues no buscan con sus obras los premios eternos, sino los beneficios temporales. Y, sin embargo, como oyen que son alabados como santos, piensan que son verdaderamente santos. Y en la medida que se consideran que son irreprensibles en la estimación de muchos, en esa misma esperan confiados el día del juicio riguroso. *Cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de las aguas.* Es la tercera parte que asocia a su persona en el amargor de la predicación, según dice: *la estrella se llama ajenjo.* Y la tercera parte de los hombres se hizo semejante a la estrella, que cayó sobre ella. *Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo, y mucha gente murió por las aguas que se habían vuelto amargas.* Las aguas son los pueblos. Las aguas se vuelven amargas cuando escancian la mala doctrina de la predicación. Así se le da al Señor a beber en la cruz vinagre y hiel, que es la malvada doctrina de los herejes; por eso no quiso beber. Pero los hombres murieron, heridos por letales doctrinas.

TERMINA LA TERCERA TROMPETA

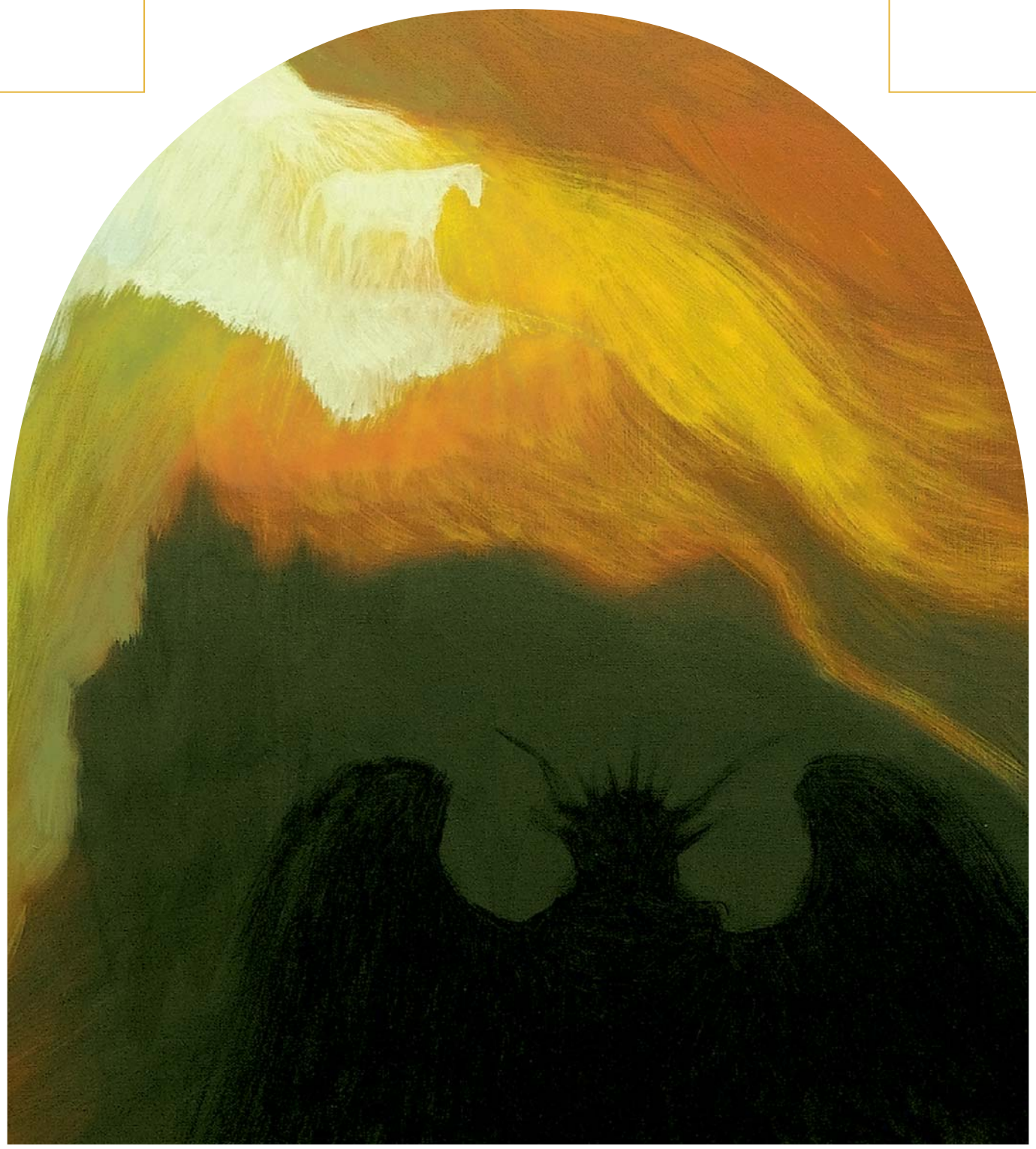
COMIENZA LA HISTORIA DE LA CUARTA TROMPETA

(Ap 8, 12-13) *Tocó el cuarto ángel la trompeta: entonces fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de las estrellas, y la tercera parte de la luna; quedó en sombra la tercera parte de ellos, para que apareciese la tercera parte del día y de la noche. Y en la visión oí que un águila que volaba por lo alto del cielo decía con fuerte voz: ¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, cuando suenen las voces que quedan de las trompetas que los tres ángeles van a tocar!*

TERMINA EL ÁGUILA QUE VOLABA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Tocó el cuarto ángel la trompeta: entonces fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de las estrellas, y la tercera parte de la luna; quedó en sombra la tercera parte de ellos, para que apareciese la tercera parte del día y de la noche. De manera semejante, el sol, o la luna y las estrellas son la Iglesia, cuya tercera parte fue herida. La tercera parte es sólo un nombre para la división, pero no dice relación a la cantidad. Ya dijimos antes que en todo el mundo hay tres grupos. Uno es la gentilidad, que está fuera de la Iglesia; y en la Iglesia los otros dos: uno bueno, y el otro, bajo nombre de cristiandad, malo; y por eso se dice que son tres. Estos dos grupos dentro de la Iglesia son llamados día y noche. Y fue llamada tercera parte del día, y tercera de la noche, a la que dice: *asemejaré vuestra madre a la noche* (Os 4,5). Porque así como el día es la ciencia, así también la noche es la ignorancia. Pues la ignorancia es la madre de los errores. Por eso fue herida, para que apareciera la tercera parte del día y la tercera de la noche; qué tercera parte es de Cristo, y qué tercera del diablo. Pues no dijo *fue herida y se oscureció;* sino *para que se oscureciese y apareciera.* ¿Y qué es su herida, sino su propia voluntad? Porque no apareció, cuando fue herida, sino que para eso fue herida, es decir, entregada a sus deseos. Pues todo el que es conducido por sus propios deseos, aunque parezca que obra rectamente, sin duda es llamado tiniebla de la ignorancia. Pues la Iglesia no hace su propia voluntad, ella que conoce los mandatos del Maestro que la guía, que dice: *No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió, del Padre* (Jn 5,30). El sol, la luna y las estrellas, la tercera parte de ellos se oscureció, porque la que no imita a Cristo, a la Iglesia y a los Santos Padres que la preceden, herida por los intereses terrenos, se manifiesta como oscurecida en el día. El sol consiste en la luz, y la obra buena en su manifestación. Pues está escrito: *alumbre así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5,16). Y también: *estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas* (Lc 12,35). Lo que aquí se designa por el sol, es lo mismo que en el Evangelio se designa por las lámparas encendidas. La buena obra, cuando brilla en medio de los pérfidos, es antorcha que se coloca en la noche; y cuando brilla en la Iglesia, resplandece en el día. La buena obra, si todavía es tal que sólo los malos se admiran, verdaderamente es una antorcha en la noche. Pero si es de tal provecho que puede ser admirada por los buenos y los más perfectos, es en verdad sol en el día. La buena obra, cuando luce por la vida activa del cuerpo, resplandece su luz a la manera de una lucerna de barro. Pero cuando se eleva en la contemplación, por la sola virtud del alma, su luz se ve que viene del cielo, como a la manera del sol. Hay algunos que, cuando realizan algunas obras buenas, se olvidan en seguida de sus iniquidades, y fijan el ojo del corazón en el pensamiento de las buenas obras que ejecutan: y piensan que ya son santos, porque entre las obras buenas que hacen, apartan la memoria de sus malas obras en las que quizá todavía están implicados. Si tuvieran en cuenta éstos con preocupación la rigurosidad del juicio, temerían más



El Cordero y la ciudad de la Bestia

por sus malas obras que lo que se envanecerían de sus imperfectas obras buenas. Observarían más que son tenidos por deudores de aquellas cosas que aún deben realizar; que, que han pagado parte de la deuda porque han realizado algunas obras. Pues no es absuelto el deudor que ha devuelto mucho, sino el que ha devuelto todo. Pues hay algunos que caminan en la soberbia, porque por su inteligencia sutil conocen hasta las cosas buenas que no realizan. Estos en verdad se complacen en la abundancia de sus bienes, cuando descubren cualquier verdad elevada, que debe ser comprendida, y se corrompen en la soberbia por sus mismos hallazgos. Hay también algunos a los que no hace descollar la inteligencia, pero les enaltece la obra realizada. Los cuales, al ver sus acciones, menospreciándose en su alma, se posponen a los demás. Estos ciertamente, aunque *no se complacen en la abundancia de sus bienes, sin embargo ven al sol brillante* (Job 31,26). Y hay algunos a los que no ensalza la propia acción; pero cuando comienzan a ser alabados por los hombres por esta misma buena obra, ganados por las mismas aclamaciones de los hombres, se ven a sí mismos seres grandes en su

propio pensamiento y se desentienden de la guarda del corazón. Estos realmente, aunque no quisieron ver al sol brillante, sin embargo ven brillar sin fin a la luna; porque entre las tinieblas de su vida, cuando fijan su corazón en la luz de su opinión, pierden la gracia de la humildad, como por la luz de la noche; y viendo a la luna, no se ven a sí mismos, porque empiezan a desconocerse cuando fijan los ojos del alma en la alabanza pasajera. En el cuarto signo dice que fue herida para que se manifestara. Y en el quinto va a decir la manera de manifestarse en parte de la tierra, para que desde ahí se conozca cómo será la revelación en todo el mundo. *Y en la visión oí que un águila volaba en medio del cielo y decía con fuerte voz: ¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra, cuando suenen las voces que quedan de las trompetas que los tres ángeles van a tocar!* Llama águila a la Iglesia: que vuela en medio del cielo, es decir, que planea en medio de sí misma, y que predica con fuerte voz las plagas del último tiempo.

TERMINA LA CUARTA TROMPETA

COMIENZA LA QUINTA TROMPETA DE LA QUINTA HISTORIA

(Ap 9, 1-6) *Tocó la trompeta el quinto ángel... Entonces vi una estrella que había caído del cielo a la tierra. Se le dio la llave del pozo del abismo. Abrió el pozo del abismo y subió del pozo una humareda como la de un horno grande: y el sol y el aire se oscurecieron con la humareda del pozo. De la humareda del pozo salieron langostas sobre la tierra, y se les dio un poder como el que tienen los escorpiones de la tierra. Se les dijo que no causaran daño a la hierba de la tierra, ni a nada verde, ni a ningún árbol; sólo a los hombres que no llevaran en la frente el sello de Dios. Se les dio poder, no para matarlos, sino para atormentarlos durante cinco meses. El tormento que producen es como el del escorpión cuando pica a alguien. Y buscarán los hombres la muerte y no la encontrarán; desearán morir, y la muerte huirá de ellos.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Tocó el quinto ángel la trompeta: entonces vi una estrella que había caído del cielo a la tierra. Una estrella es el cuerpo de muchos que caen por los pecados, según se dice por medio de Job: *se oscurecerán las estrellas con su niebla* (Job 3,9). Las estrellas se oscurecen por la tiniebla de esta noche, cuando incluso aquellos que brillan ya con grandes virtudes, permanecen reteniendo aún algo de la oscuridad de la culpa. Pues así hay algunos que ante los ojos de los hombres brillan con apariencia de grandes obras; pero como esas mismas obras no surgen de un corazón limpio, prisioneros de sus ocultos pensamientos, se oscurecen con las tinieblas de esta noche. Porque a menudo, por aquello que no hacen con corazón limpio, pierden incluso las obras que realizan con buena intención. Y por eso se ciegan más con la acción por la que pudieron recibir luz. Y porque se permite que prevalezca la noche, cuando entre las buenas obras en nada se purifica la intención del corazón, dígase con justicia: *oscurézcanse las estrellas con su niebla,* es decir, contra aquellos que ante los ojos de los hombres brillan como con buenas obras, prevalezca la negra malicia del enemigo antiguo. Y abandonen esta luz de la alabanza bajo la que estaban ante la opinión humana. Están cubiertos ciertamente por las tinieblas de la noche cuando un claro error oscurece su vida: de manera que aparecen verdaderamente también al exterior, en su acción, tales como no temen dentro de sí mismos manifestarse ante el juicio divino. *Y se le dio la llave del pozo del abismo.* La estrella, el pozo, el abismo, son estos que hemos dicho arriba. Decimos que el abismo es la secreta profun-

didad del corazón humano, del que no se conoce qué se oculta dentro si no se manifiesta por la puerta de la lengua. Así David, cuando oró para que no fuese cercado por los enemigos, dijo: *que el pozo no cierre sobre mí su boca* (Sal 69,16). La estrella, pues, cayó del cielo a la tierra y tomó la llave del pozo del abismo, es decir, el poder de su corazón, para abrir su corazón, en el que atado está encerrado el diablo, y hará su voluntad y la del diablo. *Y abrió el pozo del abismo,* es decir, manifestó su corazón sin vergüenza alguna o sin temor de pecar. *Y subió una humareda del pozo como la humareda de un gran horno,* es decir, subió del pueblo, que ya abiertamente se levanta en su soberbia contra la Iglesia, para despreciar su predicación y para oscurecerla, de manera que se diga que no existe, según dice: *y se oscureció el sol y el aire por la humareda del horno.* Pues los muchos pecados que se cometen por el mundo, oscurecen la predicación de la Iglesia, por la que el sol nace en el corazón de los creyentes y causa a algunos la ceguera. *Como la humareda,* dice, *de un gran horno.* El humo precede al fuego, y ¿qué es el fuego sino el hombre de pecado, el hijo de perdición, el Anticristo? Y ¿qué es el humo sino ser sus ministros? Porque, antes de que aparezca el fuego, el humo de sus tinieblas ciega los ojos de los soberbios. Este humo precede al fuego del horno, es decir, de la última prueba. De esta generalización pasa a la parte de la tierra en la que, para mostrar la manera de su futura manifestación, sale ya al exterior algo de sus obras, diciendo: *de la humareda del pozo salieron langostas sobre la tierra y se les dio un poder como el que tienen los escorpiones de la tierra.* Las langostas, por su ágil movilidad, hay que entenderlas como las almas que vagan y saltan a los placeres del mundo; el escorpión camina adulando, pero su cola hiere; no muerde de cara, sino con las partes posteriores. Los escorpiones, pues, son los hombres blandos y maliciosos que no se oponen a los buenos de cara; sino que, tan pronto como se han alejado, los calumnian, y difaman a otros si son capaces, y les ocasionan los daños que pueden: no cesan de infundir ocultamente venenos mortales. Son, pues, escorpiones los que parece que son débiles e inofensivos a la cara, pero a la espalda llevan donde inocular veneno. Los que hieren ocultamente, arrastran la muerte como a escondidas. Por eso también se dice por el salmista: *me rodearon como las abejas a la miel y se quemaron como fuego de zarzas* (Sal 118,12). Las abejas tienen miel en la boca, y en el aguijón veneno. Y todos los que adulan con la boca, pero hieren con malicia a escondidas, son abejas: porque hablando ponen la dulzura de la miel, pero hiriendo ocultamente causan llagas. Haciendo esas cosas se queman como fuego de zarzas. Porque por las llamas de los calumniadores no se quema la vida de los justos, sino que si hay en ellos algo de los pecados o de los vicios, se quema, como las zarzas. *Se les dijo que no causaran daño a la hierba de la tierra, ni a nada verde.* Enseña que las langostas son los hombres. *Se les dijo que no los mataran.* Uno es ciertamente el nombre de todos los que no tienen el sello de Dios en su frente, pero doble la apariencia. Como dijimos, hay dos grupos en la Iglesia: un grupo del diablo, que a manera de langostas vuela a saltos, que se engríe de vanagloria o huecas presunciones; el otro grupo es de Cristo, que es la Iglesia, entregada en humildad al conocimiento de la justicia de Dios y al recuerdo de la penitencia, según está escrito: *un bien para mí ser humillado, Señor, para que aprenda tus preceptos* (Sal 119,71). Así en todas las Escrituras se encuentra que hay una referencia general, y que señalan en particular el contenido de una sentencia. Como el Señor dice: *No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores* (Mt 9,13). Y a causa de los pecadores habla misteriosamente, no vaya a ser que, convertidos, se curen. De nuevo está escrito: *Había dicho yo: vosotros sois dioses y todos vosotros hijos del Altísimo; mas ahora como hombres moriréis* (Sal 82,6). ¿No parece que se refiere a todos? Pero de ninguna manera que sean llamados todos dioses. Ni de todos se di-

jo que iban a morir. Así también aquí: *los que no tienen el sello de Dios en sus frentes,* se dijo en general de todos: *y se les dio poder, no para matarlos:* esto se dijo en particular, es decir, recordando al grupo que vuelve a la penitencia, y no es matado por los malos, ni es herido espiritualmente, sino que sólo sufre en la carne por el dolor de la caída y de la cautividad. Se les concedió poder, no para matarlos, sino *para atormentarlos durante cinco meses.* Llamó meses a los años: y a veces, según el modo de hablar, lo interpretamos por los cinco sentidos del cuerpo, que todos son atormentados en estos peligros, cuando por eso son vigilados con cautela. *El tormento que producen es como el del escorpión cuando pica al hombre,* es decir, inocula los venenos en los vicios. *Y buscarán los hombres la muerte, y no la encontrarán.* Verdaderamente desean morir, para vivir para Dios, así como morimos para el siglo, para vivir para Dios. Buscarán esta muerte; pero, dejándola para mañana, no la encuentran. *Desean morir, y la muerte huirá de ellos.* Muestra repetido el tiempo de esta calamidad: porque significa lo mismo *buscar* que *desear.* Desearán buscándola y no encontrándola.

TERMINA EL POZO DEL ABISMO

COMIENZA TODAVÍA SOBRE LAS MISMAS LANGOSTAS

(Ap 9, 7-12) *La apariencia de estas langostas era parecida a caballos preparados para la guerra: sobre sus cabezas tenían como coronas que parecían de oro; sus rostros eran como rostros humanos; tenían cabellos como cabellos de mujer, y sus dientes como los del león; tenían corazas como corazas de hierro, y el ruido de sus alas como el estrépito de carros de muchos caballos que corren al combate; tienen colas parecidas a las de los escorpiones, con aguijones en sus colas y el poder de causar daño a los hombres durante cinco meses. Tienen so-*

El Templo de Dios

bre sí, como rey, al ángel del abismo, llamado en hebreo Abbadón y en griego Apolión, en latín el destructor. El primer ay ha pasado; mira que vienen detrás todavía otros dos.

TERMINA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

La apariencia de las langostas era parecida a caballos preparados para la guerra: es decir, parecidas a los últimos perseguidores. Pues en la última guerra que va a describir en la sexta trompeta, dice que los caballos luchaban: estas langostas dijo que eran parecidas a estos caballos. Por otra parte, ¿qué cosa es parecida a unos caballos preparados para la guerra? ¿Quién ha dicho alguna vez que tales caballos habían sido preparados para la guerra; a no ser que se trate de esas cosas espirituales que se realizan en la Iglesia, y que no son vistas por los ignorantes, sino por los católicos? Enseña en estas langostas cómo van a ser todavía los caballos que lucharán, soltados los cuatro ángeles en los cuatro extremos de la tierra, como encontramos en el relato del sexto ángel. *Sobre sus cabezas,* dice, *tenían como coronas que parecían de oro.* ¿Qué debemos entender en estas coronas de oro, sino el falso cristianismo? Hemos leído que los veinticuatro ancianos, que son la Iglesia, tenían coronas de oro: de éstas dice que parecían de oro. Dice que parecían, porque no son de oro. Muestran apariencias de ser Iglesia, pero no son Iglesia. *Sus rostros eran como rostros humanos.* Por el rostro se entiende el conocimiento. Simulan rostros humanos, porque parece que alaban a Cristo con nosotros con una misma voz. Pues los hombres son llamados así por su capacidad racional, pero esos tales no son hombres; más bien, si piensas en éstos, son caballos, es decir, preparados para correr hacia el mal. Si quieres, son langostas, es decir, encaramados en la soberbia de este mundo y con la agilidad de su vanagloria. Si preguntas, son hombres: porque confiesan con sus bocas que conocen a Dios, pero le niegan con sus acciones. Si lo piensas, son mujeres: porque demuestran una fortaleza negligente y afeminada. Si lo meditas, son leones: porque son fuertes para devorar a los inocentes. Si investigas detrás de su espalda, son escorpiones: porque por delante adulan como hombres, pero por la espalda hieren a la Iglesia por medio de sus falsos profetas. Y esto no lo hacen por sí mismos, porque tienen por cabeza al diablo, que es quien los dirige. Porque así como Cristo es cabeza de los buenos, así también el diablo es la cabeza de todos los inicuos. *Tenían cabellos como cabellos de mujer.* En los cabellos de las mujeres, no sólo quiso mostrar a los débiles y afeminados, sino también a uno y otro sexo. *Y sus dientes como los del león,* es decir, fuertes para devorar. *Y tenían corazas como corazas de hierro:* es decir, pechos como fuertes y protegidos. También se le dijo a la serpiente, que simboliza al diablo: *te arrastrarás sobre tu pecho y tu vientre* (Gén 3,14). En el pecho reside la soberbia, en el vientre la lujuria y la voraz glotonería. *Y el ruido de sus alas como el estrépito de muchos caballos que corren al combate:* es decir, el ruido de aquellas carreras, como el de los que corren al combate, que es el de los que se precipitan al mal. *Tienen colas parecidas a las de los escorpiones, con aguijones en sus colas y el poder de causar daño a los hombres durante cinco meses.* Llama colas a los malos prepósitos, es decir, a los obispos. Pues así se dignó Dios definirlos por medio de Isaías, que dice: *el anciano y honorable es la cabeza, y el profeta impostor es la cola* (Is 9,15). Pero a los que describe allí, dijo que eran internos, es decir, dentro de la Iglesia; pero ya en esta parte está la que es de fuera. El poder de las langostas está en los falsos profetas que entre nosotros son externos, es decir, fuera de nosotros; y dentro de la Iglesia en los malos, que por la amistad del rey simulan santidad dentro de la Iglesia, y apoyados por los malos cristianos, sin vergüenza les proporcionan seguridad. *Tie-*

nen sobre sí, como rey, al ángel del abismo, es decir, al diablo, o al rey de este mundo. El abismo es el pueblo, en el que el diablo permanece atado en lo oculto de sus corazones. Y el rey de este siglo domina con sagacidad. Su nombre en hebreo es *Abaddón,* en griego *Apolíon,* en latín el *destructor. El primer ay ha pasado; mira que detrás vienen todavía otros dos.*

TERMINAN LAS LANGOSTAS

COMIENZA LA SEXTA TROMPETA DE LA HISTORIA

(Ap 9, 13-16) *Tocó el sexto ángel la trompeta: entonces oí a un ángel de los cuatro cuernos del altar de oro que está delante de Dios y decía al sexto ángel que tenía la trompeta: suelta a los cuatro ángeles atados junto al gran río Eufrates. Y fueron soltados los cuatro ángeles que estaban preparados para la hora, el día, el mes y el año, para matar a la tercera parte de los hombres. El número de los ejércitos era de dos miríadas de miríadas. Pude oír su número.*

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Tocó el sexto ángel la trompeta. De aquí en adelante comienza la última predicación en tiempos del Anticristo. *Entonces oí a un ángel de los cuatro cuernos del altar de oro que está delante de Dios y decía al sexto ángel que tenía la trompeta: suelta a los cuatro ángeles atados junto al gran río Eufrates.* El Eufrates es un río de Babilonia. Y Babilonia significa confusión. Por eso esta Babilonia significa el mundo, y el río de Babilonia es el pueblo de este mundo, en el que permanece atado el diablo. Lo que dijo: *desata a los cuatro ángeles atados a la parte de allá del gran río Eufrates,* es como si dijera: predica en los cuatro extremos de la tierra. Antes había hablado de cuatro vientos (Ap 7,1); ahora dice que son cuatro ángeles. Aquí también se enseña que los vientos y los ángeles son una misma cosa. Había dicho que los vientos eran retenidos por los ángeles; ahora dice que los ángeles son soltados por el ángel. Todo esto es la única Iglesia. Pero el ángel, desde un extremo de la única Iglesia, que es el altar de oro que está delante de Dios en los cuatro vientos de la tierra, oyó que por mandato de Dios convenía que fuesen ya soltados: pues del África se manifestará a toda la Iglesia. Este ángel enseñará qué ha padecido y qué conviene que el hombre padezca. Y que con él está el tipo de la última persecución. Y manifestará con ayuda de Dios que el mundo no debe esperar otra cosa que lo que padeció para ejemplo el mismo Cristo, y será instruida la Iglesia, que vive la ya inminente o presente venida del rey Anticristo, a despreciar los preceptos soberbios y a alejarse de los que los obedecen. *Tú, que tienes,* dice, *una trompeta,* es decir, que ahora predicas, *suelta a los cuatro ángeles atados junto al gran río Eufrates,* de los que había dicho que estaban en los cuatro extremos de la tierra, para enseñar que el Eufrates está en toda la tierra. Gran río Eufrates llamó al pueblo perseguidor, en el que está atado Satanás y su propio deseo, para que no haga ya a la Iglesia lo que tanto anhela. Porque en tiempos del Anticristo, desatado ya el diablo por todo el mundo, se le permitirá hacer el mal. Como dice Dios de este río Eufrates por medio de Jeremías: *aquel día será para el Señor Dios día de venganza para vengarse de sus adversarios; devorará la espada y se hartará y se abrevará de sangre: pues será el sacrificio del Señor Sebaot en la tierra del Aquilón, junto al río Eufrates* (Jer 46,10). Dice sacrificio, pero de matanza y yugulación, como dice de los mismos hermanos por medio de Isaías: *la espada del Señor está llena de sangre, engrasada de sebo de carneros y machos cabríos: porque tiene el Señor un sacrificio en Bosrá y gran matanza en Edom* (Is 34,6). Bosrá y Edom son ciudades de Esaú. Del Aquilón ya hablamos. *Y fueron soltados los cuatro ángeles.* Ya está aquí iniciada la persecución: *Preparados para la hora, el día, el mes y el año, para matar a la tercera*

parte de los hombres. Estos son cuatro tiempos, es decir: un trienio y seis meses. Dijo que estaban *preparados,* porque para eso fue herida la tercera parte del sol y de la luna y de las estrellas, para manifestar cuál era la tercera parte del día y la tercera parte de la noche, es decir, el día de la Iglesia, y la noche de la Sinagoga, que camina con los malos en las tinieblas. Pero se dice que son tres grupos, uno de Cristo y dos del Anticristo, que se preparan entre sí para la guerra: por eso había dicho de las langostas que se parecían a caballos preparados para la guerra. Y cuando dice que soltó a los ángeles, dice que vio unos caballos, es decir, hombres y a sus jinetes los demonios. *Y el número,* dice, *de los ejércitos dos miríadas de miríadas; pude oír su número.* Miríadas de miríadas es un número griego, que en latín significa miles de miles. Pero no dijo cuántas miríadas. *Para matar la tercera parte de los hombres.* Esta es la tercera parte de la que se separa la Iglesia, para que se manifiesten los tres grupos en toda la tierra: uno fuera de la Iglesia, es decir, la gentilidad; y dos dentro de la Iglesia, los hombres santos y los malos cristianos. Y de los dos mezclados: cuál es del día y cuál de la noche: pues matan los que están de acuerdo con éstos.

TERMINA LA EXPLICACIÓN DE LOS CUATRO ÁNGELES

COMIENZA LA HISTORIA DE LOS CABALLOS

(Ap 9, 17-21) *Así vi en la visión los caballos y los que los montaban: tenían corazas de color de fuego, de jacinto y de azufre, y las cabezas de los caballos, como cabezas de león, y de sus bocas salía fuego, humo y azufre. Y fue exterminada la tercera parte de los hombres por estas tres plagas: por el fuego, el humo y el azufre que salía de sus bocas. Porque el poder de los caballos está en su boca y en sus colas; pues sus colas, semejantes a serpientes, tienen cabezas y con ellas causan daño. Sin embargo, los demás hombres, los no exterminados por estas plagas, no se convirtieron de las obras de sus manos; no dejaron de adorar a los demonios y a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, que no pueden ver, ni oír, ni caminar. No se convirtieron de sus asesinatos, ni de sus hechicerías, ni de sus fornicaciones, ni de sus rapiñas.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Así vi en la visión los caballos y los que los montaban. Los caballos son los hombres; y los jinetes, los espíritus de los demonios. *Tenían corazas de color de fuego, de jacinto y de azufre:* es decir, armados con fuego, humo y azufre, preparados para el incendio de la futura gehenna. *Y las cabezas de los caballos eran como cabezas de león.* Antes había dicho que las langostas parecían caballos preparados para la guerra, con rostros humanos y con colas de escorpiones; pero ahora dice que vio unos caballos y a sus jinetes, y sus cabezas como de león y sus colas como serpientes, preparados para incendiar: todo esto es una misma cosa. Y describe la misma realidad de distinta manera. Nunca vimos tal cosa en unos caballos equipados: para que entiendas que son los hombres que obran males innumerables. *De su boca sale fuego, humo y azufre;* enseña que en lugar de humo había dicho jacinto. Está claro que no salen estas cosas de su boca, sino que son las palabras de los mismos hombres. Por eso dijo fuego, humo y azufre. Como les promete en otro texto: los que adoran a la bestia serán castigados, y se elevará de sus tormentos fuego, humo y azufre por los siglos de los siglos (Ap 14, 9-10). *Por estas tres plagas fue exterminada la tercera parte de los hombres, por el fuego, el humo y el azufre que salía de sus bocas.* Por las palabras, pues, de sus cabezas, es decir, de sus príncipes, se precipitaron a estas plagas para siempre. *Porque el poder de los caballos*

está en su boca y en sus colas: es decir, en la palabra, en la obra, en el cargo. Ya dijimos que las colas eran los prepósitos, es decir, los obispos que son falsos profetas. *Sus colas, semejantes a serpientes, tienen cabezas.* En las cabezas decimos que están los príncipes del mundo: *y con ellas causan daño.* Pues sin éstos, los malos prepósitos no pueden causar daño dentro de la Iglesia. Dice la tercera parte de los gentiles. Nadie piense, al decir gentiles, que los santos en ese tiempo son alejados de sus legítimos pastores, ni que todo el género humano tiene las mismas supersticiones, sino que se dice que esto sucede dentro de la Iglesia, que bajo nombre de cristiandad sirven al diablo en contra de la Iglesia. *Y los demás hombres, los no exterminados por estas plagas.* Pero ¿de qué les sirvió no ser exterminados por estas plagas, si dice *que no se convirtieron de sus malas obras, y no dejaron de adorar a los demonios y a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que no pueden ver, ni oír, ni caminar y no se convirtieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de sus fornicaciones, ni de sus rapiñas?* Todo esto sucede dentro de la Iglesia, y bajo nombre de cristiandad es la idolatría espiritual. Así leemos en Daniel que bebieron en los vasos de oro del Señor, y que alabaron a estos dioses así descritos (Dan 5,4). ¡Qué estupidez, bebían en vasos de oro, y alababan a dioses de madera y de piedra! Cuando estuvieron los vasos al servicio de los ídolos de Babilonia, y no bebían en ellos, no se enojó el Señor pues eran considerados pertenencia de Dios, aunque ciertamente según opinión depravada, al haberlos consagrado al culto divino; pero después de contaminarse los vasos del Señor por el uso profano, al instante después del sacrilegio incurren en el castigo. Pues alaban a sus dioses, insultando al Dios de los judíos porque, al otorgarles la victoria, bebían en sus vasos. ¿Qué es esto, sino algo que sucede dentro de la Iglesia? Babilonia es este mundo; los vasos del Señor son lo sagrado de la Iglesia, es decir, el bautismo, la consagración, la Ley y el Evangelio, el Símbolo, el Padrenuestro, el Amén y el Aleluya. En sentido tropológico hay que decir que todos los herejes y la doctrina contraria a la verdad, que utiliza las palabras de los Profetas, abusa de los testimonios de la divina Escritura en favor de su opinión, y da de beber en ellos a los que engaña, de manera que quita los vasos, con los que fornicó, del Templo de Dios y se emborracha en ellos y no alaba al Dios a quien pertenecen los vasos, sino a los dioses de oro, de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra. Me parecen dioses de oro los que han sido fabricados según la filosofía del mundo. Son de plata los que tienen la elegancia del discurso, y han sido construidos conforme al arte de la retórica. Los que incluyen las fabulaciones de los poetas y utilizan antiguas tradiciones que contienen mucha elegancia o la distinción de la necedad, éstos son llamados de bronce y de hierro. Los que proponen cosas completamente inapropiadas son llamados de madera o de piedra. A todos éstos los divide el Deuteronomio en dos grupos, cuando escribe:

La herida de la Luna

maldito todo el que hace un ídolo esculpido o fundido, obra de manos de artífice en un lugar secreto (Dt 27,15). Pues todos los herejes esconden y ocultan las opiniones de sus mentiras para asaetear en secreto a los rectos de corazón. Ni en aquella persecución serán obligados los gentiles a tener la misma opinión que los arriba citados, pero morirán en su incredulidad.

Descrita la última batalla y la muerte de los gentiles, a continuación omitió de la manera acostumbrada lo referente al séptimo ángel, en el que sucede la última batalla y la manifiesta venida del Señor y recapitula sólo desde el tiempo de la futura paz hasta el fin. Y al instante relata el final del orden que había interrumpido: y se verá que ha hecho como dos finales. Así que recordaremos, cuando lleve la recapitulación hasta el final, que el final es debido a un orden interrumpido. Pero en esta recapitulación hizo algo fuera de lo acostumbrado: no concluir ambas narraciones con un final. Pues describe la predicación de la futura paz, cómo es abierta y fuerte, cual diáfana es la tierra y el mar, es decir, clara.

La herida de las Estrellas

TERMINA

COMIENZA LA HISTORIA DEL ÁNGEL PODEROSO

(Ap 10, 1-11) *Vi también a otro ángel poderoso, que bajaba del cielo envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza, su rostro como el sol, y sus piernas como columnas de fuego: en su mano tenía un libro abierto. Puso el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra y gritó con fuerte voz, como ruge el león. Y cuando gritó, siete truenos hicieron oír su fragor. Apenas hicieron oír su voz los siete truenos, me disponía a escribir; cuando oí una voz que decía desde el cielo: sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas. Entonces el ángel que había visto yo de pie sobre el mar y la tierra levantó al cielo su mano derecha y juró por el que vive por los siglos de los siglos, amén, el que creó el cielo y cuanto hay en él, la tierra y cuanto hay en ella, el mar y cuanto hay en él: ya no habrá dilación, sino que en los días en que se oiga la voz del séptimo ángel, cuando se ponga a tocar la trompeta, se habrá consumado el misterio de Dios, según lo había anunciado como buena nueva a sus profetas. La voz que yo había oído desde el cielo me habló otra vez y me dijo: vete, toma el libro que está abierto en la mano del ángel, el que está de pie sobre el mar y sobre la tierra. Fui donde el ángel y le dije que me diera el libro. Y me dijo: toma, devóralo: te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel. Pero cuando lo comí, se me amargaron las entrañas. Entonces me dijo: tienes que profetizar otra vez contra muchos pueblos, lenguas, naciones y reyes.* (Ap 11,12) *Luego me fue dada una caña de medir parecida a una vara y el ángel se puso en pie diciéndome: levántate y mide el templo de Dios y el altar y a los que adoran en él. Y el atrio que está fuera del templo, déjalo fuera, y no lo midas porque ha sido entrega-*

do, dijo, *a los gentiles para que pisoteen la Ciudad Santa y la pisotearán cuarenta y dos meses.*

TERMINA

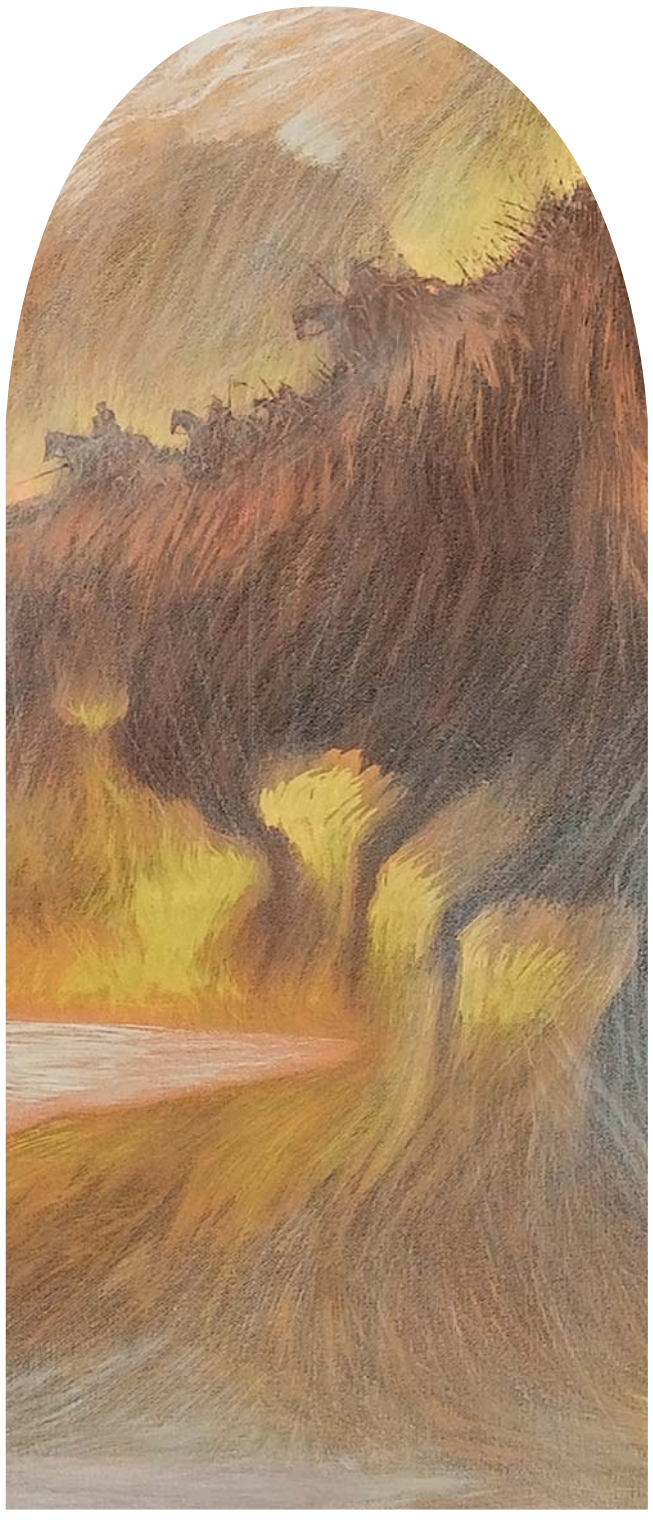
COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Vi también, dijo, *a otro ángel poderoso, que bajaba del cielo envuelto en una nube.* Es el Señor, envuelto en su Iglesia, siempre naciendo de la Iglesia, de Dios. De diversas maneras es descrito revestido de la Iglesia: con una túnica, como leemos al comienzo de este libro; con un sayo blanco, como leemos en Daniel (Dan 7,9); en una nube: pues leemos que los santos son nubes, en Isaías: *¿Quiénes son estos que vuelan como nubes?* (Is 60,8). Envuelto, pues, en una nube espiritual, y en un cuerpo santo. *Con el arco iris sobre su cabeza.* El arco iris es la promesa de la perseverancia: describe a la Iglesia en el Señor. *Su rostro como el sol y sus piernas como columnas de fuego.* Hay aquí una importante razón y una admirable cuestión. En el comienzo de este libro (Ap 1,15-16) habló primero de las piernas de fuego y después del rostro que brilla, para mostrar que están ardiendo en la pasión y brillan en la resurrección; en cambio, ahora dice primero que brilla su rostro y que sus piernas son como columnas de fuego, para mostrar cuál es el brillo de la Iglesia por la pasión. *Tenía en su mano un libro abierto.* Con razón es su rostro como el sol, porque abierto ya el libro conocerá qué va a suceder. Por el libro se entienden las páginas de la Sagrada Escritura. El libro enrollado es el texto oscuro de la Sagrada Escritura, que está enrollado por la profundidad de las sentencias, de manera que no es fácilmente captado por el conocimiento de todos. El que antes estaba enrollado se abre; porque en presencia de los predicadores se aclara la oscuridad de la palabra sagrada; por eso está escrito: *desplegando el cielo como una piel, el que oculta en las aguas sus altas moradas* (Sal 104,2). ¿Qué otra cosa se designa por el nombre del cielo sino la Sagrada Escritura? En ella brillan para nosotros el sol de la sabiduría, y la luna de la ciencia, y las estrellas de los ejemplos y virtudes de los antiguos Padres. Que se despliega como una piel, porque por medio de sus escritores se explica con lengua de carne, cuando ante nuestros ojos se despliega exponiéndola por medio de las palabras de los doctores. ¿Qué otra cosa por el nombre de las aguas sino los santos ángeles? De éstos está escrito: *Las aguas que están encima de los cielos, alaben el nombre del Señor* (Sal 148,4). El Señor oculta en las aguas las altas moradas de este cielo, porque lo que narra del mensaje sagrado, es decir, acerca de la naturaleza de la divinidad, o de los gozos eternos, que desconocemos todavía nosotros, es conocido en secreto solamente por los ángeles. Este cielo, por tanto, por una parte se abre delante de nosotros, y sin embargo se oculta lo que está más alto que él en las aguas: porque hay ciertas cosas del mensaje divino que ya están claras para nosotros por la manifestación del espíritu, y otras que sólo pueden ser claras para los ángeles, y para nosotros todavía permanecen ocultas. *Y puso el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra:* es decir, para predicar. Puso, pues, el derecho sobre el mar, es decir, los miembros más fuertes en los mayores peligros, y el izquierdo en los apropiados. *Y gritó con fuerte voz, como ruge el león,* es decir, predicó valientemente. *Y cuando gritó, siete truenos hicieron oír su fragor.* Los siete truenos son las siete Iglesias, que es una sola. ¿Qué otra cosa hablaría la Iglesia sino sus palabras? Habiendo hablado el ángel, se oyeron los siete truenos, que son las siete trompetas. *Estaba para escribir lo que hablaron los siete truenos, y oí una voz del cielo que decía: sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas.* Se le ordenó que no escribiera las palabras que había oído tal como las oyó, sino de otra manera, es decir, por alegoría, por comparaciones: no vayan a ser entendidas por todos al ser escritas sin sello. Así que dijo: *sella y no lo escribas.* ¿Cómo dijo sella, si no había qué se-

llar? Bastaba con decir: *no escribas*. Pero mandó que no escribiera, como quería, sin sello, a causa de los brutos e insensatos. En otro lugar dijo por los justos: *no selles las palabras de esta profecía, porque el tiempo está cercano* (Ap 22,10). Enseña aquí en relación con los dos grupos, es decir, de los buenos y de los malos, para quiénes mandó que se sellase, y para quiénes no. *Que el injusto,* dijo, *siga cometiendo injusticias, y el manchado siga manchándose* (Ap 22,11). Es decir, por eso les habló en alegoría, en comparaciones, para que el justo persevere en su paciencia hasta el fin, para tener por qué ser coronado; y que el inicuo persevere en su malicia hasta el final, para tener por qué ser condenado. *Que el justo se justifique aún más y asimismo el santo se santifique más todavía.* Es decir, dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. Se refiere aquí a los oídos y ojos del corazón, no de la carne. Y Daniel hizo esta diferenciación del conocimiento de la futura paz entre hermanos: *guarda,* dijo, *estas palabras y sella el libro hasta el tiempo (final)* (Dan 12,4). Pero para quienes están selladas dice así: despreocúpense los impíos, para que no entiendan todos los impíos y pecadores; y los sabios entenderán, y los doctos brillarán como el fulgor del firmamento, y muchos de los justos, como las estrellas por toda la eternidad y más. Suelen algunos preguntarse si el santo docto y el santo ignorante tienen el mismo premio y la misma morada en el cielo. Por eso ahora se dice, según Teodoción, que los doctos obtendrán el cielo mismo, y los justos sin doctrina son comparados a las estrellas de la gloria: y que hay tanta diferencia entre la santidad erudita y la santa rusticidad como entre el cielo y las estrellas. Y lo que dijo: *guarda estas palabras y sella el libro,* lo mandó para oscurecer las palabras y sellar el libro y así lean muchos y busquen la verdad del relato y por la magnitud de su oscuridad interpreten diferentes sentidos. Puede abrir este libro el que conoce los misterios de la Escritura y entiende también las palabras oscuras a causa de la magnitud de los misterios e interpreta las palabras, de manera que matando la letra las refiera al espíritu que da vida.

Entonces el ángel que había visto yo de pie sobre el mar y la tierra levantó al cielo su mano derecha, y juró por el que vive por los siglos de los siglos, amén, el que creó el cielo y cuanto hay en él, la tierra y cuanto hay en ella, el mar y cuanto hay en él, porque ya no habrá dilación, sino que en los días en que se oiga la voz del séptimo ángel, cuando se ponga a tocar la trompeta. La séptima trompeta es el final de la persecución y la venida del Señor. Por eso dijo el Apóstol: en tiempos de *la última trompeta* (1 Cor 15,52) sucederá la resurrección. En el tiempo de la futura paz dirá a la Iglesia que ya no es el tiempo de la Iglesia, sino de la purificación, a la que purificará la última persecución del Anticristo hasta la séptima trompeta. *Se habrá consumado el misterio de Dios, según lo había anunciado como buena nueva por medio de sus profetas. La voz que yo había oído desde el cielo me habló otra vez y me dijo: vete, toma el libro que está abierto en la mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra.* La voz del cielo es el mandato de Dios, que toca el corazón de la Iglesia, y manda oír lo que la Iglesia predicará en tiempo de la futura paz con el libro abierto. *Fui donde el ángel y le dije que me diera el libro.* La Iglesia aconseja a quien desea ser instruido. *Y me dijo: toma y devóralo;* es decir, mételo dentro de tus entrañas y escríbelo a lo ancho de tu corazón. Tomamos este libro cuando deseamos realizar ya obras justas. Abrimos nuestra boca y devoramos el libro cuando hablamos lo que es justo; comemos y repartimos lo que recibimos de Dios, porque se nos concede y se aumenta en nuestros sentidos el alimento de vida espiritual cuando empezamos a predicar. Por eso, otro profeta dice: *abrí mi boca y atraje el espíritu* (Sal 119,131). Pues no atraería el espíritu si no abriera la boca. Porque si no se aplicara a predicar a los prójimos, no habría crecido en él la gracia de la doctrina espiritual. *Te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel.* Porque saben

hablar dulcemente de Dios omnipotente aquellos que aprendieron a amar verdaderamente a este Dios en las entrañas de su corazón. Ciertamente, en su boca la Sagrada Escritura es dulce cuando se llenan las entrañas de la vida del que la come: porque es dulce para hablar a quien las haya grabado interiormente para vivirlas. Pero la palabra no tiene dulzura para aquel cuya vida réproba remuerde por dentro la conciencia. Por eso es necesario que quien habla la palabra de Dios, primero conozca cómo es su vida, y de su vida deduzca qué y cómo predicar. Pues para la predicación edifica más la conciencia del amor santo que la ostentación del discurso. Porque amando lo celestial dentro de sí, el predicador conoce cómo persuadir de que deben despreciar lo terreno. Quien medita interiormente en su vida, y edifica a otros aconsejándolos con su ejemplo exterior, parece meter la pluma de la lengua en el corazón en aquello que con la mano de la palabra escribe exteriormente para los prójimos. Este libro amargará tus entrañas cuando comiences a predicar y a obrar lo que has comprendido. *Tomé el libro de la mano del ángel y lo devoré. Y fue en mi boca dulce como la miel. Pero cuando lo comía se llenaron mis entrañas de amargura. Entonces me dijo: tienes que predicar de nuevo.* Enseña claramente que el ángel es el cuerpo, cuando de nuevo *me dijo,* dice: *tienes que predicar de nuevo.* ¿Acaso ha dejado alguna vez la Iglesia de predicar, para que tenga que oír que *tiene que predicar de nuevo?* Pero como describe el tiempo que va a venir después de las persecuciones africanas, para mostrar que así será la última predicación, y la renovación de la lucha, por eso dijo *de nuevo.* Y como después, no en África sólo de la misma manera, sino en todo el mundo predicará la Iglesia, por eso añadió: *en muchos pueblos, lenguas, naciones y reyes.* Es una sola la Iglesia en todo el mundo: la que predica en África es la que de la misma manera predicará por doquier. Por eso, como a la Iglesia africana, le dijo: *tienes que predicar de nuevo.*



Los cuatro Jinetes

Y se me dio una caña de medir semejante a una vara, y el ángel que estaba de pie me decía: levántate y mide el templo de Dios y el altar, y los que adoran en él. Al decir levántate, significa el ánimo que da a la Iglesia, para que persevere en la contemplación. Pues Juan no oía estas cosas estando sentado. Por la medida entendemos el mandato del Hijo de Dios de confesar al Padre omnipotente de nuestro Señor, y a su Cristo engendrado espiritualmente junto al Padre antes de los siglos, que se hizo hombre y, vencida la muerte, recibido por su Padre en los cielos en cuerpo, derramó el Espíritu Santo, don y prenda de inmortalidad: que fue anunciado por los profetas, que trató de él la Ley; que él es la mano de Dios, la Palabra del Padre y el Creador del universo. Esta es la caña, la medida de la fe. Y nadie adora al santo altar sino quien confiesa esta fe: porque no todos los que parece que están con él, lo adoran, según dice: *el atrio que está al exterior del templo, déjalo fuera y no lo midas.* El atrio es lo que está a las puertas del templo y parece que pertenece al templo; pero no es el templo, porque no pertenece al «sancta sanctorum»: éstos son los que parece que están en la Iglesia, y están fuera. El patio es llamado atrio, espacio vacío entre paredes. A esos tales, que no son necesarios, mandó echar de la Iglesia. *Porque ha sido concedido a los gentiles que pisoteen la ciudad santa, y la pisotearán durante cuarenta y dos meses.* Los que serán excluidos y a quienes se les ha concedido, ambos pisotearán a la Iglesia: es decir, los hombres malos de este mundo.

TERMINA

COMIENZA LA HISTORIA DE ELÍAS O ACERCA DE LA LEY Y EL EVANGELIO

(Ap 11, 3-6) *Y daré a mis dos testigos y profetizarán durante mil doscientos sesenta días vestidos de cilicio. Ellos son los dos olivos y los dos candeleros, que son los testigos en la presencia del Señor: si alguien pretendiera hacerles mal, saldría fuego de su boca y devoraría a sus enemigos. Si alguien pretendiera hacerles mal, así tendría que morir. Estos tienen poder de cerrar el cielo, para que no llueva los días en que profeticen; tienen también sobre las aguas poder de convertirlas en sangre, y poder herir la tierra con toda clase de plagas, todas las veces que quieran. Y cuando hayan terminado de dar testimonio, la Bestia que surja del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará: y sus cadáveres serán arrojados en la plaza de la gran ciudad.*

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y daré a mis dos testigos y profetizarán durante mil doscientos sesenta días. Estos mil doscientos sesenta días son tres años y seis meses. Esto durará la predicación de Elías, y otro tanto el reino del Anticristo, lo que sumados hacen siete años. Los dos testigos en la Iglesia, en sentido espiritual, son los dos Testamentos, es decir, la Ley y el Evangelio. Desde la pasión del Señor hasta el Anticristo ponemos tres años y seis meses: que son cuarenta y dos meses, es decir, tres años y medio, o trescientos cincuenta: pues un mes son cien meses por medio del número diez. Cuarenta y dos cientos, son cuatro mil doscientos meses. Que son ciento veintiséis mil días, 350 años, y en un día cien días: pues cien veces mil doscientos sesenta, son ciento veintiséis mil días, que son al mismo tiempo trescientos cincuenta años. Este es todo el tiempo desde la pasión del Señor hasta el Anticristo. Y ahora espiritualmente en la figura de Elías y del que vendrá con él, los dos testigos, es decir, la Ley y el Evangelio es matado por aquellos por quienes no es cumplido: éstos son los dos testigos, la Iglesia que profetiza por medio de los dos Testamentos. Y ¿quiénes son los testigos del Señor sino los cristianos? Los que en griego se llaman mártires, en latín son los testigos: porque en la pasión dan testimonio de Cristo.

No dijo me haré unos testigos, como si ahora no hubiera; sino que dijo: daré a mis dos testigos, aquí presentes, la Ley y el Evangelio.

También la última persecución del Anticristo tiene los mismos días. Y el que ahora hiere espiritualmente a la Iglesia, entonces la devastará ya abiertamente. Y abiertamente matará a Elías, y al que vendrá con él, porque mata ahora espiritualmente a los dos testigos. *Vestidos,* dijo, *de cilicio.* Que consiste en la confesión *(exomologesis),* es decir, determinados a manifestar el arrepentimiento: porque aquellos a quienes predican, que los quieren oír, rápidamente se convierten a la penitencia. *Estos son los dos olivos, y los dos candelabros que están en la presencia de Dios.* Estos son, dijo, los que están, lo que sucede ahora en la predicación. Los dos candelabros son la Iglesia. Pero como está presente por medio de la Ley y el Evangelio, por eso dijo *dos.* Así como por medio de cuatro ángeles y cuatro vientos se refirió a la única Iglesia, que son las siete Iglesias, que es una sola, así también los siete candelabros se entienden por un solo candelabro, o por más según los textos: todo esto es una sola Iglesia. Pues el profeta Zacarías vio un candelero septiforme y dos olivos, es decir, los dos Testamentos, que vertían su aceite sobre el candelero. Esta es la Iglesia con su óleo inagotable, que la hace arder para luz del mundo. Pues dice así Zacarías: *Me despertó como a un hombre que es despertado de su sueño y me dijo: ¿qué ves? Dije: veo un candelabro todo de oro y una lámpara sobre él. Y siete lámparas sobre él, y siete boquillas para las lámparas que están sobre él. Y dos olivos sobre él, uno a la derecha del candelabro y otro a la izquierda* (Zac 4,2). Y al preguntar qué era, le respondió el ángel, diciendo: *esos siete son los ojos del Señor que observan sobre toda la tierra.* Entendemos los ojos de la septiforme gracia del espíritu, que están en la Iglesia observando toda la tierra del cuerpo del hombre. Y al preguntar sobre los olivos, que son los dos Testamentos, dice así: *Estos son los dos hijos del aceite, que están en pie junto al Señor de toda la tierra. Si alguien pretendiera hacerles mal, saldría fuego de su boca y devoraría a sus enemigos. Si alguien pretendiera hacerles mal, así tendría que morir.* El fuego es la palabra de la predicación: si alguno daña ahora o en el futuro a la Iglesia, por las oraciones de su boca se quemará en el fuego divino. *Estos tienen poder de cerrar el cielo para que no llueva los días en que profeticen.* El cielo es la Iglesia, y la lluvia la palabra de la predicación. Tienen el poder de cerrar el cielo, es decir, de atar: de manera que logran que no descienda la bendición de la Iglesia sobre aquel que persigue a la Iglesia. *Y tienen poder sobre las aguas de convertirlas en sangre, y poder herir la tierra con toda clase de plagas, todas las veces que quieran.* Las aguas son los pueblos. Las aguas se convierten en sangre; es decir, a los que entienden carnalmente las opiniones de los filósofos, cuando los ha observado la Iglesia, los reprende con sus correcciones. Todas estas cosas que realiza Dios por la Iglesia, las asigna a los poderes de la Iglesia, por haber recibido todo poder en el cielo y en la tierra del Hijo del hombre, a quien revistió el Señor, cuya cabeza es Dios. Y este poder que tiene se le otorgó a su Iglesia, para que cierre espiritualmente el cielo y no llueva, es decir, para que no penetre la sabiduría en el hombre maligno. Como dice de una parte de su viña: *mandaré a las nubes que no llueva sobre ella* (Is 5,6); y no sólo no dejan caer las aguas, sino que tornan inútiles también las que habían caído. Hace, pues, Cristo, el obispo, la Iglesia lo que quiere, puesto que obra todo en todos uno solo y el mismo Dios. *Y cuando hayan terminado de dar testimonio, la Bestia que surja del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará.* Este es el testimonio que ofrece la Iglesia hasta la manifestación de la bestia, en que abiertamente, en el mismo número de días que atrás, serán matados los testigos por la bestia: de manera que, así como mata espiritualmente a los dos Testamentos, así, cuando haya sido desatado el diablo, para reinar en el Anticristo, mate corporalmente a los dos testigos, es decir, a Elías y al que vendrá con él. Muchos piensan que con Elías vendrá Eliseo o Moisés; pero ambos murieron. No se conoce la muerte de Jeremías; por

eso nuestros mayores nos legaron la tradición de que el que vendrá será Jeremías. Pues la misma palabra que se le dirigió lo testifica, diciendo: *antes de haberte formado yo en el seno materno te conocía, y antes que nacieses te tenía consagrado: yo te constituí profeta de los gentiles* (Jer 1,5). Jeremías no fue profeta entre gentiles, sino sólo en Israel. Y la palabra veraz de Dios tiene por necesidad que realizar lo que promete, que sea profeta entre gentiles. Estos son los dos candelabros y los dos olivos que están ante la presencia de Dios, es decir, que están en el Paraíso. Por eso lo hizo notar para que, si leyendo en otro texto no lo entendiste, lo entiendas aquí. Conviene que éstos sean degollados por el Anticristo. Y como hemos dicho estas cosas en sentido típico, comentemos ahora las mismas palabras en sentido espiritual, para vuestra caridad, tal como comenzamos.

TERMINA EL COMENTARIO

COMIENZA LA HISTORIA DEL TESTAMENTO

(Ap 11, 7-10) *Y los vencerá y los matará: sus cuerpos serán arrojados en la plaza de la gran ciudad, que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, allí donde también su Señor fue crucificado. Y gentes de los pueblos, tribus, lenguas y naciones contemplarán sus cuerpos durante tres días y medio: y no será permitido enterrar sus cuerpos. Los habitantes de la tierra se regocijan por causa de ellos y banquetearán, y se intercambian regalos, porque estos dos profetas habían atormentado a los habitantes de la tierra.*

TERMINA LA
EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Y los vencerá y los matará. Vencerá el Anticristo a los que ha engañado para que crean en él. Matará a los santos que hayan dado testimonio de Dios. Espiritualmente vence ahora en la Iglesia a quienes no creen en el Evangelio y la Ley. Y mata a aquellos que creen en Cristo y viven en penitencia, como dice el Señor en el Evangelio: *os llevarán a la cárcel y os matarán* (Mt 14,17). Pues todo el que no acepta a la Iglesia, mata a los dos Testamentos. *Y sus cuerpos serán arrojados en la plaza de la gran ciudad.* Dijo un solo cuerpo de los dos, y otras veces cuerpos en plural, para indicar el número de la Ley y del Evangelio, y para mostrar que es uno solo el cuerpo de la Iglesia. Se refirió no sólo al cuerpo de los matados, sino también de los vivos. Y lo que dijo serán arrojados, es decir, serán despreciados, según está escrito: *tú detestaste la doctrina y echaste mis palabras a tu espalda* (Sal 50,17). Serán arrojados en las plazas de la gran ciudad, es decir, en medio de la Iglesia, *que es llamada en sentido espiritual Sodoma y Egipto, en donde fue crucificado su Señor;* se refiere ciertamente a la Iglesia, porque no puede ser restaurada Jerusalén, según dice el Señor: *y Jerusalén será pisoteada hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles* (Lc 21,24).

Y gentes de los pueblos, tribus, lenguas y naciones contemplan sus cuerpos tres días y medio. Es decir, tres años y seis meses, que son trescientos cincuenta años, como dijimos arriba, desde la pasión del Señor hasta el Anticristo. Esto, como dijimos, sucede espiritualmente a la Iglesia. Mezcla el tiempo, ya presente, ya futuro. *Contemplan,* dijo, y no contemplarán. Como el Señor dice en el Evangelio: *vendrá,* dice, *la hora en que todo el que os mate, piense que da culto a Dios* (Jn 16,2). Y ahora sucede lo que dice *vendrá.* Y así como dijo *vendrá,* por eso dijo que *lo harán, porque no conocieron ni al Padre ni a mí.* No dijo *harán porque no conocerán.* Nunca separa, pues, el tiempo presente del último, en el que se manifestará el Anticristo. Ahora realiza esto en la Iglesia la malicia espiritual. *No está permitido enterrar sus cuerpos.* Se refirió al deseo de aquellos que se refugian en la penitencia: desean ser enterrados en su cuerpo; y los que son del grupo del diablo no les permiten servir devotamente a Dios. Pues persigue el marido a su mujer, y

la mujer a su marido; los padres a los hijos, y los hijos a los padres; el señor al siervo, y los siervos al señor; y, lo que es mucho peor, los falsos profetas a todos; y los siervos de Dios no pueden resistir su acometida, como dice el Señor: *¡Ay de vosotros, que cerráis el reino de los cielos: ni vosotros entráis, ni permitís a otros que entren!* (Mt 23,13); aunque también siempre entran, a pesar de su oposición. De este modo no permiten enterrar sus cuerpos. Y lo harán abiertamente con los cuerpos de los vivos y de los matados: porque no permitirán que los vivos se reúnan para celebrar los oficios sagrados en su sepulcro, ni pronunciar el nombre de los matados en la celebración, ni que sean sepultados sus cuerpos en edificio conmemorativo de unos testigos de Dios. *Los habitantes de la tierra se regocijan por causa de ellos. Y lo celebran con banquetes, y se intercambian regalos.* Esto se hizo siempre, pero ahora se intercambian regalos, y en los últimos tiempos se regocijarán y celebrarán banquetes. Siempre que los justos se afligen, se alegran los injustos, y celebran banquetes. Se intercambian regalos, es decir, uno se lo dice a otro riendo, según está escrito: *cantan coplas sobre mí los que bebían vino. Porque estos dos profetas han atormentado a los habitantes de la tierra* (Sal 69,13). Los dos profetas son los dos Testamentos. Dice que atormentan a la tierra los que mandan abandonar el mundo; y los injustos persiguen a los que desean servir a Dios. Y además de las plagas, con las que por los Testamentos de Dios es reprendido el género humano, incluso su misma vista se les hace pesada a los injustos. Como ellos mismos dicen: *su sola presencia nos es insufrible* (Sab 2,15). Y no sólo les resulta pesada, sino que les hace consumirse, según está escrito: *lo verá el impío y se enfurecerá; rechinarán sus dientes y se consumirá* (Sal 112,10). Se regocijarán, pues, cuando por doquier parezca que no tienen ya nada que tener que soportar con impaciencia, al haber sido abatidos y matados los justos y apoderándose de su heredad.

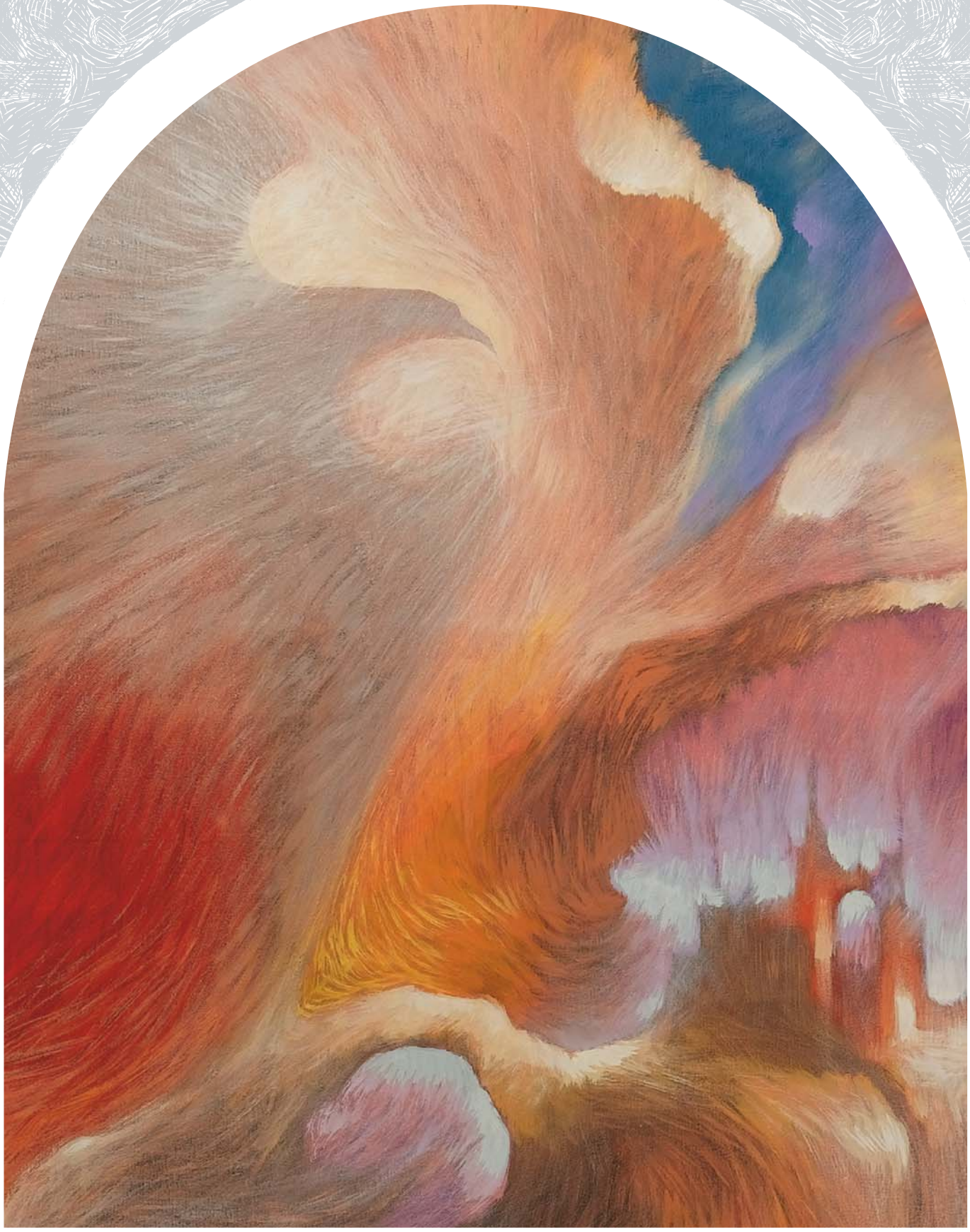
TERMINA LA EXPLICACIÓN

COMIENZA LA HISTORIA ACERCA DE LOS MISMOS TESTIGOS

(Ap 11, 11-14) *Pero, pasados los tres días y medio, un espíritu de vida procedente de Dios entró en ellos. Se pusieron de pie y un gran espanto se apoderó de quienes los contemplaban. Oí entonces una fuerte voz que les decía desde el cielo: subid acá. Y subieron al cielo en la nube y los vieron sus enemigos. En aquella hora ocurrió un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se desmoronó y con el terremoto perecieron siete mil personas: los supervivientes tuvieron miedo y dieron gloria al Dios del cielo. El segundo ¡ay! ha pasado,* al que sigue el tercer ¡ay!: *mira que viene en seguida el tercer ¡ay!*

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y, pasados los tres días y medio, el espíritu de vida procedente de Dios entró en ellos. Ya hemos hablado arriba acerca de los días: aquí el ángel relató el futuro, y presenta como realizado lo que oyó que se iba a realizar: *Se pusieron de pie y un gran espanto se apoderó de quienes los contemplaban. Oí entonces una fuerte voz que les decía desde el cielo: subid acá; y subieron al cielo en la nube.* Esto hay que entenderlo de la resurrección, como dice el Apóstol: *seremos arrebatados en las nubes al encuentro de Cristo* (1 Tes 4,16). Pero está escrito que, antes de la venida del Señor, esto no le puede suceder a nadie: *primero Cristo, después los que son* siervos perfectos de *Cristo* (1 Cor 15,23) serán arrebatados en las nubes a su venida. Por eso se excluye toda opinión de aquellos que piensan que estos dos testigos son dos varones, es decir, Elías y el que vendrá con él; y que antes de la venida del Señor suben al cielo en las nubes. Ya dije antes que esto no lo puede hacer nadie, sino en la venida del Señor en la resurrección de toda la Iglesia, y que suben al encuentro de Cristo en el aire los que vivieron perfectamente por medio de los dos Testa-



El Águila de Patmos

mentos. Si se dijera esto de estos dos hombres, ¿cómo podían los habitantes de la tierra alegrarse de la muerte de los dos si morían en una sola ciudad? O ¿cómo se intercambiarían regalos por toda la tierra si hay tres días, y antes de que éstos se alegren por su muerte se entristecerán por su resurrección?... puesto que a algunos en tan enorme extensión de la tierra no les llega antes la noticia de la muerte que la de la resurrección. O ¿qué banquetes o fiesta puede haber si en las plazas de los comensales los cadáveres humanos mezclan con los banquetes las enfermedades por el hedor de tres días? Por eso está claro quiénes son los testigos y cuáles los días: los que dijimos antes, desde la pasión del Señor hasta su segunda venida. Y lo que dice del *gran espanto que se apoderó de quienes los contemplaban,* lo dijo de todos los vivos en la venida del Señor: porque los justos, a los que Cristo encuentre con vida, tendrán gran temor en la resurrección de los que duermen, al suceder con tal rapidez la resurrección de los muertos. Y si entonces los justos tendrán gran temor, ¿qué será de los pecadores? *Y los verán sus enemigos.* Aquí separó a los justos de los pecadores, de los que antes había dicho en conjunto que habían temido. *En aquella hora ocurrió un gran terremoto,* es decir, la persecución —es, pues, una recapitulación, como ya dijimos— en la venida del Señor. En aquella hora, *el que está en el terrado, no baje a coger nada de la casa* (Mt 24,17). La hora es todo el tiempo. *Y la décima parte de la ciudad se desmoronó y con el terremoto perecieron siete mil personas.* El número diez y el siete son números perfectos. Y si no fuese perfecto, habría que entender el todo por la parte; pues dice que en la persecución había sido destruida toda la ciudad, con todos sus constructores. Dos son los edificios en la Iglesia, uno sobre la roca, que es Cristo; el otro sobre la arena, que es la confianza en este mundo: este edificio es el que cayó. *Los supervivientes tuvieron miedo y dieron gloria al Dios del cielo.* Estos son los edificados sobre roca, es decir, los santos, que en la venida del Señor, viendo morir a los pecadores en el terremoto, los mismos justos, también muy temerosos, dan gloria a Dios con la confesión y la poca estima de sus vidas. Según está escrito del justo: *lavará sus manos en la sangre de los impíos* (Sal 58,11). Viendo el justo la muerte del pecador, se afana más en la observancia de los mandamientos, por lo que se hace más cauto y más puro, según está escrito: viendo que es castigado el impío, *se hace más cauto* (Prov 15,5). Terminada la recapitulación que introduce, omitido el relato del séptimo ángel, vuelve de nuevo al orden, diciendo: *pasó el segundo ¡ay!* Dijo que había pasado el primer ¡ay!, una vez terminada la guerra de las langostas, y que venía el segundo ¡ay!; una vez escrito lo de los caballos, no dijo que *pasó el segundo ¡ay!,* para no describir inmediatamente el tercero, porque debía hacer una recapitulación. Y ahora, acabada la recapitulación, dice que *pasó el segundo ¡ay!,* no de la recapitulación, sino el de los caballos, descritos los cuales, no había concluido con el ¡ay! *El tercer ¡ay! que sigue* es el séptimo ángel, en el que está el fin. Aquí se ve que hizo dos finales consecutivos: uno de recapitulación y otro del orden (de la narración). Se refirió al fin, en la resurrección de los testigos, que había introducido fuera de orden: e incluye el segundo ¡ay!, que debía de la guerra de los caballos, diciendo: *pasó el segundo ¡ay! Mirad que viene en seguida el tercer ¡ay!* Este tercer ¡ay! es la separación de los justos y pecadores en la resurrección.

TERMINA LA HISTORIA DE LAS SEIS TROMPETAS

COMIENZA LA SÉPTIMA TROMPETA, QUE ES LA RESURRECCIÓN DE TODA CARNE

(Ap 11, 15-18) *Tocó la trompeta el séptimo ángel, entonces sonaron en el cielo fuertes voces que decían: ha llegado el reinado sobre el mundo de nuestro Dios y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos. Y los veinticuatro ancianos, que estaban sentados en sus tronos delante de Dios, se postraron rostro en tierra y adoraron a Dios diciendo: te damos gracias, Señor, Dios todopo-*

deroso, el que eres y el que vienes, porque has asumido tu inmenso poder. Y has reinado. Y las naciones se han encolerizado, y ha llegado tu ira, y el tiempo de que los muertos sean juzgados, etc.

Se refirió a su comienzo y a su final: *has reinado y las naciones se han encolerizado.* Su primera venida es *has reinado;* ha llegado tu ira y el tiempo de que los muertos sean juzgados es su segunda venida. *Y a dar la recompensa a tus siervos los profetas, y a los que temen tu nombre, pequeños y grandes, y a destruir a los que destruyen la tierra.* Ved, dice, que ha llegado el tercer ¡ay! en la voz del séptimo ángel. Y habiendo tocado, dijo que, no otros, sino que sólo la Iglesia alababa a Dios y le daba gracias. Por eso entendemos que la recompensa de los buenos no se da sin el ¡ay! de los malos. Como dijo la misma Iglesia: *ha llegado tu ira y el tiempo de que los muertos sean juzgados, y de dar la recompensa a tus siervos y de destruir a los que destruyen la tierra.* Este es el último ¡ay!, que es la separación de los justos y pecadores. Aquí termina, y recapitula desde el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, para decir lo mismo más claramente.

TERMINA EL LIBRO QUINTO

José Ramón Sánchez 2004

LIBRO SEXTO

COMIENZA EL LIBRO SEXTO
ACERCA DE LOS DIEZ CAPÍTULOS

Es necesario saber que toda esta perícopa ha sido dividida en diez capítulos. Y estos capítulos no expresan el orden de los hechos de la Iglesia que van aconteciendo a lo largo de los tiempos, sino que cada capítulo se refiere a todo el tiempo. Estos son los capítulos: *Y se abrió el templo de Dios en el cielo, y apareció el arca de la Alianza en su templo, y se produjeron relámpagos, voces, truenos, temblor de tierra y fuerte granizada* (Ap 11,19). *[Y vio,* dice, *a la bestia que subía del abismo]* (Ap 11,7).

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y se abrió el templo de Dios en el cielo. Desde que nació el Señor, se ha manifestado el templo de Dios en el cielo, es decir, en la Iglesia. Por eso se enseña que la Iglesia está en el cielo, no en las obras hechas por la mano del hombre. El templo abierto es la aparición de nuestro Señor. Pues el templo es el Hijo de Dios, como él mismo dice: *destruid este templo, y yo lo levantaré en tres días* (Jn 2,19). Y a los judíos que decían: *en cuarenta y seis años fue construido este templo;* pero él lo *decía del templo de su cuerpo.*

Y apareció el arca de la alianza en su templo. Es la predicación del Evangelio y el perdón de los pecados; y dice que, cuando Cristo vino, se hicieron presentes todos los dones. *Y se produjeron relámpagos, voces y truenos, y temblor de tierra, y fuerte granizada.* Todas estas cosas son los prodigios brillantes de la predicación y de las luchas de la Iglesia. Ya dijo que había sucedido esto en la descripción de la predicación de los siete ángeles (Ap 8,5) desde la venida del Señor, cuando se habían puesto en pie delante del altar, pero en un sentido general desde el nacimiento de Cristo hasta el fin del mundo; luego describió por partes cómo había sucedido de forma espiritual dentro de la Iglesia, y cómo se realizará de forma especial en tiempo del Anticristo, que el templo de Dios se abra en el cielo y las luchas que sobrevienen, según dice: *y vi,* dice, *a la bestia que surgía del abismo.* Después de las muchas plagas infligidas al mundo, dijo que subió la bestia del abismo, es decir, el Anticristo del pueblo. Que iba a surgir del abismo, se puede comprobar por muchos testimonios. Pues dice Ezequiel: *he aquí que Asur era un cedro del monte Líbano que oprime, de espléndido ramaje* (Ez 31,3), es decir, un pueblo numeroso en el monte Líbano. *Reino de reinos,* es decir, los romanos. *Hermoso en gentes,* esto es, fuerte en sus ejércitos. *El agua,* dice, *le hace crecer,* es decir, muchos miles de hombres que se le habían sometido. *Y el abismo le hizo subir,* es decir, le echa fuera. También ya Isaías habla casi con las mismas palabras. Pablo testifica asimismo que había vivido ya en Roma y entre los Césares. Pues dice a los Tesalonicenses: *el que ahora le retiene, le retenga hasta que sea quitado de en medio; entonces se manifestará el impío, cuya venida, según el influjo de Satanás, será con señales y prodigios engañosos* (2 Tes 2,79). Para que supieran que iba a venir el que entonces era Príncipe, añadió: *el misterio de la iniquidad ya está actuando;* es decir, la iniquidad que va a obrar está actuando misteriosamente. Pero no surge por su propio poder, ni por el de su padre el diablo, sino por mandato de Dios. Por eso Pablo dice a los mismos: *Por eso, por no haber aceptado el amor de Dios, Dios les envía el espíritu del error, que les hace creer en la mentira a todos los que no creyeron en la verdad.* E Isaías dice: *esperaban ellos la luz, y sur-*

gieron las tinieblas (Is 59,9). El Apocalipsis manifiesta que serán matados por él Elías y el que vendrá con él. Y que van a resucitar, no al tercer día como Cristo, sino al cuarto día, para que no haya nadie semejante al Señor.

TERMINA

COMIENZA LA MUJER Y LA BESTIA

(Ap 12, 1-18) *Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Está encinta y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Apareció otra señal en el cielo: una gran serpiente roja con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. La serpiente se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto le diera a luz. La mujer dio a luz un hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro. Y su Hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. La mujer huyó al desierto, donde tiene preparado por Dios un lugar, para ser allí alimentada mil doscientos sesenta días. Entonces se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron con la serpiente. También la serpiente y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo un lugar para ellos. Fue arrojada la gran serpiente, la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojada a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con ella. Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo: «Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Ellos le vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la palabra del testimonio que dieron, porque no amaron su vida ante la muerte,* como si aún estuviera en el cielo. *Ay de la tierra y el mar, porque el diablo ha bajado donde vosotros con gran furor, sabiendo que le queda poco tiempo». Cuando la serpiente vio que había sido arrojada a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al Hijo varón. Pero se le dieron a la mujer las dos alas del águila grande para volar al desierto, a su lugar, lejos de la serpiente, donde tiene que ser alimentada un tiempo, tiempos y medio tiempo. Entonces la serpiente vomitó de su boca detrás de la mujer como un río de agua, para arrastrarla con su corriente. Pero la tierra vino en auxilio de la mujer: abrió la tierra su boca y tragó el río vomitado de la boca de la serpiente. Entonces, despechada la serpiente contra la mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesucristo. Y se puso de pie sobre la arena del mar.*

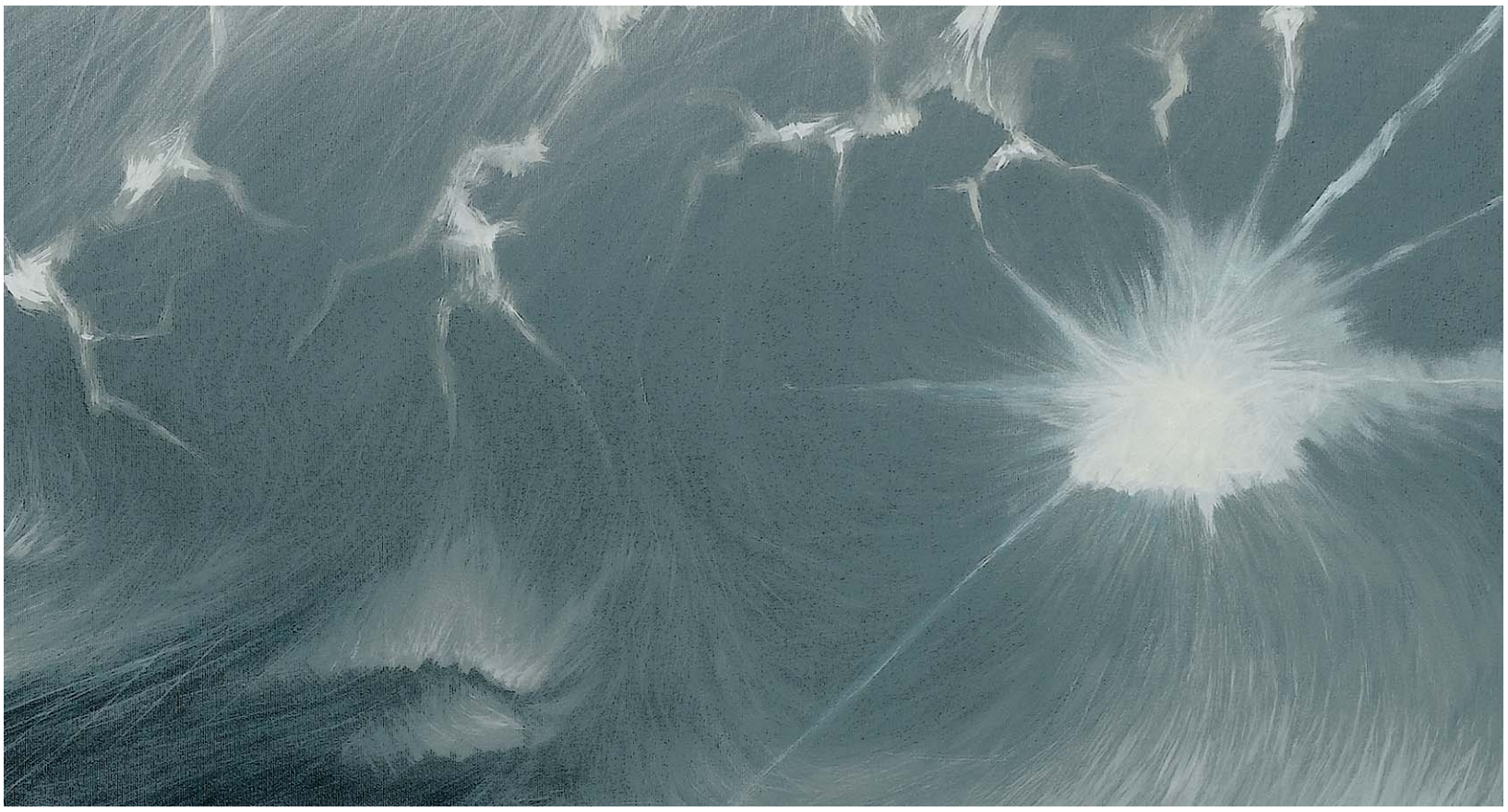
TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

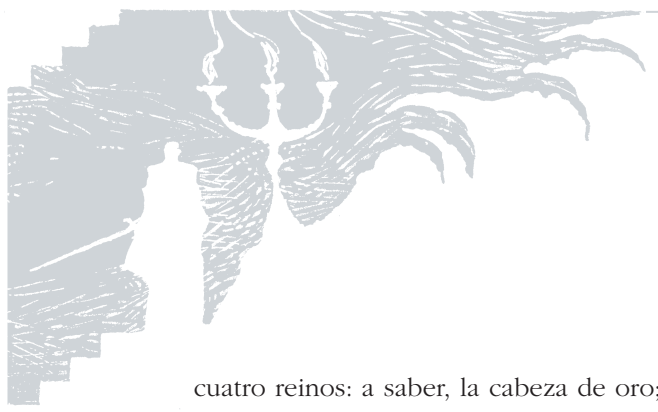
Una gran señal apareció en el cielo. El cielo es la Iglesia. La gran señal, que Dios se haga hombre. *Una mujer,* dice, *vestida del sol y con la luna bajo sus pies.* Con frecuencia se ha dicho que el género se divide en muchas especies, y que todas son una misma cosa. Pues lo que es el cielo, eso es el templo en el cielo; eso es la mujer vestida del sol; eso es la luna bajo sus pies: como si dijera, la mujer vestida del sol y la mujer bajo sus pies, o la luna vestida del sol y la luna bajo sus pies. Pero todas estas cosas están bipartidas. Dice que la Iglesia tiene a una parte de ella bajo sus pies. Esta parte, que está bajo sus pies, parece que pertenece a la Iglesia, pero no es la Iglesia, porque es la congregación maligna que con la serpiente, el diablo y su falso profeta, arrastra hacia esta Iglesia a las estrellas superiores, para buscarse siempre aliados con quienes ser arrojada a la gehenna. Siempre esta mujer, incluso antes de la veni-

El terremoto de la persecución

da del Señor, tenía sus dolores de parto: es ella la Iglesia antigua de los Patriarcas, Profetas y santos apóstoles, que padeció los llantos y dolores de su anhelo, hasta que vio el fruto de su pueblo según la carne, que le fue prometido en otro tiempo, a Cristo, que tomó cuerpo de ese mismo pueblo. *Vestida con el sol,* es decir, que se manifiesta en su buena obra, por la que aguarda la esperanza de la resurrección en Cristo, luz de claridad, y la gloria de la promesa. La luna suele brillar en la noche: es la Iglesia, que no puede ser contemplada por los malos entre las tinieblas de este mundo, y la caída de los cuerpos de los santos por la deuda de la muerte, que nunca puede faltar. Pero así como mengua la vida, así también crece. Pues no está extinguida totalmente, como piensan algunos, la esperanza de los muertos; sino que tienen una luz en las tinieblas, como la luna entre las mismas tinieblas, que son aquellos que dijimos estaban bajo los pies de la mujer. La corona de estrellas son los santos. *Y en su cabeza una corona de doce estrellas;* es decir, en Cristo las doce tribus de Israel. La Iglesia está edificada en el número doce, que mucho antes de la venida del Señor, como antes de la salida del sol, brillaba en la noche del mundo. Y *que una gran señal apareció en el cielo:* el cielo es la Iglesia; la gran señal es Cristo; también miles de estrellas brillantes, es decir, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los sacerdotes y los confesores, radiantes con las luces de sus virtudes. *Y apareció otra señal en el cielo: una gran serpiente roja,* es decir, el diablo. Dijo otra señal de oposición. Arriba dijo *una gran señal,* aquí *otra señal:* pues es una sola la Iglesia de la confesión y la del misterio de la iniquidad, y, con el mismo nombre y con el carisma que la Iglesia realiza signos y prodigios, la que busca devorar al hijo de la Iglesia. Apareció, pues, en el cielo una serpiente, es decir, en la Iglesia la asociación maligna con el diablo, que movido por la envidia pretende devorar al hijo de la Iglesia, es decir, al hombre esforzado en la penitencia. A la manera de Herodes, enemigo interno, de acuerdo con la señal vista en Oriente, que simula que va a adorar a Cristo, al que huido por inspiración del Espíritu Santo quería con todas sus fuerzas matar. Herodes es el diablo. La señal en Oriente es Cristo en la Iglesia, que nos hace nacer a la luz. Dice que *tenía siete cabezas y diez cuernos. Y sobre cada una de las cabezas siete diademas.* Las cabezas son los reyes; y los cuernos son los reinos, como vamos a exponer en este libro. Pues son tantos los reinos como los cuernos: pues es el mismo número. En las siete cabezas se refiere a todos los reyes y en los diez cuernos a todos los reinos. Pero no pueden ser diez reinos, porque en todo el mundo hay



La señal de la Doncella



cuatro reinos: a saber, la cabeza de oro; el pecho y los brazos de plata; el vientre y los muslos de bronce; las piernas de hierro. Y es en este cuarto reino de hierro, es decir, el de los romanos, en el que sucede el hecho narrado, porque todos los reinos son cuatro, y se amplían hasta catorce. Digamos, pues, lo que nos han transmitido como tradición todos los escritores eclesiásticos: al final del mundo, cuando va a ser destruido el reino de los romanos, habrá diez reyes que se reparten entre sí el mundo romano; y surgirá el undécimo, un pequeño rey, es decir, el Anticristo, de un pequeño pueblo de los judíos, es decir, de la tribu de Dan, a quien, entre sus restantes hermanos, no le correspondió la herencia en la tierra de Promisión, sino que le fue concedido un territorio en el Aquilón (norte). Imitó en verdad a aquel que había dicho: *pondré mi trono en el Aquilón* (Is 14,13). Por eso se dice que es pequeño, porque no se le debía honor regio. El es el Anticristo, que va a vencer a tres reyes de entre los diez reyes, a saber, al rey de los egipcios, al de África, y al de Etiopía; y, matados éstos, también someterán sus cuellos al Anticristo los otros siete reyes.

Y su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra. Esto se debe entender de dos maneras, o de los ángeles que fueron arrojados del cielo, o de los hombres que son arrojados fuera de la Iglesia. La cola de la serpiente son los profetas inicuos y los predicadores mentirosos, que precipitan sobre la tierra a las estrellas del cielo, que se adhieren a ellos. En la Sagrada Escritura, bajo el nombre de estrellas, unas veces se entiende la justicia de los santos, que brilla en las tinieblas de esta vida, y otras veces la falsedad de los hipócritas, que hacen ostentación de las buenas obras que realizan, para recibir alabanzas de los hombres. Si los que viven rectamente no fuesen estrellas, no diría Pablo a sus discípulos: *en medio de una nación tortuosa y perversa, en medio de la cual brilláis como antorchas en el mundo* (Flp 2,15). Y también, si entre aquellos que parece que realizan obras justas no buscaran esos mismos la recompensa de la alabanza humana por su acción, no habría visto Juan caer las estrellas de los cielos, cuando dice: *movió la serpiente la cola y arrastró la tercera parte de las estrellas.* La cola de la serpiente arrastra la tercera parte de las estrellas, porque, debido a la última persecución del Anticristo, serán arrebatados algunos que parecen brillar. Precipitar sobre la tierra las estrellas es cubrir de amor terreno, por la maldad de un claro error, a aquellos que parecían dedicarse con afán a la vida espiritual. La cola, como dijimos, son los predicadores inicuos; los que imitan a esas estrellas, ésos están bajo los pies de la mujer. Dijo la ter-

cera parte de las estrellas del cielo, para que no pensara nadie que era aquel tercer grupo, que está fuera, esto es, los paganos; sino uno de los dos que están en el cielo, es decir, cristianos dentro de la Iglesia. Dijo que había dos señales en un solo lugar: la mujer —que es la Iglesia, y en una sola Iglesia dos grupos: uno el de Dios, y el otro del diablo— y el diablo con sus reyes y su reino. Pues no hay otro rey, ni otro reino, al que pertenezcan los falsos hermanos, que el del mundo, pues dicen que creen en Cristo, pero sirven al demonio, y están protegidos por la amistad real, y con sus propias aclamaciones, repudiado Cristo y condenado de forma aparentemente legal, le confiesan con la boca, pero le dicen con sus obras: *nosotros no tenemos más rey que el César* (Jn 19,15).

La serpiente se detuvo delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto le diera a luz. Cuantas veces el espíritu promete lo que va a suceder y narra el pasado, advierte que va a suceder en la Iglesia lo que ha sido realizado. Pues siempre la Iglesia da a luz, con fuertes dolores, a Cristo en sus miembros: por eso siempre promete la venida del Hijo del hombre, porque viene a los santos en la luz de sufrimientos semejantes, los mismos que padeció el mismo Señor. Siempre la serpiente en el cielo, por medio de las cosas celestiales, es decir, por la maldad espiritual, busca devorar al que va a nacer. Y este niño varón, es decir, fuerte en la contemplación de la penitencia, es arrebatado hasta el trono de Dios. Así, pues, todo hijo del hombre padece lo que padece, y por quienes ha padecido, el niño que va a resucitar al tercer día; se ha manifestado en el rey Herodes todo el cuerpo de los enemigos internos, pues así se ha dicho en el Evangelio: *ya han muerto los que buscaban la vida del niño, vuélvete*, le dice a José, *a la tierra del niño.* (Mt 2,20) ¿Qué es Herodes, sino el diablo que reina en los vicios? ¿Qué es la tierra del niño, sino la Jerusalén celestial? Nadie puede regresar a su propia tierra si no ha muerto el demonio, es decir, si no ha sido echado fuera. Así se manifestó en Herodes, que Cristo nace continuamente, y que siempre es buscado por él. Aun sabiendo que ya había nacido, no dijo: *dónde ha nacido Cristo, sino dónde nacería* (Mt 2,4). Fue obligado a decir la verdad, como Caifás, que no habló por sí mismo, sino que como era Sumo Sacerdote profetizó, al decir: *conviene que un solo hombre muera por el pueblo* (Jn 11,51).

Y la mujer dio a luz a un hijo varón; es decir, fuerte para la lucha, para vencer; el que imitando no a cualquiera de los hombres santos, sino viendo en la contemplación a la misma verdad, al que obra la justicia, para conocerla y seguirla, es decir, a Cristo, se ha hecho a su imagen y semejanza por la verdad. *El que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro.* Ciertamente, también su cuerpo que nace, es decir, la Iglesia, tiene el poder de regir con cetro de hierro: porque todo el que ha logrado ser *espiritual* y se ha hecho semejante a Dios, según el Apóstol, *juzga todo y él no es juzgado por nadie* (1 Cor 2,15). Como el mismo Señor dice: *al vencedor, al que guarde mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones; las regirá con cetro de hierro y serán quebrantadas como vasos de arcilla. Yo también lo he recibido de mi Padre* (Ap 2,26).

Y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. Todo el que con todo el esfuerzo de su alma se convierte a Dios es como un muerto que resucita por la penitencia. Y al resucitar, de su vida activa es arrastrado a la contemplativa: y brillándole los ojos del corazón, como un águila ante los rayos del sol, ya no retorna de las cosas celestiales; entonces es el hijo varón que se dice ha sido arrebatado hasta el trono de Dios. *La mujer huyó al yermo, donde tiene un lugar preparado por Dios, para ser allí alimentada mil doscientos sesenta días.* Dijimos que la mujer era la Iglesia. El yermo no dudamos que es el desierto. Y ¿qué es el desierto, sino lo que está abandonado, allí donde no tiene acceso ningún labrador? En el yermo suelen habitar las bestias y las serpientes, no los hombres. A este desierto se dice que huye la mujer, es decir, entre los hombres inicuos, en donde no

se encuentra el camino que es Cristo. Así que dice *al desierto,* entre escorpiones y víboras, y entre todo el poder de Satanás, que la Iglesia recibió de Dios el mandato de pisotear. Pues a semejanza de toda la Iglesia, en el desierto entre semejantes serpientes fue alimentado y regido Israel, una vez vencida la serpiente por la cruz (Núm 21,4): todo esto sucedió en figura para nosotros. Finalmente, David añadió a la figura, que había precedido en el desierto, la virtud, que se realiza en todo el mundo; pues dice así: *que lo digan los redimidos por el Señor, los que él ha redimido del poder de los enemigos. Los ha reunido de entre los países, de oriente y de poniente, del norte y del mar. En el desierto erraban por la estepa, no tenían camino,* etcétera (Sal 107,2). Y describió a toda la Iglesia en el desierto, es decir, en Israel, que son los que ven a Dios. Dice Jeremías que el desierto son los hombres inicuos: *maldito,* dice, *sea aquel que se fía del hombre, y hace de la carne su apoyo, y se aparta en su corazón del Señor. Será como un tamarisco en el desierto, y no verá el bien cuando viniere: vivirá entre los inicuos en una tierra desierta y en un saladar que resulta inhabitable* (Jer 17,5). Ya ves que los inicuos son la tierra desierta, en la que se dice que Dios no habita. En esta tierra, la mujer, es decir, la Iglesia, habita y allí se alimenta de la doctrina celestial, hasta que se acaben los mil doscientos sesenta días, es decir, desde la primera venida del Señor hasta la segunda venida, hasta que se vea liberada de los inicuos. *Entonces se entabló una batalla en el cielo,* es decir, en la Iglesia, donde la serpiente arriba citada lucha siempre contra los santos. *Miguel y sus ángeles combatieron con la serpiente.* Miguel hace referencia a Cristo; y sus ángeles, a los hombres santos. Nadie hay fuera del Señor que tenga ángeles, sino nuestro Señor Jesucristo, como dice Daniel: *en aquel tiempo surgirá Miguel, aquel gran Arcángel, que defiende a los hijos de tu pueblo. En aquel tiempo tendrá angustia tu pueblo, como nunca la tuvo, desde que el mundo comenzó a existir hasta ahora* (Dan 12,1).

También la serpiente y sus ángeles combatieron. Lejos de nosotros creer que el diablo y sus ángeles se atrevieron a luchar en el cielo, el que incluso en la tierra tuvo que pedir permiso a Dios para herir a un solo hombre, Job. Recibió poder para luchar contra la descendencia de la mujer, es decir, con los santos, no con el Hijo de Dios, ni con sus ángeles. Lucha en el cielo con Cristo, pero en la Iglesia, hecho hombre. *Pero no prevalecieron y no hubo lugar para ellos en el cielo.* Se refirió a todos los santos que creyendo en Cristo, una vez rechazado el diablo, ya no le admiten más. *Fue arrojada la gran serpiente, la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojada a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con ella.* La serpiente príncipe es el diablo, y sus ángeles son los hombres malos y los espíritus inmundos. Todos han sido arrojados a la tierra con su príncipe. La tierra se refiere al hombre carnal, que ama lo que es terreno, y al que se le ha dicho: *eres tierra y a la tierra volverá* (Gén 3,19). En cambio, al justo se le ha dicho: *eres cielo y al cielo irás.* Son excluidos de entre los justos los que han sido arrojados a la tierra para ser pisoteados por los pies de los santos, según está escrito: *caminarás sobre un áspid y una serpiente y pisarás al león y al dragón* (Sal 91,13). No porque los santos los pisoteen con sus pies, puesto que no devuelven mal por mal; sino que como ellos aman lo terreno y los santos anhelan lo celestial, y no desean nada terreno y sufren con paciencia la tribulación y la pobreza, por eso se dice que andan por encima de ellos con su alma, no con su cuerpo. Porque Cristo, que les dejó para siempre el ejemplo a sus seguidores, les dio *tal poder de pisotear serpientes y escorpiones y toda influencia de Satanás* (Lc 10,19).

Oí entonces una fuerte voz en el cielo que decía: Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo. La gran voz en el cielo es la victoria de Cristo y la salvación, que otorgó a su Iglesia, cuando apareció en la carne. Todos los reinos del mundo le sirven, es decir, los santos; y destruyó los ídolos, que se veía que no eran nada. Antes de su veni-

da era esperado por los patriarcas y profetas, pero no era contemplado; después de su venida, dijo a sus discípulos: *muchos justos y profetas desearon ver lo que vosotros veis* (Mt 13,16): es decir, verme en carne. *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis; dichosos los oídos que oyen lo que vosotros oís.* Entonces ellos dijeron: *ahora ya ha llegado la salvación de nuestro Dios. Porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusa día y noche delante de nuestro Dios. Ellos le vencieron gracias a la sangre del Cordero y a la palabra del testimonio que dieron, porque no amaron su vida ante la muerte.* Si, como piensan algunos, es la voz de los ángeles la que habla desde el cielo, no deberían decir: *el acusador de nuestros hermanos, sino nuestro acusador;* y no el que *acusa,* sino el que *acusaba.* Porque si los ángeles llamaron a los justos, que viven en la tierra, hermanos suyos, no debían alegrarse de que hubiera sido arrojado a la tierra el diablo, porque en la tierra moraban el diablo y los hombres. Si hay que entenderlo así, no hay ninguna alegría en que los hombres vivan con los demonios. Pero, como dijimos arriba, creemos que es la voz de los Apóstoles, al conocer que el demonio era retenido atado, y que el Hijo de Dios encarnado reinaba en sus santos, al decir: que *ahora ya ha llegado la salvación y el reinado de nuestro Dios, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusa día y noche,* lo cual se ve que sucede ahora en la Iglesia. La Sagrada Escritura con frecuencia suele llamar día a las cosas beneficiosas y noche a las contrarias. Por tanto, no cesa de acusar ni de día ni de noche, porque nos acusa tanto en las cosas prósperas como en las adversas. Nos acusa de día cuando en las cosas prósperas nos insinúa el mal de palabra, obra o pensamiento. Acusa de noche cuando en la adversidad prueba que nosotros no tenemos paciencia. Como si aún estuviera en el cielo. Pues así maldicen a la tierra, diciendo: *¡Ay de ti, tierra y mar!,* es decir, los que no estáis en el cielo, que es la Iglesia. La tierra y el mar son los hombres malos. *Porque el diablo ha bajado donde vosotros con gran furor, sabiendo que le queda poco tiempo.* Bajar el diablo a la tierra y el mar es habitar en los hombres malos. Es echado del cielo cuando es arrojado por los santos; entonces, abandonado por los santos, baja a los suyos. Pues los malos no pueden hacerse del cielo si no han eliminado al diablo; y cuando ha sido rechazado por ellos, entonces se dice que ya no hay nunca más lugar para el diablo en el cielo. *Cuando la serpiente vio que había sido arrojada a la tierra, persiguió a la mujer, que había dado a luz al varón.* Cuanto más es arrojado el diablo, tanto más persigue.

Pero se le dieron a la mujer las dos alas del águila grande, para volar al desierto, a su lugar, lejos de la serpiente, donde es allí alimentada un tiempo, tiempos y medio tiempo. Las dos alas decimos que son los dos Testamentos, que ha recibido para huir de la serpiente al desierto. *A su lugar,* el que se le dio, es decir, los hombres malos, según se dice: *he aquí que os envío como ovejas en medio de lobos* (Mt 10,16). El tiempo, los tiempos y el medio tiempo se refiere desde la pasión del Señor hasta el fin del mundo, como ya dijimos arriba. *La serpiente vomitó de su boca detrás de la mujer como un río de agua.* Ya dijimos arriba que la serpiente es el diablo. Y el río de agua es el pueblo perseguidor de la Iglesia. Como no puede engañar espiritualmente a los santos, incita al pueblo contra la Iglesia, para seducirlos de alguna manera o de palabra, con el fin de tener siempre de qué acusarlos, según dice: *para arrastrarla con su corriente. Pero la tierra vino en auxilio de la mujer; abrió la tierra su boca y tragó el río vomitado de la boca de la serpiente.* La tierra en este lugar es Cristo, el Hijo de Dios encarnado, según está escrito: *nuestra tierra ha dado su fruto* (Sal 85,13), es decir, sus santos que germinan en ella. Pues nuestro Señor Jesucristo, que intercede por nosotros, y aleja de nosotros estas persecuciones, con la misma tierra se sienta a la derecha de su poder: pues cuantas veces se infligen persecuciones a la Iglesia, se conmueve por las oraciones de la santa tierra. Cuando los malos persiguen a la Iglesia, entonces los buenos, meditando en su alma la pasión del Señor, alegrándose

La Bestia surgiendo del abismo

en medio de los azotes, llevan con paciencia todas las contrariedades. *Entonces, despechada la serpiente contra la mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesucristo.* No cuando el diablo fue ya arrojado, como leímos que había sido arrojado del cielo; cuando al final venga a morar en aquel vaso suyo, el Anticristo, que todavía permanece ahora atado; porque todavía no asola abiertamente a la Iglesia, puesto que vemos que algunos vuelven por una larga, otros por una breve penitencia; pero después de que haya entrado en aquel vaso suyo, entonces nadie se convertirá, porque a todos los que encuentre afanados en la vida carnal, someterá al yugo de su poder. Sin embargo tiene antes que predicar Elías, y que haya un tiempo de paz, y después, acabados los tres años y medio de la predicación de Elías, ser arrojado él, y sus ángeles rebeldes, del cielo, donde tuvo Elías el poder de ascender hasta este tiempo. De la misma manera dice también el apóstol Pablo que el Anticristo surge del infierno: *primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el hombre de pecado, el hijo de perdición, el adversario que se levanta contra todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto* (2 Tes 2,3). Pero cuando, por la predicación de Henoc y de Elías, muchos de entre los judíos retornen entonces al conocimiento de la verdad, y cuando en los tiempos finales se convierta Judea, advierte que habrá feroces persecuciones en tiempos del Anticristo, de tal manera que no aceptan las predicaciones de su ministro de la iniquidad, pero a los que se opongan, les oprimen con las cadenas de los sufrimientos. Y no surgirá en medio de ellos un predicador, porque la predicación no llega al corazón de los malvados, pues la lengua de los buenos calla atada por las persecuciones. Habrá entonces muchos de entre los judíos infieles que perseguirán a aquellos judíos que se hayan convertido.

Pero hay que entenderlo ahora de forma espiritual, lo que entonces sucederá de forma real. Dice que la serpiente se llenó de ira contra la mujer, *y se marchó a hacer la guerra a sus restantes hijos;* es decir, al no poder continuar la persecución contra los santos, porque *están unidos* con la santa tierra, se armó más y más, se afianzó en el misterio de la iniquidad, con el que pudiera tender siempre asechanzas, según dice: *y se puso en pie sobre la arena del mar,* es decir, sobre la multitud de su pueblo, donde es reconocido como rey.

TERMINA LA EXPLICACIÓN SOBRE LA MUJER
Y LA SERPIENTE

COMIENZA LA HISTORIA DE LA BESTIA
Y DE LA MISMA SERPIENTE

(Ap 13, 1-10) *Y vi surgir del mar una bestia, que tenía diez cuernos y siete cabezas, y en sus cuernos diez diademas, y en sus cabezas títulos blasfemos. La bestia que vi se parecía a un leopardo, con las patas como de oso, y las fauces como fauces de león. Y la serpiente le dio su poder y su trono. Y una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su llaga mortal se le curó. Entonces la tierra entera siguió maravillada a la bestia; y se postraron ante la serpiente, diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién puede luchar contra ella? Le fue dada una boca para proferir una gran blasfemia, y se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses. Y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios: para blasfemar de su nombre y de su morada y de los que moran en el cielo. Se le concedió hacer la guerra a los santos, y vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación; y la adoraron todos los habitantes de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado. El que tenga oídos, oiga. El que a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada,* sólo el prisionero, *a espada ha de morir. Aquí se requiere la paciencia y la virtud de los santos.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y vi surgir del mar una bestia. Arriba dijo que la bestia surgía del abismo; aquí dice que del mar. Estas dos bestias son una sola. El mar y el abismo de los que dijo que surgía la bestia son la misma cosa. Lo que es el mar y el abismo, eso es la bestia. Vio, pues, al pueblo, que surgía del pueblo, es decir, que nacía como la flor nace de la raíz. Como la hierba venenosa, que muere en el invierno y renace en primavera de la misma semilla; así, cuando los hombres son malos, mueren a su tiempo, y de ellos nacen otros malos, que los imitan. Por eso dijo Juan el Bautista de los judíos: *raza de víboras* (Mt 3,7); porque así como de las víboras nacen víboras, así también de los hombres malos nacen hombres malos. Los que los imitan en la conducta, aunque no sean hijos de la carne, por su imitación son llamados hijos. Así también llamamos hijos del diablo a los que imitan al diablo, e hijos de santos y semilla de santos a los que imitan a los santos, y llamamos hijos de Dios a los que imitan a Dios. Así debemos entender a la bestia, que surge del abismo, que surge del mar, que surge de la tierra: todas son la misma bestia. Sólo el diablo, que fue arrojado del cielo, es decir, la serpiente antiquísima, nunca pasó por este mundo, como hombre, sino que por su oficio y sus obras es idéntico a una bestia. Y esta bestia no debe buscarse en un solo lugar, pues está en todo el mundo. Y como esta bestia ejerce su poder por medio de los reyes, por eso hay que entenderlo del reino de los romanos, que someten a casi todo el mundo a su poder; por eso se dice que al fin del mundo reina con el Anticristo en todo el mundo, con diez cuernos y siete cabezas. Esta es la bestia terrible que en Daniel se describe como *terrible, extraordinariamente fuerte; tenía unos enormes dientes de hierro, comía y trituraba y lo sobrante lo pisoteaba con sus patas* (Dan 7,7). El cuarto reino que ahora domina el mundo es el Imperio romano, de quien se dice en la visión de la estatua *que tiene las piernas de hierro, y los pies, parte de hierro y parte de arcilla* (Dan 2,33). Y, sin embargo, hace mención ahora de la parte de ese hierro, afirmando que sus dientes y sus manos eran de hierro. Y me admiro más, porque al simbolizar a los tres reinos por medio de tres bestias, la leona, el oso, y el leopardo —es decir, en la leona: la cabeza de oro, que es el reino de Babilonia; en el oso, el pecho y los brazos de plata, que es el reino de los persas y de los medos, y en el leopardo, el vientre y las caderas de bronce, que es el reino de Macedonia—, no compara el reino de los romanos con ninguna bestia, sino que sólo dijo que era terrible. A no ser que quizá, para hacer a la bestia temible y digna de pavor, callara su nombre, de manera que todo aquello de mayor ferocidad que podamos pensar de las bestias lo entendamos de los romanos, al conocer en un solo Imperio romano reunidos todos los reinos que antes habían estado separados. Y lo que sigue: *que devora y tritura y lo sobrante lo pisotea con sus patas,* significa que todas las naciones han sido eliminadas por ellos o sometidas a tributo. *Y tenía diez cuernos:* enumera los reyes que fueron más crueles, y a esos reyes, no de un solo reino, por ejemplo de Macedonia, de Siria, de los de Asia y de Egipto, sino de diversos reinos de todo el mundo, los hace un solo reino. Así como decimos que estos diez cuernos son los diez reyes, que con su persecución originaron toda la multitud de mártires, así creemos, en sentido figurado, que habrá diez reyes al final del mundo: entre los que, matados tres, el Anticristo va a reinar con los siete que ahora llama siete cabezas. Esta bestia se dice que es terrible y diferente a las restantes bestias; pero al venir el Cordero, que se levanta en guerra contra ella, muriendo le arrebató la presa. Y este Cordero y la bestia, se ve ahora que son enemigos dentro de la Iglesia. La bestia es el nombre genérico del enemigo del Cordero. Pero en la narración hay que entenderlo, según los lugares, a qué aspecto de la bestia se refiere; porque la misma bestia es un solo cuerpo, pero tiene muchos miembros diferentes. Pues unas veces la bestia se refiere al diablo; otras veces a su cuerpo, que son los infieles, es

decir, los que no han recibido el bautismo; otras veces, una de las cabezas de la misma bestia, que parecía herida de muerte, resurgió, que es la simulación de la verdadera fe, es decir, los malos cristianos dentro de la Iglesia. Otras veces la bestia sólo se refiere a los prepósitos, es decir, a los obispos o sacerdotes, que viven carnalmente dentro de la Iglesia. Todos estos miembros son un solo cuerpo. Aquí ahora la bestia que surge del mar se refiere al cuerpo del diablo. *Que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre sus cuernos diez diademas y sobre sus cabezas un nombre de blasfemia.* La serpiente apareció con estos cuernos y sus cabezas en el cielo, es decir, en la Iglesia. Y lo que dice: *sobre su cabeza, un nombre de blasfemia,* esto hay que entenderlo que los hombres malos y amadores del mundo llaman dioses a sus reyes; y no al Dios que hizo todas las cosas y de quien son todas las cosas, sino que alaban a sus reyes, lo mismo vivos que muertos, y piensan que han sido trasladados como al cielo y entre los santos. Pues en otro lugar se habla de un nombre de blasfemia, cuando dicen que ellos están dentro de la Iglesia y persiguen a la Iglesia. *La bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus patas como las de un oso, y sus fauces como fauces de león:* la comparó a un leopardo por la variedad de los pueblos; a un oso, por la malicia y ferocidad; a un león, por la fortaleza de su cuerpo y la soberbia de su lengua. *Y le dio la serpiente su poderío y su trono.* La serpiente dio su poder a la bestia, porque tiene a los falsos hermanos dentro de la Iglesia, que parece que son la Iglesia y no lo son. Y por medio de ellos el diablo realiza sus acciones contra aquellos que quiere seducir dentro de la Iglesia; por eso dijo a la Iglesia: *sé que habitas donde Satanás tiene su trono* (Ap 2,13). Engañan éstos a los sencillos con toda clase de *milagros, señales, prodigios engañosos para los que se han de condenar* (2 Tes 2, 9-10), según se dice: *y vi una de sus cabezas que parecía herida de muerte, pero su llaga mortal se le curó.* Ya dijimos arriba que la bestia tenía siete cabezas: ésta es la octava. Es lo mismo que dijimos: el que parece que está en la Iglesia bajo nombre de santidad, pero no está en la Iglesia: porque es el simulacro que se ha inventado el diablo para engañar a los religiosos bajo el nombre de religión. Dice que esta cabeza parecía herida de muerte, y que su herida mortal fue curada; es decir, parece que siguen a Cristo crucificado, y no están crucificados: porque no llevan el sufrimiento de la cruz de Cristo por Dios, sino por las alabanzas del mundo. Muestra que es la octava, pero, sin embargo, en verdad es el simulacro de las otras siete: y no está separada de esas mismas cabezas, aunque la misma bestia junto con todos los santos crea, y lo diga, que tiene por cabeza a Cristo, *que tiene una herida de espada y vivió,* es decir, que murió y resucitó. Según la verdad, sin embargo, de las siete es la octava. *Y toda la tierra, admirada, siguió a la bestia.* Tiene el diablo dentro de la Iglesia a esos que, disfrazados de oveja, por fuera parece que son justos, y por dentro son lobos rapaces. Por eso no son descubiertos junto con los otros hombres que son claramente malos, sino que son considerados santos, porque con ellos están unidos en la misma unidad y acción: y a éstos los tiene el diablo dentro de la Iglesia y en medio del pueblo bajo apariencia de santidad. Por eso hay un cambio de palabras (en el texto): para no decir *y maravillada la bestia siguió a la bestia,* que es como decir: *si los malos fueran abiertamente malos, se vería que son la bestia.* Pero como simulan la santidad, porque parece que reparten bendiciones entre los pueblos, por eso dice el texto: *y admirada, toda la tierra siguió a la bestia.* Aquí llamamos tierra al pueblo carnal, así como dijimos que la Iglesia es el cielo: admirado, pues, todo su pueblo, por medio de sus sacerdotes semejantes a ellos, siguió a la bestia, es decir, al diablo, o al mismo simulacro que el diablo se inventó para ellos; para, bajo el nombre de la cabeza verdaderamente degollada y viviente, es decir, Cristo, hacerlos sus aliados. El Espíritu dice que siguen a la bestia, pero ellos, no con los hechos, sino con la lengua, dicen que siguen a Cristo.

Y se postraron ante la serpiente porque había dado el poderío a la bestia. Ellos en sus palabras dicen que ado-

ran a Dios, que dio el poderío a Cristo, es decir, conocen que Cristo se encarnó. Dice después que la bestia tenía aquella cabeza que parecía herida de muerte. Y advierte que no dice *degollada,* sino que *parecía herida de muerte.* Porque no siguen a Cristo en su pasión, sino que sólo desean ser santos de nombre: por eso dice que la cabeza parecía herida de muerte. Hizo entonces un cambio de nombre, de todo el cuerpo a la cabeza, cuando dio el nombre de tierra a la bestia, al decir: *y maravillada, toda la tierra siguió a la bestia.* Esa cabeza, que dijimos que entre las siete es la octava, son aquellos sacerdotes que la admiran, y los pueblos que la siguen: para que entiendas claramente que llama bestia a la misma cabeza, y a la bestia tierra; y, como ya se ha dicho, hay que entenderlo según los lugares. *Y se postraron ante la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia?* o *¿quién puede luchar contra ella?* Dicen ellos: *¿Quién como Cristo?* o *¿quién puede vencerle?* Lo dicen con sus palabras, pero en sus acciones siguen a la bestia. *Le fue dada una boca para proferir una gran blasfemia.* Esto lo dice en general de todos, es decir, lo dice de todo el cuerpo, que se les ha dado el hablar con la palabra de las Escrituras, y una boca para ensalzarse y vanagloriarse, o para hablar de las cosas celestiales. Pero dijo que se les dio la blasfemia, porque no se levantan abiertamente contra la Iglesia, con la que dicen que están unidos; y al decir que son hijos de Dios, tienden trampas a los hijos de Dios. *Y se le dio poder de actuar durante cuarenta y dos meses.* Habló aquí de sólo cuarenta y dos meses, que son los tres años y medio del reino del Anticristo; pero ahora en la paz, so pretexto de religión, meditan contra la Iglesia lo que entonces en la guerra dirán con palabras claras. *Y ella abrió su boca para blasfemar contra Dios.* Pues antes, durante los anteriores tres años y medio, como arriba hemos dicho, desde la pasión del Señor hasta el Anticristo, no blasfemaban abiertamente contra la Iglesia, sino bajo nombre de santidad, formando parte del misterio de la iniquidad. Sin embargo, cuando llegue este tiempo del

El combate entre la Serpiente y los Ángeles

Anticristo, cuando se produzca la dispersión, es decir, cuando claramente se haya disgregado la Iglesia, y se haya manifestado en todo el mundo el hombre de pecado, entonces se pondrá al descubierto y se manifestará y se comprenderá y conocerá aquello que antes, bajo apariencias de religión, con palabras ocultas, hablaba blasfemias contra Dios; pero ahora habla como la Iglesia católica. Pues así dice Dios que los malos hablan a Dios, para seducir: *el necio dice necedades, y su corazón medita el mal, haciendo iniquidades y hablando a Dios engaños, dejando vacío el estómago hambriento y privando de bebida al sediento* (Is 32,6). ¿Quién habla engaños a Dios, sino el que finge que sirve a Dios para engañar? Pues hablan a Dios, porque dicen las santas palabras católicas; pero hablan con el fin de poder engañar a los ignorantes e incautos por medio de estas palabras, no recordando las enseñanzas de Cristo, los que actúan como los fari seos y por medio de estas palabras se arriman a la cátedra de Moisés, y ambicionan las primeras cátedras y los primeros honores, con el fin de ser llamados maestros por los hombres (Mt 23,6). Así, pues, cuando salgan fuera, blasfemarán abiertamente, pero sólo aquellos que solían blasfemar de forma oculta, según dijo: *abrió su boca para blasfemar contra Dios, para blasfemar de su nombre y de su tienda y de los que habitan en el cielo.* La tienda está en el camino, y la habitación en la casa. Por eso la tienda son los siervos de Dios, que, caminando hacia las cosas celestiales, no desean tener nada en este mundo; el cielo es la Iglesia. Explicó qué es la tienda de Dios, al referirse a *los que moran en el cielo,* y contra éstos se sobreentiende que *abrió su boca,* porque siempre blasfeman de aquellos que moran en el cielo, es decir, de aquellos que consideran que siguen limpiamente a Cristo, pero, como se ha dicho, no abiertamente. Pues dicen: *estos a quienes vemos no son santos, sino que los santos son los perfectos, que permanecen encerrados en sus moradas, o habitan en la soledad del desierto. Pues no vemos que éstos sean mejores que nosotros.* Dicen estas cosas, como dijimos, para engañar, de manera que seducen a los sencillos e ignorantes, que quizás en algún momento debían haber sido buenos, pues dice: *se le concedió entablar batalla contra los santos y vencerlos,* a aquellos de quienes hemos hablado arriba, a los sencillos, a quienes engañan. Los que se creían todavía buenos, ya han sido vencidos de todo el grupo que puede ser vencido; y como viven en la ceguera de la ignorancia, dicen ya que la luz y las tinieblas son una misma cosa; es decir, piensan que la Iglesia y la Sinagoga gozan de la misma vida, porque ya claramente engañados, e incorporados a la bestia, caminan en las tinieblas.

Y se le concedió poder sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación; y la adoraron todos los habitantes de la tierra. Dijo todos, pero los habitantes de la tierra: la tierra de la que hablamos antes, es decir, los carnales. Pues el cielo es la Iglesia; y al diablo y a la bestia sólo los adoran los habitantes de la tierra, según dice: *aquellos cuyo nombre no está escrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado.* Entendemos un solo cuerpo en lugar de muchos miembros. Arriba dijo: *la adoraron todos los habitantes de la tierra.* El diablo tiene como cuerpo a esta tierra, porque el nombre del diablo no está escrito en el libro de la vida del Cordero, y lo mismo todo su cuerpo sellado con él desde el comienzo del mundo; porque antes de que existiera el Cordero, es decir, la Iglesia, fue rechazado para la vida en la presciencia de Dios. Trata del Cordero, y de la bestia, que desde el origen del mundo no está inscrita en el libro de la vida con el Cordero. *Quien tenga oídos, oiga.* Cuantas veces el Espíritu dice, lo que debe ser entendido de manera distinta a como se dice, concluye así: *quien tenga oídos, oiga;* es decir, que lo entienda el que tiene los oídos del corazón; y si ya resucitó con Cristo, no busque nada en la tierra, sino que busque lo que es de arriba: no vaya a ser que, mientras elige lo terreno, cautivo, sea sumergido del cielo en el infierno, según dice: *quien tenga que ir a prisión, a prisión vaya, y quien tenga que morir a espada,* sólo el prisionero, *a espada muera. Aquí*

está la paciencia y la virtud de los santos. ¿Quiénes son los prisioneros, sino los que han sido engañados por la serpiente y la bestia? Todo el que conduce a un prisionero, si le mata, no mata a un guerrero, sino a un prisionero. Este es el engaño del que hablamos arriba, que se realiza en la Iglesia por medio de los perversos sacerdotes, que fingen que sirven a Dios, para seducir a los ignorantes, con el fin de conseguir seguidores suyos, puesto que ellos y la bestia son una misma cosa. Descrita en general la bestia en la hipocresía, es decir, en la simulación de santidad, va luego a describir a la otra bestia que profiere claras blasfemias, en sólo los prepósitos, es decir, los obispos; la va a describir de la misma manera, pero no con una hipocresía oculta, como hemos dicho que sucede en la bestia que ya hemos descrito, sino manifestada con palabras claras.

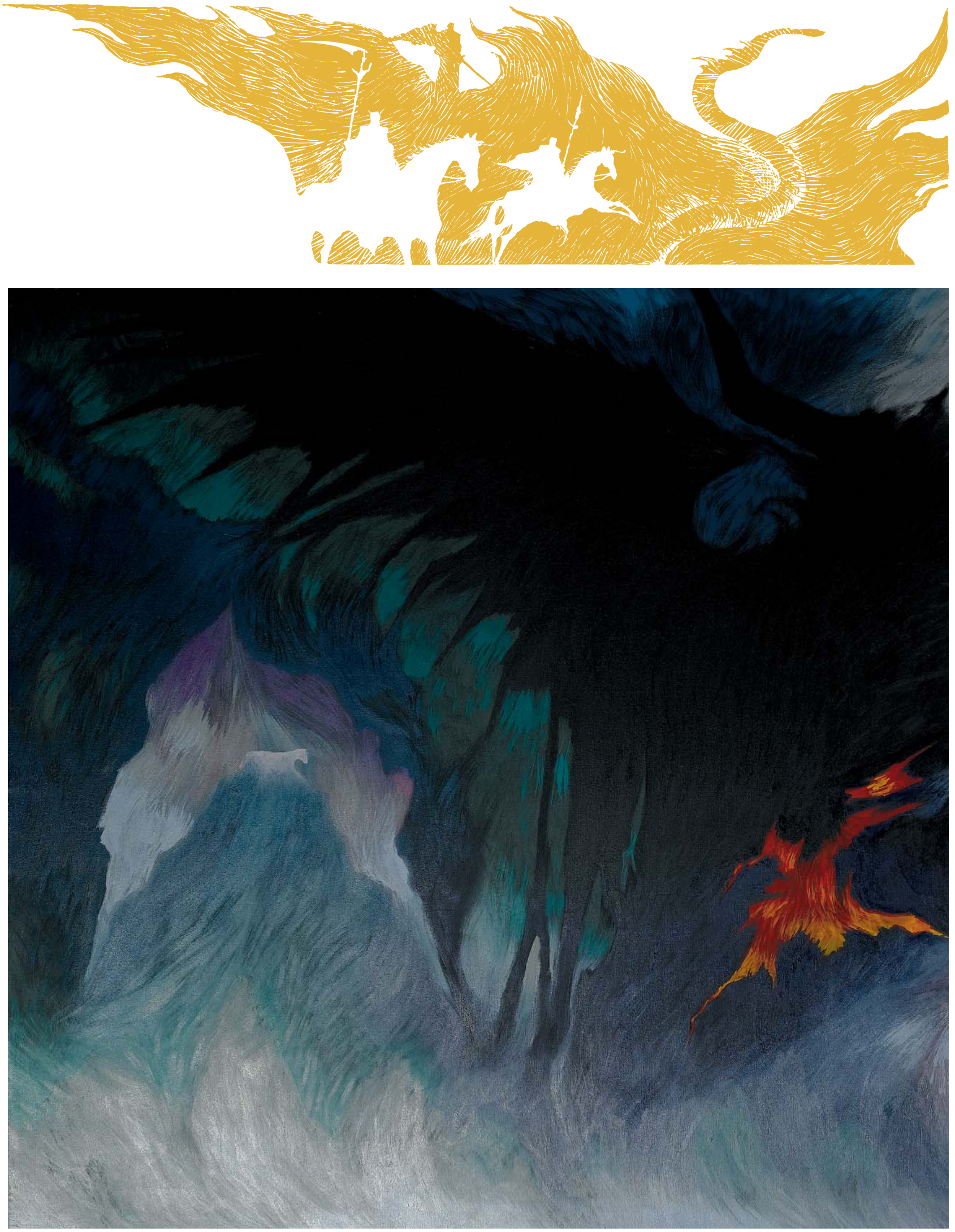
COMIENZA LA HISTORIA DE LA TERCERA BESTIA

(Ap 13, 11-17) *Vi luego otra bestia que surgía de la tierra y tenía dos cuernos, como de cordero; pero hablaba como una serpiente. Ejerce todo el poder de la primera bestia en servicio de ésta: haciendo que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, cuya herida mortal había sido curada. Realiza grandes señales, hasta hacer bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra. Y seduce a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar por medio del simulacro de la bestia, que, teniendo la herida de la espada, vivió. Se le concedió infundir el aliento a la imagen de la bestia, y hacer que fueran exterminados cuantos no adoraran la imagen de la bestia. Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente. Y que nadie pueda comprar nada, ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la bestia o con la cifra de su nombre.*

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y vi otra bestia que surgía de la tierra. Ya comentamos arriba que el mar y la tierra eran los hombres, es decir, el cuerpo del diablo. *Otra bestia que surgía de la tierra.* Surgir de la tierra es envanecerse de la gloria terrena. Lo que es el mar, eso es la tierra. Dijo *otra* por su misión, pero es una sola. Pues el mar realiza unas cosas, y la tierra otras; el mar se mece, y la tierra está quieta. El mar es el pueblo abiertamente malo; la tierra son los obispos, sacerdotes y la falsa religión: quienes bajo apariencias de santidad no se ve que se agiten en el mundo, sino que parece que obran quedamente, y simulan que son Iglesia y no lo son: porque en esta bestia blasfeman ya abiertamente de la que, en la bestia arriba descrita, blasfemaban ocultamente. Y la que tiene siete cabezas y ésta son una sola; pero de la de siete cabezas es de la que dijimos arriba que tenía una octava cabeza que parecía degollada, es decir, parecía crucificada con Cristo. Pero como en la bestia parecía que había una octava cabeza, porque blasfemaba de la Iglesia ocultamente, ya en esta bestia blasfema abiertamente de quienes solía blasfemar ocultamente. Y como ya explicamos arriba lo referente al mar, a la serpiente y a la bestia, y dijimos que era la misma única realidad, resta todavía que digamos algo para demostrar lo que expusimos. ¿Qué se entiende bajo el nombre del mar, sino los corazones de los carnales agitados por pensamientos soberbios? Y ¿qué se expresa bajo el nombre de la serpiente, sino el enemigo antiguo, que cuando, poseyéndolas, penetra las almas de los mundanos, parece nadar en sus pensamientos lúbricos? Por eso dice bien: *vi a una bestia que surgía del mar,* y de ésta dice *que surgía de la tierra,* que con ella es una sola y se presenta ambiguamente el cordero y la bestia primera, para seducir, y simula que es un cordero, para atacar al cordero. Desea con frecuencia dominar a los mejores, y sin embargo se ve impedida por decisión divina, que dis-



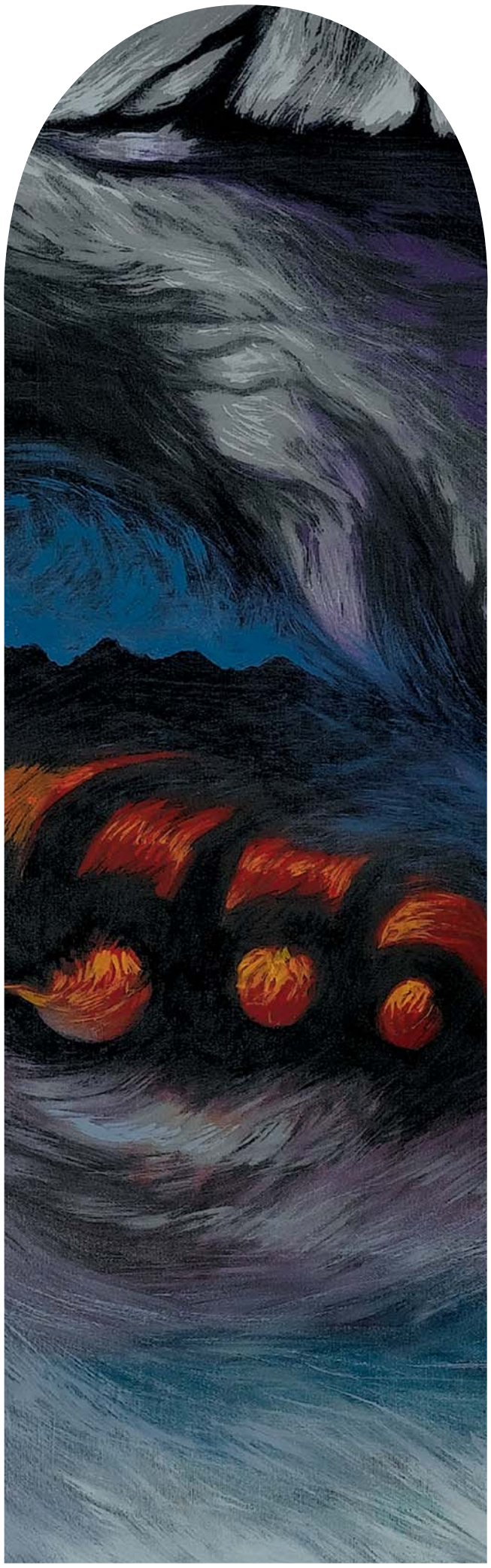
pone de forma admirable todas las cosas. Anhela la longevidad en la vida presente para satisfacer los placeres de la carne, y sin embargo es arrancado de ella con celeridad. Acerca del agua se dice por medio del salmista: *contuvo las aguas como en un odre* (Sal 78,13). Las aguas en un odre son sus deseos lúbricos, con los que desea herir al Cordero: al no conseguir efecto su acción, se hunde bajo un corazón carnal. Esta bestia de la tierra son los malos prepósitos en la Iglesia, que entregados a sus placeres profetizan las falsedades de su corazón. Esta es la bestia que va a realizar signos y prodigios y mentiras ante los hombres antes que él, es decir, antes de que venga el Anticristo. *Y tenía dos cuernos parecidos a los del cordero:* es decir, los dos Testamentos, la Ley y el Evangelio, por medio de los que finge que profetiza, y entre los suyos se presentaba como cordero y simulaba imagen de hombre justo. *Y hablaba como una serpiente.* Pues habla lleno de la malicia del diablo: éste va a realizar signos ante los hombres hasta incluso que parezca que los muertos resucitan, es decir, por su predicación parecerá que muchos se convierten, pero sólo ante los ojos de los hombres. Este es aquel engaño al Señor: aparenta ser cordero, para inocular ocultamente los venenos de la serpiente. No parecería un cordero si hablara claramente como serpiente. Finge ahora ser cordero, para devorar con mayor seguridad al cordero. Habla a Dios, con el fin de alejar del camino de la verdad a los que buscan a Dios. Por eso el Señor, advirtiendo a su Iglesia, dice así: *tened cuidado de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces* (Mt 7,15). Debemos advertir qué parecen significar los lobos. Son unas bestias que acechan a las ovejas; merodean cerca de los apriscos de los pastores: no se atreven a entrar en las habitaciones de las casas. Vigilan el sueño de los perros y la ausencia o el descuido del pastor: aprietan las gargantas de las ovejas para estrangularlas rápidamente. Fieras, rapaces, y además son por naturaleza de un cuerpo más rígido, para que no puedan doblegarse con facilidad. Se dejan llevar de su ímpetu, y por eso siempre hieren. Además, si son los primeros que ven a un hombre, como con un impulso natural son impelidos a levantar la voz. Y si es el hombre el que los ve primero, se dice que se azaran. Y por eso debo tener yo cuidado, no vaya a ser que si en el escrito de hoy no he podido brillar con la gracia de los misterios espirituales, crean los lobos que me han visto primero, y me arrebaten la ayuda solemne de la palabra. ¿No es verdad que hay que comparar con estos lobos a los que se levantan contra la Iglesia abiertamente, ahora los herejes, que acechan a las ovejas de Cristo? Aúllan cerca de los apriscos, más de noche que de día. De noche, porque predican entre ignorantes, ya que no pueden hacerlo de día, porque son descubiertos por los instruidos. La noche es la ignorancia, y el día es la sabiduría: pues siempre es de noche para los pérfidos, que oscurecen la luz de Cristo con las tinieblas de su interpretación; y en cuanto está de su parte, la procuran cegar. Merodean cerca de los apriscos, es decir, cerca de las siete Iglesias; sin embargo, no se atreven a entrar a los establos de Cristo, es decir, no tienen la audacia de entrar en la Iglesia, que es la luz. Y por eso no son curados, porque no quiere Cristo llevarlos a su establo, en el que sanó aquel que, bajando de Jerusalén, fue asaltado por los ladrones; al que, vendadas las heridas, ungido con aceite y vino y montándole en su asno aquel samaritano, es decir, Cristo, en su cuerpo llevó al establo; y dejó al encargado del establo, los santos obispos, para que lo sanaran (Lc 10,30). Pues no reciben el remedio los que no buscan al médico. Pues si lo buscaran, no le injuriarían abiertamente. Averiguan si está ausente el pastor, y por eso intentan matar a los pastores de las Iglesias o desterrarlos: porque, estando presentes los pastores, no pueden devorar las ovejas de Cristo. Raptado el pastor, pretenden robar el rebaño del Señor los que con una intención corpórea y carnal, que parece espiritual, pero duros y rígidos, jamás suelen desdecirse de su error. Y por eso dice el Apóstol: *al hombre hereje después de*

una amonestación rehúyele, sabiendo que es un pervertido el que es de tal condición (Tit 3,10). De éstos se mofa el verdadero intérprete de las Escrituras de Cristo, para que lancen en vano sus fútiles acometidas y no puedan dañar. Y si se anticipan a alguno con el engaño astuto de su disertación, le hacen callar. Pues es mudo quien no proclama la palabra de Dios con el mismo esplendor que tiene. Ten cuidado no te quite la palabra el hereje, si no le has descubierto tú primero: se arrastra mientras oculta su perfidia. Pero si conoces el fraude de su impiedad, no podrás temer el daño de su piadosa voz. Evita, pues, los astutos venenos de su discurso. Atacan y aprietan la garganta de las ovejas, hieren en las partes más vitales: peligrosas son las mordeduras de los herejes, y porque son más peligrosas y más rapaces que las mismas bestias, nunca ponen fin a su avaricia e impiedad. Y no os conmueva que parece que tienen una forma humana. Aunque por fuera parece un hombre, dentro oculta una bestia. Con razón, pues, dijo el Señor: *vienen a vosotros disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.* Si alguno se conmueve por su aspecto, pregunte a sus frutos. Oyes que alguien es llamado sacerdote, y conoces sus rapiñas: tiene vestido de oveja, y hechos de depredador. Es por fuera una oveja, por dentro un lobo, que no pone medida a sus rapiñas. Como en la noche, duros sus miembros por el hielo escítico, sangriento en su boca, corre de una a otra parte buscando a quién devorar. ¿No os parece un lobo el que con insaciable deseo carnal de muerte humana quiso satisfacer su rabia con la muerte de los pueblos fieles? Aúlla éste las Escrituras, no las comenta, porque niega al autor de la palabra. Este es el que deseaba estar con los discípulos, y no con sencillez, sino con engaño, dijo al Señor: *Maestro, te seguiré adonde vayas*. Y el Señor le dijo: *La zorra tiene madriguera, y las aves del cielo nidos donde reposar; pero el Hijo del hombre no tiene dónde reposar la cabeza* (Mt 8,19). Pues veía su alma, como de raposas engañadoras, y las aves, es decir, los demonios morando dentro de él. Pues el Señor no busca la apariencia de la obediencia, sino la pureza de la intención. Más adelante dice así: *el que recibe a un niño como éste en mi nombre* (Mt 18,5). En este texto el Señor enseña que la sencillez debe de ser sin soberbia, la caridad sin envidia, y la piedad sin ira. Se aconseja, pues, que los mayores deben recobrar un alma de niño. Pues como el niño no se atribuye nada a sí mismo, cumple la norma de la virtud; y como no sabe hacer uso de la razón, no conoce el pecado. Sin embargo, como en muchos no es la virtud, sino la debilidad, lo que parece sin razón sencillez, se te avisa para que recibas tú la verdadera sencillez. Y por eso dice: *el que recibe a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe a aquel que me envió.* El que recibe a un imitador de Cristo, recibe a Cristo. Y el que recibe a la imagen de Dios, recibe a Dios. La cabeza de Cristo es Dios, es decir, la Divinidad, que no habita en un alma retorcida. Por eso, en cuanto pueda, muestre el hombre una fe sincera y guarde con alma piadosa la obediencia de los mandamientos, para que no se le pueda decir: *las zorras tienen madrigueras.* Pues la zorra es un animal engañador y se acerca siempre con disimulo para realizar la rapiña con sus fraudes. No soporta que haya nada firme, nada tranquilo ni seguro, pues busca la presa entre las viviendas de los hombres. Compara a los herejes con las zorras. Por eso cuando llama a las gentes, excluye a los herejes. Llegaron dos discípulos, uno dijo: *te seguiré;* otro dijo: *déjame primero ir a enterrar a mi padre.* Y el Señor le dijo: *deja que los muertos entierren a sus muertos; tú sígueme* (Mt 8,21) y vete a proclamar el reino de Dios. Al otro le dijo: *las zorras tienen madrigueras:* y por eso el Hijo del hombre, porque abundó la iniquidad, no tiene dónde reclinar la cabeza. Para que entiendas que Dios no rechaza el ornato de los vestidos, sino el engaño. El que había rechazado al fraudulento, había elegido al inocente, diciéndole: *sígueme.* Pero le dice esto a aquel cuyo padre sabía ya que había muerto, es decir, el diablo, de quien se ha dicho: *olvida la*

El fuego de la Bestia

casa de tu padre (Sal 45,11). Esto no se lo dijo a aquel en quien vio que habitaban las zorras: pues la zorra es la mayoría de las veces el animal del fraude, que prepara la madriguera de las almas, y desea ocultarse siempre en la madriguera. Así son los herejes, que no saben prepararse una casa, sino que intentan engañar a otros con sus fraudes. El que es sencillo habita siempre en una casa. Pero el hereje está en una madriguera, como la astuta zorra que procura siempre el engaño de aquella gallina del Evangelio, de la que está escrito: *¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste! He aquí que va a quedar desierta vuestra casa* (Mt 23,37). Con razón tienen madrigueras, porque perdieron la casa que tuvieron. Este animal ni se amansa jamás, ni es de ninguna utilidad, ni útil para alimento. Por eso dice el Apóstol: *Evita al hereje después de haber sido amonestado una vez* (Tit 3,10). Pues no dice Cristo de él: *mi comida es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Jn 4,34). Incluso el Señor manda cazarlas en sus viñedos, al decir: *cazadnos las raposas que devastan las viñas pequeñas* (Cant 2,15). Esto es, que exterminan la viña menor, no la mayor. Y por eso Sansón (Jue 15,4) ató a sus colas antorchas encendidas y las soltó en la mies de los extranjeros: con esto quiso indicar que los herejes intentan incendiar los frutos ajenos. Con razón son comparados a la bestia, porque no cejan de devorar a otros, según dice: *hablaba como una serpiente y ejerce todo el poder de la primera bestia en su presencia.* Dijo de *la primera,* arriba relatada, la que había visto que surgía del mar, a quien había dado el demonio su gran poder. Dijo que este poder lo ejerce la bestia en presencia de la bestia, esto es, los obispos o malos sacerdotes a los que describe: todo el poder del pueblo está, como dijimos arriba, en las colas de las langostas y de los caballos. Dijo *en presencia* de la bestia, porque los obispos o presbíteros, distribuyendo los sacramentos, realizan delante del pueblo lo que es útil a la voluntad del diablo bajo el ropaje del carisma de la Igle-

sia. *Y hace que la tierra y todos los que la habitan adoren a aquella bestia primera, cuya herida de muerte fue curada.* Hizo de nuevo una transposición de nombres. Llamó tierra a aquella bestia con cabezas; y a su cabeza, bestia: había dicho que había sido curada la herida de la primera; y de ésta dice: *su herida fue curada,* porque la octava cabeza de aquélla, esa cabeza es esta bestia. Enseña que llama bestia a todas las partes de la bestia, porque en todas las acciones de los suyos está el diablo, que es la bestia. Esta bestia, pues, que describimos con dos cuernos, que dijimos es una parte de aquella bestia, esta bestia hace que adoren a aquella bestia, es decir, que ejecuten sus órdenes aquellos a quienes ha engañado: por eso llamó tierra a la bestia, para transferir a la cabeza como degollada, es decir, a estos que parece que siguen a Cristo en la pasión, en su cargo y en su conducta, el nombre de la bestia, para no tener que decir, si hubieran sido abiertamente malos, la bestia hizo que adoren a la bestia, porque tienen sólo el nombre de cristianos, no la conducta. Pero si una cosa es la bestia y otra la tierra, ya que el pueblo es la bestia, ¿qué será la tierra? Dijo, no sin una gran razón: *la tierra y los que habitan en ella.* Si no hubiera motivo, habría sido suficiente decir la tierra y aquellos que habitan la tierra; pero indica la violencia del engaño, y que allí había seducido el alma y el cuerpo. Pues el que cae por la fuerza, no seducido, es cautivo sólo del cuerpo; pero el que es seducido, está poseído en el cuerpo y en el alma que habita en el mismo cuerpo; por eso dijo: *hace que la tierra y los que habitan en ella adoren a la bestia cuya herida de muerte fue curada.* Examinemos con mayor intensidad. Nuestro Señor Jesucristo tiene herida de espada, y vivió. Pero aquí dijo: *la bestia que tiene herida de espada, y vivió.* Dice que es adorada la serpiente, que es adorada la bestia, porque sólo la serpiente era adorada entre los suyos. Pues no, como la Iglesia que tiene como mediador en su cuerpo a Cristo entre Dios y ella, tiene así el diablo entre él y los suyos (un mediador),



El número del Anticristo

sino en el solo nombre de la imitación de Cristo. Así que la bestia que dice que tiene dos cuernos, que es el cuerpo con todos los malos sacerdotes, no tiene a nadie entre el diablo y los suyos, sino que está en la sola palabra que dicen que ellos adoran a Cristo, que murió y resucitó; y en esta palabra adoran al diablo, que ideó para los suyos este simulacro, con el fin de, bajo el nombre de los malos sacerdotes, excluir de la Iglesia muchos miles de hombres y lanzarlos al tormento de los infiernos. *El mismo Satanás se disfraza de ángel de luz* (2 Cor 11,14), para que sus sacerdotes obtengan las riquezas del mundo y consigan del pueblo el testimonio de alabanza, y ellos prometan al pueblo una tranquila seguridad. El mismo diablo, pues, ocupa su lugar y el de mediador, porque no tiene mediador, sino un simulacro de Cristo. Dice que esa falsa imagen es la bestia que tenía la herida de espada y que vivía. Pues es la bestia la que bajo este nombre se encuentra entre él mismo y los suyos: por eso cuando dice que adoran a la bestia, que tiene la herida de espada y vivió, señala al diablo: que se disfraza del ángel de la luz, que tiene verdaderamente la herida de espada y que vive, es decir, de Cristo.

Nosotros adoramos al Cordero, que tiene la herida de espada y vive; ellos a la bestia, que se disfraza a semejanza de él. Así que las tres: el diablo, la bestia que parece degollada y el pueblo, son dos mediante el simulacro, aun cuando se dice que es adorado mediante la bestia, la cosa se refiere al diablo, que ocupa su lugar y el de este nombre mediador. Dice un nombre mediador, que son los mismos sacerdotes que, bajo nombre de religión, fingen que sirven a Dios, y por medio del nombre de Dios adoran al diablo. Con nosotros tienen en común a Cristo, que murió y resucitó, sólo de nombre y lo adoran. Y como del que dicen que ha resucitado, es decir, de Cristo, adoran sólo un nombre con sus palabras, y lo niegan con sus obras, adoran al diablo, que tiene la herida de espada y vive, pero en la imitación y la usurpación del nombre de Cristo, con el que procura ser él adorado con un título de engaño, con el que pudieran sus ministros transformarse en apóstoles de Cristo, con el solo fin de someternos a servidumbre y de adorar, en lugar de a Dios, a su vientre. En otras circunstancias, adorarían todavía al diablo bajo el nombre de los ídolos. Pero dirá alguno: dijo *la bestia que tiene la herida,* no la que *simula que tiene la herida.* Por tanto, la Escritura debe conocer el pensamiento de aquel a quien habla así, como dijo de los judíos; pero ellos *no entraron en el pretorio, para no contaminarse y así poder comer la Pascua* (Jn 18,28): no afirmó la Escritura que se podían manchar los que estaban ya absolutamente contaminados, si entraban en el pretorio; ni que temieran los judíos contaminarse conscientes de tan grandes crímenes, como si supieran que era Cristo aquel a quien habían negado, sino que la Escritura relató como afirmándolo lo que fingían. Así también ahora dijo: *la bestia que tiene la herida de espada y vivió,* según el pensamiento de ellos: de su propio pensamiento ya había dicho más arriba el Espíritu, no que estaba degollada, sino que parecía degollada. *Y hace grandes signos, hasta hacer bajar fuego del cielo a la tierra ante los hombres;* es decir, de la Iglesia desciende el Espíritu a los hombres; por la tierra se refirió a los hombres; y así como los magos hacen signos ante los ojos de los hombres, lo mismo éstos en presencia de los hombres; incluso ofrecen signos verdaderos, pero ante los hombres: pues en presencia del pueblo confieren el Espíritu al bautizar u ordenar sacerdotes o al reconciliar o consagrar basílicas. *Y seduce a los que habitan en la tierra.* Ciertamente, por estos signos verdaderos y eclesiásticos engaña a aquéllos, no para que habiten en los bienes celestiales, sino en los terrenos; para que se identifiquen con su conducta en sus moradas y en el yermo, es decir, en lo oculto y en el desierto. *Y seduce a los que habitan la tierra:* es decir, seduce a los carnales, a los que hemos demostrado que son la bestia; los seduce *por medio de estos signos* sacerdotales.

Que se le ha sido concedido obrar por medio de la imagen de la bestia que parece que tiene la herida de espada y vivió, es decir, que parece que obra como Cristo, que murió y resucitó: por medio de estos carismas seduce a los terrenos para que ellos mismos se hagan imagen de la bestia. *Y se le concedió dar el espíritu a la imagen de la bestia:* es decir, enseña que al mismo pueblo que fabricó y adoró esta falsa imagen, constituyéndose imagen de la bestia, le da uno y otro espíritu: uno celestial, por medio del carisma santo; el otro, el espíritu propio del discípulo de la cátedra de Moisés. *Hace bajar fuego del cielo.* El fuego del cielo es el Espíritu Santo, que bajó sobre los Apóstoles, como leemos en los Hechos de los Apóstoles. Y advierte que dan los dos espíritus: uno del cielo y otro de la tierra; en ambos espíritus bautizan y por medio de este bautismo los santos se benefician del Espíritu Santo; en cambio, sus prosélitos, a los que engañan, del espíritu de la bestia, para que sean hijos del infierno más que ellos mismos, aventajándolos en el mal. Presenta la manifestación de la misma bestia, diciendo: *y hará que sean matados quienes no adoren la imagen de la bestia.* En este texto, por imagen de la bestia entendemos a la bestia. Pues alguna vez llama al mismo pueblo imagen, es decir, que parece cristiano de nombre, porque con sus signos los falsos profetas, es decir, los sacerdotes, les engañan para hacerse (simulacro de la bestia); otras veces llamó imagen de la bestia a la misma semejanza del nombre de Cristo: porque la bestia, es decir, el diablo, fingió esta semejanza, en la que fuese él mismo adorado. Pues los falsos profetas, que son los malos sacerdotes, ciertamente engañan a los terrenos, a que se hagan imagen de la bestia: y harán que sean matados, si alguno no adora la imagen de la bestia; no aquella imagen en la que por engaño se convierten, sino la imagen de aquel a quien hacen al pueblo semejante a él. Así como se dijo en el Evangelio: *los que realicen los mandamientos del Padre celestial, serán semejantes a su Padre que está en los cielos,* así también los que realizan la voluntad del diablo son semejantes a él, y bajo un solo nombre de Cristo, del que tiene la herida de espada y vivió, que es el Señor Jesucristo en sus santos, forma un solo cuerpo; también la bestia, que finge este simulacro de Cristo, forma un solo cuerpo con los hipócritas. Cristo es la cabeza para los suyos. Y el diablo, para los suyos. Esta bestia con dos cuernos hace que adoren la imagen de la bestia primera; es decir: que el pueblo adore la imagen del diablo, esto es, a sus sacerdotes, cuya cabeza, como dijimos, parecía herida de muerte. *Y hace que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en sus frentes.* Esto pertenece al misterio, es decir, describe el misterio de la iniquidad. Dijo arriba: *hará,* refiriéndose a los que no adoren. Y aquí dice: *hace a todos pequeños,* éste *hace y hará,* se refiere al futuro, lo que se hará abiertamente en tiempos del Anticristo, y lo que se ha hecho ahora espiritualmente. Así, de esta manera mezcla ambos tiempos, diciendo *hace y hará.* Los santos que están en la Iglesia, reciben a Cristo en la mano y en la frente. Por la mano se entiende la actuación de los santos; por la frente, el conocimiento de la obra de Cristo a quien siguen. Y manifiestan en la Iglesia lo que creen y lo que obran. Por el contrario, los hipócritas tienen en su mano y en su frente, bajo el nombre de Cristo, la marca de la imagen de la bestia, en sus obras y en el conocimiento. Enseña además que la única bestia con dos cuernos son muchos. Cuando dice *hace,* muestra que es una; y cuando dice *que se les haga una marca,* insinúa que son muchos, pero es una. ¡Qué gran mal, y no pequeño daño!, cuando un solo falso profeta engañe a todo el pueblo, como dice el Señor: *se levantarán muchos falsos profetas y seducirán a muchos* (Mt 24,11). Sucede espiritualmente en la Iglesia, lo que abiertamente se realizará en tiempos del Anticristo.

Una vez que describimos a la bestia con siete cabezas y dijimos que la octava cabeza eran los falsos sacerdotes, ahora es justo que describamos al Anticristo,

Roma, la perseguidora

por medio de esos mismos reyes, que fueron signo del Anticristo, reconociéndole por las actuaciones de ellos. *Las siete cabezas son siete colinas sobre las que se asienta la mujer*: es decir, la ciudad de Roma; y así como son siete colinas, *son también siete reyes. Cinco han caído ya, uno es, y el otro no ha llegado aún: cuando llegue habrá de durar poco tiempo. Y la bestia, que era y ya no es, hace el octavo* (Ap 17,9). Conviene tener en cuenta el tiempo en que fue publicada la Escritura del Apocalipsis; cuando en ese tiempo tuvo la visión era entonces César, Domiciano. Antes de él había estado su hermano Tito, que tuvieron por padre a Vespasiano; Vitelio y Galba: éstos son los que han caído cuando Juan vio estas cosas. Uno está en pie, bajo cuyo mandato se escribió el Apocalipsis, es decir, Domiciano. *El otro aún no ha llegado,* se refiere a Nerva. *Cuando llegue habrá de durar poco tiempo.* No llegó a cumplir un bienio. Y la bestia que viste, dijo, *es uno de los siete,* porque antes que estos reyes reinó Nerón. *Y hace el octavo,* y este octavo prefiguró al Anticristo, y ha de venir. Es el octavo y ha de venir. O ahora, cuando llegue, se computará en octavo lugar. Y como con él llega la consumación, por eso dice: *Y camina hacia su destrucción.* Pues los *diez reyes,* que hemos descrito arriba, que encontrará en el reino de Roma, estos reyes habrán recibido el poder real, cuando el Anticristo se haya desplazado desde el Oriente, o se lance contra la ciudad de Roma con sus ejércitos. Enseña Daniel (Dan 7,18) acerca de estos diez cuernos con diademas, que arrancaba los tres primeros: esto es, que los tres primeros reyes eran matados por el Anticristo, y que los otros siete le rendían honor, las decisiones y el poder; y todos éstos *van a aborrecer a la ramera,* es decir, a la ciudad de Roma, *comerán sus carnes y la consumirán por el fuego* (Ap 17,16). El Anticristo exhibirá tan grandes signos, prodigios y cosas admirables delante de los ojos de los carnales, que hasta va a hacer que baje fuego del cielo, pero a los ojos de los hombres; y no signos verdaderos, sino falsos: como hoy hacen los magos por medio de los ángeles caídos; y simulará castidad y pureza, aunque será muy impuro; y restaurará el Templo del Señor en Jerusalén y hará que sea colocada la imagen de oro del Anticristo en el Templo de Jerusalén para que entre el ángel caído, y desde allí responda. Hará entonces el Anticristo también *que los esclavos y libres reciban una marca en sus frentes o en sus manos derechas,* la cifra de su nombre, es decir, *seiscientos sesenta y seis.* Engañará al pueblo, el que dirá a semejanza de Cristo: *yo soy el alfa y la omega,* es decir, el primero y el último. Formemos el número que dijo, para que por la cifra descubramos su nombre o su marca. *Su número,* dijo, *es* ACXYME, que suman 666 según el valor de las letras griegas, pues en primer lugar, para que le lean, escribe al Asia. Por tanto ACXYME suman 666. Y estas letras por separado son una cifra, y reagrupadas en un monograma, forman la marca, el nombre y la cifra, con este signo ₽. En este monograma se contiene la cifra de su nombre, que hará en la frente y en

la mano derecha, y que son, sumados, TCCCXXXV (1.335). Quita XLV (45), y quedan TCCXC (1.290), los días que reinará, y como dijimos arriba se contiene en el monograma ₱, es decir, en una sola letra, pues en latín *mono* significa uno, y *gramma,* letra, porque en un solo signo resume el nombre y su cifra, que hace en la frente o en la mano derecha, ₱. Por tanto *anti,* es decir, contrario a Cristo, pues *anti* quiere decir *contra,* porque simulará que se ha manifestado en Cristo. Presentada esta semejanza, a la que adora y de la que se hace semejante el enemigo (hereje), hará así esta marca en la frente o en la mano: *para que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga esta marca* en la mano o en la frente. Daniel había predicho antes la irritación de Dios y su furor, según dice: *Plantó su templo entre los mares sobre el monte espléndido y santo* (Dan 11,45), es decir, Jerusalén. Allí pondrá su imagen de oro, como había hecho Nabucodonosor, para que, como dijimos, nadie pueda comprar o vender, si no adora esta imagen después de tener la marca. *Y hará que sea matado el que no la adore,* y por la compra se vea a quién está permitido matar. Así, pues, hará que nadie pueda comerciar, *sino el que tenga la marca, o el nombre de la bestia, o la cifra de su nombre,* es decir, si no presenta la marca, o el nombre de la bestia, o la cifra de su nombre, que todas son una misma cosa. Antes dijo: *solo la marca que les ponen en la mano o en la frente;* después, por medio de sinónimos, muestra que se llama marca, o nombre, o cifra de su nombre. Recordando esto el Señor, y advirtiendo a las Iglesias de los peligros y de los últimos tiempos, dice: *cuando veáis la irritación anunciada por el profeta Daniel, erigida en el lugar santo, el que lea, que lo entienda* (Mt 24,15). Se dice irritación cuando Dios se enfurece porque son adorados los ídolos en lugar de él, o cuando se introduce en las Iglesias la doctrina de los herejes. Hay desolación porque los hombres inseguros y carnales, seducidos por falsos signos y portentos, se alejan de la verdadera salvación. Una de las cabezas de la bestia, que dijimos arriba que eran los falsos profetas, que parecía degollada de muerte, y cuya herida de muerte había sido curada, se refiere a Nerón, que fue figura del Anticristo: y como es la octava bestia, es el mismo Anticristo, que ahora reina sutilmente en la Iglesia por medio de los falsos sacerdotes y entonces destruirá abiertamente a la Iglesia: porque los judíos crucificaron a Cristo y en lugar de Cristo esperan al Nerón Anticristo. Dios enviará a éste, redivivo, como digno rey para los dignos, y como el cristo que merecieron los judíos; y así como el Anticristo no tendrá el nombre de *Nerón,* sino que llevará otro nombre, así también llevará otro estilo de vida: para que le reciban así, como Cristo, los judíos al que va a simular para ellos que es casto y puro. Por eso dice Daniel: *no conocerá deseo de mujeres,* siendo así que antes fue muy impuro: *y no conocerá ningún Dios de sus padres* (Dan 11,37): no podrá seducir al pueblo de la circuncisión, es decir, a los judíos, si no es reivindicador de la Ley. Por eso no va a convocar a los santos para que adoren a los ídolos, sino para que practiquen la circuncisión. A los que haya podido seducir así, después de seducidos, les hará de tal manera seguidores suyos, que será llamado *cristo* por ellos y proporcionará muchos regalos a los santos seducidos. Y dividirá la tierra entre su ejército, y a los que no pueda someter por el terror, los someterá halagándolos por medio de regalos. Surge del infierno, el que en la primera bestia dijimos que había surgido del abismo con palabra de ira: *el agua le alimentará y el abismo le hizo subir* (Ez 31,4). Y aunque venga éste con un nombre falso y con hábito distinto, dice el Espíritu *que es una cifra de hombre, y su número seiscientos sesenta y seis.* Así, pues, en numerosas letras griegas se encuentran las cifras 666; y éste, por las siete cabezas, es decir, los siete reinos que se le han sometido, será llamado con siete nombres, y tendrá un octavo nombre, que dijimos arriba que era ACXYME: con este nombre hará la marca en la mano y en la frente. Expongamos a vuestra caridad estos siete nombres: EVANTAS, que

en latín quiere decir serpiente, porque primero engañó a Eva. Su segundo nombre es DAMNATUS, porque ocasionó un gran daño al mundo. Su tercer nombre es ANTEMUS, es decir, abstemio, del témeto, es decir, del vino, porque no bebe vino. Su cuarto nombre en lengua gótica es GENSERICUS. Su quinto nombre en todas las lenguas es ANTICRISTO. El sexto nombre en griego es TEITAN, y el séptimo nombre en latín es DICLUX. Entendemos que este nombre está expresado por medio de antífrasis: pues al ser éste privado de la luz eterna, y arrojado de ella, sin embargo se disfraza de ángel de la luz, y presume de que su nombre es luz.

ACERCA DE ESTOS MISMOS NOMBRES

1	EVANTAS	= 666
2	DAMNATUS	= 666
3	ANTEMUS	= 666
4	GENSERICUS	= 666
5	ANTICHRISTUS	= 666
6	TEITAN	= 666
7	DICLUX	= 666
8	ACXYME	= 666

Aquí se requiere sabiduría. Que el inteligente calcule la cifra de la bestia, pues se trata de la cifra de un hombre (Ap 13,18), es decir, de Cristo, cuyo nombre asume para sí la bestia. Con lo que resulta de cada una de las letras formó este número y nombre, y se ha interpretado así: 666.

EL MAESTRO DE ESTE REGISTRO Y EL SENTIDO DE LAS LETRAS

Si pretendes conocer la cifra, si eres latino, comienza primero por las letras latinas y busca el sentido, cuántas y qué letras latinas entran en la cifra, que según el valor numérico latino se desarrollan en todo el panel, y en ellas encontrarás los nombres del Anticristo.

Y la causa de ser la cifra seis (666), es decir, DICLUX, pues es llamado DICLUX utilizando un nombre inadecuado (por antífrasis), es porque llevará siete nombres por los siete reinos; y los santos explicarán su nombre por el número de letras, cada uno según su idioma, el latino según el latín, el griego según las letras griegas, y así todos según las de cada uno. Y cuando tú, latino, conozcas la cifra por las letras latinas, de esa manera la conocerás por cada una de ellas; y en todos los nombres encontrarás 16 letras del alfabeto, es decir:

A C D E G H I K L M N R S T U X

y es porque sabemos que el año 16 fue Eva engañada en el paraíso.

Las restantes 7 letras no las encontrarás en sus nombres, es decir:

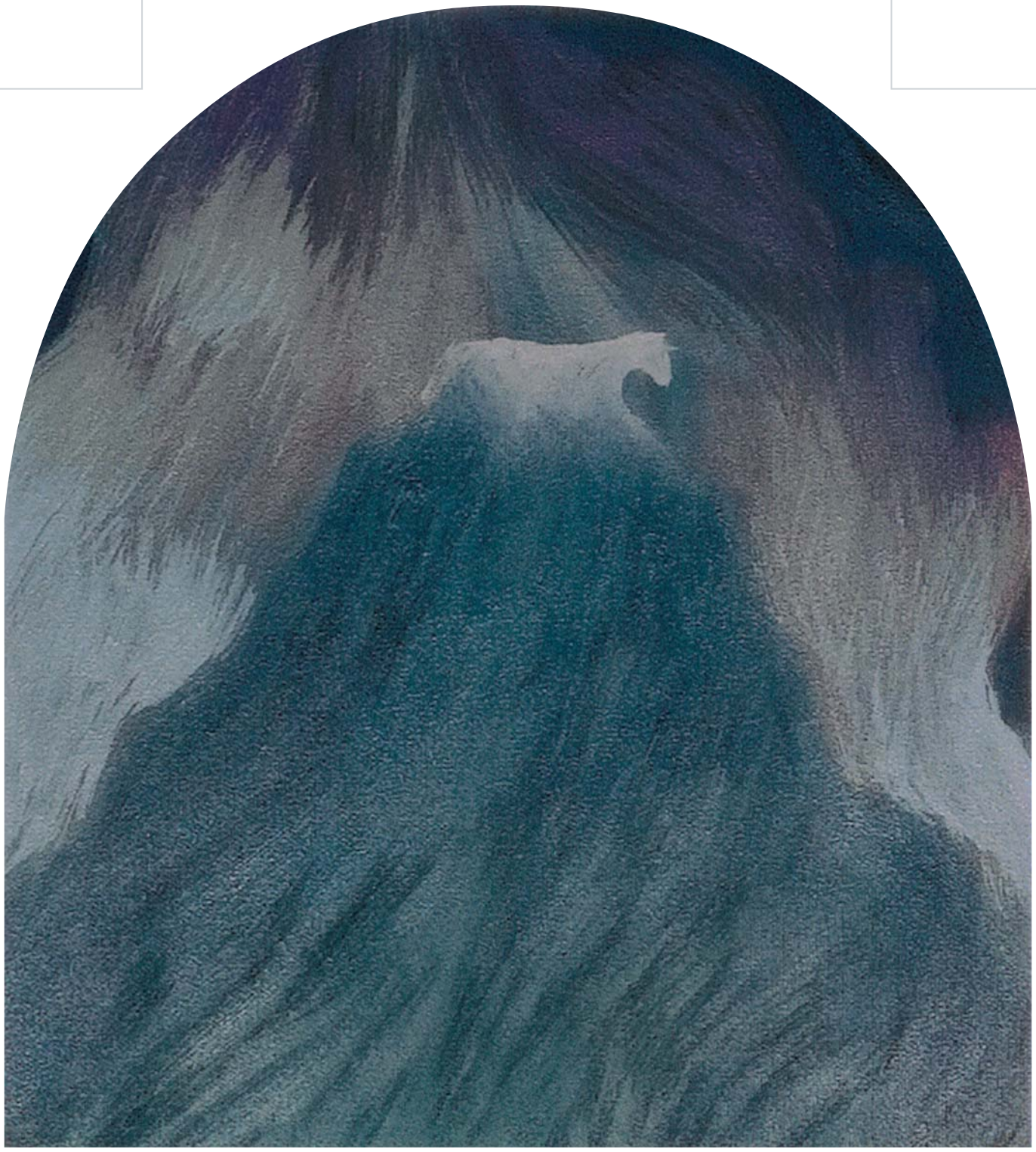
B F O P Q Y Z,

porque sabemos que fue privado de la gracia septiforme. Expliquemos, como prometimos, estas letras a vuestra caridad, y haremos que se distribuyan en 7 partes estas letras del abecedario.

En estas partes conocerás los 7 nombres de la bestia, excepto ACXYME, con el que hará la marca y las escrituras (dirigidas) al Asia; y allí donde (veas) en este abecedario la Era, que encontrarás en letras dobles, allí debes entender que está el nombre y el número, cuyos nombres damos a conocer por separado de esta manera.

CÓMO SE CONOCERÁ AL ANTICRISTO CUANDO COMIENCE A REINAR EN TODO EL MUNDO

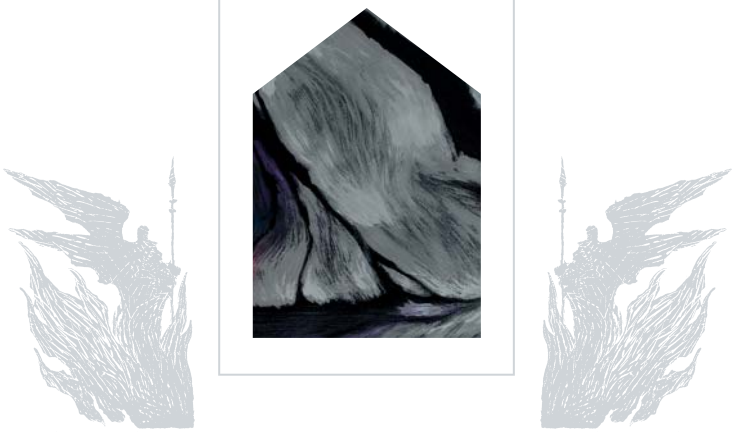
Y se le concedió hacer la guerra a los santos y vencerlos y matarlos: vencerá a aquellos que encuentre que están de acuerdo con él; y matará a aquellos que no estén de acuerdo con él. *Se le concedió poderío sobre toda tribu, lengua y pueblo, y la adoraron todos los que habi-*



El cordero sobre el monte Sión

tan en la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde la creación del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado. El que tenga oídos, que oiga: el que a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada, a espada ha de morir. Hará que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia, cuya herida mortal había sido curada. Realizará grandes señales, hasta hacer bajar ante la gente fuego del cielo a la tierra, y seducirá a los habitantes de la tierra con las señales que le ha sido concedido obrar en presencia de la bestia. Y mandará a los habitantes de la tierra que hagan una imagen de la bestia —como hizo Nabucodonosor—, *y que la adoren todas las tribus y lenguas: se le concedió infundir el espíritu a la imagen de la bestia, de suerte que pudiera hablar como un hombre. Y hará que todo el que no adore esta imagen, sea matado. Y hará entonces que todos los príncipes de la tierra, y también los pequeños, siervos y señores, ricos y pobres, reciban las marcas en la mano derecha o en la frente: porque nadie podrá comprar o vender, sino el que tenga la marca o el nombre de la bestia. Aquí se requiere sabiduría* (Ap 13, 7-18). Por eso nuestro Señor Jesucristo, advirtiendo a su Iglesia, dice: *orad para que no se rea-*

lice vuestra huida en invierno ni en sábado (Mt 24,20), cuando llegue el tiempo del Anticristo y persiga de tal modo a la Iglesia que los santos huyan a las soledades y al desierto. Y entonces sucederá que todos los príncipes de la tierra, y también los pequeños, señores y esclavos, ricos y pobres, recibirán las marcas en la mano derecha o en la frente, porque nadie podrá comprar o vender, sino el que tenga esta marca ₽ y la cifra de su nombre DCLXVI. Por eso dice el Señor: *orad para que no se realice vuestra huida en invierno ni en sábado.* Pues en tiempos del Anticristo tendrá que huir a las soledades de Jericó y de Arabia, como los que se mantuvieron firmes en tiempos de Elías. Cuando venga el Anticristo, proclamará la Ley antigua y la circuncisión: será obligado todo el género humano a observar la ley judaica; pero los elegidos y los santos espirituales, que no van a creer en el Anticristo, se alejarán de esta persecución y habitarán en las soledades, como en este libro vamos a comentar de forma más completa; por eso nos advierte el Salvador que debemos orar para que no suceda en invierno ni en sábado esta huida, durante la tiranía de nuestra persecución. Pues si sucediera en invierno nuestra búsqueda, para ser capturados por los enemigos, la fragilidad humana del cuerpo no podrá resistir el frío: allí donde pretendas acercarte a los hombres, huyendo del rigor del frío, al momento serás detenido. Ese será el decreto del Anticristo por toda la tierra, que quien no tenga esta marca ₽ en la frente o en la mano derecha, sea detenido y presentado a él. Pero los santos que entonces habitarán las soledades de los montes y lo oculto de los bosques no se van a acercar a ningún hombre, para no ser detenidos; y por eso nos dice que debemos orar, para que no se realice nuestra huida en invierno, y que por la crudeza del viento y del frío, detenidos por los hombres de aquel tiempo y apresados, seamos traídos a la presencia del Anticristo. El sábado será día de la observancia de la Ley, porque según la Ley no es lícito caminar, ni realizar ninguna obra servil. Si en tiempo del Anticristo encuentra a alguno caminando o haciendo algún trabajo en sábado, será presentado al Anticristo, como prevaricador de la ley y transgresor de los mandamientos. Pues dijimos que el Anticristo va a ordenar que sea observada la ley judaica por todos los hombres y respetada hasta tal punto, que se castigue hasta con la muerte. Por eso en los Salmos, previendo el futuro, oraba el profeta David, diciendo: *Que destruyas al enemigo y a su defensor* (Sal 8,3). El mismo Anticristo, siendo el más impuro, predicará la castidad y la sobriedad; porque no será bebedor de vino, ni ningún género de mujeres tendrá acceso a él por causa del amor; y por eso engañará al pueblo y será enemigo de la religión y defensor de la ley, y así aparecerá como enemigo de la Iglesia y defensor de la ley judaica. Pero si quieres referir al sentido espiritual: el *orad para que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado: el invierno* al que se refiere es, que no se enfríe tu fe, de forma que retornes al paganismo. Como dice también el Salvador que en aquellos días, en que abunde la iniquidad, se va a enfriar la fe de muchos (Mt 24,12). Y el *sábado* que dice, es que, al enfriarse la fe, no caigas en el judaísmo, y conforme al mandamiento del Anticristo santifiques el sábado. Estos preceptos del Anticristo ninguno podrá evitarlos, sino sólo el que crea en la Santa Trinidad, un solo Dios, y se halle dentro de la Iglesia una, católica y apostólica, y contento con la pobreza apostólica nada ame de este mundo, sino a Cristo, y se alegre más de la tribulación de este mundo que de la prosperidad, y evite con toda la fuerza de su alma tanto a los príncipes de este mundo como a los amadores del mundo, y que medite día y noche en la ley del Señor y se deleite en la vida contemplativa y en la soledad; pero a los demás que encuentre, que son carnales y amantes de este mundo, sin ninguna lucha someterá bajo el yugo de su poder.



ACERCA DEL ANTICRISTO, DE QUÉ MANERA
VA A ELIMINAR AL EMPERADOR ROMANO Y
VA A ASUMIR ÉL MISMO EL IMPERIO

COMIENZA LA HISTORIA DEL DÉCIMO CAPÍTULO

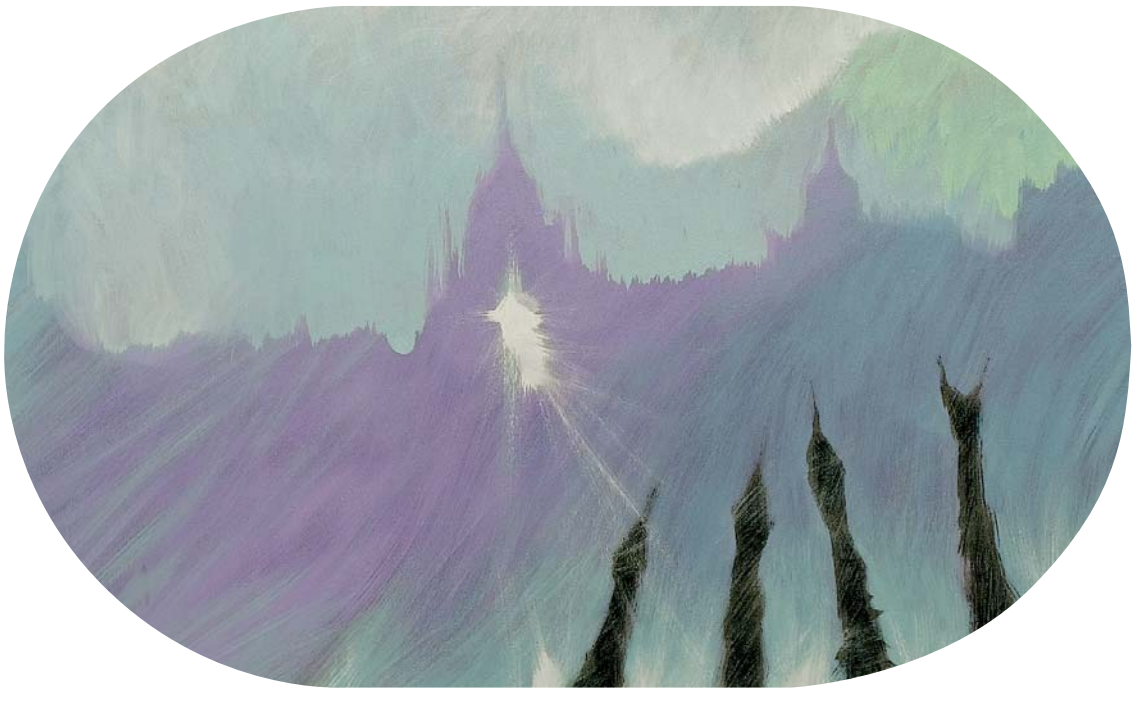
(Ap 14,15) *Miré entonces y había un Cordero que estaba de pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre. Y oí una voz que venía del cielo, como el ruido de grandes aguas o el fragor de un gran trueno. Y la voz que oía era como de citaristas que tocaran sus cítaras. Cantan un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro vivientes y de los ancianos y nadie podía aprender el cántico, fuera de los ciento cuarenta y cuatro mil rescatados de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Estos siguen al Cordero adondequiera que vaya y han sido rescatados de entre los hombres desde el principio para Dios y para el Cordero, y en su boca no se encontró mentira: no tienen tacha.*

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Miré entonces y había un Cordero que estaba de pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre. Dio a conocer cuál es la imitación de la marca en la frente, cuando dice que Dios y Cristo hombre, está escrito en la frente de la Iglesia. *Y oí una voz que venía del cielo, como el ruido de grandes aguas;* es decir, de los ciento cuarenta y cuatro mil. Las aguas aquí son los santos. *Y el fragor de un gran trueno. Y la voz que oía era como de citaristas que tocaran sus cítaras. Cantaban como un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro vivientes y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico fuera de los ciento cuarenta y cuatro mil.* No dijo *nadie podía oír o decir,* sino *aprender*. Pues muchos que están *siempre aprendiendo,* aprenden; *sin embargo, nunca llegan a la ciencia de la verdad* (2 Tim 3,7), sino sólo aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, según dice: *que han sido rescatados de la tierra: éstos son los que no se mancharon con mujeres;* es decir, los que no se han ayuntado con mujeres prohibidas. Pues quienes lícitamente se unen con mujeres, no se manchan. Se refirió sólo a los varones, es decir, a los que son fuertes contra el diablo. Estos tienen cítaras en su mano, es decir, los corazones de los que alaban. Pues la cítara son corazones tensos en la madera. Y por la madera se entiende la cruz. Por los corazones, la carne clavada en la cruz, es decir, en la penitencia, estoy por decir muerta, como dice el Apóstol: *con Cristo estoy crucificado. Y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (Gál 2,19). Dijimos varones, porque en el varón está representada también la mujer, que no se ha unido ilícitamente con un varón, y porque todos son engendrados por el varón. *Pues son vírgenes.* Llama vírgenes a todos los penitentes, es decir, a los castos y púdicos: según escribe el Apóstol a toda la Iglesia: *os tengo desposados con un solo esposo cual casta virgen* (2 Cor 11,2). *Estos siguen al Cordero adondequiera que vaya.* ¿Acaso sólo los que se consideran niños o vírgenes siguen a Cristo adonde les conduzca? No, sino todos a quienes ha llamado a la penitencia; pues *éstos han sido rescatados de entre los hombres desde el principio para Dios y el Cordero.* Desde Adán, desde quien los justos son redimidos de las llamas del mundo, incluso antes de que viniera Cristo, han sido redimidos, y muchos antes de su venida han sido librados por la misericordia del Señor, como leemos de los tres jóvenes librados del horno del fuego ardiente (Dan 3,49); y ahora, redimido el mundo por su sangre, muchos se ven libres por su ejemplo, y muchos caídos por el pecado se reintegran

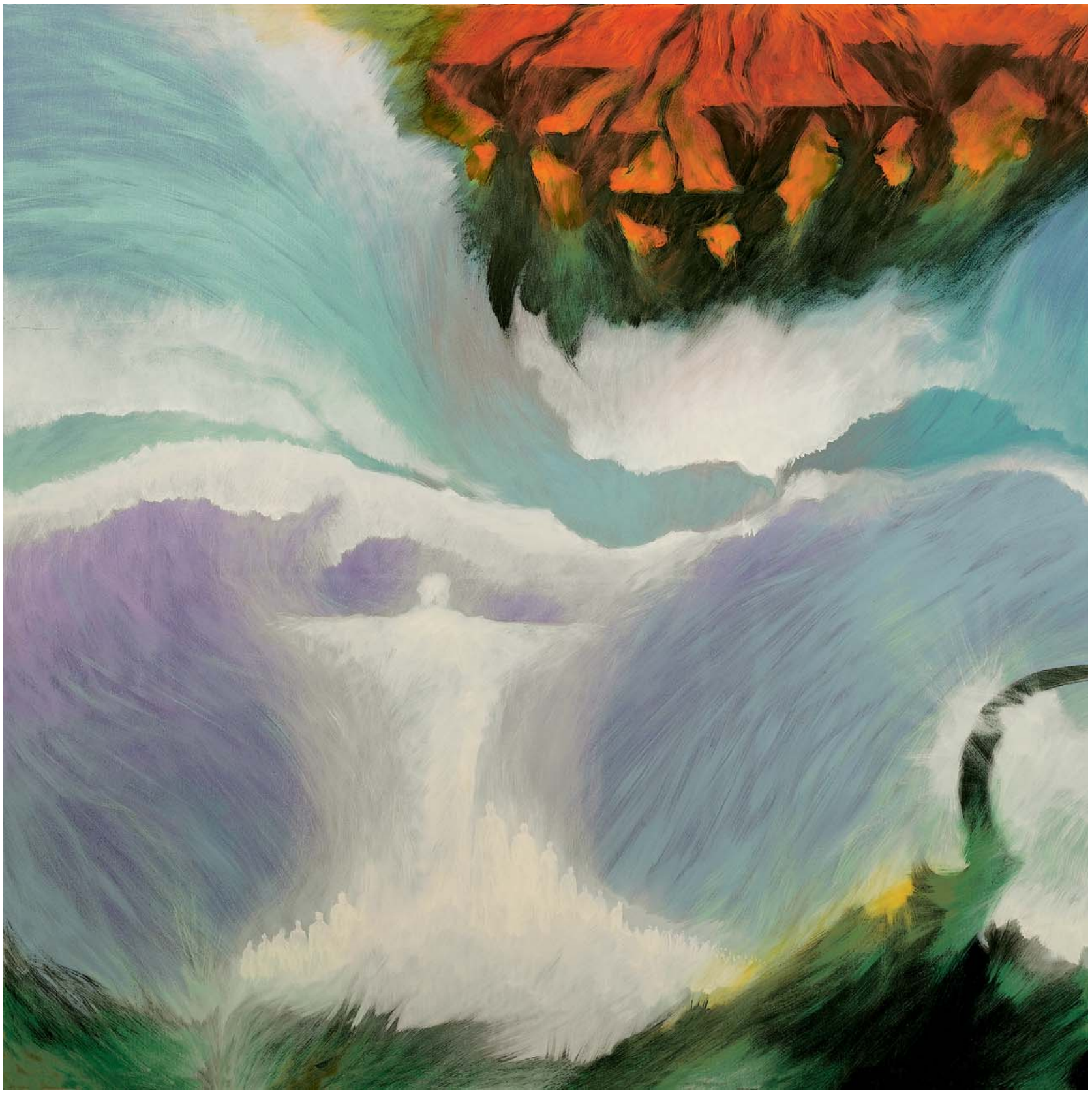
por el fruto de la penitencia, y de éstos dice: *y en su boca no se encontró mentira; no tienen tacha.* No dijo *no hubo en su boca mentira,* sino *no se encontró,* como dice el Apóstol: *y tales fuisteis algunos de vosotros, pero habéis sido lavados* (1 Cor 6,11). Y la maldad del justo no le hará daño: el día en que se ha convertido de su iniquidad, podrá ser virgen, y no se encontrará engaño en su boca. Cual le encuentre el Señor cuando le llame, de esa manera también le juzga. Cual le encuentre en el último día, le condena o le corona. De una manera más clara promete Dios no sólo a los niños, sino a todos los que creen rectamente y viven rectamente en la caridad y la paciencia, y que hacen digna penitencia, que no se les encontrará una lengua mentirosa, según dice: *y en el nombre del Señor se cobijará el resto de Jerusalén, no cometerán injusticia, ni dirán mentira, y no se encontrará más en su boca lengua engañosa* (Sof 3,13). Como se escribió del Señor: *no hizo pecado, ni se encontró engaño en su boca* (1 Pe 2,22). No hizo pecado, porque vivió sin pecado. No se encontró engaño en él, porque no tuvo engaño la Iglesia que él revistió: porque si no hay engaño en la Iglesia, es vestidura de Cristo. Y si tiene engaño en la lengua, no es la Iglesia, porque permanece en la mentira. Pero la Iglesia no tiene mentira, porque permanece en la caridad y en la luz, y Dios permanece en ella. Como el Apóstol dice que Cristo no hizo pecado, pero le hizo pecado por nosotros, tomó sobre sí nuestros pecados que no se hallaron en él, (2 Cor 5,21). Pues sin esta distinción está de sobra que creamos que hizo a Cristo pecado. No hizo pecado, no se le encontró engaño: lo que es el pecado, eso es el engaño. Este es el *Cordero* manso y sin mentira, *que está en pie sobre el monte Sión.* Estar sobre el monte, quiere decir que está sobre la Iglesia: porque nos exhorta a que nos levantemos y nos incita a la penitencia. Estar en pie es propio del que lucha. Y se dice con razón que está en pie el que lucha con la bestia en la batalla. Du-

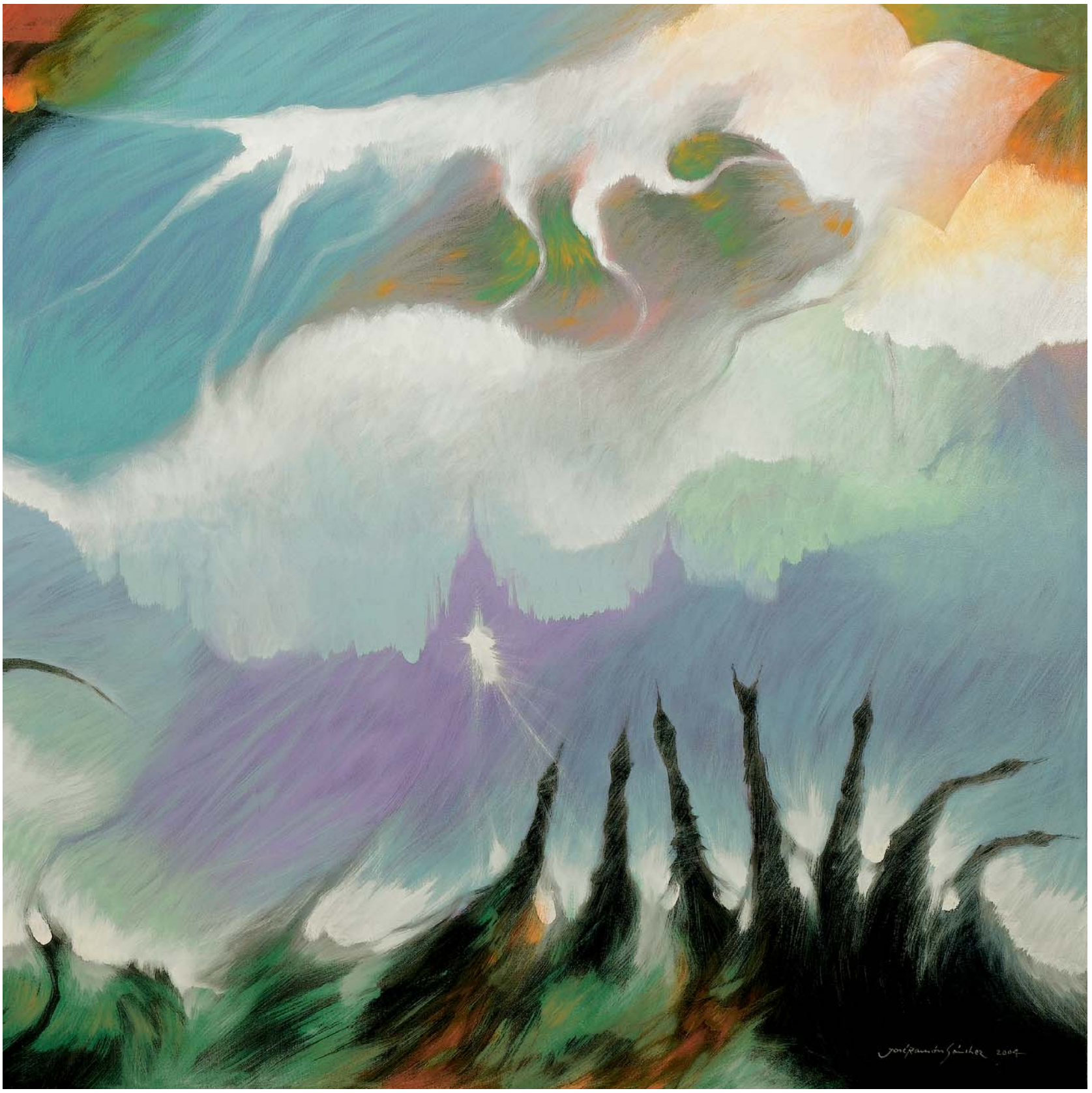


El perfil de la Ciudad de Dios

rante el tiempo de la peregrinación por este mundo presente, la Iglesia es llamada Sión, porque, situada desde la distancia de su peregrinación, contempla desde su atalaya la promesa de los bienes celestiales. Y por eso, Sión recibió el nombre de la «que contempla desde la atalaya», porque despreciando corporalmente las cosas terrenas, perseverando con el espíritu y el alma en la contemplación, tiende siempre hacia las cosas celestiales. Aquí es llamada Sión, y en el futuro es llamada Jerusalén celestial. Aunque también en este mundo la Iglesia es llamada Jerusalén. Pero esta Jerusalén es esclava junto con sus hijos: en cambio, aquélla, que es de arriba, es libre y la madre de todos nosotros (Gál 4,26). De ésta se dice: *Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te han sido enviados* (Mt 23,37). De aquélla se ha dicho: *Alégrate, estéril, la que no das a luz, que más son los hijos de la abandonada que los hijos de la casada* (Is 54,1). Jerusalén en latín quiere decir visión de paz. Pero la Iglesia aquí no puede tener paz, porque está en la batalla de la persecución. En esta Jerusalén habita junto a la bestia, y aquí el falso profeta tiene paz, porque no trabaja para la futura. Esta Jerusalén está a los pies de la mujer, la que apedrea a los profetas y mata a los que son enviados a ella. En esta Jerusalén es crucificado en sus miembros y cada día es inmolado el Cordero. Porque no puede tener paz en este mundo el que padece todos los días. Pero, por la futura paz, Jerusalén aquí la Iglesia, que es el monte Sión, sueña con el Cordero, para que un día, finalizado su sufrimiento, se una con ella junto con los demás que han vencido. Pues allí aniquilada, es decir, vencida toda adversidad, poseerá la paz, que es Cristo, en su presencia. Aquí finaliza y recapitula desde el tiempo de las persecuciones que tuvieron lugar en África.

TERMINA EL LIBRO SEXTO





LIBRO SÉPTIMO

COMIENZA EL LIBRO SÉPTIMO Y LA HISTORIA DEL MISMO

Luego vi a otro ángel que volaba en medio del cielo y tenía el Evangelio eterno, para evangelizar a los que habitan en la tierra, y a toda nación, raza, lengua y pueblo, diciendo: Temed al Señor y dadle gloria, porque ha llegado el día de su juicio; adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de agua. Y un segundo ángel le siguió, diciendo: Cayó, cayó la gran Babilonia, porque del vino de su fornicación bebieron todas las naciones. Un tercer ángel les siguió diciendo con fuerte voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen y acepta la marca en su frente o en su mano derecha, tendrá que beber del vino del furor de Dios que está preparado, puro, en la copa de su cólera y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero; y la humareda de su tormento se elevará por los siglos de los siglos; y no tendrán reposo, ni de día ni de noche, los que adoran a la bestia y a su imagen, ni el que acepta la marca de su nombre. Aquí se requiere la paciencia en el sufrimiento de los santos, de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Y oí una voz que decía desde el cielo: escribe: Dichosos los muertos que mueren en Cristo. Desde ahora, sí, dice el espíritu, que descansen de sus fatigas, porque sus obras santas les acompañan. (Ap 14, 6-13).

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y vi, dijo, *a otro ángel que volaba en medio del cielo.* Ángel quiere decir mensajero: y el cielo es la Iglesia. *A un ángel que volaba en medio del cielo:* es decir, la predicación de la Iglesia que se propaga por todo el mundo. *Y que tenía un Evangelio eterno que evangelizar a los que habitan en la tierra, y a toda nación, raza, lengua y pueblo, diciendo: Temed al Señor.* No dijo *que tenía el Evangelio y que predicaba en toda nación, diciendo;* sino que *tenía que predicar, diciendo* —todavía se hace en una zona, en África—: para que se conozca qué se debe hacer en toda nación. La Iglesia, que en una zona predica en África, debe predicar así con esa intensidad en toda nación, cuando vaya a salir de en medio de la Babilonia de este mundo. Predicó y dijo: *Temed al Señor y dadle gloria, porque llega el día de su juicio, y adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales de las aguas. Y un segundo ángel le siguió diciendo;* el segundo ángel es la futura predicación, cuando en la paz futura la profecía abra su boca para predicar. *Cayó, cayó la gran Babilonia.* Babilonia se refiere a la ciudad del diablo: la ciudad del diablo es su pueblo, y toda corrupción y obra de maldad que emplea para su perdición y la del género humano. Pues así como la ciudad de Dios es la Iglesia, así también, por el contrario, la ciudad del diablo es esa Jerusalén de la que hablamos arriba, y es Babilonia, porque en este mundo permanece en la paz del desorden. Como dice el Señor: *He aquí que pongo a Jerusalén como piedra que levantarán todos los pueblos* (Zac 12,3). Y cuando por medio de Isaías hablaba de la ruina de Jerusalén, dice así: *éste es el plan que pensó el Señor sobre toda la tierra* (Is 14,26). Y viendo Zacarías la injusticia de todo el mundo, se le dijo que *en Babilonia tendría la morada* (Zac 2,7), es decir, en el pueblo del diablo. Viendo que su destrucción estaba ya sucediendo, nuestra Iglesia exclama: *Cayó, cayó la gran Babilonia.* Repite dos veces, porque dos veces cae, cuando se separa de Cristo y de la Iglesia. Da por sucedido lo que va aún a suceder. Como se dijo antes de que crucificaran a Cristo: *se repartieron mis vestiduras* (Sal 22,19), decía como ya sucedido lo que

iba aún a suceder en Cristo, y que ahora vemos realizado. Así hay que entender ahora de Babilonia, que es este mundo: ya ha sido condenada a los ojos de Dios la que abiertamente será condenada en el futuro. Pero en los comienzos de la caída de Babilonia vemos claramente la paz futura, eliminado el cisma y festejada esta eliminación en el mundo. *Porque del vino de su fornicación bebieron todas las naciones.* Cuando esta ciudad que es bebida ha bebido ella misma del vino de la fornicación de todas las naciones —pues así fue fundada—, ya se habían corrompido todas las naciones por la fornicación, y por toda impureza, pero incluso ahora hay muchas naciones que no están bajo el poder de esa Babilonia. Divide aquí una misma realidad en dos, para oscurecerlo. Pero está claro que todas las naciones son esa ciudad, que bebe del vino de la fornicación, es decir, de toda obra impura e inicua. *Y un tercer ángel los siguió diciendo con fuerte voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen.* Este es el anuncio de la última persecución; es decir, la que va a suceder en tiempo del Anticristo por un corto espacio de tiempo. *Adora a la bestia y a su imagen:* es decir, al diablo y a su pueblo, y a su cabeza que parece degollada, es decir, los sacerdotes que bajo el nombre de Cristo sirven al diablo dentro de la Iglesia. *Y recibe la marca en su frente, ése tendrá que beber también del vino del furor de Dios, que está preparado, puro, en la copa de su cólera.* Cuando dice *ése beberá también,* muestra que hay otro que ha bebido; y como dijimos que hay dos pueblos, uno del diablo que está fuera de la Iglesia, que son los infieles y gentiles, y otro dentro de la Iglesia, los que son sólo cristianos de nombre, pero en su conducta no se distinguen de los paganos, por eso dice *ése beberá también del vino del furor de Dios.* Había dicho que todas las naciones habían bebido del vino de la fornicación; y para no hacer distinción con el que, aunque no se mezcla visiblemente con los paganos, sin embargo adora a la misma bestia bajo el nombre de Cristo, dice: *también ése beberá de la ira de Dios. Y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero, y la humareda de su tormento se elevará por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo, ni de día ni de noche, los que adoran a la bestia y a su imagen, ni el que acepta la marca de su nombre.* Enseña aquí que se refiere a todos, tanto vivos como muertos. Pues cuando dice: *los que adoran a la bestia serán atormentados con fuego y azufre,* se refiere a los vivos. Pero cuando dice: *el humo que sale de su tormento y que no tienen reposo ni de día ni de noche,* se refiere a los muertos. *Aquí se requiere la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.* Dijo la paciencia de los santos, es decir, no aceptar la marca de la imagen de la bestia, sino la marca del mismo Cordero de la verdad; y que no adoren la imagen, sino al verdadero Cristo. Pues habrá entonces en tiempo del Anticristo una gran angustia, como no la hubo desde el comienzo del mundo: y en esa angustia son necesarias fe y paciencia para guardar los preceptos de Dios y la fe de Cristo. *Y oí una voz del cielo que decía: escribe: Dichosos los muertos que mueren en Cristo.* Aquí se refiere a todos los santos, lo mismo vivos que ya sepultados. Pues cuando dice *dichosos los muertos,* se refiere a los sepultados; pero cuando dice *que mueren en Cristo,* se refiere a los vivos, que andan en ceniza y cilicio. Incluyó todo el tiempo *en Cristo,* al decir que han muerto y mueren claramente en Cristo. *Desde ahora, sí, dice el espíritu, que descansen de sus fatigas, porque sus obras les acompañan:* desde ahora, desde que murieron o resucitaron. Porque habló del fin de la persecución del Anticristo. Aquí termina y recapitula desde el tiempo de la paz futura.

TERMINA

COMIENZA LA HISTORIA DE LA NUBE BLANCA
Y DEL HIJO DEL HOMBRE EN EL LIBRO VII

(Ap 14, 14-20) *Miré entonces y había una nube blanca y sobre la nube sentado uno como hijo de hom-*

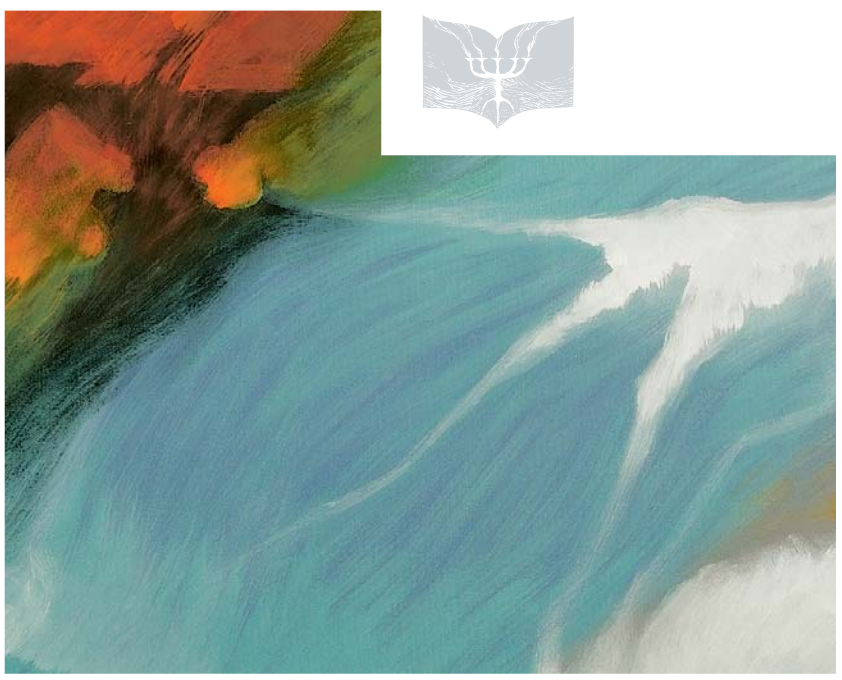
bre, que llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz afilada. Luego salió del Santuario otro ángel gritando con fuerte voz al que estaba sentado en la nube: «mete tu hoz y siega, porque ha llegado la hora de segar; la mies de la tierra está madura». Y el que estaba sentado en la nube metió su hoz a la tierra y quedó segada la tierra. Otro ángel salió entonces del Santuario que hay en el cielo; tenía también una hoz afilada. Y salió del altar otro ángel, que estaba encargado del fuego, y gritó con fuerte voz al que tenía la hoz afilada: «mete tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque están en sazón sus uvas». El ángel metió su hoz a la tierra y vendimió la viña de la tierra y lo echó todo en el gran lagar del furor de Dios. Y el lagar fue pisado fuera de la ciudad y brotó sangre del lagar hasta la altura de los frenos de los caballos en una extensión de mil seiscientos estadios.

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Miré entonces y había una nube blanca y sobre la nube uno como hijo de hombre. La nube blanca se refiere a la Iglesia que brilla en la claridad de su paciencia. El hijo de hombre se refiere a Cristo, que es el dueño de su Iglesia. Esta nube blanca brillará ahora en la pasión, pero sobre todo blanqueará por las llamas de las persecuciones en la resurrección, cuando se haya reunido con su cabeza: *que llevaba en su cabeza una corona de oro.* Ellos son los veinticuatro ancianos, con sus coronas de oro. *Y en su mano tenía una hoz afilada,* es decir, en su actuación el poder de maldecir. Esa es la hoz de la que dijo el ángel a Zacarías: *ésa es la maldición que sale sobre la faz de toda la tierra; porque todo ladrón, desde aquí hasta la muerte, pagará sus culpas; y todo el perjuro, desde aquí hasta la muerte, pagará sus culpas* (Zac 5,3). Pero ni el ladrón ni el perjuro pecan más gravemente que todos los demás, de forma que diga que ellos solos son condenados; sino que el ladrón y el perjuro son los hipócritas, es decir, aquellos sacerdotes que dijimos al hablar de la bestia que tenía la cabeza como degollada. Como dice el Señor: *el que no entra por la puerta,* que es Cristo, *sino que sube por otro lado, es un ladrón y salteador* (Jn 10,1). Y también: *que dicen que son judíos y no lo son* (Ap 2,9), sino que mienten. Y de los santos se ha dicho en este libro: *entrarán en la presencia del Dios vivo y verdadero* (Ap 22,14). *Todo ladrón,* dice, *y todo perjuro,* para enseñarnos que no hay una sola clase de ladrón y de perjuro. *Y salió del Santuario otro ángel gritando con fuerte voz al que estaba sentado en la nube: «mete tu hoz y siega, porque ha llegado la hora de segar, porque la mies de la tierra está madura»:* es decir, se han consumado los pecados. El ángel que sale del templo gritando, uno como hijo de hombre, es ahora en la Iglesia el imperio del Señor. El ángel es el mensajero de la predicación; el templo es la Iglesia; el hijo de hombre es Cristo. El cual no grita con voz clara, sino que sugiere por medio del

Las copas sobre el fuego

Espíritu Santo que actúa en su cuerpo, es decir, en la Iglesia, diciendo: ya es el tiempo de anatematizar a los malos, esto es, de hacer la separación y, sufrida la persecución, de eliminar completamente a los enemigos; es decir, desea la Iglesia que llegue el día del juicio y que sea separada de todos los malos. *Y el que estaba sentado en la nube metió su hoz a la tierra y quedó segada la tierra:* se entiende ciertamente de forma espiritual, porque, cuando la Iglesia ha sido perseguida por los malos y sufre con paciencia las injurias, entonces son ellos vencidos, entonces también se dice que oprime a los enemigos. Porque cuando la Iglesia es entregada a los enemigos para que se enmiende, los propios enemigos son castigados. *Y otro ángel salió del Santuario que está en el cielo.* Y como dijimos que el ángel es el mensajero, y el cielo y el santuario la Iglesia, el otro ángel, que dijo que salía del templo, es la segunda predicación de la Iglesia. Pues la primera es la de la huida y el comienzo de la persecución; pero la segunda es por los perseguidores. *Tenía también una hoz afilada,* es decir, el mismo poder. Estos dos ángeles son uno solo y un solo poder. *Y otro ángel salió del altar.* Es el mismo mandato del Señor desde la Iglesia, *que tenía poder sobre el fuego;* anuncia este fuego de diversas maneras. El mismo es el fuego que dijimos arriba, que salía de la boca de los testigos, es decir, la palabra de la predicación; es también la hoz, y él es la espada; él mismo es la palabra que sale de la boca de la Iglesia. *Y gritó con fuerte voz al que tenía la hoz afilada, diciendo: «mete tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque están en sazón sus uvas». El ángel metió su hoz a la tierra y vendimió la viña de la tierra.* Hemos dicho varias veces que el ángel es el mensajero, es decir, la predicación de la Iglesia, a la que dio Cristo el poder de disponer lo presente y prevenir lo futuro. En *la mies y la vendimia,* nos referimos al pueblo, que ahora no se atormenta por la penitencia; pero allí sin duda serán atormentados en el infierno. El que tiene la hoz para segar la mies, ése mismo es el que tiene la de vendimiar; y el que dijo al segador *mete la hoz,* es el mismo que dice al vendimiador, *vendimia:* pues es una misma cosa y se hace en el mismo tiempo, es decir, en tiempos del Anticristo, cuando sucederá la gran angustia, e iniciada la angustia no se aliviará hasta que termine con la muerte. En la siega y en la vendimia señala el comienzo y el fin de una misma angustia. Pero si hay que considerar que, de una manera clara y de forma personal, es contemplado Cristo en la nube blanca, como dijimos arriba, ¿quién es, pues, el segador, o después de él quién es el vendimiador? No es ningún otro sino el mismo Cristo. Pero no en persona, sino en su cuerpo, que es la Iglesia, a la que dio este poder de atar y desatar, para que haga por Cristo lo que quiera. Esto también lo vio Daniel (Dan 7,13), que en esta vida la nube nos llega por la fe de Cristo, y que recibe el poder real, y todo pueblo de la tierra de cualquier nación. *Y echó en el lagar del furor de Dios lo que es grande.* ¿A qué se refiere lo grande sino al soberbio? Pues no hay



La copa del furor de Dios

mayor pecado que la soberbia. No dice al gran lagar, sino que echó lo que es grande en el lagar, es decir, a cada uno de los soberbios. Esto está claramente expresado en lengua griega, en la que el lagar es de género femenino y grande está expresado en masculino. Este lagar es la retribución del pecado, que cada uno realizó en su cuerpo. *Y el lagar fue pisado fuera de la ciudad.* Esta ciudad es la Iglesia. Cuando se realice la separación entre los buenos y los malos y Cristo retribuya a cada uno según sus obras, entonces el lagar es pisado fuera de la ciudad, es decir, fuera de la Iglesia. Hecha la separación, estará fuera todo hombre pecador. Y el pisar el lagar es la retribución de los pecadores, como dice Jeremías, una vez destruida Jerusalén: *el Señor ha pisado en lagar a la virgen hija de Sión* (Lam 1,15). Y, por medio de Joel, Dios exhorta a sus guerreros a esta última vendimia, al pisoteo del lagar, lleno de pecadores, diciendo: *Publicad esto entre las naciones, santificad la guerra, incitad a los guerreros; forjad espadas de vuestros arados, y lanzas de vuestras hoces. El que es débil diga: soy un bravo. Congregaos y entrad todas las naciones circundantes y reuníos allá. El que es pacífico, que sea guerrero. Levántense y suban todas las naciones al valle de Josafat,* es decir, a la Iglesia: *que allí me sentaré yo a juzgar a todas las naciones circundantes. Meted las hoces, porque llega la vendimia. Venid, pisad, que el lagar está lleno, y las cavas rebosan, porque están llenas de sus maldades. Sonaron voces en el valle del juicio, porque está cerca el día del Señor. El sol y la luna se oscurecerán y las estrellas perderán su fulgor. Gritará Dios desde Sión y desde Jerusalén dará su voz, y se estremecerán el cielo y la tierra. Dios perdonará a su pueblo y fortalecerá el Señor a los hijos de Israel: sabréis entonces que yo soy el Señor vuestro Dios, que habito en Sión, mi monte santo* (Jl 4, 9-17). Todo esto sucede hoy espiritualmente en la Iglesia, lo que creemos que sucederá aún de forma clara el día del juicio. Y los que creemos que son echados en el lagar del furor del Señor, se preparan ya aquí con sus obras; todos los que desean servir al mundo, y se deleitan en el cuidado de su cuerpo, toman esposas y desean tomar otras. Ved que no aman a Dios, a quien debían amar, sino que se afanan por los bienes terrenos. ¿Qué otra cosa hacen sino animar a los guerreros y luchadores? Quienes hacen esto, funden arados y hoces y fabrican espadas para la guerra. Y los que acumulan estas cosas en este mundo, ¿qué hacen sino declarar las guerras y animar a Cristo y a la Iglesia a que luchen contra ellos? Pero los santos, previendo esto, predican para los incontinentes el matrimonio con la bendición; y exhortan a las viudas y a los castos a la pureza de la castidad, y les aconsejan que avancen hacia una mayor perfección; se esfuerzan, persuadiendo a las vírgenes, para que no contraigan matrimonio. ¿Qué otra cosa proclaman éstos sino la paz, cuando funden las espadas y fabrican arados y hoces? Cuando se rompe la espada para hacer una reja y una hoz, reconoce que no hay guerra, sino paz. Y cuando la reja y la hoz se rompen para fabricar una espada, se espera que no va a haber paz, sino guerra; y no estará con él el que va a venir con veinte mil soldados, sino que se cree que estará desarmado con diez mil (Lc 14,31); y no se podrá dudar que será pisoteado doblemente en el futuro por los santos en el lagar del furor de su ira. Como está escrito de éstos por medio de Babilonia en este mismo libro: *dadle como ella os ha dado, dobladle la medida conforme a sus obras* (Ap 18,6). Reciben de nosotros en el futuro el doble, cuando deciden matarnos aquí con una muerte única; son pisados por nosotros, cuando nos pisan. Cuando derraman nuestra sangre, son ellos los que mueren. Pues así está escrito: *padece el que lo hace* (Sab 14,10). *Pondré,* dice, *a Jerusalén como piedra que se puede pisar por todas las naciones: todo el que la pise, al mofarse, él recibirá la burla* (Zac 12,3).

Y brotó sangre del lagar hasta la altura de los frenos de los caballos. ¿Y qué son aquí los caballos sino los príncipes y gobernantes del mundo, porque sobre ellos cabalga el diablo, ejerciendo con mayor celeridad la

maldad de sus acciones? Con razón, pues, se dice que *brotó sangre del lagar hasta la altura de los frenos de los caballos;* es decir, brotará la venganza de la condenación hasta los dirigentes de los pueblos, hasta el diablo y sus ángeles, es decir, los hombres malos. En la última batalla, en el día del juicio, brotará la venganza de la sangre derramada como antes fue profetizado: cometiste un pecado de sangre, y la sangre te persigue. *En mil seiscientos estadios,* es decir, por las cuatro partes del mundo: pues el cuatro está con el cuatro, como en las cuatro caras y las cuatro ruedas con la misma forma. Pues cuatro por cuatrocientos son mil seiscientos (Ez 1).

COMIENZA LA HISTORIA DE LOS SIETE ÁNGELES

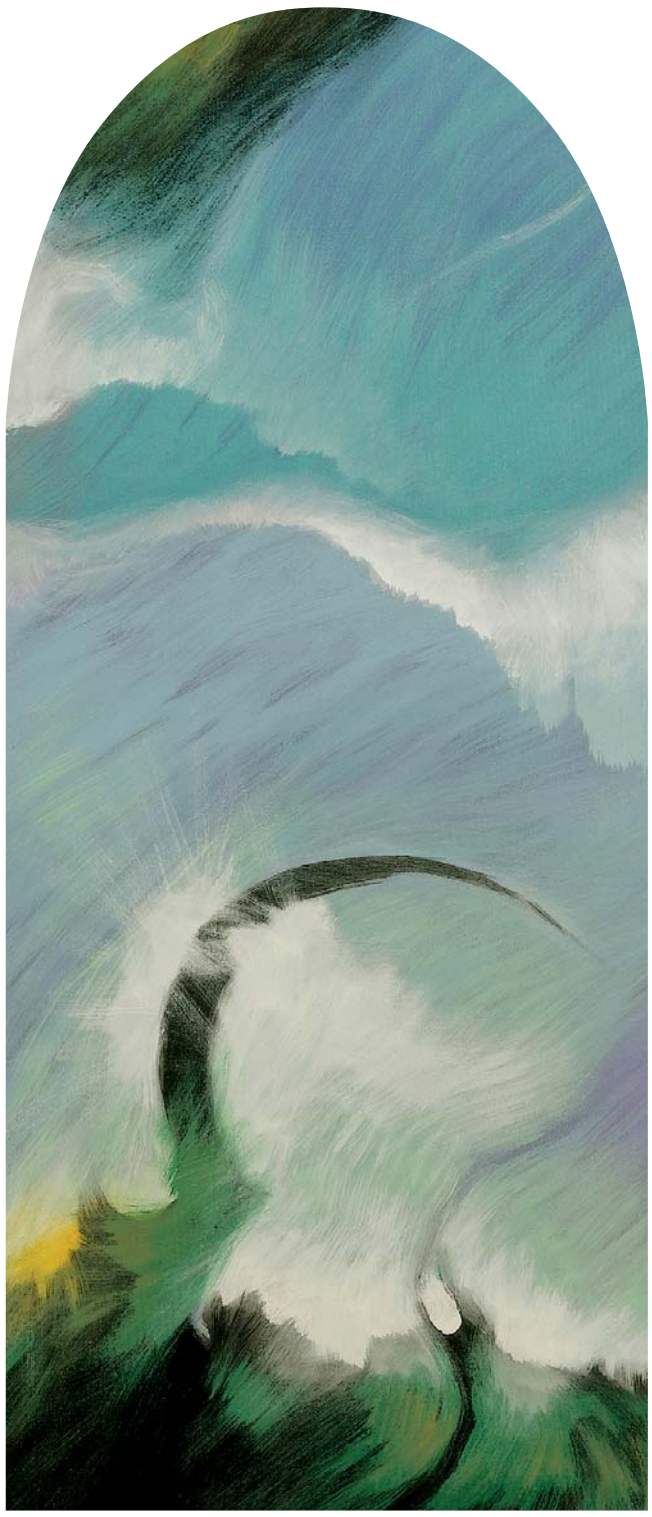
Recapitula para describir la persecución diciendo:

(Ap 15, 1-4) *Luego vi en el cielo otra señal grande y maravillosa: siete ángeles, que llevaban siete plagas, las últimas, porque con ellas se consuma el furor de Dios. Y vi también como un mar de cristal, mezclado de fuego, y a los que habían triunfado de la bestia, y de su imagen, y de la cifra de su nombre, de pie sobre el mar de cristal, llevando las cítaras de Dios: cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios, Dios omnipotente; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones. ¿Quién no temerá y glorificará tu nombre, porque solo tú eres santo? Y todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios.*

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Luego vi en el cielo otra señal grande y maravillosa: siete ángeles. Los siete ángeles son las siete Iglesias, que es una sola Iglesia. Siempre está la Iglesia en penitencia, y no cesa de anunciar las plagas al pueblo contumaz. *Que llevaban siete plagas, las últimas: porque con ellas se consuma el furor de Dios.* Dijo las últimas plagas, porque siempre la ira de Dios golpea al pueblo contumaz. Las siete plagas que dice, indican un número perfecto. Pues la Sagrada Escritura acostumbra a veces a poner el siete como número perfecto. Como repite el mismo Dios en el Levítico, diciendo: *os heriré con siete plagas* (Lev 26,28): las últimas que van a acontecer, cuando la Iglesia salga de en medio de él. Anunció de forma espiritual siete, en relación con los siete ángeles. Y como dijimos que los siete ángeles son las siete Iglesias, que creemos que es una, sabemos que esas siete plagas son espirituales: por medio de las que, no dudamos, recrimina al género humano siete vicios. Y como hace con frecuencia, añade otra cosa, y vuelve a referirse a las plagas que había anunciado. Y detalladas todas las plagas, vuelve a su propósito. *Y vi también como un mar de cristal,* es decir, la fuente transparente del bautismo. *Mezclado de fuego,* es decir, del espíritu o de la prueba: pues el fuego representa unas veces al Espíritu Santo, y otras la prueba de la tribulación. Se entiende el Espíritu Santo, cuando dice: *he venido a traer fuego a la tierra* (Lc 12,9). Se entiende el fuego de la prueba, cuando dice el Apóstol: *el horno prueba las vasijas del alfarero, y a los hombres justos la prueba de la tribulación* (Eclo 27,5). Y el salmista dice: *me quemaron con fuego de zarzas* (Sal 118,12). Porque por las llamas de los detractores no se quema la vida de los justos, sino que se queman, si las hay, aquellas zarzas de los pecados que pueda haber en ellos. Con razón, pues, se dice: *un mar de cristal mezclado de fuego,* es decir, el bautismo mezclado con la pasión de Cristo. Porque se ha ordenado que nos bauticemos no sólo con agua, sino también en su muerte, por cuya muerte y sangre podamos vencer al diablo. Como dice, acerca de esta mezcla de fuego: *Y a los que habían triunfado de la bestia, y de su imagen, y de la cifra de su nombre, de pie sobre el mar de cristal.* Dice y repite

mar de cristal: el cristal es transparente, pero se rompe con facilidad; así también el hombre, cuando es bautizado en Cristo, es lavado de toda mancha de pecado y, como cristal transparente, así es visto por los santos ángeles; pero cuando la vida se prolonga por tiempo, siempre se mancha de obra, palabra o pensamiento; y aparece entonces que es miembro, no de Cristo, cuyo bautismo recibió, sino de la bestia, y no se duda que lleva la marca de su nombre. Pero cuando por la misericordia gratuita ha recibido la inspiración de la gracia del Espíritu Santo, y convertido a la penitencia comienza a llorar sus pecados pasados, entonces se cree que ha huido de la bestia y que se ha unido a los miembros del cuerpo de Cristo, y entonces por fin retorna al primer bautismo de santidad, que había perdido; y ya no se dice que yace en el pecado, sino que está de pie sobre el mar de cristal, como dice: *llevando las cítaras de Dios.* En la cítara la cuerda está estirada y tensa en la madera. En la madera, la cruz; en la cuerda, la carne atormentada por la penitencia: esa cuerda arranca un sonido dulce, y tensada en el árbol de la cruz une a todos en la caridad. *Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero.* Después del paso del mar Rojo, el pueblo canta a Dios un cántico, una vez ahogados los egipcios y el Faraón. No de otra manera también los fieles, después de salir del bautismo, eliminados los pecados, prorrumpen en voces de agradecimiento con himnos, diciendo: *cantemos al Señor, pues se cubrió de gloria, arrojando en el mar caballo y jinete* (Ex 15,1). Y esto lo dice de una manera mejor y más digna, el que tenga en su mano un tímpano, como María, es decir, el que ha crucificado su carne con los vicios y concupiscencias, y ha mortificado sus miembros, que están sobre la tierra. Luego se dice ya que, después del paso del mar, el pueblo camina por el desierto; es decir, todos los bautizados por el mundo, no gozando de la patria prometida, sino esperando lo que no ven, aguardando con paciencia, están como en el desierto; y allí en pruebas difíciles y peligrosas, para que no



La hoz del Juicio Final

vuelvan con su corazón a Egipto; y ni allí siquiera los abandona Cristo, pues allí aquella columna no se retira; por eso, sin interrupción, cantan diciendo: *Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios, Dios omnipotente; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de las naciones. ¿Quién no temerá y glorificará tu nombre, porque solo tú eres santo? Y todas las naciones vendrán y se postrarán ante ti, porque han quedado de manifiesto tus justos designios.* De ambos Testamentos estas son las cosas que cantan los arriba citados, que están de pie sobre el mar de cristal y mezclado de fuego. Repite lo que había propuesto, diciendo.

TERMINA

COMIENZA LA HISTORIA DEL TEMPLO ABIERTO Y ACERCA DE LAS MISMAS COPAS DE LOS ÁNGELES

(Ap 15, 5-8) *Después de esto vi que se abría en el cielo el Templo de la tienda del testimonio: y salieron del Templo los siete ángeles, que llevaban las siete plagas, vestidos de lino puro, resplandeciente, y ceñido el pecho con cinturones de oro. Luego, uno de los cuatro vivientes entregó a los siete ángeles siete copas de oro llenas del furor de Dios, que vive por los siglos de los siglos. Y el Templo se llenó del humo de la gloria de Dios y de su poder. Y nadie podía entrar en el Templo, hasta que se consumaran las siete plagas de los siete ángeles.*

TERMINA LA HISTORIA

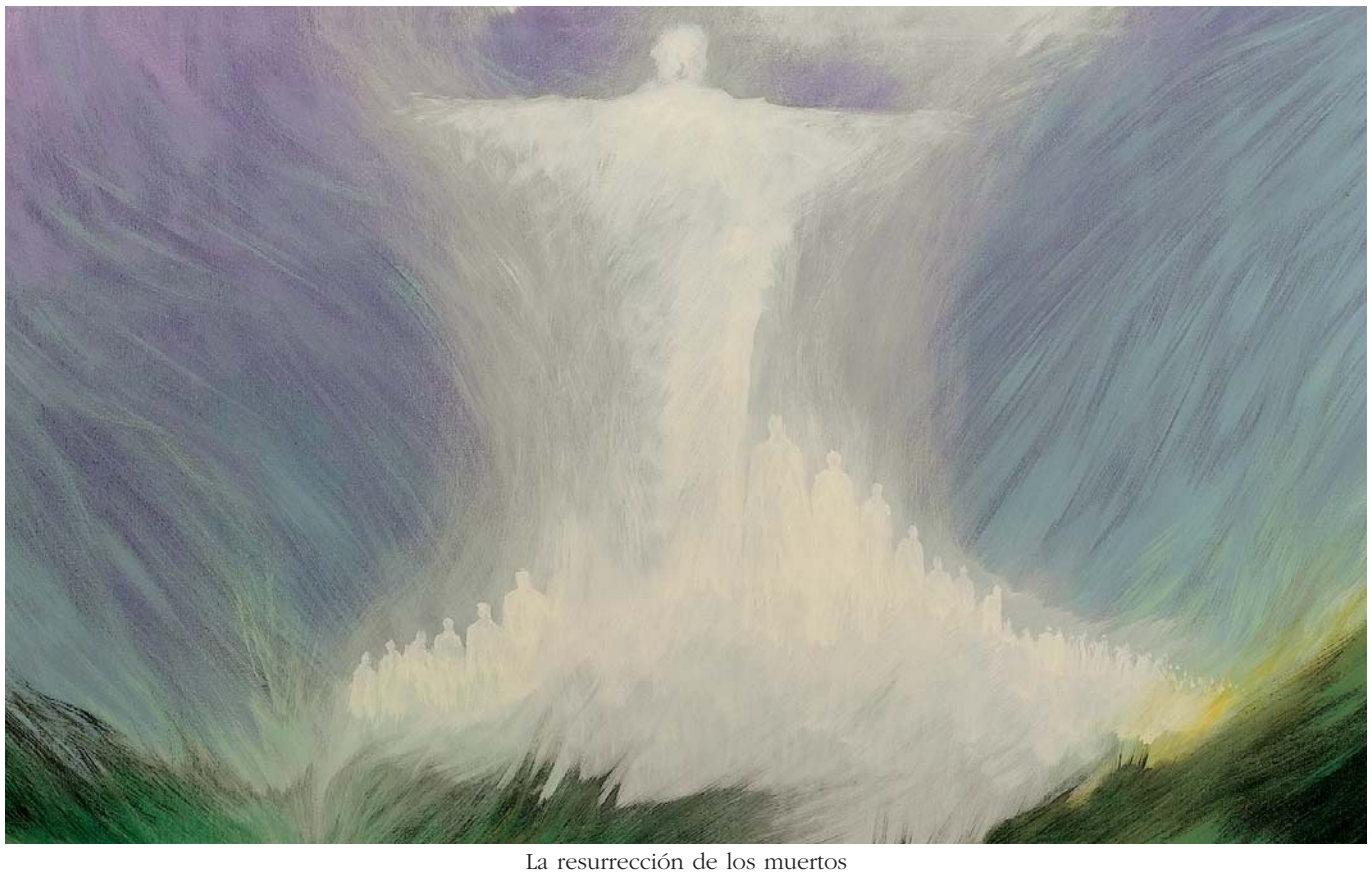
COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Después de esto vi que se abría en el cielo el Templo de la tienda del testimonio. Ya se dijo arriba quiénes son el Templo de la tienda del testimonio en el cielo. *Y salieron del Templo los siete ángeles, que llevaban las siete copas.* Aquellos de quienes dice que van a salir, no salen. Pero describe y clarifica quiénes son el Templo celestial. Esta salida es el mandato y la predicación del Evangelio, y la declaración, dentro de la Iglesia, de quiénes son buenos y quiénes malos. Se abrió el Templo y salieron del Templo los ángeles que llevaban las plagas. El Templo abierto y la tienda y el cielo, todo esto es la única Iglesia, y el mismo mandato. Y los siete ángeles son lo mismo que el Templo. El Templo sale del Templo, porque se ha manifestado que es el Templo verdadero. Esta salida de los siete ángeles no hay que entenderla en sentido propio, sino sólo como una expresión. Pues entendemos la salida según los textos. Pues dijimos arriba que el ángel había salido del Templo y que gritaba al que estaba sentado sobre la nube: *mete la hoz y vendimia.* Aquí dice: *salieron del Templo los siete ángeles;* todo esto es una misma cosa: es la predicación de la Iglesia, y el mandato del Señor, y su orden, eso es esta salida. Como dice el evangelista: *salió un edicto de César Augusto* (Lc 2,1) para hacer el censo de toda Judea. Algunas veces la salida es la Navidad, según está escrito: *saldrá un retoño de la raíz de Jesé* (Is 11,1). Y también: *de ti saldrá el jefe que ha de gobernar a mi pueblo Israel* (Miq 5,2). Y otras veces la salida es en sentido propio, como aquello: *salió Lot de Sodoma* (Gén 19,1). Y ahora lo expresa en sentido figurado en la salida de los ángeles. *Vestidos de lino puro, resplandeciente, y ceñido el pecho con cinturones de oro.* Enseña de una forma más clara que en los siete ángeles están las siete Iglesias. Pues así describimos al comienzo de este libro a Cristo, que tenía un cinturón de oro sobre el pecho, para que creas que esto es lo mismo (Ap 1,13). El cinturón de oro es el coro de los santos, probado por el fuego como el oro, en el que está representada la conciencia purificada y el puro conocimiento espiritual. Este cinturón ha sido entregado a las Iglesias, porque desde ahora se ciñe con los dos Testamentos. *Y uno de los cuatro vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas del furor de Dios, que vive por los siglos de los siglos.* Estas son las copas que

dijimos arriba que llevaban con perfumes los ancianos. Las siete copas, y los siete ángeles, y las siete trompetas y los cuatro vivientes, todo esto es una misma cosa, es la única Iglesia. Y la palabra de la predicación, y la ira de Dios, y el fuego que sale de la boca de los testigos, todo esto es la misma cosa, es el mismo mandato, es la única predicación. Y lo que son los perfumes, eso es la ira de Dios. Pues las oraciones de los santos, que son el fuego que sale de la boca de los testigos, son la ira para el mundo instruido por la Ley y el Evangelio. Uno de los vivientes dio a la Iglesia las copas, es decir, el Evangelio. Pues lo que son los cuatro vivientes, eso es uno; y lo que es uno, eso son los cuatro. El Evangelio es la voluntad de Dios, y cumplida esta voluntad da a la Iglesia este poder. *Y se llenó el Templo de Dios del humo de su gloria y de su poder.* Es aquel Templo que dijimos arriba que salía del Templo. El humo de la gloria de Dios son las oraciones de los santos, de las que sube el suave olor de Dios y brillan las obras de las virtudes en la Iglesia. *Y nadie podía entrar al Templo, hasta que se acaben las siete plagas de los siete ángeles. Nadie,* ¿qué otro es sino los hipócritas y falsos sacerdotes y los cismáticos? Nadie de ellos podrá entrar al Templo, es decir, a la Iglesia del Señor, porque habrá gran angustia en tiempos del Anticristo, como no la hubo desde que el mundo es mundo. Y que no se libraría nadie si no abreviara Dios estos días por causa de sus elegidos.

Aquí termina y recapitula para narrar con más amplitud las mismas plagas.

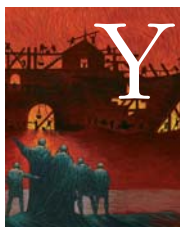
TERMINA EL LIBRO SÉPTIMO



La resurrección de los muertos

LIBRO OCTAVO

COMIENZA EL LIBRO OCTAVO.
HISTORIA DE LAS COPAS



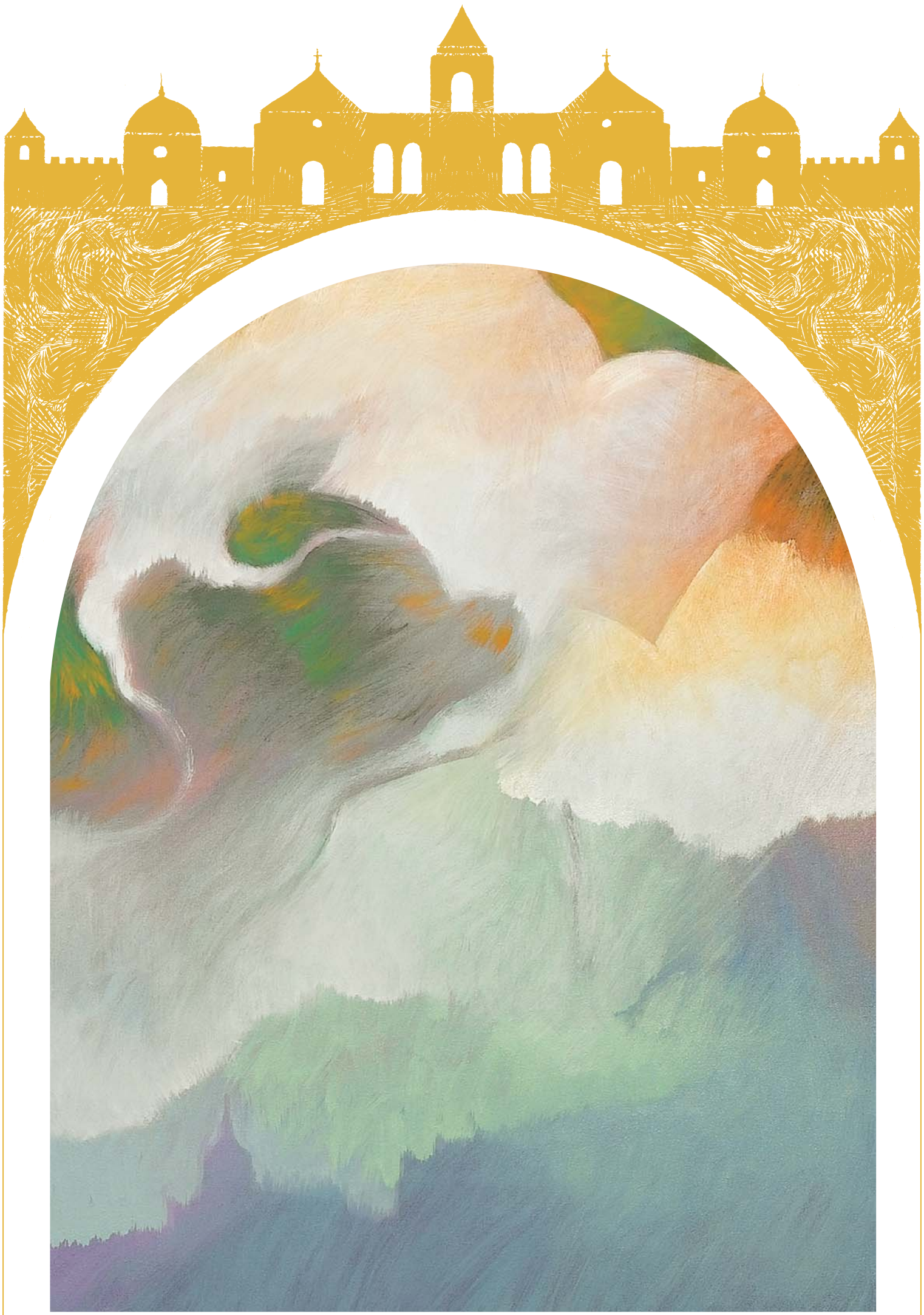
oí una fuerte voz que decía a los siete ángeles: id y derramad sobre la tierra las siete copas de Dios. El primero fue y derramó su copa sobre la tierra, y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa a los hombres que llevaban el nombre de la bestia y adoraban su imagen. El segundo ángel derramó su copa sobre el mar y se convirtió en sangre como de muerto, y toda alma viviente murió en el mar. (Ap 16, 1-3)

TERMINA LA HISTORIA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y oí una fuerte voz desde el cielo que decía a los siete ángeles: id y derramad sobre la tierra las copas de Dios. Se le ha dado poder a la Iglesia para que derrame la ira sobre la tierra de la que salió. Ya dijimos arriba que los siete ángeles son las siete Iglesias, que es una sola. Las siete copas son la predicación del Evangelio, que anuncia al mundo por medio de sus predicadores la gloria o los suplicios. Estas son las copas que llevan los ángeles, que dijimos arriba que estaban llenas de aromas. Estas copas son aquella rueda dentro de otra rueda, es decir, el Evangelio dentro de la Ley, tema que expusimos antes en el libro tercero, al tratar de los cuatro vivientes. Que tiene en sí estabilidad, es decir, enseñanzas para que cesen de obrar el mal: tiene aspecto horrible, que es el terror del infierno, que atormenta sin fin a los réprobos; tiene altura, es decir, la gloria de la promesa eterna. Es, pues, esta rueda estable en los preceptos, alta en las promesas, horrible en las amenazas. Es esta rueda *agua tenebrosa en las nubes del aire* (Sal 18,12), porque oscuro es el conocimiento en los profetas. Por esta rueda pasan las nubes y derraman la lluvia sobre la tierra estéril, es decir, los santos predicadores derraman las copas en la Iglesia. Los que más conocen, derraman las copas; y quienes menos conocen, derraman los vasos. Anuncian allí la ira y la gloria de Dios: y ésta es la plaga espiritual que meditan continuamente los sabios; y esta plaga asola a la Iglesia, no de forma material, sino espiritualmente; no claramente, de manera que haya hambre corporal, sino que hay un hambre espiritual, cuando esta Escritura puede ser leída y oída por todos, pero únicamente entendida por los sabios. Están selladas las palabras y en la tenebrosa oscuridad de las alegorías, como se ha escrito en este libro: *sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas* (Ap 10,4). Y a Daniel se le dijo: *guarda en secreto estas palabras y sella el libro* (Dan 12,4). Siendo esto así, lo leen y oyen muchos, pero únicamente es comprendido, gracias a la revelación del Espíritu Santo, por unos pocos y sabios, y se da a conocer, no a los carnales, sino a los espirituales contemplativos. *Pues en alma perversa no entra la sabiduría* (Sab 1,4). Es tan grande la oscuridad de los misterios, que si no dejas la envoltura de la letra, no entenderás. Pues la letra mata y el espíritu da vida. Como dice San Jerónimo, unos están al acecho de la letra y las sílabas, tú debes buscar las sentencias. Las sentencias recibieron su nombre de consentir siempre en el bien. En cambio, los hipócritas, herejes, cismáticos, supersticiosos, y los sacerdotes carnales, no buscan las sentencias, sino que siguen más bien la letra. De éstos se ha dicho que son seguidores de la letra que mata, no del espíritu que da

vida (2 Cor 3,6). Por eso el Señor dice por medio de Job a Eliú: *¿Quién es este que oculta las sentencias con razones sin sentido?* (Job 38,2). Pues los soberbios carnales, para que parezca que son sabios, siempre ocultan las sentencias con sinrazones, cuando halagando buscan recibir alabanzas de los hombres; y como no entienden este libro, se levantan soberbios contra la Iglesia; y entendiendo cada uno cosas diversas, caen en herejía; y comprendiendo sentidos diversos, arrastran al error a las almas ignorantes. Y como son carnales, se burlan del pueblo carnal y, reivindicando para sí estas cosas, agobian a la Iglesia. Con razón, pues, se le dijo a Daniel: *guarda en secreto estas palabras y sella el libro hasta el tiempo señalado: pasarán por él muchos y será múltiple el saber* (Dan 12,4). El que había revelado a Daniel la múltiple verdad, ocultando él mismo la verdad, sellando sus palabras, le mandó que ocultara las palabras y sellara el libro, para que lean muchos y busquen la verdad del relato, y por su gran oscuridad opinen cosas diversas. Lo que dice *pasarán muchos,* es decir, recorrerán muchos leyendo libros. Pues solemos decir: *recorrí el libro y lo leí entero y seguí el relato;* como si un ciego dijera: *recorrí el camino, pero no vi ni el cielo ni la tierra.* Pero ¿de qué sirve saber mucho y no comprender nada? Todos los días se lee en la Iglesia la Sabiduría de Salomón, pero por una mala mujer es arrojado al infierno. Este libro está sellado y oculto en palabras oscuras. Esto mismo manifiesta Isaías acerca de la oscuridad de su libro, al decir: *las palabras de este libro serán para vosotros como palabras de un libro sellado, que si se lo dan a uno que no sabe leer, diciéndole: lee el libro, responderá: no sé leer. Pero si se lo dan a uno que sabe leer, diciéndole: lee el libro, responderá: no puedo leer porque está sellado* (Is 29,11). Y éste, el libro del Apocalipsis, lo ve Juan sellado con siete sellos, por dentro y por fuera. Y como nadie puede soltar los sellos, dice Juan: *yo lloraba intensamente, y me vino una voz que decía: no llores; he aquí que ha triunfado el león de la tribu de Judá, linaje de David; él podrá abrir el libro y soltar sus sellos* (Ap 5,5). Puede abrir este libro el que conoce los misterios de las Escrituras, y entiende los enigmas y las palabras oscuras por la magnitud de los misterios, e interpreta las parábolas y transfiere la letra que mata al espíritu que da vida. Este es el libro que es llamado la rueda. ¿Qué significa la rueda sino la Sagrada Escritura, que por todas las direcciones da vueltas hacia las mentes de los oyentes, y no se detiene en el camino de su predicación por ningún ángulo de error? Gira en su totalidad, porque camina con rectitud y humildad entre las cosas adversas y las favorables. El círculo de sus preceptos está ya arriba, ya abajo. Está arriba, porque esa Escritura es entendida espiritualmente por los siervos perfectos de Dios. La rueda está abajo, porque es entendida por las mentes carnales e ignorantes, no de forma espiritual, sino en sentido histórico conforme a la letra. Todo esto es una sola rueda, y una sola Escritura, y es un solo mandato, y es una sola Iglesia, y un solo Señor, y una sola fe y un solo bautismo; pero no es una sola vida, ni una misma predicación, porque al entender cada uno diferentes cosas, se tiñen como con diversos tintes de diferentes colores. Y ¿por qué mata sino porque caminan por esta rueda, pero no la ven, porque son ciegos y caminan en tinieblas? Y cuando hacen esto, conducen hacia abajo la rueda. En cambio, los sabios y los hombres espirituales, predicando por medio del sentido espiritual, conducen la rueda a lo alto. Las copas son las plagas espirituales que se padecen, cuando arrecian por las amenazas de los poderosos. Porque la Escritura promete amenazas y terrores a las almas carnales si no dejan el mundo. Entonces hay rayos y truenos, granizo y llamas de fuego mezcladas con la lluvia; y los rayos proceden del trono de Dios, es decir, de la Iglesia por medio de los predicadores. Como dice: *fue el primer ángel y derramó su copa sobre la tierra, y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa a los hombres que llevaban la marca de la bestia y adoraban su imagen.* Todas estas plagas son espirituales. Pues en el tiempo del Anticristo saldrá ileso de toda plaga corporal todo el pueblo impío, como quien ha re-



El libro de los Siete Sellos sobre la ciudad de Dios

cibido todo el poder de hacer el mal contra la Iglesia. Ni será tarea imposible entonces rebosar de pecados, porque ya están llenos de pecado y colmados de furor; y en este tiempo ningún malvado podrá sentir en su cuerpo azote alguno, ni de hambre, ni de sed, ni de enfermedad, pero ni siquiera ser molestado por el furor de los malos. *Sobrevino una úlcera maligna,* es decir, una herida perniciosa, y podredumbre en ella, pero en sentido espiritual, porque ha sido entregado a sus caprichos, para hacer los pecados voluntarios y mortales que desee.

(Ap 16,3) *Y fue el segundo ángel y derramó su copa en el mar, y se convirtió en sangre como de muerto, y toda alma viviente murió en el mar.*

¿Qué se entiende por el mar sino la tempestad de las persecuciones y los corazones de los malos, que se agitan en pensamientos vanidosos y soberbios, por los que en tiempo del Anticristo, como por la fuerza del viento, es decir, de las maldades espirituales, se agita peligrosamente en la tempestad de este mundo la barca de la Iglesia? La cual por todas partes se verá agitada por las olas y aguantará las molestias de su peregrinación.

TERMINA

COMIENZA EL TERCER ÁNGEL

(Ap 16,47) *El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y sobre los manantiales de agua, y se convirtieron en sangre. Y oí una voz, al ángel de las aguas que decía: justo eres tú, aquel que es y que era, el Santo, pues has hecho así justicia: Ellos derramaron la sangre de los santos y de los profetas, y tú les has dado a beber sangre: lo tienen merecido. Y oí que el altar de Dios decía: Sí, Señor, Dios todopoderoso: tus juicios son verdaderos y justos.*

TERMINA

COMENTARIO DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y el tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y sobre los manantiales de agua, y se convirtieron en sangre. Y oí una voz, al ángel de las aguas que decía: justo eres tú, aquel que es y que era, el Santo, porque has hecho así justicia: Ellos derramaron la sangre de los santos y de los profetas, y tú les has dado a beber sangre: lo tienen merecido. En este libro octavo dice a siete ángeles que derramen las siete copas: el primero sobre la tierra, el segundo sobre el mar, el tercero sobre los ríos y los manantiales de agua, el cuarto sobre el sol, el quinto sobre el trono de la bestia, el sexto sobre el río Eufrates, y el séptimo sobre el aire. La tierra, el mar, los ríos, los manantiales de aguas, el sol, el trono de la bestia, el río Eufrates, el aire, todas las cosas sobre las que los ángeles derramaron sus copas, es la tierra, es decir, los hombres; lo que es fácil de probar. Pues a todos los ángeles se les mandó derramar sobre la tierra, es decir, predicar a los pueblos. Y no hay que creer que hayan hecho otra cosa distinta. En cambio, todas las plagas hay que entenderlas en un sentido contrario. Pues es una plaga incurable, y furor grande, recibir el poder de pecar, sobre todo contra los santos, y no enmendarse. Todavía supone mayor ira de Dios el suministrarse uno a sí mismo fomento de los pecados por un recuerdo complaciente, y que cada uno, lo santo que realiza, piense que eso es para él la santidad, y que diga en su corazón: *realizo la justicia*. Hay muchos caminos que parecen rectos para los hombres, pero finalmente conducen a lo más profundo del infierno (Prov 14,12). Esta es la plaga de la ira de Dios, verse herido por estas llagas incurables, gozarse y complacerse en este mundo: y, suceda lo que suceda, verse a sí mismo puro y manso; y cuando hace estas cosas, crece más y más de día en día en sus pecados, pues es arrastrado por muchos vicios y se aíra con muchos hermanos, y piensa que hace un sacrificio a Dios cuando sirve a los hermanos, y se deja llevar por sus concu-

piscencias, y engorda día a día en la maldad. Piensa que hace un sacrificio a Dios, bañado en la sangre de su hermano, cuando se ve que en él no hay inocencia, sino malicia. *Los inocentes y los rectos se unieron a mí* (Sal 25,21), dice el Señor. Por eso el Espíritu Santo se manifestó en un inocente animal, es decir, en una paloma: que carece incluso corporalmente de hiel, y desconoce hacer daño a otra ave. Pues sólo habita el Espíritu Santo en aquellos en quienes halla el afecto inocente y manso del amor. En otro lugar se manifestó el Espíritu Santo en forma de fuego. La utilidad del fuego es calentar a los que tienen frío. Pues el fuego ardiente tiene esa propiedad, calentar a cuantos se acercan a él, y proporcionar la visión de la luz a todos aquellos que contemplen la cresta de su brillante esplendor: y a cuantos proporciona el servicio de su función por medio de algo de naturaleza combustible, él no disminuye por eso, sino que permanece completo en su integridad. A semejanza, pues, de este fuego, se le designa al Espíritu Santo con el nombre de fuego. Por eso en los Hechos de los apóstoles se manifestó como fuego, que se posó sobre cada uno de ellos, por la diversidad de lenguas. Y concedió a los Apóstoles la gracia de hablar diversas lenguas a fin de que se hiciesen aptos para enseñar a los pueblos fieles. Y el indicar que se posó sobre cada uno de ellos, es para que se entienda que no se dividió en muchos, sino que permaneció íntegro en cada uno de ellos. Eran muchos los que entonces veían corporalmente a Cristo, y al verle hacer tales maravillas creían en él y no le perseguían. Pero de entre tan gran multitud, leemos que sólo bajó el Espíritu Santo sobre ciento veinte almas; y esto sucedió no a los que estaban reunidos en muchas casas, sino en una sola casa. ¿Dónde comenzó la Iglesia sino donde vino del cielo el Espíritu Santo y llenó a los ciento veinte que estaban reunidos en una habitación? Aquel número doce se había decuplicado. Si por cada uno de los doce pones diez, que es un número perfecto, resultan ciento veinte. Esta es la única Iglesia, la casa de la caridad. Esta es ser un solo corazón y una sola alma. Esta es la única paloma de la sencillez. Este es el único Espíritu Santo, el que es llamado en sentido propio la caridad, porque une por naturaleza al Padre y al Hijo, de quienes procede, y se manifiesta que es uno con ellos, y que obra esto en nosotros, para que permanezcamos en Dios y El en nosotros. Por eso, entre los dones de Dios, nada hay mayor que la caridad; por eso tampoco podemos conocer a la Iglesia en otras virtudes mejor que en la sencillez y en la caridad. Y no hay mayor don de Dios que el Espíritu Santo. El es también la gracia, porque no por nuestros méritos, sino por voluntad divina se nos da de forma gratuita; por eso también se le llama la gracia. Y así como al único Hijo de Dios le llamamos en sentido propio la Sabiduría, aunque en sentido general también el Espíritu Santo y el Padre son la misma Sabiduría, así también el Espíritu Santo en sentido propio es designado con el nombre de la Caridad, siendo así que también el Padre y el Hijo en sentido general son la Caridad. Y así como une a dos, al Padre y al Hijo, y por eso es designado en sentido propio la caridad, así también en la Iglesia une a dos, a Dios y al prójimo: y todo el que ama al prójimo, ama a Dios. Y en sentido propio no se manifiesta la caridad en sí mismo, sino en el otro, y se cree que allí ha venido verdaderamente el Espíritu Santo. Y entre aquellos a quienes ha llenado el Espíritu Santo, ninguno de ellos se encuentra frío: como dijimos también que quien se acerca al fuego para calentarse, ninguno permanecerá frío. El montón de maderas cuando no está encendido, está frío y es llamado en lengua griega *rogus* (pila de leña). Pero cuando está encendido, en griego se dice «pira» y en latín «fuego». Todo el que se acerca a la hoguera para calentarse, ése ciertamente se calentará. Y si se acerca y no se calienta, debes saber ciertamente que ese fuego no arde. Y si arde y no calienta, debes saber con certeza que no hay quien se caliente. Debes pensar del Espíritu Santo de la misma manera que del fuego. ¿Por qué hemos dicho todo esto? Porque vemos a muchos santos en la Iglesia cubiertos por la avaricia. Y cuando ven que otros

se hallan en necesidad, no abren las entrañas de misericordia al prójimo necesitado, ni se compadecen: y día y noche se dedican al luto de la penitencia. No está ahí el fuego del Espíritu Santo, que no calienta a ambos. Se le llama fuego, pero está frío. De este fuego, la Verdad dice en el Evangelio: *Y al crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará* (Mt 24,12). Esta es la copa derramada sobre los ríos. Esta es sobre todo una plaga espiritual en los santos. Esta es también la úlcera en los siervos de Dios, mezclados asimismo con los pecadores e inicuos, según está escrito: *el que ama su alma, la perderá. Y el que pierda su alma, la encontrará* (Jn 12,25). No ama su alma el que se busca a sí mismo más que al prójimo: porque todo el que no se apiada de su hermano necesitado, y no se compadece con él en la misma tribulación, se alegra más de la prosperidad del mundo que de la tribulación. Este es el ángel de las aguas, por medio del cual Dios cambiará el estado de aquellas aguas, es decir, mostrará Dios cuál es la situación de sus aguas. Pues en el ángel de las aguas se refirió a todos los ángeles de los pueblos, es decir, el interior de los hombres, que son las almas. Pues no es un solo ángel el que da gracias a Dios por su juicio justo, porque a los inicuos y pecadores convierte todos sus bienes en males, y ha abatido con la muerte a los homicidas. Esta plaga espiritual, así como avanza de forma abierta en los malos, así también de forma oculta en los buenos. Y en tiempo del Anticristo invadirá una caterva de demonios a aquellos que antes ha retenido en los vicios. Según está escrito: *añadiendo culpa a su culpa* (Sal 69,28). Entonces aparecerá abiertamente lo que ahora se está gestando ocultamente en el útero. Y cada uno se enciende su fuego de sus propios pecados, y se les retribuirá según sus méritos: cuando vean los justos que son castigados, entonces *lavarán sus manos en la sangre de los pecadores, cuando vean la venganza* (Sal 58,11) de los impíos. Pues ¿qué otra venganza puede ser, si los asesinos de los profetas han bebido sangre en lugar de agua? O ¿cómo dirán paz y seguridad a los que comen y beben, si picados y heridos de úlceras están bañados en sangre? *Y oí al altar de Dios que decía: Sí, Señor, Dios omnipotente: son verdaderos y justos tus juicios.* Lo que son los ángeles, eso es también el altar, y eso es la única Iglesia, que día y noche no cesa de dar gracias a Dios.

TERMINA LA HISTORIA DEL TERCER ÁNGEL

COMIENZA EL CUARTO ÁNGEL

(Ap 16, 8-9) *El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol y le fue encomendado abrasar a los hombres con fuego; y los hombres fueron abrasados con un calor abrasador; y blasfemaron del nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas; y no hicieron penitencia dándole gloria.*

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol y le fue encomendado abrasar a los hombres con fuego. No se lo encomendó al sol, sino al que derramó sobre el sol. *Y los hombres fueron abrasados con un calor abrasador.* Ciertamente en el fuego futuro, donde serán arrojados los pecadores, como en la primera descripción en el libro quinto acerca de los caballos que había contemplado en la visión, cuyas cabezas parecían de león y de cuyas bocas salía fuego, humo y azufre, es decir, preparados para el fuego del infierno, y que con estas tres plagas había matado espiritualmente a los hombres, es decir, las palabras de los mismos hombres que se llaman terrenos. Lo que es el fuego, el azufre y el humo, es decir, las palabras por las que son seducidos los terrenos, eso es también el calor abrasador del sol, por el que se disponen para las llamas del fuego quienes les hagan caso. En las circunstancias presentes de este mundo, en la medida permitida, glorifica el Señor a los suyos: y esta gloria y alegría las

definió el Espíritu Santo como plagas y dolores; porque no pueden hacerse santos si antes no han sido probados en la paciencia por medio de las persecuciones de los malos. *Y blasfemaron del nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas; y no hicieron penitencia dándole gloria.* Blasfeman del nombre de Dios cuando en este mundo se entregan con pasión a sus pecados; y se llaman hijos de Dios, pues no blasfeman abiertamente del nombre de Dios; pero cuando realizan las obras que hemos dicho, se dice que blasfeman del nombre de Dios, puesto que se confiesan cristianos de palabra, y en sus acciones no son cristianos. Por eso dice: *blasfemaron del nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas; y no hicieron penitencia dándole gloria.* No se refirió a su dureza, sino a la justa indignación del Señor, que dio tal género de plaga, que no se acuerdan de Él. Pues si hubieran sido castigados corporalmente, deberían ser curados por la mano de Dios, que los había tocado. Pero en este mundo, por disposición divina, han sido dejados en manos de sus concupiscencias, para que hagan lo que quieran, y por eso serán condenados. En cambio, los justos en este mundo, por medio de la tribulación, son echados en medio de la batalla para que, al haber sido probados, tengan por qué ser coronados. Según está escrito: *El Señor azota, castiga y corrige a todo hijo a quien quiere* (Prov 3,12).

COMIENZA EL QUINTO ÁNGEL

(Ap 16, 10-11) *El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y quedó su reino en tinieblas: se mordían sus lenguas de sus dolores, blasfemando de la ira de Dios, y no hicieron penitencia.*

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y el quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia y quedó su reino en tinieblas, es decir, por estas plagas que dijimos arriba se oscureció, y se hizo extraño a la luz: el trono de la bestia es su Iglesia, la que está bajo los pies de la mujer. *Y se mordían sus lenguas por sus dolores,* es decir, se hacían daño unos a otros, pues como son malos y son el único cuerpo del diablo, no tienen paz entre sí. Como dice la Verdad: *entregará a la muerte el hermano a su hermano, y el padre al hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán* (Mt 10,21). *Blasfemando de la ira de Dios,* porque durante este breve tiempo aman las alegrías; y aquello que ven con los ojos, eso piensan ellos que ocupa el lugar de Dios, y por eso, en lugar de Dios, rinden culto al vientre. *Y no hicieron penitencia.* Están endurecidos por la alegría y amistad del mundo; pero no blasfeman abiertamente de Dios: pues, siendo como son amantes del mundo y nefastos predicadores, dan gracias a Dios de su paz y de su abundancia. Como se dijo en el Evangelio de las ovejas de Dios, los que las veían decían: Bendito sea el Señor, porque también nosotros hemos sido bendecidos.

TERMINA EL QUINTO ÁNGEL

COMIENZA EL SEXTO ÁNGEL DEL RELATO

(Ap 16, 1-2) *Y el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates, y sus aguas se secaron para preparar el camino a los reyes que están a la salida del sol.*

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates; es decir, sobre todo pueblo grande preparado para el fuego del incendio, según dice: *y se secaron sus aguas;* es decir: está perfecto para quemar, en él no queda nada vivo, nada verde que no sea apto para el fuego. Esto que dijo arriba: *se secó la mies de la tierra,* búscalo

Los doce Apóstoles

en el libro séptimo. *Para preparar el camino a los reyes que están a la salida del sol:* el sol es Cristo. Los reyes son los santos, que están a la salida del sol, es decir, de Cristo. Con estos santos, los justos serán arrebatados al encuentro de Cristo en el aire. Este es el camino de aquellos reyes que están a la salida del sol.

Omitido lo referente al séptimo ángel, recapitula desde el principio más brevemente.

TERMINA

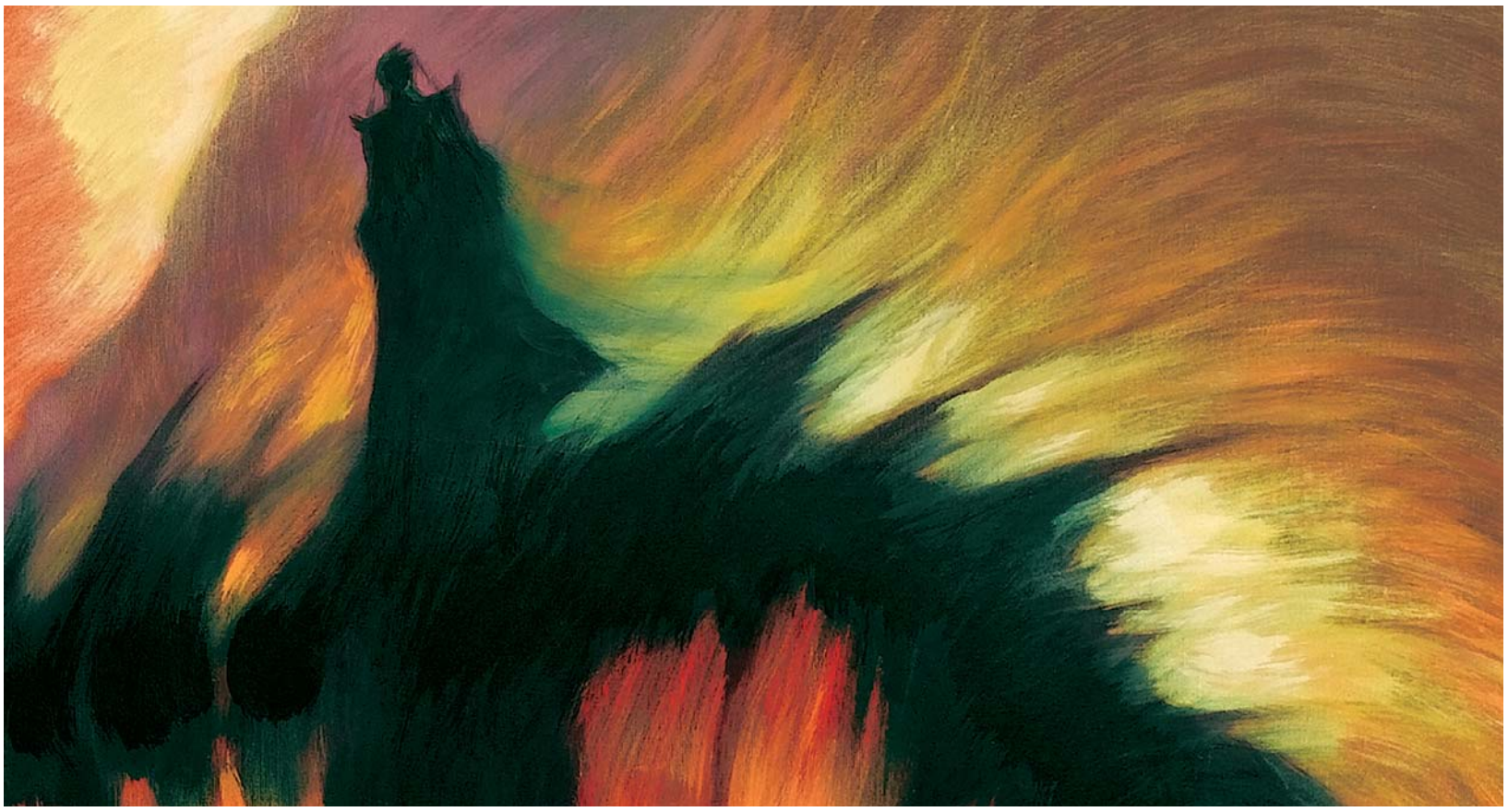
COMIENZA LA HISTORIA DE LAS RANAS

(Ap 16, 13-16) *Y vi que de la boca de la serpiente, de la boca de la bestia, de la boca del falso profeta, salían tres espíritus inmundos como ranas. Son espíritus de demonios que realizan señales, ranas que van donde los reyes de todo el mundo para convocarlos a la gran batalla del gran día del Dios todopoderoso. Mira que viene como ladrón: dichoso el que está en vela y conserva sus vestidos, para no andar desnudo y que se vean sus vergüenzas. Y los convocó en el lugar llamado en hebreo Harmagedón.*

TERMINA LA HISTORIA

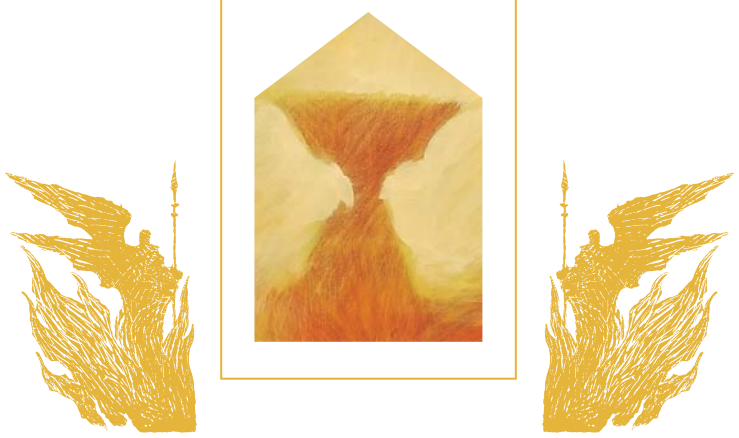
EXPLICACIÓN ACERCA DE LAS MISMAS RANAS

Y vi que de la boca de la serpiente, de la boca de la bestia, de la boca del falso profeta, salían tres espíritus inmundos. Ya dijimos arriba que la serpiente es el diablo; y la bestia, todo el pueblo malo, esto es, su cuerpo; y el falso profeta son los falsos sacerdotes, que describimos arriba por medio de la bestia con dos cuernos. Estos tres son uno solo. Atestigua que vio tres espíritus, pero tienen un único espíritu. Porque también tienen al diablo como única cabeza, de quien son considerados que son miembros suyos. Estos espíritus son sus palabras, porque lo que el diablo les inspira, eso habla el pueblo, que es llamado la bestia; esto hablan también los falsos profetas, que se dicen ser sus sacerdotes. Vio un solo espíritu, pero (dice tres) según el número de las partes del único cuerpo de la serpiente, es decir, del diablo. Pues también la bestia es el cuerpo del diablo; y el falso profeta, es decir, los prepósitos, son el único espíritu del cuerpo del diablo. *Como ranas: son espíritus de demonios que realizan señales, ranas.* La rana es la vanidad más locuaz, pues nada hay en ella útil para otro ser excepto el emitir el sonido de su voz con un croar molesto e importuno. Pues por error propio son inmundas por el lugar en que están, y suelen alimentarse en aguas estancadas, en el cieno y en las charcas. Se



La Mujer sobre la Bestia

las ve sucias y malolientes: no sólo huyen de las aguas y padecen sed, sino que también se revuelcan en las mismas aguas inmundas y en el cieno. Así también los hipócritas y falsos profetas no viven en las aguas limpísimas que hay en las fuentes o en los ríos, que es la doctrina de los Apóstoles o doctores, sino entre el mismo pueblo, que son considerados los miembros del diablo: transmiten sus voces a sus almas con su áspero croar como las ranas en el cieno; y con una modulación vacía e hinchada, como los sonidos y cánticos de las ranas, de esa manera le transmiten falsedades para su engaño. Así como el Faraón, que al conducir a su pueblo a las aguas, se atrevió a entrar detrás de él, y murió allí mismo, así también éstos tienen ciertamente el espíritu de la rana inmunda, es decir, el espíritu de los demonios, y se revuelcan y ocultan en este cieno de su concupiscencia. *Que realizan señales y van donde los reyes de todo el mundo, para convocarlos a la batalla del gran día del Dios todopoderoso.* Llama reyes a todos los hombres del reino del diablo. Así como los santos, que dirigen valerosamente sus cuerpos, son llamados reyes, así, por el contrario, los hombres malos, que realizan los deseos del cuerpo, se dice que son reyes. *Que realizan,* dice, *señales.* Dice señales, pero no verdaderas: porque bajo nombre de cristiandad y santidad, para engañar, se dice que realizan señales. *Y van donde los reyes de todo el mundo.* No dijo *harán,* o *irán,* como indicando que sucederá sólo en el futuro, sino que dijo en presente *hacen:* resume en un solo momento, desde la pasión de Cristo hasta la venida del Anticristo, todo el tiempo en que estaban actuando los falsos sacerdotes en la Iglesia. Es, pues, una recapitulación de todo el tiempo, en el que los hipócritas realizan señales, administrando los bienes celestiales, es decir, los bautismos en el pueblo, y como haciendo ostentación de la bendición. *Para congregarlos,* dice, *para la batalla del gran día;* no porque los reúna de todo el mundo en un único lugar, sino que reúne a cada pueblo en su lugar. Porque así como la Iglesia se extiende por todo el mundo, así también creemos que el diablo tiene en todo el mundo, bajo el nombre de cristiandad, a los suyos, que persiguen a la Iglesia. Como dice a la misma Iglesia: *sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás* (Ap 2, 1-3). Y el gran día del Señor se refiere a todo el tiempo desde la pasión del Señor, pero hay que entenderlo según los textos: unas veces el día del Señor se refiere al día del juicio; otras veces a la última persecución del Anticristo; y otras se refiere a todo el tiempo, es decir, desde la pasión del Señor hasta el Anticristo, que no llama tiempo, sino un día: como se dice por medio del profeta Amós: *¡Ay de los que ansían,* dice, *el día*



del Señor! ¿Qué creéis que es ese día del Señor? Es tinieblas, que no luz. Como si un hombre huye del león y se topa con un oso, o si al entrar en casa apoya la mano en la pared, y le muerde una culebra. ¿Que no va a ser el día del Señor, tinieblas y no luz, lóbrego y sin brillo? (Am 5,18). ¿Son acaso estas comparaciones aptas para el día del juicio, cuando ya no sirve huir de un peligro a otro peligro, porque se dice que allí está ya el fuego eterno? O ¿que el día del juicio es tinieblas, que no luz, lóbrego y sin brillo, cuando está escrito: *como el rayo sale del oriente y no para hasta occidente, así será la venida del Señor?* (Mt 24,27). Por tanto, lo que hemos relatado, si no sucede entonces, sucede en esta vida, para quienes el día del Señor es tinieblas, es decir, porque anhelan pasar por este mundo en placeres. *¡Ay,* dice, *de los que ansían el día del Señor!,* es decir, los que se deleitan en él: para quienes es cómodo; los que reciben en él bienes, los que piensan que la religión es un negocio, a quienes dice: *Ay de vosotros, los hartos; ay de vosotros, los que reís, porque lloraréis* (Mt 5,5). No para aquéllos, de quienes dice: *dichosos los que lloran y se afligen;* para éstos este día, es decir, el mundo, no es objeto de su concupiscencia; para éstos este día es un horno de humildad, pobreza y tribulación. Pero se le dice al rico que, mientras Cristo tiene necesidad y hambre, él se viste de púrpura y banquetea espléndidamente (Lc 16,19). ¿De qué le sirvió llamarse hijo de Abraham él, que no había realizado las obras de Abraham? Y ¿de qué le sirve llamarse cristiano, y no ser imitador de Cristo? ¿De qué le sirvió a aquel rico haber conocido el día del Señor y al mismo tiempo ansiar lo ilícito, alegrándose en este mundo con todo género de estimación y con la abundancia de riquezas? ¿No fue después el día del Señor, para el que tuvo concupiscencia en este mundo, hambre y desnudez, y toda oscura sombra de tinieblas y noche perpetua de ceguera? Porque no corrigió la negligencia de los hermanos en esta vida y no pudo abrir los ojos en este mundo, sino que pretendió desde el infierno corregirlos. Continúa luego y relata qué aciago es este día para los que le ansían: *yo detesto vuestras fiestas, dice el Señor, y no gusto el olor de vuestras reuniones; porque aunque me ofrecéis holocaustos, no me complazco en vuestros sacrificios, ni miro el signo de salvación sobre el dintel de vuestras puertas. No oiré el ruido de tus pasos y la salmodia de tus arpas* (Am 5,21). No dijo *si ofrecéis mis holocaustos, no los aceptaré,* sino *los vuestros.* El Señor quiere que sean los suyos, es decir, divinos, no los de ellos, que son humanos. Parece que sacrifican, y como que hacen con la sangre del Cordero, para la salvación, sobre sus dinteles, unas señales, que no ve el Señor: es decir, llevan en su frente el signo de la cruz, y piensan que tienen la seguridad del bautismo y la señal del cristianismo; y piensan que esto es suficiente, que son partícipes de Cristo por medio de esta señal, sin una conducta santa. Pero es la marca de la bestia, no la sangre de Cristo. Por eso dice que *realizan señales.* Añadió y mostró también que ellos ansían el día del Señor, y que, usando en falso de sus leyes, aceptan y celebran legítimamente los aniversarios y solemnidades y las festividades; suyo, y no del Señor, es lo que hacen, y piensan que sus placeres no son algo transitorio, sino completamente permanentes, no compadeciéndose en nada de sus hermanos. *¡Ay!* dice, *de los que ansían este día* y se acercan a este día y le alcanzan vacíos, y observan los falsos sábados, es decir, descansan en las solemnidades festivas, los que se acuestan en camas de marfil (Am 6,4) y se arrellanan en sus lechos, comen corderos del rebaño y becerros sacados del establo, canturrean al son del arpa, y consideraron como cosa permanente, y que nunca se va a terminar, lo que es huidizo. Esos que beben vino colado, se ungen con aceite exquisito, pero no se afligen de los que sufren. También indicó un tercer modo de entender el día del Señor en general: todo el tiempo y la última lucha que se espera que va a suceder: los que pasan este día del mundo en placeres, esos mismos serán arrastrados de este día de placeres al día del suplicio. Viendo este día dijo el profeta: *cercano es-*

tá el gran día del Señor, cercano, a toda prisa viene; amargo el ruido del día del Señor, dará gritos entonces hasta el bravo y poderoso. Día de ira el día aquel, día de angustia y aprieto, día de devastación y desolación, día de tinieblas y de oscuridad, de nublado y densa niebla, día de trompeta y de clamor contra las ciudades fortificadas y las torres de los ángulos. Yo pondré a los hombres en aprieto, y ellos como ciegos andarán, porque pecaron contra Dios. Su sangre será derramada como polvo, y su carne como excremento. Ni su plata ni su oro podrá salvarlos en el día de la ira del Señor (Sof 1, 14-18). Está claro, pues, que se refirió a todo el tiempo, el presente y el futuro, en que iba a convocarlos a la batalla del gran día del Señor. *Mirad que viene como ladrón. Dichoso el que esté en vela y conserve sus vestidos, para no andar desnudo y que se vean sus vergüenzas. Los convocará en un lugar llamado en hebreo Harmagedón.* Dichoso el que vigila ahora y camina con los vestidos de sus acciones, es decir, con el vestido blanco del bautismo y de la penitencia, y con limosnas y justas acciones no desea la gloria y el descanso presente, sino el futuro; de manera que, rodeado por todas partes de obras buenas, para no deslizarse, ni en palabra, ni en obra o pensamiento, no vean sus vergüenzas los santos el día del juicio. Y lo que dijo: *los convocará en un lugar llamado en hebreo Harmagedón,* esto pertenece a la última persecución del Anticristo; como si dijera: *los congregará para la batalla.* Esto pertenece a los santos, que estarán en la batalla en este tiempo. En otra recapitulación se interpreta este lugar, diciendo: *los congregará para la batalla, cuyo número es como la arena del mar. Y subieron a todo lo ancho de la tierra y rodearon el campamento de los santos y su ciudad preferida* (Ap 20,7-8), es decir, la Iglesia. Vuelve de nuevo al orden más claramente en la séptima copa y en la última persecución, como nunca la hubo en el mundo.

TERMINA LA SEXTA COPA

COMIENZA EL SÉPTIMO ÁNGEL

(Ap 16, 17-21) *Y el séptimo ángel derramó su copa sobre el aire, y salió una gran voz del templo y del trono, diciendo: ya está hecho. Y se produjeron relámpagos, y fragor de truenos y un violento terremoto, como no lo hubo desde que existen hombres sobre la tierra, un terremoto tan violento y tan grande. La gran ciudad se abrió en tres partes y las ciudades de las naciones se desplomaron. Dios se acordó de la gran Babilonia para darle la copa del vino de su furiosa cólera. Entonces todas las islas huyeron y las montañas desaparecieron. Un gran pedrisco, con piedras de casi un talento de peso, cayó del cielo sobre todos; y blasfemaron los hombres contra Dios por la plaga del pedrisco, porque fue ciertamente una plaga muy grande.*

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y el séptimo ángel derramó su copa sobre el aire, y salió una gran voz del templo y del trono, diciendo: ya está hecho. Ya dijimos arriba que la tierra, el mar, los ríos y manantiales de las aguas, el sol, el trono de la bestia, el río Eufrates y el aire, estos siete elementos son uno solo. Y lo que dijo: *salió una gran voz del templo del trono, diciendo: Ya está hecho,* quiere decir: salió una voz de la Iglesia, que dice: *se acabó.* Repite después y recapitula desde la misma persecución: *y sobrevinieron relámpagos y fragor de truenos, y se originó un gran terremoto, como no lo hubo desde que han existido hombres sobre la tierra, un terremoto tan violento y tan grande;* es decir, la angustia en tiempo del Anticristo será tal, cual no la hubo jamás desde el comienzo del mundo. *La gran ciudad se abrió en tres partes.* Con frecuencia hemos dicho en este libro, y de nuevo lo repetimos, que hay tres grupos del pueblo en todo el mundo, y que dos son del diablo, y uno de Dios. Que uno está fuera de la Iglesia, a saber, gentiles e infieles; y dos dentro de la Iglesia: uno que es

imagen del Anticristo, y el otro tercero que es la Iglesia. Por tanto, la gran ciudad es el pueblo en su totalidad, todo el que vive bajo el cielo, que se abrirá en tres partes, cuando haya sido disgregada la Iglesia; de forma que un grupo será la gentilidad, el segundo la abominación de la desolación, y el tercero la Iglesia que saldrá de en medio de ella. Continúa y muestra cuáles son estos tres grupos, diciendo: *y las ciudades de las naciones se desplomaron. Dios se acordó de la gran Babilonia, para darle la copa del vino de su furiosa cólera. Entonces todas las islas huyeron y desaparecieron las montañas.* Las ciudades de las naciones son los gentiles y paganos que antes dijimos. Babilonia es la confusión y la abominación de la desolación, que está dentro de la Iglesia, bajo nombre de cristiandad. Y lo que dijo: *las ciudades de las naciones se desplomaron,* se refiere a que se ha desplomado toda fortaleza y esperanza que los gentiles depositaban en este mundo. Los montes y las islas son la Iglesia, establecida y perseguida en estas ciudades. Pues no tienen ciudades separadas de los cristianos, de manera que se derrumben ellas de forma especial, sino que cuando los malos pisotean a la Iglesia, se dice que entonces se derrumban y que pierden su esperanza. Y si hay que entenderlo del día del juicio, ¿por qué se acordó después Dios de Babilonia? Pues David dijo de estas ciudades: *no hay brecha, ni salida, ni grito en sus plazas* (Sal 144,14), pues los buenos y los malos tienen plazas comunes. Estos son, pues, los tres grupos, a saber: la gentilidad, Babilonia, de la que se manda que salga el pueblo de Dios, y las islas y montes que huyeron, que son la propia Iglesia. Se dice que huye y que no fue encontrada, es decir, que no está separada de los malos. Y Babilonia es el mal universal contra Jerusalén, o en los gentiles, o en los falsos hermanos; pero hay que entenderlo según cada texto, como lo sabemos por la Verdad. Entonces cae Babilonia o bebe la cólera de Dios, cuando recibe el poder de perseguir a la Iglesia, sobre todo en la última persecución del Anticristo. Por eso dice que se desplomó por un terremoto, el que provoca a la Iglesia. Las islas dice que son las siete Iglesias. Como dice Isaías: *el agua del mar se agitará por la gloria del Señor* (Is 19,5). Por eso las islas tendrán la gloria del Señor *y en las islas del mar se glorificará el nombre del Señor.* Dice que estas islas huyeron y no fueron encontradas, es decir, que no están separadas: porque los que están de acuerdo con los malos, se dice que están separados. *Un gran pedrisco, con piedras de casi un talento de peso, cayó del cielo sobre todos.* Este pedrisco que cae del cielo es la cólera de Dios, que cae sobre los pecadores. Como está escrito: *la cólera del Señor, como el pedrisco que cae* (Ez 13,13). El Señor promete protección contra este pedrisco a su Iglesia, diciendo: si cae el pedrisco, no vendrá sobre vosotros. Dios amenaza con este pedrisco al mismo pueblo en este terremoto, diciendo: cuando venga Gog a la tierra de Israel, *en aquel día habrá un gran terremoto en el suelo de Israel,* y añadió: *le castigaré con la muerte y la sangre, haré caer una lluvia torrencial con piedras enormes y lloverá sobre él fuego y azufre* (Ez 38,19). Estas plagas de pedrisco y azufre y fuego son espirituales dentro de la Iglesia. Así leemos que en Egipto hubo diez plagas, y debes saber que en este libro todas son espirituales. Pues todas las plagas de Egipto fueron figura de las plagas espirituales. *Y blasfemaron los hombres contra Dios por la plaga del pedrisco, porque es ciertamente una plaga muy grande.* No de forma que blasfemen abiertamente de Dios; sino que, como abundan en sus pecados, y se llaman hijos de Dios, se ven asolados espiritualmente por la plaga del pedrisco, es decir, por la cólera de Dios. Cuando creen que viven tranquilos y por mucho tiempo en este mundo, de improviso se ven privados de esta luz e ignoran a qué castigo y suplicios son conducidos. Estas son las siete copas, es decir, las plagas espirituales, que se realizan en este mundo dentro de la Iglesia.

Termina aquí y recapitula desde el principio, es decir, desde la pasión de Cristo.

TERMINA EL LIBRO OCTAVO

Los tres espíritus salidos de la boca de la Bestia

LIBRO NOVENO

COMIENZA EL LIBRO NOVENO ACERCA DE LA MUJER RAMERA Y LA BESTIA

Entonces vino uno de los siete ángeles que llevaban las siete copas y me habló diciendo: ven, que te voy a mostrar el castigo de la gran ramera, que se sienta sobre grandes aguas; con ella fornicaron los reyes de la tierra y los habitantes de la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución. Y me trasladó en espíritu al desierto. (Ap 17, 1-3)

TERMINA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Entonces vino uno de los siete ángeles que llevaban las siete copas y me habló diciendo: ven, que te voy a mostrar el castigo de la gran ramera, que se sienta sobre grandes aguas; con ella fornicaron los reyes de la tierra y los habitantes de la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución. Sobre esta mujer ya expusimos arriba en el prólogo de las Iglesias de manera clara y completa quién era. Esta mujer es la obra de la iniquidad, que actúa en el pueblo, que es llamada la bestia y sobre la que se sabe que se sienta, y con la que se conoce que fornican los reyes de la tierra. Reyes de la tierra son los que no dominan sus cuerpos, sino que gustan caminar en sus concupiscencias. Y esta mujer, arrastrando no sólo a los malos, sino a los buenos también, les proporciona la copa de oro que tiene en su mano, porque simula falsa santidad. Por la mano entendemos las obras, y algunas veces se representa la sabiduría en el oro. Se dice que se sienta sobre grandes aguas, porque tiene extendidas las obras de su iniquidad por el pueblo de todo el mundo. Pues las grandes aguas son los pueblos, según está escrito: *las aguas,* dice, *grandes que viste, sobre las que se asienta la ramera, son los pueblos y naciones. Y me trasladó en espíritu al desierto.* Llamamos yermo al desierto, porque no es trabajado por ningún labrador. Dice que vio a la mujer en el desierto, porque esta mujer se asienta en el pueblo muerto y desierto de Dios, es decir, las obras corrompidas y malas. Y lo que dice: *me trasladó en espíritu,* es porque estas obras son sólo captadas por los católicos y espirituales. El espiritual reprende al carnal, pero no el carnal al carnal, porque los miembros no pueden ser contrarios entre sí. Pero como esta plaga es espiritual, cuando dice de la mujer que está lujosamente engalanada, es decir, revestida de un falso cristianismo, y por dentro llena de inmunda iniquidad, se conoce claramente que ha sido descubierta por los espirituales, al decir que fue trasladado en espíritu.

TERMINA

COMIENZA ACERCA DE LA MISMA MUJER Y LA BESTIA

(Ap 17, 3-13) *Y vi a una mujer sentada sobre una bestia de color escarlata, cubierta de títulos blasfemos; la bestia tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas; llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones y también las impurezas de su prostitución; y en su frente un nombre escrito: un misterio: la gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra. Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con*

la sangre de los mártires de Jesús. Y me asombré grandemente al verla. Pero el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Voy a explicarte el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la que tiene siete cabezas y diez cuernos. La bestia que has visto era y ya no es, y va a subir del abismo, pero camina hacia su destrucción. Los habitantes de la tierra, cuyo nombre no fue inscrito desde la creación del mundo en el libro de la vida, se maravillarán al ver que la bestia era y ya no es, pero que reaparecerá. Aquí se requiere inteligencia, tener sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas, sobre las que se asienta la mujer. Son también siete reyes: cinco han caído, uno es y el otro no ha llegado aún; cuando llegue habrá de durar poco tiempo. Y la bestia que era y ya no es, hace el octavo, pero es uno de los siete y camina hacia su destrucción. Los diez cuernos que has visto son diez reyes, que no han recibido aún el reino, pero recibirán con la bestia el poder real, sólo por una hora. Están todos de acuerdo en entregar a la bestia el poder y la potestad que ellos tienen.

TERMINA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Y vi a una mujer sentada sobre una bestia. Se enseña aquí que la bestia es el pueblo. Prometió mostrar a la que estaba sentada sobre grandes aguas. La bestia y las aguas son la misma cosa, es decir, el pueblo. Se dice que la corrupción se asienta sobre los pueblos en el desierto. La ramera, la bestia y el desierto son lo mismo. Y la bestia, como se dijo, es el cuerpo de los enemigos del Cordero, es decir, el cuerpo del diablo, que son los hombres malos. Y en ese cuerpo hay que reconocer, o al diablo, o a la cabeza que parece degollada, es decir, los malos sacerdotes, en los que el diablo se disfraza de ángel de luz y se le conoce al diablo por otro nombre: o al pueblo. Y todos éstos son una ciudad: Babilonia. *Y vi a una mujer, que estaba sentada sobre una bestia escarlata,* es decir, pecadora, sangrienta, *cubierta de todas las blasfemias.* Enseña que tiene la bestia muchos nombres. *Tenía siete cabezas y diez cuernos;* es decir, que tiene a los reyes del mundo, y su reino, en cuya compañía es contemplado el diablo en el cielo, esto es, en la Iglesia. *Y la mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas,* es decir, se muestra adornada con todos los atractivos y con fingida verdad, porque externamente parece la cristiandad. Pero expone luego qué hay en esa hermosura de la mujer, diciendo así: *y tenía una copa de oro en su mano, llena de abominaciones y de las impurezas de su prostitución.* El oro lleno de impurezas es la hipocresía, es decir, la santidad fingida, con la que por fuera algunos parecen justos ante los hombres, pero por dentro están llenos de toda inmundicia. *Y en su frente un nombre escrito: un misterio: la gran Babilonia, la madre de las rameras y las abominaciones de la tierra.* No hay ninguna superstición, es decir, religión falsa y superflua, que lleve en la frente una señal, sino la hipocresía, esto es, la santidad fingida. Y el espíritu relató qué está escrito en la frente de la mujer: tenía, dice, escrito *la gran Babilonia,* es decir, la gran confusión. Dijo que esto era un *misterio,* esto es, un sacramento, para que conozcas claramente que se ha producido un grave mal en la Iglesia. Pues ¿quién graba claramente tal título en la frente? Dijo que era un misterio, lo cual hay que entenderlo en sentido espiritual. *Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús.* Dos son los pueblos enemigos de la Iglesia, que se ve que son miembros del diablo: unos están fuera de la Iglesia, los infieles; otros dentro de la Iglesia, los que parecen fieles. Pues uno solo es el cuerpo enemigo dentro y fuera. Y aunque se vean separados en el espacio y la apariencia, sin embargo obran con un espíritu común. Pues es imposible que otro mate a un justo, sino el que finge que es cristiano. *Es imposible que un profeta muera*

fuera de Jerusalén, que mata a los profetas y lapida a los que le han sido enviados (Lc 13,33). Jerusalén quiere decir visión de paz. Por tanto, Jerusalén es la congregación maligna, que es la falsa cristiandad, que tiene aquí la paz, porque no espera la futura. Esa es la Jerusalén que asesina a los profetas, es decir, a los predicadores, que les anuncian la paz futura. Así son acusados los biznietos partícipes del sentimiento de los malos de haber apedreado a Zacarías, a pesar de que ellos no lo hicieron; pero se anunció la lapidación que se realiza ahora en la Iglesia.

Y me asombré grandemente al verla. Pero el ángel me dijo: ¿Por qué te asombras? Voy a explicarte el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva, la que tiene siete cabezas y diez cuernos. La bestia que has visto era y ya no es, y va a subir del abismo, pero camina hacia su destrucción. La bestia, dice, *que has visto;* al decir que has visto, que era y ya no es, enseña que es otra la que era y ya no es, es decir, la cabeza que parecía degollada, porque finge santidad. Era y ya no es, porque en otro tiempo los hipócritas y falsos estuvieron unidos con el pueblo malo, que es la cabeza que parecía degollada en la bestia, y murieron; y ahora son los mismos, porque de los malvados nacieron malvados, al imitar a los malvados. Esta es la bestia que era y ya no es, porque ya han muerto y no existen. Y la bestia que viste son esos malos, que ahora existen. También estos morirán y vendrán otros, y surgirán del abismo, es decir, del pueblo oculto, porque todavía no se ve cómo serán. Esta es la bestia que era y ya no es y que va a venir. Habló de dos bestias: una con dos cuernos, que es la santidad fingida, que dice que tiene la cabeza como degollada; la otra con siete cabezas, que es el pueblo en su totalidad. De éste dice así: *la bestia que era y ya no es, y va a subir del abismo, pero camina hacia su destrucción,* es decir, que nace y que muere; y para poder decir que nace del pueblo malo, dice que la bestia nace de la bestia. Ya dijimos arriba que los santos nacen de los santos, al imitar a los santos; y que los malos nacen de los malos, al imitar a los malos. No nacen carnalmente, sino imitándolos con sus obras. Pues vemos que nacen carnalmente de los malos hijos buenos, incluso mártires; y vemos que nacen de los buenos hijos malos, incluso los que matan a los mártires. Nace, pues, la bestia de la bestia, al imitar a la bestia. O llamó abismo, que sube del abismo, al perenne nacimiento y muerte de la bestia, que nace de la bestia y camina hacia su destrucción. Así como aquel grupo suyo del que nació, que ya no existe, así sucede que no existe y que surge de su descendencia y camina hacia la perdición, como sus padres de los que surgió, y que ya no existen.

Y los habitantes de la tierra, cuyo nombre no fue inscrito desde la creación del mundo en el libro de la vida, se maravillarán al ver que la bestia era y ya no es, pero que reaparecerá. Se maravillarán, dice, los habitantes de la tierra, es decir, los terrenos, que no los habitantes celestes del cielo, esto es, de la Iglesia. Se le dijo al justo: eres cielo y al cielo irás. En cambio, al pecador se le ha dicho: eres tierra y a la tierra irás. De éste se ha dicho: *se maravillarán los habitantes de la tierra,* con la misma bestia que era y ya no es, y surge del abismo, y camina hacia su destrucción, como los habitantes de la tierra; y la misma bestia se maravillará de la otra bestia, que era y ya no es, y ha de reaparecer. Pero los sinónimos dificultan la comprensión. Pues dijimos arriba que *la mujer estaba sentada sobre la bestia,* y aquí dice: *la bestia que viste era y ya no es, y ha de reaparecer.* Equivocan, como dijimos, estos sinónimos la comprensión. Hay sinónimos cuando una misma cosa se expresa con diferentes palabras. Pues la bestia sobre la que se asienta la mujer, y el abismo, y los habitantes de la tierra, son lo mismo. Y ésa es la bestia que era y ya no es, y que ha de reaparecer, y ha de nacer de la bestia y que va a caminar hacia su destrucción. Como si claramente dijera: murieron los que ya son malos, y fueron arrojados al infierno, y de éstos nacen otros que mueren, y caminan hacia su destrucción, es decir, son arrojados al in-

fierno. El infierno es la perdición de las almas. Y se maravillará la misma bestia, que contempla a la otra bestia, *que era y ya no es, y que va a reaparecer.* Como si dijera: como fueron aquellos cristianos que murieron, así son estos que están vivos, que bajo el nombre de cristiandad adoraron con nosotros a Cristo, y mataron a Cristo en sus miembros; también éstos adoran a Cristo con nosotros y no temen matar a Cristo en sus miembros. Cuando ellos nombran a Cristo, piensan que adoran a Cristo; pero en el vocablo de Cristo adoran a la bestia, es decir, a sus padres, a quienes imitan en sus obras, a quienes tienen como cabeza para su ejemplo, en cuyo cuerpo están unidos. El cuerpo, pues, se maravilla de la cabeza, es decir, de la bestia que era y ya no es, y nace, se admira al ver que la bestia era y ya no es, y va a reaparecer. En esa conducta de falsedad insensata que mantienen, se maravillan en aclamaciones públicas con nosotros de nuestro Señor Jesucristo, al ver que era y fue matado y que ha de venir. Pero según el relato del Espíritu ven a la bestia, que ellos hacen proclamar en su boca como Cristo mediador en este orden católico. Saben ciertamente que el Señor había vivido, y había sido matado, y esperan que ha de venir, y se glorían en su nombre, y saben que Cristo realizó signos y prodigios y grandes milagros. Pero ni ellos conocen a Cristo, ni Cristo a ellos, según dice el mismo Señor a los que alegaban que habían realizado grandes prodigios en su nombre: *Nunca os he conocido, a vosotros los que obráis la iniquidad* (Mt 7,23). Con lo cual está claro que todos los falsos sacerdotes e hipócritas no ven a Cristo, sino a la bestia, que ideó para ellos esta trampa, con el fin de que bajo el nombre de los carismas de Cristo, es decir, del orden sacerdotal, y seducidos con la esperanza de las virtudes, pequen y cometan delitos sin temor: pensando que de ninguna manera habrían podido ellos rea-lizar tan grandes prodigios sin el amor de Dios, al decir: ¿quién bautizó a éste y a éste? ¿Quién consagró a esta y a aquella virgen?

La sexta copa secando los ríos

¿Quién consagró aquel y aquel otro templo? ¿Quién, sino nosotros, ordenó a este y a aquel sacerdote? No hubiera podido ser tan santo si no hubiera sido santificado por nosotros. Y por eso entre ellos, lo que hacen en sus moradas, dicen que es obra del poder de Cristo y lo prueban con el testimonio de los prodigios. Dos son, pues, las bestias de las que dijo: *era y ya no es.* El abismo, que es el pueblo o los habitantes de la tierra, se admira viendo a la bestia que fue y ya no es, y va a reaparecer. Una es la que surge del abismo, la otra la que se espera que va a nacer. *Aquí se requiere inteligencia, tener sabiduría. Las siete cabezas son siete colinas, sobre las que se asienta la mujer. Son también siete reyes.* Descrita la bestia, a la que admira presente, y a la que espera, describe a la que es admirada. Y como son dos, una que es admirada y otra que fue admirada; es decir, una que fue y pasó y ya no es, y otra que es y admira a la que pasó, es decir, vivirá con la misma conducta que aquella vivió; dijo, *las siete cabezas son siete colinas, sobre las que se asienta la mujer. Son también siete reyes.* Estas siete colinas, ¿qué otra cosa son sino siete vicios, a saber: la fornicación, la avaricia, la ira, la tristeza, la acritud, la vanagloria y la soberbia? Y los reyes son siete, porque donde imperan estos vicios, son ellos llamados los reyes de aquellos a quienes poseen. Dijimos que el siete era un número perfecto, cosa que vemos sucede también en las semanas, formadas con el número siete. Sobre estas siete colinas se asienta aquella mujer, es decir, las obras de la iniquidad; pues, como todas las iniquidades confluyen en un mismo mal, se dice que es una sola mujer. Pues así como muchos miembros componen un solo cuerpo, así también se puede decir que la inmundicia de todas las obras malas y la conciencia afeminada son una sola mujer. Además, ya hablamos en el libro sexto de estas siete colinas y los siete reyes; pero nada dijimos de la mujer, porque en el relato del que tratábamos no aparece la mujer. En aquel libro dijimos que surgían tres bestias: una del abismo, otra del mar y la tercera de la tierra. En este libro hemos dicho: *y vi a una mujer que estaba sentada sobre la bestia que era y ya no es, pero va a reaparecer.* Se enseña clarísimamente que aquellas tres bestias y esta cuarta no son cuatro, sino que es una sola y la misma; y que son cuatro, pero en las funciones y en la actuación, pues el cuerpo es uno solo. Y la mujer de la que tratamos está en las tres, porque ella es la iniquidad; pero conforme a los textos sólo aparece expresamente en ésta. En aquel sexto libro hablamos de forma especial de las siete colinas sobre las que se asienta la mujer, es decir, la ciudad de Roma. *Son también siete reyes: cinco ya cayeron, uno todavía está, y otro aún no ha llegado. Y cuando venga le corresponde durar poco tiempo.* En ese libro dijimos el nombre y la marca del Anticristo. En este libro decimos que la mujer es la corrupción, que en aquel libro dijimos que era la ciudad de Roma. Allí están de forma especial las siete colinas, pero aquí los siete vicios. Allí de forma especial los siete reyes; pero aquí identificamos estos reyes especiales con esos vicios, para, mezclando lo espiritual y lo carnal, hacer ver claramente el tiempo pasado, presente y futuro. Dijimos con frecuencia que en cada especie se muestra el género: pues lo que es toda la bestia, eso mismo son las siete cabezas. Y que las siete cabezas y las siete colinas que dijo que había; y los siete reyes, es decir, el pueblo en su totalidad; y todos los reyes, es decir, todos los soberbios; y las colinas, es decir, los mismos soberbios, todo esto son los pueblos, es decir, la misma bestia; con este argumento ten por seguro que está claro lo que hemos dicho. Había dicho que la mujer estaba sentada sobre la bestia; ahora dice las siete colinas sobre las que se asienta la mujer. Las cabezas son todo el pueblo y todos los reyes. Esa es la bestia sobre la que se asienta toda inmundicia. Así como en las siete Iglesias citadas de forma especial resumió a toda la Iglesia, así también en los siete reyes que señala de forma especial resume en estos siete a todos los reyes; y no sólo a los reyes que reinan gobernando a los pueblos, sino también en éstos se re-

fiere a todos aquellos en quienes reinan los vicios; y de estos reyes, que se dice que son la cabeza, se reconocen como miembros, en cuyo cuerpo están unidos, según afirma: *cinco,* dice, *ya han caído, uno es, y el otro aún no ha llegado. Cuando llegue habrá de durar poco tiempo.* Hasta el tiempo en que se le reveló esto a Juan, han caído cinco reyes; el sexto fue Nerón, bajo cuyo reinado vio estas cosas desde su exilio. Pues contamos desde el primer rey, que en el reino de Roma tomó el primero la diadema, es decir, fue el primero en el reino de Roma que fue coronado. Atestiguan las Escrituras de los Macabeos que anteriormente ningún romano había recibido la púrpura, o la diadema, y que cuando ya se habían apoderado de la Galia, sometida ésta la recibió Cayo Julio César, que fue el primero entre los romanos que obtuvo el mando único, y por quien los príncipes romanos son llamados césares. El segundo césar fue el hijo de su hermana Julia, llamado Octaviano, que también fue llamado Augusto, bajo cuyo reinado nació nuestro Señor Jesucristo en el año cuarenta y uno de su reinado. Por estos dos, Julio y Augusto, tienen sus nombres los meses de julio y agosto, que antes se llamaban el quinto y el sexto. El tercero fue Tiberio, bajo cuyo reinado sufrió la pasión el Señor, el año quince de su reinado, en cuyo año también fue bautizado. El año primero después del bautismo, instruyó a los discípulos en los misterios divinos. En ese año tuvo comienzo su predicación, que está probado que predicó hasta el año treinta y cuatro. El segundo año después del bautismo, hizo los milagros que narra el Evangelio. Terminado el tercero, y al comenzar el cuarto año, se sometió a la pasión por nuestra salvación. El cuarto fue Claudio, bajo cuyo reinado se describe en los Hechos de los Apóstoles el hambre. El quinto Galba, que reinó tres años y seis meses. El sexto Nerón. El séptimo Otón, de quien dijo que *aún no había venido, y que cuando venga va a durar poco tiempo,* que es la figura de la manifestación del Anticristo: pues reinó tres meses y seis días. Nerón fue el primero de los reyes romanos que, después de la pasión del Señor, martirizó a los apóstoles Pedro y Pablo; este Nerón también prefiguró al Anticristo, porque al ser buscado por el Senado para darle muerte, huyendo del palacio, a cuatro millas de la ciudad en la villa de un amigo, entre la vía Salaria y la Nomentana, se suicidó a los treinta y dos años de edad, y con él se extinguió toda la familia de Augusto. En Nerón, en el cálculo de los años de su edad, o en la extinción del principado de los Augustos, o en su propio suicidio, reconoce en toda su actuación que obraba el Anticristo. Después de Nerón, Galba en Iberia y Otón en Roma asumieron el Imperio. Galba, al séptimo mes de su imperio, fue decapitado en medio del foro de la ciudad de Roma. Otón, al tercer mes de su reinado, se suicidó en Betriaco, lo mismo que Nerón. Vitelio fue asesinado por los generales de Vespasiano y arrojado al río Tíber. A estos dos, Galba y Vitelio, los citamos en el libro sexto, cuando hablamos de los siete reyes. También en este libro describimos de nuevo a los siete reyes, y no sin motivo, porque en su vida y muerte conocemos que han prefigurado al Anticristo. A estos siete reyes llamamos las siete cabezas de la bestia, bestia que dijimos tenía diez cuernos, porque el Anticristo, en su tiempo, entre diez reyes de Roma, que van a reinar, no uno después de otro, sino al mismo tiempo, aparecerá entre esos diez como el undécimo. Y de esos diez, matados tres, obtendrá el imperio en todo el mundo sobre los siete restantes, como el octavo. Esta es la bestia que era y ya no es, y reaparecerá. Mezcla ahora el Apocalipsis el presente, el pasado y el futuro, y en ese tiempo debes comprender que es una sola bestia y un solo cuerpo. Se dice que esta bestia tiene siete cabezas; pero, descritas las cabezas, dice con firmeza: *y la bestia que era y ya no es, es la octava:* es decir, también como cabeza. El género, que contiene la totalidad, no se cumple de igual manera en los misterios; por eso dijo: *la octava bestia.* Como de la serpiente se dice a la engañada Eva: *pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella que-*

brantará tu cabeza y tú acecharás su calcañal (Gén 3,15). En una mujer incluye a todo su linaje. Así también en una sola bestia incluye a todo su linaje desde el comienzo hasta el fin del mundo. En uno solo se refiere a todo el cuerpo, pues así se manifiesta el hombre de pecado, el hijo de perdición, el Anticristo. Inteligentemente muestra quién es la otra bestia, que era y ya no es, al decir acerca de ésta: *que es la octava.* Es decir, así como aquel que fue visto, después de los siete, como degollado, y él es el octavo, pero es de los siete; esto es, así como aquel que, aunque fue visto después de los siete, y que parecía degollado, surgió sin embargo de entre los siete, es decir, es de los reyes del mundo, así también la bestia, aunque tenga otra forma de manifestarse, porque dice que ha muerto con Cristo y para él, esto es, que se sacrifica con penitencias, sin embargo es el octavo, pero es de los siete el cuerpo de ese octavo, que entre los siete fue visto como degollado y vivo. Dijo que todos pertenecían a un solo cuerpo bajo diversas manifestaciones. *Y la bestia que era y ya no es, y es la octava, pero es una de las siete y camina hacia su destrucción;* es decir, es de las siete arriba dichas, como una cabeza que, naciendo para su cuerpo y edificación, camina hacia la destrucción. *Era,* dijo, *y ya no es, y es la octava, pero es una de las siete y camina hacia la destrucción.* ¡Cosa admirable!, cuando dice *que era y ya no es, y es el octavo.* Si no existía en aquel tiempo, tenía que haber dicho: y *será el octavo, y será uno de los siete y caminará hacia su destrucción.* Si no existía entonces esta bestia, es lo que tenía que haber dicho; pero como esta bestia siempre está muriendo y naciendo, y a punto de reaparecer y camina siempre hacia su destrucción, por eso dijo: *que era y ya no es, y va a reaparecer y camina hacia su destrucción.* Dijo que era el octavo, pero no sólo en orden de sucesión, por haber sido visto después de los siete, sino que este octavo, que se dijo que estaba en la bestia, siempre hay que entenderlo espiritualmente en el misterio. Porque de forma sutil, por medio de los falsos profetas y sacerdotes hipócritas, es considerado en la religión bajo el nombre de Cristo, y, del número siete, él es el primero, y después del séptimo se dice que es el octavo; así como el domingo se dice que es el primer día y después del séptimo, el mismo que era el primero ocupa el octavo, así también se dice que éste es el primero y el octavo: el primero, porque ocupa la cátedra sacerdotal; el octavo, porque es una de las siete cabezas, es decir, es de los siete reyes del mundo en el número septenario de la perfección. Y sin embargo es uno solo, como una es la semana, que tiene siete días; como siete son los brazos del candelero en un solo cuerpo en la tienda del testimonio, es decir, en un solo Cristo las siete Iglesias; todo esto es una misma cosa. Pues después muestra la perfección del diablo en siete demonios. Pero no está en los siete la perfecta maldad, siendo así que uno solo tenía una legión. Así que el octavo, como degollado y sanado, se refiere al diablo y a su cuerpo: a los que engañan a nuestro Señor Jesucristo y a su cuerpo. En este número señala a todo el cuerpo y a la perfección de la maldad. También el cuerpo del Señor en la perfección de la gracia septiforme devora hasta los confines de la tierra a sus enemigos internos, que invaden su tierra y sus montes. Según fue profetizado por Miqueas: *El Señor,* dice, *pastoreará con su poder a su grey, y tendrán abundancia por la gloria del nombre del Señor, su Dios. Porque entonces se hará el grande hasta los confines de la tierra, y él será la paz, cuando Asur invada vuestra tierra, y suba hasta vuestros montes: suscitaremos contra él siete pastores, ocho devoradores de hombres, ellos pastorearán a Asur con espada* (Miq 5,35). Los siete pastores y los ocho devoradores de hombres es Dios con su cuerpo septiforme, es decir, con las siete Iglesias. Todo esto es lo mismo, y es el Hijo del hombre. Por eso dijo *ocho devoradores.* Este cuerpo recibió la heredad de los gentiles y en posesión los confines de la tierra, en los que pastorea a Asur con vara de hierro y los destruirá como vaso de alfarero. *Y los diez cuernos que viste son diez reyes.* No dijo *los diez*

cuernos, sino *y los diez cuernos que viste,* diciendo: *y los diez cuernos son diez reinos,* enseña que las cabezas y los cuernos son una misma cosa. Las cabezas y los cuernos son los reyes y los reinos, porque no puede existir lo uno sin lo otro. Por eso el ángel habla a Daniel con este mismo número, unas veces de reyes y otras de reinos, diciendo: *los diez cuernos son los diez reinos que se levantarán* (Dan 7,24). Después de esos reinos surgirá otro rey: éste sobresaldrá entre los restantes malos reyes anteriores; enseña que al hablar de diez reinos y diez reyes se refería a todos. Así ahora: *y los diez cuernos que viste son diez reyes que no han recibido aún su reino.* Y también indica que, en el género de diez, se trata de uno, diciendo: *los reyes que no han recibido aún el reino. Pero reciben después de la bestia el poder como de reyes sólo por una hora.* Aquí debes entender en sentido espiritual a estos diez reyes. Pues los diez reyes se refiere a todos los hombres, desde la pasión de Cristo hasta el fin, en cuyos corazones reinan los vicios. Dice que aún no han recibido el reino, porque aún no ha llegado el fin. Lo manifiesta el que dijera *éstos reciben,* y no dijo *que reciban* (en subjuntivo). Y lo que dijo: *después con la bestia,* es decir, después con la cabeza que dijo parecía degollada, es decir, después con la simulación de cristiandad, describe desde la pasión de Cristo y después, lo que llamó una hora. Una hora algunas veces indica todo el tiempo. Como dice en otro lugar: *es la última hora.* Dijo *como de reyes.* El *como* algunas veces es propio del que cuenta sueños. *Veía en la noche como en sueños* esto y aquello: porque reinan como en sueños los que son enemigos del reino de Cristo. Como se dice por medio de Isaías: *Y serán,* dice, *como los que sueñan. Como un sueño la turba de todas las gentes que guerrearon contra Jerusalén y la oprimieron. Serán como los que comen en sueños y, una vez despertados, está vacío de sueños* (su estómago). *Y como el que sueña que tiene sed y que bebe, y despierto tiene sed todavía su alma, esperó en vano: así será la turba de todas las gentes que guerrearon contra Jerusalén y contra el monte Sión* (Is 29,7). Si siempre fue como un sueño el reino de los gentiles, mucho más después de haber sido golpeado en sus pies de hierro y reducido a polvo por la roca, Cristo, desprendida del monte, no por manos de hombre y después de haber sido sometido a los pies del Hijo del hombre y entregado a esclavitud. *Tienen todos la misma opinión.* Ciertamente entendemos estos diez reyes aquí en sentido espiritual, y ponemos el número diez por ser perfecto; y dijimos que estos diez reyes son todos los malos y soberbios: y todos estos tienen la misma opinión. Dijo *tienen,* no *tendrán.* Si hablara aquí del pasado o del futuro, debería decir: *tuvieron* o *tendrán.* Pero como esto sucede a diario en la Iglesia, por eso dijo: *tienen la misma opinión.* Y manifestó en qué son de la misma opinión, diciendo: *y entregan a la bestia el poder y la potestad que ellos tienen,* es decir, al diablo, de quien son servidores, y cuyo poder y reino domina en ellos. Y como se ha hablado del presente, por eso dijo *entregan,* y no *entregarán.* Este reino se llama del diablo, porque siempre es adversario del Cordero, porque envidia a los otros, a los sencillos y rectos de corazón, lo que él no tiene. Pero a diario es derrotado por el Cordero, porque es vencido por su paciencia.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

ACERCA DEL CORDERO Y DE LA BESTIA VENCIDA

(Ap 17, 14-18) *Estos* diez reyes *harán la guerra al Cordero, pero el Cordero, como es Señor de señores y Rey de reyes, los vencerá, y en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles. Me dijo además: Esta bestia que ves donde está sentada la mujer son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. Y los diez cuernos que has visto van a aborrecer a la ramera, la dejarán sola y desnuda, comerán sus carnes y la consumirán por el fuego. Porque Dios les ha inspirado la resolución*

El ejército de Dios

de ejecutar su propio plan y de ponerse de acuerdo en entregar la soberanía que tienen a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios. Y la mujer que has visto es la gran ciudad, la que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra.

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Estos diez reyes *harán la guerra al Cordero.* Hemos incluido antes en los diez reyes a todos los malos; éstos harán la guerra al Cordero, que es Cristo y la Iglesia, un solo cuerpo. Lucharán hasta el final; hasta que (los santos) consigan todo el reino, siempre serán enemigos de la Iglesia. *Pero el Cordero, como es Señor de señores y Rey de reyes, los vencerá, y en unión con los suyos, los llamados, los elegidos y los fieles.* Los llamados a la fe son muchos; pero los elegidos, que forman la Iglesia, son pocos. Por eso dijo: *llamados y elegidos,* porque no todos los llamados son elegidos. Como dice el Señor: *muchos son los llamados, pero pocos los elegidos* (Mt 20,16).

Me dijo además: Esta bestia que ves donde está sentada la mujer son pueblos, muchedumbres, naciones y lenguas. Y los diez cuernos que has visto van a aborrecer a la ramera; es decir, se odian unos a otros cuando uno incita al otro al escándalo. Se odian mutuamente cuando ninguno es bueno para nadie. Pero de otra manera, cada uno se odia a sí mismo, según está dicho: *el que ama su alma, la perderá* (Jn 12,25). *Y el que ama la iniquidad, odia su propia alma.* Como dice: *la dejarán desierta y desnuda.* Se dice que el alma está desierta cuando por sus malas obras está abandonada por Dios; y cuando los hombres son abandonados por Dios, ellos, por la cólera de Dios, dejan el mundo desierto, cuando se han entregado al mal y actúan injustamente. *Y comerán su carne y la consumirán por el fuego.* Esto

es, que unos a otros se devoran mutuamente, como también los perros se muerden unos a otros; y cuando hayan sido vaciados de toda obra buena, son arrojados a los fuegos del infierno para ser quemados. Y añadió el motivo, diciendo: *pues Dios ha inspirado en sus corazones su propio plan;* es decir, les animó a que realizaran lo que decretó irrogar al mundo, justa y merecidamente. Y llevar a efecto su plan, es decir, otorgar la condena a cada uno según sus obras, que realiza cada uno para su recompensa, porque sirve a la voluntad del diablo, cuyo rey demuestra que es para él. Según dice: *en entregar la soberanía que tienen a la bestia, hasta que se cumplan las palabras de Dios.* Es decir, obedecer al diablo hasta que se cumplan las Escrituras. En el cuarto reino de hierro, que es el de Roma, destruirá la tierra, como leemos en Daniel: *y habrá un cuarto reino sobre la tierra, que prevalecerá sobre todos estos reinos, y devorará toda la tierra, y la arruinará y la destruirá* (Dan 2,40).

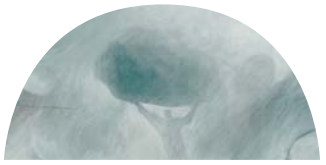
Y la mujer que has visto es la gran ciudad que tiene la soberanía sobre los reyes de la tierra. Lo que es la mujer, eso es la ciudad, eso son los reyes de la tierra: todo esto es un solo cuerpo. Así también se dijo de la Iglesia: *Ven, te voy a mostrar a la esposa del Cordero* (Ap 21,9). Esta mujer es la Iglesia. *Y me mostró la ciudad que bajaba del cielo;* al describirla, dijo: *y los reyes de la tierra irán a llevarle su esplendor.* La esposa del Cordero y la ciudad y los reyes de la tierra es una sola Iglesia y un solo cuerpo. Ahí tenéis a las dos ciudades: una de Dios, y la otra del diablo. Y se habla de esta mujer y de aquélla; y a una y a otra le sirven los reyes de la tierra. Y el Cordero, que es Cristo, entrega su poder a la Iglesia, y le da su poder y su gloria; y la serpiente, que es el diablo, da a su Iglesia, es decir, a su maligna congregación, su poder y su potestad: y es la bestia siempre enemiga del Cordero. El Cordero tiene siete ojos y siete cuernos; y el octavo se dice que parece degollado, porque murió sólo en la carne, no en el alma y la divinidad; y se dice que tiene siete cuernos, es de-

El Ángel que alza la Gran Piedra

cir, siete Iglesias, y que parece degollado y resucitó. Así también, por el contrario, la bestia, envidiando siempre al Cordero, se adaptó siete cabezas; y ella es la octava, que imita al Cordero, que se dice que parece degollado y resucitó. Esta octava cabeza ostenta la primacía dentro de la Iglesia, cuando por medio de los falsos sacerdotes e hipócritas, bajo simulación de santidad, aparenta ser por fuera el Cordero que parece degollado, y oculta dentro un lobo rapaz. Pero cuando con ocasión de un tumulto contra la Iglesia es insultado, inmediatamente se despoja de su piel de cordero, con la que fingía que era el Cordero. Lo que hemos dicho da claramente a entender que hay dos ciudades, y dos reinos, y dos reyes: Cristo y el diablo; y que ambos reinan en ambas ciudades. Todo el que está en el reino del diablo, está oprimido por el yugo de su concupiscencia, cuando, corrompido cada uno por el placer de dominar, somete a la tiranía a un inferior a su condición, como dice el Señor en el Evangelio: *Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos y los grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, de la misma manera que el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir* (Mt 20, 25-28). Estas dos ciudades, una desea servir al mundo, y la otra a Cristo; una ambiciona tener su reino en este mundo, y la otra huir de este mundo; una se entristece, la otra se regocija; una azota, la otra es azotada; una mata, la otra es matada; una intenta santificarse todavía más, la otra obrar más impíamente todavía. Estas dos se esfuerzan en una sola cosa: una para tener por qué ser condenada, la otra para tener por qué ser salvada. Termina aquí y recapitula desde el tiempo de la paz futura con la brillante predicación, cuando los hombres son iluminados con gran poder; luego continuó, diciendo lo que vio después.

TERMINA EL LIBRO NOVENO

Miguel luchando con la Serpiente



LIBRO DÉCIMO

COMIENZA EL LIBRO DÉCIMO ACERCA DE LA CIUDAD DEL DIABLO

espués de esto vi bajar del cielo a otro ángel, que tenía gran poder, y la tierra quedó iluminada con su resplandor. Gritó con potente voz, diciendo: ¡cayó, cayó, la gran Babilonia! Se ha convertido en morada de demonios, en guarida de toda clase de aves inmundas y de espíritus inmundos. Porque del vino de sus prostituciones han bebido todas las naciones y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su lujo desenfrenado. Luego oí otra voz del cielo, que decía: salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas. Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades. Dadle como ella ha dado, dobladle la medida conforme a sus obras; en la copa que ella preparó, preparadle el doble. En proporción a su jactancia y lujo, dadle tormentos y llantos. Pues dice en su corazón: Estoy sentada como reina y no soy viuda y no he de conocer el llanto. Por eso, en un solo día llegarán las plagas: muerte, llanto y hambre, y será consumida por el fuego, porque poderoso es el Señor Dios que la ha condenado. Llorarán, harán duelo por ella los reyes de la tierra; los que con ella fornicaron y se dieron al lujo, cuando vean la humareda de sus llamas, se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio, y dirán: ¡Ay, ay, gran ciudad, Babilonia, ciudad poderosa, que en una hora ha llegado tu condenación! Lloran y se lamentan por ella los mercaderes de la tierra, porque nadie compra ya sus cargamentos: cargamentos de oro y plata, piedras preciosas y perlas, lino y púrpura, seda y escarlata, toda clase de maderas olorosas y toda clase de objetos de marfil, toda clase de objetos de madera preciosa, de bronce, de hierro y de mármol; cinamomo, perfumes, mirra, incienso, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias de carga, ovejas, caballos y carros, y perros y mercancía humana. Y los frutos en sazón que codiciaba tu alma se han alejado de ti; y toda magnificencia y esplendor se han terminado para ti, y nunca jamás aparecerán. Los mercaderes de estas cosas, los que a costa de ella se habían enriquecido, se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio, llorando y lamentándose: ¡Ay, ay, gran ciudad, vestida de lino, púrpura y escarlata, resplandeciente de oro, piedras preciosas y perlas, que en una hora ha sido arruinada tanta riqueza! Todos los capitanes, y los que navegan por el mar, y los marineros y cuantos se ocupan en trabajos del mar, se quedaron a distancia y gritaban al ver la humareda de sus llamas: ¿Quién como la gran ciudad? Y echando polvo sobre sus cabezas, gritaban llorando y lamentándose: ¡Ay, ay, gran ciudad, con cuya opulencia se enriquecieron cuantos tenían las naves en el mar, que en una hora ha sido arruinada! Alégrate por ella, cielo, y vosotros los santos Apóstoles y profetas, porque Dios hará justicia en el juicio contra ella. (Ap 18, 1-20)

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Después de esto vi bajar del cielo a otro ángel, que tenía gran poder, y la tierra quedó iluminada con su resplandor. Gritó con potente voz, diciendo: ¡cayó, cayó, la gran Babilonia! Se ha convertido en morada de demonios y en guarida de toda clase de aves inmundas y de espíritus inmundos. El ángel que dice bajaba del cielo, se refiere a nuestro Señor Jesucristo, encarnado y unido

El incendio de Babilonia

al cuerpo de su Iglesia. La ciudad de Babilonia es la mujer que dijimos arriba, y la bestia y los reyes de la tierra, es decir, la ciudad del diablo, que se ha convertido en morada de demonios y de toda clase de aves inmundas. Si no fuera todo el mundo esta ciudad del diablo, ¿habría podido reunir materialmente en una sola ciudad a todos los demonios, y a todas las aves en la destrucción de una sola ciudad? Pero esta ciudad es todo el mundo. Pues no hay ciudad alguna que dé cabida a todo espíritu inmundo sino la ciudad del diablo, en la que se cobija por el mundo toda la inmundicia. Según dice: *porque del vino de sus prostituciones han bebido todas las naciones y los reyes de la tierra han fornicado con ella:* es decir, imitando uno al otro en el mal, porque no hay otro con el que pequen los malos. *Y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su lujo desenfrenado:* no se refiere aquí a las riquezas materiales, sino a los pecados, pues la abundancia de lujo los hace más bien pobres que ricos. Así como las obras de los justos son llamadas riquezas, así también las obras de los impíos son las riquezas materiales. *Luego oí otra voz del cielo, que decía: salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas.* Se enseña aquí de manera más completa que Babilonia está dividida en dos partes, es decir: el pueblo de Dios y el pueblo del diablo, la externa y la interior, de la que, protegido por Dios de forma manifiesta, también bajará el pueblo santo, el que siempre desciende de ella espiritualmente y con el alma, y sale, observando el cumplimiento de los mandamientos de Dios, como se dijo por medio de Isaías: *salid de en medio de ella, apartaos, no toquéis cosa impura, los que portáis los vasos del Señor* (Is 52,11). Portan los vasos del Señor los que guardan sus almas de toda mancha de iniquidad. Y como nada malo hacen ni en palabra, obra, ni pensamiento, se dice que no tocan cosa impura, y se afirma que entonces salen de Babilonia. *Pero en una casa noble no sólo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro. Y unos son para usos nobles y otros para usos viles. Por tanto, si alguno se ve limpio de estos males, será un vaso santificado para uso noble, útil al Señor, y preparado para toda obra buena* (2 Tim 2,20-22). Y lo que dijo: *no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas:* es decir, no hagáis lo que ellos hacen, porque está escrito: *el justo, aunque muera prematuramente, su alma hallará descanso* (Sab 4,7). Pero ¿cómo puede ser cómplice del pecado el justo, al que arrastró con los impíos la caída de la ciudad, a no ser que, realizada la clara separación de la ciudad del diablo, llevando la marca de la bestia aceche contra la Iglesia? Pues cada uno lleva la marca de la bestia y es cómplice de los malos en el momento en que juntamente con ellos realiza las obras de la maldad. Como se ha dicho con frecuencia, Babilonia hay que entenderla según los textos, o el todo por la parte, o la parte por el todo: pues unas veces la parte se entiende por el todo, o el todo por la parte. Como los tres días que estuvo el Señor en los infiernos, aunque no fueron tres días completos, pero los

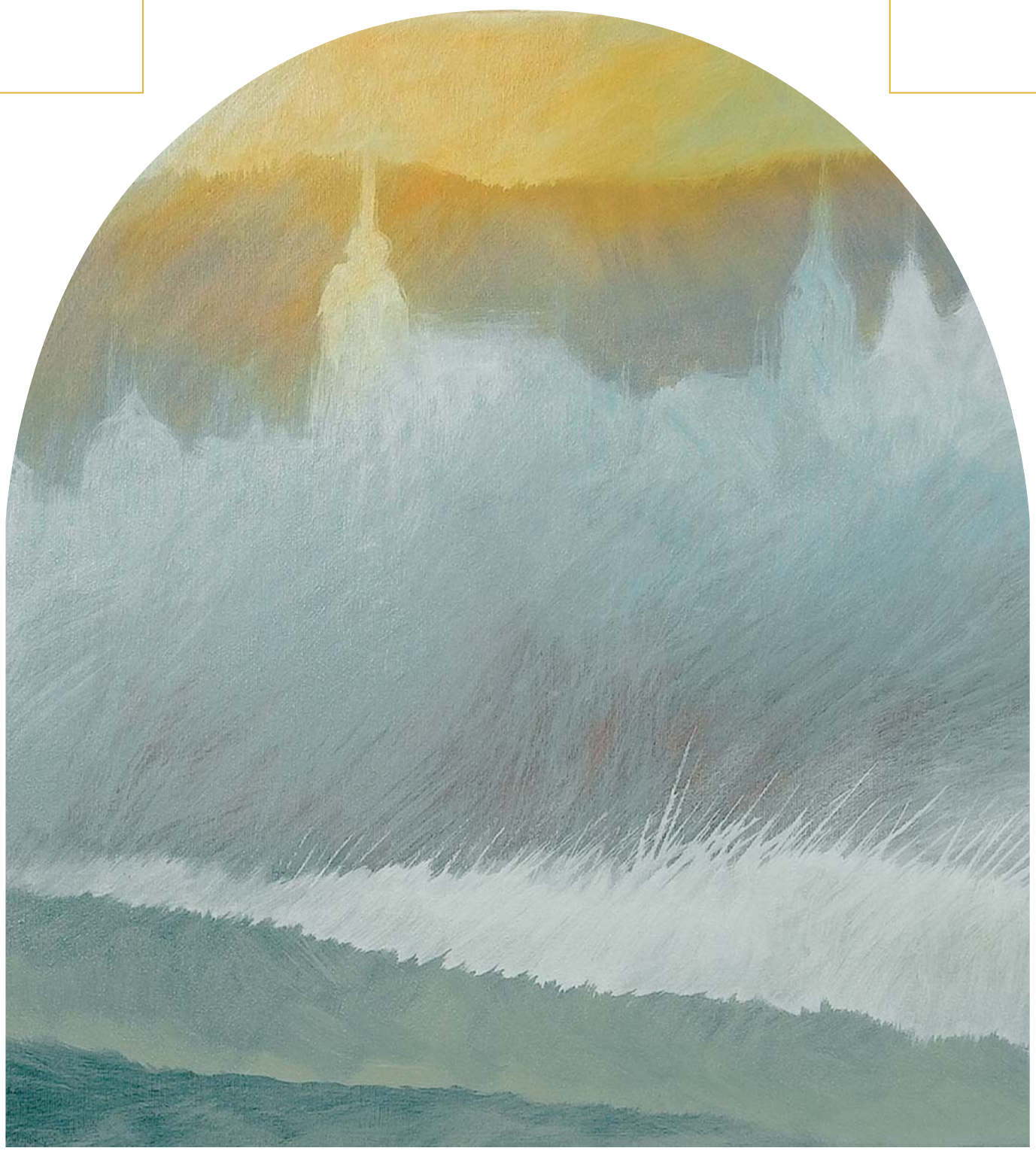
entendemos como si fueran completos los tres días. Así también ahora Babilonia se refiere a aquella parte de la que salió el pueblo. Ahora esa parte es todo el mundo, porque dentro de la Iglesia dijimos que hay dos pueblos: una parte de Dios y otra del diablo, que es llamada Babilonia. Y como se separa de la Iglesia, se dice que se hace cómplice de los paganos por todo el mundo. Aunque algunas cosas han sido dichas así, sin embargo no pienso que deba entenderse que pueden suceder también de forma material, de manera que sean vistas claramente, porque decimos estas cosas en sentido espiritual. Es preciso que el día del Señor llegue de improviso, porque de otra manera, ante el regocijo de aquéllos, de en medio de los cuales sale la Iglesia, no podría ser de improviso para ellos, si no piensan que la señal de los diez reyes, y de la destrucción de la ciudad de Babilonia, y de la venida de Elías va a suceder abiertamente en el futuro. Y hemos recordado en esa misma perícopa que no pueden venir en persona, porque hemos dicho estas cosas en sentido espiritual, ya que los diez reyes y la destrucción de Babilonia hay que entenderlo del día de hoy, es decir, del tiempo presente; porque los que tienen su esperanza en este mundo proclaman que la señal de los diez reyes y la venida de Elías sucederá en el futuro, porque no piensan en la Babilonia de su propia destrucción, de en medio de la cual dice: *Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas. Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades. Dadle como ella ha dado; dobladle la medida conforme a sus obras. En la copa que ella preparó, preparadle el doble. En proporción a su jactancia y a su lujo, dadle tormentos y llantos.* Dios dice a su pueblo: *dadle como ella ha dado.* Pues cuando los malos se levantan contra la Iglesia, mueren de dos maneras: la primera, porque devuelven aquí males por bienes; la segunda, porque en el juicio serán separados de la Iglesia, y por lo hecho serán doblemente atormentados y aniquilados. De la Iglesia salen hacia el mundo las plagas visibles e invisibles. *Pues dice en su corazón: estoy sentada como reina y no soy viuda, y no he de conocer el llanto. Por eso en un solo día llegarán las plagas: muerte, llanto y hambre, y será consumida por el fuego.* Si en un solo día morirá y será consumida por el fuego, ¿quién será el vivo que llore al muerto? o ¿cuál puede ser el hambre de un solo día? Pero por día se entiende un breve tiempo, en que serán atormentados espiritual y materialmente. Dice que está sentada como una reina, porque piensa que vive en muchas delicias; en cambio, la Iglesia en este mundo es llamada viuda porque aparece como ausente su esposo Cristo, el que la defenderá en el juicio. *Porque poderoso es el Señor Dios que la ha condenado, llorarán y harán duelo por ella los reyes de la tierra, los que con ella fornicaron.* ¿Quiénes son los reyes que llorarán ante la destruida sino los mismos que son destruidos? Pues lo que es la ciudad, eso mismo son los reyes; porque cuando la carne muere, el alma es prisionera del infierno. Entonces se dice que la ciudad ha sido destruida, porque lloran ya, no el derroche de aquellos que pecan con ella, sino la falta del mismo sustento. *Cuando vean la humareda de sus llamas,* es decir, la prueba de su perdición. Porque cuando obran el mal, aunque vivan en la carne, creemos que están muertos en el espíritu. Y no aparece todavía en su conducta el fuego futuro, sino el humo del mismo fuego. Pues el humo precede al fuego. ¿Qué otra cosa es la anulación y destrucción del mundo sino el humo del infierno ya inminente? *Se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio:* se quedarán a distancia, no con el cuerpo, sino con el alma, cuando cada uno teme que le suceda a él lo que ve que padece el otro por calumnia o por violencia. *Y dirán: ¡Ay, ay, gran ciudad, Babilonia, ciudad poderosa, que en una hora ha llegado tu condenación!* El Espíritu dice el nombre de la ciudad, pero ellos se lamentaban de que el mundo haya sido eliminado del todo en un brevísimo tiempo, y que haya terminado destruida toda su opulencia. *Lloran y se lamentan por ella los mercaderes de la tierra.* Son los mismos los mer-

caderes que la ciudad: lloran por ella, es decir, lloran por ellos mismos. *Porque nadie compra ya sus cargamentos. Cargamentos de oro y plata, y de hierro, y de cinamomo y de todos los perfumes, y de trigo, bestias de carga y ovejas, se han alejado de ti y nunca jamás aparecerán. Se han terminado,* dice, *para ti y nunca jamás aparecerán.* En un doble sentido dijo que, al acabarse el mundo, se terminarán estos cargamentos; pues se refiere a la destrucción futura o a que en el fin de cada uno son despojados de ellos, aunque sean abundantes: pues, destruida la ciudad, no diría *se terminaron para ti,* sino *se terminaron para ella,* pues sólo se puede hablar con uno que está vivo. Por eso está claro que se lo dice a los que viven en este mundo: *se terminaron para ti,* y no a la ciudad destruida. *Los mercaderes de estas cosas, los que a costa de ella se han enriquecido, se quedarán a distancia, llorando y lamentándose y diciendo: ¡Ay, ay, gran ciudad!* Ellos mismos son los mercaderes y la gran ciudad: pues cuando obran el mal, se dice que son mercaderes, porque cuanto más pecan, tanto mayores son las riquezas de delitos que atesoran. Y esta ciudad, que en el futuro va a arder, ya se prepara ahora en este mundo para el fuego; y se dice que ya ahora espiritualmente arde en su alma, de la misma manera que después será quemada corporalmente por este cúmulo de pecados. *Vestida de lino, púrpura y escarlata, resplandeciente de oro, piedras preciosas y perlas.* Los hombres son los que se visten con estas cosas, no la ciudad; así que ellos lloran por sí mismos cuando mueren y son despojados de sus bienes. *Porque en una hora ha sido arruinada tanta riqueza, y todos los capitanes, y los que navegan en las naves, y los marineros y cuantos se ocupan en trabajos del mar se quedaron a distancia y gritaban al ver la humareda de sus llamas.* ¿Pudieron acaso todos los capitanes y marineros, y todo el que obra el mal, estar presentes en una hora para ver el incendio de la ciudad? En todos estos que cita, se refirió a todos los que aman el mundo, y a los que cultivan y trabajan en este mundo, cuando se ocupan en un trabajo malo. Por eso esperan el mal: dice que ellos temen por ellos mismos, al contemplar la destrucción de su esperanza. Y lo que dice: de los *que navegan en naves,* no se refiere literalmente a las naves, sino en sentido espiritual a las naves cualesquiera de adquirir bienes en el mundo. *Diciendo: ¿Quién como la gran ciudad?* Es decir, que no es posible para el mundo restablecerse en su primer estado. *Y echaron polvo sobre sus cabezas.* Sus cabezas son sus príncipes, por los que se glorían de ser ricos, en cuya presencia suceden estas cosas, reprobando los méritos de los príncipes. *Y gritaban llorando y lamentándose: ¡Ay, ay, gran ciudad, con cuya opulencia se enriquecieron cuantos tenían naves en el mar: que en una hora ha sido arruinada! Alégrate por ella, cielo, y vosotros los santos Apóstoles y profetas, porque Dios hará justicia en el juicio contra ella.* Hemos dicho muchas veces que el mar se refiere a este mundo, y la opulencia de los que tienen las naves en el mar son todos los que aman este mundo, que en esta ciudad en una sola hora han sido arruinados, porque algún día tendrán el final de este mundo. La hora se refiere al fin, que no dudamos es todo el tiempo de este mundo, según está escrito: *ha llegado la última hora.* ¿Acaso se alegran el cielo y los santos Apóstoles y los profetas por una sola ciudad?, o ¿es una sola ciudad la que persigue en todo el mundo, y persiguió a los siervos de Dios, de manera que, asolada ésta, tome venganza de todas? No, sino que esa ciudad es el mundo en su totalidad y los que se han instalado en la prevaricación del maligno: ésa es esta ciudad que es llamada la ciudad del diablo.

TERMINA

ACERCA DE LA MISMA CIUDAD DEL DIABLO

(Ap 18, 21-24) *Un ángel poderoso alzó entonces una piedra, como una gran rueda de molino, y la arrojó al mar, diciendo: con esta violencia será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y no aparecerá ya más. Y la voz*



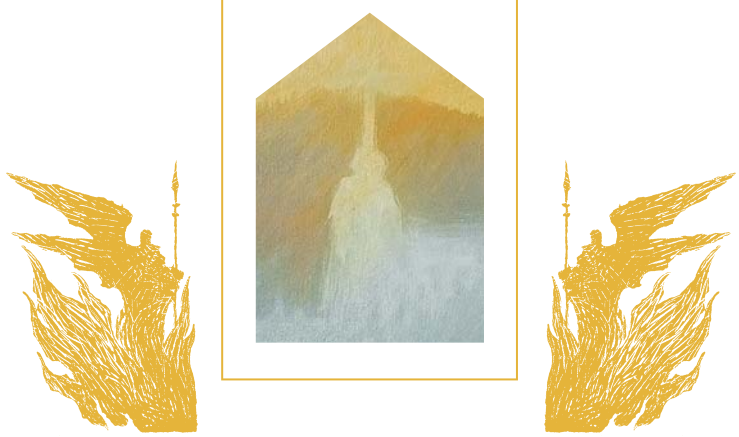
El Ejército Blanco

de los citaristas y cantores, de los flautistas y trompetas, no se oirá más en ti, artífice de arte alguna, no se hallará más en ti; el ruido de la rueda de molino no se oirá más en ti. La voz del novio y de la novia no se oirá más en ti. porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra, porque con tus hechicerías se extraviaron todas las naciones. En ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados sobre la tierra.

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Un ángel poderoso alzó entonces una piedra, como una rueda de molino, y la arrojó al mar, diciendo: con esta violencia será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y no aparecerá ya más. Ved que la semejanza de su perdición está figurada en la piedra arrojada y en la violencia. *Y la voz de los citaristas y cantores, de los flautistas y trompetas, no se oirá más en ti.* Dice que pasa el placer de los impíos, y que ya no aparecerá más; y aña-

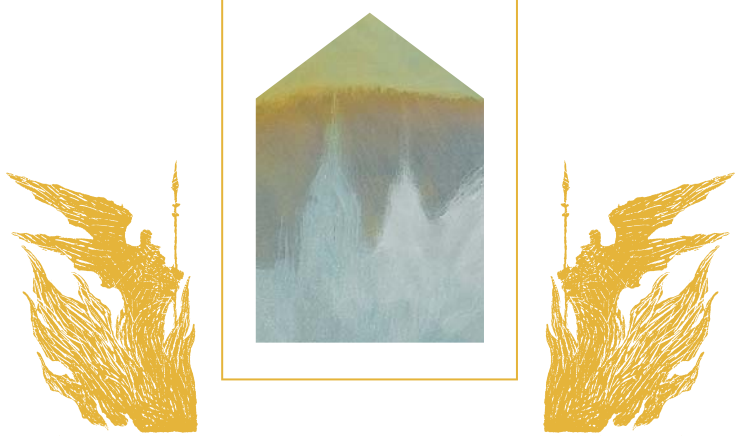


dió el motivo, diciendo: *porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra;* es decir, porque recibiste bienes en tu vida. *Porque con tus hechicerías se extraviaron todas las naciones. En ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados sobre la tierra.* ¿Acaso es la misma ciudad la que mató a los Apóstoles, y a los profetas y a todos? Pero ésta es la ciudad en la que Caín derramó la sangre de su hermano, y la llamó por el nombre de su hijo Enoc, es decir, de todos los de su linaje (Gén 4,17). Pero ¿por qué se reprueba la oblación de Caín de los frutos de la tierra? ¿Por qué es aceptada la oblación de Abel, de ovejas y de la grasa de los mismos? Dios aparta sus ojos de la oblación de Caín, porque no hubo caridad en Caín; y si no hubiera habido caridad en Abel, Dios no habría aceptado su oblación. Nadie piense que Dios desprecia los frutos de la tierra y ama los frutos de las ovejas. Dios no dirige sus ojos a la ofrenda, sino que observa el corazón; y al que ve que lo ofrece con caridad, mira con agrado su sacrificio; pero al que ve que ofrece con envidia, retira sus ojos de su sacrificio. Al ofrecer ambos el sacrificio, descendió el fuego sobre la ofrenda de Abel, y no bajó sobre la ofrenda de Caín. Estas son las dos ciudades: una la de Dios, y otra la del diablo. Pues han sido descritas las siete generaciones de Caín. En la construcción de su ciudad, se derrama toda la sangre justa, *desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías* (Mt 23,35), es decir, del pueblo y del sacerdote, *entre el santuario y el altar:* esto es, entre los pueblos y los sacerdotes. No hemos tenido otro motivo para decir estas cosas, sino para mostrar a las dos ciudades. Ved a dos hijos en la misma casa del padre y de la madre: uno sencillo, apacienta a las sencillas ovejas y las hace discurrir por los campos de las Escrituras; el otro construye la ciudad, porque allí en la tierra tiene su esperanza, donde fija la morada de su cuerpo. Esta es la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los que son enviados a ella. Esta es la ciudad que se construye con sangre, según está escrito: *¡Ay de los que edifican la ciudad con sangre, y que preparan la ciudad con injusticia! ¿Acaso suceden estas cosas en conformidad con Dios?* Y cuál es esta ciudad, lo prueba el mismo Señor, diciendo: *escuchad, pues, esto, doctores de Jacob y los notables de la casa de Israel, que abomináis el juicio y torcéis toda rectitud. Que edificáis a Sión con sangre y a Jerusalén con injusticias, cuyos príncipes sois* (Miq 3,10). En esta ciudad describió en particular, arriba, los oficios de cada uno, y dispuso que no se oyeran más en ella los ruidos de estos oficios. Añadiendo el motivo por el cual será condenada: porque *en ella,* dijo, *fue hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados sobre la tierra.*

TERMINA

COMIENZA LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE DIOS

(Ap 19, 1-10) *Después oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: ¡Aleluya!: la salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos, porque ha condenado a la gran ramera que corrompía la tierra con su prostitución, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos. Y por segunda vez dijeron: ¡Aleluya! La humareda de la ramera se eleva por los siglos de los siglos. Entonces los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes se postraron y adoraron a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: ¡Amén! ¡Aleluya! Y salió una voz del trono que decía: alabad a nuestro Dios, todos sus siervos, y los que le teméis, pequeños y grandes. Y oí el ruido como de una gran trompeta, y como el ruido de grandes aguas, y como el fragor de fuertes truenos. Y decían: ¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor nuestro Dios todopoderoso. Con alegría y regocijo démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha engalanado. Y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura. El lino son las buenas acciones de los santos. Luego me dice: Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero. Me dijo además:*



éstas son palabras verdaderas de Dios todopoderoso. Entonces me postré a sus pies para adorarle, pero él me dice: No, cuidado: yo soy un siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. A Dios tienes que adorar. (El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.)

TERMINA

COMIENZA LA EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Después de esto oí en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa que decía: ¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos, porque ha condenado a la gran ramera que corrompía la tierra con su prostitución, y ha vengado en ella la sangre de sus siervos. Y por segunda vez dijeron: ¡Aleluya! La humareda de la ramera se eleva por los siglos de los siglos. La Iglesia dice esto cuando en el día del juicio haya sido realizada la separación, y cuando de una manera más clara haya sido vengada; oímos que se regocijan los santos por la condenación de la ciudad pecadora, y escuchamos que alaban al Señor con el canto jubilar de alabanza. ¿Qué otra cosa es esta descripción sino la retribución de los malos y la recompensa de los buenos? Esto es lo que dice Daniel: que unos se levantarán *para la vida eterna, otros para el oprobio eterno, para que lo vean siempre* (Dan 12,2). Por eso se dice que *la humareda de la ramera se eleva por los siglos de los siglos.* Para indicar luego de una manera más clara la alegría de los santos, añadió: *entonces los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes se postraron y adoraron a Dios, diciendo: ¡Aleluya!* Los corazones de los santos se han inclinado al sentimiento del buen amor, y por la alegría y el gozo de las promesas realizadas se postraron ante Dios, diciendo en su alabanza: ¡Aleluya! *Y salió una voz del trono que decía: alabad a nuestro Dios, todos sus siervos, y los que le teméis, pequeños y grandes.* Pues ninguna criatura puede alabar a Dios si no ha recibido del trono de Dios el don de la alabanza, y si no ha oído el susurro de la inspiración santa. *Y oí el ruido como de una gran trompeta* (muchedumbre), *y como el ruido de grandes aguas, y como el fragor de fuertes truenos; y decían: ¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor nuestro Dios todopoderoso. Con alegría y regocijo, démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha engalanado. Y se le ha concedido vestirse de lino deslumbrante de blancura.* La esposa del Cordero es la Iglesia. El lino son las buenas acciones de los santos. Después de haber recibido la gracia, después de oír la voz de la adoración, se oyeron voces entre la multitud, y se escucharon como fragores de truenos, que cantaban las alabanzas de Dios, y que se regocijaban, porque han llegado las bodas del Cordero. Esto sucederá el día del juicio, cuando, después de finalizar el mundo, haya destruido todo principado y potestad, *y entregue a Dios Padre el reino, para que Dios sea todo en todo* (1 Cor 15,24); cuando su esposa, es decir, la Iglesia católica, se una a él con fe casta; de ella dice el beato Apóstol: *os tengo desposados con un solo esposo, para presentaros cual casta virgen a Cristo* (2 Cor 11,2). Y el lino con el que se engalana, no se refiere a la hermosura de los vestidos, sino a la santidad de los santos. *Luego me dice: Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero. Me dijo además: éstas son palabras verdaderas de Dios todopoderoso. Entonces me postré a sus pies para adorarle, pero él me dice: No, cuidado: yo soy un siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. A Dios tienes que adorar.* Al comienzo del libro había dicho: *yo soy el primero y el último, que estuve muerto* (Ap 1,17), y ahora dice: *soy un siervo como tú y como tus hermanos.* Enseña que el ángel fue enviado en representación del Señor a la Iglesia. Pues al final de este libro dice: *Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias* (Ap 22,16).

El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía. Debemos preguntarnos: ¿Quiénes son los llamados a la cena del Cordero sino aquellos a quienes se dice: *no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros en el reino de mi Padre?* (Mt 26,29). Esto lo decía por los judíos: *no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el reino de mi Padre.* Prometía este cáliz de la pasión a los Apóstoles, es decir, a la primera Iglesia, cáliz que él iba a beber el primero, nuevo, en el reino del Padre, esto es, en la Iglesia. Y también: *vendrán muchos de oriente y occidente a ponerse a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos* (Mt 8,11). Esto es, en la Iglesia. El reino de los cielos es la Iglesia presente, en la que se salvan por el bautismo y la pasión: esto es beber un cáliz nuevo, preparar la nueva justicia de los cuerpos que resucitan. Son dichosos los que se preparan para la cena, para este banquete. Por eso dice también: *éstas son palabras verdaderas de Dios todopoderoso.* Otros dicen palabras de Dios, pero no son palabras, porque hablan engaño a aquellos a quienes hablan. Y oídos los mandatos reales y las instrucciones de Dios, se postró a sus pies para adorar al que le hablaba; pero él, para merecer la dignidad de su misión y para demostrar que Dios está por encima de todas las cosas, se lo prohibió diciendo: *No lo hagas, porque yo soy un siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús.* El testimonio de Jesús es la admirable proclamación de la confesión católica. *El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía,* por medio de la Ley, los Profetas, el Evangelio y los Apóstoles; el espíritu de profecía es la verdad, el juicio y la justicia, que está contenida en la plenitud de la fe católica.

TERMINA EL LIBRO DÉCIMO

El gran lago de la Sangre

LIBRO UNDÉCIMO

COMIENZA EL LIBRO UNDÉCIMO. ACERCA DEL CABALLO BLANCO Y RECAPITULA MÁS BREVEMENTE DESDE LA PASIÓN DE CRISTO

ntonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco; y el que lo montaba se llamaba Fiel y Veraz; y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo él conoce. Viste un manto empapado en sangre, y su nombre es: Palabra de Dios. Los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco y puro, le seguían sobre caballos blancos. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los rige con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios todopoderoso. Lleva escrito un nombre en su manto, y en su muslo: Rey de reyes y Señor de señores. (Ap 19, 11-16).

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco; y el que lo montaba se llamaba Fiel y Veraz; y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo él conoce. Viste un manto empapado en sangre, y su nombre es: Palabra de Dios. El caballo blanco es el cuerpo que ha asumido Cristo, y su jinete es el Señor de la majestad; es el Verbo del Padre Altísimo; es el Unigénito del inengendrado; es decir: la Divinidad encarnada. Este es el caballo que describimos en el libro cuarto, que lucha contra el caballo rojo, negro y pálido, porque lucha y vence por nosotros; por eso también se proclama la peculiaridad de su nombre, que es Fiel y Veraz; pues de Dios se dice: *Fiel es Dios, en quien no hay iniquidad* (1 Cor 10,13; Rom 9,14). *Juzga y combate con justicia.* Pues de él está escrito: *Dios es juez justo, fuerte y paciente* (Sal 7,12). Lucha fuerte, librándonos de la maldad del pecado; paciente, siendo tolerante con los pecados que hemos cometido. Cuando es llamado fuerte, se muestra tal, para repeler las maldades. *Sus ojos, llama de fuego.* A semejanza del fuego, penetra un cuerpo y todo lo que contiene, y no deja porción alguna fuera de su influencia. Por eso se dice que *la cabeza del varón es Cristo* (1 Cor 11,3). *Los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco y puro, le seguían en caballos blancos.* Los caballos blancos son los santos, es decir, la Iglesia; en sus cuerpos blancos le imitan y siguen sus huellas, como está escrito arriba: *éstos son los que siguen al Cordero adondequiera que vaya* (Ap 14,4). *Vestidos de lino puro;* es decir, se viste cada uno con las oraciones y las acciones de sus buenas obras. *De su boca sale una espada afilada, para herir con ella a los paganos; él los rige con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios todopoderoso.* La espada que sale de su boca es la palabra de la predicación. Es la misma espada, que describimos en el libro primero, que había salido de su boca. Con esa espada arma a sus fieles. *El pisa el lagar del vino de su cólera.* Es el mismo lagar que describimos en el libro séptimo. Pisa ahora, porque él lucha por la Iglesia, hasta que en el futuro la Iglesia pise el lagar fuera de la ciudad; y porque es cabeza de la Iglesia. Es Padre, porque en él, por el bautismo, son regeneradas todas las naciones de la tierra. *Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: Rey de reyes y Señor de señores.* Su muslo, en el que está escrito su nombre, son los pueblos de los creyentes, a los que por la adopción de la fe quiso llamar hijos de Dios, es decir, hijos de Cristo; su vestido es

el cuerpo que asumió. Y como es una sola persona de dos naturalezas, por eso leemos en el vestido un nombre escrito, es decir, conocemos la divinidad en el misterio del cuerpo del Señor. En ese vestido del cuerpo leemos escrito su nombre: *Rey de reyes y Señor de señores.* Y el vestido cubría su muslo. Por el muslo se entiende el linaje de las generaciones. El vestido dijimos que es el cuerpo de Cristo. Y por eso lo lleva en el muslo, porque todos los que, como dijimos, por la fe son llamados hijos de Dios, le proclaman en incesante aclamación Rey de reyes y Señor de señores. Se conoce muy claramente que ninguno de los soberbios reconoce en su muslo este nombre, sino solamente los que hemos dicho arriba.

FIN DE LA EXPLICACIÓN

COMIENZA LA HISTORIA DEL ÁNGEL
DE PIE SOBRE EL SOL

(Ap 19, 17-18) *Luego vi a un ángel de pie sobre el sol, que gritó con fuerte voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid, reuníos para la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes, carnes de tribunos, carnes de valientes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de toda clase de gente, libres y esclavos, pequeños y grandes.*

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Luego vi a un ángel de pie sobre el sol, que gritó con fuerte voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo. El sol es la predicación de la Iglesia y la proclamación de la fe; las aves y las bestias las consideramos, según el texto que sea, buenas o malas. Aquí en este texto las aves que vuelan en medio del cielo se refieren a la única Iglesia, formando como un solo cuerpo. Estas aves son lo mismo que aquella águila que describimos en el libro quinto, gritando: ¡Ay!, y dice aquí que estas aves vuelan en medio del cielo. *Venid, reuníos para la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes, carnes de tribunos, carnes de valientes, carnes de caballos y de sus jinetes y carnes de toda clase de gente, libres y esclavos, pequeños y grandes.* Todos estos que ha citado los come espiritualmente la Iglesia cuando es comida. Arriba dijo: *Vi el cielo abierto, y había un caballo blanco, y el que lo montaba se llama Fiel;* pero aquí dice: *Vi a un ángel de pie sobre el sol.* Advierte que allí está sentado y aquí de pie. El estar de pie es propio del que combate: esto pertenece a la última persecución del Anticristo. De nuevo hace un cierto apóstrofe, y dejando a un lado la forma del juicio, se sitúa de nuevo al fin de los tiempos con una especie de salto de expresión profética, pues ve a un ángel de pie sobre el sol. El sol, como dijimos, es la fe de la Iglesia católica, sobre la que se describe aquí que el ángel está de pie. Este es el ángel, que describimos arriba en el libro sexto como Miguel, que lucha con la serpiente. De éste dice también así Daniel: *En ese tiempo surgirá Miguel, el gran Príncipe, que defiende a los hijos de tu pueblo* (Dan 12,1). Así como entonces este santo arcángel estaba en pie delante de Dios para defender a los hijos del pueblo anterior, así ahora interviene infatigable en defensa de los pueblos de toda la Iglesia católica. *Será,* dice, *aquel un tiempo de angustia, como no habrá habido hasta entonces otro desde que existen las naciones:* en este tiempo dice San Juan, en esta sentencia del Apocalipsis, que se van a reunir las aves de la tierra para consumir los cuerpos de los impíos. Como dice el Señor por medio de Isaías: *Acercaos, naciones, y oíd, príncipes; oiga la tierra y sus habitantes, que ira tiene el Señor contra las naciones y cólera contra todas sus mesnadas. Para perderlas, las ha entregado a la matanza. Sus heridos yacen muertos y sube su olor y sus montes chorrean sangre. Se enrollan como un libro los cielos y todas las estrellas caerán como las hojas de la vid. Porque tiene el Señor un sacrificio en Bosrá y gran matanza en*

Edom; y caerán con ella los fuertes, carneros y toros; se emborrachará la tierra con su sangre y se llenará de su sebo. Porque es día de venganza para el Señor, y año de desquite del defensor de Sión. Se convertirán sus rocas en pez, y su polvo en azufre, y se hará su tierra como pez ardiente día y noche. Y no se apagará jamás. Y subirá el humo de ella de nuevo por siempre (Is 34, 1-10). Enseña qué es Edom y Bosrá, diciendo: *Es día de venganza para el Señor y año de desquite del defensor de Sión;* pero de la Sión que se construye por medio de sangre. Enseña además que Edom y Bosrá existen en todas las naciones. Pues dijo antes: *Acercaos, naciones, y oíd, príncipes; oiga la tierra y sus habitantes, que ira tiene el Señor contra todas las naciones.* Dice después que la espada del Señor descarga sobre un solo pueblo, para su matanza, es decir, sobre Edom y Bosrá. *Día de venganza para el Señor y año de desquite del defensor de Sión.* Ved que cita una sola región y dos ciudades. Idumea es la región de Esaú, que fue llamado Edom, es decir, sanguinario. Y Bosrá es también una ciudad de Esaú en la misma región. En cambio, Sión es la ciudad de David, que era de la estirpe de Jacob. Ved que Esaú y Jacob son dos ciudades, una de Dios y la otra del diablo. Hablamos antes en el libro décimo sobre las dos ciudades, que explicamos que eran los dos hijos de Adán. Y ahora en estos dos hijos de Isaac descubrimos de la misma manera a las dos ciudades, la de Dios y la del diablo. Y éstas son las dos ciudades, Sión y Bosrá. Sión en latín quiere decir «atalaya de la contemplación», es decir, el monte donde medito, y de la misma ciudad está testificado que se asienta sobre un monte, según lo manifiesta el profeta: *Súbete a un alto monte, tú que evangelizas Sión* (Is 40,9). Y ésta es la Iglesia católica, que no en una única región, como las agrupaciones de herejes, sino que se extiende propagada por todo el mundo. En cambio, Bosrá, que es la ciudad del hermano perseguidor, y Edom, que es la tierra de la sangre, es el mundo en su totalidad: ésa es la ciudad del diablo, que persigue a la ciudad de Cristo hasta el fin del mundo; en una nace Cristo, y en la otra el Anticristo. Por eso dice: «espada del Señor para la matanza de Edom y Bosrá», es decir, de los malos hermanos, que fingen que son Sión, según está escrito: el pueblo de Dios bebe la sangre de los enemigos (Ez 39,17-18).

TERMINA LA EXPLICACIÓN

COMIENZA SOBRE LA BESTIA Y LOS REYES DE LA TIERRA

(Ap 19, 19-21) *Vi entonces a la bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos, reunidos para entablar combate contra el que iba montado en el caballo blanco y contra su ejército. Pero la bestia fue capturada y con ella los falsos profetas, los que habían realizado al servicio de la bestia las señales con que sedujo a los que habían aceptado la marca de la bestia y a los que adoraban su imagen. Los dos fueron arrojados vivos al lago del fuego que arde con azufre. Los demás fueron exterminados por la espada que sale de la boca del que monta el caballo, y todas las aves se hartaron de sus carnes.*

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Vi entonces, dice, *a la bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos, reunidos para entablar combate contra el que iba montado en el caballo blanco y contra su ejército.* Ya dijimos antes que la bestia y los reyes de la tierra son lo mismo, es decir, el diablo y su pueblo, sobre los que reina, a los que también reúne en unidad y adhiere a su cuerpo; hace la guerra, porque lucha contra Cristo y la Iglesia. Pero esto lo dice de la última batalla del Anticristo, en la que será arrojado al suplicio de su condenación final. Si comparas esto con lo escrito por el santo Daniel (Dan 11,44), ha-

llarás que es una y la misma cosa; porque concuerda con San Juan: *Vendrá,* dice, *con una gran multitud, para destruir y matar a muchos.* Y en el Apocalipsis se dice que con los reyes de la tierra, y con sus ejércitos reunidos para entablar combate, hace la guerra contra el que iba montado en el caballo blanco, esto es, el Señor Jesucristo, y su ejército, es decir, todos los santos que le siguen. *Pero la bestia fue capturada:* es decir, el diablo y su cuerpo, que dijimos que era el pueblo sometido a él. Y Daniel dice: *Nadie le auxiliará.* Luchando el Señor contra ella, nadie podrá servirle de ayuda. *Y con él los falsos profetas,* es decir, los prepósitos, que son los falsos obispos y sus sacerdotes igualmente malos, representados, dijimos antes, en aquella bestia con la cabeza que parecía degollada. Ellos son el espíritu inmundo dentro de la Iglesia, el que realiza ante él falsos prodigios para engañar a los hombres, *el que sedujo a los que habían aceptado la marca de la bestia.* Por medio de estos falsos prodigios van a ser engañados todos los que creerán en el Anticristo, para que acepten la marca del enemigo. *Y a los que adoraban su imagen:* es decir, aquella cabeza que parecía degollada, que bajo el nombre de Cristo fingen que son sacerdotes. Si fuese claramente la bestia, el Cordero no la temería. Ahora finge que es el Cordero, cuando se viste la ropa sacerdotal. Por fuera es ciertamente el Cordero, pero por dentro ruge la bestia. *Los dos fueron arrojados vivos al lago del fuego que arde con azufre.* Dividió el único cuerpo en dos partes, a saber: en la bestia, que es el pueblo, y en los falsos sacerdotes. Pues los dos que están vivos son ciertamente el pueblo y los prepósitos que encuentre vivos el Señor el día del juicio. *Los demás fueron exterminados por la espada que sale de la boca del que monta el caballo; y todas las aves se hartaron de sus carnes.* En el relato del ángel sobre el sol, dijo arriba a las aves: *Venid, reuníos para la gran cena de Dios, para que comáis las carnes.* Y aquí dice: *todas las aves se hartaron de sus carnes.* Esto hay que entenderlo de dos modos: de ahora y del futuro. Cuando dice *comed,* es ahora; y cuando dice *se hartaron de sus carnes,* se refiere al futuro, en el juicio de nuestro Señor Jesucristo. Con el espíritu de su boca serán exterminados todos, es decir, la bestia y el falso profeta, los que sean contados entre los miembros del Anticristo, los que aceptaron la marca, y creyeron en él, y serán abandonadas sus carnes a las aves del cielo y a las bestias de la tierra. La Iglesia come ahora en todo tiempo la carne de sus enemigos, cuando recibe el mal de ellos y no devuelve mal por mal. Pero, vengada, se harta en la resurrección de sus carnales obras, según está escrito: *Su gusano no morirá, su fuego no se apagará, y estarán a la vista de toda carne* (Is 66,24). Después de la venida del Señor y de la condenación de la bestia, ¿quién morirá a espada, para ser comido, a la vista, por las aves, cuando resuciten entonces con sus cuerpos para ser juzgados todos en su integridad (cuerpo y alma)?

TERMINA

Cinco Reyes de la Tierra

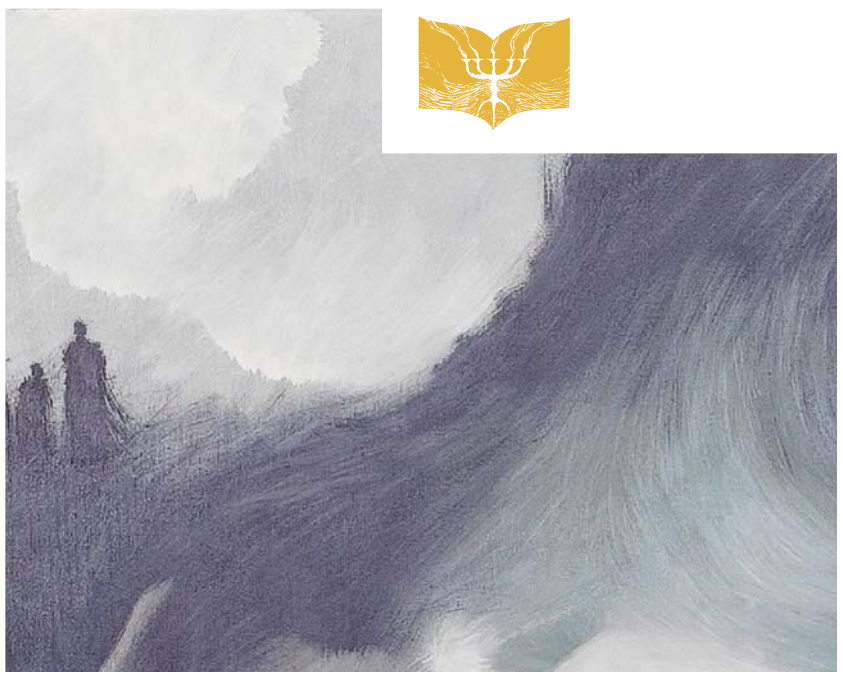
COMIENZA ACERCA DE OTRO ÁNGEL Y DE LA LLAVE DEL ABISMO

(Ap 20, 1-3) *Luego vi a otro ángel que bajaba del cielo, y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Dominó a la serpiente, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y la encadenó por mil años; la arrojó al abismo, la encerró y puso encima los sellos, para que no sedujera más a las naciones hasta que se cumplieran los mil años. Después tiene que ser soltada por poco tiempo.*

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Luego vi a otro ángel que bajaba del cielo: es nuestro Señor Jesucristo en su primera venida. *Y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Dominó a la serpiente, la serpiente antigua, que es el diablo, Satanás, y la encadenó por mil años; la arrojó al abismo, la encerró y puso encima los sellos, para que no sedujera más a las naciones hasta que se cumplieran los mil años.* Con mayor diligencia debemos invocar aquí al Señor, para que ni admitamos la interpretación errónea de muchos acerca de los mil años, ni por exceso propio aumentemos nosotros el error, sino que proteja nuestra fe, El que se llama Fiel y Veraz. El propio Señor dice al comienzo de este libro: *Yo soy el primero y el último, el que vive; estuve muerto y tengo las llaves de la muerte y del infierno* (Ap 1,17), para que comprendas que esta llave es la misma que aquella que describimos al comienzo del libro. Pero ahora relata su misión de siervo que baja esta *llave* para abrir el pozo del abismo.

La *gran cadena* es el vínculo indisoluble del mandato divino, cadena que llevaba en su mano, es decir, en su obra y en su actuación. Pues la mano se refiere a la acción. *Y dominó a la serpiente,* al enemigo del género humano, *que es el diablo y Satanás, y la encadenó por mil años.* Pues en su primera venida el Señor dominó al diablo, cuya morada era este mundo, que habitaba en los corazones de los infieles, morada de la que dice el Señor: *¿Cómo puede uno entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte?* (Mt 12,29). Le dominó y *le arrojó al abismo,* es decir, al pueblo, y le excluyó del corazón de los creyentes. Mil en signos griegos se inscribía con la letra alfa. El alfa se entiende el principio, que es Cristo; por el lugar de la inscripción se entiende la cruz, que es nuestra victoria y el hundimiento de la maldad enemiga. Por tanto, en la cruz de Cristo y en el poder de la cruz encadenó al enemigo del mundo que tentaba a los habitantes de la tierra. Pues ningún tiempo sucede a aquella eternidad, y la eternidad del mismo tiempo no terminará con ningún final ni se acabará con un número de años; y así, por mandato del Señor, por el poder de la cruz de Cristo, le encadenó en el abismo. *Y puso encima los sellos,* es decir, aplicó el cerrojo de la



El resto de los Reyes de la Tierra

cruz, para que no se recupere jamás *y no seduzca más a las naciones,* a las que la resurrección tornará mejores. Le prohibió que sedujera a las gentes, pero sólo a aquellas que ya han sido destinadas para la vida eterna, a las que antes seducía para que no se reconciliaran con Dios. Después de la venida de Cristo ya no seducirá, porque ya han sido destinadas a la vida eterna. Y lo que dijo: *y puso los sellos encima,* es porque se desconoce quiénes pertenecen al grupo del diablo y quiénes a Cristo. Pues los que parece que se mantienen, no sabemos si caerán; y se desconoce si el que ha caído se levantará. Que no sedujera *hasta que se cumplieran los mil años,* es decir, lo que falta del sexto día, que consta de mil años. Porque el sexto día Dios hizo al hombre, y en la sexta edad del mundo nació Cristo hombre, a quien llama «día».

Llamó mil años a la parte del sexto milenio, en el que nació y padeció el Señor. Dice mil, como un modo de hablar, como hay que entender aquello de que *impuso a mil generaciones* (Sal 105,8), a pesar de no ser mil, pues a veces el todo se entiende por la parte. Por eso no deben ser escuchados los que dicen que desde el nacimiento de Cristo hasta su segunda venida hay mil años, ésos están de acuerdo con el hereje Cerinto. Y tampoco deben ser escuchados los que dicen que no se les imputa pecado o crimen alguno a todos los bautizados y muertos sin penitencia, porque permanecieron en la fe; y que si han sido sumergidos en el infierno, van a ser librados después del transcurso de mil años, no entendiendo al Señor que va a decir a los pecadores: *id al fuego eterno,* y que por ser eterno no tiene fin. Estos tales están de acuerdo con los herejes Eunomio y Orígenes. Sin embargo es contrario a esta exposición lo que sigue: *hasta que se cumplan los mil años,* para que sea soltado el diablo, según dice: *después tiene que ser soltada por poco tiempo.* Pero puede entenderse así: hasta que por voluntad de nuestro Señor Jesucristo y por su mandato, y por el poder del que lo manda, se disuelva en la nada. Por poco tiempo, esto es, en una hora, es decir, al fin del mundo es soltado, y entra con todas sus fuerzas en su envoltura el Anticristo, para perecer juntamente con él. Antes dijo: *seré semejante al Altísimo* (Is 14,14); y ahora, cuando haya entrado en el hijo de perdición, se hará superior a Dios, *y se elevará sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto* (2 Tes 2,4). Pues no es soltado para recibir la liberación, sino que es soltado para esto, para que con todos sus miembros el mismo padre de las tinieblas se disuelva en la nada, y caiga, y junto con ellos vaya a la perdición eterna. Su disolución en el hombre del pecado, el Anticristo, será el comienzo. En él tendrá en el mundo tal poder de perseguir cual nunca tuvo desde el principio.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

COMIENZAN LOS TRONOS Y LAS ALMAS DE LOS DECAPITADOS

(Ap 20, 4-6) *Luego vi unos tronos y se sentaron en ellos y se les dio el poder de juzgar: Vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y la palabra de Dios, y a todos los que no adoraron la bestia, ni su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años. Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección: la segunda muerte no tiene poder sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años.*

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Luego vi unos tronos, y se sentaron en ellos y se les dio el poder de juzgar. Estos tronos están ahora en la Iglesia, Iglesia que está constituida en el número doce, y se sienta con Cristo sobre doce tronos para juz-

gar; y se sienta ya, juzgando al diablo que está atado, según está escrito: *Los santos juzgan ya al mundo* (1 Cor 11,31). Y el Señor, al prometer a los suyos este poder, les dice así: *Vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando se siente el Hijo del hombre en el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt 19,28). Pues el Hijo del hombre se sienta ya en el trono de su gloria, desde que fue glorificado en el Señor. El trono de su gloria es la encarnación; y a su cuerpo se agrega toda la regeneración de los santos y se sienta como cabeza a la derecha del poder (de Dios), juzgando por sus sacerdotes y todos sus siervos. Ahora juzga en la Iglesia, porque cada uno es riguroso consigo mismo por la penitencia, y uno a otro se anima en el amor de caridad. Pues dice así el Apóstol: *si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados por el Señor* (1 Cor 11,31). Y en otro lugar: *si conociera todos los misterios y tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha* (1 Cor 13,2). Ved cómo los santos juzgan al mundo. Aquí el Señor habló del presente, no del futuro. Pues no dijo: *os sentaréis y juzgaréis,* como para el futuro, sino *os sentaréis juzgando* (presente). Dice también de los santos ya muertos: *vi también las almas de los que fueron decapitados por el testimonio de Jesús y el Verbo de Dios.* Se refirió al Verbo y a la carne: con ambos la Iglesia da testimonio de Jesús, que es el Hijo del hombre y el Verbo de Dios, que se unió al Hijo del hombre. Las almas de los decapitados que dice, son los que ahora mueren con Cristo por la pasión y la penitencia. *Y a todos los que no adoraron a la bestia, ni su imagen, y no aceptaron la marca en su frente o en su mano; revivieron y reinaron con Cristo mil años.* Si hubiese visto los tronos y los que estaban sentados en ellos en el último juicio, no habría dicho *las almas de los decapitados.* Pues entonces estarán las almas con sus cuerpos. Ciertamente, si se van a sentar con Cristo algunos para juzgar, es lo más conveniente que se sienten y juzguen los que por su testimonio fueron decapitados. Pero ahora dice que vio *a los que estaban sentados en los tronos,* y habló de *las almas de los decapitados,* para enseñar que los vivos y muertos han reinado con Cristo mil años, es decir, desde la pasión del Señor hasta su segunda venida; y que desde la primera venida hasta la segunda venida existe este misterio de la iniquidad de la marca de la bestia; porque siempre existió la Iglesia y la bestia; y todo malo tuvo la marca en la frente y en la mano por las obras del conocimiento. También cuando dice que los que no aceptaron la marca o no adoraron su imagen, todos han reinado mil años, se refiere a su imagen y semejanza. Pues así dice Dios en el principio: *hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.* La imagen está en el alma, y la semejanza en las obras; el alma del hombre es imagen de Dios, y el cuerpo del hombre es imagen del cuerpo de Cristo. Todo el que sigue a Cristo en su cuerpo tiene la imagen de Cristo; la imagen y el alma, la semejanza de Dios. De todos éstos dice: *revivieron y reinaron con Cristo mil años.* Con razón dijo todos, porque los santos vivos y las almas de los santos decapitados reinan con el Señor aquí y en el futuro. Pero como dijo *reinaron,* debes entender ciertamente esto: como si ya estuviera realizado lo que va a suceder, porque ante Dios no hay nada nuevo. Se dijo así antes de que Cristo viniera al mundo: *repartieron mis vestiduras* (Sal 22,19). Lo que dice en futuro *reinarán,* también aquí podemos entenderlo como ya realizado; como si dijera: ya han sido bautizados, ya son penitentes, ya no alimentados con leche, sino con alimento sólido siguen a Cristo en su pasión. Pues va a decir luego *reinarán,* para enseñar qué son estos mil años: *ésta es,* dice, *la primera resurrección,* ciertamente, porque resucitamos por el bautismo; y para enseñar la penitencia después del bautismo, como dice el Apóstol: *si habéis resucitado con Cristo, buscad lo que es de arriba* (Col 3,2). Y también: *como vivos entre*

muertos (Rom 6,13), pues el pecado es la muerte, como dice el mismo Apóstol: *y vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y pecados* (Ef 2,1). *Dichoso y santo el que participa en la primera resurrección,* el que ha sido fiel al bautismo en el que renació. Así como en esta vida la muerte primera se produce por los pecados, así también la primera resurrección se produce en esta vida por el perdón de los pecados. *La segunda muerte no tiene poder sobre ellos:* es decir, no tendrán tormentos eternos. *Sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años.* En estos mil años se refirió a este mundo, no al mundo eterno, donde van a reinar sin fin con Cristo. Mil es un número perfecto, y aunque se diga que es un número perfecto, pero creemos que tendrá fin. Manifestó el espíritu, al escribir estas cosas, que la Iglesia iba a reinar mil años, es decir, hasta el fin de este mundo.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

COMIENZA ACERCA DE LA LIBERACIÓN
DEL DIABLO Y DE SU PRISIÓN

(Ap 20, 7-9) *Cuando se terminen los mil años, será soltado Satanás de su prisión y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra, numerosos como la arena del mar. Y subieron por toda la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada.*

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

Cuando se terminen los mil años, será soltado Satanás de su prisión. Dijo *cuando se terminen,* expresando la parte por el todo: pues no dijo en sentido

El mar devuelve a los muertos

exacto que se van a acabar los años cuando se contabilicen los mil; y que *será soltado Satanás* con todas sus fuerzas cuando entre en su envoltura el Anticristo, de tal manera que queden tres años y seis meses del último combate, sino que por medio de este tropo se dice justa y verdaderamente que se ha acabado el tiempo; pero no debemos pensar que sea tan pequeño el resto de los santos, que en las Sagradas Escrituras se consideran trescientos, y que se contienen en la letra griega *tau:* éstos son sólo aquellos a quienes no podrá vencer el Anticristo, los que creen rectamente que la santa Trinidad es un solo Dios, y quienes en los últimos tiempos han confesado con corazón puro delante de los hombres que el Hijo de Dios ha nacido de la gloriosísima siempre Virgen, y quienes con el recto ojo de su intención han mirado su cruz, que dijimos está representada por esta letra *tau.* Pues así también Gedeón con trescientos hombres venció a los madianitas, que ahora son considerados demonios: los trescientos son figura de la cruz. Y advierte qué pocos son los santos en tiempos del Anticristo, pues Dios quiere llamarlos en una hora del año. El año tiene doce meses, cuatro estaciones —primavera, verano, otoño e invierno—, trescientos sesenta y cinco días y un cuarto; horas son cuatro mil trescientas ochenta y tres. Observa lo que dice: de tantas horas del año los santos solamente fueron llamados en una hora del año; y quedan las horas que se destinan a los pecadores, cuatro mil trescientas ochenta y dos. Considera la gran diferencia entre este número y aquél. El día tiene doce horas: los santos son llamados en una hora de entre las doce horas del día, y quedan, del ciclo completo del año, trescientos sesenta y cuatro días y once horas, que se asignan a la parte de los pecadores. Debes comprender así, por esta figura, qué pequeña es aquella grey, a la que prometió el Señor dar por herencia el reino de los cielos (Lc 12). Y por medio de este año y una sola hora del año debes conocer también que hay pecadores y justos a lo largo de los tiempos, es decir, desde el comienzo del mundo hasta el final, en el que se realizarán estas cosas, cuando con todas sus energías el diablo será soltado y va a luchar abiertamente contra la Iglesia; y tal cual antes la Iglesia estuvo en paz, en esa hora se hará patente la lucha; y entonces hace aliados suyos por medio de la marca a aquellos a quienes antes en la vida retuvo por medio de los vicios, según dice: *y saldrá a seducir a las naciones de los cuatro extremos de la tierra, a Gog y a Magog.* Dijo aquí seducir, que es perder y llevar consigo a la perdición; es decir, a todos los impíos, a quienes sedujo de los cuatro extremos de la tierra, reunidos juntamente consigo para su perdición, les hará esclavos de los suplicios eternos. Gog quiere decir techo; y Magog, de la misma opinión o techo. A todos los que sedujo, o los condujo a la caída de su soberbia, o los elevó al techo de la vanidad, o fueron partidarios de su misma doctrina o salieron de la cima de su soberbia: a ésos los recibirá la misma perdición y el fuego eterno. Y lo que dice que *los reunirá para la guerra,* describe el futuro por el pasado, porque en latín el futuro tiene el mismo sonido que el pretérito: porque en cierto sentido hay guerra cuando a los que viven con buenas costumbres, los malos se les enfrentan y los acechan. Y como es grande el número de los malos, que por su cantidad no pueden contarse, por eso añadió: *numerosos como la arena del mar. Y subieron por toda la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos y la ciudad amada.* Encumbrados los impíos en su soberbia subieron a lo alto; pero los retiene la altura terrena, y nada saborean de lo celestial. No temen a poder alguno de la altura celestial. *Y cercaron el campamento de los santos:* porque quieren permanecer en compañía de los santos. Pero en ellos se cumple el vaticinio del profeta, que dice: *regresan a la tarde, padecen un hambre de perros y rondan la ciudad* (Sal 59,7), es decir, la Iglesia, a la que llama aquí amada. Se dice que están reunidos, pero estarán extendidos por los cuatro extremos de la

tierra. Por esto se dice que están reunidos, esto es, en su soberbia con todo el esfuerzo de su alma contra la Iglesia, porque cada pueblo se reunirá en el asedio de la santa ciudad de la Iglesia, cuando el Anticristo arranque tres de los diez cuernos de la bestia: es decir, destruya tres reinos, esto es, al rey de Egipto, al rey de Etiopía y al rey de Libia, es decir, de África. Someterá a vasallaje a los siete reyes restantes y con ellos va a exterminar a todo el mundo. De la misma manera que sabemos que después de la pasión de nuestro Señor Jesucristo todos los martirios de la tierra fueron realizados por diez reyes: a saber: Nerón, Domiciano, Trajano, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano, Diocleciano y Maximiliano, que son los diez cuernos de la bestia; y de entre esos diez, siete mayores, a los que antes hemos llamado las siete cabezas; de manera que consideremos al Anticristo entre los diez reyes, como fueron aquellos en el Imperio romano, así al final en el Imperio romano, entre los diez el Anticristo será el undécimo, y asesinados los tres que dijimos, va a reinar en todo el mundo con los otros siete; y él será el octavo, que en la bestia de siete cabezas dijimos arriba que había una octava que parecía degollada, cabeza que tuvo siempre oculta en la Iglesia por medio de sus falsos profetas bajo el nombre de Cristo. Por medio de esta cabeza simuló que reconocía a Cristo, por cuyo nombre hace compañeros suyos a los santos; y será tan grande la ignominia, que ciertamente pocos santos conocerán que él es el Anticristo. Y, sin embargo, no le reconocerán por otra cosa que porque va a realizar la circuncisión. Porque al principio no va a invitar a los santos a que adoren a los ídolos, sino a que por la ley de Moisés observen la circuncisión; y fingirá tal santidad, que no beberá vino, no amará mujeres, no tendrá las riquezas de este mundo, sino que lo dará todo a los seducidos, como se dice en el Evangelio por boca del mismo Anticristo: *todo es mío y se lo doy a quien quiero* (Lc 4,6). *Entonces habrá cinco en una casa y estarán divididos* (Lc 12,52): a saber, el padre, la madre, el hijo, la hija y la nuera. Cinco son a los que divide la persecución; mientras unos creen en Cristo, otros lo niegan, porque cuando llegue el Anticristo predicará las dos tablas del Testamento de la Antigua Ley; en cambio, Cristo predica la Trinidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Unos van a creer al Anticristo, y otros a Cristo. Y así se dividirán las dos tablas, de los tres (Trinidad). Y los tres, de los dos: *y los enemigos del hombre serán los de su casa* (Mt 10,36). Van a perseguirlos, para que crean al Anticristo, cuando dice el padre al hijo o el hijo al padre: te ruego que tengas piedad de ti mismo, no sea que mueras; hazle caso, adórale, sobre todo cuando sabes que todo lo que hay en el mundo es suyo, y se lo da a quien quiere. Pues en eso cada uno asiente a sus propias inclinaciones. Consiente a su enemigo cuando por sus instigaciones se separa de Cristo para aceptar al Anticristo. Entonces se cumplirá lo que dijo el Señor: *los que están en Judea, huyan a los montes* (Mt 24,16); es decir, cuantos estén en Judea, se reunirán en aquel lugar, que tienen preparado, para ser cuidados allí durante tres años y seis meses lejos de la presencia del diablo. Se refiere a la Iglesia católica, de la que en los últimos tiempos van a creer ciento cuarenta y cuatro mil por medio de la predicación de Elías. Pero del pueblo restante, que se halle vivo a la venida del Señor, sólo unos pocos santos se salvarán de su poder, en la retirada Arabia, donde está Edom y Moab, y el linaje de los hijos de Ammón, es decir, los idumeos, moabitas y ammonitas. Como allí hay lugares inaccesibles, allí huirán los santos, y allí se ocultarán aquellos a los que Cristo va a encontrar vivos en su carne. Y no sólo en Arabia, porque también en otros lugares se seguirá el ejemplo de estos santos, pues por doquier hay lugares inaccesibles y por doquier hay santos; y no sólo van a huir de los malos con su alma, sino también con su cuerpo van a emigrar a cuevas inaccesibles. Pues así como en tiempos de los mártires creemos que muchos padres se salvaron por este refu-

gio, así se cree que en tiempos del Anticristo muchos se van a salvar gracias a estos lugares inaccesibles. Leemos que Antíoco, que fue prefigura del Anticristo, realizó casi todas estas cosas que va a realizar el Anticristo, como se dice en Daniel que los santos en ese tiempo *recibirán poca ayuda* (Dan 11,34). Los nuestros quieren ser considerados pequeña ayuda, porque los santos reunidos se le opondrán y tendrán poca ayuda, y después *entre los doctos sucumbirán algunos,* y esto sucederá para ser purificados como en un horno, y ser elegidos y blanqueados *hasta el tiempo del fin:* porque la verdadera victoria será en la venida de Cristo. También en Daniel: *un tiempo, tiempos y medio tiempo* (Dan 12,7), son los tres años y medio del reino del Anticristo. Y además: *siete tiempos pasarán por ti* (Dan 4,22), es decir, siete años. *Y contando desde el momento en que sea abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación: mil doscientos noventa días.* Estos mil doscientos noventa días son tres años y medio, en los que va a reinar el Anticristo. Y también en Daniel: *Dichoso aquel que sepa esperar y alcance mil trescientos treinta y cinco días* (Dan 12,11): porque tiene estos días acortados en su nombre y porque, Dios no lo permita, si totalizara en el reino todos estos días, ningún santo habría podido alejarse de él vivo. Pero de estos mil trescientos treinta y cinco días tendrá vetados cuarenta y cinco, y le quedan para reinar mil doscientos noventa días. Estos días se acortarán por los elegidos. Acerca de esto dijo el Señor en el Evangelio: *y si aquellos días no se hubiesen abreviado, no se salvaría nadie; pero en atención a mis elegidos se abreviarán aquellos días* (Mt 24,22). Estos son los elegidos del Señor, por quienes se abreviarán aquellos días: los que, huyendo entonces de su presencia, permanezcan en los escondrijos. Pues el Anticristo, cumplidos los mil doscientos noventa días, será degollado en el monte santo, es decir, en el monte de los Olivos. Y lo que dijo: *dichoso aquel que sepa esperar y alcance mil trescientos treinta y cinco días;* es decir: dichoso el que, degollado el Anticristo, espera los cuarenta y cinco días del tiempo señalado, en los que el Señor y Salvador va a venir en su majestad, para que Cristo le encuentre vivo en su carne. Al final va a ser destruido el Imperio romano, cuyo cuarto reino dijo que tenía los pies como de hierro.

TERMINA LA EXPLICACIÓN

COMIENZA ACERCA DEL DIABLO, DE LA BESTIA Y DEL FALSO PROFETA

(Ap 20, 9-10) *Pero bajó fuego del cielo y devoró a sus enemigos; y el diablo, su seductor, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también la bestia y el falso profeta serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.*

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Pero bajó fuego del cielo: es decir, el fuego bajó de la Iglesia y los devoró. Este fuego que dijo salía de la boca de los testigos, es decir, de la Ley y el Evangelio, del que dijo el Señor: *¿Acaso os voy a condenar yo? La palabra que yo he hablado, ésa os condenará* (Jn 12, 48). Ese es el fuego que el Señor hizo llover del cielo procedente del Señor al salir Lot de Sodoma. *Y devoró a sus enemigos.* Pero en el último día no lloverá sobre ellos fuego, sino que a los reunidos en su presencia y condenados los arrojará al fuego eterno. Este fuego que baja del cielo, al que se refiere, sucederá en tiempos del Anticristo, que al perseguir a la Iglesia serán condenados con mayor rigor en el juicio por los males que causan a la Iglesia. *Y el diablo, su seductor, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde estaba la*

bestia y el falso profeta. Oscureció sagazmente la comprensión, para que se crea que, después de la bestia y el falso profeta, que dijo arriba que habían sido condenados solos, era arrojado el diablo al lago de fuego, en verdad después de los mil años de la condena de la bestia y del falso profeta. Pero lo que dijo: *después de los mil años,* se refirió a toda la bestia en su totalidad, y no después de la condena de parte de la bestia; porque cuando Cristo vaya a venir al juicio, encontrará a esta bestia viva. Pues desde que padeció el Señor, muere la bestia y el falso profeta, y es arrojada al fuego, hasta que se acaben los mil años, hasta la venida del Señor. Advierte lo que dijo, para lo que sagazmente había oscurecido la comprensión. Porque ciertamente arriba había dicho: *el diablo, su seductor, fue arrojado al lago del fuego, donde estaba la bestia y el falso profeta,* como si dijera que primero es arrojada al infierno la bestia y el falso profeta, y después el diablo, su seductor; esto había oscurecido la comprensión. Este lanzamiento al infierno se realiza desde la primera venida del Señor hasta su segunda venida, y primero es arrojada la bestia y el falso profeta, porque en todo momento muere el pueblo malo y los malos sacerdotes, que son la bestia y el falso profeta, y el diablo siempre los seduce; al final también él será castigado allí donde están también todos los que arrojó antes. Pero el tiempo que hay desde la pasión del Señor en adelante lo describe ahora mismo: porque desde que vino Cristo, hasta el día de hoy, fue arrojada la bestia al fuego; y después de que complete su tiempo el diablo, su seductor, será arrojado al lago del fuego y azufre, *donde la bestia y el falso profeta serán atormentados día y noche por los siglos.* Esta es aquella liberación de la que habló arriba: *después tiene que ser soltada por poco tiempo.* El poco tiempo lo pone en lugar de tres años y seis meses, para que en su engaño perezca el seductor con los seducidos.

TERMINA EL LIBRO UNDÉCIMO

El Libro de los Siete Sellos

La cabeza de la Bestia y la Llave del abismo

LIBRO DUODÉCIMO

COMIENZA EL LIBRO DUODÉCIMO. ACERCA DEL DÍA DEL JUICIO Y DE LA CIUDAD DE JERUSALEN, ES DECIR, LA IGLESIA

uego vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él. El cielo y la tierra huyeron de su presencia sin dejar rastro. Y vi a los muertos grandes y pequeños, de pie delante del trono; fueron abiertos unos libros, y luego se abrió otro libro, que es el de la vida; y los muertos fueron juzgados según lo escrito en los libros, conforme a sus obras. El mar devolvió los muertos que guardaba, la muerte y el infierno devolvieron los muertos que guardaban; la muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. El que no se halló inscrito en el libro de la vida, fue arrojado al lago de fuego. (Ap 20, 11-15)

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Y recapitula, para hablar sobre el mismo juicio. *Luego vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él. El cielo y la tierra huyeron de su presencia sin dejar rastro. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono; fueron abiertos unos libros, y luego se abrió otro libro, que es el de la vida.* El trono es la imagen del juicio; la blancura es la justicia; y en el juez que estaba sentado en el trono reconoce a nuestro Señor Jesucristo, de cuya presencia huyen la tierra y el cielo. Ni los elementos pueden resistir un juicio de tan gran majestad. *Y no se encontró lugar para ellos* (sin dejar rastro): pues ningún lugar hay en el espacio delante de Dios, sino que son considerados para él como la nada y el vacío. Manifestada así la forma del juicio, establecida la categoría del juez, dice que se realiza ya el mismo juicio: *y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie delante del trono; fueron abiertos unos libros.* ¿Cuál es el libro que se abre delante de Dios, sino que por el poder del juez se hacen patentes las obras de cada uno? Estos libros que cita son ahora los Testamentos de Dios, es decir, la Ley y el Evangelio: en relación con ambos será juzgada la Iglesia. ¡Ay!, ¡ay! de los que ahora no quieren examinar los libros. Quienes desprecian aquí neciamente lo que por medio de ellos se va a realizar en el futuro, serán allí recriminados por los libros con mayor acritud. Pero los santos, los que determinaron vivir en este mundo en conformidad con estos Testamentos, no tendrán necesidad de ellos en el juicio, porque cuando estén con Cristo cesará la Escritura; también son juzgados por medio de la Escritura aquellos que ahora los interpretan de forma abusiva. *Y luego se abrió otro libro, que es el de la vida.* El libro de la vida, y la vida es nuestro Señor Jesucristo. Entonces se abrirá y manifestará a todas las criaturas, cuando recompense a cada uno según sus obras. *Y los muertos fueron juzgados según lo escrito en los libros, conforme a sus obras;* es decir, fueron juzgados por la Ley y el Evangelio, según lo que hicieron y no hicieron de ellos. *Dios,* dice, *ha hablado una vez, dos cosas he oído* (Sal 62,12). Manifiesta más claramente estas dos cosas al decir: *del Señor es el reino, y él dominará a las naciones* (Sal 22,29). David oyó lo del reino; Juan vio el libro. David oyó dos cosas; Juan contempla dos libros; y lo que se contiene en los dos lo dice David: *la potestad es de Dios, y tuya, Señor, la misericordia* (Sal 62,13). La potestad reside en el juicio, y la misericordia en la recompensa. Juan dice: *y los muertos fueron juzgados, según lo escrito en los libros, conforme a sus obras.* David dice: *porque tú recompensas a cada uno conforme a sus obras* (Sal 62,13). Piense y considere con sabiduría cada uno qué frases tan semejantes,

qué identidad tan grande la de San Juan con la verdad. *El mar devolvió los muertos que guardaba.* El mar en sentido espiritual se entiende este mundo. Los hombres que Cristo encuentre vivos en este mundo en el momento del juicio, ésos son los muertos del mar. O también sencillamente, en sentido literal, podemos entender aquí el mar que devuelve el día del juicio a los que murieron ahogados. *Y la muerte y el infierno devolvieron sus muertos.* Esos son los hombres enterrados, que entonces en un momento, en un cerrar de ojos, van a resucitar del polvo con la misma carne que tuvieron en este mundo. Para que nadie pudiera decir que los ahogados en el mar, y sepultados en las aguas, los devorados por las fieras, los quemados no pueden resucitar, por eso dice que el mar había devuelto sus muertos. Y como nadie se librará del juicio de Dios, añadió: *la muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. El que no fue encontrado inscrito en el libro de la vida, fue arrojado al lago de fuego.*

TERMINA

COMIENZA LA HISTORIA. ACERCA DE LA CIUDAD DE JERUSALEN, CON QUE TERMINA EL LIBRO DUODÉCIMO

(Ap 21, 1-27) *Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos, y ellos serán su pueblo, y él, Dios con ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado. Entonces dijo el que estaba sentado en el trono: mira que hago un mundo nuevo. Y añadió: Escribe: estas son palabras ciertas y verdaderas. Me dijo también: Hecho está: yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin; al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de vida. Esta será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él, y él será hijo para mí. Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. Entonces vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y me habló, diciendo: ven, que te voy a enseñar a la novia, a la esposa del Cordero. Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo de junto a Dios. Su resplandor era como el de una piedra preciosa, como jaspe cristalino. (Tenía una muralla grande y alta) con doce puertas; y sobre las puertas doce ángeles y nombres grabados, que son los de las doce tribus de Israel. Tres puertas al Oriente, tres puertas al Norte, tres puertas al Mediodía, tres puertas al Occidente. La muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce Apóstoles del Cordero. El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y sus murallas. La ciudad es un cuadrado: su largura es igual a su anchura. Midió la ciudad con la caña y tenía doce estadios. Su largura, anchura y altura son iguales. Midió luego su muralla, y tenía ciento cuarenta y cuatro codos —con medida humana, la empleada por el ángel—. El material de esta muralla es jaspe y la ciudad es de oro puro semejante al vidrio puro. Las piedras en que se asienta la muralla de la ciudad están adornadas de toda clase de piedras preciosas: la primera es de jaspe, la segunda zafiro, la tercera de calcedonia, la cuarta de esmeralda, la quinta de sardónica, la sexta de cornalina, la séptima de crisolito, la octava de berilo, la novena de topacio, la décima de crisoprasa, la undécima de jacinto y la duodécima de amatista. Y las doce puertas son doce perlas, cada una de las puertas hecha de una sola perla; y la plaza de la ciudad es de oro puro, transparen-*

te como el cristal. Pero no vi santuario alguno en ella, porque el Señor, Dios todopoderoso, es su santuario. La ciudad no necesita ni de sol, ni de luna que la alumbren. Las naciones caminarán a su luz hasta el fin. Y los reyes de la tierra irán a llevarle su esplendor. Sus puertas no se cerrarán con el día, porque allí no habrá noche; y traerán a ella el esplendor y los tesoros de las naciones. Nada inmundo entrará en ella, ni los que cometen abominación y mentira, sino solamente los inscritos en el libro de la vida del Cordero.

(Ap 22, 1-5) *Luego me mostró el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza, a una y a otra parte del río hay árboles de vida, que dan fruto doce veces, una vez cada mes; y sus hojas sirven de medicina para los gentiles. Y no habrá ya enfermedad alguna. El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad y los siervos de Dios le darán culto. Verán su rostro, y llevarán su nombre en la frente. Ya no habrá noche, no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz de sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinará sobre ellos por los siglos de los siglos. Amén.*

TERMINA LA HISTORIA

EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA
ANTERIORMENTE DESCRITA

En esta Jerusalén se refiere a la Iglesia, y recapitula desde la pasión de Cristo hasta el día en que resucite y sea coronada en la gloria juntamente con Cristo. Mezcla ambos tiempos, el presente y el futuro; y declara con mayor amplitud con qué gloria es recibida por Cristo y alejada de toda embestida de los malos. Recapitula desde el origen, al decir: *luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya.* Que esto es así, tal como se escribe, lo sabemos por el testimonio de Isaías, que habla por boca de Dios, cuando dice: *Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva y no serán mentados los primeros, ni vendrán a la memoria; antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás, por lo que voy a crear* (Is 65,17). El cielo nuevo es la Iglesia: porque desde que Cristo asumió la carne, creó el cielo nuevo y la nueva tierra. Por el cielo nos referimos al espíritu, y por la tierra a la carne. *El primer Adán fue hecho alma viviente; el segundo Adán, espíritu que da vida* (1 Cor 15,45). Cumplido su tiempo, subió a la cruz y fue muerto por la salvación de todo el mundo. Y siguiendo su ejemplo, la Iglesia se renueva de día en día en el conocimiento de la verdad; por esta renovación del mundo presente brillará el día del juicio, cuando en la carne, en la que padece, sea renovada no ya en la tempestad del mar de este mundo, sino en la gloria, según dice: *y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo.* La Jerusalén celestial es la multitud de los santos, que se dice que va a venir con el Señor. Como dice Zacarías: *ved que el Señor Dios mío vendrá y todos los santos con él* (Zac 14,5). Preparan éstos y los que habiten con él una morada pura para Dios: como la esposa ataviada para su esposo, así caminarán engalanados en santidad y justicia los que deben desposarse con su Señor y van a permanecer con él para siempre. *Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos, y ellos serán su pueblo, y él, Dios con ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.* Todo esto hay que entenderlo en sentido espiritual. Pues ya aquí se vive la vida del cielo, no la del mundo presente, pues no están separados estos cielos de los de lo alto, como está escrito: *nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos a nuestro Señor Jesucristo* (Flp 3,20). Ya el propio Señor dio testimonio de que la multitud de los santos es su propio santuario y de que habitará con ellos para siempre, y de que es su Señor y ellos su pueblo. Él en

persona eliminará todo llanto, toda lágrima de los ojos de aquellos a quienes recompensa con las alegrías eternas, y los hace resplandecer de eterna felicidad. *Entonces dijo el que estaba sentado en el trono: mira que hago un mundo nuevo.* Así dice también el Apóstol: *en Cristo somos una nueva criatura* (2 Cor 5,17). También para el futuro se promete a los santos del Altísimo, que van a ser renovados en todo y que van a brillar con todo esplendor. Por eso dice también el Apóstol: *los muertos resucitarán incorruptibles* (1 Cor 15,52) y los santos serán transformados en gloria. *Y añadió: Escribe: éstas son palabras ciertas y verdaderas. Me dijo también: Hecho está: yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin; al que tenga sed, yo le daré gratuitamente del manantial del agua de la vida;* es decir, a los que añoran el perdón de los pecados, por medio de la fuente del bautismo. No se refiere simplemente al agua sola, que no puede actuar sin el Espíritu Santo, porque también el Espíritu Santo es llamado en el Evangelio con el nombre de agua, como proclama y dice el Señor: *Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, ríos de agua viva manarán de sus entrañas.* Y el evangelista manifestó por qué lo decía, pues añade a continuación: *esto lo decía del Espíritu Santo que iban a recibir los creyentes en él* (Jn 7,37). Pues una cosa es el agua del sacramento visible y otra el Espíritu Santo invisible. Esta lava el cuerpo, y es signo de lo que se realiza en el alma; pero por el Espíritu Santo la misma alma queda limpia y sellada. El Espíritu Santo, según la función para la que es enviado a noso-tros, recibe muchos nombres. Es llamado Espíritu Santo porque nos inspira algo, o bien el temor de Dios, o la interpretación de las Escrituras. También por sus obras es llamado *Ángel,* porque al inspirarnos nos transmite como un mensaje. Es llamado *Paráclito,* porque nos consuela en la tribulación. La palabra griega paráclito significa en latín consuelo. Otros traducen la palabra griega paráclito en latín por orador y abogado. El Espíritu Santo es llamado *don,* porque se nos da a cada uno de nosotros según la capacidad. Es llamado el Espíritu Santo la *Caridad,* porque nos congrega en unidad. El Espíritu Santo es llamado *Paloma,* porque nos hace sencillos. El Espíritu Santo es llamado *fuego,* porque nos hace fervientes en la unidad. El Espíritu Santo es llamado *unción,* porque nos instruye para la predicación y es él en nosotros una unción invisible. Es llamado el Espíritu Santo *el dedo de Dios,* porque escribe en las tablas de nuestro corazón las palabras de su ley, o también para significar su poder de obrar juntamente con el Padre y el Hijo. Por eso dice Pablo: *Todo esto lo realiza un solo y mismo Espíritu, distribuyéndolo a cada uno según su voluntad* (1 Cor 12,11). Por eso es llamado el «septiforme», por aquellos dones que los que son dignos merecen conseguir, en particular, de la plenitud de su divinidad. Y como el espíritu no es cuerpo, y sin embargo existe, lo único que queda es que sea espíritu. Así como por el bautismo morimos y resucitamos, así somos sellados con el Espíritu, que es el dedo de Dios y el sello espiritual. De éstos dice: *ésta será la herencia del vencedor: yo seré su Dios y él será mi hijo. Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.*

Entonces vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas. Dijo que estaban llenas las copas, que arriba en el libro noveno dijimos que las siete habían sido derramadas, para que, si leyendo aquí no lo entendieras, lo entiendas allí clarísimamente. Por tanto, está claro que este libro duodécimo, como dijimos arriba, es una recapitulación desde la pasión de Cristo. *Y me habló, diciendo: ven, que te voy a enseñar a la novia, a la esposa del Cordero. Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto.* El monte grande y alto se refiere a Cristo, como atestigua el profeta: *en aquel día el monte de la casa del Señor será asentado en la cima de los montes* (Is 2,2), es decir, sobre los Apóstoles, porque también ellos son llamados montes. *En aquel día,* que dice, es decir, desde la pasión de Cris-

Las doce columnas del Templo

to, hasta su segunda venida; y este único día se refiere al día sexto, pues en seis días creó el mundo, y puso así seis días en lugar de seis mil años. Y en este día del sexto milenio se ha dicho que quien venza hasta el fin, por el bautismo y la penitencia, es llamado hijo de Dios, y que está preparado el fuego eterno para los que hayan obrado el mal; este fuego es *la muerte segunda.* Se promete de nuevo el castigo de los malos, por sus malas obras. A continuación dice el ángel: *ven, que te voy a enseñar a la novia, a la esposa del Cordero. Me trasladó en espíritu a un monte alto.* Como si dijera: yo, el siervo de Dios, que ahora estoy en la Iglesia, he sido transformado en espiritual y asentado en la contemplación gracias a Dios, que me ha elevado. *Y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios.* Esta es la Iglesia, la ciudad situada en el monte, la esposa del Cordero, porque no es una la Iglesia y otra la ciudad; una sola es la que siempre baja del cielo por la penitencia, de junto a Dios, porque, imitando al Hijo de Dios en la penitencia, se dice que baja por su humildad. Pues así bajó del cielo el Hijo de Dios, *el cual, siendo de condición divina, tomando condición de siervo se humilló hasta la muerte* (Flp 2,6). La bajada del Hijo de Dios es su encarnación. Esta ciudad baja todos los días de junto a Dios, imitando a Dios, es decir, siguiendo los pasos de Cristo, Hijo de Dios; a esta ciudad la llama la esposa del Cordero. Por eso está claro que ella es la Iglesia, que la describe así, diciendo: *Y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra preciosa, como jaspe cristalino.* La piedra preciosísima es Cristo. *Tenía una muralla grande y elevada.* Debemos saber, en gran medida, que tanto más preciosa es cada alma a los ojos de Dios cuanto por amor a la verdad es más despreciable a sus propios ojos. Por eso se le dice a Saúl: *aunque tú eres pequeño a tus propios ojos, ¿no te he hecho el jefe de las tribus de Israel?* (1 Sam 15,17). Como si claramente dijera: fuiste grande para mí, cuando eras despreciable para ti. Ahora, en cambio, eres grande para ti, y despreciable para mí. Por eso dice el profeta: *Ay de los sabios a sus propios ojos y de los prudentes para sí mismos* (Is 5,21). Tanto más es uno despreciable a los ojos de Dios cuanto más estimado para sí; y tanto más apreciado por Dios cuanto, por Dios, sea más despreciable ante sí, *porque ve al humilde, y al soberbio le conoce desde lejos* (Sal 138,6). Esta muralla será grande y alta, la que ahora es despreciable a sus propios ojos. El resplandor de Dios es contemplar todas las cosas. Como le dice a Natanael: *te vi debajo de una higuera* (Jn 1,48), es decir, te elegí desde la sombra de la Ley. Vio una piedra preciosísima, porque eligió la humildad. *Pues Dios eligió lo despreciable del mundo para confundir a los*

La victoria final del Cordero

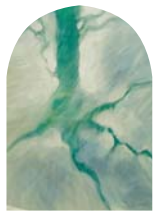
fuertes (1 Cor 1,27). Dios vio una piedra muy preciosa cuando vio el alma humana despreciada ante sí misma, y sabia gracias a la iluminación de su gracia. De esta alma se dice por medio del profeta: *si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca* (Jer 15,19).

Vil es para Dios el mundo presente; y preciosa es para él el alma humana. El que sabe sacar lo precioso de lo vil es llamado como la boca de Dios, porque por medio de él manifiesta sus palabras Dios, que ciertamente puede arrancar al alma humana del amor del mundo presente, y porque los doctores del Nuevo Testamento han sido guiados hasta el punto de poder escrutar aquellas cosas ocultas en las tinieblas de las alegorías del Antiguo Testamento.

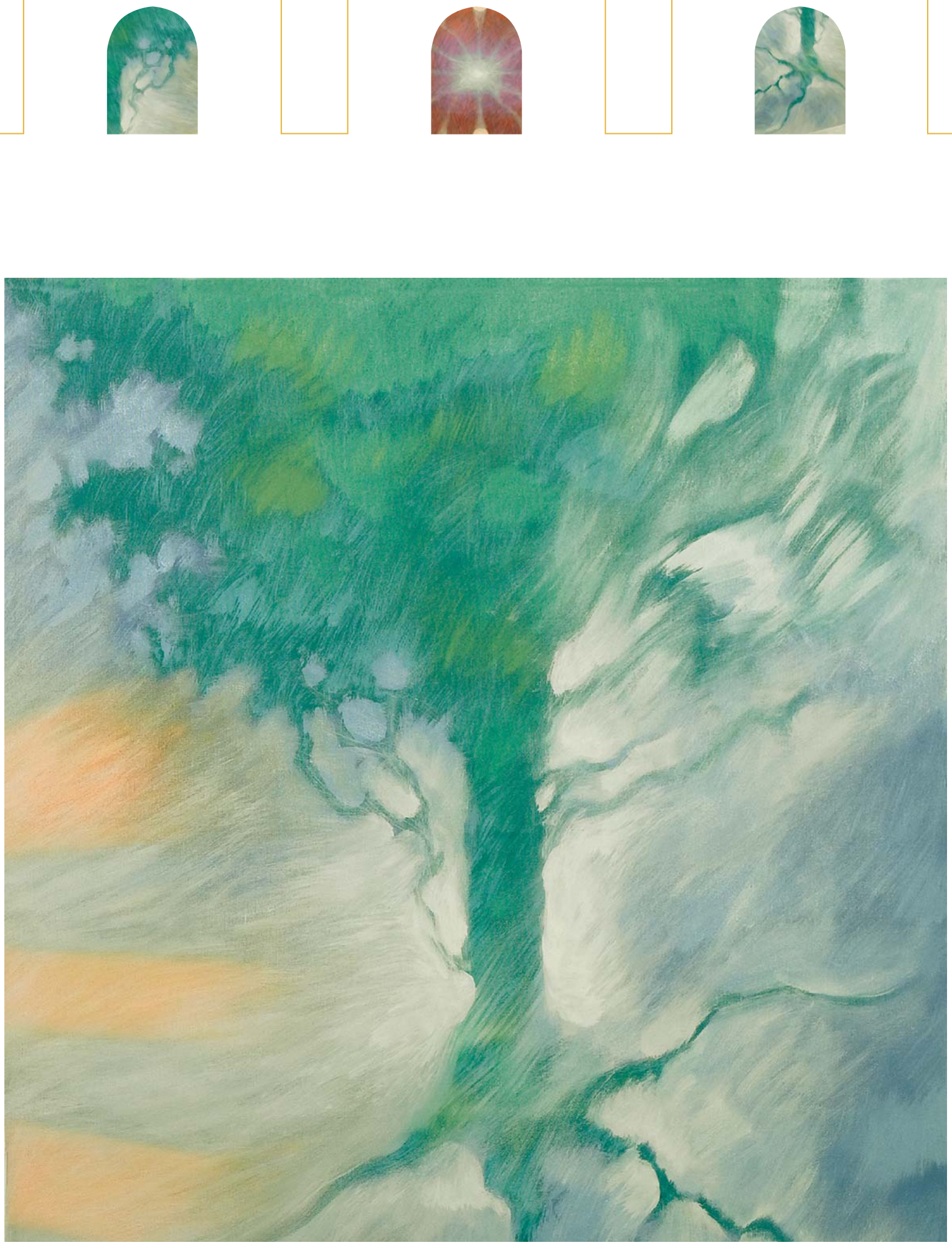
Por eso se añade justamente: *que tenía doce puertas, y sobre las puertas doce ángeles y nombres grabados, que son los de las doce tribus de Israel.* Arriba dijo: *su resplandor como el de una piedra muy preciosa, como cristalina.* Y aquí dice *que tenía doce puertas;* y en los profetas leemos acerca de la misma ciudad: *no será para ti ya nunca más el sol luz del día, ni el resplandor de la luna te alumbrará de noche, sino que tendrás al Señor por luz eterna y a tu Dios por tu gloria* (Is 60,19). Su resplandor como el de una piedra preciosa, como el jaspe cristalino. Pues así como en esa piedra hay resplandor, y no recibe luz de fuera, sino que brilla con claridad natural, así se describe que esa ciudad no recibe la luz de ningún fulgor de estrellas, sino que recibe el resplandor de forma invisible sólo de la luz de Dios. En el candor del cristal se significa el resplandor de la gracia del bautismo. *Y tenía una muralla grande y alta.* También dice Zacarías: *yo seré para ella —oráculo del Señor— muralla de fuego en torno* (Zac 2,9). ¿Qué hay tan grande y tan alto como que sea el Señor de la majestad el guardián, y como que la ciudad santa sea rodeada con la protección de su presencia? Y lo que dice: *que tenía doce puertas, y sobre las puertas doce ángulos y nombres grabados, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel;* en el Evangelio se lee que el Señor dice de sí mismo: *yo soy la puerta. Si alguno entra por mí, entrará y hallará pastos* (Jn 10,9). Por tanto, la puerta es Cristo. Las doce puertas y las doce tribus de Israel son los doce Apóstoles y los doce profetas: que es la Iglesia constituida y consolidada en el número doce. Y estas doce puertas conducen a una puerta mayor, que es Cristo. Por tanto, la puerta es Cristo. Los padres de nuestra fe, es decir, los Apóstoles, no son la puerta, sino los nombres escritos en las puertas; esto es, se leen en las puertas para enseñarnos que el Señor Jesucristo ha sido para todos los santos la puerta de la verdad; para significar que todo el coro de los patriarcas ha permanecido en la fe de nuestro

Señor Jesucristo. Los doce ángulos de las puertas, y las doce puertas, y los doce cimientos, en los que se dice que están grabados los nombres de los Apóstoles del Cordero, suman treinta y seis: porque ciertamente en esas mismas horas nuestro Señor, después de su pasión, yació en el sepulcro: para mostrar que creemos que la inicial muchedumbre de los anteriores profetas y el siguiente coro de los Apóstoles han llegado a la salvación por la única fe y pasión del Señor, y que han llegado al conocimiento del Señor omnipotente por la única entrada de la fe de Cristo, que es la puerta. Se dice que los doce Apóstoles están inscritos en doce cimientos, porque Cristo es el cimiento, como dice Pablo: *Pues nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo* (1 Cor 3,11). Y él mismo está en cada uno de ellos, y cada uno de ellos tiene su fundamento en él. Pues el Señor dice: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* (Mt 16,18). Y está escrito en las palabras del bienaventurado Pablo que *la piedra era Cristo* (1 Cor 10,4). Por tanto, Pedro era aquel a quien decía el Señor: sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; es decir, sobre la fe en la encarnación, pasión y resurrección del Señor. Y lo de que *la ciudad es un cuadrado,* indica que la Iglesia, en la disposición de los cuatro Evangelios, está edificada sobre la encarnación del Señor por las cuatro partes del mundo, según dijo: *tres puertas al Oriente, tres puertas al Norte, tres puertas al Mediodía, tres puertas al Occidente. La muralla de la ciudad se asienta sobre doce cimientos, y sobre ellos los nombres de los doce Apóstoles del Cordero.* Y como tres veces cuatro hacen doce, tienen el significado de que las cuatro partes del mundo han recibido el misterio de la Trinidad. Y como dijo tres veces doce: las doce puertas, los doce ángulos y los doce nombres grabados, quiso referirse a treinta y seis padres, a saber: los doce Patriarcas hijos de Jacob, los doce Profetas y los doce Apóstoles. Y enseña que de todas las partes del mundo, por la fe de la Ley y del Evangelio, han confluido los nombres escritos de los Patriarcas, Profetas y Apóstoles. *El que hablaba conmigo tenía una caña de medir de oro, para medir la ciudad, sus puertas y sus murallas. La ciudad es un cuadrado.* En la caña de oro representa a los hombres y a la Iglesia, ciertamente frágil, pero de oro. En la caña representamos la fragilidad humana, y en el oro la sabiduría; admiramos esa misma fragilidad, como dice el Apóstol: *Llevamos tesoros en vasos de arcilla* (2 Cor 4,7). La medida de la Iglesia que relata, debes entenderlo espiritualmente en todos los santos; y como ya dijimos que el Señor era una muralla de fuego en su entorno, en la caña de oro digamos que está la fe de la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, el cual, asumiendo la carne de la fragilidad humana, se hizo para nosotros ejemplo de salvación. Y su cuerpo, por su pureza e imposibilidad de pecar, permaneció más brillante que todos los metales: es hombre, pero no existió hombre semejante a él entre los hijos de los hombres; él solo es por el que se conoce la medida de la fe, la integridad de la ciudad santa y la medida de las puertas y la altura de la muralla. Y la ciudad es un cuadrado: es decir, persiste en la fe cuadriforme de los evangelistas. Se narra que tiene igual anchura que altura, con el fin de que conozcas que en su fe nada hay desproporcionado, nada hay aumentado ni disminuido. *Su largura es igual a su anchura. Y midió la ciudad, y tenía doce estadios. Su largura y anchura son iguales.* El número doce se ha multiplicado por diez, es decir, ciento veinte almas sobre las que, reunidas en una habitación, leemos que descendió el Espíritu Santo en lenguas de fuego. Añadiendo a este número los veinticuatro ancianos, suman ciento cuarenta y cuatro; y si quieres leer y tratar sobre este número, lo encontrarás con amplitud en el libro cuarto. Con esta caña, que sabemos es el cuerpo de Cristo, *midió,* dice, *la ciudad y tenía doce estadios.* La fe de Cristo y la integridad del pueblo santo se conoce y actúa por estos doce estadios, es decir, por la doctrina de los Apóstoles y por la fe de los Patriarcas y Profetas; y son llamados la Iglesia, medida con caña de oro, aquellos que los imitan por la fe y las obras. Porque de nada sirve la fe si no lleva también unida a ella

las obras. Quien dice que permanece en la fe y no actúa, imita la conducta de los demonios; y el que actúa y no tiene fe, si no añade la fe a sus obras, trabaja en vano y sin razón. Según dice: *eran idénticas la largura y anchura,* todo igual. Nada superfluo, nada que venga de fuera se encuentra en los santos; nada de menos se encuentra en ellos. Y lo que dice de *los doce estadios,* que totalizan mil pasos y cinco estadios, veamos con el entendimiento espiritual qué contiene en lo oculto este número. Leemos en los Salmos acerca de la ley del Señor: *la palabra que impuso a mil generaciones* (Sal 105,8). El que haga el cálculo tenga en consideración este número. Pues en este número está contenida la plenitud de todo número, para enseñarnos que la plenitud de todos los santos se hace sólida por la fe del septiforme Espíritu Santo. Y esta forma está contenida en los dones, no en figura. Pues se le llama: *Espíritu de sabiduría y de entendimiento; Espíritu de consejo y de fortaleza; Espíritu de ciencia y de piedad; y Espíritu del temor del Señor* (Is 11,2). Y este septiforme Espíritu el profeta lo enumeró más bien descendiendo de lo celestial que ascendiendo, y desde la sabiduría descendió al temor; y aunque está escrito: *el comienzo de la sabiduría es el temor de Dios* (Sal 111,10), consta sin ninguna duda que del temor se asciende a la sabiduría; y, sin embargo, desde la sabiduría no se retorna al temor. Porque verdaderamente la sabiduría contiene la caridad perfecta; y está escrito: *el amor perfecto expulsa el temor* (1 Jn 4,18). Por eso el profeta que hablaba desde lo celestial a lo terreno, comienza por la sabiduría y desciende hasta el temor. Pero nosotros, que subimos de lo terreno a lo celestial, enumeramos los mismos grados en sentido ascendente, de forma que desde el temor podamos llegar a la sabiduría. Pues en nuestra alma el primer peldaño en la subida es el temor de Dios; el segundo es la piedad; el tercero, la ciencia; el cuarto, la fortaleza; el quinto, el consejo; el sexto, el entendimiento; el séptimo, la sabiduría. Pues hay temor de Dios en el alma, pero ¿qué clase de temor del Señor es, si con él no hay piedad? Quien ignora compadecerse del prójimo, quien finge compadecerse de sus sufrimientos, su temor es nulo a los ojos de Dios omnipotente, porque no se eleva hasta la piedad. A menudo, la piedad suele caer en error por ser una misericordia desordenada, y así quizá perdona por pereza aquello que no debe perdonar. Pues los pecados que pueden ser castigados con el fuego del infierno, deben de ser corregidos con el flagelo de la penitencia. Pues una piedad desordenada, al perdonar en el tiempo, conduce al fuego eterno. Por tanto, para que la piedad sea verdadera y ordenada, hay que elevarla a otro peldaño, es decir, a la ciencia, para saber qué se debe corregir y castigar por justicia, y qué perdonar por misericordia. Y si alguno sabe qué debe hacer cada uno, y no tiene el valor de hacerlo, de nada le sirve. Y por eso es necesario que nuestra ciencia se eleve a la fortaleza, para que, cuando conoce lo que hay que hacer, pueda hacerlo con la fortaleza del alma: no sea que tiemble de temor y, atenazada por el miedo, no sea capaz de defender el bien que conoce. Pero a menudo la fortaleza, si es imprudente y poco precavida contra los vicios, por su presunción ella sola se derrumba en el peligro. Suba, pues, hasta el consejo, para, con previsión, prevenir con cuidado todo lo que puede hacer con valentía. Pero no puede haber consejo si no hay ahí entendimiento: porque quien no conoce el mal, que es una carga para el que lo hace, ¿cómo podrá consolidar el bien, que es un alivio? Así que desde el consejo subamos al entendimiento. Pero ¿de qué sirve que el entendimiento vigile con gran agudeza, si desconoce que debe estar moderado por la madurez? Suba, pues, del entendimiento a la sabiduría, para que lo que ha descubierto el conocimiento con agudeza, lo disponga con madurez la sabiduría. Por medio de esta gracia septiforme se dice que entran todos los santos, por las doce puertas, a la Iglesia, de las cuatro partes del mundo: es decir, de Oriente, Aquilón, Mediodía y Occidente. Por la puerta de Oriente entró el primitivo pueblo judaico, de cuya carne nació el que es llamado el Sol de Justicia. Por la puerta del Aquilón está representada



la gentilidad, aterida por el frío de su perfidia, y en cuyo corazón reinó aquel que, según atestigua el profeta, dijo en su corazón: *Alzaré mi trono en el Aquilón* (Is 14,13). De Judea, pues, y de la gentilidad, como se ha dicho, fueron creciendo hasta el culmen de la santidad. Aunque también pueden entenderse por el Oriente y el Aquilón los justos y pecadores. Pues no sin motivo los justos son llamados Oriente: los que fueron engendrados por el bautismo como en la luz de la fe, y permanecieron en la inocencia. Y también con razón representamos por medio del Aquilón a los pecadores, que, consumidos por el frío del alma, se quedaron ateridos bajo la sombra de su pecado. Pero como la misericordia de Dios omnipotente llama también a ésos a la penitencia por el arrepentimiento, los purifica con lágrimas, enriquece con virtudes y los eleva hasta la gloria de la perfección, no sólo se dice que llegan de Oriente con el número centenario de la perfección, sino también del Aquilón, cuando junto con los justos llegan los pecadores por los dones y la penitencia a la perfección. Por eso se dice que tiene una puerta al Aquilón, la que tiene una puerta a Oriente: porque los pecadores convertidos se enriquecen de virtudes, lo mismo que son ricos los que evitaron caer en pecados. Por eso también dice el Señor por boca del salmista: *el pan que comía es la ceniza* (Sal 102,10). En la ceniza se refirió a los pecadores; en el pan, a los justos. Porque recibe lo mismo a los penitentes que a los justos. Está escrito acerca de los pecadores: *tiempo ha que con saco y ceniza se habrían convertido* (Mt 11,21). Se come, pues, la ceniza como pan cuando el pecador, por la penitencia, se vuelve de nuevo como inocente a la gracia de su Creador. Todo esto ya se ha dicho al hablar de la puerta de Oriente y del Aquilón; no conviene que lo repitamos en el comentario. Debemos, sin embargo, advertir que en el edificio espiritual hay una entrada al Oriente, otra al Aquilón y también otra al Mediodía. Así como por el frío del Aquilón son representados los pecadores, así también por el camino del Mediodía los fervorosos de espíritu, que inflamados por el calor del Espíritu Santo crecen en las virtudes a semejanza de la luz meridiana. Ábrase la puerta que da al Oriente, para que quienes, después de recibir la fe, no se han sumergido en profundidad alguna de pecados, puedan llegar a los gozos ocultos. Ábrase la que da al Norte, para que aquellos que después de unos comienzos en el calor y la luz de la fe han caído en el frío y la oscuridad de sus pecados, por el arrepentimiento de la penitencia accedan al perdón, y conozcan cuál será para siempre la alegría de la verdadera recompensa. Ábrase la puerta que da al Mediodía, para que aquellos que arden en virtudes con deseos santos penetren día a día con el conocimiento espiritual en los misterios del gozo eterno. Y en todo esto puede preguntarse uno: ¿siendo cuatro las partes de este mundo, por qué se hace mención de que en este edificio no hay cuatro, sino tres puertas? Tendría sentido esta pregunta si se contemplara no un edificio espiritual, sino material. Pero la santa Iglesia, es decir, el edificio espiritual, sólo tiene tres puertas, a saber: la fe, la esperanza y la caridad. Una a Oriente, la segunda al Aquilón y la tercera al Mediodía. La puerta que da a Oriente es la fe, porque por ella nace en el alma la luz verdadera. La puerta al Norte es la esperanza, porque todo el que está asentado en los pecados, si desespera del perdón, perece del todo; por eso es necesario que quien murió por su iniquidad, reviva por la esperanza de la misericordia. La puerta del Mediodía es la caridad, porque arde con el fuego del amor. En la puerta del Mediodía el sol se dirige a lo alto, porque por la luz de la caridad se eleva con fe en el amor de Dios y del prójimo. Y por estas tres puertas, por la fe, la esperanza y la caridad, se llega a los gozos eternos. He dicho estas cosas porque he manifestado que la puerta es figura del Señor, de los predicadores, de la Santa Escritura y de la fe; y dondequiera que en este libro se lea ya la puerta, no creas que tiene otro significado. Cuando con bastante frecuencia se hable de una sola puerta, hay que entender con razón que se trata de la fe, porque única es la fe de todos los elegidos. Pero cuando se



El Árbol de la Vida

citen otras puertas, puede entenderse que son las palabras de los predicadores, por cuya lengua se conoce la vida verdadera, y por medio de las cuales se eleva uno al conocimiento de los misterios espirituales.

Un estadio, que consta de ciento cuarenta y tres pasos, contiene en su número centenario la perfección de los santos y la fe de la parte derecha. En el número cuarenta quiso que se entendiera que está contenida la doctrina cuádruple de los evangelistas, decálogo completísimo de la Ley. Y en el tres está el misterio de la Trinidad. Por eso, así como los cinco estadios que nos faltan para completar los doce arrastran hacia sí el entendimiento de las mentes que razonan al conocimiento de la fe del Señor bajo este misterio de los números, ya que dijimos que pueden prestar su concurso para ser utilizados como cifra en la medida de la ciudad de Dios, así también los cinco estadios, que comprenden setecientos quince pasos, suman siete centenas; siete para mostrar que la ley del número perfecto perdura en la semana del mundo presente. Pues en seis días hizo Dios el cielo y la tierra, y el séptimo día descansó de su tarea. Y sabemos que el mundo consta de siete días. Porque el Señor dice en el Evangelio acerca del último día: *Orad para que vuestra huida no se realice en invierno ni en sábado* (Mt 24,20). Y ese número hace que, repetido siete veces *el cien,* muestre que toda la plenitud de los santos crece, en esta semana de la que consta el mundo, en el misterio de la fe, de la que hemos hablado. Las tres veces cinco, que faltan, significa la plenitud de la divinidad en nuestro Señor Jesucristo. Como dice el Apóstol: *En él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad* (Col 2,9). Y por eso el cinco, que resulta de dividir el quince por tres, demuestra, por encima de los sentidos humanos y por encima de toda inteligencia, que el hombre asumido sigue siendo nuestro Señor Jesucristo, para que nadie se atreva a opinar que la limitación de la carne en él le hace semejante a nosotros, sino para que conozcas que su propia carne ha brillado por encima de todo cuerpo de los más justos, por encima de toda inteligencia de los santos, porque en él reside la plenitud de la divinidad. Como dice él: *yo estoy en el Padre, y el Padre en mí* (Jn 14,10); y en quien hay tanta majestad, nada habrá semejante a los mortales. Sin embargo, aunque se diga que se ha hecho semejante por haber asumido un cuerpo, hay que creer que éste está por encima de toda carne, porque dice el Apóstol: *y si conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así* (2 Cor 5,16): no sea que acaso nos atreviésemos a considerarlo como a un hombre común.

La muralla y la ciudad son de oro puro, semejante al vidrio puro. Sabemos que el metal del oro brilla con mayor resplandor que todos los metales, y que es de la naturaleza del vidrio el que por fuera es transparente a la vista, y por dentro brilla con pura claridad. En otro metal no se puede ver qué contiene dentro; pero en el vidrio, tal como se contiene en su interior cualquier licor, así aparece al exterior, y para decirlo de alguna manera, todo licor contenido en un vasito de vidrio queda a la vista. ¿Qué otra cosa podemos entender en el oro y en el vidrio sino aquella patria celestial, aquella comunidad de ciudadanos dichosos, cuyos corazones brillan entre sí con fulgores y se transparentan de pureza? Esa es la ciudad que había contemplado Juan en este Apocalipsis, cuando decía: *el material de esta muralla es jaspe y la ciudad es de oro puro semejante al vidrio puro:* porque todos los santos relucirán en aquella suprema claridad de la bienaventuranza, se dice que su material es de oro. Y porque la misma claridad de los corazones alternativamente queda a la vista de los corazones de los otros, y cuando se contempla el rostro de cada uno, al mismo tiempo también se penetra en su conciencia, por eso se dice que este mismo oro es semejante al vidrio puro. Pues allí la corporeidad de los miembros no oculta el alma de cada uno de los ojos del otro, sino que se transparentará el alma a los ojos corporales y también la propia armonía del cuerpo. Y así será entonces cada uno visible para el otro, como ahora no puede ser visible para sí mismo. Pues ahora nuestros corazones, mientras es-

tamos en esta vida, porque no pueden ser contemplados desde un corazón al otro, no están encerrados entre vidrios, sino entre vasos de barro. Como dice el profeta: *sácame del lodo* (Sal 69,15). Pero allí la santa Iglesia es descrita por medio del oro y del vidrio: en el oro, el brillo; en el vidrio, la transparencia. Sin embargo, aunque brillen en ella todos los santos con tanto fulgor y resplandezcan con tanta transparencia, no pueden asemejarse a Cristo. Pues todos llegan a esos gozos eternos con el fin de poder ser semejantes a Dios. Según está escrito: *cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es* (1 Jn 3,2). Pero también está escrito: *¿Quién se iguala a Dios entre los hijos de Dios?* (Sal 89,7). Digamos, pues: ¿en qué serán los santos semejantes a Cristo, y en qué desemejantes, sino en que serán semejantes a esta sabiduría en su imagen, y sin embargo diferentes en igualdad? Ciertamente, contemplando la eternidad de Dios se realiza en ellos el que sean eternos; y cuando contemplan el don de su visión, por la contemplación de la bienaventuranza imitan lo que ven. Por tanto, son semejantes los que sean bienaventurados; y, sin embargo, son diferentes al Creador, porque son criaturas. Así que tienen una cierta semejanza con Dios, porque no tienen fin; y, no obstante, no son iguales a Dios, que no tiene límite, porque ellos son limitados. Aunque los santos brillen con tal fulgor y transparencia, una cosa es que los hombres sean sabios en Dios, y otra que un hombre sea la Sabiduría de Dios. Y esta Sabiduría la conoció verdaderamente el que de ninguna manera se atrevió a comparar a uno de los santos con el mediador entre Dios y los hombres. *Midió luego su muralla y tenía ciento cuarenta y cuatro codos —con medida humana, la empleada por el ángel—.* Debemos ahora nosotros comprender la medida de esta muralla. La muralla de esa ciudad es nuestro Señor Jesucristo. A la que midió con medida de hombre, es decir, de Cristo, porque el hombre asumido sirve de protección de los santos, para salvaguarda de toda gloria. Por eso se dice que *es medida humana la empleada por el ángel,* porque él es el ángel de la alianza, de quien se dice: *vendrá en seguida a su templo el Señor, a quien buscáis, y el ángel de la alianza, que vosotros deseáis* (Mal 3,1). Veamos qué contiene de misterio el que su altura se eleve a ciento cuarenta y cuatro codos. El cien, compuesto de diez décadas, pasó a la derecha del Padre. En ello se enseña que está felizmente incluida en la derecha de nuestro Señor Jesucristo toda la plenitud de los santos, y toda la justicia que llega a su perfección por el cumplimiento del decálogo y la profecía del Evangelio.

ACERCA DE LAS PLAZAS, EL RÍO, LAS PUERTAS... ETC.

Expongamos clara y brevemente ahora lo que hemos dicho de forma prolija: la ciudad que dice que brilla como el oro y las piedras preciosas, y la plaza porticada, y el río que hay en medio, a una y otra margen los árboles de la vida, que dan fruto doce veces en cada uno de los doce meses, y que no hay allí luz del sol, porque es el Cordero su luz; y sus puertas, que son cada una de ellas una perla, tres puertas en cada una de las cuatro partes y que no se pueden cerrar.

INTERPRETACIÓN

La ciudad cuadrada significa la muchedumbre reunida de los santos, en los que no pudo de ninguna manera naufragar la fe; de la misma manera que se le manda a Noé construir un arca de maderas cuadradas, que pudiera soportar el ímpetu del diluvio. Las piedras preciosas representan los hombres valerosos en la persecución, que ni pudieron ser movidos por el poderío de los perseguidores, ni separarse de la fe verdadera por la fuerza de la lluvia. Por eso se asemeja al oro puro, de los que está adornada la ciudad del gran rey. Y sus plazas representan sus corazones limpios de toda suerte de sordidez, por donde camina el Señor. El árbol de la vida, a una y otra margen del río, representa la venida de

Cristo según la carne, cuya venida y pasión profetizó la antigua Ley y anunció el Evangelio. Las doce veces que da fruto en cada uno de los meses, representan las diferentes gracias de los doce Apóstoles: gracias que han recibido del único árbol de la cruz, para saciar por medio de la predicación de la palabra de Dios a los pueblos consumidos por el hambre. Y al decir que en esa ciudad no hay sol, enseña con claridad como necesario que el Creador de la luz, inmaculado, brille en medio de ella, cuyo esplendor ninguna inteligencia podrá comprender, ni lengua manifestar. Y las tres puertas que dice que tiene en cada una de las cuatro partes, y que cada una de ellas es una perla, manifiestan que sus cuatro moradores son las virtudes, la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza, que se entrelazan unas con otras; y al mezclarse mutuamente, forman el número doce. Las doce puertas creemos que son el número de los Apóstoles. Porque al brillar en esas cuatro virtudes, como perlas preciosas, y al enfocar la luz de su doctrina entre los santos, permiten entrar en la ciudad de los santos; por eso se alegran los coros de los ángeles de morar junto con ellos. Y lo que dice de que sus puertas no pueden cerrarse, enseña con evidencia que la doctrina de los Apóstoles no es vencida por tempestad alguna de opiniones contrarias, aun cuando la agiten las olas de los gentiles y de los herejes con su malvada superstición; cuando hayan sido alejados de la fe verdadera, se disuelven sus espumas. Porque la piedra es Cristo, por quien y para quien está fundada la Iglesia, que no es vencida por ola alguna de hombres locos. Por tanto, como dijimos arriba, no deben ser escuchados quienes opinan que la Iglesia es un reino terreno de mil años; estos tales tienen la misma opinión que Cerinto el hereje. *Y las hojas del árbol sirven de medicina para los gentiles.* Enseña más plenamente dónde y quién es esta ciudad. Pues, finalizado el mundo, no sanará nación alguna. Las hojas del árbol es el vestido de la cruz, que estaba prefigurado en los primeros hombres, que con hojas de árbol intentaron cubrir su desnudez. *Y no habrá enfermedad alguna.* Así también se predijo en los Números: *no habrá llanto en Jacob, ni se verá dolor en Israel. El Señor está con ellos, un principado preclaro está en ellos. Dios que les hizo salir del Egipto de este mundo, como gloria de uno solo para él, y no habrá enfermedades en Jacob e Israel* (Núm 23,21). Continúa y dice: *no hay presagio contra Jacob, ni sortilegio contra Israel:* ciertamente no habrá ídolos en la Iglesia, porque la noche del diablo ya pasó, y la ciega ignorancia se alejó, y se ha acercado Cristo, el día. *El trono de Dios y del Cordero estará en ella.* El trono de Dios es la sede de Dios, es decir, la Iglesia, según atestigua el profeta, que dice: *Tu trono, oh Dios, para siempre jamás* (Sal 45,7): ciertamente, ahora y por los siglos de los siglos. *Y los siervos de Dios le darán culto y verán su rostro,* igualmente, desde ahora y para siempre, como dice el Señor: *el que me ha visto a mí, ha visto al Padre* (Jn 14,9). *Y dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8). *Y llevarán su nombre en la frente. Ya no habrá noche; no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán con él por los siglos de los siglos.* Todos estos acontecimientos comenzaron desde la pasión del Señor, entremezclando ambos tiempos, el presente y el futuro.

FIN DE LA EXPLICACIÓN SOBRE LA CIUDAD DE JERUSALEN

COMIENZA LA HISTORIA DEL FINAL DE ESTE LIBRO

En este final del libro dice Juan que cayó a los pies del ángel, dándole gracias por las cosas tan maravillosas que le había mostrado: dando a entender que a quien el Señor muestra los misterios de la Escritura, debe caer el primero, para ejemplo de otro, humilde a los pies del ángel, es decir, del mensajero de su Escritura. Pues ciertamente ángel significa mensajero, y la Escritura es el mensaje, y se la denomina ángel. Pues se lee así en la Iglesia: *lectura del Santo Evangelio.* «Eu» significa buena

y «ángel» noticia: que en latín, unido, significa *buena noticia.* Y Juan, que cayó a los pies del ángel, era un hombre, y fue figura de todos los santos. Este ángel era en concreto el Ángel, por quien hablaba el Señor que estaba sentado en el trono. Es el que ahora habla también por medio de los sacerdotes. Porque todos los siervos de Dios son llamados reyes y sacerdotes, según está escrito: *nos ha lavado de nuestros pecados y nos hizo reyes y sacerdotes de Dios, su Padre: a él la gloria por los siglos de los siglos* (Ap 1,5). En este final del libro manda que los sacerdotes evangelicen día y noche, y que prediquen al pueblo la penitencia y que anuncien claramente a las dos ciudades, es decir, a la de Dios y a la del diablo, a una la gloria y a otra los castigos, *que van a suceder pronto: y que estas palabras son ciertas y verdaderas;* y que no selle las palabras. Así como en la primera parte había dicho: *sella lo que han dicho los siete truenos* (Ap 10,4), ahora, al fin del libro, dice: *no lo selles,* como si dijera: aunque antes no lo conocieron, que lo conozcan al final del mundo. Mirad que ya es el fin del mundo, y el Señor vendrá pronto. *Y recompensará a cada uno según sus obras,* y expulsará de su ciudad a todos los malos y a todos los que no cumplieron o realizaron lo que dice este libro, o no creyeron lo que está escrito en él. Si alguno, comprendiéndolo, no lo ha predicado, lo juzgará, tachándole, con una maldición, del libro de la vida y condenándole. Como ahora ha manifestado clarísimamente por medio de la historia.

HASTA AQUÍ LA HISTORIA PRIMERA.

(Ap 22, 6-21) *Luego me dijo: éstas son palabras ciertas y verdaderas. El Señor que inspira a los profetas, ha enviado a su ángel para manifestar a sus siervos lo que va a suceder pronto. Dichoso el que guarde las palabras proféticas de este libro. Y cuando lo oí y vi, caí a los pies del ángel que me había mostrado todo esto, para adorarle. Pero él me dijo: no, cuidado: yo soy un siervo, como*

Las Doce Puertas y la Muralla de la Ciudad de Dios

tú y tus hermanos que guardan las palabras de este libro. A Dios tienes que adorar. Y me dijo: no selles las palabras proféticas de este libro, porque el tiempo está cerca. Que el injusto siga cometiendo injusticias, y el manchado siga manchándose; que el justo siga practicando la justicia, y el santo siga santificándose. Mira, pronto vendré y traeré mi recompensa conmigo, para pagar a cada uno según su trabajo. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin. Dichosos los que cumplen mis mandatos; así podrán disponer del árbol de la vida y entrarán por las puertas en la ciudad santa. ¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras y todo el que ame y practique la mentira! Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias. Yo soy el retoño y el descendiente de David, el lucero radiante del alba. El Espíritu y la novia dicen: ¡Ven! Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratuitamente agua de vida. Yo advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro: Si alguno añade algo sobre esto, Dios echará sobre él las plagas que se describen en este libro. Y si alguno quita algo a las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la vida y en la ciudad santa que se describen en este libro. Dice el que da testimonio de todo esto: Sí, pronto vendré: Ven, Señor Jesucristo. Gracias a Dios. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos. Amén.

TERMINA

Esta historia anteriormente descrita hay que interpretarla fundamentalmente tal como está narrada, sencillamente y según la letra; porque ya está todo explicado anteriormente, y no conviene que lo que dijimos una o dos veces en la exposición, lo repitamos varias veces. Pero de entre ellas se escucharán las cosas ocultas, que vamos a comentar a vuestra caridad, más que las restantes del fin del libro, en el que conocemos que ha resonado una maldición. No sea, Dios no lo permita, que, entendiéndolo los sencillos ingenuamente, padezcan los escándalos del error o incurran en el pecado de la desesperación, de manera que, si desconocen quién es a quien aquí maldice, tropiecen desviándose de la recta senda.

TERMINA

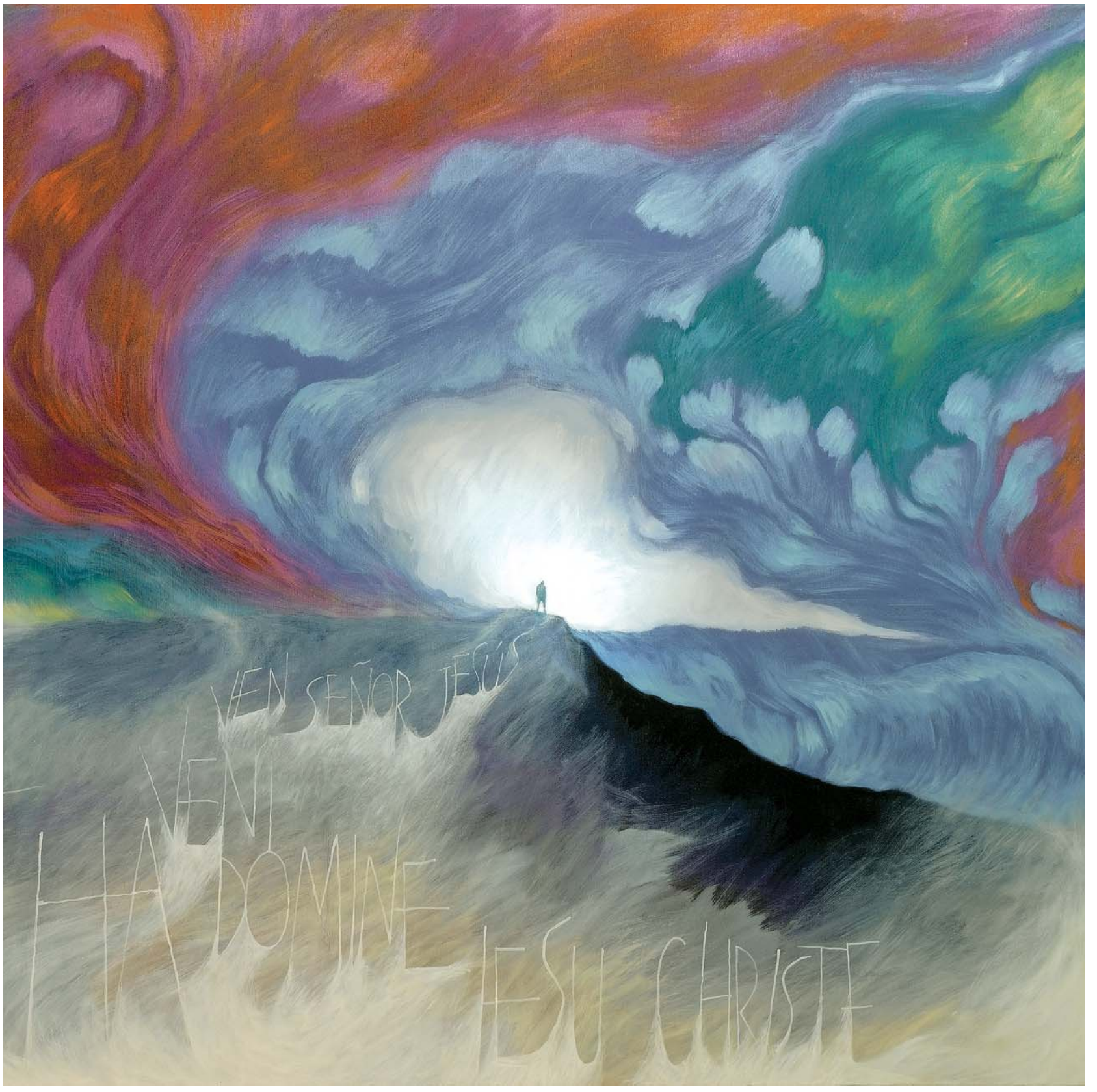
COMIENZA UNA BREVE EXPLICACIÓN DE LA HISTORIA ANTERIORMENTE DESCRITA

Era ciertamente un ángel, el ángel que dice que mostró a Juan todas estas cosas, a cuyos pies caía Juan para adorarle. Al comienzo del libro había dicho el mismo ángel, cuando Juan caía a sus pies como muerto, dice que le había puesto su mano derecha sobre él, y oyó: *no temas, soy yo, el primero y el último; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos* (Ap 1,17). Pero recuerda más adelante que había caído a los pies de su ángel; y esto lo hemos desarrollado completísimamente en el libro décimo. Pues dice: *Cuando caí ante sus pies para adorarle, me dijo: no, cuidado: yo soy un siervo como tú y tus hermanos que guardan las palabras de este libro. A Dios tienes que adorar* (Ap 19,10). Al comienzo del libro había dicho: *yo soy el primero y el último, y estuve muerto.* En el libro décimo dice: *soy un siervo como tú y tus hermanos que guardan el testimonio de Jesús.* Y aquí en el final del libro dice: *y cuando lo oí y vi, caí a los pies del ángel para adorarle. Pero él me dijo: no, cuidado: yo soy un siervo como tú y tus hermanos que guardan las palabras de este libro. A Dios tienes que adorar.* Repitió lo que había dicho antes. Quiere enseñar que el ángel fue enviado en representación del Señor y de la Iglesia, pues dice también allí: *yo soy Jesús: he enviado a mi ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias. El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía:* todo lo que dijo proféticamente el espíritu de Dios es el testimonio de Jesús, porque Jesús tiene el testimonio de la Ley y los Profetas. Pues así lee el lec-

tor en la Iglesia de la boca del Señor: *Yo soy el Señor, vuestro Dios.* Cuando el lector dice esto, lo dice no de sí mismo, sino del Señor; y sin embargo parece que lo dice de sí mismo, y no falta a la norma de la verdad. Así hay que entender que el ángel habló a Juan.

Y lo que dijo: *no selles las palabras proféticas de este libro,* en dos lugares, hay que entenderlo de dos maneras. Arriba en el libro quinto se dijo: *sella lo que han dicho los siete truenos y no lo escribas;* en cambio, aquí en el final del libro dice: *no selles las palabras proféticas de este libro, porque el tiempo está cerca. Que el injusto siga cometiendo injusticias y el manchado manchándose.* Estos son por los que había dicho: *sella lo que han dicho los siete truenos;* como si dijera: lean los libros y no los entiendan, porque viven en sordidez. De los santos dice: *Que el justo siga practicando la justicia y el santo santificándose.* Estos son por los que al final del libro ha dicho: *no selles las palabras proféticas de este libro,* como si claramente dijera: lean éstos los libros y comprendan y practiquen lo que han entendido, porque son justos, es decir, son sin malicia, y viven en caridad, y por eso crezcan todavía más en santidad. Así como, por el contrario, los sórdidos por el hecho de vivir en sordidez, que al leer no entiendan, sino que sigan manchándose, y llenen su impiedad más todavía en aquello que aman. Hay, pues, que entender esto de distinta manera al comienzo que al final de la Iglesia. En la parte primera que dice: *sella lo que han dicho los siete truenos,* y al final en que manda: *no selles las palabras proféticas de este libro,* tiene el significado de que lo que estuvo oculto en los comienzos de la santa Iglesia, el fin lo hace patente todos los días. Se describe así lo mismo la edad de cada hombre que la de la Iglesia. Era entonces una niña, cuando recién nacida no podía predicar la palabra de vida. Es llamada adolescente la Iglesia, según está escrito: *te amaron las doncellas* (Cant 1,2). Pues todas las Iglesias, que componen una sola católica, son llamadas doncellas; no son viejas por la culpa, sino brotes nuevos por la gracia. Pero es llamada adulta la Iglesia cuando, copulada por la palabra de Dios, llena del Espíritu Santo, por el misterio de la predicación queda embarazada para la concepción de hijos: porque a los que concibe exhortando y predicando, los da a luz convirtiéndolos. A los que seduce por la predicación, en ese momento los concibe; y cuando públicamente han llegado a la penitencia, convertidos los da a luz. A los que son fieles a esto, a los dichosos, les promete *que podrán disponer del árbol de la vida, y entrar por las puertas en la ciudad santa;* son los mismos que entran por esas puertas, es decir, las de los Patriarcas, Profetas y Apóstoles y de todos los Santos, por cuyos ejemplos llegan a la única puerta que es el Señor Jesucristo; y esos santos son las puertas, ellos mismos son la Iglesia, ellos la santa ciudad de Jerusalén. Por esas puertas no entra la mentira, sino solamente la verdad: porque están cerradas para los mentirosos. Para éstos está sellado el libro: para éstos están sellados los siete truenos. Continúa hablando de ellos y dice: *¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras y todo el que ame y practique la mentira!* Estos no entran por esas puertas, y estas puertas existen hoy, porque son las bocas de los predicadores; y por medio de su predicación no entran a la vida dichosa. A quienes nos predican con palabras, y lo hacen realidad con los ejemplos de su conducta, tengámoslos como puertas escuchándolos e imitándolos. Por el contrario, los malos doctores son las puertas del infierno, porque, por su vida y doctrina, los que los oyen e imitan no entran a la ciudad celestial, sino a la ciudad del diablo, y serán sumergidos en un suplicio eterno. Y estas dos puertas, de la ciudad de Dios y de la ciudad del diablo, permanecen abiertas, *y no se cerrarán ni de día ni de noche,* es decir, predican día y noche. De día predican los santos, que permanecen en la luz, es decir, permanecen en la sabiduría. De este día se ha dicho: *éste es el día que Dios ha hecho, exultemos y gocemos en él* (Sal 118,24). De noche predican los hipócritas, herejes, cismáticos y falsos sacerdotes, que no por el bien de las almas, sino para su beneficio, buscan los

MARANATHA

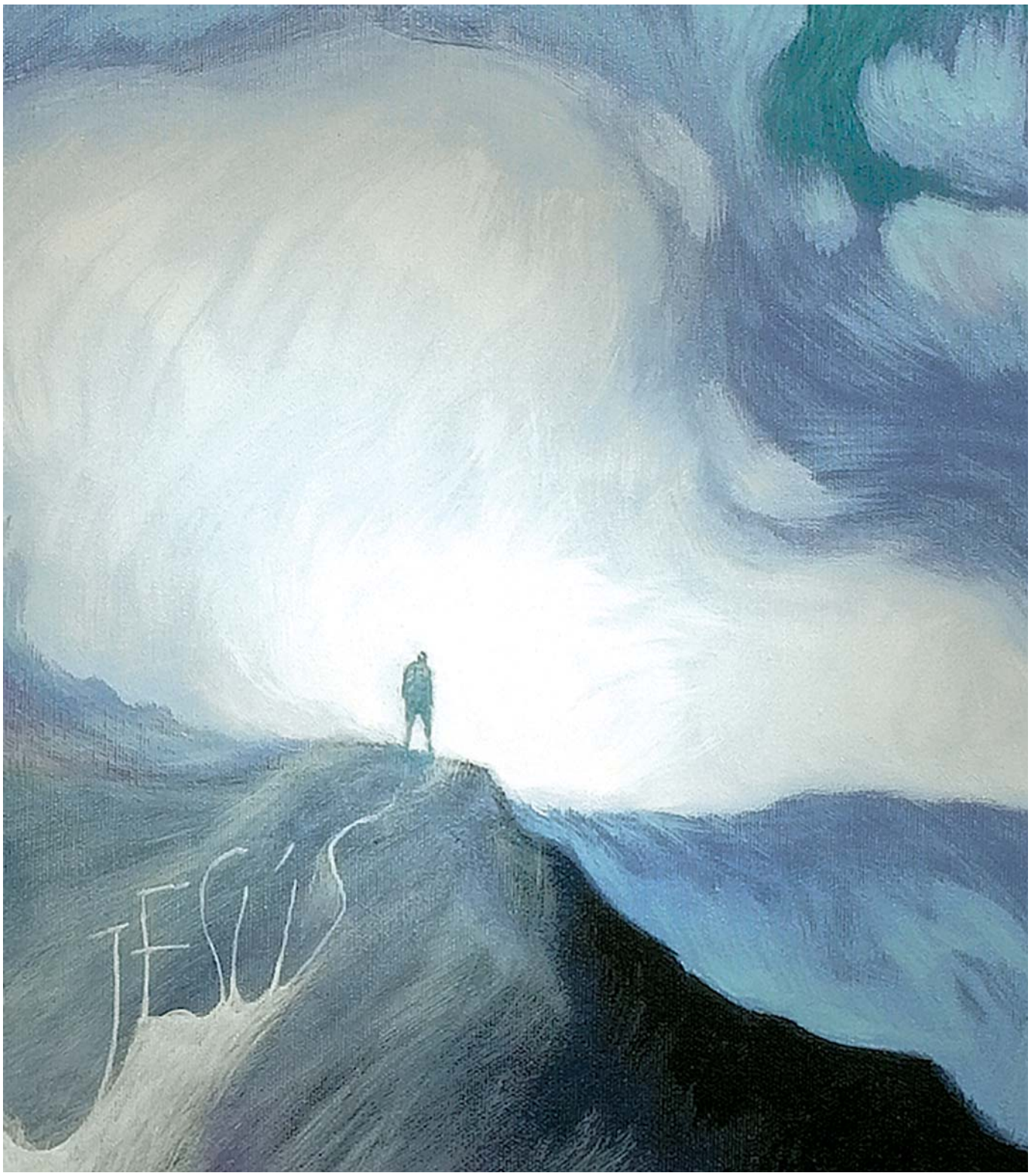

VEN SEÑOR JESÚS
VENI
DOMINE IESU CHRISTE

honores y caminan en la ciega ignorancia. Esos son llamados puertas abiertas en la noche: porque así como dijimos que la sabiduría es la luz, así también decimos que la ignorancia son las tinieblas. Por ellos dice el Señor: *¡Fuera los perros!* Son llamados perros, porque parece como que protegen a la grey del Señor; y con razón son perros, porque después de la fe y la gracia del bautismo retornan al vómito de sus pecados. Y además de estas cosas malas, falsean las Escrituras, para, como predicando, atraer a todos a su vida sórdida. Y no predican conforme a la verdad, sino según su forma de vivir; porque, al leer, cada uno interpreta el sentido de su inteligencia allí donde en su vida ha puesto el ojo de su corazón. Y donde está su corazón, allí está también el tesoro de su corazón.

Siempre *el Espíritu y la esposa dicen: ven.* Ciertamente, el Espíritu y la esposa se lo dicen a su cabeza, porque la esposa es la Iglesia, que siempre clama: *venid, hijos, oídme; os enseñaré el temor del Señor* (Sal 34,12). Venir es creer. *El que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratuitamente el agua de vida;* es decir, el que quiera, venga, crea, bautícese en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y no sólo en el agua, sino también en la muerte de Cristo. Como todos oyen, aunque no todos leen, a esos dice así el Señor: *yo advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro: si alguno añade algo sobre esto, Dios echará sobre él las plagas que se describen en este libro. Y si alguno quita algo a las palabras proféticas de este libro, Dios le quitará su parte en el libro de la vida y en la ciudad santa que se describen en este libro. Dice el que da testimonio de todo esto.* La ciudad santa es la Iglesia: y en este libro se han descrito los bienes y los males, en él la pena de los suplicios y los gozos eternos. Son testigos los mismos *escritores de los libros,* que ponen a la Ley y al Evangelio por testigos del Señor Jesucristo, que es el testigo fiel. Los mentirosos añadirán y suprimirán palabras de este libro profético: son los que arriba hemos llamado perros y hechiceros. Para ellos es esta maldición. Estas cosas las dijo por estos falsificadores; no por aquellos que con sencillez dicen lo que sienten. En ninguno de ellos está mutilada la profecía, sino que sus palabras están llenas de fe y de obras. A esos el Señor les dice: *Sí, vengo presto.* Y ellos dicen: *Amén. Ven, Señor Jesucristo. Gracias a Dios. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos. Amén.*

Termina el códice del Apocalipsis con el número de la docena de Iglesias. De la misma manera, distribuido por secciones siguiendo el orden de la docena de libros, es un códice de muchos libros y es un libro de un solo volumen; y se llama códice por el simbolismo con las cortezas de árboles o de vides, a semejanza de un tronco de árbol que sostiene varios libros, como ramas. El libro es llamado volumen por estar enrollado; así, por ejemplo, para los hebreos el volumen de la Ley, los volúmenes de los Profetas. Las hojas de los libros se llaman así, o por semejanza con las hojas de los árboles o porque se hacen los libros de «fuelles», es decir, de pieles que se suelen extraer del ganado lanar, una vez sacrificado, cuyas caras se llaman páginas, por el hecho de que se ensamblan unas con otras. Termina en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

FIN


JESÚS

Beato de Liébana

Beato de Liébana vivió en la segunda mitad del siglo octavo, y acaso en los primeros años del siglo noveno, en el monasterio de Santo Toribio de Liébana, antiguamente llamado de San Martín.

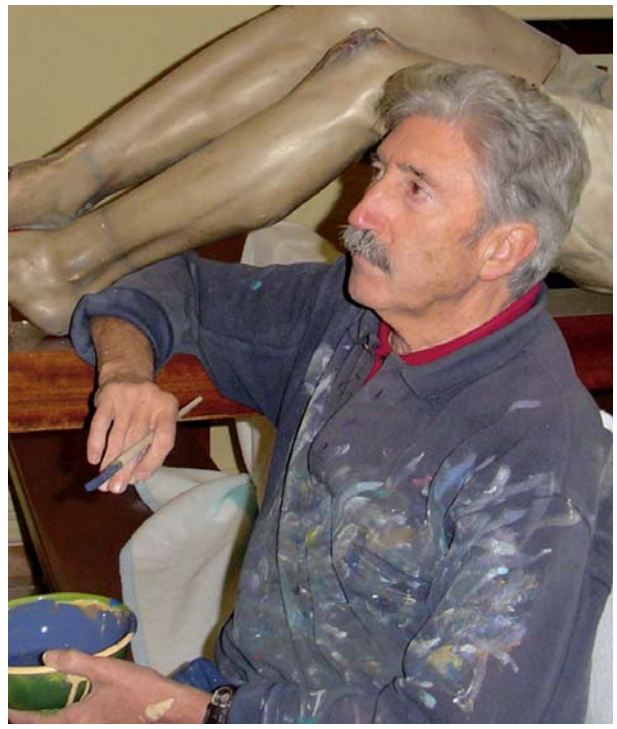
De su vida es más lo que se ignora que lo que se sabe, pues incluso las fechas de su nacimiento y muerte permanecen sumidas en la nebulosa de la historia y varían según los autores que tratan la cuestión.

Lo que sí se conoce con certeza es su patria: Liébana. Él mismo la proclamó en un escrito que dirigió a su gran enemigo, Elipando, con quien, en su *Apologético*, sostuvo una fuerte controversia contra la idea de que Cristo era hijo adoptivo de Dios: «Nosotros los lebaniegos, incultos y herejes…», expresaba Beato, lleno de ironía, para después atacar con dureza implacable al toledano y sus correligionarios.

Los monasterios del Norte eran entonces el núcleo de la cultura cristiana, y desde la bien dotada biblioteca del de Santo Toribio, Beato contribuyó con la rotundidad de su pluma a engrandecer la luz de su época y aun de las venideras. Además del *Adversus Elipando (Apologético)* —según Menéndez Pelayo «una reliquia preciosa no sólo para los montañeses, que vemos en él la más antigua de nuestras preseas literarias, sino para la Península toda […] donde las frases son de hierro, como forjadas en los montes que dieron asilo y trono a Pelayo. Libro que es una verdadera "algarada" teológica, propia de un cántabro del siglo octavo»—, destaca su *O Dei Verbum*, con el que, proclamando el patronazgo de Santiago el Mayor, «supo encontrar», en palabras de González Echegaray, «un principio de unidad para la Iglesia y el Reino».

Pero la contribución esencial de Beato de Liébana al mundo cultural han sido las joyas bibliográficas en las que tomaron cuerpo sus famosos *Comentarios al Apocalipsis de San Juan*, los célebres "beatos", uno de los más preciosos y preciados tesoros que, de su persona, ha recibido la Humanidad en herencia.

José Ramón Sánchez



Como la de Beato de Liébana, la vida de José Ramón está a caballo entre dos siglos, en su caso, el siglo veinte —del que ha vivido los dos últimos tercios— y el veintiuno —del que ha comenzado a vivir sus albores.

Como la de Beato, su patria es incuestionable: Cantabria, aunque cuarenta años de su existencia se desarrollaron fuera de ella, en la capital del Reino. Allí alcanzó fama y notoriedad, con la calidad de sus dibujos y la rapidez de su mano, y comenzó a discernir su verdadero camino artístico y espiritual con la creación del *Quijote*, para cuya ejecución se empapó en el libro cervantino y se vistió, en palabras de Emilio Pascual:

Como se viste de alba el sacerdote,
de lápiz y pincel te revestiste
para canonizar a don Quijote.

No tuvo que luchar contra la herejía de Elipando, mas sí contra el demonio interior de la vanidad, para vencer los ecos sociales de su éxito. Y lo venció en su retiro casi monástico del Norte, en su casa de Santander, desde donde ha elaborado su obra más profunda y espiritual.

Con la rotundidad de los colores de su pincel y la humilde grandeza de sus lienzos —buscando a Dios en cada pincelada, persiguiendo su «tenue luz dudosa»— ha compuesto todo un ciclo pictórico religioso, que comenzó con *La Biblia*, siguió con *La divina comedia* y *El taller de los maestros* y culmina, de momento —tras comerse el texto del Beato, como refiere el profeta Ezequiel en el capítulo tercero de su libro—, con estas visiones apocalípticas para el siglo veintiuno.

Y, aunque sigue preguntándose cada día por qué Dios no se le muestra plenamente, José Ramón alcanza a mostrarnos a nosotros, en algunas de sus creaciones geniales, el insondable misterio de la luz y la armonía.

Su más preciado don, su mejor tesoro, su mejor herencia.

Esta edición de los
COMENTARIOS AL APOCALIPSIS
de Beato de Liébana,
iluminada por José Ramón Sánchez,
ha sido publicada por Valnera bajo el amparo de la
Consejería de Cultura, Turismo y Deporte
del Gobierno de Cantabria.

Contiene prólogos de Miguel Ángel Revilla,
Francisco Javier López Marcano, Emilio Pascual,
Pollux Hernúñez, Joaquín González Echegaray y Guillermo Balbona.

La obra ha estado al cuidado de Ángeles de la Gala,
Jesús Herrán y José Ramón Sánchez,
y ha contado con el apoyo técnico de Procograf.

Se ha compuesto en tipo Garamond e
impreso en papel Freelife Merida White de 140 g/m².

La fotografía digital y la maquetación son de Fotomecánica Camus,
la impresión y la encuadernación, de Gráficas Varona, S.A.
y la estampación, de Termograph, S.L.

La edición consta de 1000 ejemplares
numerados y firmados por José Ramón Sánchez.

Ejemplar número

Índice

Presentación de Miguel Ángel REVILLA 7

Presentación de Francisco Javier LÓPEZ MARCANO 9

El monje en su apocalipsis, por Emilio PASCUAL 11

El Himno de Santiago, por Pollux HERNÚÑEZ 17

El Comentario al Apocalipsis de Beato de Liébana,
por Joaquín GONZÁLEZ ECHEGARAY 23

De cómo una luz que ilustra el mundo se nos antoja bella propaganda,
por Guillermo BALBONA 27

Visiones, por José Ramón SÁNCHEZ 29

COMENTARIOS AL APOCALIPSIS DE SAN JUAN 47

Dedicatoria de la obra a Eterio 47

Prólogo de San Jerónimo 47

Otro prólogo del mismo 47

Una interpretación de este libro 49

Libro I 68

Libro II 98

Libro III 188

Libro IV 228

Libro V 268

Libro VI 298

Libro VII 330

Libro VIII 339

Libro IX 354

Libro X 367

Libro XI 375

Libro XII 390

Datos técnicos 414

Lavs Deo

Estos *Comentarios al Apocalipsis*
de Beato de Liébana,
iluminados por José Ramón Sánchez,
se terminaron de imprimir
en los talleres de Gráficas Varona
el día 10 de abril de 2006,
festividad de san Ezequiel,
profeta que con frecuencia expresó sus mensajes
con el simbolismo de las visiones.

No menos visionarios
han sido quienes nos impulsaron
para llevar adelante la edición
de este Beato del siglo XXI.
Con su apoyo y con el del santo profeta
hemos dado gozoso fin
al códice del Apocalipsis.